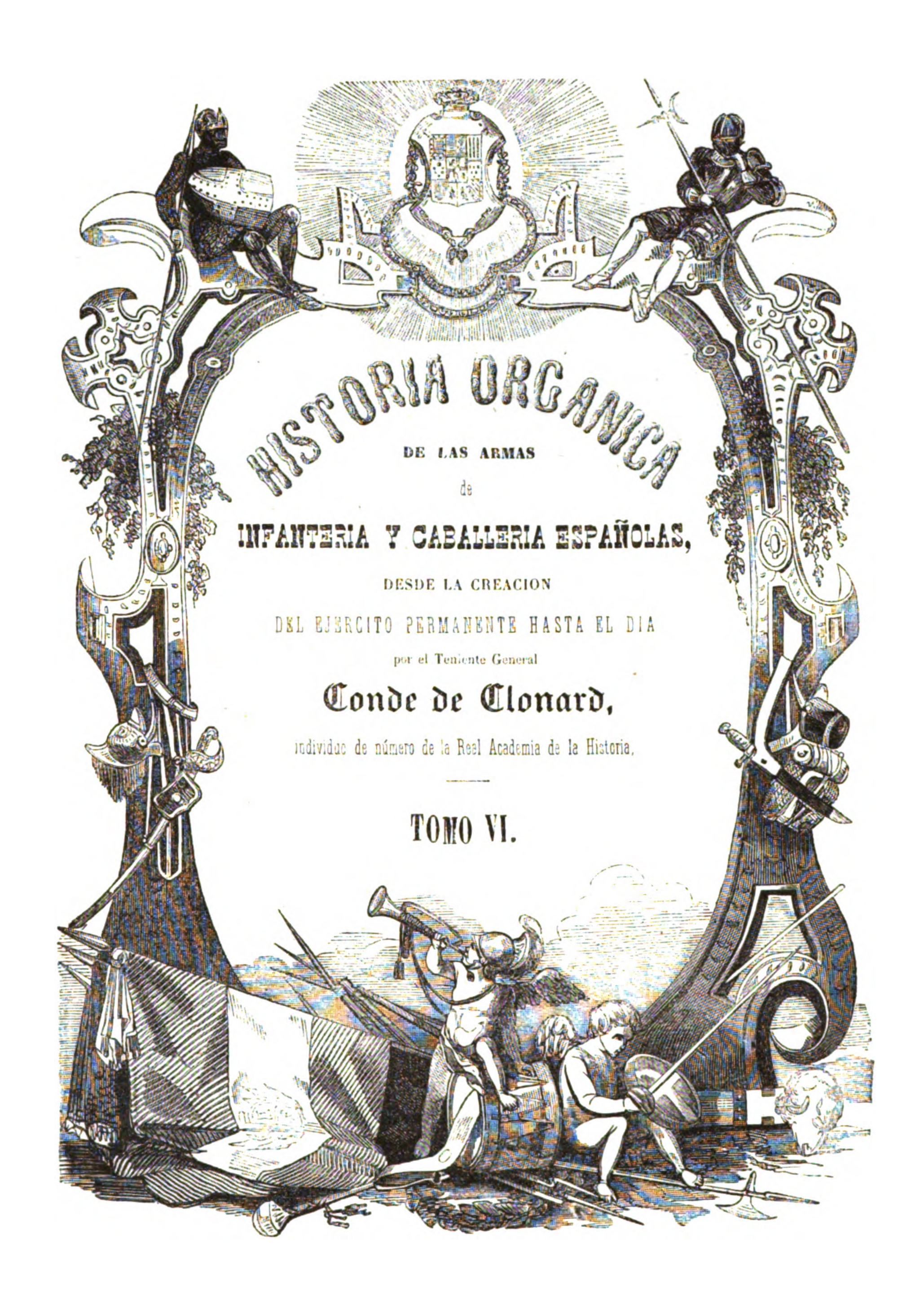

HISTORIA ORGANICA
DE LAS ARMAS
de
INFANTERIA Y CABALLERIA ESPAÑOLAS,
DESDE LA CREACION
DEL EJERCITO PERMANENTE HASTA EL DIA
por el Teniente General
Conde de Clonard,
individuo de número de la Real Academia de la Historia.
TOMO VI.

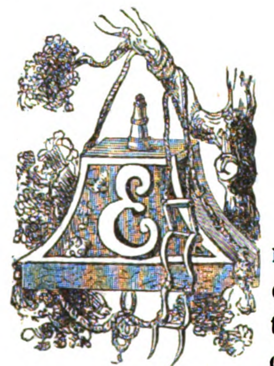


CAPITULO IX.

1552.--1808.

Táctica (1).

CONSIDERACIONES GENERALES —TÁCTICA DEL SIGLO XVI.—MANEJO DE LAS ARMAS.—MANIOBRAS.--DIVERSAS CLASES DE ESCUADRONES.—CUADROS DE GENTE Y DE TERRENO.—TÁCTICA DEL SIGLO XVII.—MANEJO DE LAS ARMAS.—EJERCICIO DE LOS GRANADEROS.—IDEM DE LA CABALLERIA Y DRAGONES.—TÁCTICA DEL SIGLO XVIII.



En el vasto departamento de la guerra no hay quizá ramo mas importante que el de la táctica. Es la norma de todas las maniobras, el instrumento y móvil de todas las opera-

(1) Véase el cap. XXIV del tomo II, pág. 481.

ciones, ejerciendo por lo mismo una influencia poderosa en los resultados de la guerra.

Hay mas, la táctica puede reclamar con justicia una gloriosa parte hasta en los destinos de la humanidad.

Hace algunos siglos un corto número de hombres estaba en posesion de la riqueza territorial y de todas las ventajas sociales. En este tiempo estos mismos hombres formaban con el nombre de caballeros, la organizacion y fuerza militar. Cubiertos con una armadura admirablemente ajustada al cuerpo, cada uno de ellos era una fortaleza ambulante é inespugnable.

La infantería, compuesta toda de hombres de la clase baja, no hacia ni podia hacer papel alguno al lado de la caballería; su poder no era reconocido; su influencia era nula. Entre aquellos guerreros dotados de todos los privilegios de la fuerza, y unas masas desnudas y desarmadas, no habia lucha posible. Cuatro hombres de armas bastaban para destrozar á centenares de infantes, y tal era el desprecio de los caballeros para estos desgraciados, que en la guerra cargaban muchas veces al enemigo, pasando por encima de ellos con la misma indiferencia con que pisotearan los destrozados miembros de sus contrarios.

Mas á mediados del siglo XIV, en el mismo momento en que los caballeros, en el apogeo de su poderío, se creian invencibles para siempre, sufren de repente un desastre inesperado. Unos simples archeros encuentran en una nueva táctica el secreto de contener el ímpetu hasta entonces irresistible de aquellas máquinas de hierro. Una nube de flechas que penetra las corazas de mas espesor, mata á los caballos, siembra por do quiera la confusion y la muerte, y arranca de manos de los caballeros el privilegio esclusivo del valor, de la fuerza y de la victoria.

Mas tarde el *escuadron*, formacion tan célebre en nuestros anales, vino á suministrar á la infantería un nuevo elemento de fuerza contra la caballería, y años despues la invencion de la bayoneta decidió la superioridad en favor de la primera, permitiéndole esta arma desenvolver aquellas masas en que hasta entonces habia tenido como reasumida y concentrada su fuerza.

Estas ventajas que otorgó la táctica á los peones, hicieron que

las clases pobres fuesen admitidas en la reparticion de las fuerzas sociales; y de este modo fué disminuyendo la distancia que separaba la nobleza y el pueblo.

De estas consideraciones se deduce con fundamento la confirmacion del aserto que mas arriba hemos emitido; es decir, que bajo la influencia de la táctica se ha verificado una importante revolucion en las sociedades europeas.

Durante la dominacion de la casa de Austria, desde el año de 1517 á 1701, en que principió el reinado de Felipe V, primer monarca de la casa de Borbon, la táctica del Gran Capitan que hasta entonces habia regido, sufrió varias modificaciones, como consecuencia natural y precisa de las variaciones introducidas en el armamento y en la constitucion de los cuerpos. Ocuparnos de todas estas modificaciones, seria entrar en consideraciones que nos ocuparian demasiado, sin que de ellas pudiesen resultar ventajas de mucha entidad. Nos limitaremos, pues, á dar una idea de la altura en que al finalizar el reinado de Cárlos II (1700) dejaron este importante ramo, los estudios hechos sobre el particular, ya por disposicion del gobierno, ya por voluntad propia de ilustrados miembros de la gran familia militar.

La instruccion táctica se dividia entonces implícitamente en tres partes, como en la actualidad.

La primera, que equivalia á la que hoy constituye la instruccion de recluta y compañía, era mas corta, y menos complicada, pero tambien era menos perfecta. Puede uno hacerse una idea de esta instruccion por el sumario de voces que se usaban y que á continuacion ponemos.

1. A las armas.
2. Formen fila á tantos.
3. Marchen.
4. Alto.
5. Arbolen ó arbolar (1).

(1) A esta voz los soldados, hallándose con las picas al hombro, las alzaban y teniéndolas en la mano, las igualaban con cuidado, de modo que no sobresaliese ninguna de ellas.



6. Derriben las picas (1).
7. Tercien las picas.
8. Media vuelta á la derecha.
9. Media vuelta á la izquierda.
10. Caras, mitad á la derecha, mitad á la izquierda.
11. Marchen á su frente.
12. Caras á la campaña (2).
13. Filas, ó hileras del capitan ó alférez.
14. Marchen de costado (3).
15. Reháganse (4).
16. Abran, opuestos ó encontrados (5).
17. Alas (6).
18. Cierren.
19. Vénganse incorporando (7).
20. Estréchense de fondo ó de frente (8).
21. Doblen filas (9).
22. Doblen hileras (10).
23. Filas.
24. Hileras.
25. Calen cuerda (11).
26. Claven las armas (12).

(1) Echarlas al hombro.

(2) Hacer cuatro frentes, dando frente á retaguardia los hombres de la última fila, y los de los flancos derecho é izquierdo á sus respectivos lados.

(3) Paso oblícuo.

(4) Deshacer el movimiento que se hubiese hecho, volviéndose á quedar como antes.

(5) Abrir de tal manera que cada fila ó ála opuesta quedase mirando á la otra.

(6) Formar en ála.

(7) Reunirse sin formacion ó en peloton.

(8) Ocupar de fila á fila la mitad del terreno que se llevase, ó estrechar las distancias de hombro á hombro, de modo que de los tres pies que habia de soldado á soldado, no hubiese mas que uno y medio ó dos.

(9) Era mandar que la segunda se embebiese en la primera, la tercera en la cuarta y así seguidamente.

(10) Hacer que los números pares ó impares de cada fila se colocasen respectivamente detras de los hombres de su derecha é izquierda.

(11) Medir la cuerda en proporcion, meterla en el serpentin y afirmarla en él para poder disparar.

(12) A esta voz los piqueros clavaban el regaton de la pica en tierra; los mosque-

27. Inclúyase el centro de tales armas en sus costados (1).
28. Guardias esmaltadas ó mistas.
29. Dén la carga (2).
30. Encajonar (3).
31. A vanguardia.
32. A retaguardia.
33. Arma, arma (4).
34. Retirarse.

A la parte del reglamento táctico, conocida hoy dia con el nombre de escuela de batallon y evoluciones de línea, correspondia el *arte de escuadronar*, ó el conjunto de maniobras en que se ejercitaba el escuadron, y de las cuales vamos á dar alguna idea.

El escuadron, núcleo del tercio, así como este lo era del ejército, era la masa impresionable que se agitaba á la voz de un jefe, para tomar las diferentes actitudes que las necesidades generales, las conveniencias locales de la guerra ó la voluntad ilustrada do aquel mismo jefe, podian imponerle. Cada escuadron constaba por lo regular de ochocientos á mil hómbres, número suficiente á dotar el conjunto de fuerza interna sin entorpecer la movilidad de los individuos.

El escuadron tenia varias subdivisiones: las compañías, las hileras, las mangas y los trozos.

Las compañías regularmente eran seis, dos de mosqueteros á la cabeza, dos de piqueros en el centro, y dos de arcabuceros en la misma proporcion á la retaguardia. La hilera era la primera línea de

teros hacian lo propio con las horquillas para arrimar á ellas los mosquetes, y los arcabuceros ponian sus arcabuces á sus pies, en la posicion de armas á tierra al frente.

(1) Hacer que todas las filas de aquellas armas que se nombrasen, escepto las de vanguardia y retaguardia, suponiendo que hubiese de las mismas en dichas filas, se dividiesen por mitad y se embebieran en las hileras de sus costados.

(2) Hacer fuego.

(3) Hacer marchar de costado á derecha é izquierda por mitad de las filas del capitan para que ocuparan estos claros las del alférez. Por filas del capitan se entendian las que habia de él al alférez.

(4) Ponerse en disposicion de dar la carga ó de recibir al enemigo.

la *manga* y compuesta de cuatro, seis ú ocho hombres, debiendo preferirse el número par al impar, como mas á propósito para las divisiones. El conjunto de hileras formaba por consiguiente las mangas, asi como la reunion de estas constituia el *trozo*. Cada manga envolvia en sí diferentes y proporcionadas fracciones de las compañías para que todas las armas participaran por iguales partes ó del lauro obtenido en una funcion marcial próspera, ó de la desgracia inherente á una derrota.

El valor de asociacion suele ser omnipotente en las batallas, asi como una formacion regular, correcta y perseverante puede hacer ilusorios los mas desesperados esfuerzos del denuedo individual. Este doble objeto se conseguia ocupando cada soldado siempre el mismo sitio en su cuerpo y ocupando á su vez cada cuerpo igual posicion en la gran masa que se llama ejército. Así los individuos de tropa como las mangas, tenian una numeracion fija y en lo posible invariable, designándose aquellos con los guarismos comprendidos desde el uno al seis, que se repetian tantas veces como lo exigia el número total de la manga, y estas eran por la misma ó menor cifra siempre en órden ascendente.

Estos principios eran sencillos, luminosos, fáciles de gravar en la frágil memoria del soldado, y susceptibles de una práctica segura y cómoda. Considerábase tambien dividido el escuadron en otras partes, que se denominaban *filas*, *cuernos*, *costados*, *centro*, *vanguardia y retaguardia*. Fila no era otra cosa que la série de hileras que resultaba al irse doblando la manga.

Se llamaba cuerno al estremo de una fila, y segun que estuviese situado á la derecha ó á la izquierda, asi recibia el opuesto nombre de cuerno derecho ó izquierdo. Finalmente, por vanguardia y retaguardia se entendian la primera y la última filas.

Las distancias respectivas en la colocacion de los individuos y de los cuerpos deben ser tambien exactas y bien calculadas, porque la menor alteracion puede hacer estéril el principio táctico mas fecundo en resultados, y para determinarlas, las dos condiciones que deben tenerse siempre á la vista, son: permitir el desahogo conveniente en los movimientos, y sostener la cohesion necesaria entre las partes y el todo. La táctica que vamos examinando establecia como



principio indeclinable, que cada hombre ocupase tres piés geométricos, en esta forma: dos en que estaba plantado, y otro que debia haber de distancia entre él y el que estaba á su izquierda. De fila á fila debia haber seis pies.

Los movimientos principales del escuadron se reducian á *marchar, doblar, encajar, arbolar, volver las caras, formularse, perfilarse, abrir, cerrar, rehacerse, contramarchar, acostarse, marchar de costado, producir, embeber, incorporarse, aclararse, estrecharse, separarse, guarnecer y encajonar.*

Al marchar el escuadron rompia el movimiento de avance, sosteniendo las compañías y mangas sus respectivos puestos. Aunque las compañías por un órden regular conservaban la alineacion y número que hemos indicado, sufrian sin embargo algunas alteraciones por el influjo de los accidentes topográficos.

En terreno quebrado, pantanoso ó erizado de maleza, se aumentaban las bocas de fuego, disminuyendo las picas, y por el contrario, se robustecia á estas, menguando aquellas, cuando en una estensa llanura era necesario hacer frente á la caballería enemiga.

La operacion de doblar, era por estremo fácil: consistia en ir formando una manga sobre el estremo de otra que permaneciese inmóvil y que servia como de eje al movimiento, de modo que la hilera de vanguardia de la segunda manga se mezclaba con la retaguardia de la primera. Practicando sucesivamente el mismo movimiento, podian doblarse cuantas mangas contuviera el escuadron. Si las mangas se hallaban en marcha, se adelantaban las últimas hasta que se encontraban á la altura de las primeras. Este movimiento correspondia al de aumentar el frente por mitades ó compañías de la actual táctica.

Para *encajar* se separaban los mosqueteros sobre los dos flancos ó costados, y dejaban un claro abierto á los arcabuceros que á su vez se separaban con el objeto de permitir la introduccion y alineacion de las picas.

Arbolar era levantar las picas simultáneamente cuando se hallaba formado el escuadron.



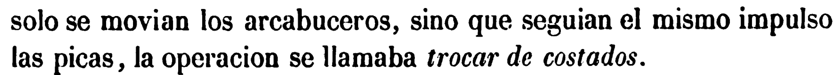
Aunque la palabra *formar* aplicada á los ejercicios militares y en su acepcion mas lata significa todas aquellas maniobras que tienden á producir una línea ordenada y correcta, aquí se tomaba en un sentido mas abstracto y como espresion genuina de una maniobra determinada. En este concepto *formar* equivalia á hacer una conversion de vanguardia sobre retaguardia, lo cual se ejecutaba saliendo dos hileras del cuerno que se mandaba operar, las cuales describian una cuarta parte de círculo entre este y el resto del escuadron que se mantenia inmóvil hasta venir á dar frente á la retaguardia. Este movimiento se practicaba por delante del escuadron, en lo que se diferenciaba del *perfilarse*, que se realizaba por la espalda de aquel.

La maniobra de *abrir*, casi idéntica á la de *encajar*, solo se verificaba cuando al entrar en una guardia se dividian las filas de arcabuceros, para conceder á las picas su correspondiente ingreso. Por *cerrar* se entendia el reunirse la tropa despues de finalizado el servicio para dejar las armas.

La idea de contramarchar supone siempre un movimiento retrógrado, pero en la manera de verificarlo envuelve algunas complicaciones la táctica del siglo XVII. La operacion de contramarchar admitia tres variantes principales: primera, cuando la manga estaba estendida en ála ó la compañía en fila. En este caso el capitan de la vanguardia con la fuerza de su costado avanzaba progresivamente hácia la retaguardia, mientras el último soldado de esta con los demas correspondientes á su costado respectivo emprendian una marcha simultánea é inversa. La maniobra se consideraba completa si la vanguardia y retaguardia ocupaban los sitios opuestos á los que habian tenido antes. Debia tenerse como norte seguro para la facilidad y desembarazo en este movimiento, que la vanguardia y retaguardia al efectuarlo, distasen entre sí tantos pasos cuantos eran los hombres colocados en cada ála ó fila.

El segundo modo de contramarchar, que se denominaba tambien *trocar guarniciones*, se reducia á cambiar el sitio de las bocas de fuego, siempre con la evolucion recíprocamente inversa de vanguardia á retaguardia, hasta que el cuerno derecho de arcabuceros ocupara el lugar del cuerno izquierdo, y este el de aquel. Si no





solo se movian los arcabuceros, sino que seguian el mismo impulso las picas, la operacion se llamaba *trocar de costados*.

Por último, en la *contramarcha entretejida*, la vanguardia daba media vuelta y se aclaraban las filas el espacio suficiente para que de hombre á hombre pudiera caber otro de la retaguardia. Este movimiento que sin duda alguna ofrecia inconvenientes que no podian ocultarse, se le sustituia á veces con otro que merecia la preferencia y consistia en dividirse la fila que estaba haciendo fuego y practicar un cuarto de conversion sobre la siguiente para situarse á su espalda.

A la voz de *acostarse arqueados*, las tropas ejecutaban una maniobra primorosa, no dificil, y de mucho uso en los ejercicios de parada.

Colocadas dos filas frente una á otra y á la distancia de la tercera parte de su estension, se movian sus dos estremidades, quedando quietos los soldados del centro, y describiendo una doble curva por arriba y por abajo, venia en el momento de enlazarse, á formar un círculo exacto. Para *acostarse rectos* no se movian los soldados de las estremidades, pero sí el resto de las dos líneas que rompiendo su marcha al frente, quedaban tendidas la una sobre la otra y apoyándose recíprocamente.

La *marcha de costado* se reducia á un movimiento lateral sobre la derecha ó sobre la izquierda. Aunque al parecer su realizacion no envolvia obstáculos y dificultades, habia sin embargo una de mucha trascendencia. Reconocia su orígen en la estructura y esfera de accion de las hileras, mangas y escuadrones, porque como uno de estos al tender sus álas en marcha, ocupaba un terreno muy dilatado, los restantes, que obedecian al mismo impulso, giraban sobre órbitas muy distantes y no podian reunirse al primero ó primeros sin grandes esfuerzos y mucha fatiga. Para obviar este inconveniente que podia llegar á ser funesto en un terreno accidentado y en presencia del enemigo, algunas veces se daba en semejantes casos á los escuadrones la voz de *rehágase*, bajo cuyo influjo cada soldado, hilera y manga ocupaba sus respectivos puestos. Este medio era ciertamente preferible, pero se necesitaba para plantearle mucha habilidad maniobrera.



La operacion de *aclararse* equivalia en sus formas y efectos á la marcha entretejida. Mas detenida atencion merece la de *producir*, palabra muy propia, pues significa sacar de una fila dos, tres, ó cuatro. La *produccion* podia verificarse de cuatro modos; obteniéndola de la vanguardia, en cuyo caso salian al frente y á distancia designada por el sargento mayor, los soldados primero, segundo y tercero de cada hilera de las mangas, á los que seguian aquellas en el instante de proferirse la voz ejecutiva, sacándoles de la retaguardia, y entonces hacian el movimiento los soldados cuarto, quinto y sesto, los cuales daban media vuelta y atraian hácia sí oportunamente sus respectivas hileras.

El tercer modo se anunciaba con la voz de *salir á vanguardia salteados*, y al escucharla avanzaba un soldado sí y otro no, y resultaban dos filas exactamente iguales en estension y número. Tambien se conocia la *produccion de un tercio* á vanguardia ó retaguardia; si se evolucionaba sobre aquella, salian los soldados segundo y cuarto; si sobre esta los tercero y sesto. El acto de *embeber* representaba la absorcion en la misma masa de las partes que se habian eliminado por medio del anterior movimiento.

La operacion de *incorporarse* era el movimiento lateral y concéntrico que hacian los soldados para cerrar los claros abiertos en la fila. Aunque regularmente la incorporacion se realizaba hácia el centro, perdiendo terreno simultáneamente los cuernos opuestos, podia tambien ejecutarse sobre la derecha ó sobre la izquierda.

Por *estrecharse* se entendia juntarse las filas. La primera permanecia siempre firme, y las demas avanzaban en órden sucesivo buscando su contacto recíproco.

Cuando las bocas de fuego rodeaban á las picas, bien completamente, bien solo por sus flancos ó retaguardia, se decia que las *guarnecian*. Si solo cubrian las primeras los costados de las últimas, para proteger su frente y espalda, se disponia que dos mangas, una de arcabuceros y otra de mosqueteros, saliesen del cuerno derecho y otras dos del izquierdo, las cuales practicando un movimiento inverso venian á situarse sobre la vanguardia y retaguardia de las picas. Esto se llamaba *guarnecer con mangas dobladas*. Para guar-

necer con *mangas perfiladas*, estas desplegaban sus álas por la vanguardia ó retaguardia de las picas.

El pensamiento culminante y por decirlo así clave de todos los ejercicios tácticos, que tendia á dejar las picas en el centro de la línea, dió orígen á la maniobra designada por la voz *encajonarse*. Verdad que en ella los arcabuceros alternando la regla ordinaria, iban á penetrar en el seno de las picas, pero siempre quedaban estas guarnecidas por las mangas de mosqueteros. Al emprender el movimiento los arcabuceros, su costado derecho avanzaba por la izquierda y el izquierdo por la derecha, siempre en direccion al centro de los piqueros, que abiertos con oportunidad, les recibian en medio de sus mangas.

Tales eran las evoluciones que practicaban todas y cada una de las partes constitutivas del escuadron. Habia en ellas, como hemos dicho al principio, alguna prolijidad, habia complicaciones poco útiles y se pagaba mas de una vez un tributo peligroso á la fantasía, pero es indudable que tropas familiarizadas con estos ejercicios podian fascinar al enemigo y establecer prendas ciertas para un porvenir glorioso, porque en igualdad de circunstancias topográficas y numéricas, el triunfo pertenecia siempre al ejército mas maniobrero.

Constituido el escuadron en masa, verificaba tambien diversos movimientos, que derivados como de puro y genuino orígen de los principios tácticos que hemos presentado, adolecian de los mismos defectos y ofrecian parecidas ventajas. Estos movimientos cardinales, y sobre los que giran otras varias evoluciones, son: *aumentar y disminuir el fondo de uno ó mas escuadrones, formar escuadrones de tres frentes iguales: formar escuadrones de cuatro frentes: convertirlos en escuadrones de ocho frentes; formar un escuadron que diese siempre la frente adonde se quiera mandar, conservando constantemente su figura, y hacer escuadrones circulares que tenian la estraña denominacion de puerco espin.*

El hecho de aumentar ó disminuir el fondo, tiene como precedente el de tender el escuadron en álas, lo que en el lenguage táctico de aquella época se llamaba *perfilar*. Perfilado, pues, el escuadron, se partia cada ála por el número que se queria dar al fondo,



y entonces el escuadron se *rehacia*, es decir, que las álas se rompian y adaptaban sobre el nuevo fondo.

Como esta operacion era tan útil, tan necesaria, y tan frecuente, pudiendo y debiendo verificarse cuando se alteraba la fisonomía del terreno por el que habia de marchar el escuadron, practicábanse varios movimientos de los cuales resultaban las formaciones con el nombre de *cuadros de gente*, *cuadros de terreno doble y tres doble*, pero estas formaciones, repelidas por una esperiencia luminosa y preponderante en el período que vamos recorriendo, apenas merecen mas que una ligera mencion histórica.

Con mayor detenimiento deben examinarse las modificaciones que sufre esta maniobra á medida que se aumenta la angostura del terreno.

Todas ellas reconocian igual mecanismo, por lo que concierne á la division de la frente de las álas, mas exigian algunas evoluciones preliminares, cuyo olvido ó ignorancia podia comprometer la suerte de un escuadron.

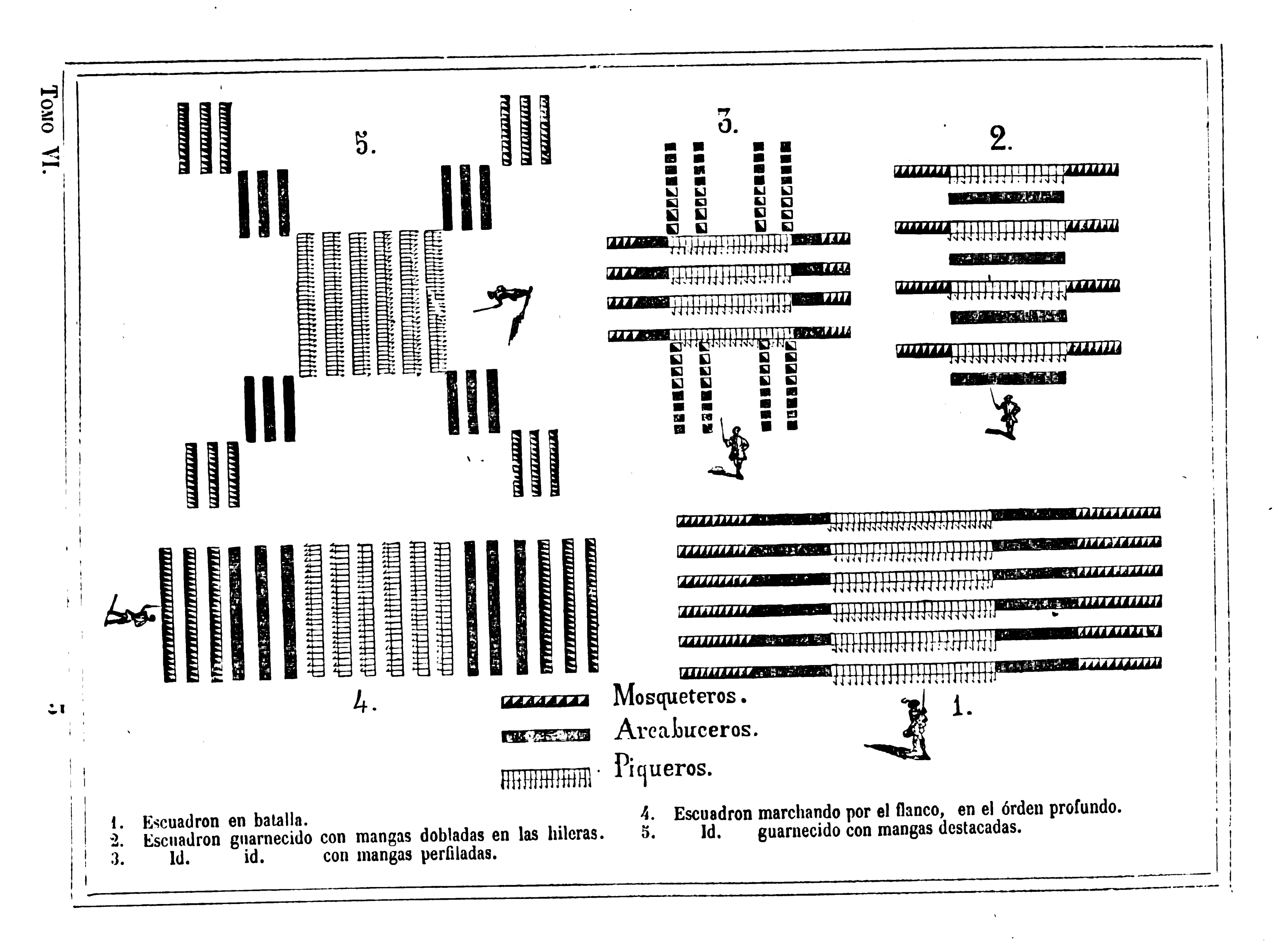
Si este, puesto en marcha, llegaba al punto de desembocar en un desfiladero ó garganta, se perfilaban las mangas desde la primera á la última sobre la izquierda, conservando entre sus derechas respectivas, la distancia de tres pasos, y se completaba la maniobra por el número constituyente del fondo y por la reaccion que verificaban sobre esta base las hileras de las mangas.

Cuando era mayor la estrechez del sitio se doblaban las bocas de fuego, las cuales quedaban refundidas en *trozos*; se hacía lo mismo con tres de las seis filas de picas, y se procedia igualmente á la division de frente, ya á la reconstitucion del cuerpo sobre la base indicada.

Por último, cuando las condiciones topográficas no permitian el paso al escuadron, ni aun formado de este último modo, se disminuia gradual y sucesivamente la marcha de las hileras, y venia á resultar un movimiento muy parecido, aunque no tan arriesgado al que en la táctica moderna se llama marchar á la desfilada.

Sin duda que estos distintos medios puestos en juego para modificar una maniobra, revelan ingenio y sobre todo la plausible idea de conservar en el cuerpo maniobrero toda la robustez compatible





1. Escuadron en batalla.
2. Escuadron guarnecido con mangas dobladas en las hileras.
3. Id. id. con mangas perfiladas.
4. Escuadron marchando por el flanco, en el órden profundo.
5. Id. guarnecido con mangas destacadas.

con las exigencias locales, pero envolvia en su ejecucion bastante dificultad y no poca lentitud, circunstancias ambas peligrosas si se operaba al frente del enemigo.

De resolucion mas árdua era el problema táctico que tenia por objeto *reducir un escuadron á cuatro, cinco ó seis, con cualquier fondo ó frente.*

Sin embargo, se hallaba la clave de este problema en la acertada division y colocacion de las álas. En efecto, se dividia la masa del escuadron en tantas álas como escuadrones se habian de formar; se perfilaban estas en direccion inversa á la que sostenia todo el escuadron, y doblando entonces las mangas, los trozos que resultaban venian á convertirse en otros tantos escuadrones.

En esos instantes supremos en que un cuerpo de infantería, ó bien por tener descubiertos sus flancos, ó por haber apurado sin fruto las evoluciones ordinarias, ó ya, y esto era lo mas frecuente, por hallarse en terreno desfavorable bajo el golpe de la caballería enemiga, sentia amenazada su existencia, debia recurrir á maniobras estraordinarias, que si no alcanzaban siempre á proporcionar la victoria, podian conducir á una resistencia honrosa que es el triunfo moral del vencido. Tendiendo una mirada retrospectiva por el vasto campo de la historia militar, se hallan en todas las épocas esos recursos estremados para combatir hasta el último punto posible el fallo de la fortuna: la formacion cuadrangular de los *inmortales persas*; la formacion sólida de los *batallones sagrados de Tebas*, y las hábiles evoluciones que practicaba la legion romana para recibir á los ginetes enemigos, y á las que debió sin duda alguna sus admirables victorias sobre los asiáticos y africanos, pueblos sobresalientes por su caballería; estos hechos, pues, entre otros muchos que pudieran aducirse, sancionan con su muda elocuencia, la observacion que hemos consignado. Las grandes necesidades crean grandes ideas, y las grandes ideas nunca pasan sin dejar generacion en el mundo.

La táctica del siglo XVII, tan minuciosa en las demas maniobras y en la que la prevision humana pugna por vencer los accidentes mas remotos de la guerra, debia comprender y comprendia



movimientos para hacer frente á esas situaciones, en alto grado críticas. Uno de ellos, el primero, es el que tiende á formar el *escuadron triangular latero.* La misma denominacion indica que el cuerpo quedaba colocado en un triángulo equilatero. Desde luego se constituia en fondo triple del número de hombres que se queria dar á cada lado. Despues se mandaba que permaneciese firme la tercera parte de las filas de vanguardia, en tanto que las otras se dividian por su fondo correspondiente y giraban á la vez sobre los costados derecho é izquierdo; se encajonaban los arcabuceros y quedaban los mosqueteros guarneciendo las picas en todos los lados del escuadron. Hecho esto, avanzaban los cuernos de las dos secciones que rompieron el movimiento, é inclinándose gradualmente como en la maniobra de *acostarse arqueados*, venian á enlazarse aquellos y resultaba formado el triángulo.

Pero esta formacion, como se observa por la simple inspeccion de la figura, adolecia de defectos que á nadie pueden ocultarse, pues no era posible desconocer que los ángulos eran demasiado agudos y y carecian por lo mismo de la consistencia necesaria para soportar el ímpetu de la caballería.

Para obviar en parte este inconveniente y dotar al triángulo de mas solidez, se disponia que de las segundas filas de picas pasasen á las primeras seis hombres, é igual número de las terceras á las segundas. Este escedente marchaba á reunirse con las estremidades de las vanguardias, las cuales constituian precisamente el vértice de los ángulos, y se robustecian estos puntos mas vulnerables con la agregacion de las picas, arma que se consideraba entonces como privilegiada para resistir á los caballos.

No obstante, el refuerzo que producia esta disposicion de las picas era muy débil, y así la formacion triangular solo se verificaba cuando lo exigian imperiosamente las condiciones del terreno.

El órden de cuadro, al que se debieron tantos triunfos, y que ha adquirido en nuestros dias una grande y merecida importancia, era en tiempo de Cárlos II la formacion conocida con el nombre de *escuadron de cuatro frentes.* Se constituia del modo siguiente: colocado el escuadron en doble fondo del que se pretendia dar á cada uno de sus lados, la mitad de las bocas de fuego del costado de-



recho, daba media vuelta hácia la vanguardia, y la otra mitad del costado izquierdo hácia la retaguardia, yendo á guarnecer aquellas la primera y estas la segunda: las otras mitades que quedaban en sus puestos se *incorporaban*, es decir, estrechaban sus filas. Acto continuo se dividian las filas de los piqueros en cuatro partes; dos conservaban una completa inamovilidad, y las otras dos del centro se perfilaban para subdividirse por el que habia de tener cada lado, rehaciéndose al punto y cerrando el cuadro. Esta maniobra admitia algunas alteraciones, mas todas reposaban en el mismo principio. Merece mencionarse la formacion de *baluartes*, que eran cuadros pequeños, constituidos por filas de mosqueteros, destinados á debilitar la primera embestida de los caballos, y adheridos al vértice de los cuatro ángulos sobre los cuales se replegaban con facilidad, despues de haber cumplido su mision ó cuando eran arrolladoras las fuerzas enemigas.

Si en vez de cuatro se deseaba dar ocho frentes al escuadron, se dividia este preventivamente en cuatro fracciones idénticas, cada una de las cuales tenia cuatro hombres de fondo. Luego se mandaba *encajonar* la arcabucería, y terminada esta operacion avanzaban las cuatro secciones en direccion recíproca hasta que se enlazaban por los cuernos de sus cuartas filas. Entonces salian los mosqueteros de la primera fila correspondiente á las cuatro secciones para guarnecer la vanguardia; y los de las segundas y terceras hacian su movimiento por la derecha é izquierda, mientras que las cuartas filas hacian un cuarto de conversion y marchaban sobre el costado para llenar el hueco que existia entre el cuerno derecho de la tercera fila y el izquierdo de la misma. Finalmente, se completaba la maniobra inclinándose los mosqueteros que confinaban con las picas hácia el lado esterior de estas, lo que en el lenguage militar de aquel tiempo se llamaba *acostarse á la campaña*.

El escuadron de cuatro frentes era tambien susceptible de otra modificacion interesante y muy útil cuando se queria hacer jugar con desahogo y seguridad la artillería. En ese caso el escuadron formaba una cruz. Los mosqueteros tomaban la iniciativa en esta maniobra, salian los de las primeras filas de la vanguardia y pasaban á guarnecer las picas: los de los costados se movian simultáneamente



aunque en sentido inverso; daban media vuelta al centro y marchaban hasta ponerse en contacto con los cuernos de las cuartas filas de picas. De este modo se formaba una cruz cuya regularidad sorprendia,y esta misma podia variarse haciendo que los arcabuceros formaran sobre un fondo de á cuatro hombres.

Elegancia y primor en su aspecto, solidéz en su conjunto, cohesion entre las partes y casi todas las cualidades que necesita un cuerpo para oponer una resistencia desesperada conservando su inamovilidad, las reunia el *escuadron circular*, llamado tambien *puerco espin*. Para llevar á cabo su construccion se practicaban las maniobras siguientes: se perfilaba el escuadron, los dos costados cambiaban inversamente de posicion marchando el derecho sobre la izquierda y el izquierdo sobre la derecha, se partia el frente de las picas por un número doble del que habia de tener el fondo circular, y despues pasaban de la tercera á la segunda fila, y de esta á la primera, tres hombres por cada cuerno. Las bocas de fuego se dividian en dos secciones iguales en sus respectivos costados, y realizaban simultáneamente las picas el movimiento de *perfilacion*, de modo que quedaban en cada costado dos álas de mosqueteros y dos de arcabuceros, y las filas de picas con seis hombres mas la segunda que la tercera, y la primera que la segunda: proporcionadas así las filas de picas, se colocaban á la distancia conveniente los dos hombres que constituian un centro respectivo, permanecian firmes y los demas se acostaban *arqueados* hasta el punto de unirse por sus estremos y cerrar el escuadron.

Los ejercicios en masa que verificaba el escuadron y que pudieran llamarse necesarios en contraposicion de los que solo tendian á ofrecer un espectáculo vistoso y agradable y de los cuales nos ocuparemos despues, terminaban con el de formar un *escuadron que diese siempre el frente adonde se queria mandar, pero conservando constantemente la misma figura en que se le hubiere colocado al principio*. Al efecto se guarnecian las picas con las bocas de fuego, moviéndose los arcabuceros y mosqueteros del costado derecho sobre la vanguardia, y los del izquierdo sobre la retaguardia. Practicada esta breve operacion, el escuadron podia girar hácia cualquier lado sin que sus formas se alterasen y sin



que perdiera su articulacion relativa ninguna de las hileras.

Esta breve esposicion de las maniobras del siglo XVII y XVIII, confirma la idea que indicamos desde luego; á saber: que se habian imaginado todos los medios posibles para resistir al enemigo, pero que en su realizacion no existia siempre la misma sencillez que es la verdadera alma de todas las evoluciones tácticas.

No es este sin embargo el límite de los ejercicios que en aquella época se verificaban. Habia otros esclusivamente de recreo, de placer y destinados á enaltecer con su pompa militar algun fáusto acontecimiento, ó dar á los príncipes una idea de la habilidad maniobrera de sus ejércitos. A la verdad, considerando estos ejercicios esmerados y casi sorprendentes, se deplora el que se impusiera á las tropas una educacion fastuosa y tan inútil como difícil, pero examinándolos á la luz de la filosofía se descubre en ellos la ley eterna de los contrastes, tan necesaria para sostener la vida del mundo como son las ondulaciones de un péndulo para mantener el movimiento de un reloj. Durante los siglos medios la caballería habia absorvido en sí casi toda la vida militar y política de las sociedades segun hemos insinuado, pero como todos los poderes públicos necesitan tener cierto esplendor que fascine á la multitud, le rodeaban los caballeros con aquel ostentoso aparato propio de sus fiestas marciales.

Las brillantes justas y torneos donde se desplegaban á un tiempo la fuerza, la destreza y el lujo en mayor auge posible, envuelven ciertamente otro objeto, aunque este objeto fuera las menos veces calculado, pues las dominaciones políticas á falta de cálculo tienen como los individuos el *instinto* de su conservacion. Al arrebatar la infantería su influencia omnímoda á la caballería, debia esperimentar las mismas necesidades, sentir iguales aspiraciones y aspirar á realizarlas de la manera mas idónea para cautivar la imaginacion y grangearse prestigio. Así se concibe y esplica el que no solo se ejercitára en los movimientos indispensables ó útiles sobre el campo de batalla, sino que tambien adquiriera otros de puro primor, cuyo desarrollo embelesara á la ociosa muchedumbre de las grandes poblaciones.

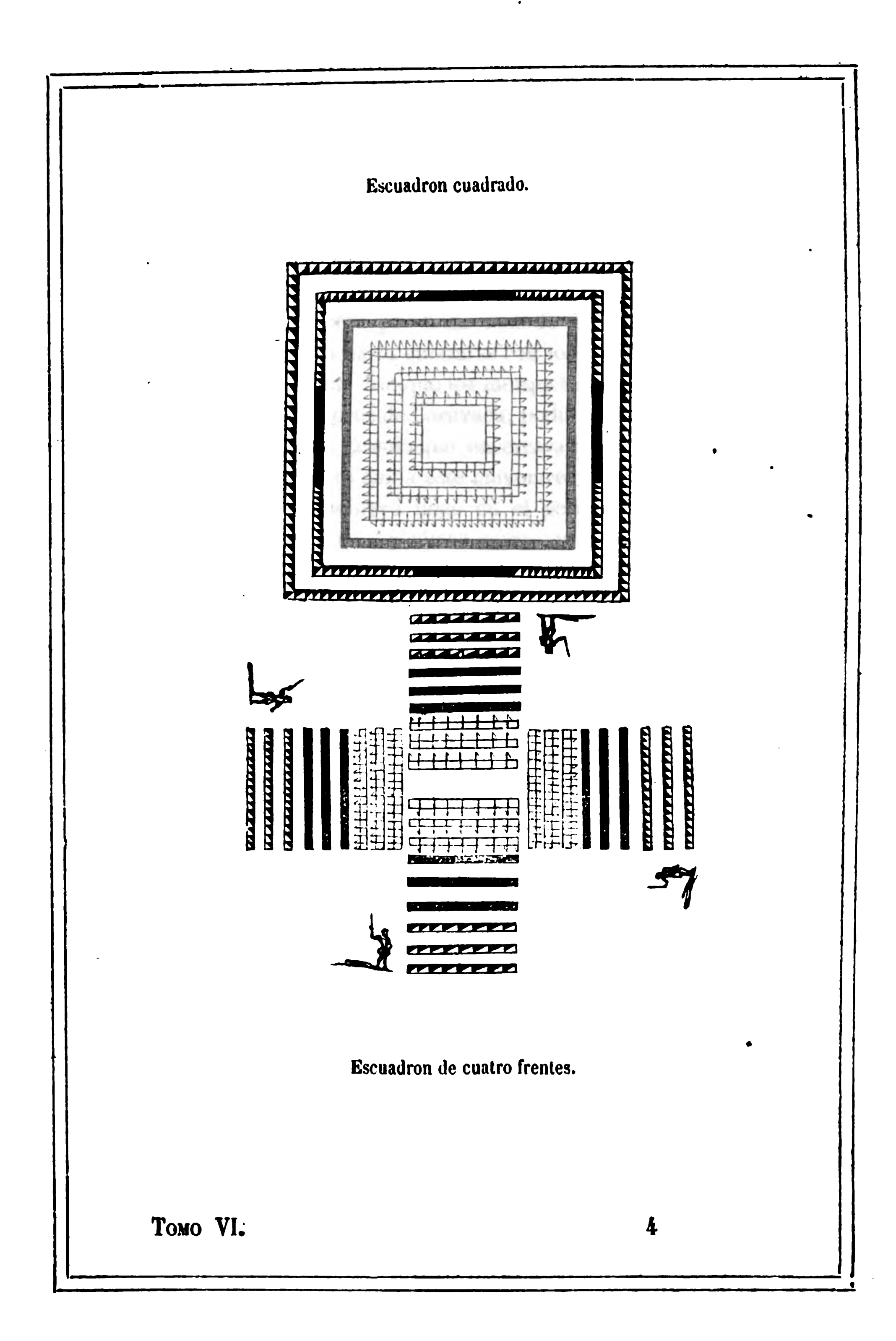
La primera de estas maniobras de parada y una de las mas be-

llas y sorprendentes es la que concluye por formar la cruz de Caravaca.

Constituian tambien esta cruz los piqueros y la guarnecian los arcabuceros. La regla general que debia seguirse en la colocacion de las picas, era la de situar la sesta parte de estas en el testero de la cruz, distribuyendo las quintas partes restantes en los brazos, árbol y pié de la misma cruz. Como esta operacion es bastante complicada y desconocida actualmente, seguiremos con la mayor puntualidad posible el relato que de ella hace Salazar y Zúñiga.

Suponiendo que el escuadron maniobrero constase de doscientas diez y seis picas y en número proporcionado las bocas de fuego, se daba á aquel un fondo de seis picas y resultaban seis mangas de piqueros con seis hombres en sus respectivas frentes. Los arcabuceros y piqueros, obedeciendo al mismo móvil, presentaban igual formacion. En este estado los mosqueteros permanecian firmes, y los arcabuceros hacian un cuarto de conversion sobre el centro y se encajonaban en este órden: los de las filas primera, tercera y quinta en la vanguardia de las picas, y los de la segunda, cuarta y sesta, en la retaguardia de las mismas. Desde este momento picas y arcabuces seguian las evoluciones generales de una manera constante y uniforme, teniendo muy en cuenta que los arcabuceros formaban simplemente la guarnicion de las picas y que sobre estas giraban las maniobras siguientes: la sesta fila daba media vuelta, avanzaba seis pasos, y á la voz ejecutiva de *rehacerse caras*, los seis hombres que componian el centro de la fila quedaban firmes; mientras que seis de cada costado *formaban* inversamente. Los restantes que habian quedado en los costados, se adelantaban seis pasos y lograban incorporarse con los seis que servian de núcleo á la formacion. Esta combinacion daba por resultado inmediato la cabeza de la cruz y las dos estremidades izquierdas ó derechas de los brazos.

Para completarlas subian seis hombres de la quinta fila, se tendian en una pequeña ála de derecha á izquierda, destacábanse en seguida otros seis hombres de cada cuerno y *formaban* sobre las dos manos: tres piqueros de cada cuerno pertenecientes á la cuarta fila, continuaban el movimiento progresivo, al que cedian tambien seis hombres del centro; en la tercera fila se practicaba á su vez la misma



Escuadron cuadrado.

Escuadron de cuatro frentes.

operacion, con las que se terminaban los brazos de la cruz.

Para formar el tronco ó árbol, la primera fila andaba diez y seis pasos por su frente, y la segunda se dividia en dos mitades que se tendian á un tiempo en la derecha é izquierda.

Por último, en el pie de la cruz entraban como elementos constitutivos nueve hombres por cada costado de la primera fila, que iban *acostándose rectos* hasta enlazarse con los que se hallaban en el árbol de la misma cruz. Aunque los mosqueteros no figuraban como parte integrante de la cruz de Caravaca, podia hacerse con ellos bien cuatro baluartes ó un círculo que encerrara en su seno á la misma cruz y que sirviera para dar á este mayor realce y mas perspectiva.

La habilidad maniobrera llegó en el período que vamos recorriendo hasta formar letras y líneas espresivas de una idea determinada con uno ó mas escuadrones. Cada letra se formaba con dos filas, regla general y absoluta á la que debian atemperarse todas las combinaciones: las filas distaban entre sí tantos pasos cuantos fueran los hombres colocados sobre el árbol de la P. Pero estas nociones preliminares no eran suficientes para comprender la esencia de aquella singular formacion: necesitábase al propio tiempo saber el número de hombres que se incluian en cada letra, obra lenta y penosa debida á ensayos repetidos, á una atencion esmerada, y á un cálculo ilustrado por la luz de la esperiencia.

En la A se colocaban veinte y cuatro hombres, y veinte y ocho en la B: veinte correspondian á la C, á la D veinte y cuatro, á la E veinte y seis, á la F veinte y á la G veinte y dos: veinte y seis entraban en la H, en la I latina diez, doce en la J y diez y seis en la L; la M, la N, la O, la P, la Q y la R, se componian respectivamente de veinte y seis, treinta, veinte y cuatro, veinte y veinte y ocho hombres: y la estructura de la T, V, X, Y y Z requeria veinte, veinte y cuatro y diez y seis hombres, debiendo advertir que algunas de estas letras como la T y V, se formaban con igual número de hombres, verificándose lo mismo en la X y la Z: las dos primeras absorvian veinte en su composicion, y las dos últimas veinte y cuatro.

En esta, como en casi todas las figuras de adorno, desempeñaba

la piquería el papel principal. Situadas las filas de piqueros á la distancia que hemos indicado, y presentando cada una un frente en direccion opuesta, daban media vuelta y se disponian á practicar cuantos movimientos se les prevenian. Conviene advertir que como estas evoluciones son muy difíciles, solo debian verificarlas aquellas filas ú hombres que se designaran en la voz preventiva. La menor alteracion en esta parte podia perturbar las medidas anteriores y destruir el efecto de maniobra tan complicada.

No descenderemos á la esplicacion laboriosa y poco grata de cada una de las letras, á riesgo de incurrir en repeticiones monótonas y probablemente oscuras. Basta decir que establecidas en las filas sus puntos convenientes, formaban las letras, ora *perfilándose*, ora *acostándose rectas ó arqueadas.*

Hacer del escuadron ordinario otros de cinco, seis ó mas baluartes. Esta formacion, notable por su belleza marcial, porque tendia á constituir el cuerpo maniobrero en una ciudadela viva, rodeada por baluartes, no exigia esa série intrincada y laboriosa de movimientos capaces de confundir á las tropas mas veteranas. Los que se ejecutaban en este caso, eran rápidos, sencillos y de fácil comprension. El fondo del escuadron tenia tantas filas como baluartes se querian formar; la mitad de las mangas de fuego pertenecientes á cada costado, pasaban en órden inverso á guarnecer las picas por vanguardia y retaguardia: entonces las filas primeras, segundas y terceras de picas que se hallaban en vanguardia, daban media vuelta, imprimiendo este mismo movimiento á la cuarta, quinta y sesta que al principio habian quedado firmes. Los mosqueteros de las filas tercera y cuarta pasaban á las segundas y quintas, y los de estas á su vez á las primeras y sestas: los arcabuceros colocados en el centro y confinando con las picas, conservaban su primera inamovilidad, y las filas de picas y mosqueteros prosiguiendo el movimiento iniciado, iban atrayéndose mutuamente por sus estremidades ó cuernos, hasta que sintiesen su contacto recíproco, y entonces quedaban cerrados los baluartes.

Vistoso y elegante era tambien el escuadron de la *Estrella.*

Suponiendo que el escuadron constase de seiscientos hombres, doscientos de ellos piqueros, se colocaban sobre un fondo de diez

Escuadron triangular.

Escuadron de cuatro frentes.

hombres, de modo qne rerultasen diez filas, comprensiva cada una de veinte picas en su frente é igual número de arcabuceros y mosqueteros en cada costado. Hecho esto, las picas ejecutaban un cuarto de conversion por mitad á derecha é izquierda, y avanzaban simultáneamente sobre un espacio de diez pasos, con lo que venia á quedar entre las dos mitades un claro de veinte pasos. En esta situacion las picas maniobreras *rehacian caras* y quedaban frente á la vanguardia. Inmediatamente despues, las filas sesta, sétima, octava, novena y décima, daban media vuelta, mientras que los estremos del centro de las picas permanecian firmes.

Entonces las filas maniobreras de las picas, tendian á buscar el enlace de las esteriores de mosqueteros, y no abandonaban este movimiento hasta que las dos mitades de cada columna quedasen entre sí seis pasos. Como el movimiento paralelo se verificaba bajo el impulso de la misma voz, por todas las filas, al terminarle se hallaban estas formando columnas sobre una base de ocho pasos, siendo de veinte la distancia recíproca de las columnas. Acto contínuo las filas primeras, terceras, quintas, sestas, octavas y décimas volvian caras en direccion contraria á las demas, por manera que todas las filas presentaban el frente al campo, ó *daban cara* á la *campaña*. Si los estremos de arcabuceros enlazados con las picas estaban firmes, y los opuestos se *acostaban arqueados*, venian á describir dos curvas ligeramente aplanadas, lo que daba orígen á una nueva figura. Si se queria dotarla de mayor belleza ó darla una determinada alusion categórica, se tendian las bandas de mosqueteros, bien para sujetar en una auréola los rayos de la estrella, bien para formar las letras que se desearan.

El lujo de combinaciones tácticas, la precision de los movimientos, la division reiterada de los hombres y las filas, la grandeza del símbolo que envolvia la figura, la estraña distribucion de las tres armas constitutivas, picas, arcabuces y mosquetes, hacia que el *escuadron de la Aguila* fuese la formacion mas arrogante y mas complicada en aquella época. No nos detendremos en la descripcion de esta penosa maniobra, que no era mas que de pura ostentacion y lujo, no sirviendo mas que para hacer un alarde estéril de habilidad maniobrera.

El escuadron real, que solo tenia por objeto escribir letras comprensivas del nombre de un monarca, tenia tambien sus puntos de contacto con el del Aguila. El segundo no era menos complicado que el primero, y ninguno de los dos tenia el menor viso de utilidad.

A los tres años despues de subir Felipe V al trono de España, se dió á los cuerpos de infantería un nuevo reglamento táctico. Este reglamento, redactado por el conde de Aguilar, director de infantería, por disposicion del monarca, se ensayó primero en el regimiento de Guardias españolas, y los resultados que obtuvo, hicieron que rigiese en toda la mencionada arma.

En la nueva táctica se hicieron pocas alteraciones con respecto al manejo del arma. Puede decirse que no se hizo mas que añadir al ejercicio practicado hasta entonces la instruccion relativa á los granaderos. Admitida esta institucion en el ejército, era natural que se le dieran reglas para que pudiera llenar el objeto de su creacion, obrando con uniformidad y destreza.

Hé aquí los movimientos que comprendia esta instruccion.

Voces.		Tiempos.
1.	La mano derecha al arma.	1
2.	Altas las armas..	1
3.	Presenten las armas.	1
4.	Preparen las armas.	2
5.	Apunten.	2
6.	Disparen.	1
7.	Retiren las armas.	1
8.	Tomen la correa.	1
9.	Echen las armas á la espalda..	3
10.	Presenten la cuerda (1).	3
11.	Tomen la granada (2).	2

(1) A esta voz, se echaban las dos manos al canutillo de la mecha, la cual se cogia con la izquierda por junto al cabo encendido, y con la derecha por el de abajo, llevándose despues á la altura de los hombros.

(2) La mano derecha iba á coger la granada en la bolsa, haciéndose al mismo tiempo un giro á la derecha sobre el talon izquierdo, y cubriendo la pipa del proyectil con el dedo pulgar se colocaba á la altura de la izquierda.



12. Destapen la granada (1). 2
13. Soplen la cuerda. 2
14. Dén fuego á la granada y arrójenla. (2).. . 2
15. Pongan la cuerda en su lugar. 3
16. Tomen la correa. 2
17. Altas las armas.. 3

Las maniobras en que se ejercitaban los cuerpos eran pocas; pero comprendian cuanto tiene la táctica de mas esencial. Las principales eran:

Perfilar sobre la derecha ó sobre la izquierda.
Doblar el frente ó el fondo.
Conversiones.
Fuego ganando terreno.
Fuego perdiendo terreno.
Formar en columna.

En cuanto á las formaciones que segun las circunstancias podian usarse en la guerra, no hubo grandes variaciones en los primeros años del reinado de Felipe V. Los cuadros de terreno, de gente, prolongados, de gran frente, de media luna, de forma de cruz, y triangulares, continuaron constituyendo la ciencia táctica de nuestros jefes. Unicamente se desterraron aquellas que sobre ser complicadas y tardías en su constitucion, no ofrecian ninguna ventaja en la práctica.

En 12 de julio de 1728, publicóse una nueva ordenanza, y por ella se introdujeron nuevos adelantos en el ramo de que se trata.

La perfeccion que fué adquiriendo el fusil, hizo conocer mas tarde la desventaja del órden profundo. Estando las tropas en esta disposicion, no podian sacar todo el partido de que era susceptible el fuego de fusilería, y por otra parte presentando mas objeto á los

(1) Con los dientes se destapaba la pipa y volvia á colocarse la mano derecha en la misma posicion.

(2) La mano izquierda ponia fuego á la granada, y la derecha, haciendo el cuerpo un movimiento á este lado, la arrojaba con fuerza, quedando el soldado cuadrado á su frente.

tiros de la artillería, habian de sufrir con precision grandes estragos cuando servian de blanco á esta formidable arma. Estas consideraciones provocaron la formacion en tres filas, de que dieron el ejemplo los franceses, y esta formacion dió lugar á la creacion de las maniobras y evoluciones que hoy dia se practican.

En el reinado de Fernando VI se hicieron grandes esfuerzos para dar impulso á los progresos de la táctica; con este objeto se formó un campo de asamblea en Ocaña el año de 1750, enviando cada cuerpo á este punto un piquete, compuesto de todos los capitanes, un ayudante, un teniente, tres sargentos, dos tambores, un pífano, diez granaderos y setenta y cuatro fusileros. En este campo se aprendió primero el nuevo manejo del fusil, y despues se ejercitó toda la gente reunida en él, en practicar los movimientos y maniobras con mas viveza y rapidez; reforma que reclamaban hacia tiempo los buenos militares, pero que no habia podido vencer las preocupaciones de veteranos influyentes, que la combatian con tenacidad, por considerarla en oposicion con la circunspeccion y gravedad de la milicia.

El mencionado monarca fué á ver los adelantos de este cuerpo que se componia de unos 3000 hombres, el 6 de mayo del mismo año, y el jefe encargado de la instruccion, el brigadier D. Antonio Manso, presentó su escuela en batalla; en seguida hizo por divisiones el ejercicio que hasta entonces habia usado la infantería por el reglamento de 30 de abril de 1728 sin voz ni toque de caja; y despues verificó á la voz el que habia propuesto la junta de generales destinada para la correccion de las ordenanzas militares. Tambien este cuerpo de instruccion ejecutó el manejo del fusil segun lo practicaban las tropas francesas, prusianas y napolitanas, concluyendo con un compuesto de todos.

El citado cuerpo de asamblea se trasladó de Ocaña al real sitio de Aranjuez el dia 23 del propio mes con el brigadier Manso. Distribuidos los 3000 hombres en seis compañías de granaderos y treinta y cuatro mitades de fusileros, la junta de campamento trajo el campo sobre el camino de Colmenar, con la derecha á las asperillas bajas y la izquierda á la calle de árboles que llamaban del *Embocador*, distante media legua del real Palacio, y en este sitio se co-

locaron las tiendas con todo el aparato de un campamento modelo.

La tropa entró en él, en columna, repartida en dos divisiones, y cada una de ellas formada por mitades ó mangas de á tres filas al mando de los sargentos mayores D. Francisco Maguna y el conde D. Pedro Güelfi; ejecutó delante del rey el nuevo manejo del arma y seguidamente todas las maniobras de la nueva táctica propuesta por la junta de guerra, en este órden:

Fuego por divisiones á pié firme.
Fuego por trozos, ganando terreno.
Fuego por pelotones, perdiendo terreno.
Alto.
Frente á vanguardia, descarga general.
Romper en columna por pelotones.
Formacion del cuadro.
Formar en columna por mitad de piquetes.
Desplegar en batalla.
Doblar el fondo por hileras.
Doblar el fondo á vanguardia por trozos.
Doblar el fondo á retaguardia por trozos.
Formar en columna.
Formacion del cuadro por trozos.
Desplegar en batalla.
Marcha oblícua á vanguardia ganando terreno por ambos costados.
Formacion de columna de batalla.

Estas maniobras duraron hasta el dia 27 del citado mes de mayo.

Cárlos III encontró la cuestion táctica en mejor terreno; las preocupaciones habian cedido en gran parte ante los consejos de la razon y las lecciones de la esperiencia. No habia mas que acabar de despojarla de las miserables formas de que se habia revestido durante una larga série de años; y esto no ofrecia ya dificultad alguna. El 13 de diciembre de 1760 examinó en Villaviciosa de Odon el nuevo ejercicio que el teniente coronel, ayudante del regi-

miento de Guardias de infantería, D. Martin Alvarez, enseñaba de su real órden, como por via de ensayo á las dos compañías de granaderos de los de Guadalajara y Leon, mandadas por sus capitanes D. Juan de Pineda y D. Manuel Gamarro, y convencido de su utilidad, mandó se observase por toda la infantería en lugar del aprobado en el año 1752.

En 1761 envió á Berlin uua comision de oficiales entendidos para estudiar la táctica prusiana que pasaba por la mas perfecta, encargó el ensayo de las nuevas maniobras al teniente coronel ayudante del regimiento de Guardias D. Pablo Arroyo, y despues de juzgarlas por sí mismo en el terreno de la práctica, anulando las ordenanzas que habian regido hasta entonces, dictó para la disciplina, subordinacion y servicio de sus ejércitos otras nuevas en que se consignaron los principios y reglas de la nueva táctica, que á parte de algunas ligeras modificaciones, han venido observándose hasta estos últimos años. Esto tuvo lugar en 1706.

De los granaderos solo quedó el nombre. Esta institucion, que habia nacido con los progresos de la artillería, que al principio solo se componia de algunos temerarios, mas tarde de algunas compañías, y posteriormente de batallones enteros, desapareció de la táctica á fines del siglo XVIII.

El arma de caballería reasumió siempre en España cuantos adelantos habian podido hacerse bajo la luz combinada del arte y de la esperiencia. Mas á pesar de la superioridad que durante mucho tiempo obtuvo sobre la infantería, no se puede decir que desplegase en sus maniobras toda la suma de conocimientos que parece debian suponer sus multiplicados triunfos.

No es esto decir que careciesen de táctica nuestros ginetes. Teníanla mas ó menos complicada. Pero cada cuerpo en esta parte obedecia por lo regular las inspiraciones de su respectivo jefe, y por lo mismo las evoluciones de esta arma carecian de aquel pensamiento armonizador y sintético que solo brota de un sistema.

La Real ordenanza promulgada el 30 de abril de 1718, ocurrió á este inconveniente hasta cierto punto, estableciendo bases generales ya para la organizacion de los regimientos, ya para los ejercicios que debian practicar. Examinaremos sus disposiciones solo en



aquella parte que creamos suficiente á demostrar los progresos obtenidos por la táctica de caballería.

Cada regimiento constaba de tres escuadrones, los cuales absorbian en su seno cuatro compañías. El primero de los escuadrones se hallaba bajo las inmediatas órdenes del coronel; el segundo obedecia las del teniente coronel, y el tercero las del primer capitan. Las cuatro compañías á su vez estaban mandadas respectivamente por otros tantos capitanes.

La colocacion de las compañías en cada escuadron, no era un hecho arbitrario: estaba sujeta á una regla constante que tendia á cubrir los flancos con tropas educadas ya en la escuela de los combates, dejando en el centro las que por su falta de instruccion no ofrecian las mismas probabilidades de evolucionar con ventaja al frente del enemigo. El peligroso honor que se concedia en este caso á las compañías mas antiguas, se realzaba con una nueva preferencia al formarse de derecha á izquierda. Procediendo asi el escuadron del coronel, se formaba con su propia compañía «que debia ocupar la derecha, con la del segundo capitan que ocupaba la izquierda, y con la del quinto y la del octavo, que se ponian en el centro, aquella á la derecha y ésta á la izquierda.»

En el escuadron del teniente coronel entraban como elementos constitutivos, la compañía del mismo teniente coronel, situada á la izquierda, la del tercer capitan á la derecha, y las de los capitanes sesto y noveno que se establecian alternativamente sobre los flancos de aquellas dos.

En el tercer escuadron, la compañía del primer capitan ocupaba la derecha, la del cuarto la izquierda; á los costados de ambas venian á buscar su articulacion las mandadas por los capitanes sétimo y décimo.

Al formarse los escuadrones en batalla, se colocaba el del coronel en la derecha, en el centro el del primer capitan, y sobre la izquierda el del teniente coronel.

La precitada ordenanza dá los detalles mas minuciosos respecto al puesto que debian ocupar los oficiales en la fila; el caballo del comandante de cada escuadron habia de situarse de modo que solo se encajonara en la fila con la grupa, teniendo el resto



del cuerpo fuera, los de los capitanes, tanto vivos como reformados, se cubrian con los demas hasta el pecho, de modo que sobresaliera el cuello, debiendo advertirse que los capitanes vivos cerraban los costados y los reformados quedaban en el centro. Los subalternos, divididos en partes iguales, se situaban en la estremidad de las álas correspondientes á las filas segunda y tercera, pero guardando el mismo nivel que los soldados. Finalmente, el centro de la primera fila era el sitio destinado á los alféreces mas antiguos que tremolaban allí, como sobre el corazon del cuerpo, los estandartes, símbolos de la gloria y emblema del noble orgullo militar.

Este órden comprendia del mismo modo á los carabineros y dragones; los oficiales subalternos, así como los sargentos vivos y reformados, debian tener á caballo las mismas armas blancas y de fuego que los soldados.

Aunque los capitanes no llevaban el fusil sobre sus caballos, era obligacion precisa el hacer que lo condujeran al hombro sus criados ú asistentes. Esta singular disposicion tendia á impedir que en lo fuerte del combate, los capitanes se apoderasen de los fusiles de los soldados y dejaran á estos indefensos. Hoy, que un conocimiento mas elevado de la ciencia militar ha concedido al espíritu de los jefes una preferencia notable sobre la fuerza de su brazo, parece quizá muy poco acertada semejante determinacion, que aun en el primer tercio del siglo XVIII consideraban algunos como un anacronismo: sin embargo tiene tambien en su favor consideraciones que no son de despreciar. En las disposiciones relativas á los ejercicios resalta un doble pensamiento: el arraigar en el corazon del soldado el principio de disciplina y hacer que verificase sus evoluciones, conservando el mejor aire marcial posible.

Los principales movimientos, ademas del manejo de las armas, consistian en lo siguiente:

Cambios de frente.

Formar de tres filas dos, y de dos tres.

Marchar en distintas direcciones.

Desfilar por cuatro de fondo.

Formar el piquete.

La institucion de los dragones, reconocida en aquella época

como de la mayor importancia, tendia á crear cuerpos que participando del doble carácter de caballería é infantería, pudieran evolucionar montados ó á pié segun lo requerian las circunstancias dominantes. El criterio científico, auxiliado por la esperiencia, ha erigido en axioma el principio de que en la instruccion militar debe haber las menos complicaciones posibles, y suministrado por consiguiente armas contra esa institucion al parecer anómala y siempre incompleta, porque en la inculta memoria del soldado no pueden gravarse bien las prescripciones relativas al ejercicio de dos armas distintas. Pero como esta creacion belicosa ha sido respetada por inteligencias muy superiores, y como su existencia histórica está iluminada por el resplandor de encomiadas victorias, creemos deber nuestro manifestar aunque sucintamente, las operaciones que debia practicar un escuadron de dragones despues de echar pié á tierra y antes de maniobrar con arreglo á la táctica de infantería.

Consistia la primera en doblar el frente, para lo que suponiendo que se hubiera realizado ya el avance, marchaban los que permanecieron inmóviles, á ocupar los intérvalos de los que salieron, llevando los caballos por las cabezadas, y dejando las riendas afianzadas.

Despues se encadenaban los caballos unos á otros, asegurando préviamente las barbadas, y en los estremos de cada fila quedaba un soldado montado y otro á pié delante del centro de la misma, para impedir que los animales se alborotáran ó maltratáran. Los dragones desmontados avanzaban sobre el frente de los caballos, colocándose desde luego á dos pasos de distancia, llevando consigo todas las piezas de su armamento, espada, fusil y bayoneta, que no podian abandonar en funcion alguna sino bajo la voz imperativa de sus jefes. Cuando llegaba este caso, como sucedia por lo regular despues de haber evolucionado con las armas, dejándolas en tierra no volvian á tomarlas hasta nueva órden. Debe advertirse que los dragones hacian esto siempre que desempeñaban la funcion de gastadores, prévios los movimientos que como hemos indicado antes se practicaban con las mismas.

Estos movimientos, análogos á los que ejecutaban los ginetes, consistian en preparar la correa para el fusil, en presentarle, en

ponerle alto, frase que significaba el acto de echársele al hombro y en descansar sobre él. Las mismas se verificaban despues con las variaciones inherentes al hecho de recoger el fusil y colocarlo sobre la espalda.

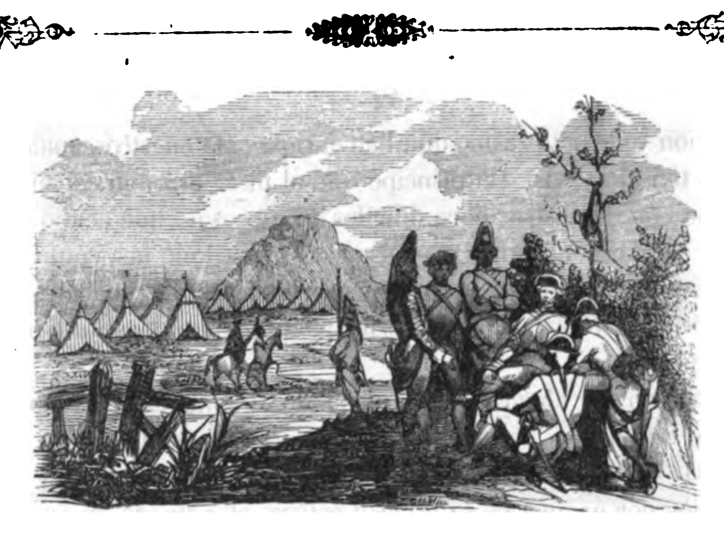
Puesto en pié el escuadron ó regimiento, y situado á conveniente distancia de los caballos, inauguraba sus ejercicios tácticos, atemperándose á lo prevenido en esta parte para las tropas de infantería. Cuando los terminaban, montaban los dragones á caballo, arreglaban sus armas en la forma prescrita, y doblaban en seguida el frente para hacer las filas nutridas y compactas.

Tal es en breve resúmen la táctica de caballería, dispuesta por la real ordenanza de 1718.

Hemos omitido de intento en esta ligera esposicion, algunos ejercicios concernientes á la espada, y la repeticion de otros muchos que figuraban como partes constituyentes en varias maniobras generales. Al proceder así hemos obedecido al principio de que las reseñas históricas solo deben comprender los rasgos principales de las cosas ó hechos á que se refieren, sin descender á nimios detalles.

La Real ordenanza no contiene una série ó generacion de nociones tácticas que empiece en los actos mas sencillos y se remonte por un órden gradual hasta las últimas complicaciones; al contrario, dá por supuestos varios conocimientos, tanto relativos á la constitucion de las compañías, como á la combinacion de las armas en el regimiento, á la colocacion de éste en batalla y á otras diversas é importantes maniobras; no es en suma una táctica completa, sino el lazo sintético de la reforma que une y consolida, poniendo un límite invariable al capricho de los jefes, muchas ideas conocidas y practicadas ya, autorizadas por la costumbre y sancionadas por la esperiencia, última piedra de toque de todas las instituciones.





CAPITULO X.

1780--1808.

Organizacion (1).

VARIACIONES EN EL UNIFORME Y PEINADO.—NUEVO PROYECTO DE ORGANIZACION.—REGLAMENTO.—FORMACION DE NUEVOS CUERPOS.—TRABANTES.—AUMENTO DE LOS TERCEROS BATALLONES.—VESTUARIO NUEVO.—CAMPOS VOLANTES.—VARIACIONES EN EL UNIFORME.—REGLAMENTO ORGÁNICO.—SUELDOS, PREST Y GRATIFICACIONES.—NUEVO UNIFORME.—CONSIDERACIONES GENERALES.



Nos hemos ocupado mas arriba de la organizacion de la infantería en el reinado de Cárlos III y de los esfuerzos que hizo este monarca para mejorarla. Esto no obstante, vamos aun á decir algo de una época en que los principios militares adquirieron un desarrollo tan vasto como fecundo, vigorizándose considerablemente las ideas de moralidad y de disciplina, y esos nobles sentimientos de honor, de

(1) Veánse los capítulos XIV del tomo 2.°, pág. 359; XV de id., pág. 515; VI del tomo 3.°, pág. 135; X de id., pág. 321; XIV de id., pág. 425; XX del tomo 4.°, página 154; XXIII de id., pág. 268; XXVI de id., pág. 392; XXVIII de id., pág. 460; XXIX del tomo 5.°, pág. 5; II del libro 3.°, tomo 5.°, pág. 114; IV de id., pág. 204; VI de id., pág. 266.

emulacion y de entusiasmo que han enriquecido nuestros anales con hechos tan gloriosos. Un príncipe que al pisar el suelo español fué recibido con demostraciones difíciles de espresar, que acabó de pagar las deudas contraidas por su padre y perdonó las contribuciones atrasadas, no podia menos de mirar con interés una arma que consideraba con razon como el principal elemento constitutivo de la fuerza pública.

Principió por aligerar en algun modo al soldado del complicado peinado que usaba, pagando sin embargo el tributo á la moda francesa: esto es, reduciendo á dos bucles en cada lado, y estos colocados por encima de la oreja. Cortóse el pelo de la parte superior de la cabeza, ó se mandó al menos que así se hiciera, pero los jefes principales no por eso dejaron de peinarse al uso de los cortesanos. Considerábanse sin la importancia necesaria si no ataviaban el cabello en *crepé y tupé á la greca* (1).

Véase la adjunta lámina.

En ella figuran tres tipos con el peinado que acabamos de mencionar (2).

El número 1 es un fusilero.

El número 2 un granadero.

El número 3 un coronel.

Se observa en estas figuras la supresion de la bolsa del pelo, y el uso de la coleta y bucles con el cabello empolvado de blanco. Vése tambien en el vestuario una pequeña modificacion que consiste en la union de los cuatro ángulos de la falda de la casaca por medio de un corchete.

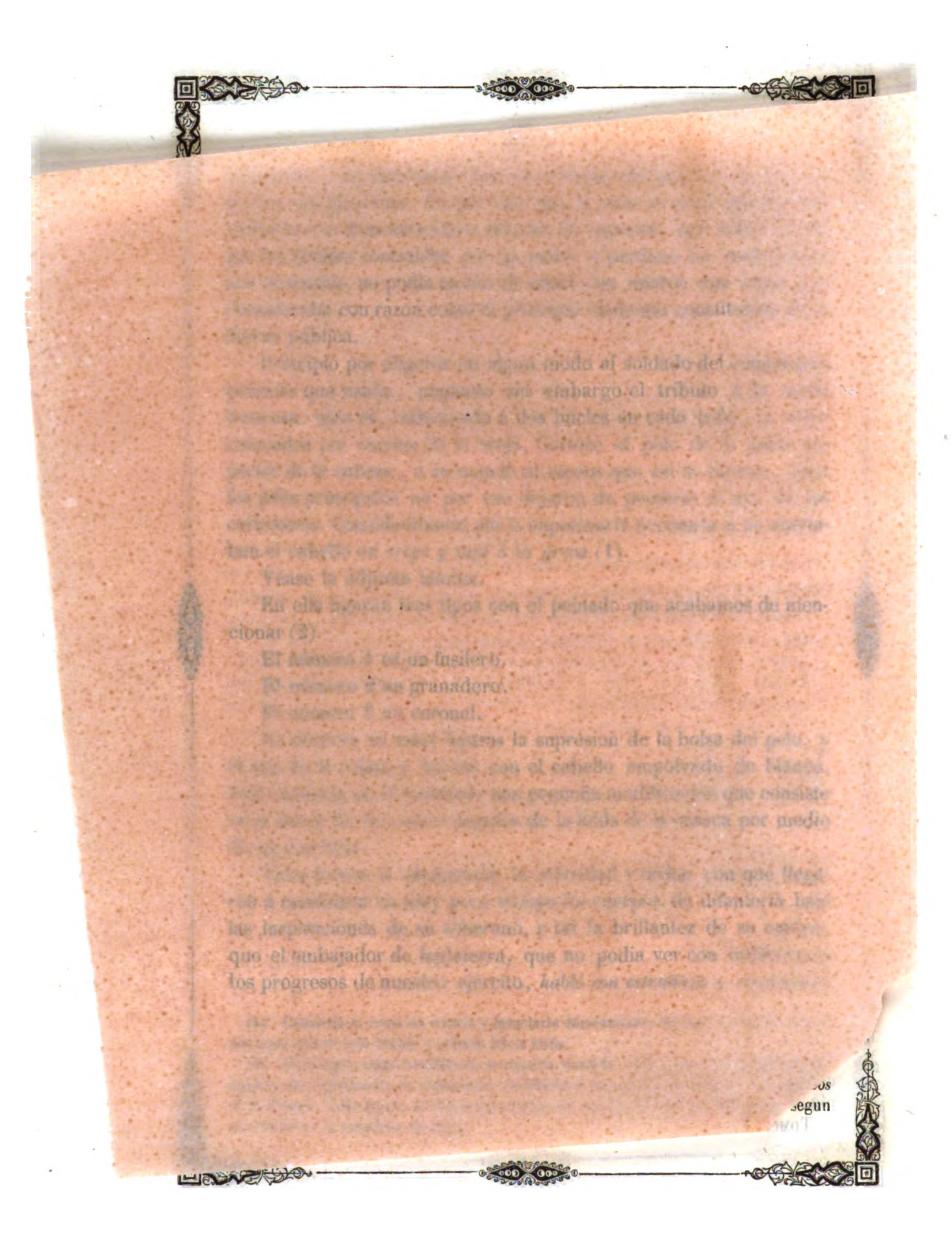
Tales fueron la inteligencia, la celeridad y órden con que llegaron á maniobrar en muy poco tiempo los cuerpos de infantería bajo las inspiraciones de su soberano, y tal la brillantez de su equipo, que el embajador de Inglaterra, que no podia ver con indiferencia los progresos de nuestro ejército, *habló con estrañeza y sentimiento*

(1) Consistia el *crepé* en rizarle y mezclarle huecamente. El *tupé á la greca* no era otra cosa que el pelo batido y echado hácia atrás.

(2) Estos tipos estan tomados de un cuadro, titulado: *Real plan que manifiesta por figuras, los regimientos de infantería, caballería y dragones, dibujado por D. Marcos de la Fuente.* Cada figura de infantería esplica un tiempo del manejo del arma, segun se enseñó en la asamblea de Reus.



V Adam lith





Imp Lemercier Paris

V Adam lith



de la estraordinaria perfeccion de su táctica, y sobre todo de su aumento (1).

Efectivamente, era digno de envidia el estado á que habia llegado nuestro peonage en muy poco tiempo; los principios de subordinacion se habian arraigado considerablemente, la instruccion táctica habia adquirido un gran desarrollo, y el órden interior de los cuerpos no dejaba mucho que desear.

Cárlos III, cansado de la altanería inglesa, proyectaba socorrer la Francia, cuyo estado no era muy halagüeño, y con este objeto hacia cuanto de su parte estaba, para dar á su ejército una organizacion sólida y sencilla (2).

El justo y benéfico monarca hubiera querido permanecer neutral, pero no pudo menos de tomar las armas para vindicar el honor nacional ultrajado, y obtener la debida reparacion de tantos

(1) Cosce, España bajo los reyes de Borbon, tomo V, Capítulo 46.

(2) D. Cárlos no se convino con el sistema neutral de su hermano, y desde luego mostró desvio á la alianza de la Inglaterra, estrechando su amistad con la Francia por el tratado conocido por el *Pacto* de familia celebrado en 15 de agosto de 1761. Conservó al general D. Ricardo Wall, de ministro de la guerra, y mostró una actividad prodigiosa para emanciparse de la fiscalizacion británica. Los dos monarcas Borbones juraron solemnemente auxiliarse uno á otro tanto por tierra como por mar. Pitt reconoció en este tratado la inauguracion de las hostilidades contra el gabinete de Lóndres; reforzó las tropas de la América inglesa y se preparó á atacar la Habana, el Istmo de Panamá y el archipiélago Filipino; pero no considerando los miembros del gabinete inglés que hubiese suficientes motivos para adelantar el rompimiento contra la España, dejaron su puesto, siendo reemplazados por el conde de Egremont. Sin embargo, encargaron al Lord Bristol, que exigiese una manifestacion categórica del gabinete de Madrid, y Wall respondió en nombre del Rey en estos términos: «Mi Soberano no ha obtenido jamás contestacion á las reclamaciones que ha dirigido. Vuestros sucesos os han trastornado la cabeza y quereis arruinar la Francia para poder caer seguidamente contra la España. Supuesto, pues, que los estados de S. M. C. deben ser oprimidos, seré el primero á aconsejarle que llame á sus súbditos á las armas, antes que ser vuestra víctima. Habeis hecho desconfiada á la nacion española y habeis atacado y robado sus buques, insultado nuestras costas y violado nuestra neutralidad. Habeis desconocido el derecho de nuestros dominios de América, arrancando los buques para formar nuevos establecimientos en el golfo de Honduras y privado á los súbditos del Rey de la pesca en el banco de Terranova»....

Estas reconvenciones y otras produjeron violentos debates entre el embajador y Wall, hasta tal punto que nuestro ministro en data de 10 de diciembre escribió al conde de Bristol. «V. E. puede marchar cuando guste y de la manera que le parezca conveniente: esta es la única contestacion que S. M. me encarga diga á V. E.»





ultrajes, pues la orgullosa Albion habia llegado hasta el punto de detener, registrar y aun apresar nuestras naves.

En 1767, habíanse ya introducido en el vestuario y armamento algunas otras modificaciones, que si bien no eran de muy grande importancia, revelaban al menos el incesante empeño con que trabajaba el gobierno en promover todas las mejoras y adelantos posibles. Se prescribió que en la casaca se llevase el collarin vuelto y solapa redonda, continuando cogidos con un corchete los ángulos de los faldones de la casaca. A la cartuchera se le dió otra forma, llevándola delante ceñida á la cintura, en lugar de llevarla sobre la cadera pendiente del hombro izquierdo. Suprimióse el esponton y alabarda del coronel y sargento, dejando por armas á este último la espada y el fusil, y por distintivo las dragonas ó charreteras de estambre.

Véase la adjunta lámina.

El número 1 representa un coronel.

El número 2 un granadero.

El número 3 un sargento (1).

Estas figuras, cuya autenticidad es innegable, confirman cuanto acabamos de decir acerca de las modificaciones hechas en el vestuario y equipo del soldado, asi como lo que llevamos indicado sobre el esponton del jefe y alabarda del sargento.

En 1775 tuvieron lugar algunas variaciones de algo mas importancia que las de 1767. Una de ellas es la supresion de la solapa; y otra la admision del correaje de ante amarillo cruzado por el pecho para sable y cartuchera, volviendo de consiguiente esta última á su antiguo puesto sobre la cadera derecha, un poco hácia la espalda. Desapareció el sombrero acandilado, y ocupó su plaza un casco de fieltro negro con cerquillo de felpa negra y una frontalera y cimera de laton, adornándose ademas con un plumero rojo colocado sobre la izquierda. El pelo continuó con sus polvos blancos, pero hizo el sacrificio de un bucle, limitándose á uno solo, con lo cual disminuyó el trabajo que costaba al soldado el cuidado de su cabeza.

(1) Estos tipos estan tomados de una coleccion de dibujos, titulada: *Plan que manifiesta por figuras los regimientos de infanteria, caballeria y dragones que S. M. tiene, segun el nuevo pié y armada naval.* La hizo en San Lucar el año de 1767, el sargento del regimiento de Sevilla, D. Juan Alvarez Ganopin.



(1769)



[illegible] la orgullosa Albion habia llegado hasta el punto de [illegible] y aun apresar nuestras naves.

En 17[illegible], habianse ya introducido en el vestuario y armamento [illegible] modificaciones, que si bien no eran de muy grande [illegible], revelaban al menos el incesante empeño con que [illegible] en promover todas las mejoras y adelantos posi[illegible]. Se prescribió que en la casaca se llevase el collarin vuelto y [illegible] redonda, continuando cogidos con un corchete los ángulos de los faldones de la casaca. A la [illegible] se le dió otra forma, llevándola delante ceñida á la cintura, en [illegible] de llevarla sobre la cadera pendiente del hombro [illegible] el [illegible] y [illegible] del coronel y sargento, [illegible] á este último la [illegible] y el [illegible] [illegible] charreteras de [illegible].

Véase la [illegible].

El número 1 representa un coronel.

El número 2 un granadero.

El número 3 un sargento (1).

Estas figuras, cuya autenticidad es innegable, confirman [illegible]to acabamos de decir acerca de las modificaciones hechas en [illegible] y equipo del soldado, así como lo que [illegible] [illegible] del pelo y [illegible].

En 17[illegible] [illegible] que las de 17[illegible]. Una de [illegible] y otra la adopcion del [illegible] de [illegible] cruzado por el pecho para sable y cartuchera, volviendo de consiguiente [illegible] á su antiguo puesto sobre la cadera derecha, un poco [illegible]da. Desapareció el sombrero acandilado, y ocupó su [illegible] de fieltro negro con cerquillo de felpa negro y una frontalera y [illegible] de laton, adornándose ademas con un plumero rojo colocado sobre la izquierda. El pelo continuó con sus polvos blancos, pero [illegible] el sacrificio de un bucle, limitándose á uno solo, con lo [illegible]nuyó el trabajo que costaba al soldado el cuidado de su [illegible].

(1) Estos tipos están tomados de una coleccion de dibujos [illegible] por figuras los [illegible] de infantería, caballería y dragones [illegible] el mismo pié y [illegible] Los tipos [illegible] del regimiento de Sevilla, D. Juan [illegible].

(1769)



1 1 2

Gimenez del. Imp Lemercier Paris V Adam lith.



3 1 2

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris. V Adam lith

Véase la lámina adjunta (1).

El número 1 representa un coronel.

El número 2 un fusilero.

El número 3 un granadero.

Estos tipos son la fiel expresion del traje del jefe y soldado de infantería en el referido año de 1775.

La proclamacion de D. Cárlos IV como rey de España en 14 de diciembre de 1788, no alteró por entonces las formas dadas al ejército por su augusto padre. Solo dispuso este monarca en 1789 que en lugar de procederse á la formacion de los terceros batallones, decretada en 22 de octubre de 1788, y mandada suspender posteriormente, se aumentase la fuerza de las compañías, elevando á 63 el número de plazas de las de granaderos, y á 77 el de las de fusileros.

Habia á la sazon dos inspecciones para la infantería: la primera estaba desempeñada por el general D. Félix O-Neil, y la segunda por el general marqués de Zayas. Corrian á cargo del primero los cuerpos siguientes:

Príncipe.	Ultonia.
Saboya.	Aragon.
África.	Oran.
Soria.	Voluntarios de Aragon.
Córdoba.	Princesa.
Guadalajara.	Flándes.
Vitoria.	S.t Gall. } Suizos.
Lisboa.	Reding. }
España.	Inválidos inhábiles de San Felipe y Toro.
Mallorca.	Compañías de [illegible] de Cartagena y Zamora.
Búrgos.	
Irlanda.	
Astúrias.	
Hibernia.	

(1) Los tipos que figuran en esta lámina, están tomados del álbum que el ministerio de la Guerra hizo formar en el año [illegible] que [illegible], y que lleva por título: Estado [illegible] los uniformes de cada regimiento, así de infantería como de caballería y dragones, de que se compone el ejército de España, arreglado á la nueva formacion de [illegible].



(1775)

Gimenez del

V Adam lith

Véase la lámina adjunta (1).

El número 1 representa un coronel.

El número 2 un fusilero.

El número 3 un granadero.

Estos tipos son la fiel espresion del traje del jefe y soldado de infantería en el referido año de 1775.

La proclamacion de D. Cárlos IV como rey de España en 14 de diciembre de 1788, no alteró por entonces las formas dadas al ejército por su augusto padre. Solo dispuso este monarca en 1789 que en lugar de proceder á la formacion de los terceros batallones, decretada en 22 de octubre de 1786, y mandada suspender posteriormente, se aumentase la fuerza de las compañías, elevando á 63 el número de plazas de las de granaderos, y á 77 el de las de fusileros.

Habia á la sazon dos inspecciones para la infantería; la primera estaba desempeñada por el general D. Félix O-Neill, y la segunda por el general marqués de Zayas. Corrian á cargo del primero los cuerpos siguientes:

Príncipe.
Saboya.
Africa.
Soria.
Córdoba.
Guadalajara.
Vitoria.
Lisboa.
España.
Mallorca.
Búrgos.
Irlanda.
Astúrias.
Hibernia.
Ultonia.
Aragon.
Orán.
Voluntarios de Aragon.
Princesa.
Flandes.
S.t Gall. } Suizos.
Reding. }
Inválidos inhábiles de San Felipe y Toro.
Compañías de casa honrada de Cartagena y Zamora.

(1) Los tipos que figuran en esta lámina, están tomados del album que el ministerio de la Guerra hizo formar en el año á que nos referimos, y que tiene por título: Estado que manifiesta los uniformes de cada regimiento, asi de infantería como de caballería y dragones, de que se compone el ejército de España, arreglado á la nueva formacion de uniformes.

Y al del segundo:

Rey.	Estremadura.
Galicia.	Nápoles.
Corona.	Milán.
Zamora.	Bravante.
Sevilla.	Bruselas.
Granada.	Schwaller. } Suizos.
Toledo.	Betschart. } Suizos.
Murcia.	Inválidos inhábiles de Sevilla y Lugo.
Leon.	
Cantabria.	Compañías fijas de los presidios menores.
Ceuta.	
Navarra.	Compañías de casa honrada de Cádiz y Coruña.
1.° de Cataluña.	
2.° de Cataluña.	
América.	

Habíase hecho en este órden la distribucion de los cuerpos en las dos disposiciones, á fin de facilitar el pase de una á otra, cuando los regimientos mudaban de provincia.

El uniforme de la infantería en esta época lo representa la adjunta lámina.

El número 1 y 3 son tambor y pífano.

El número 2 es un sargento.

El número 4 un soldado.

Este uniforme databa del año 1780 en que se modificó el de 1779, reemplazándose los cascos de fieltro con el sombrero que llevan estos tipos, y disponiendo que el color del correaje fuese blanco en lugar de ser anteado (1).

En 1790, el huracan revolucionario, que á la sazon conmovia los cimientos del trono del vecino reino, puso en alarma á nuestro gobierno, y debióse á esta circunstancia el que ademas de llevarse á cabo la formacion del regimiento fijo de Málaga, se pensase en dar á la infantería una organizacion que sin ser demasiado costosa para tiem-

(1) Estas figuras estan tomadas del *Estado militar de España,* album en que se encuentran iluminados tipos de las diferentes clases del arma.

(1780)



4 3 2 1

Gimenez del

Imp Lemercier, Paris

V Adam lith

pos normales, fuese adoptable para entrar en campaña. Pero antes de dictar una disposicion definitiva se creyó prudente hacer un ensayo, y con este objeto salió á luz, en 21 de junio de 1791, el reglamento que sigue:

Artículo 1.° El regimiento de Toledo se establecerá en la capital de su nombre, y el de Vitoria en la de Valencia, tomando desde ahora el nombre de esta ciudad.

2.° Solo saldrán de estas ciudades para ir á campaña, para alternar en la guarnicion de Madrid y en las de las plazas inmediatas á sus destinos, ó en el caso de alguna urgente necesidad; pero concluidos los objetos que hubiesen motivado su salida, volverán á reunirse en sus respectivas capitales.

3.° Cada uno de estos cuerpos constará de tres batallones; el primero y segundo serán de campaña, y el tercero para depósito de los reclutas, su instruccion y enseñanza, y para mantenerse completos los dos primeros.

4.° Los dos batallones de campaña se compondrán cada uno de una compañía de granaderos, y cuatro de fusileros. La de granaderos constará de un capitan con 800 rs. de sueldo al mes: un teniente, considerado en la clase de segundos, con 380: un subteniente con 300: un sargento de 1.ª clase, otro de segunda, un tambor; tres cabos primeros, tres segundos, y cincuenta y cuatro granaderos.

5.° Cada compañía de fusileros ha de tener un capitan con 700 rs. de vellon al mes; un primer teniente, graduado de capitan, con 400 rs., un segundo teniente vivo con 320; un subteniente, con 250; un sargento de primera clase, tres de segunda, tres tambores, cinco cabos primeros, cinco segundos, y ciento y tres soldados.

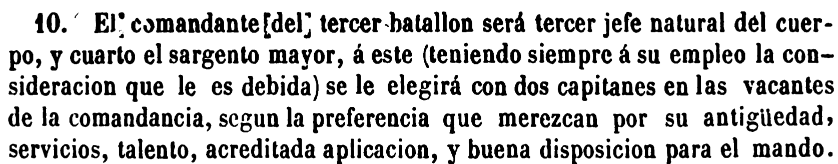
6.° El tercer batallon constará solamente de cuatro compañías de fusileros: cada una tendrá un capitan con 700 rs., un primer teniente, graduado de capitan, con 400; un segundo teniente vivo con 320; un subteniente con 250; un sargento de primera clase, dos de segunda, dos tambores, cuatro cabos primeros, cuatro segundos y sesenta y un soldados.

7.° La plana mayor del primer batallon se ha de componer del coronel (que no ha de tener compañía), del sargento mayor, ayudante mayor, un capellan, un cirujano, un cabo y seis gastadores, un maestro armero, un tambor mayor, y dos pífanos.

8.° La plana mayor del segundo batallon constará del teniente coronel, sin compañía, ayudante mayor, un capellan, un cirujano, un cabo y seis gastadores, un maestro armero y dos pífanos.

9.° La plana mayor del tercer batallon se compondrá del comandante, que será teniente coronel vivo, sin compañía, con 1000 rs. de sueldo al mes, ayudante mayor, un capellan, un cirujano, un maestro armero, y dos pífanos.





10. El comandante [del] tercer batallon será tercer jefe natural del cuerpo, y cuarto el sargento mayor, á este (teniendo siempre á su empleo la consideracion que le es debida) se le elegirá con dos capitanes en las vacantes de la comandancia, segun la preferencia que merezcan por su antigüedad, servicios, talento, acreditada aplicacion, y buena disposicion para el mando.

11. A los ayudantes mayores se les ha de considerar en la escala de primeros tenientes, y por consecuencia capitanes graduados: para este empleo se elegirá indistintamente entre las dos clases de primeros y segundos tenientes, los sugetos que sean mas á propósito, y capaces de desempeñarle con utilidad del servicio.

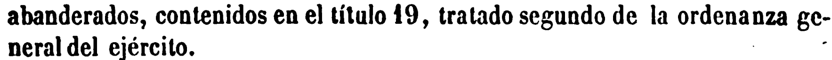
12. Los primeros tenientes, desde el dia en que se les promueva á este empleo, serán considerados capitanes graduados; pero alternarán en el servicio con los demas subalternos.

13. Las demas clases, cuyos sueldos no quedan especificados gozarán los que tienen actualmente, y tambien disfrutarán todos los oficiales el auxilio de criado que les está concedido, pero al comandante del tercer batallon se le abonará el correspondiente á un criado, y el de medio á cada uno de los primeros tenientes.

14. El comandante, los capitanes de compañías, y los primeros tenientes entrarán al goce de los nuevos sueldos que quedan espresados en este reglamento desde el dia que se prevenga de Real órden, y el ayudante del tercer batallon al que le corresponde por su empleo.

15. Por la nueva constitucion de estos cuerpos quedan suprimidas las subtenencias de bandera, respecto que la esperiencia ha hecho conocer las ningunas ventajas que han resultado, y se esperaban de su institucion; y para la funcion de llevar las dos banderas que debe tener cada batallon, elegirá el coronel dos cadetes.

16. Para desempeñar las demas obligaciones que por ordenanza son peculiares de los abanderados, nombrará el coronel en cada batallon (cuando estuvieren juntos los tres) un sargento de acreditada conducta, inteligencia y aplicacion. Al del tercer batallon se le encargará el manejo del ramo de provisiones, bajo la direccion del sargento mayor, y por fin de cada mes deberá precisamente formalizar el ajuste de los utensilios, observando para ello las reglas que se comunicarán en instruccion separada, y las que estan dadas para la subministracion de raciones de pan. Si en su desempeño se advirtiese que no procede con la exactitud y claridad que exige esta comision, el sargento mayor lo hará presente al coronel; y este jefe, asegurado de su insuficiencia, dispondrá inmediatamente su relevo por otro sargento del mismo batallon, en quien completamente concurran las calidades que se requieren. En los sargentos elegidos entre los del primero y segundo batallon, recaerá alternativamente el ejercicio de las demas obligaciones pertenecientes á los



abanderados, contenidos en el título 19, tratado segundo de la ordenanza general del ejército.

17. Las mismas reglas que quedan especificadas en el precedente artículo para el caso de hallarse reunidos en un paraje los tres batallones, deberán igualmente seguirse en cada uno cuando esten en diferentes destinos.

18. Los últimos capitanes que resulten sobrantes, efectuada la formacion de las catorce compañías de que deben componerse los tres batallones, se mantendrán con el sueldo, y auxilio de criado que actualmente disfrutan hasta que se les reemplace en las vacantes de compañías que ocurran, en las cuales se les irá colocando por el órden de su antigüedad sin necesidad de nuevos Reales despachos; pero mientras tanto, respecto que por la calidad de capitanes vivos han de alternar para el servicio con los propietarios, estarán agregados á las compañías del tercer batallon, y sin proveerse en ellas las primeras tenencias ínterin no se verifique su reemplazo.

19. Por el mismo concepto que esplica el anterior artículo, se agregarán á las compañías del tercer batallon con el goce de su actual prest los cuatro sargentos de primera clase que quedarán sobrantes en cada regimiento. y se reemplazarán por su antigüedad en las primeras vacantes que vayan resultando.

20. Del fondo de recluta se continuará abonando á los sargentos de primera clase los seis reales mensuales que les considera la ordenanza para papel, y quedará suprimido el auxilio que por este respecto se abonaba á los capitanes.

21. Los dos batallones de campaña estarán siempre prontos y dispuestos á marchar á la primera órden; y al tercero se destinarán todos aquellos soldados que hayan servido con honradez y por estar algo cansados no puedan soportar las fatigas de la guerra y sí las del servicio de guarnicion.

22. Para las asambleas anuales se señalarán los meses de febrero, marzo y abril; pero si por las diferentes circunstancias de algunas provincias se considerase conveniente variar alguno de estos meses, lo representarán los jefes á S. M. para que sobre ello determine lo que sea de su Real agrado.

23. Concluidas las asambleas, se concederá licencia para ir á sus casas en los nueve meses restantes á todos los soldados de buena conducta que la quieran, y por el tiempo que la pidan, con calidad de que durante el término que usen de ella no han de gozar haber alguno, y únicamente se les dará el importe de un mes de pan y prest para la ida, y si el uso de la licencia pasase de cuatro meses, se les abonará el importe de otro á su vuelta al cuerpo; y para que puedan gozar de este beneficio, deberá permanecer siempre un batallon á lo menos en cuartel.

24. Los jefes encargarán á sus soldados antes de salir del cuerpo, la buena conducta y honradez con que deberán portarse durante el uso de la licen-





cia temporal, y evitar todo motivo de queja en los pueblos del tránsito, y en los de su establecimiento: que procuren emplearse en ocupacion útil y honesta, y que sean puntuales en restituirse á sus banderas, cuando esté para concluirse su permiso.

25. A fin de que los reclutas puedan instruirse bien en todas sus obligaciones, no se les concederá licencia limitada en el primer año de su empeño, ó en dos, si los necesitare para saberlas perfectamente.

26. Respecto que el tercer batallon ha de ser el depósito de todos los reclutas, se satisfará de su caja el coste que tengan á su entrada; y cuando el primero y segundo batallon hagan la saca de algunos para reemplazar sus bajas, formará el capitan depositario de aquel la cuenta de los gastos que hayan causado á su ingreso: dará por abono en descargo de estos la gratificacion que hasta entonces hubiesen devengado sus plazas; y si esta fuese mayor que los gastos, quedará la diferencia á favor del fondo de hombres del tercer batallon para que pueda atender á las obligaciones á que está sujeto ; pero si resultase deuda, será reintegrado de ella el mismo fondo por el del batallon que hubiese hecho la saca.

27. Los reclutas podrán admitirse desde ahora por el término de seis años, ó por mas si voluntariamente quisieren: y los reenganchamientos se harán en cualquiera tiempo por uno, dos, ó mas años, sin esperar á que el soldado esté en el último de su empeño, cuyo punto lo dejará S. M. al cargo y celo de los jefes.

28. En la colocacion de compañías se observará lo que previene la ordenanza general del ejército; y si alguna vez llegase el caso de formar los tres batallones en batalla en una misma línea, se colocará el tercero en el centro, mediando la distancia de doce pasos entre cada uno de sus costados, y el primero y segundo batallon.

Proyectábase, como se ve, reducir por este reglamente las 18 compañías de que constaba cada regimiento en solo 14 distribuidas en tres batallones, los dos primeros denominados de campaña, compuestos de una compañía de granaderos y cuatro de fusileros con la fuerza de 543 plazas cada uno y el tercero de solas cuatro de fusileros con 296, considerado como depósito : asi que toda la fuerza de un regimiento inclusa la plana mayor sumaba un total de 1,403 hombres. Pero este reglamento solo tuvo aplicacion á los regimientos del Rey, Toledo, Aragon y Vitoria , cuyo último cuerpo trocó su nombre por el de Valencia, asi como el de Lisboa en el de Zaragoza.

Atendida la dificultad de poder el gobierno mantener en pié los regimientos estranjeros por falta de reclutas, quedó suprimido el wa-



lon de Bravante en 28 de noviembre de 1792, refundiéndose en los de España é Hibernia: en 22 de marzo del mismo año se estinguió el de Flandes, incorporándose en el de Nápoles, y en 20 de abril el de Milan que tuvo entrada en el de Hibernia.

El gobierno se ocupó tambien seriamente en mejorar la constitucion de los cuerpos ligeros, y con este objeto se espidió en 3 de junio el siguiente

REGLAMENTO

PARA LA INFANTERIA LIGERA DE CATALUÑA.

El REY.—Deseoso de mejorar la constitucion de los regimientos de infantería ligera de Cataluña, con ahorro de mi Real Hacienda, para que puedan obrar en tiempo de paz y guerra en las fatigas de su instituto con mayor utilidad de mi servicio: he resuelto, que el primer regimiento de esta clase se ponga en el pié que espresan los artículos siguientes:

Artículo 1.° Este regimiento quedará reducido á un batallon, que se nombrará de voluntarios de infantería ligera de Cataluña: constará de cuatro compañías, y cada compañía de un primero y segundo capitan, de un primero y segundo teniente, y de un primero y segundo subteniente, de un sargento primero y cinco segundos, de tres tambores, ocho cabos primeros y ocho segundos, y 175 soldados.

2.° La plana mayor se compondrá de un comandante, de un sargento mayor, de un primero y segundo ayudante, de un capellan, de un cirujano, de un maestro armero, y de un tambor mayor.

3.° Las clases detalladas en los dos artículos anteriores, gozarán al mes de las pagas y prest que se manifiestan á continuacion:

	Reales.	Mrs.
Primer capitan.	700	»
Segundo capitan.	500	»
Primer teniente.	400	»
Segundo teniente.	320	»
Primer subteniente.	280	»
Segundo subteniente. . . .	250	»
Sargento primero.	120	»
Sargento segundo.	112	»
Tambor.	70	»
Cabo primero.	80	»
Cabo segundo.	70	»
Soldado.	56	16

PLANA MAYOR.		
Comandante.	1800	»
Sargento mayor.	1000	»
Primer ayudante.	530	»
Segundo ayudante.	420	»
Capellan.	300	»
Cirujano.	300	»
Maestro armero.	120	»
Tambor mayor.	120	»

4.° Ademas de las pagas demostradas, serán acreedores los oficiales al haber de criados, considerándose dos para el comandante, uno para el sargento mayor, primer ayudante, y primeros y segundos capitanes, y para los restantes medio.

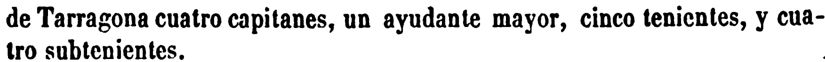
5.° Cuando los oficiales de este regimiento concurran con los demas del ejército, alternarán con estos por antigüedad de patentes, segun sus grados, en el modo siguiente:

EMPLEOS DE EJERCITO.	GRADOS DE EJERCITO.
Comandante.	Teniente coronel vivo y efectivo.
Sargento mayor.	Sargento mayor.
Primeros capitanes. . . .	Capitanes vivos.
Segundos capitanes. . . .	Capitanes vivos.
Primer ayudante.	Capitanes vivos.
Primeros tenientes.	Tenientes vivos.
Segundos tenientes. . . .	Tenientes vivos.
Segundo ayudante.	Tenientes vivos.
Primeros subtenientes. . .	Subtenientes vivos.
Segundos subtenientes. . .	Subtenientes vivos.

6.° Para que el comandante siga sus ascensos segun el órden regular, cuando se halle en proporcionada antigüedad en la escala general de tenientes coroneles propietarios de la infantería y tenga á bien declararle la calidad de coronel vivo, no gozará por esto mayor sueldo que el de los 1,800 rs. que le queda señalado; pero en llegando á la clase de brigadier, se le asistirá con el de 2,000 rs.

7.° Habiendo resuelto la leva de otros dos batallones, compuesto cada uno del mismo pié y fuerza que espresa este reglamento, y bajo las condiciones contenidas en la contrata que he tenido á bien aprobar al coronel don Francisco Martí, es mi voluntad, que para que no quede gravado mi Real Erario con los sueldos de los oficiales del primer regimiento de Cataluña que resulten sobrantes por su nueva forma, pasen desde luego al nuevo batallon





de Tarragona cuatro capitanes, un ayudante mayor, cinco tenientes, y cuatro subtenientes.

8.° La colocacion de estos oficiales se efectuará por la regla siguiente: un capitan ascenderá á sargento mayor, si Yo lo tuviese por conveniente: dos pasarán á primeros capitanes, y el mas moderno á segundo. El ayudante se reemplazará en la primera ayudantía. De los cinco tenientes se destinará uno á segundo ayudante, tres á primeros tenientes, y el último á segundo. De los cuatro subtenientes pasarán dos á primeros, y los otros dos á segundos; y se hará la saca de estos 14 oficiales con la debida consideracion á que en uno y otro cuerpo logren iguales ventajas en su ascenso y antigüedad.

9.° Concluida enteramente la leva del batallon de Tarragona, deberá proceder D. Francisco Martí á la del otro batallon, que se nombrará de Gerona: llegado que sea este caso, pasará á él igual número y clase de oficiales del segundo regimiento de Cataluña, y quedará este cuerpo reducido á un batallon bajo el mismo pié establecido por este reglamento.

10. El capellan, el cirujano, y el maestro armero del segundo batallon del primer regimiento de Cataluña, pasarán á serlo del batallon de Tarragona; y los del segundo regimiento al de Gerona.

11. Las propuestas de primer ayudante se me harán en la clase de segundos capitanes; y las de segundo ayudante en la de primeros tenientes, siempre que en una y otra haya sugetos idóneos; pero si no los hubiere, podrán hacerse en las clases inmediatas, es á saber: en el primer caso, en los primeros tenientes, y en el segundo, en los segundos tenientes.

12. Las funciones de que estaban encargados los abanderados, en la provision, cuartel y hospital, las harán dos sargentos, que nombrará el comandante, y alternarán en aquel servicio por meses, debiendo estar al cuidado del uno el cuartel, y al del otro la provision y hospital.

13. Los enganchamientos se admitirán por seis años lo menos, y los reenganchamientos por uno, dos y mas años, y en cualquiera tiempo: con advertencia de que no escederán de ocho entre los de nuevo empeño, y los que falten para cumplir el anterior.

14. Las 200 plazas de que debe constar cada compañía, se repartirán en seis escuadras, cada una como demuestra el siguiente estado.

Escuadras.	Sargentos.		Tambores.	Cabos.		Soldados.	Total.
	1.os	2.os		1.os	2.os		
1.a	1	»	1	1	1	30	34
2.a	»	1	1	1	1	29	33
3.a	»	1	1	1	1	29	33
4.a	»	1	»	1	1	29	32
5.a	»	1	»	1	1	29	32
6.a	»	1	»	1	1	29	32
Para reemplazar las vacantes y ausentes...	»	»	»	2	2	»	4
Total de una compañía.	1	5	3	8	8	175	200

ORDEN DE BATALLA.

15. La primera y segunda compañía, que componen el medio batallon de la derecha, formarán su tropa por talla de derecha á izquierda, y á la inversa la tercera y cuarta, que son mitad izquierda del batallon.

La colocacion de estas compañías será de derecha á izquierda en esta forma: primera, segunda, tercera y cuarta; y en todas las de oficiales, sargentos y cabos, como sigue: los primeros capitanes, y primeros tenientes, en primera fila, aquellos á la cabeza de sus compañías, y estos al centro: en la retaguardia á dos pasos de distancia de la tercera fila, los oficiales restantes, cubriendo los segundos capitanes el centro de la compañía, los segundos tenientes el de la primera mitad, los primeros subtenientes el de la segunda, y los segundos subtenientes el de la primera cuarta: dos segundos sargentos en la tercera fila, detras de los primeros capitanes y primeros tenientes; y un paso á la retaguardia de la primera cuarta el sargento primero, y los tres segundos á igual distancia cada uno, de su respectiva cuarta: los primeros y segundos cabos se colocarán á ambos costados de las cuartas segun su talla.

Las banderas tendrán su lugar á la derecha de la segunda fila de la segunda compañía, bajo las reglas que para ello prescribe el art. 9, trat. 4, título 5 de las Reales ordenanzas, y la llevarán los dos cadetes mas antiguos.

No variará la colocacion del tambor mayor y tambores.

ORDEN DE PARADA.

El comandante estará adelantado cuatro pasos al costado derecho del regimiento, el sargento mayor á igual distancia delante del costado izquierdo, teniendo cada uno á un paso detrás sobre su izquierda, su respectivo ayudante.

ORDEN DE COLUMNA.

16. Se pasará del órden de batalla al de parada, ejecutando cuanto para este caso previene la ordenanza.

17. En la formacion de columna por cuartas, los sargentos, que en batalla estan á la retaguardia de las compañías, se pondrán en primera fila á la cabeza de las segundas y últimas cuartas, y se restituirán á su lugar luego que se forme en batalla.

18. En todo lo demas que aqui no vá esplicado, seguirán los batallones de voluntarios de Cataluña las reglas generales que por ordenanza se observan en los demas cuerpos de mi ejército, y cuanto previenen los reglamentos particularmente espedidos para el servicio y gobierno de las tropas ligeras, en la parte que no esten derogados.

Por tanto, mando á los capitanes generales, gobernadores, intendentes y demas clases militares, y del ministerio á quienes pertenece, que cumplan, y hagan cumplir todo lo que va referido en este reglamento, firmado de mi Real mano y refrendado del infrascripto mi secretario de Estado, y del despacho de la Guerra. Dado en Aranjuez á 3 de junio de 1792.=Yo el Rey.=Manuel de Negrete y de la Torre.

Constituidos los regimientos ligeros en batallones sueltos de cuatro compañías de á 200 hombres, aumentóse este instituto con el de Tarragona, creado en 31 de agosto y el de Gerona en 5 de noviembre.

Segun informe del inspector general de infantería, con la alternativa de estinguir cuerpos estranjeros á medida que se creaban otros nacionales, se iban disponiendo los ejércitos acantonados en toda la línea de los Pirineos con la fuerza necesaria para emprender las hostilidades contra la Francia, pero faltaba aun consolidar esta masa y ponerla en estado de obrar ofensivamente con las ventajas de que era susceptible cuando se constituyera con una organizacion metódica y uniforme.

Con este objeto se espidió el reglamento de 2 de setiembre de 1792, en el que se fijó la fuerza que debian tener los regimientos de línea nacionales y estranjeros, esceptuando únicamente los suizos por sus particularas contratas, y el de Bruselas que fué totalmente estinguido y refundido indistintamente en los demas del ejército por las razones sentadas anteriormente.

El documento orgánico que acabamos de mencionar, dice así:

REGLAMENTO

Del nuevo pié y fuerza que han de tener en lo sucesivo los regimientos de infantería de la Corona, Africa y Leon, con noticia del haber que ha de disfrutar cada uno de los individuos que se espresan.

Plazas de prest.	UNA COMPAÑIA DE GRANADEROS.	Haber que ha de gozar cada individuo al mes.
	Capitan	800
	Primer teniente graduado de capitan	440
	Segundo teniente	140
	Subteniente	300
101	1 sargento primero	340
	2 sargentos segundos á	90
	2 tambores á	30
	5 cabos primeros á	70
	5 cabos segundos á	30
	86 granaderos á	40
101	De otra compañía de granaderos.	
	Una compañía de fusileros del primero y segundo batallon.	
	Capitan	709
	Primer teniente graduado de capitan	400
	Segundo teniente	320
	Primer subteniente	280
	Segundo subteniente	230
160	1 sargento primero	94
	4 sargentos segundos. á	79
	3 tambores á	45
	8 cabos primeros á	45
	8 cabos segundos á	35
	136 soldados á	40
1120	De otras compañia de fusileros de igual pie y fuerza.	
1482		
	Una compañias de fusileros del tercer batallon.	
	Capitan	700
	Primer teniente graduado de capitan	400
	Segundo teniente	320

	Un subteniente segundo.	250
100	1 sargento primero.	94
	3 sargentos segundos á	79
	2 tambores á	45
	5 cabos primeros á.	60
	5 cabos segundos á	45
	84 soldados á.	40
300	De tres compañías de igual fuerza.	
	Plana mayor del primer batallon.	
	Coronel.	2000
	Sargento mayor.	850
	Ayudante graduado de capitan	450
	Capellan.	300
	Cirujano..	300
10	1 cabo de gastadores.	50
	6 gastadores á	45
	Maestro armero.	120
	1 tambor mayor.	90
	1 pífano primero.	75
	1 pífano segundo.	60
1892		
	Plana mayor del segundo batallon.	
	Teniente coronel..	1350
	Ayudante graduado de capitan..	450
	Capellan.	300
	Cirujano	300
9	Un cabo de gastadores..	50
	6 gastadores á.	45
	Maestro armero.	120
	1 pífano primero.	75
	1 pífano segundo.	60
	Plana mayor del tercer batallon.	
	Comandante..	1000
	Ayudante graduado de capitan.	450
	Capellan.	300
	Cirujano.	300
	Maestro armero.	120
2	1 pífano primero.	75
	1 pífano segundo.	60
1905	Plazas de prest que es el total del regimiento.	

Nota. Ademas de los haberes que quedan espresados, se ha de considerar al coronel el auxilio de dos criados, el de otros dos al teniente coronel; el de uno al comandante, al sargento mayor, á cada capitan, y á cada ayudante; y el de medio á cada uno de los primeros y segundos tenientes, y primeros y segundos subtenientes.

ORDEN DE BATALLA.

Siempre que formen juntos los tres batallones guàrdarán entre sí las distancias que prescribe la ordenanza. La primera compañía de granaderos cerrará el costado derecho de su batallon, y la segunda el izquierdo del suyo que es el de todo el regimiento.

Las primeras y segundas compañías de fusileros, que componen el medio batallon de la derecha, formarán su tropa por talla de derecha á izquierda, y á la inversa, las terceras y cuartas, que son mitad izquierda del batallon..

La colocacion de compañías en los batallones, será de derecha á izquierda, en esta forma: primera, segunda, tercera y cuarta, y en todas, la de los oficiales, sargentos y cabos, como sigue:

COMPAÑIA DE GRANADEROS.

El capitan en primera fila á la cabeza de su compañía; el primer teniente á la retaguardia, dos pasos detrás de la segunda mitad; el segundo teniente tambien á la retaguardia, y á la misma distancia detrás de la primera mitad: el subteniente en primera fila á la cabeza de la segunda mitad: el sargento primero á la retaguardia, un paso detrás de la primera cuarta: y los dos sargentos segundos en tercera fila detrás del capitan y subteniente: los primeros y segundos cabos se colocarán á los costados de las mitades y cuartas, segun su talla, acudiendo á reemplazar los mas antiguos de aquella clase los huecos que pueda haber de la de sargentos segundos.

COMPAÑIA DE FUSILEROS DEL PRIMERO Y SEGUNDO BATALLON.

El capitan en primera fila á la cabeza de su compañía: el primer teniente á la retaguardia, dos pasos detrás del centro: el segundo teniente á la retaguardia, y á la misma distancia detrás de la primera mitad: el primer subteniente en primera fila á la cabeza de la segunda mitad, y el segundo subteniente á la retaguardia dos pasos detrás de la segunda mitad: el sargento primero á la retaguardia, un paso detrás de la primera cuarta: los dos sargentos segundos mas antiguos á igual distancia detrás de la segunda y tercera cuarta; y los dos sargentos segundos restantes en la tercera fila detrás del capitan y primer subteniente: los cabos primeros y segundos se colocarán á los costados de las mitades y cuartas, segun su talla.

COMPAÑIA DEL TERCER BATALLON.

Se colocarán sus oficiales y sargentos por la regla prevenida para la com-

pañía de granaderos, con sola la diferencia de que el mas antiguo de los tres sargentos segundos, se pondrá á la retaguardia un paso detrás de la última cuarta.

Las banderas tendrán lugar á la derecha de la segunda fila de la segunda compañía, bajo las reglas que para ello prescribe el art. 9, tratado 4, tít. 5 de las Reales ordenanzas, y las llevarán los cadetes mas antiguos.

No variará la colocacion del tambor mayor, tambores, pífanos y gastadores del primero y segundo batallon. Los tambores del tercero formarán á la retaguardia detrás del centro de él, siguiendo en columna la mitad izquierda de la segunda compañía.

El coronel estará adelantado cuatro pasos al costado derecho de los granaderos del primer batallon. El teniente coronel á igual distancia delante del costado izquierdo de los granaderos del segundo: y el comandante cuatro pasos al frente del costado derecho del tercero, teniendo cada uno, á un paso detrás sobre su izquierda, su respectivo ayudante: el sargento mayor se colocará al frente de los gastadores del primer batallon en línea con los demas jefes.

ORDEN DE PARADA.

Se pasará del órden de batalla al de parada, ejecutando cuanto para este caso previene la ordenanza. El coronel, teniente coronel y comandante, con sus ayudantes, se pondrán delante de las banderas de los respectivos batallones; y el sargento mayor adelantado cuatro pasos al frente del costado derecho de los granaderos del primero.

ORDEN DE FUEGOS.

Será el mismo que prescribe la ordenanza.

Nota. En la formacion de columna por cuartas, los sargentos que en batalla estan á la retaguardia de las compañías de fusileros, se pondrán en primera fila á la cabeza de las segundas y últimas cuartas; pero los sargentos primeros del primero y segundo batallon, seguirán un poco detrás de la primera cuarta, restituyéndose aquellos á su lugar luego que se forme en batalla.

La exaltacion demagójica habia ido creciendo por momentos en la vecina nacion. La Francia era presa de todos los horrores de la anarquía; estaban rotos y despedazados los vínculos religiosos, políticos y sociales, y la revolucion hacia inauditos esfuerzos para ensanchar su esfera, llevando sus estragos á todos los demas pueblos de Europa.



En vista de esta actitud invasora de la Francia, y de las hostilidades ejercidas contra algunos buques mercantes españoles, Carlos IV dió un manifiesto que despertó en la Península un entusiasmo difícil de describir, corriendo todas las clases de la sociedad á ofrecer sus bienes para la defensa de la patria. Oigamos sobre este particular al prímcipe de la Paz que en aquella época era el ministro universal.

«Los dones patrióticos, dice, prodigados durante dos años, ofrecen un ejemplo que la historia moderna no halla comparacion. Se ven figurar en los gastos oficiales, en donde se hallan mencionados los donativos, simples obreros, oscuros manufactureros, mujeres aisladas y mendigos. Los ciegos de Madrid y de otras ciudades, cuyo único recurso era el producto de sus romances y canciones populares que vendian por las calles y plazas, no cesaban de pregonar *gratis*, la guerra contra la Francia, y de ofrecer sus cortos bolsillos. Los modestos artesanos que carecian de dinero, facilitaban efectos y objetos de su mercancía y trabajo: los que nada poseian, solicitaban ir de soldados. Los ayuntamientos rivalizaban en donativos y actividad: crearon medios estraordinarios para equipar y armar los voluntarios de sus partidos. Muchos dieron á la vez sus bienes y sus personas. Las viudas no retenian sus hijos: en fin el entusiasmo y el instinto de conservacion nacional, fueron tales, que el gobierno no tuvo necesidad de ordenar el llamamiento de las milicias ni ninguna medida para el reclutamiento (1).

El ejército se puso al pié de guerra, por la afluencia prodigiosa de los españoles de todas clases y que de su propia voluntad marcharon á las filas» (2).

Este relato del ministro está confirmado por el aumento que recibió entonces el ejército. En aquel tiempo (1793) se formaron los batallones 1.º y 2.º de voluntarios de Barcelona en 27 y 28 de marzo, variando con data de este último dia su nombre el de Galicia, por el de la *Reina*. El de voluntarios de Barbastro se formó en 20 de abril y el segundo regimiento voluntarios de Aragon y los de línea de Or-

(1) Por Real órden de 30 de octubre de 1791, se estinguieron las compañías de levas honradas establecidas en la Coruña, Zamora, Cádiz y Cartajena.

(2) Memorias del principe de la Paz, 1836.

denes militares en 20 de junio, y granaderos voluntarios de Estado el 6 de julio, sin contar los tercios de miqueletes de la corona de Aragon, los batallones de Navarra y provincias Vascongadas y demas cuerpos francos levantados. Finalmente, en los 9 regimientos de que constaba la infantería ligera, las compañías crecieron hasta 300 hombres por Real órden de 28 del mismo junio.

La distribucion de nuestra infantería en este año destinada á los ejércitos de operaciones es la siguiente.

GUIPUZCOA.

NOMBRES.	NUMERO DE BATALLONES.	FUERZA.
Toledo.	1	750
Leon.	1	750
Asturias.	1	750
América.	1	750
Division de granaderos y cazadores provinciales de Galicia.	2	1,500
Tres regimientos de milicias á 616 plazas.	3	1,848
Reding (suizos).	2	1,341
Segundo voluntarios de Cataluña.	1	800
		8,489

NAVARRA.

Rey.	1	750
Principe.	1	750
Corona.	1	750
Africa.	1	750
Division de granaderos y cazadores de Castilla la Vieja.	2	1,800
Ocho regimientos de milicias á 616 plazas.	8	4,928
Primero voluntarios de Aragon.	1	600
		10,328

ARAGON.

Murcia	1	750
Zaragoza	1	750
Aragon	1	750
Princesa	1	649
Cuatro regimientos de milicias á 616 plazas	4	2,464
		5,363

CATALUNA.

Reales guardias españolas	4	3,400
Reales guardias walonas	3	2,100
Reina	3	1,903
Príncipe	1	750
Saboya	1	750
Soria	2	1,500
Córdoba	1	750
Sevilla	1	750
Granada	2	1,500
Valencia	2	1,500
Mallorca	1	750
Burgos	2	1,500
Murcia	1	750
Navarra	3	1,903
Hibernia	1	750
Estremadura	1	750
Málaga	1	750
S. Gall (suizos)	2	1,451
Primero de Cataluña	1	800
Voluntarios de Tarragona	1	800
Voluntarios de Gerona	1	800
Dos divisiones de granaderos y cazadores provinciales	4	3,000
Seis regimientos de milicias á 616 plazas	6	3,696
		32,603

RESUMEN.

Infantería de línea y ligera	37,547
Granaderos y cazadores de la reserva	6,300
Infantería de la reserva	12,936
Total	56,783

Para no distraer la fuerza efectiva y presente de los regimientos, se suprimió la gratificacion que se abonaba á los jefes y oficiales para criados, y en su lugar se previno en 30 de abril de 1794 se admitiesen *trabantes* con plaza de soldados al respecto de cuatro para el coronel, tres para cada uno de los demas jefes, dos para cada capitan, y uno por subalterno, resultando un acrecentamiento pasivo de 94 plazas en los regimientos de línea y 57 en los ligeros. Al propio tiempo por otra Real órden de 1.° de julio, los terceros batallones de línea que hasta esta fecha solo constaban de 4 compañías de fusileros de á 100 plazas, se aumentaron con una de granaderos para quedar igualados á los dos primeros; asi que la fuerza de un regimiento ascendió á 2251 plazas sin incluir los trabantes que por esta soberana disposicion debian ser 103.

Al abrirse la campaña se dispuso la construccion estraordinaria de un vestuario de paño pardo que consistia en casaca corta con la divisa peculiar de cada regimiento: botin de paño negro, sombrero redondo con una ala levantada y apuntada por la presilla y escarapela, añadiéndose para abrigo del soldado el *poncho*. Suprimióse en la tropa el extemporáneo peinado de bucles y polvos y aun cuando permaneció la coleta, se mandó cortar á cepillo el pelo de la parte superior de la cabeza, dejando tendidos hasta media oreja unos mechones á que se dió el nombre de *patillas*. Los oficiales adoptaron en lugar de bucles las alas de pichon y tupé á la greca para no chocar con las preocupaciones populares y como un paso mas para volver á la costumbre de Felipe II y III. Sin embargo, á los húsares creados en 1793 se les obligó á cortar la coleta y dejar el pelo en redondo como los húngaros, con el nombre de peinado á la *Romana*.

Con los infinitos alistados que pasaban á cubrir las bajas de los ejércitos de la frontera, se formó el regimiento voluntarios de Valencia el 1.° de mayo de 1794, y el 1.° de febrero de 1795 tuvo lugar la organizacion del de cazadores voluntarios de la Corona, por medio de un reglamento especial, componiéndose de dos batallones de á cinco compañías y una de gastadores con la fuerza de 150 plazas.

Terminada la guerra, como hemos visto en otra parte, con la paz de Bale el 4 de agosto de este año, nuestra infantería regresó á sus guarniciones, donde volvieron los polvos y el sebo á ocupar inútil-



mente al soldado, y los oficiales cediendo al imperio de la moda, emplearon parte del tiempo en el nuevo peinado de erizon con alas de pichon y coleta. En este tiempo fué adoptado en la infantería una prenda de reconocida utilidad. Esta prenda es la mochila de piel de cabra, forrada en lienzo crudo y cerrada por hebillas y correas, que vino á sustituir la primitiva arquera, talega ó saco.

Reformadas las legiones de emigrados franceses, denominadas *Real de los Pirineos y Saint Simon*, creóse el regimiento infanteria de Borbon en 10 de febrero del propio año.

Previnose en Real órden de 2 de noviembre que los primeros tenientes de la infantería ligera se considerasen en la misma clase y calidad que los primeros tenientes de la de línea, aun cuando aquellos no tuviesen el grado de capitan, y publicóse tambien en 8 de marzo de 1796 un nuevo reglamento de sueldos, en estos términos:

	Reales.
Coronel, aunque fuese brigadier. . .	1500
Teniente coronel..	1000
Comandante del tercer batallon.. . . .	900
Sargento mayor.	750
Capitan de granaderos..	600
Capitan de fusileros.	500

Los ayudantes, primeros y segundos tenientes, subtenientes, capellanes y cirujanos, debian gozar en sus respectivas clases los sueldos del último reglamento vigente.

En abril de 1797 sufrió el vestuario algunas modificaciones. El galon de color fue reemplazado en el sombrero por un rivete negro; la casaca quedó con faldones cortos y solapa redonda, y se admitió el botin de paño negro con rodillera. A la infantería ligera se la vistió de verde, y se la dió el botin de cuero color de avellana, con el gambeto y canana, colocándose encima de la escarapela un pompon de estambre rojo.

Véase la adjunta lámina en que figuran tres tipos con el indicado uniforme.

El número 1 es un soldado ligero.

El número 2 un granadero.

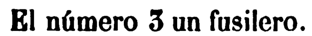


(1798)



1 2 3

Gimenez del — Imp Lemercier Paris — V Adam lith



El número 3 un fusilero.

En agosto de 1800 se decretó como medida preventiva la formacion de tres campos volantes, llegando á realizarse esta disposicion en los puntos y forma siguientes:

MERIDA (*Estremadura.*)



V Adam lith.

El número 3 un fusilero.

En agosto de 1800 se decretó como medida preventiva la formacion de tres campos volantes, llegando á realizarse esta disposicion en los puntos y forma siguientes:

MERIDA (*Estremadura.*)

Reales Guardias españolas	1	23 batallones.
Reales Guardias walonas	2	
Príncipe	3	
Zaragoza	3	
Toledo	3	
Mallorca	3	
Estremadura	3	
Aragon	3	
1.° Voluntarios de Cataluña	1	
2.° Voluntarios de Barcelona	1	

MALAGA (*Granada.*)

Reina	3	15 batallones.
América	3	
Málaga	3	
Irlanda	3	
Reding (suizo.)	3	

ARES (*Galicia.*)

	Africa	3	27 batallones.
	Guadalajara	3	
	Rey	3	
	Zamora	3	
	Nápoles	3	
	Ultonia	3	
	1.° Voluntarios de Aragon	1	
	Division de granaderos y cazadores Provinciales de Galicia	2	
Agregados á la marina	Astúrias	3	
	Princesa	3	

En este mismo año volvió á sufrir otra modificacion el vestua-

rio, se dió á las casacas un corte mas elegante, haciéndose la solapa recta, abrochada con corchetes. Reemplazó tambien el sombrero la gorra rusa, si bien se hizo en ella alguna variacion. Consistia esta gorra en un casquete de paño, adornado por delante con una frontalera ribeteada de galon, en cuyo estremo iba colocado un pompon con flama; en el centro se veian las armas reales, bordadas con bastante gusto.

El uniforme de la infantería ligera era de paño azul, haciendo parte del vestuario el gambeto verde.

Véase la adjunta lámina.

El número 1 y 2 son soldados de línea de este tiempo.

El número 3 es un soldado ligero.

El campo de Arés fué reforzado por Real disposicion de 13 de febrero de 1801 por los cuerpos siguientes:

Reales Guardias españolas	1	7 batallones.
Reales Guardias walonas	1	
Toledo	3	
1.° Voluntarios de Cataluña	1	
2. Voluntarios de Barcelona	1	

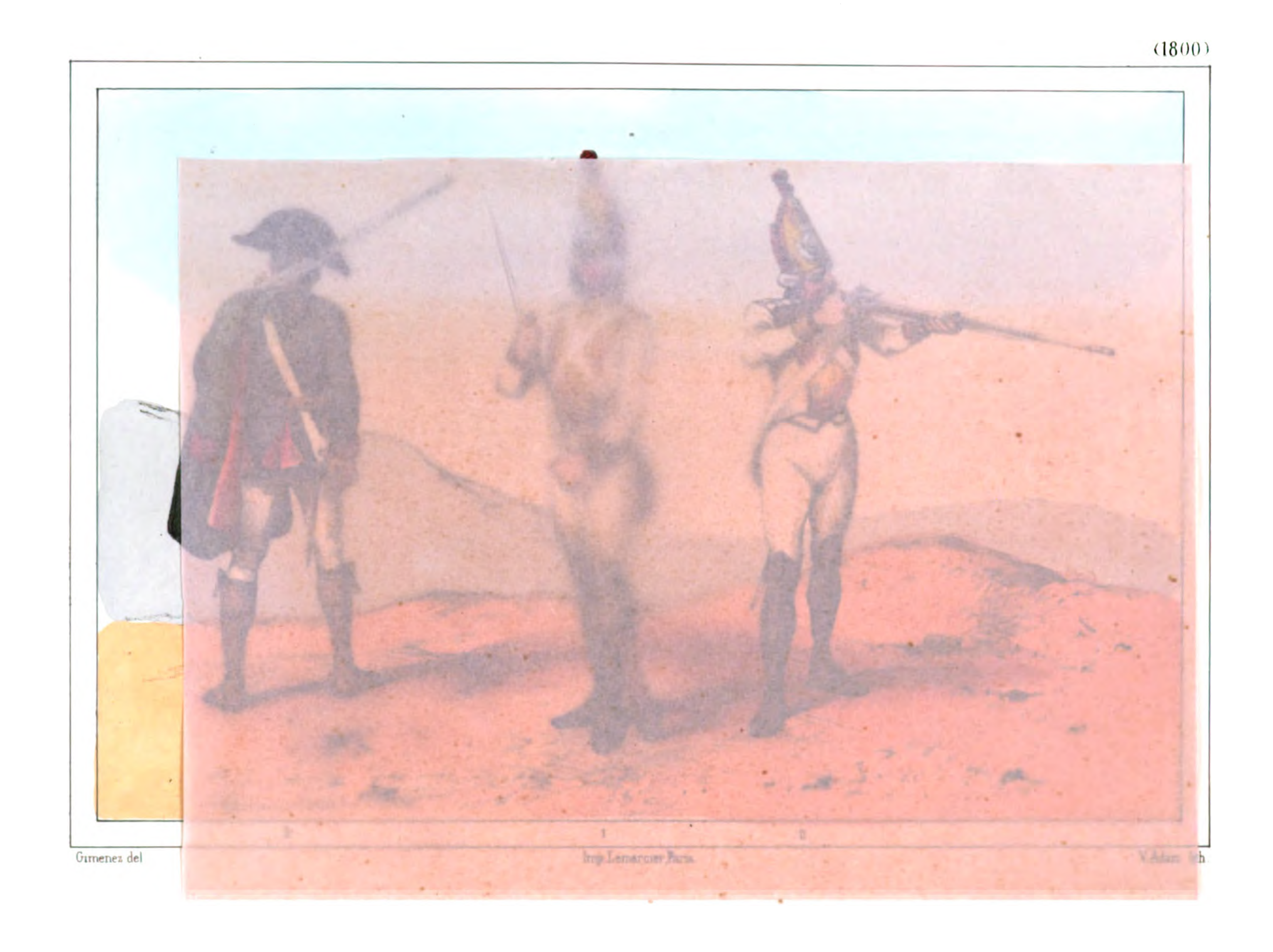
El de Mérida se aumentó con los que siguen:

Reales Guardias españolas	1	8 batallones.
Saboya	3	
Voluntarios de Tarragona	1	
Voluntarios de Valencia	1	
Division de granaderos y cazadores de Andalucía	2	

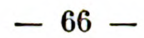
Y por otra soberana disposicion de 12 de marzo, pasaron á Castilla la Vieja los que á continuacion se espresan.

Reales Guardias españolas	1	14 batallones.
Reales Guardias walonas	1	
Zaragoza	3	
Mallorca	3	
Aragon	3	
Estremadura	3	

(1800)



Gimenez del.   Imp. Lemercier, Paris.   V. Adam lith.



rio, se dió á las casacas un corte mas elegante, haciéndose la so-
lapa recta, abrochada

(1800)



3 1 2

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris V. Adam lith

El año siguiente se trató de dar una nueva organizacion á la infantería, para lo cual se dictaron las disposiciones siguientes:

Reglamento para la organizacion de la infantería de 26 de agosto de 1802, con la nueva constitucion en que han de establecerse los regimientos de infantería de línea y los batallones de tropas ligeras del ejército.

El REY. Una de las partes mas principales del vasto plan de constitucion general militar que confié al generalísimo de mis armas príncipe de la Paz, era el dar á la infantería de mi ejército la mas conveniente en su pié y fuerza, para que sin desatender en la paz las multiplicadas y contínuas obligaciones de mi servicio que desempeña, pudiese tomar en la sensible necesidad de una guerra el incremento respetable que piden la defensa y decoro de mis Estados. Vencidas muchas y graves dificultades, ha combinado estos grandes objetos como me prometí, y proporcionándome ademas la satisfaccion que hace mucho tiempo deseaba de dar á este cuerpo, tan benemérito y el mas numeroso, una prueba del particular aprecio con que miro sus constantes servicios, y de la consideracion que me han debido sus pérdidas en las últimas campañas, en la gracia de un aumento regular de sueldos á todas sus clases sin gravámen estraordinario de mi erario: y habiendo merecido mi Real aprobacion cuanto me ha espuesto acerca de estos puntos importantes, y para que tenga el debido efecto he resuelto que se publique y observe en la forma que esplican los artículos siguientes:

1.° La infantería veterana se compondrá de treinta y ocho regimientos de línea y doce batallones de tropas ligeras, ademas de los cuerpos suizos que tenga por conveniente mantener á mi servicio.

2.° Se consideran regimientos de línea los siguientes:

Rey.	Guadalajara.
Reina.	Sevilla.
Corona.	Príncipe.
Africa.	Saboya.
Zamora.	Cantabria.
Soria.	Astúrias.
Córdoba.	Navarra.
Hibernia.	Leon.
Ultonia.	Irlanda.
Aragon.	Princesa.
América.	Estremadura.
Granada.	Málaga.
Valencia.	Jaen.

:

Zaragoza.	Ordenes militares.
España.	Voluntarios de Castilla.
Toledo.	Granaderos de Estado.
Mallorca.	Voluntarios de la Corona.
Búrgos.	Borbon.
Murcia.	Nápoles.

Tendrán una misma fuerza y subdivision, á fin de que queden precavidos los inconvenientes que producen la desigualdad de varios de ellos en esta parte para su manejo militar y económico.

El de cazadores de la Coroná suprimirá el título de cazadores, quedándole el de infantería de voluntarios de la Corona.

Tambien se reputarán de línea los suizos, que actualmente son: Schwaller, vacante, Rutiman, Reding, Bestchard, Yaun, vacante, y Courten, pero bajo la constitucion de sus respectivas capitulaciones.

3.° Se compondrán los de tropas ligeras de los tres batallones de esta clase, cuya fuerza mantienen los aragoneses, de los seis catalanes y el de valencianos; y para el completo de los doce se levantarán dos, dándoles el pié necesario de jefes, oficiales y tropa que se consideren mas á propósito, y me propondrá el inspector general, contando con los sobrantes de los de línea.

El uno de estos dos batallones nuevos se titulará de infantería ligera de Navarra, y el otro de Campo Mayor, á fin de que quede vinculada la memoria de la conquista de esta plaza del Portugal, que hicieron mis armas en el año anterior bajo la conducta de mi generalísimo.

Estos doce batallones de infantería ligera se nombrarán:

1.° de Aragon.	Gerona.
2.° de Aragon.	1.° de Barcelona.
Barbastro.	2.° de Barcelona.
1.° de Cataluña.	Valencia.
2.° de Cataluña.	Campo Mayor.
Tarragona.	Navarra.

Gozarán estos y los demas cuerpos la antigüedad que cada uno tiene declarada, y los dos nuevamente creados, segun quedan en esta lista.

4.° Cada uno de los regimientos de línea se compondrá de tres batallones; el primero de estos de dos compañías de granaderos y dos de fusileros; y el segundo y tercero de cuatro compañías de esta última clase cada uno, todas de igual número de oficiales y tropa. La fuerza total de ambas clases, comprendidas las planas mayores, será la siguiente:



PLANAS MAYORES.

Del primier batallon.. .	Coronel. Sargento mayor. Ayudante de la clase de tenientes. Capellan. Cirujano. Tambor mayor. Armero.
Del segundo..	Teniente coronel. Ayudante, de la clase de tenientes. Abanderado, de la de subtenientes. Capellan. Cirujano. Armero.
Del tercero.	Comandante. Ayudante id. Abanderado id. Capellan. Cirujano. Armero.

	Número de oficiales.	EN DOCE COMPAÑIAS.	Número de tropa.
	12	Capitanes..	
	24	Tenientes sin distincion de primeros ni segundos..	
	24	Subtenientes id...	
		Sargentos primeros á 1 por compañía.	12
		Segundos id. á 4 por compañía..	48
		Tambores á tres...	36
		Cabos primeros á 8..	96
De las planas mayores. .	10	Segundos á 8.	96
		Soldados á 60 por compañia. . .	720
	70		1008

El número de oficiales, sargentos, tambores y cabos está regulado segun el pié de guerra que se espresará mas adelante, á fin de que el aumento de soldados, que en tal caso reciban los cuerpos, pueda ser pronto disciplinado

por superiores, prévia y perfectamente instruidos, y no se retarden ni entorpezcan por esta causa las operaciones de campaña.

Se suprimen en las planas mayores los pífanos y gastadores; pero se considerarán estos embebidos en las primeras compañías sin distincion alguna, y aquellos inclusos en los tres tambores de las compañías, dando á los maestros la gratificacion señalada.

5.° Ademas de la fuerza referida, y la que se espresará para el tiempo de guerra, siempre que esté completa se acreditarán como plazas sobrantes las de los asistentes que tengo concedidos á los jefes y oficiales por mi Real resolucion de 16 de enero del año próximo pasado, abonándose del mismo modo que á todas los haberes y gratificaciones que devenguen, respecto á que han de estar igualmente vestidas y armadas para formar en los casos de paz y guerra que lo exijan las circunstancias.

6.° Cada batallon tendrá una sola bandera, que basta para insignia y facilitar los puntos de direccion en las alineaciones, y queda restablecida la clase de abanderados, por ser justo y decoroso que la lleve un oficial, por la instruccion prévia que requiere su destino en las maniobras de línea, y porque el ejercicio de las funciones de este empleo, que señalan mis Reales ordenanzas prepara á los jóvenes promovidos para ser mas útiles en adelante.

7.° La tercera compañía de fusileros del primer batallon y las cuatro del segundo, mantendrán la primera de granaderos: la cuarta del primero y las cuatro tambien de fusileros del tercero, la segunda de granaderos, haciéndose la saca bajo el método que prescriben mis ordenanzas.

En cada una de las dos compañías de granaderos estará siempre colocado uno de los dos cadetes mas antiguos ó de mejor disposicion, si los primeros no tienen talla, ínterin subsistan estos en los cuerpos.

8.° Las compañías de granaderos han de ser iguales á las de fusileros en sueldos de oficiales, con lo cual tendrán los coroneles arbitrio de elegir los mas aptos para granaderos, aunque sea entre los mas modernos. Los tres capitanes mas antiguos de cada regimiento en cualquiera compañía que se hallen, gozarán el aumento de paga que se señala en el reglamento de sueldos.

9.° Siempre que Yo tenga por conveniente mandar que se reunan regimientos, formarán brigada los mas antiguos con los mas modernos, y para solo el efecto de formar líneas de batalla unirán sus primeros batallones, componiendo, uno de granaderos con las primeras y segundas compañías, y otro de fusileros con las terceras y cuartas, pero concluidas las formaciones instructivas de línea ó una accion, camparán en el lugar que tengan señalado en su propio regimiento.

De este modo cada brigada se compondrá de seis batallones, el uno de granaderos y los cinco restantes de fusileros con la fuerza de 2016 plazas.

El brigadier, ó en su defecto el coronel mas antiguo de cada dos regimientos, mandará la brigada.

La bandera del primer batallon del cuerpo mas antiguo, en el caso de unirse las compañías, irá con el batallon de granaderos, y la del mas moderno con el de fusileros ocupando el lugar central correspondiente.

10. Aunque los tenientes y subtenientes se consideran en lo sucesivo sin distincion de primeros ni segundos, no se admitirá instancia alguna dirigida á alterar la antigüedad que cada uno goza en estas clases por las declaraciones que han regido, y cuando alguno de los sobrantes sea reemplazado, tomará la antigüedad que le correspondia antes de la estincion de ellas.

11. A los capitanes, primeros y segundos tenientes, que segun el nuevo pié resulten sobrantes, aunque subsistan en calidad de agregados, se les considerará vivos para el mando y demas funciones del servicio en sus clases respectivas, á fin de que de ningun modo sean perjudicados, ínterin obtienen su reemplazo, no obstante cualesquiera declaraciones en contrario, que no han de entenderse con estos, y solo sí con los agregados que ya tenian los cuerpos, ó que Yo destine á ellos en adelante como tales.

12. Para el entretenimiento de la fuerza de infantería de línea en tiempo de paz se admitirá y esforzará la recluta voluntaria segun las reglas que tengo establecidas.

13. La composicion de cada uno de los batallones de tropas ligeras será la siguiente:

Número de oficiales.	PLANA MAYOR.	Número de tropa.
1	Comandante	
1	Sargento mayor.	
1	Primer ayudante en la clase de segundo capitan.	
1	Segundo en la clase de teniente.	
1	Abanderado en la de subteniente.	
	Capellan.	
	Cirujano.	
	Maestro armero.	
	Tambor mayor.	
	En seis compañías.	
6	Capitanes primeros.	
6	Capitanes segundos.	
12	Tenientes.	
12	Subtenientes.	
	Sargentos primeros..................	6
	Segundos á 5 por compañía...............	30
	Tambores á 3 id..................	18
	Cabos primeros á 8................	48
	Segundos á 8..................	48
	Soldados á 105 por compañía............	630
41		780

Está arreglado como en los cuerpos de línea el número de oficiales, sargentos, tambores y cabos al respecto de la fuerza que han de tener estos batallònes en tiempo de guerra.

14. Ademas de las tropas ligeras que quedan señaladas, tendrán en cada compañía de los regimientos de línea el particular destino de tiradores ocho soldados escogidos, que seguirán á sus respectivos cuerpos en todas las maniobras de guerra, haciendo de descubridores en las marchas, y sosteniendo las retiradas: en campaña gozarán el haber de tropas ligeras; y siempre que estas disfruten alguna gratificacion por fatiga estraordinaria, y los referidos tiradores tuviesen parte en ellas, se les considerará el mismo beneficio.

15. Hecha la operacion de pasar los cuerpos al nuevo pié, me dirigirá el inspector general un estado de cada uno que la demuestre, con propuestas de los empleos que hubieren de procurarse en los de líneas, y crearse en los de tropas ligeras.

16. Los regimientos de infantería de línea en tiempo de guerra, supuesto que han de tener igual el número de sus jefes, oficiales, sargentos, tambores y cabos, solo variarán en la fuerza, aumentando sus soldados en cadá compañía hasta el número de 164: de forma que cada regimiento constará de 2,256 plazas: un batallon de 752 y de 188 una compañía. Cada brigada se compondrá en tal caso de 4,512 plazas.

17. Los batallones de tropas ligeras en el mismo caso aumentarán sus compañias hasta el número de 175 soldados: tendrá igual el de jefes, oficiales, sargentos, tambores y cabos: cada batallon constará de 1,200 plazas, y de 200 cada compañía.

18. Siempre que resuelva poner sobre el pié de guerra algunos regimientos de infanteria de línea, darán el referido aumento los de milicias provinciales, á proporcion que Yo prevenga lo exijan las circunstancias, para lo cual anticiparé mis órdenes á los Inspectores de ambos ramos, que arreglarán sus providencias á lo que sobre este punto he determinado en el reglamento de la nueva forma y constitucion que he tenido á bien dar igualmente á estos últimos cuerpos.

19. Si fuesen destinados tambien á campaña uno ó mas batallones de tropas ligeras, se hará reemplazo de su aumento de las provincias exentas de milicias, pidiendo Yo en la forma acostumbrada el cupo equitativo á cada una de sus capitales; y para sostener la fuerza de estos cuerpos habitualmente, se establecerán banderas de recluta voluntaria, de suerte que el todo de estas tropas se surta de las referidas provincias en paz y en guerra.

20. Los ahorros considerables que ha proporcionado mi generalísimo en el lleno de la constitucion militar que me ha presentado, me han permitido estender á todas las clases de los cuerpos de infantería de línea y ligera, como de los demas del ejército, el aumento de sueldos y prest que se establece por el reglamento peculiar de este objeto; y aunque los individuos de todas



clases que quedaren ahora agregados no estarán al goce de estos nuevos sueldos, hasta que obtengan empleo efectivo del número de esta constitucion; pero se les abonará el que disfrutaban íntegro de la deduccion de inválidos, desde el dia que empiece á regir el citado nuevo reglamento.

Siempre que la infantería de línea y ligera se emplee en persecucion de contrabandistas y malhechores, gozarán ademas los oficiales las raciones de campaña que les toque por su empleo: dos rs. diarios los sargentos; uno y medio los cabos, y uno los soldados, como se dignó declarar mi augusto Padre en 29 de junio de 1784, en 5 de junio y 1.° de agosto de 87; cuyas soberanas disposiciones quiero se observen, no obstante el aumento de los haberes que señalo.

Si en la guerra se considerase á algun cuerpo gratificacion por una fatiga muy estraordinaria, únicamente la disfrutará mientras se halle en tal comision.

21. Segun el señalamiento de haberes, el soldado fusilero de los regimientos de infantería de linea gozará 56 rs. y 16 ms. vn., cuyo prest es mi voluntad se distribuya en esta forma: tendrá 12 cuartos de socorro diario, y se destinarán 9 para su sustento en los dos ranchos de mañana y tarde como previene mi ordenanza general; entregará luego á cada uno su cabo los tres cuartos que sobran para lavar la ropa, comprar tabaco, hilo etc. Y á fin de llenar los que determina el artículo 11, del tit. 1.°, trat. 2.° de la misma, se le retendrán con el nombre de masita en los fondos del cuerpo los 14 rs. y 4 mrs. restantes de su haber mensual.

22. El prest del soldado granadero y el de infanteria ligera se distribuirá invirtiendo 10 cuartos en los dos ranchos, recibiendo tres por mano de su cabo para los fines indicados de sus diarias urgencias: y se retendrán en su masita 15 rs. y cuatro mrs. al primero, y 18 rs. y 4 mrs. al segundo, para atender al mayor número de prendas, que regularmente consume.

23. A los cabos primeros se retendrán 20 rs. mensuales para masita, á fin de que puedan atender á su mejor decencia, y 15 á los segundos cabos y tambores. A escepcion de uno ú otro caso de los prevenidos en mis Reales órdenanzas, comerán en los ranchos con la tropa, para que se conserve el respeto, aseo y orden establecidos; y el esceso de los tres cuartos de sobras diarios lo entregará á cada uno el primer sargento, segun lo merezca por su particular conducta, ó se empleará en su limpieza y desempeño, si diese lugar á esta providencia.

24. En el ajuste que se forme á la masita en cada tercio se retendrán en fondo á los cabos primeros 80 rs. vn.: 60 á los cabos segundos, tambores, granaderos y soldados de infantería ligera; y 50 á los soldados fusileros, á fin de que tengan siempre pronto este recurso para su desahogo y ausilio en casos ejecutivos; y al enterarles de su ajuste, solo recibirán lo que alcancen



sobre este fondo, mientras no se les haga final por haber cumplido su empeño.

25. Al soldado cuyo empeño llegue á 50 rs. en su masita, se le retendrá uno de los tres cuartos de sobras diarios á beneficio de su deuda hasta que la estinga; y si fuese esta mayor, usarán los capitanes, con conocimiento de los jefes, de los demas arbitrios lícitos que permito en la ordenanza general para el desempeño.

26. Serán les jefes, capitanes y subalternos responsables al Inspector general, y este á Mí, de cualquier gravamen que en lo sucesivo sufran mis fondos por esta causa: el cuerpo ó la compañía en que esto sucediese, daria una prueba de negligencia en el cumplimiento de las obligaciones de cuantos deben celarlo, y esperimentarán mi Real desagrado sin la menor disculpa, que no podrá admitirse á vista de los auxilios que concedo.

27. Se abonarán á los cuerpos por las oficinas de cuenta y razon de mi Real Hacienda con los nuevos haberes mensuales señalados y sin descuento de inválidos, 3 rs. y 18 ms. de gratificacion en cada mes para sostener la recluta por cada una de las plazas P. y C. P. en revista: 32 mrs. por cada una de las mismas plazas armadas que debe tener cada cuerpo, segun su fuerza para el entretenimiento de armas; y por gratificacion de gran masa se considerarán 15 rs. de vn. por plaza de las P. y C. P. en revista cada mes en los regimientos de línea; y 16 rs. 17 mrs. del mismo modo á los batallones de infantería ligera, para que unos y otros puedan atender á la construccion de los vestuarios que les he señalado, y atendiendo al aumento de precios que han tenido de varios años á esta parte todos los géneros.

28. El sistema de gobierno interior para el manejo y régimen de los fondos y compañías seguirá bajo las reglas establecidas en mis Reales ordenanzas y posteriores resoluciones, mientras no prevenga la variacion que estime mas conviniente.

29. La colocacion de oficiales en las formaciones de los cuerpos y la instruccion de armas se continuará segun la práctica establecida en el pié de tres batallones, ínterin mando publicar el reglamento que ha de sustituir al tratado 4.° de mis Reales ordenanzas.

30. Se pondrán luego los cuerpos bajo el pié de este reglamento; pero el abono de los sueldos no se realizará hasta la revista del mes siguiente á la conclusion del total establecimiento de la nueva planta del ejército. Todo lo cual es mi voluntad se cumpla por todas las autoridades que deben concurrir á su mas puntual observancia.—Dado en Zaragoza á 26 de agosto de 1802.—Yo el rey.—José Antonio Caballero.

A consecuencia de este reglamento, por el que se crearon los dos batallones ligeros de Campo Mayor y voluntarios de Navarra, fijáronse de nuevo en 7 de octubre los sueldos, prest y gratificaciones que libres del descuento de inválidos se habian de abonar men-



sualmente á los oficiales, tropa y fondos de los diferentes cuerpos del ejército establecido bajo la nueva constitucion aprobada por S. M. á propuesta del generalísimo de sus reales armas, príncipe de la Paz.

INFANTERIA DE LINEA.

	Reales.	Mrs.
Coronel.	2500	
Teniente coronel.	1500	
Comandante de tercer batallon.. . . .	1200	
Sargento mayor..	1100	
Los tres capitanes mas antiguos, cada uno..	1000	
Los demas capitanes, cada uno. . . .	900	
El ayudante mas antiguo.	550	
Los otros dos, cada uno.	500	
Tenientes.	450	
Subtenientes y abanderados.	350	
Capellanes.	340	
Cirujanos..	340	
Armeros.	120	
Sargentos primeros de granaderos, cada uno.	125	
Id. de fusileros.	120	
Sargentos segundos de granaderos ó fusileros.	112	
Tambor mayor.	120	
Id. de granaderos.	75	
Cabos primeros de granaderos.. . . .	70	
Id. de fusileros..	85	
Cabos segundos de granaderos. . . .	80	
Id. de fusileros.	75	
Granaderos..	70	
Fusileros.	61	

Gratificaciones.	De recluta por cada plaza, P. y C. P. en revista..	36	16
	De armas por cada plaza de las armadas, segun la fuerza de reglamento.	3	18
	De gran masa por cada plaza P. y C. P. en revista..	15	

INFANTERIA LIGERA.

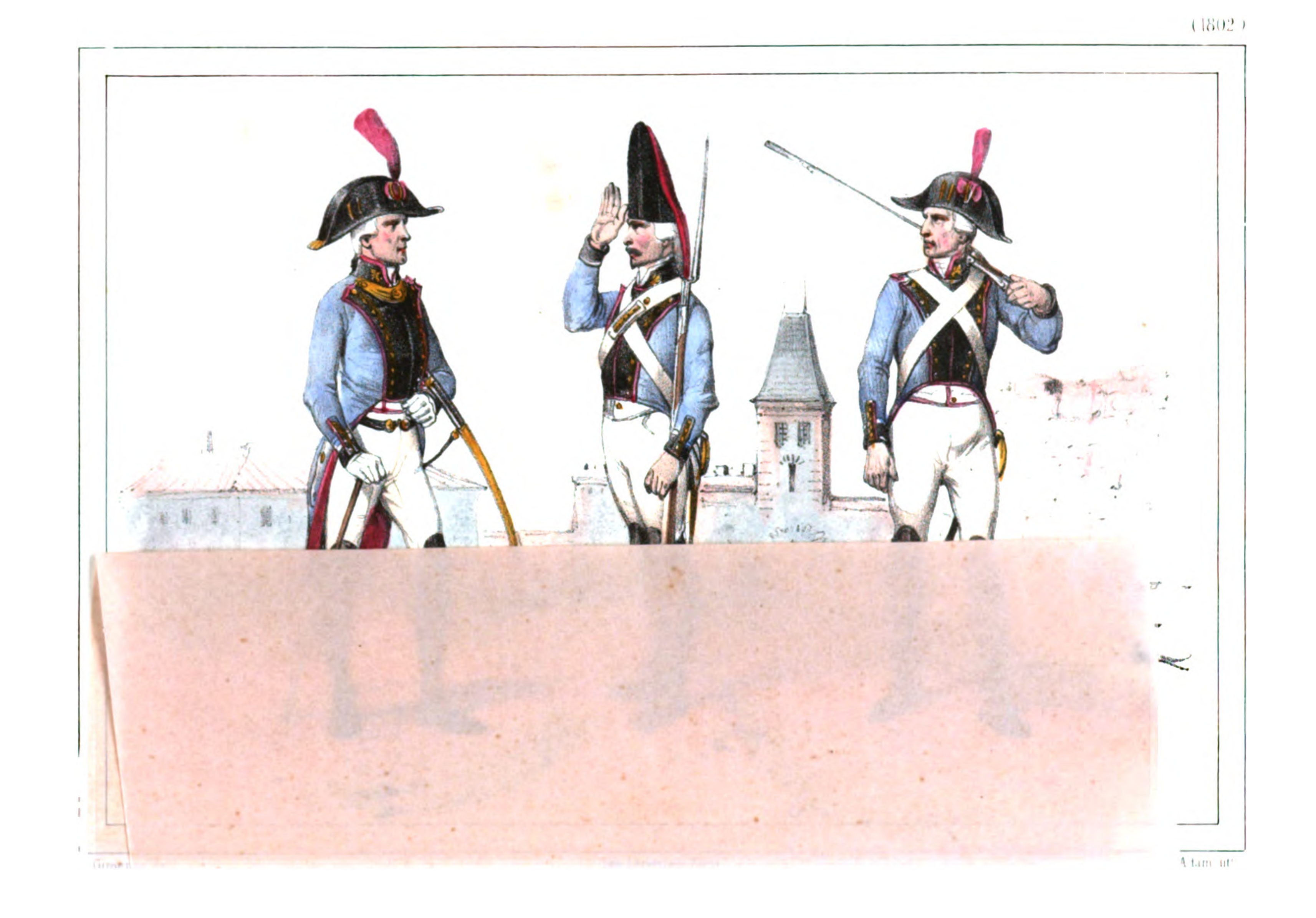
Comandante.	2000
Sargento mayor..	1100
El capitan 1.° mas antiguo de cada batallon..	1000
Los demas capitanes primeros, cada uno.	900
Los primeros ayudantes.	600
Los segundos capitanes.	530
Segundos ayudantes ...	480
Tenientes.	450
Subtenientes y abanderados.	350
Capellanes.	340
Cirujanos.	340
Armeros..	120
Sargentos primeros.	130
Id. segundos.	112
Tambor mayor..	130
Tambores.	75
Cabos primeros.	90
Id. segundos..	75
Soldados.	64

Gratificaciones.	De recluta por cada plaza, P. y C. P.	3	18
	De armas por cada plaza de las armadas segun la fuerza del reglamento..	»	32
	De gran masa por cada plaza P. y C. P. en revista.	16	17

El vestuario tuvo tambien sus alteraciones. Las adjuntas láminas espresan fielmente los detalles del uniforme que se prescribió.

En la 1.ª el número 1 es un coronel.

(1802)



Gratificaciones.	De recluta por cada plaza, P. y C. P. en revista..	56	16
	De armas por cada plaza de las armadas, segun la fuerza de reglamento.	3	
	De gran masa por cada plaza P. y C. P. en revista..		

INFANTERIA LI

Comandante. . . . .
Sargento mayor.. . . . . . .
El capitan 1.º mas antiguo de tallon.. . . . .
Los demas capitanes prim uno. . . . .
Los primeros ayudantes. .
Los segundos capitanes.
Segundos ayudantes ...
Tenientes. . . . .
Subtenientes y abandera
Capellanes. . . . . .
Cirujanos. . . . . . .
Armeros.. . . . . . .

Sargentos primeros
Id. segundos. . .
Tambor mayor..
Tambores. . .
Cabos primero
Id. segundos
Soldados.

Gratificaciones.
De reclu
De arm das
De g P

El vestuario nas espresan fie

En la 1.ª e

(1802)



1 2 3

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris V. Adam lith.



1 2 3

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris V Adam lith

El número 9 no [illegible]

[illegible]

(1802)



V Adam lith

El número 2 un granadero.

El número 3 un fusilero.

Y en la segunda el número 1 representa un cazador.

El núm. 2 un tambor.

El núm. 3 un sargento.

Pero no fué esta la última disposicion del reinado de Cárlos IV acerca del uniforme.

Tres años despues volvió el gobierno á ocuparse del vestuario del soldado, y en 15 de abril de 1805 dispuso que tan pronto como cumpliese su término el uniforme que á la sazon usaban los regimientos y batallones de infantería de línea y ligera, vistiesen el que á cada una de ellas se señalaba en el siguiente estado.

REGIMIENTOS DE LINEA.

Rey......	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo morado: boton de oro.
Reina.....	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo morado.
Príncipe...	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco; vuelta, solapa y vivo morado; boton de oro.
Saboya....	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo negro; boton de oro.
Corona....	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo negro.
Africa.....	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco, vuelta, solapa y vivo negro; boton de oro.
Zamora....	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo negro.
Soria.....	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo morado.
Córdova...	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo encarnado; boton de oro.
Guadalajara..	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo encarnado.
Sevilla....	Casaca, chaleco, calzon, solapa y boton blanco; vuelta, cuello y vivo negro.
Granada...	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo azul celeste; boton de oro.
Valencia...	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa,

cuello y vivo azul celeste.

Zaragoza. . .	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo verde; boton de oro.
España. . . .	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo verde.
Toledo. . . .	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco; vuelta, solapa, y vivo azul celeste; boton de oro.
Mallorca.. . .	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco; vuelta, solapa y vivo encarnado; boton de oro.
Burgos. . . .	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco; vuelta, solapa y vivo verde; boton de oro.
Murcia. . . .	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo azul celeste.
Leon.	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo encarnado.
Irlanda. . . .	Casaca azul celeste; chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo anteado; boton de oro.
Cantabria. . .	Casaca, chaleco, calzon, solapa y boton blanco; vuelta, cuello y vivo azul celeste.
Asturias. . . .	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo verde.
Fijo de Ceuta.	Casaca, chaleco, calzon, solapa y boton blanco; vuelta, cuello y vivo verde.
Navarra. . . .	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo azul turquí; boton de oro.
Hibernia. . .	Casaca y cuello azul celeste; chaleco, calzon y boton blanco, vuelta, solapa y vivo anteado.
Ultonia. . . .	Casaca y solapa azul celeste; chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, cuello y vivo anteado.
Aragon. . . .	Casaca, chaleco, calzon, solapa y boton blanco; vuelta, cuello y vivo encarnado.
América.. . .	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo azul turquí.
Princesa.. . .	Casaca, chaleco, calzon, solapa y boton blanco; vuelta, cuello y vivo morado.
Estremadura .	Casaca, chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo carmesí; boton de oro.
Málaga. . . .	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco; vuelta, solapa y vivo azul turquí; boton de oro.
Jaen.	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo azul turquí.
Ordenes mili-	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, cuello y

tares. . . .	vivo azul turquí.
Voluntarios de Castilla.. .	Casaca, chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo carmesí.
Voluntarios de Estado. . .	Casaca, chaleco, calzon y cuello blanco; vuelta, solapa y vivo carmesí; boton de oro.
Voluntarios de la Corona. .	Casaca, chaleco, calzon, cuello y boton blanco; vuelta, solapa y vivo carmesí.
Borbon. . . .	Casaca, chaleco, calzon, solapa y boton blanco; vuelta, cuello y vivo carmesí.
Nápoles. . . .	Casaca azul celeste; chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y vivo anteado.

BATALLONES DE TROPA LIGERA.

1.º de Aragon.	Casaca azul; chaleco, calzon, vivo y boton blanco; vuelta, solapa, cuello y forro encarnado.
1.º de Cataluña. . . .	Casaca azul; chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, cuello, vivo y forro amarillo; boton de oro.
2.º de Cataluña.. . . .	Casaca y cuello azul; chaleco y calzon blanco; vuelta, solapa, vivo y forro amarillo; boton de oro.
Tarragona.. .	Casaca y solapa azul; chaleco y calzon blanco; vuelta, cuello, vivo y forro amarillo; boton de oro.
Gerona. . . .	Casaca azul; chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, cuello, vivo y forro amarillo.
2.º de Barcelona. . . .	Casaca y cuello azul; chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, solapa, vivo y forro amarillo.
2.º de Aragon.	Casaca y cuello azul; chaleco, calzon, vivo y boton blanco; vuelta, solapa y forro encarnado.
1.º de Barcelona. . . .	Casaca y solapa azul; chaleco, calzon y boton blanco; vuelta, cuello, vivo y forro amarillo.
Barbastro. . .	Casaca y solapa azul; chaleco, calzon, vivo y boton blanco; vuelta, cuello y forro encarnado.
Voluntarios de Valencia. .	Casaca azul; chaleco, calzon, vivo y boton blanco; vuelta, cuello, solapa y forro carmesí.
Campo Mayor.	Casaca y cuello azul; chaleco, calzon, vivo y boton blanco; vuelta, solapa y forro carmesí.
Voluntarios de Navarra.. .	Casaca y solapa azul; chaleco, calzon, vivo y boton blanco; vuelta, cuello y forro carmesí.

Los regimientos españoles debian tener el forro blanco, los estranjeros anteado, y unos y otros, así como los batallones ligeros,

habian de llevar la cartera de la casaca recta, y la vuelta abierta con portezuela y cuatro botones pequeños.

Véanse las adjuntas láminas; en ambas se ve el uniforme detallado en la Real órden que acabamos de mencionar, siendo de distintos cuerpos los tipos que en ellas figuran.

Al contemplar el cuadro de las disposiciones dictadas respecto de la infantería, en el reinado de Cárlos IV, no faltará quien halle en él pinceladas que desdicen de su conjunto, frialdad grande en su colorido, y marcadas imperfecciones en su espíritu y en su ejecucion. Efectivamente, todo eso y aun mucho mas puede decirse de las medidas orgánicas del tiempo á que nos referimos. Pero hay que tener tambien en cuenta que el reinado de Cárlos IV es una de las épocas mas difíciles, mas complicadas de nuestra historia, debiéndose en gran parte á esta circunstancia el que nuestras armas careciesen del vigor y lustre que las inmortalizaron en otros tiempos.

Al principio del presente siglo nuestra infantería se componia de cuarenta y tres regimientos de línea y once cuerpos de tropas ligeras. Estos, y treinta y dos de los primeros, eran nacionales; tres irlandeses; el de Borbon y Nápoles, mistos, y los tres restantes suizos. Su fuerza ascendia á setenta y un mil setenta y nueve hombres.

La tropa de los cuerpos nacionales y parte de los estranjeros, no suizos, provenia de quintos, reclutas voluntarios, y aplicados al servicio por diferentes tribunales y justicias del reino. Los primeros ascendian á 21,660, los segundos á 34,540, y los últimos á 4771. Estos tres medios de reclutamiento adolecian de vicios tan capitales, que por lo regular no suministraban al ejército mas que elementos de escasísimo valor.

La gente que con nombre de quintos acudia á nutrir las filas del ejército, venia mezclada de gran número de individuos viciosos por varias razones é incidentes entonces irremediables. Pueblo habia en que no se llevaba á cabo el alistamiento, cubriendo el cupo que le correspondia con hombres llenos de vicios, y en aquellos en que se realizaba, el resultado era casi idéntico, porque á la sombra del derecho de sustitucion, se cometian las mayores ilegalidades, admitiéndose por sustitutos hasta estranjeros y desertores, consentidos ó buscados de la matrícula de marina. No faltaron tampoco casados,



(1805)



V. Adam lith

buscados de la matrícula de marina. No faltaron tampoco casados,

(1805)



3 1 2

Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris. V. Adam lith.

hombres de escasa talla y defectuosos que los facultativos daban por sanos, al propio tiempo que declaraban inhábiles á muchos con males ficticios.

No era mas aventajada la clase de voluntarios. Los que se resolvian por sí mismos á tomar las armas, no eran por lo regular personas de muy buenas circunstancias. El vicio era el principal móvil á que cedian, al tomar esta determinacion.

En cuanto á los que procedian de levas, escusado es que nos ocupemos de ellos. Sabe todo el mundo á qué se reducia el papel de estos hombres. Los mas desaparecian á poco tiempo de ingresar en las filas, haciéndose viles enemigos de su patria, ó volviendo al corazon del estado con las mismas enfermedades de su perversidad; y los que en ellas permanecian, no hacian mas que inficionar á los honrados con su mal ejemplo y ejercitar de mil modos la justicia y paciencia de los jefes y de las leyes militares.

Constituida con tales elementos, no podia estar seguramente nuestra infantería á la altura de aquellos célebres tercios que tantas veces escitaron la admiracion del mundo entero.

A esto hay que agregar tambien la calidad é instruccion de los oficiales del tiempo á que nos referimos. La masa general de estos oficiales en los cuerpos nacionales y estranjeros, procedia de la clase de cadetes ó de la de sargentos.

Los de la primera, que constituian las dos terceras partes de la oficialidad, solian tener una educacion mas esmerada, mayores conocimientos en el arte de la guerra; pero en cambio adolecian de vicios comunes entonces en la esfera social en que habian nacido; no siempre se manifestaban dóciles á las exigencias de la disciplina. Los segundos, que componian el otro tercio, solian ser mas puntuales en el cumplimiento de la parte económica de sus obligaciones, pero salian por lo regular de la clase de sargentos en edad demasiado avanzada para que pudiesen adquirir la instruccion militar, que exigia su nueva posicion; y bien sea por esta razon, ó por una costumbre que llega á formar una segunda naturaleza, varios de ellos vivian aislados del resto de la oficialidad, careciendo por lo mismo este cuerpo, de la union que siempre debe reinar entre los indivi-

duos que le componen. Esto no quita que hubiese en esta clase muy honrosas escepciones, pues figuraron en ella muy dignamente algunos jóvenes de mucha disposicion y procedentes de buenas familias que por falta de recursos para entrar á servir como cadetes, abríanse paso por este decoroso camino á los mas encumbrados puestos de la milicia, con gran provecho del servicio.

En cuanto á la instruccion de los oficiales de una y otra procedencia, si bien existian algunos dotados de conocimientos sólidos y variados, palpábase un vacío grande; vacío, que dejaba declinar sensiblemente el lustre de la siempre distinguida oficialidad española. Pero estamos muy distantes de culpar en esta parte á los individuos de esta numerosa clase, ni á los jefes que los mandaban. Carecian por lo regular de medios para elevar sus conocimientos á la altura de su posicion.

Las academias de Avila, Puerto de Santa María y Ocaña que compuestas de individuos escogidos en los cuerpos, hubieran podido remediar el mal de que nos ocupamos, apenas tuvieron tiempo de organizarse, y de demostrar los felices resultados que de ellos podian esperarse, mejorando el pié de su instituto, porque á muy pocos años fueron estinguidos.

Las de Barcelona, Cádiz y Zamora tampoco llegaron á llenar el objeto propuesto al crearlas, porque cesaron en sus funciones al estallar la guerra contra Francia, y que al restablecerse la paz, solo se volvió á abrir la de Zamora, cuya existencia no fué de larga duracion.

No quedaba, pues, á los oficiales de los cuerpos otro medio de instruccion, que las lecciones que podian recibir de sus jefes en sus respectivos cuerpos; y estas lecciones, ademas de ser interrumpidas frecuentemente, á causa del movimiento casi contínuo de los regimientos, nunca podian cumplir el fin de la unidad ó igualdad de principios, que es tan importante. De consiguiente, nuestra oficialidad en el tiempo de que que se trata, tuvo que permanecer encerrada en el estrecho y estéril círculo de una rutina mal aprendida.

Estos defectos de la instruccion militar debian naturalmente ejercer su influencia en la esfera de la disciplina, pero no fueron las



únicas causas que contribuyeron á su relajacion. Los vicios que traia mucha parte de la tropa en su orígen; los que adquirieron algunos de los que estuvieron prisioneros en Francia, y el natural influjo ó contagio de las costumbres públicas, tan dolorosamente alteradas á fines del siglo XVIII, eran otros tantos elementos de desmoralizacion que debian debilitar considerablemente los principios de obediencia y de subordinacion. Asi es que desde el año 1794 al de 1801, pasaban de cincuenta los oficiales depuestos de sus empleos y destinados al regimiento fijo de Ceuta y compañías de los presidios menores, por causas de indisciplina, y en la clase de tropa ascendió hasta diez y seis mil quinientos cuarenta, el número de desertores desde 1797 hasta el referido año de 1801.

Estos hechos, de cuya autenticidad no se puede dudar un momento, porque los hemos visto confirmados por documentos oficiales, esplican suficientemente los quebrantos que pudieron sufrir nuestras armas, al finalizar el siglo XVIII.

En el vestuario, como lo hemos dicho mas arriba, se hicieron frecuentes variaciones. Mas aunque todas ellas tenian su fundamento, no siempre alcanzaron la perfeccion á que se aspiraba. El paño blanco obtuvo mucho tiempo la preferencia para el traje del soldado, y no dejaba de haber razon para ello. El azul es ciertamente mas sufrido, pero tambien era entonces mucho mas caro. Algunos se inclinaban al pardo, encontrando en él condiciones que no tienen las demas clases; mas la mayor parte de los militares entendidos se opuso á su adopcion, *asi porque en su vejéz hubiera hecho parecer al soldado un hombre de hospicio, ó vestido de limosna, como porque encubre los defectos de la pereza y del desaseo*. Añadian que no era conveniente quitar al soldado muchas de sus atenciones, aunque á primera vista pareciesen impertinencias; porque debia temerse que á fuerza de querer simplificar sus quehaceres y disminuir sus atenciones, se lograse hacerle ocioso. A esta idea y á la de que el soldado tuviese cierta estimacion de su persona, se debia el que usase un uniforme que hoy pareceria demasiado delicado, y la conservacion de los bucles con el uso de los polvos. Bien es verdad tambien que el botin negro que cubria las piernas del soldado, atenuaba mucho los



inconvenientes del paño blanco. El botin es una de esas prendas que bien estudiadas cuentan en su favor consideraciones muy justas y poderosas.

El armamento en el reinado de Cárlos IV, era con muy corta diferencia el mismo que se ha usado hasta estos últimos años. Decimos con muy corta diferencia porque el fusil antiguo solo diferia del moderno por la llave y la baqueta. Generalmente llevaba entonces dicha arma la llave á *la española*, que posteriormente fué sustituida por la francesa. En ambas era igual el mecanismo, solo en los accidentes se diferenciaban una de otra. La llave española era en general mas segura y cierta en el fuego, y teniendo el muelle descubierto para limpiarla y untarla, no habia necesidad de desarmarla, operacion molesta al soldado, y aun costosa, pues que muchas veces rompe ó pierde alguna pieza que le es preciso reemplazar. Pero esta última circunstancia, en medio de la ventaja que proporcionaba, ofrecia tambien algun inconveniente, que podia disminuir su importancia. El estar á descubierto el muelle real facilitaba el que se mojase cuando llovia, y que se rompiese á cualquier tropiezo ó resbalon que sufriese el soldado, ó que se inutilizase con alguna piedrecilla ó cualquier otro objeto que la casualidad introdujese en él.

Militaban, pues, en favor de ambas, razones que no dejaban de tener su valor; pero despues de muchas disputas y ensayos, vencieron los partidarios de la llave francesa.

Por la ordenanza general de 1768, se mandó que los oficiales fuesen armados de fusil, y estuvo en vigor esta disposicion hasta la guerra contra la república francesa, época en que cesó de regir, por soberana disposicion de 23 de junio de 1796.

Mucho se declamó contra esta arma en manos del oficial, sosteniendo sus detractores que no solo era inútil sino perjudicial algunas veces, porque siendo de un tamaño diverso del de la tropa, con una bayoneta ridículamente pequeña, no era propio para el ataque ni para la defensa personal, único caso en que debia usarse. Nosotros, sin dejar de conocer que el oficial no está quizás bastante armado en el dia, consideramos acertada la supresion del fusil como armamento de la oficialidad, si bien por razones distintas de las que

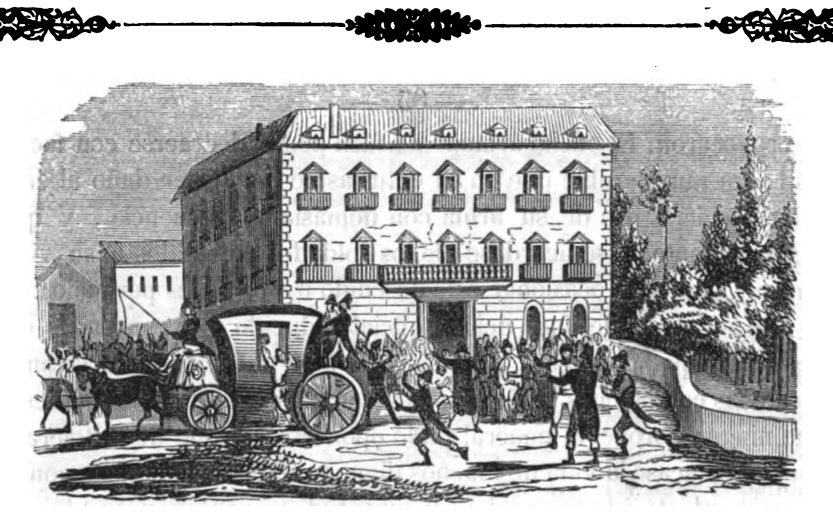


la provocaron. El oficial armado de fusil podia distraerse con facilidad; era muy posible que en su entusiasmo por hacer daño al enemigo, hiciera uso de su arma con demasiada frecuencia, y que mientras tanto no se acordase de los soldados cometidos á su vigilancia, pudiendo ocasionar este descuido irreparables perjuicios.

La supresion del fusil dejó al oficial reducido á la espada de ordenanza; espada que para la defensa de un hombre no tenia seguramente las condiciones necesarias; de aquí nació el uso de los sables á que ningun coronel ni general pudo oponerse, porque de su tolerancia pendia acaso la vida de muchos dignos militares. Esta justa consideracion alentó á la inconsiderada juventud, y produjo un sin número de sables tan ridículos por su forma como por su lujo. El gobierno conoció mas tarde la necesidad de adoptar una espada ó sable de uniforme, con buena empuñadura, que cubriese bien la mano, y de un largo proporcionado; y al efecto, hubo consultas, ensayos y largas discusiones, ya en un sentido, ya en otro; pero quizás aguarde aun este problema una solucion mas acertada que las que hasta ahora ha recibido. Nada, en nuestro juicio, perderia la disciplina, si el armamento de la oficialidad llegase á ser tal, que el soldado individualmente no pudiera contemplarse armado con superioridad al que le manda, por el desaire ó peligro que en cualquier accidente, aunque se suponga remoto, pudiera padecer la importante y delicada ley de la obediencia.







CAPITULO XI.

1807--1808.

NAPOLEON.—SUS MIRAS SOBRE LA PENÍNSULA.—INVASION DEL PORTUGAL Y DE ESPAÑA.—ALZAMIENTO GENERAL CONTRA EL USURPADOR.—MARCHA LA FAMILIA REAL A FRANCIA.—LA ESPAÑA ENTERA SE APRESTA A VENCER Ó MORIR.—HIMNO GUERRERO.—CATECISMO POLÍTICO Y NACIONAL.—DOS DE MAYO.—INVASION DE ANDALUCIA.—DESASTRE DE ALCOLEA.—MOVIMIENTOS DE AMBOS EJÉRCITOS BELIGERANTES.—BATALLA DE BAILEN.—CONSECUENCIAS DE ESTA BATALLA.—EL FRANCÉS ABANDONA MADRID Y SE REPLEGA SOBRE BÚRGOS.



NAPOLEON dictaba leyes al continente europeo desde lo alto de su sólio, mientras el gobierno español caminaba sensible y rápidamente hácia el borde de su ruina (1807). Es mucho mas dificil detenerse en la pendiente de la debilidad que en la de la ambicion. Ligándose á la Francia por el tratado de San Ildefonso, nuestra córte comprometió su dignidad, arruinó su floreciente escuadra, y se puso en disposicion de condescender con las mas duras condiciones que queria imponerla un poderoso aliado.

Un venturoso guerrero, á quien se habia reputado como ser estraordinario, viéndole elevarse en álas del génio y de la fortuna, aspiró á la omnipotencia política, y entonces descubrió flaquezas que rebajaron el brillo de sus grandes cualidades.

El héroe desciende del Olimpo para nutrirse con pasiones que no debieron tener cabida en su alma. Tendiendo la vista por las dos penínsulas itálica é ibérica, quiso embeber en sus dominios los restos que en aquella conservaba una independencia nominal, y supeditar en esta, no el espíritu de unos gobiernos que le pertenecian, aunque con bien poca espontaneidad, sino el sentimiento de unos pueblos que habian repelido heróicamente á las mas fuertes dominaciones de la tierra. Fijo en este pensamiento arrancó á la España la flor de sus tropas para enviarlas á consumirse entre los hielos del norte; agotó nuestros tesoros con exacciones ominosas; paralizó nuestra industria con el bloqueo continental, redujo á la última estenuacion posible el cuerpo entero del pais, y borró con una plumada, del mapa de las naciones, á los reinos de Etruria y Portugal. El gobierno español debia acceder al tratado de Fontainebleau; nuestro gobierno le firmó acaso sin advertir que firmaba su sentencia de muerte, acaso conociéndolo, pero convencido de la impotencia en que se hallaba de resistir á Bonaparte. Las circunstancias se conjuran siempre contra el que es menos enérgico, y el tratado de Fontainebleau podia considerarse como una consecuencia lógica del de San Ildefonso.

Al través de deslumbradoras y pomposas ofertas se descubrian en el fondo de aquel inícuo pacto (1), el deseo vehemente que tenia Napoleon de invadir nuestra península y de afianzarse sólidamente

(1) Sus principales cláusulas eran las siguientes: «1.ª Que el rey de Etruria renunciaria á sus estados de Italia, y seria indemnizado con la provincia portuguesa de Entre-Duero y Miño, y con la ciudad de Oporto, bajo el título de Lusitania setentrional: 2.ª Que D. Manuel Godoy seria declarado príncipe soberano de los Algarbes y Alentejo, cuyo dominio se vincularia á sus sucesores: 3.ª Que las provincias centrales quedarian en depósito hasta la paz general, en cuya época, ó tal vez antes, tomaria el rey de España el dictado de emperador de las Américas y de protector de los nuevos reinos de Lusitania y Algarbes: 4.ª Que un cuerpo de tropas francesas, sostenido por tres divisiones españolas, haria la invasion proyectada en los dominios portugueses. (*Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte.*)



en ella. Setenta mil soldados franceses se agolparon súbitamente sobre la gran cadena del Pirineo, prontos á traspasarla y á penetrar en el corazon de la desgraciada España. De estos, veinte y cinco mil infantes y tres mil ginetes con el general Junot á su cabeza, se adelantaron velozmente hasta las lindes de Portugal, donde combinaron el plan de invasion con los generales españoles Carrafa, Taranco y marqués del Socorro. Los otros cuarenta mil combatientes debian lanzarse al interior de la Península, caso de que los ingleses emprendieran eficazmente la defensa del antiguo territorio lusitano.

La conquista de Portugal acometida (1808), contra los mas universales principios del derecho de gentes, se hizo sin que un solo rayo de gloria pudiese cubrir con su brillo atentado tan inaudito. El rey, comprendiendo la imposibilidad de oponer un dique á aquel torrente de fuerzas, le dejó seguir su impetuoso curso, embarcándose con toda su familia y haciendo vela para el Brasil. Junot entró sin resisiencia en Lisboa, donde desplegó un lujo bárbaro de tropelías y vejaciones, y los generales de España fueron sometiendo las provincias de los Algarbes, Beira y Alentejo. La bella conducta de Taranco forma un contraste honroso con las arbitrariedades de Junot; la escelente disciplina de los soldados españoles mereció hasta las alabanzas de aquel pueblo oprimido, cuyo sentimiento aunque profundo no era bastante ciego para confundir un crímen con un error político.

Entretanto nuestra córte, trabajada por intrigas clandestinas, no habia podido aun calcular bien todas las consecuencias de su imprevision. El infiel aliado, abusando con un grado igual de perfidia, de la incauta bondad de un monarca anciano, de la inesperiencia de un príncipe jóven y de la presuntuosa arrogancia de un valido, habia concebido la siniestra idea de espulsar á la dinastía de los Borbones y de reemplazarla con un vástago de la familia Bonaparte. Para llevar á cabo este proyecto, las tropas francesas que se hallaban de observacion á la raya de los Pirineos, se arrojaron á nuestras provincias, mintiendo todavia el nombre de aliados y llevando delante de la espada la oliva de la concordia. Un pueblo magnánimo y generoso como el español no supo defenderse contra estas aleves demostraciones. Nuestras primeras plazas abrieron sus

puertas al invasor. Mientras Duchesme entraba en Barcelona, Darmagnac bajo la éjida de la alianza, se hacia dueño de Pamplona, y otros cuerpos franceses se enseñoreaban de Figueras y San Sebastian. Empleando ardides, todavía mas indignos, lograron apoderarse de las fortalezas y castillos anejos á estas plazas, de manera que en pocos dias y sin haber quemado un solo cartucho, tuvieron en su mano las principales llaves militares de España. Pero no era este el límite de nuestros infortunios. Los generales Moncey y Dupont, oficiales ambos de reputacion sobresaliente, avanzaban sobre la entraña de Castilla á la cabeza de cuerpos respetables, encontrando en los pueblos y en las ciudades por donde atravesaban, rostros amigos y aliados sinceros, dispuestos á colmar de beneficios á los mismos que pretendian arrebatarles de un golpe su independencia, su nacionalidad y su honor. Sin embargo, en mas de una poblacion, recibieron un saludable aviso que no en valde despreciaron. A la entrada de los pueblos se veian generalmente inscritos en los muros estas palabras.

Escucha, Napoleon,
Si como fiel aliado,
Tus tropas has enviado,
Hallarás en la nacion
Amistad y buena union;
Si otro objeto te guió,
Numancia no se rindió,
Numantinos hallarás,
En España reinarás,
Pero sobre españoles, no.

La mas negra página de la historia no presenta un ejemplo de inmoralidad tan irritante. La España, que conservaba entre sus tristes tradiciones, las pérfidas crueldades de los pretores Lúculo y Galba y la abominable conducta de la antigua Roma con los heróicos numantinos, no podia sin embargo familiarizarse con la idea de que Napoleon, el hombre del siglo, aventajase á uno y á otro en el dolo y artificio. Ciertamente, si la invasion de España puede esplicarse como un error político de trascendentales consecuencias, los medios que puso en juego Bonaparte, ni se conciben en su carácter



ni en sus intereses, ni en la situacion en que se habia colocado respecto de la Europa, ni en el concepto que él tenia de sí mismo y que se habia empeñado en mostrar á la faz del mundo entero. Si por medio de una de esas interpretaciones arbitrarias que obtiene siempre la fuerza contra la debilidad, Bonaparte hubiera roto el tratado de alianza con Cárlos IV, y penetrado hácia el centro de la península con la espada desnuda, y voz y fuero de conquistador, su conducta no hubiera parecido mas que uno de esos rasgos de las ambiciones ilimitadas que sancionan con la victoria los derechos mas equívocos y aun las pretensiones mas injustas. En todo caso Napoleon se habria sostenido en la altura de un conquistador afortunado; la Francia le hubiera perdonado el atentado en gracia de la gloria que adquiriese por ella y para ella; la Europa hubiera seguido temblando ante su invencible espada, y en la caballeresca España hubiese hallado encomiadores de su genio profundo y de su audácia inaudita. Pero vender so color de amistad, al monarca y á la nacion que tantos sacrificios habian hecho en su obsequio, apoderarse de nuestras principales plazas, empleando el dolo y la astucia, conculcar las consideraciones mas respetables con artificios propios de un político italiano en el siglo XVII, equivalia á degradarse completamente ante los ojos de sus amigos y enemigos, á perder el glorioso dictado de moderno César que sus admiradores le concedieran, y á abdicar su supremacía moral para apoyarse únicamente en sus recursos materiales. Cególe la Providencia en este punto, pues no puede esplicarse ni por las sutilezas diplomáticas, ni por las consideraciones menos estrechas de la filosofía política, una trasformacion tan estraña y tan funesta al mismo que la hizo.

Cuando nuestro gobierno descubrió el peligro que tan de cerca le amenazaba, ya estaba cuajado de tropas francesas el corazon de la península. Entonces sucedieron la zozobra, la inquietud, las determinaciones arrebatadas á la primera é intempestiva confianza. El rey pensó en trasladarse á Sevilla ó á Méjico, pero una oleada popular arrebató al valido de su encumbrado puesto, y dos dias despues, el 19 de marzo de 1808, abdicó Cárlos la corona en su hijo primogénito Fernando.

Pocos príncipes han subido al trono tan favorecidos por la opi-

nion pública como Fernando VII. Las gracias de su juventud, la afabilidad de sus modales, y sobre todo el recuerdo de las vejaciones que habia esperimentado bajo la odiada dominacion del valido, producian otros tantos rayos de amor, puro, profundo, inmenso por parte de sus súbditos. Veíase en el principio de su reinado la aurora de un dia de reparacion despues de tantos infortunios, y en su persona la víctima predilecta de aquel mismo hombre á quien como á todo ídolo caido se imputaban muchas desgracias reales y muchas mas imaginarias. No era este entusiasmo frágil y efímero como el que produce en las masas populares novedad política cualquiera; era un júbilo interno y consistente como toda esperanza única; era universal como lo habian sido las calamidades pasadas. No existia en efecto clase alguna de la sociedad que no se creyese vulnerada por el anterior gobierno, y que no aspirase á una revindicacion pronta y completa; la nobleza pedia el brillo de su dignidad ofuscada por el esplendor de un favorito levantado improvisadamente desde el polvo; el pueblo deseaba alivio en los gravámenes que le habia impuesto una administracion tirante á fuer de desconcertada; el ejército queria reparar su honor ajado con inmerecidas derrotas; la marina, cuatro años antes tan brillante, era ya una palabra histórica; y nuestro comercio, falto de esta proteccion, y oprimido por los decretos imperiales, languidecia deplorablemente. Todos consideraban á Fernando VII como al restaurador de la prosperidad nacional y le ofrecian una adhesion ardiente, sincera é ilimitada.

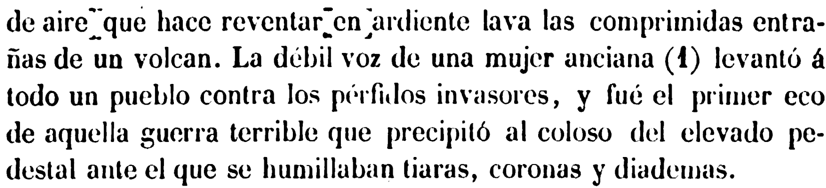
Por desgracia este príncipe se halló colocado en las circunstancias mas difíciles. El sólio régio estaba rodeado por bayonetas estranjeras y débil escudo parecia contra la ambicion del árbitro de Europa, un pueblo inerme y abatido bajo el golpe de duros desastres. Millares de tropas francesas continuaban cruzando el Bidasoa y el príncipe Murat, el Ayax de esta época, gran duque de Berg y cuñado del emperador, habia entrado en Madrid dos dias antes que Fernando, á la cabeza de la guardia imperial. Bonaparte desplegó entonces el resto de su tenebroso plan; negóse á reconocer á Fernando como rey de España; fingió proteger al mal parado príncipe de la Paz; despertó la ambicion ó fomentó la ojeriza de los reyes padres

contra su hijo, y amontonando promesas tan solemnes como falaces, logró abusar de la sencillez de Fernando y de la injustificable credulidad de sus consejeros. El desenlace de este drama, urdido con menos habilidad que fortuna, fué que el nuevo monarca salió del seno de su capital y del centro de una nacion que le idolatraba, para hallar en Bayona las cadenas que le tenia preparadas su augusto huésped el emperador de Francia. El infante D. Cárlos le habia precedido en esta espedicion dolorosa, y pocos dias despues le siguieron los reyes padres y el caido favorito D. Manuel Godoy.

Habia encomendado Fernando VII el gobierno de España durante su ausencia á una junta compuesta de los ministros O-Farrill, Peñuela, Azanza y Gil y Lemus, y presidida por el infante D. Antonio, príncipe de carácter dulce, inclinado á las artes, pero á quien faltaban los talentos y la energía necesarios para regir la zozobrante nave del estado en medio de aquella deshecha borrasca. Asaltada desde luego por las reclamaciones del rey padre, combatida siempre por Murat, la junta empezó por ser contemporizadora y acabó por anularse en fuerza de sus mismas debilidades. El duque de Berg, como soldado imperioso, arrojó su espada en la balanza opuesta á la razon y á todos los intereses nacionales, y desde entonces el gobierno de España hubo de regirse por un espíritu enteramente francés.

La ausencia del idolatrado Fernando, la protesta de Cárlos IV desvirtuando su abdicacion, las inmoderadas exigencias de Murat, la libertad de Godoy y el altivo ademan de las tropas imperiales, produjeron en los españoles una irritacion profunda y reconcentrada que debia estallar de la manera mas imponente. El pueblo, con ese instinto poderoso y superior á los mas penetrantes esfuerzos de la filosofía, llegó á comprender que bajo la capa de una alianza fementida, se ocultaban las cadenas de su servidumbre, y su furor ya no tuvo límites. Pero se necesitaba el poder de la ocasion para que este sentimiento tan fuerte, tan compacto, tan homogéneo, tomase las atrevidas formas de una lucha armada, y Murat, de acuerdo con Bonaparte, se encargó de proporcionársela. La salida para Francia de los infantes D. Antonio y D. Francisco, últimos vástagos que quedaban en España de la dinastía borbónica, fué como la ráfaga





de aire que hace reventar en ardiente lava las comprimidas entrañas de un volcan. La débil voz de una mujer anciana (1) levantó á todo un pueblo contra los pérfidos invasores, y fué el primer eco de aquella guerra terrible que precipitó al coloso del elevado pedestal ante el que se humillaban tiaras, coronas y diademas.

No pertenece á la índole de una obra puramente militar el describir ese glorioso Dos de Mayo, radiante de heroismo, pero en el que no se encuentran ninguna de esas operaciones regulares y capaces de figurar en los anales de la ciencia. Hasta aquí hemos ido presentando someramente los acontecimientos políticos para no perder la articulacion de los tiempos, y continuaremos este sistema indicando las causas que influyeron directamente en la guerra; solo haremos alto cuando sobrevengan las grandes combinaciones militares. Por otra parte, suceso tan grandioso pierde algo revistiéndose con las pálidas formas de la historia, y solo la tradicion puede conservarle adornado con la poesía, grande, pero melancólica del sentimiento. Numancia, Sagunto, Covadonga y el Dos de Mayo, vivirán en la memoria de los españoles, tanto como la sostenga su ser de nacion, y los nombres queridos de Viriato, Pelayo, Daoiz y Velarde, no pueden ser borrados por la accion lenta y corrosiva de las edades.

El pueblo de Madrid, que se habia batido con un valor inaudito durante el Dos de Mayo, fué pérfidamente arcabuceado en la noche de este dia y en la mañana del siguiente. Lisonjeábase el duque de Berg con haber restablecido la tranquilidad, y en efecto, reinaban en la córte española el silencio y la calma de un sepulcro.

El impulso estaba dado y la sangre de las víctimas reclamaban vengadores. Circuló la noticia de aquel terrible suceso por todo el ámbito de la nacion con la celeridad de un relámpago. Las provincias contestaron con enérgico acento á la angustiada voz de la capi-

(1) Cuando la plaza de palacio estaba cuajada de un inmenso gentío, paralizado menos por el terror que por el asombro, una mujer, viendo que iba á partir el infante D. Francisco, esclamó con penetrante acento: «*¡Que nos le llevan!*» No fué menester mas para que los grupos se avalanzaran al coche, cortáran los tirantes, y dieran principio á aquella lucha memorable.



tal. Corrieron á las armas al compás de cantos guerreros (1), alzando la primera la ciudad de Gijon en Astúrias, que no quiso ceder á otra alguna el noble privilegio de servir de cuna á nuestras restauraciones políticas, y electrizando con su ejemplo á las demas poblaciones de la provincia. Apresuráronse á imitarle las de Galicia, Santander, Valladolid, Leon, Segovia, Logroño, si bien en estas dos últimas la presencia y número de las tropas francesas sofocaron en su desarrollo el entusiasmo patriótico. Palencia osó tambien desafiar la cólera de los invasores, y cundiendo el fuego sagrado de la insurreccion desde el occidente, norte y centro de la península al mediodia de la misma, levantaron con vigorosa mano el estandarte de la independencia, los habitantes de Sevilla, Córdoba, Granada y Cádiz con la circunstancia plausible en este último punto, de haber hecho prisionera á la escuadra francesa, compuesta de cinco navíos de línea y una fragata. Los leales estremeños no podian permanecer indiferentes al grito del honor nacional. Badajoz, Plasencia y Ciudad-Rodrigo, levantan sobre sus murallas al postrado leon de Castilla, y no hay un solo pecho que no palpite bajo el sentimiento de sacrificarse generosamente en aras de la oprimida patria. La ciudad de Cartajena secunda el movimiento, y las belicosas provincias de Aragon y Valencia no quieren ceder á las demas la insigne honra de combatir

(1) Damos á continuacion uno de estos cantos, que aunque no tenga mucho valor considerado poéticamente, tiene al menos el mérito de haberse improvisado en medio de la ardiente ira popular.

CORO.

A las armas corred patriotas,
á lidiar y morir ó vencer;
guerra eterna al infame tirano,
odio eterno al imperio francés.

I.

Fuego y sangre españoles valientes
son los polos de la libertad,
guerra, guerra al tirano y su gente,
guerra, guerra, briosos clamad.
A las armas etc.

II.

Mira el cuerpo cubierto de sangre
de tu hermano, que sin palpitar
la venganza te pide: ¿qué esperas?
Igual suerte te debe aguardar.
A las armas etc.

III.

Por allí tu mujer llora y gime
resistiéndose el lecho á manchar;
y la jóven violada y llorosa,
á tus brazos se viene á arrojar.
A las armas etc.

IV.

Despertad, españoles valientes,
que escuchais de la patria el clamor;
quien no acude á salvarla brioso,
será indigno del nombre español.
A las armas etc.



á sus aleves enemigos. Hombres y mujeres adornaban en todas partes sus cabezas con cintas rojas en que se leian estas solemnes palabras: *Por la religion, por la patria y Fernando VII, vencer ó morir.* Faltaban entre tantos y tan ardientes campeones los audaces catalanes y los intrépidos navarros, pero unos y otros comprimidos por las poderosas fuerzas imperiales, hubieron de limitarse por entonces á esfuerzos parciales, esperando una coyuntura propicia para mostrar que si la fortuna habia sido mas injusta con ellas, su entusiasmo no era menos férvido que el de los restantes españoles (1).

(1) Para fomentar el entusiasmo se publicó el siguiente catecismo, que dá una idea de los sentimientos que hervian entonces en el corazon de los españoles.

CAPITULO I.

—Decidme, hijo, ¿qué eres tú?
—Soy español, por la gracia de Dios.
—¿Qué quiere decir español?
—Hombre de bien.
—¿Cuántas obligaciones tiene un español, y cuáles son estas?
—Tres: ser cristiano católico, apostólico, romano, defender su Santa Religion, su patria, su Rey y morir antes que dejarse humillar.
—¿Quién es nuestro Rey?
—Fernando VII.
—¿Con qué ardor debe ser amado?
—Con el mas vivo y cual merecen sus virtudes y sus desgracias.
—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?
—El emperador de los franceses.
—¿Quién es este hombre?
—Un malvado, un ambicioso; principio de todos los males, fin de todos los bienes y el compuesto y depósito de todos los vicios.
—¿Cuántas naturalezas tiene?
—Dos, una diabólica y otra humana.
—¿Cuántos emperadores hay?
—Uno verdadero en tres personas engañosas.
—¿Cuáles son?
—Napoleon, Murat y Godoy.
—¿Es mas malvado uno que otro?
—No, padre, los tres son iguales.
—¿De qué orígen proviene Napoleon?
—Del pecado.
—¿Y Murat?
—De Napoleon.
—¿Y Godoy?
—De la intriga de los dos.

De este modo la España conmovida por la mágia del peligro y de su imprudencia, se levantó cual el Briareo de la fábula, agitando sus cien brazos en frente del hasta este momento invencible conquistador. Pocas revoluciones se habian verificado con simultaneidad tan

—¿Qué es lo que caracteriza al primero?
—El orgullo y el depotismo.
—¿Y al segundo?
—El robo y la crueldad.
—¿Y al tercero?
—La lascivia, la traicion y la ignorancia.

CAPITULO II.

—¿Qué son los franceses?
—Antiguos cristianos y herejes modernos.
—¿Quién los ha conducido á semejante esclavitud?
—La falsa filosofía y la corrupcion de costumbres.
—¿De qué sirven á Napoleon?
—Los unos de aumentar su orgullo, los otros son los instrumentos de su iniquidad para esterminar al género humano.
—¿Cuándo se acabará su atroz despotismo?
—Ya se halla cercano su fin.
—¿De dónde nos puede venir esta esperanza?
—De los esfuerzos que haga nuestra amada patria.
—¿Qué es patria?
—La reunion de muchos gobernados por un rey, segun nuestras leyes.
—¿Qué castigo merece un español que falta á sus justos deberes?
—La infamia, la muerte material reservada al traidor, y la muerte civil para sus descendientes.
—¿Cuál es la muerte material?
—La privacion de la vida.
—¿Y la muerte civil?
—La confiscacion de los bienes, y la privacion de los honores que la república concede á todos los leales y valientes ciudadanos.

CAPITULO III.

—¿Quién es este que ha venido á España?
—Murat, la segunda persona de esta trinidad.
—¿Cuáles son sus principales empleos?
—Engañar, robar y oprimir.
—¿Qué doctrina quiere enseñarnos?
—La depravacion de costumbres.
—¿Quién nos puede libertar de semejante enviado?
—La union y las armas.
—¿Es pecado asesinar á un francés?



rápida é imponente; ninguna aparece tan heróica en el largo trascurso de los siglos. Alentado por el ejemplo de España, el Portugal sacudió violentamente las cadenas que le oprimian, y parte de nuestras tropas que se hallaba en este pais, voló á la defensa de la patria; parte fué desarmada por los artificios de Junot.

No hay recuerdo en la historia de haberse conocido nacion al-

—No, padre, se hace una obra meritoria, librando la patria de estos violentos opresores.

CAPITULO IV.

—¿Qué quiere decir valor?
—Una fuerza de espíritu que busca con calma y prudencia el momento de la victoria.
—¿Es necesaria la subordinacion para conseguirla?
—Sí, porque ella es su alma.
—¿A quién debemos esta subordinacion?
—A todos los jefes.
—¿Quién es el jóven mas obediente y el mas querido de la patria?
—El que reune al valor, los principios de honor y el desinterés personal.
—¿Quiénes son los que desean los empleos y honores antes de merecerlos?
—Los ignorantes, orgullosos y gente inútil que no sabe obedecer.
—¿Qué debemos hacer en el combate?
—Aumentar la gloria de la nacion; defender nuestros hermanos y salvar la Patria.
—¿Quiénes deben tomar las armas?
—Todo el que pueda; los designados por el gobierno menos necesarios para los destinos públicos.
—¿Qué obligaciones tiene el resto?
—Contribuir á los buenos sucesos de la guerra por un generoso patriotismo, ayudando á la Patria con los bienes que de ella han recibido.
—¿Qué debe hacer el que nada tiene?
—Rogar á Dios por la prosperidad de las armas españolas, desempeñar el destino que se le confie, y de esta manera contribuir al bien público.
—¿De quién debemos esperar nuestra felicidad?
—De Dios, de la lealtad, de la pericia de nuestros jefes, de nuestra obediencia y de nuestro valor.

CAPITULO V.

—¿Cuál debe ser la política de los españoles?
—Las máximas de J. C.
—¿Cuáles son las de nuestros enemigos?
—Las de Maquiavelo.
—¿En qué consisten estas?
—En el egoismo.
—¿Cuáles son las demas?



guna en un estado convulsivo semejante: el furor acabó instantáneamente con una multitud de agentes imperiales de todas clases, y aun muchos franceses domiciliados.

Para apreciar la sublime grandeza de este movimiento es necesario hacer un breve paralelo entre los dos poderes que iban á sostener la comenzada lucha. Napoleon se hallaba entonces en el último auge de su gloria y su fortuna; el Austria, derrotada en Austerlitz, habia implorado casi de rodillas la paz de Presburgo que salvaba los restos de su mutilada existencia; la Rusia, perdido su ejército y su prestigio europeo en los campos de Eylau y Friedland, arrojó las armas, aceptando como un beneficio la ominosa paz de Tilsit; la Prusia, la nacion del Gran Federico, casi aniquilada en Jena, pudo aplacar al vencedor sacrificando mucha parte de su territorio y rehaciendo las arcas del tesoro imperial con donativos numerosos; solo la Inglaterra, defendida por un muro de agua, permanecia en pié y con la espada desnuda; pero ni figuraba ya como potencia continental, ni podia hacer sombra al hombre que parecia

—El amor propio, la ruina y la destruccion de nuestros semejantes.

CAPITULO VI.

—¿Por qué medios, estos tiranos, han engañado nuestros pueblos?

—Por la seduccion, la bajeza y la traicion.

—¿Estos medios son legítimos para apoderarse de una corona que no les pertenece?

—No, al contrario; son atroces, y debemos resistir con valor á este hombre que se ha hecho rey por medios tan injustos como abominables.

—¿Qué felicidades debemos esperar?

—Las que los tiranos no nos pueden dar.

—¿Cuáles son?

—La seguridad de nuestros derechos, el libre uso de nuestro santo culto, el restablecimiento monárquico con arreglo á las constituciones españolas y las relaciones con la Europa.

—¿Pero no las teníamos?

—Si, padre; mas degradadas por la adulacion de las autoridades que nos han gobernado.

—¿Quién debe restablecerlas y asegurarlas?

—La España reunida en Córtes, á quien sola compete este derecho, tan luego como tenga sacudido el yugo estranjero.

—¿Quién nos autoriza á esta grande empresa?

—Fernando VII que deseamos de todo nuestro corazon ver entrar entre nosotros por los siglos de los siglos.—Amen.

gigantesco, aun colocado sobre el sólio de Carlo-Magno. Mas de sesenta millones de hombres, comprendidos entre el revés setentrional del Pirineo y las bocas del Danubio seguián su voz y acataban sus mandatos; sus hermanos, sus deudos y aun sus generales predilectos ocupaban tronos en la poética y desgraciada Italia, en el brumoso territorio germánico, es decir, en el corazon de la Europa, y allí donde no alcanzaban sus órdenes ó la punta de su espada, se sentia la influencia de su prestigio ó el duro imperio de aquel carácter que deseaba convertir al mundo en un batallon de soldados. Las fuerzas militares que tenia á su disposicion Bonaparte, consistian en un millon y seiscientos mil hombres, todos perfectamente organizados, cuya fama de invencibles no habia desmentido el mas ligero revés de la fortuna. A la cabeza de este ejército se hallaban generales, brillantes de génio, de audácia, de gloriosa esperiencia y de conocimientos científicos, y por cima de todos estaba Napoleon, cuyas prendas guerreras no podian ponerse en igual comparacion con las de ningun caudillo moderno, y sí solo con los mas esclarecidos de remota antigüedad.

¡Qué contraste tan completo y sensible ofrecia á la sazon España! Este pais, que solo constaba de nueve millones de habitantes, ni tenia monarca, ni jefes, ni centro alguno de autoridad que imprimiera impulso y concierto á los desencajados resortes de la administracion pública; sus recursos habian quedado agotados por las dilapidaciones del anterior gobierno; su ejército, que figuraba nominalmente como de ciento treinta mil hombres, ascendia en realidad á cuarenta mil, y ninguna gran reputacion militar, ningun nombre imponente podia electrizar el yerto corazon del soldado. Añádase á esto que nuestras primeras plazas se hallaban en poder del enemigo, que éste imperaba despóticamente en la capital, y que mas de sesenta mil franceses armados se estendian sobre la superficie de nuestro suelo, y se comprenderá cuanto heroismo se necesitaba, para desplegar una resistencia á viva fuerza. Ningun pueblo de la tierra se ha mostrado tan magnánimo en circunstancias tan críticas. Roma, espulsando á los gaulas del capitolio, es mucho menos grande que la España levantándose contra Napoleon.

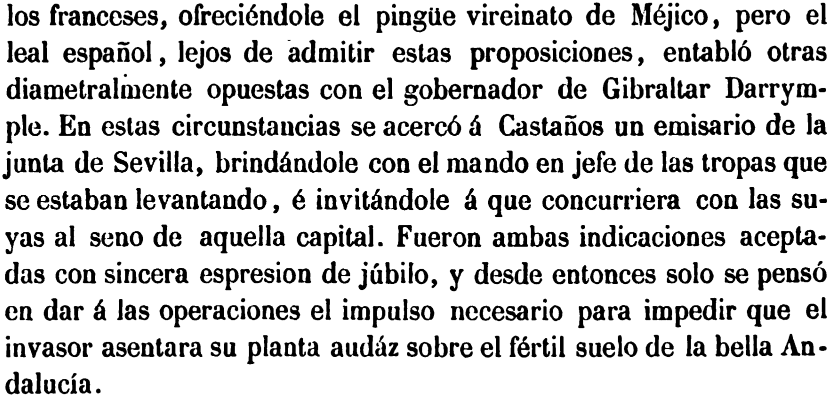
Habíanse creado varios ejércitos en España á la voz mágica de independencia nacional. Cada una de las provincias podia decirse que tenia el suyo, si bien en algunas se daba este nombre á divisiones poco numerosas, compuestas de hombres en quienes el celo mas ardiente no alcanzaba á suplir el dificil hábito de la disciplina. El ejército de Galicia tuvo por núcleo algunos cuerpos regularizados, á cuyas filas volaron en álas del entusiasmo mas ferviente millares de paisanos.

Hallábase á su cabeza el general D. Antonio Filangieri, hombre de alta pericia y muy idóneo para organizar aquella masa informe. Por desgracia la vehemencia de las pasiones políticas se sobrepuso un momento á todas las consideraciones del verdadero interés, y el ilustre Filangieri cayó traspasado por las bayonetas de sus mismos soldados. Reemplazóle D. Joaquin Blake, quien de coronel fué promovido á tan alta dignidad, si bien sus antecedentes autorizaban esta súbita elevacion.

Los robustos asturianos, los ágiles montañeses de la provincia de Santander y los briosos castellanos, formaron tambien diferentes cuerpos, si bien el ejército de Castilla ya por su número y por los elementos que le constituian, merece sobresalir entre los demas. Regíale D. Gregorio de la Cuesta, militar severo, poco capaz de grandes combinaciones, pero dotado de un valor que rayaba á veces en temerario, y de una actividad rara, sentimiento fácil aquel y prenda mas apreciable esta, que le atraian el afecto de la multitud, pronta siempre á inclinarse hácia todas las cualidades brillantes.

La flor de nuestras tropas se hallaba sin embargo en Cádiz y el campo de San Roque.

Mandaba en aquella ciudad el marqués del Socorro, cuya vacilacion, que si no era un crímen, era una gran falta en instantes tan críticos, hubo de costarle la vida. Recayó el mando militar de toda Andalucía en D. Francisco Javier Castaños, que regia las tropas acantonadas en San Roque. Era Castaños oficial de buena reputacion, prudente, sagáz, reflexivo, amante de la disciplina hasta el punto de sacrificar á ella sus ambiciones personales, y mas amante aun de la independencia nacional, por la que cerraba los oidos al eco de seducciones poderosas. Propusiéronse desde luego atraerle



los franceses, ofreciéndole el pingüe vireinato de Méjico, pero el leal español, lejos de admitir estas proposiciones, entabló otras diametralmente opuestas con el gobernador de Gibraltar Darrymple. En estas circunstancias se acercó á Castaños un emisario de la junta de Sevilla, brindándole con el mando en jefe de las tropas que se estaban levantando, é invitándole á que concurriera con las suyas al seno de aquella capital. Fueron ambas indicaciones aceptadas con sincera espresion de júbilo, y desde entonces solo se pensó en dar á las operaciones el impulso necesario para impedir que el invasor asentara su planta audáz sobre el fértil suelo de la bella Andalucía.

Al eco de numerosas aclamaciones fué recibido en Sevilla el general Castaños (10 de junio). Ideóse desde luego un plan de defensa, tal como lo permitian las circunstancias dominantes. Faltaban á un tiempo todos los elementos, hombres, dinero y subsistencias; pero el entusiasmo público suplió á todo con esa actividad inaudita que solo se puede concebir y nunca esplicarse en las grandes revoluciones. Sevilla puso en pié cinco batallones nacidos de su seno; Cádiz creó otro, equipándole completamente; las demas poblaciones de alguna importancia, como Jeréz, Carmona, Utrera y Osuna, ofrecieron un contingente poderoso, y toda la juventud hábil de Andalucía, electrizada primero por un sentimiento admirable, exaltada despues por el ejemplo, y guiada siempre por un rayo de gloria, abandona los bulliciosos placeres y el pacífico hogar de las artes, para familiarizarse con la vida dura y fatigosa de los campamentos. Estos soldados bisoños, pero perfectamente predispuestos, se dedicaron á los ejercicios militares con estremado ardor; invertian en instruirse ocho horas por dia, y obrando de este modo se hallaron al cabo de quince en aptitud de hacer frente á los veteranos de Europa. Faltábanles, sin duda, esos conocimientos esmerados que solo puede producir una esperiencia larga y luminosa, mas tenian el genio de la guerra, y la necesidad del triunfo creaba en ellos un fuerte espíritu de disciplina. Organizóse con tan asombrosa celeridad un ejército cuyo incompleto equipo ofendia un tanto á la vista, pero cuyo denuedo y firme continente podia inspirar altas y fundadas esperanzas.

La cuestion de subsistencias y recursos metálicos, quedó resuelta por el mismo sentimiento que la leva de hombres. La generosidad no era entonces virtud de clases ni de individuos; era una condicion precisa y lógica de las circunstancias estraordinarias en que se habia colocado el pais. Un pueblo que se levanta á defender su existencia política amenazada, ni examina sus sacrificios antes de hacerlos, ni los aprecia despues de realizados; si reparara en los medios jamás conseguiria su fin. Mal podian en efecto las familias que acababan de desprenderse de algun miembro querido para esponerle á las balas enemigas, negarle la mitad del pan que destinaban á su alimento. Habia fijado al principio Castaños su cuartel general en Carmona, mas considerando fundadamente á Utrera como posicion mas estratégica para obrar ofensivamente sobre Despeñaperros, hubo de dirigirse á aquel último punto con la mayor parte de sus tropas, dejando sin embargo en Carmona cuatro mil quinientos hombres con el marqués de Coupigny. Repartió su ejército en tres divisiones, que se denominaron Primera, Segunda y Reserva, subdivididas á su vez en cinco cuerpos que regian respectivamente los brigadieres Coupigny y Venegas, y los generales de Pedro, Torres y Lapeña. En esta actitud esperó con la espada desnuda que se le reuniese Reding á la cabeza de las tropas que avanzaban velozmente desde las floridas márgenes del Genil.

Ya era tiempo de reprimir la audácia del enemigo, envalentonado con algunos prósperos aunque fáciles sucesos.

Dueño Murat de Madrid, y decidido á sofocar con el estrépito de sus armas el grito de la independencia española, dispuso que el general Dupont marchara á someter las Andalucías. De la rapidez y éxito de esta espedicion pendian poderosamente el porvenir de la guerra. Dupont debia avanzar resueltamente hácia las gargantas de Sierramorena, hacerse dueño de Córdoba, Sevilla y el curso entero del Guadalquivir, y dándose oportunamente la mano con otras fuerzas francesas destacadas de Portugal, comprimir la insurreccion bajo su victoriosa espada, penetrar en Cádiz, libertar á la escuadra, cuya capitulacion se ignoraba en Madrid todavía, y derribar de las seculares columnas de Hércules el postrado leon de Castilla, colocando en su sitio las altivas águilas del imperio. No

hay duda en que este plan una vez realizado hubiera comprometido gravemente la suerte de la Península, porque invadidas las provincias del norte, encadenada gran parte de Cataluña, sojuzgado el Portugal, agobiado el corazon de España bajo el peso de los enemigos, faltos el Aragon y Valencia de grandes líneas defensivas, solo el territorio de la antigua Bética podia ofrecer un asilo seguro y permanente al combatido genio de nuestra independencia. La circunstancia de estar bañadas estas provincias por el Mediterráneo, gran vehículo del comercio europeo, y que servia de comunicacion con nuestras vastas colonias americanas, daba á su conquista una importancia verdaderamente inapreciable.

Fortuna fué para los españoles que la presuncion cegara á sus enemigos hasta el punto de no permitirles conocer todas las dificultades inherentes á esta empresa. Murat, soldado de fortuna, educado al estruendo de los cañones, acostumbrado á recoger los laureles de la victoria en medio de luchas gigantescas, tenia una fé inmensa en el valor y grandes dotes de su ejército, y desdeñaba el poder insubordinado, tumultuoso y heterogéneo de una multitud cuyos pasos no guiaba la luz de aquellos grandes principios tácticos, asombro y terror á un tiempo de la Europa civilizada. El mismo Dupont, oficial asistido de una reputacion brillante, de una esperiencia consumada y que pasaba acertadamente por una de las mejores glorias del imperio, incurrió en el mismo error y se dejó seducir por la misma fuerza de los contrastes. Supuso, dice un historiador contemporáneo, «que para dominar la bella y poética Andalucía, el belicoso ardor de sus hijos, la influencia de sus grandes tradiciones y sus grandes recursos materiales, solo tendria que hacer un paseo conquistador y recibir despues dentro del recinto de Cádiz el baston de mariscal del imperio.»

El ejército destinado á esta operacion aventurada, constaba de dos divisiones, una de infantería, y otra de caballería, completando el número ochocientos marinos de la guardia y dos mil cuatrocientos suizos pertenecientes á regimientos afectos antes al servicio de España y sujetos entonces al de Francia por la anexion violenta que habian sufrido algunas de nuestras fuerzas. El total de este ejército consistia en once mil infantes y mil cuatrocientos gine-



tes, débil número á la verdad si no le compensase la calidad de aquellas tropas tenidas por invencibles.

Las divisiones Vedel y Tesre debian ir apoyando la retaguardia de Dupont, cubriendo sus comunicaciones con Madrid, y maniobrando en todo segun sus superiores órdenes. Así estas divisiones podian considerarse como miembros integrantes del cuerpo de ejército que regia Dupont en persona, lo que realmente elevaba su número á mas de veinte mil hombres.

Salió Dupont de Madrid el 23 de mayo, y avanzó osadamente hácia el punto objetivo de sus operaciones. Habiendo recorrido sin tropiezo las dilatadas llanuras de la Mancha, llegó á situarse el 2 de julio sobre la falda de Sierramorena. Esta sierra gigantesca, forma una de las mas bellas posiciones defensivas que contiene el interior de nuestro pais.

Menos alta que escarpada, y cubierta por una vejetacion secular, solo permite el paso á un ejército por la estrecha desembocadura de Despeñaperros. Dupont, familiarizado á arrostrar peligros de todo linage, estaba decidido á lanzarse espada en mano sobre los españoles que defendieran aquella posicion, ¡pero cuál fué su admiracion y júbilo cuando ni la detonacion de un solo fusil vino á turbar el ruido monótono que producia el paso de sus soldados! Afirmóse entonces mas y mas en su primera é intempestiva confianza, y midiendo sus operaciones mas al compás de su deseo que de la prudencia, entró en Bailen el dia 3, en Andújar el 4, y hubiera continuado su movimiento progresivo con la misma ó mayor rapidez si la insurreccion estendiéndose como un círculo de fuego por su frente y costados, no le hubiera impelido á tomar medidas mas sérias y vigorosas. Supo aquí en efecto que todos los pueblos de Andalucía se habian levantado en son de guerra contra sus opresores; que Sevilla, Córdoba y Cádiz habian formado cuerpos respetables de tropas, que se organizaba un ejército en Utrera, que la escuadra que estaba en Cádiz habia sucumbido, dejando á los ingleses y españoles dueños del Mediterráneo, que la Estremadura armada cortaria el paso á los socorros que esperaba por esta parte, y que Córdoba enviaba sus leales hijos bajo la conducta de Chavarri para guarnecer las márgenes del Guadalquivir. Tantas noticias infáustas aunque recibidas de tropel

no abatieron el ánimo del guerrero imperial; obstinóse en creer que tropas colecticias serian incapaces de resistir á sus valientes soldados, y se propuso con arrebatado consejo, batir á los cordobeses que en considerable número cubrian el puente de Alcolea sobre el Guadalquivir.

El tiempo y la esperiencia pasan en valde para las grandes ambiciones; los franceses que en 1793 habian rechazado al ejército del gran Federico en las gargantas de la Argonna, empleando tropas bisoñas, mal armadas y peor organizadas, desconocian ahora que un sentimiento eminente solo puede producir en los pueblos, mártires ó héroes; mártires que mueren y héroes que vencen, pero jamás hombres capaces de retroceder ni ante la desgracia, ni ante los peligros.

Pudo sostener todavía la ilusion del francés el éxito que obtuvo en el combate de Alcolea. Ya hemos dicho que custodiaban este punto cerca de treinta mil hombres, tres mil de ellos de línea, con poca aunque selecta caballería. Mandaba allí D. Pedro Agustin de Echevarri, hombre de valor y lealtad acrisolados, pero poco esperto en trances de guerra y falto de principios tácticos. Tendió sus tropas á lo largo del rio, colocando confusamente á los paisanos con las fuerzas de línea; puso sobre la cabeza del puente una batería mal resguardada por ténue é improvisado parapeto, y no temió debilitarse dando á su línea una estension innecesaria y funesta. Los franceses se arrojaron al ataque (7 de junio) con su ordinaria impetuosidad; nuestra caballería peleó con una intrepidez admirada por los mismos enemigos, pero el paisanaje no pudo resistir el terrible choque de los veteranos imperiales, y desbandándose en tumultuoso desórden, envolvió á la infantería de línea, que dirigida con mas habilidad, pudiera haber vendido cara la victoria. Los ginetes y algunos batallones se retiraron con plausible concierto, tanto que los franceses no resolvieron continuar la persecucion. La pérdida fué igual por ambas partes, y la de los españoles no pasó de doscientos hombres. Algunos fugitivos se retiraron á Córdoba; los mas ó buscaron un seguro asilo en el ignorado seno de sus familias, ó se dispusieron á provocar en nuevas lides los favores de la fortuna, per-

suadidos por propio instinto que esta en último término proteje siempre á la verdadera constancia.

Sorprendida por la derrota de Alcolea, la ciudad de Córdoba, cerró sus puertas al enemigo, aunque sin oponer otro género de resistencia.

Abriéronlas á cañonazos los victoriosos franceses, y derramándose por las calles cual desbordado torrente, cometieron cuantos escesos puede producir la codicia mas desenfrenada. El ejemplo de los jefes aumentó la licencia propia del soldado, en términos que la fortuna pública como la privada, fueron presa de su insaciable avaricia.

Hasta los objetos destinados al culto pasaron á la profanadora mano de los invasores, y esta depredacion impolítica afectó mas al pueblo que todas sus calamidades. ¡Infeliz del conquistador que no sepa contemporizar con las costumbres ó preocupaciones del pais que quiere someter! Desde el momento en que los españoles vieron vilipendiados por el enemigo los venerados emblemas de su religion, el sentimiento de independencia se robusteció con el sentimiento religioso; desde entonces fué mas fácil esterminar á la nacion que vencerla.

La posicion del general francés en Córdoba era por demas aventurada y precaria. Colocado en flecha sobre un terreno enemigo, arrancando sus subsistencias con la punta de su espada, podia temer á cada instante que se cerrase sobre su retaguardia el puerto de Despeñaperros, en cuyo caso se esponia á perecer aconchado sobre las márgenes del Guadalquivir. Este temor era tanto mas fundado cuanto que los pueblos de la Mancha, sublevándose sobre los pasos de Vedel y Liger-Belair, mostraban la actitud mas imponente, al propio tiempo que las partidas de paisanos armados, albergándose en el áspero corazon de Sierramorena, salian de allí para romper toda comunicacion entre las divisiones francesas.

Por otra parte, el ejército de Utrera se organizaba con admirable rapidez, y era preciso batirle antes de lanzarse en el centro de las Andalucías. Fué menester el golpe de tantas circunstancias adversas para que Dupont renunciara á su movimiento progresivo, y se decidiera á buscar el contacto de Vedel y Frere. Replegóse so-



bre Andújar el dia 16, aunque cometió la imprudencia de entorpecer sus evoluciones, recargando al ejército con el rico botin estraido de la opulenta Córdoba. Esta marcha retrógrada, tan limitada como todas las determinaciones medias en trances decisivos, tenia todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de una resolucion enérgica; fijándose Dupont en Andújar dejaba descubierta toda la orilla izquierda del Guadalquivir, y se hallaba muy distante de Despeñaperros para estorbar que se interpusiese entre él y las divisiones auxiliares un cuerpo de ejército español. La verdadera posicion estratégica estaba en Bailen, pero el jefe imperial, fluctuando entre las sugestiones del amor propio y la fuerza impelente de la necesidad, prefirió quedarse en Andújar, donde podia conservar aun su actitud ofensiva. Sosteniéndose á caballo sobre la carretera de Madrid, cubriendo su frente con el gran rio de las Andalucías, y habiendo guarnecido con algunas baterías la cabeza del puente establecido en Andújar, Dupont esperó que Vedel, á quien habia enviado repetidas órdenes, acudiria á cubrirle la espalda enseñoreándose plenamente de Despeñaperros.

Entretanto el ejército español, fuerte de veinte y seis mil cuatrocientos tres hombres, en cuyo número estaban incluidos dos mil seiscientos treinta y dos ginetes, habian salido de Utrera formando tres divisiones, mandadas por los generales de Pedro, Torres y la Peña. Precedíales la vanguardia, que á las órdenes inmediatas del brigadier D. Francisco Venegas, se habia adelantado hácia Córdoba el 29 de junio. El espectáculo que ofrecia esta ciudad sumergida en la miseria mas espantosa; la relacion que hicieron los habitantes de los últimos sucesos, realzada con toda la hipérbole de un dolor reciente, las repetidas y patéticas exhortaciones de amigos, deudos y compatriotas, inflamaron en tales términos el corazon de nuestros noveles soldados, que ya su único deseo fué el de venir á las manos y obtener una venganza brillante y ruidosa sobre el aborrecido competidor. Dió mayor auge á la efervescencia la noticia de las crueldades ejercidas en Jaen, donde á la sombra de un pretesto especioso el capitan imperial Baste, enrojeció las calles con la sangre de sus inermes habitantes, sin que perdonara en su arre-

bato ni á la débil é indefensa ancianidad, ni á la tímida y desvalida infancia.

La venganza es en las naciones el sentimiento de la justicia ofendida, y este sentimiento fortifica aun los pechos menos denodados. Todos los individuos del ejército español anhelaban el combate, porque temian que el enemigo se salvase impunemente por medio de una retirada veloz sobre las Castillas.

El prudente Castaños no se dejó arrebatar por las pasiones del momento, y trazó para su marcha un plan hábil y oportuno.

Situado en Córdoba tenia ante su vista el camino real que conduce desde esta ciudad á Madrid, y que tocando en Andújar le ofrecia al parecer una línea corta, fácil y cómoda.

Graves consideraciones sin embargo le retrajeron de adoptarle. A la verdad, dirigiendo toda la masa de su ejército por la carretera, abordaba á Dupont de frente y le dejaba la facultad de admitir la batalla en el caso verosímil de que hubiera atraido á Vedel ó de rehusarla prosiguiendo su movimiento retrógrado, y entorpeciendo el nuestro con la voladura del puente de Andújar y con la destruccion de la barca de Menjibar, lo que era muy digno de tomarse en cuenta; pues la peor concepcion en la guerra es la que deja al enemigo la libertad de conducirse segun sus conveniencias. Por otra parte, Dupont habia seguido aquella misma ruta y habia apurado en su tránsito los escasos víveres que pudieran ofrecer los pueblos comarcanos. Ademas de esta línea principal y directa, habia otras varias semicirculares que partiendo desde la derecha debian llevar nuestro ejército ó sobre los flancos ó sobre el frente del enemigo. La periferia de estas líneas se enlazaba con el camino de Granada, lo que proporcionaba á Castaños la ocasion de tender vigorosamente su mano al general Reding. Castaños optó pues por este último partido, y las divisiones, prosiguiendo su movimiento iniciado, vinieron á confluir en Porcuna, donde llegó oportunamente la division Reding. Aquí se elaboró definitivamente el pensamiento de la batalla, dando á las fuerzas reunidas la distribucion conveniente para que conservaran la energía en el momento del combate y la movilidad en las evoluciones tácticas. El terreno en que iban á verificarse los últimos movimientos, presenta una fisonomía amena y caprichosa, cuyos



principales contornos tienen una regularidad consistente y bien pronunciada.

La pequeña ciudad de Andújar, base del enemigo, ocupa el vértice de un ángulo obtuso que forman el Guadalquivir y una de sus confluencias al noroeste. Los franceses mandaban en la márgen derecha de este rio y en mucha parte de la provincia de Córdoba. Entre Andújar y Despeñaperros y en la direccion de norte á sur, media una distancia de seis leguas castellanas, sobre cuyo diámetro se estienden los pueblos de Bailen, Vilches, Guarroman, Navas de de Linares, la Carolina y Santa Elena ; un poco mas á la izquierda se hallan Casa del Rey, Linares y algunas aldeas de oscuro nombre y de escasa significacion militar. Este panorama, donde campea una vejetacion lozana y risueña, ofrece pocas posiciones de primer órden, porque los dos brazos de agua que descienden serpenteando del corazon de Sierramorena y que se conocen con los nombres de rios de Guadalon y Campana, estan muy apartados de la línea directa, y no pueden utilizarse sin gran peligro de perder esta.

Esta misma nulidad de las posiciones limítrofes realza mas la importancia estratégica de Bailen. Colocado un ejército en esta villa, puede enfilar con sus fuegos la carretera de Córdoba á Madrid, protejer la profunda garganta de Despeñaperros, cubrir el vado de Menjibar, y hacerse en cierto modo impenetrable, encerrándose dentro del triángulo que forma la cordillera, y aunque distantes, los rios Guadalquivir, Guadalon y Campana. Solo para un ejército posicionado en Bailen pueden tener importancia estas dos últimas líneas de agua.

Por consiguiente, el beligerante que ocupara á Bailen de una manera sólida, podia considerarse árbitro de la campaña.

Los españoles, operando en la provincia de Jaen, debian tender enérgicamente sus brazos sobre la orilla izquierda del Guadalquivir. Partiendo de Porcuna tenian á su disposicion dos caminos; el de la derecha que pasando por Lopera y Arjonilla guia directamente á la ciudad de Andújar, y el de la izquierda que enlaza sucesivamente los pueblos de Arjona y Cazatilla, y va á desembocar en Menjibar. Su posicion era bajo este concepto escelente, pues les permitia amenazar á Dupont por el frente y el costado izquierdo, y

fascinarle con falsas maniobras, para que no apreciase oportunamente la existencia del verdadero peligro. Si se preparaba á recibir sobre sus brazos y con todo el lleno de sus fuerzas, un ataque de frente, los españoles realizaban sobre su flanco y por el vado de Menjibar el paso del rio, y desplegando la rapidez y audácia que constituyen el alma de las grandes operaciones, podian enseñorearse de Bailen y envolver á los imperiales entre dos fuegos. Si por el contrario, atendia con preferencia á la proteccion de sus flancos, dejaba descubierta la carretera y perdia enteramente sus comunicaciones. Este último estremo era improbable y secundario, y por eso apenas se hizo mencion de él en la conferencia que tuvieron en Porcuna los generales españoles.

La combinacion era bella y fecunda; solo tenia un inconveniente que entonces no se apreció como debiera y que podia haber convertido en humo las brillantes esperanzas de la victoria. Dupont conservaba siempre en su mano la llave del Guadalquivir; atrayéndose á Vedel, podia arrojar una masa de veinte y tantos mil hombres sobre Arjona ó Menjibar, y los españoles debilitados por la prolongacion de su línea, hubieran aparecido impotentes en cualquiera de estos puntos, para resistir al furioso ímpetu de los veteranos imperiales.

De cualquier modo, delineado el plan de batalla, sobre aquellas bases, espidió Castaños las disposiciones mas atinadas para llevarle á cabo con vigorosa celeridad. Al declinar el dia 14 de julio rompieron su marcha las divisiones reconcentradas en Porcuna. La primera avanzó sobre Menjibar para pasar el rio por este punto y adelantarse osadamente sobre Bailen. Esta era la parte mas arriesgada, brillante y decisiva del plan. Confiósele al general D. Teodoro Reding, alma de fuego, nacida entre las frias gargantas de la Suiza, pero que habia dasarrollado sus cualidades heróicas bajo el sol puro y esplendente de España. Reding era capaz de comprender su elevada mision y mas capaz de ejecutarla.

En el instante de partir, Castaños tendió su mano al intrépido suizo, y le dijo con noble acento: «Hasta el dia de la victoria.» — «Sí, mi general, respondió el denodado Reding, venceremos, porque vamos á defender con valor la mas justa de las

causas.» Esta sublime despedida nos hace recordar involuntariamente el lenguage de Milciades separándose de Temístocles para vencer en Maraton.

La segunda division, mandada por el marqués de Coupigny, que merecia por sus prendas ser hijo adoptivo de la nacion española, se dirigió por Higuerita para forzar el paso de Villanueva de la Reina y darsé despues la mano con Reding. La tercera y cuarta, á las órdenes inmediatas de Jones y la Peña, nombres que aparecerán eternamente en la historia con gloriosa aureola, siguieron los movimientos del general en jefe sobre Andújar.

Dupont seguia en este punto no desprevenido, aunque sí atormentado por la incertidumbre, que debilitó en aquella ocasion solemne la energía propia de su carácter. Sin espías, sin combinaciones, y medio bloqueado en medio de su posicion, sabia confusamente que se acercaban las tropas españolas, pero ni conocia su direccion ni el punto verdadero objetivo de sus operaciones. En esta duda hubiera debido replegarse sobre Bailen, pero encadenado siempre en Andújar por un falso pundonor, hubo de limitarse á adoptar algunas determinaciones para resguardar este punto y en lo posible el lado izquierdo del Guadalquivir. Al efecto situó en Andújar los marinos de la guardia que eran la flor de sus tropas; fortificó el puente y le cubrió con una cabeza bien guarnecida de cañones; puso en una torre cerca del puente, un cuerpo de tropas selectas, y estableció el grueso de su ejército de modo que pudo recibir á los españoles en imponente actitud. Coronó la vanguardia algunas eminencias que dominan la izquierda del rio, estendiendo una de sus álas hasta un molino próximo á Villanueva. Un poco adelante del puente se colocó una fuerza respetable de que hacia parte la tercera legion; cubrian la espalda de la ciudad la cuarta legion y un batallon del cuarto regimiento suizo, mientras los otros dos pertenecientes á esta nacion con el general Rouger á su cabeza, ocupaban una línea paralela al Guadalquivir, sosteniendo á la caballería. Esta posicion, adoptada á fines de julio, se sostuvo con leves alteraciones hasta el dia que precedió á la batalla. Tenia todos los inconvenientes que suele producir el deseo de abarcar con escasas fuerzas un ámbito prolongado; á pesar de todo, como Dupont podia reconcentrarse en el momento crítico, las desven-



tajas puramente tácticas venian á desvanecerse ante la gran falta estratégica.

No obstante, poco faltó para que se hiciera ilusorio el magnífico plan de los españoles. Vedel, obedeciendo por fin á las órdenes emanadas de Madrid y á la apremiante fuerza de la necesidad, se adelantó con siete mil hombres hácia Despeñaperros, mientras Gobertson con otros cuatro mil, sostiene su retaguardia, situándose en Madridejos. Abrióse con la punta de su espada aquel desfiladero, ahuyentando de él algunas partidas de paisanos que pretendieron disputarle el paso, y desembocó en Bailen el 29 de junio. Empero si bien aseguraba de este modo sus comunicaciones con la capital, no ocurria al riesgo mas importante, pues distando Bailen de Andújar cuatro leguas, podian los españoles realizar su anhelada interposicion entre los dos cuerpos del ejército francés. Sin embargo, este paso debió cambiar completamente la fisonomía de las operaciones. Si Dupont juzgaba conveniente recobrar la ofensiva, fácil le era atraer á Vedel para formar una masa imponente y arrolladora.

Si por el contrario, preferia replegarse sobre Castilla la Nueva, podia hacer una marcha retrógrada, á la vez imponente, cómoda y segura. Obedeciendo al primer pensamiento, satisfacia el belicoso orgullo de los franceses; ateniéndose al segundo, realizaba el dictámen de la prudencia y de cualquier modo frustraba todas las aspiraciones del general español. Pero Dupont nada hizo y dejó correr el tiempo, enemigo siempre del que vacila; y esta inamovilidad tan estraña en un hombre dotado de talentos incontestables y de un carácter privilegiado, solo puede esplicarse ó por una desmedida confianza en sus tropas, ó por la conviccion que abrigase de que los bisoños españoles nunca llevarian su audácia hasta el punto de atacarle en posiciones escogidas.

Mientras Dupont parecia haberse arrojado con los ojos vendados en brazos de la inconstante fortuna, Castaños lo preveia todo, abarcaba con penetrante vista hasta las menores circunstancias y preveia hasta cuantos incidentes pudieran surgir en la consumacion de sus planes. Como se proponia principalmente aumentar el alucinamiento de los enemigos, no se limitó al doble ataque que debian hacer



sus divisiones por el frente y costado izquierdo, sí que tambien cubrió con una nube de tiradores las cumbres de Sierramorena, y el camino travieso de Ubeda y Baeza á Guarroman.

Estas tropas volantes, en número de tres á cuatro mil hombres, no tenian ni la instruccion ni el aplomo necesarios para batirse en línea, mas por su aptitud, por su denuedo exaltado, eran las mas idóneas para cortar las comunicaciones al enemigo y para infundirle la ilusion de creerse envuelto completamente. Mandábanlas el coronel Cruz Mourgeon, soldado heróico que ya habia alcanzado algunos lauros sobre el enemigo, y el marqués de Valdecañas, digno de un nombre que brillaba con la aureola de Villaviciosa.

Grande fué la sorpresa de Dupont al ver que los españoles se desplegaban con los primeros rayos del dia 15 sobre una altura llamada de los Visos, que domina el puente del Guadalquivir. La posicion escogida por Castaños distaba un tiro de cañon de las baterías francesas, pero nuestros tiradores, colocados mas adelante sobre la izquierda del mismo rio, soportaban el fuego de fusil que desde la orilla opuesta hacia el enemigo, cubierto por una vejetacion frondosa y pintoresca. Y no era esta sola la desventaja que tenian los españoles. Colocados sobre una superficie seca y arenosa, en medio de los mas fuertes calores del estío, no tenian para mitigar la ardiente sed que les atormentaba, mas que algunos cántaros de agua que conducian con incansable celo los habitantes de los pueblos inmediatos, pero como esto no fuera suficiente, muchos infelices soldados sucumbieron víctimas de la estacion; otros, viendo deslizarse á corta distancia las puras y cristalinas ondas del Guadalquivir, se arrojaban sobre el borde de este, protegidos por algunas bandas de tiradores, y bebian algunas veces el agua mezclada con la sangre de sus compañeros. Y á pesar de estas penalidades, ni una sola queja salia de sus labios, ni una sola nube de tristeza oscurecia su marcial semblante.

El tiempo y la desgracia no habian podido destruir el carácter nacional; aquellos soldados eran tan españoles por su valor, como los doscientos aventureros que á las órdenes de Almagro penetraban tres siglos antes el helado corazon de los Andes para llevar hasta el confin del mundo nuestro nombre y nuestra gloria.



Entretanto Vedel fluctuaba como Dupont entre opuestas determinaciones, sin adherirse á una con voluntad firme y enérgica. Pensó al principio mantenerse en Bailen, mas seducido despues por las hábiles maniobras de Reding sobre Menjibar, y sabiendo que Gobert habia llegado á la Carolina, creyó con ligera facilidad que el verdadero peligro existia en Andújar, y que las demas operaciones del enemigo eran simuladas y falsas. Halagaba este pensamiento con todo el júbilo que puede producir el hallar la clave de un problema importante, cuando recibió un oficio de Dupont pidiéndole el refuerzo de una brigada. Vedel entonces se puso en marcha con toda su division, y se reunió con su general en jefe al lanzar sus primeros albores la aurora del 16. No vituperó al pronto Dupont el imprudente paso de Vedel; lisonjeábale acaso la esperanza de oprimir con diez y siete mil hombres reunidos, á los quince mil españoles que tenia Castaños delante de Andújar, mas esta ilusion fué breve y vino á desvanecerla la noticia de los sucesos ocurridos en Menjibar.

Hemos dicho que Reding estaba encargado de este ataque bello y decisivo. Avanzando con singular rapidez, llegó cerca de Menjibar cuando ya declinaba el dia 15, y pudo, favorecido por las primeras sombras de la noche, reconcentrar sus tropas, en términos que llamase sobre aquel punto toda la atencion de los imperiales. Liger-Belair, desprendido de los brazos de Vedel, y á la cabeza de dos batallones, un escuadron y dos piezas de artillería, velaba por la conservacion de la barca, llamada de Menjibar, bien resuelto á impedir que cayese en poder de los españoles.

Pero el hábil Reding no proyectaba un ataque de frente, largo, infructuoso ó quizá funesto; satisfecho con haber fijado todo el pensamiento del francés en la custodia de la barca, levantó su campo á media noche, y caminando con un silencio casi fabuloso, cruzó el rio por el puente del Rincon, un cuarto de legua mas arriba de Menjibar, y fué á caer con la velocidad del rayo sobre el flanco derecho de Belair. La sorpresa enervó el valor de los imperiales, que cedieron fácilmente ante nuestras bayonetas.

Reding, que deseaba arrojar sobre Bailen á los fugitivos, y penetrar en esta poblacion espada en mano, antes que Vedel ó Gobert pudieran empeñarse en el combate, continuaba la persecucion con



un calor estremado, mas no pudo impedir que Gobert, descendiendo de la Carolina á paso de gigante, arrojara en medio del fuego cuatro mil hombres de refresco. No recejaron los nuestros ante este nuevo enemigo; antes desplegando una sangre fria y un aplomo inconcebibles para soldados que oian por primera vez en aquella sangrienta funcion el áspero silvido de las balas enemigas, resistieron como un muro de bronce, las terribles cargas de los imperiales. Gobert, viendo que su infantería no gana un palmo de terreno, precipita sobre nuestros flancos á los coraceros franceses, pero estos soldados que eran el terror de los ejércitos europeos, lejos de adelantar, caen diezmados por el nutrido fuego de nuestra infantería. Entonces Reding despliega audazmente sus álas, y amenaza envolver al orgulloso invasor. Gobert, irritado, admirado de una resistencia tan heróica, se coloca al frente de una tropa selecta y cae con la cabeza baja sobre el centro de nuestra línea, pero solo halla allí la muerte en vez de la victoria que buscaba con tan ardoroso afan. Sucedióle en el mando Dufour, quien solo pudo salvar á sus tropas de un esterminio completo, replegándose sobre Bailen, dejando á los españoles dueños de la barca de Menjibar y del curso del Guadalquivir por todo el lado izquierdo. Reding, reprimiendo el ardor de sus soldados, se recogió sobre Menjibar para darse la mano con Coupigny, quien segun el plan acordado, debia confluir sobre este punto.

Coupigny, aunque no hubiese obtenido tan brillantes laureles como Reding, no por eso habia sido menos feliz en sus operaciones. Dueño de Villanueva, despues de arrollar á un destacamento francés, y derramado su caballería por aquellos alrededores para cortar los víveres destinados al ejército de Dupont, le privaba del único molino harinero que este poesia. Apoderóse Coupigny de un convoy, haciendo varios prisioneros, y llamando entonces á sus ginetes, avanzó sobre Menjibar, pasó el rio por la barca en la noche del 17 al 18, y verificó la tan deseada como necesaria incorporacion con Reding.

Las primeras ventajas en una guerra tienen un valor infinito, pues enaltecen la moral del soldado y le infunden brios y aliento para acometer empresas ante las cuales hubiera retrocedido en un princi-



pio. Es mas fácil comprender que describir el efecto que produjo en los españoles el combate glorioso de Menjibar. Por férvido y puro que fuera antes su entusiasmo, por mas encendido que estuviera en su corazon el sagrado fuego de la independencia, debia ejercer en ellos un influjo poderoso la idea de combatir á tropas que habian parecido incontrastables aun para los ejércitos mas fuertes y mejor organizados de Europa.

Pero cuando las puntas de nuestras bayonetas rasgaron el velo del prestigio con que se cubrian las legiones imperiales, cuando nuestros soldados las vieron primero huir y luego retirarse ante ellos, ya no les quedó el menor linage de duda acerca del porvenir de la campaña. Hasta este punto se habia esperado la victoria, porque siempre se alcanza una gran esperanza en un estado de fermentacion; pero esta esperanza era de instinto; el éxito alcanzado en Menjibar la dió cuantas probabilidades puede abarcar el cálculo humano.

Reunidas las divisiones de Reding y Coupigny, tomó el mando en jefe el primero de estos generales, y se decidió á aprovecharse de sus ventajas con venturosa celeridad. Al promediar el dia 18 llegaron nuestras tropas á Bailen, donde habia un corto destacamento francés, que huyó sin cambiar con los españoles un solo disparo.

Reding, establecido en Bailen, tenia la llave militar de todas aquellas posiciones, y la derrota de Dupont podia reputarse casi infalible. ¿Pero cómo Dufour abandonó este punto de primer órden cuando podia con su division oponer aquí una resistencia gallarda y dar tiempo á que Vedel ó Dupont acudieran á su auxilio?

Dufour, al replegarse sobre Bailen, supo que algunos cuerpos enemigos cubrian el camino travieso de Ubeda á Guarroman, y se adelantaban en actitud de cerrar sobre su retaguardia la garganta de Despeñaperros.

El patriotismo de los paisanos españoles, ó el terror de los franceses, dió á estos cuerpos una entidad material de que carecian, pues no eran otros que voluntarios de Valdecañas, hábilmente apostados por Castaños para producir la ilusion de los franceses. Fué tan completa que Dufour se apresuró á arrojarse en la boca de Despeñaperros, dejando descubierto á Bailen, y gravemente comprometido á Dupont. Pero lo mas estraño es que Vedel mismo que debiera ha-



ber vituperado la ligereza de su segundo, acabó por seguir el mismo ejemplo. Desprendiéndose en la tarde del 16 de los brazos de Dupont, llegó á Bailen mientras Reding esperaba en Menjibar la incorporacion de Coupigny. No pudo concebir Vedel que los españoles despues del triunfo que acababan de obtener, permaneciesen inmobles, y de esta idea sacó el corolario de que Reding se proponia cerrar con sus tropas el desfiladero, despreciando á Bailen como punto menos importante, ó de defensa mas dificil. Confirmóle en esta idea la ausencia de Dufour, y aunque profundizando mas en la verdadera índole de las operaciones, debiera haber comprendido que una posicion estratégica no deja de serlo porque se haya abandonado inconsideradamente, no pudo resistir á la fuerza de las apariencias, y fué en demanda de Dufour á buscar un asilo en el corazon de la sierra.

Cuanto mas se reflexiona sobre estas maniobras de Dufour y Vedel, menos se concibe que guerreros sebresalientes por su instruccion y por una práctica gloriosa, cerraran los ojos de la inteligencia hasta el punto de no descubrir los inconvenientes anejos á sus desacertadas evoluciones. ¿Qué objeto se proponian Dufour y Vedel, situándose en el fondo de Despeñaperros? Evitar el caer envueltos en un círculo de fuego, y mantener vivas sus comunicaciones con Madrid. ¿Pero cuál debia ser la suerte de Dupont, suerte suprema, decisiva y en la que estaba enlazado el porvenir de la campaña?

Este general, rodeado por los dos grandes brazos del ejército español, y reducido á los diez mil hombres de su inmediato mando, debia perecer miserablemente aconchado sobre los bordes del Guadalquivir, y con él todos los planes de invasion de las Andalucías.

Así la imprudente voluntad de Vedel y Dufour por conservar espeditas las comunicaciones, solo podia conducir á una catástrofe inevitable. Y aun cuando todo el pensamiento de la guerra se hubiera cifrado en proteger todas estas comunicaciones, ni Dufour habria podido llegar á cubrirlas antes que los cuerpos españoles tendidos entre Baeza y Guarroman, ni el mismo Vedel hubiera precedido á Reding, teniendo en cuenta las distancias que unos y otros tenian que recorrer, y el tiempo que debian invertir. Si se penetrara siempre en el estudio de las guerras con un espíritu frio y fi-



losófico, se hallarian siempre en la imprudencia humana los pretendidos desaires de la fortuna.

Apenas supo Castaños el feliz movimiento de Reding sobre Menjibar, hizo sérias demostraciones sobre la derecha de su posicion como en ánimo de enlazarse con las tropas granadinas, y brindar á Dupont con la batalla por el lado de Bailen. No era desconcertado este pensamiento cuya realizacion habria dado por fruto el arrojar á los imperiales en el centro de la Andalucía, pero Castaños si le concibió, no pensó nunca en llevarle á cabo. Halagábale demasiado la idea de estrechar á Dupont entre dos fuegos, para que pensase en otra combinacion, cualesquiera que fuesen sus resultados.

Pero Dupont, víctima hasta entonces de la perplejidad mas estraña, creyó que existia este plan y se decidió por fin á abandonar la malhadada posicion de Andújar, para buscar sobre Bailen el contacto de Vedel y Dufour.

Este movimiento, practicado en la noche del 17, pudiera haber producido incalculables consecuencias, mas realizado en la noche del 18 solo podia ser fértil en calamidades para el mismo que lo emprendiera. Las precauciones que adoptó para ocultar su marcha al general Castaños, la dificultad de conducir un bagaje estraordinario para ejército tan reducido, y el estado poco lisonjero de los soldados franceses, abatidos un tanto por los rigores del clima y de la estacion, todas estas circunstancias entorpecieron el movimiento hasta el punto de invertir ocho horas en el trayecto de tres leguas y media. Los franceses avanzaron sin inconveniente alguno hasta la orilla del Herrumblar. Este riachuelo desciende con estrépito desde el pié de Sierramorena, atraviesa el camino real y va á rendir su débil tributo al caudaloso Guadalquivir. Pasáronle fácilmente los imperiales á las tres de la mañana, y prosiguen su camino hasta que vienen á contenerlos los primeros disparos de nuestras avanzadas.

Aunque Reding no esperase tan pronto el movimiento retrógrado de Dupont, hallábase felizmente apercibido para hacer firme rostro á todas las eventualidades. Apreciando el valor infinito de la ocasion, queria, de acuerdo con Coupigny, abalanzarse rápidamente sobre Dupont, clavarle en la espalda la punta de las bayonetas granadinas y arrojarle maltratado sobre los brazos de Castaños antes que Ve-



del, reconocido su error, pudiera pensar en socorrerle. Las tropas españolas que se habian batido el 16, marchando el 17 y 18, apenas habian disfrutado un momento de descanso, cuando fueron otra vez puestas sobre las armas para emprender la proyectada marcha ofensiva. Antes de despuntar la aurora del célebre dia 19, todas las fuerzas existentes en Bailen se hallaban organizadas y dispuestas á romper su movimiento, desplegando en aquella operacion sus reconocidos talentos y sobresaliente celo los generales Copons y Abadía. Merced á esta circunstancia, no bien Reding llegó á cerciorarse que el enemigo se presentaba ante su vista, pudo instantáneamente situar sus tropas de la manera mas propia para oponer una resistencia enérgica y mas análoga á las condiciones topográficas del sitio en que iba á trabarse la lucha. El terreno comprendido entre Andújar y Bailen, forma una llanura estensa y fértil; está plantado de olivos cuyas simétricas copas recrean la vista del observador. A la izquierda se levantan las cordilleras de Sierramorena, cuyas peladas crestas de granito, ofrecen el contraste mas completo con la lozana vejetacion del llano. Algunas de estas cimas se adelantan hácia la llanura como para preservarla de los frios húmedos y penetrantes que se desarrollan en el corazon de la sierra. A la derecha se estiende la vega en declive rápido aunque suave, y va á estinguirse en las aguas del Guadalquivir.

El riachuelo Herrumblar y la carretera, atraviesan la llanura en dos direcciones opuestas; el primero de norte á sur, y la segunda de oeste á este. En el punto de su mútua interseccion, el rio y la carretera forman dos ángulos; el mas superior casi agudo, y el inferior muy obtuso. Sobre la izquierda del Herrumblar, viniendo de Andújar, hay un edificio de feo aspecto y mezquinas proporciones, llamado Venta quemada, y un poco mas distante, próximo al camino real, otro denominado la casa de Postas. Por la parte de Bailen, y en las inmediaciones del mismo riachuelo, la naturaleza sufre una alteracion brusca y estraña, perdiendo la regularidad de su fisonomía; al terreno de vejetacion, lo reemplazan las desnudadas rocas que constituyen los bordes del Herrumblar, y la llanura sigue con ligeras ondulaciones, dominadas por colinas de suave pendiente.

Reding, con un golpe de vista penetrante y seguro, se apoderó

de cuantas ventajas tenia el terreno para la colocacion de sus tropas. Situóse la primera division sobre la derecha del camino real, bastante cerca de Bailen, prolongándose la estremidad de su retaguardia de modo que pudiera sostener comunicacion activa con algunas fuerzas que se establecieron detrás del pueblo, para hacer frente á Vedel caso que atraido por el ruido de la artillería, descendiese velozmente desde la Carolina ó Guarroman al sitio del combate. Esta division constaba de algunos cuerpos veteranos, como el de Guardias walonas, los mas voluntarios y nuevos en el terrible ejercicio de las armas, y un batallon suizo del regimiento de Reding. Su número ascendia próximamente á unos seis mil hombres, incluyendo los ginetes. Coupigny, con la segunda division, casi igual en fuerzas y en calidades guerreras, cubria la izquierda, recogiendo sus álas á fin de que no se debilitasen en el principio del declive. Ambas divisiones se hallaban formadas en dos columnas paralelas vigorosamente enlazadas y bien sostenidas en Bailen. La caballería quedó cubriendo los flancos; la artillería perfectamente servida, se colocó en disposicion de abrazar con sus fuegos toda la llanura; y la vanguardia, á las órdenes de D. Francisco Javier de Venegas Saavedra, se acercó al Herrumblar, cubriéndose con las colinas y olivares, y el coronel Cruz Mourgeon, que desde la cumbre de Sierramorena espiaba con vista de águila todos los movimientos de Dupont, al ver que este se dirigia á Bailen, fué trepando por el cuerpo de la cordillera hasta quedar situado en el pueblo de los Baños sobre el flanco izquierdo del enemigo. De este modo el general francés á las ocho de la mañana del dia 19 de junio vino á quedar completamente envuelto y obligado á girar en una órbita de tres leguas.

Por su frente se hallaba Reding, á la cabeza de doce mil hombres; sobre su retaguardia Castaños con quince mil; á la derecha el gran rio de las Andalucias, cuyos únicos pasos estaban en poder de los españoles, y á la izquierda Cruz Mourgeon, pronto á caer sobre su costado con sus ágiles voluntarios. Hasta aquí podia decirse que casi todo era debido á las hábiles disposiciones de Reding y á la sublime inspiracion de Castaños; ahora al valor admirable de los soldados españoles toca consumar la obra tan venturosamente preparada por sus generales.

Dupont, aunque sorprendido por ver á los españoles en la posicion que debian ocupar las avanzadas de Vedel, no vaciló al presentar en combate á la division Chavert que formaba su vanguardia. No fué el primer choque tan violento como debiera esperarse de la impetuosidad francesa; antes los dos mil quinientos hombres de Chavert hubieron de limitarse á un fuego de fusilería completamente infecundo. Pero entretanto la division Barbon que venia á la retaguardia, avanza con celeridad suma y se incorpora á las tropas de Chavert. Dupont no quiere desbordar nuestras álas, teme la presencia de Castaños y se esfuerza á decidir por un ataque en masa la suerte de aquel dia memorable. Todas sus fuerzas, escepto la brigada Pannetier que quedó guarneciendo los bordes del Herrumblar, forman una sola columna que va á caer con violencia estrema sobre nuestra izquierda en los brazos de Coupigny. Dupont preferia la carga por este lado, ya para ponerse á cubierto de las balas de Cruz Mourgeon, ya para poder flanquear á Bailen, verdadero núcleo de nuestra resistencia.

Vióse entonces un espectáculo cual no le habia presenciado el último siglo, período el mas turbulento de la historia moderna. Seis mil hombres visoños, levantados y organizados en el espacio de veinte dias y que aun no habian recibido el bautismo de sangre en la funcion de Menjibar, resistieron con un ánimo impertérrito á ocho mil veteranos, la flor de los ejércitos imperiales, que habian paseado sus victoriosas armas desde los áridos montes Carpatios hasta las floridas márgenes del Guadalquivir. ¡Prodigioso ejemplo del poder de la ocasion aun sobre las almas vulgares! Aquellos mismos hombres que un mes antes dedicados á las pacíficas faenas agrícolas ó encerrados en el tranquilo recinto de sus talleres, hubieran soportado dificilmente la mirada altiva de un soldado, combatian ahora, frente á frente, de poder á poder, en posiciones despejadas y establecidos en línea, con un ejército que se reputaba invencible. Los recuerdos de Córdova y Jaen inflaman todas las imaginaciones y hacen palpitar los pechos mas tibios.

Cada soldado español se convierte en un héroe, porque cada uno tiene un gran sentimiento que realizar ó una pasion noble que satis-

facer. El término de este primero y sangriento choque fué retroceder los imperiales considerablemente quebrantados y llenos de confusion.

El ardiente Reding quiere aprovecharse del inconsiderado movimiento que acaba de prcticar Dupont, y se arroja sobre él con la primera division, procurando envolver una de sus álas.

Aquel general, fascinado un momento por los primeros resplandores de la victoria, no advierte que con esta marcha ofensiva se desliza de su verdadera línea y puede quedar en flecha sobre la posicion de los imperiales. Estos, con la habilidad maniobrera que tanto les distinguia, hacen un cambio de frente y presentan á Reding un muro erizado de bayonetas. Al mismo tiempo un regimiento de coraceros franceses carga á los nuestros á toda brida, y Reding se ve en la precision de emprender su retirada con un aplomo y serenidad verdaderamente admirables. Pero mientras Reding se replegaba, otro cuerpo de la derecha española, regido por D. Pedro Grimarest, carga á la estremidad izquierda de los franceses en un altozano, y se empeña entre ambas álas una lucha mortífera y terrible. Viendo á Grimarest comprometido, D. Francisco Javier de Venegas, que desde el principio de la batalla se habia recogido con la vanguardia en el seno de las divisiones, vuela á su auxilio con el regimiento de infantería, titulado Ordenes militares. Este heróico cuerpo embiste á los franceses con furia indescriptible; les arrolla, les desaloja de su posicion, y acaba por lanzar sus dispersas reliquias casi á los pies de Dupont.

Eran las seis de la mañana. El sol lanzaba sus rayos como plomo derretido sobre la cabeza de los combatientes; una sed devoradora atormentaba á unos y á otros, si bien el celo solícito de los paisanos españoles que conducian agua al campamento de Reding, hacia menos sensible este azote á nuestras tropas que á las imperiales. La situacion de estos iba siendo desesperada.

Despues de dos horas de un combate tremendo, todas las ventajas habíanse declarado en beneficio de los españoles. Reding, repelido un momento, habia vuelto á afianzarse sólidamente á su verdadera posicion que nunca debió abandonar; una parte de la izquierda enemiga habia sido mutilada por Grimarest y Venegas, y sobre su cen-



tro y derecha acaba Coupigny de alcanzar inmarcesibles lauros. ¿Qué haria el general francés encerrado en aquellas horcas caudinas y temiendo á cada momento oir el cañon de Castaños sobre su retaguardia? Durante otras cuatro Dupont agita todos los recursos de su táctica, todo el valor de sus divisiones, todo el brio de su escelente caballería, pero durante este tiempo, ni una sola hilera española se desordena, ni un solo soldado abandona su puesto, y nuestra artillería sigue jugando con una superioridad decidida sobre la francesa. Entonces á la desperacion sucede el desaliento, y los imperiales, materialmente aconchados sobre las márgenes del Herrumblar, se niegan á manejar unas armas que solo han de proporcionarles nuevos y sangrientos desengaños. En medio de aquel profundo abatimiento, se esparce por casualidad ó de propósito la voz que se acerva Vedel con sus dos divisiones.

Esta noticia galvaniza el casi yerto corazon de los imperiales. Dupont manda entonces una nueva carga general que se dá con inesplicable violencia y que tiene sin embargo el mismo éxito que las anteriores. Las baterías francesas quedan completamente desmontadas, y dos mil cadáveres enemigos, entre los que se halla el del general Dupré, encuentran ancho sepulcro en aquel campo que lo es tambien de las glorias imperiales. La alma elevada de Dupont no se abate todavía bajo el peso de una desgracia tan grande. Aunque gravemente herido recorre otra vez sus filas, habla á sus soldados, invoca los mas gloriosos recuerdos y los trances mas críticos de su vida militar, y logra despertar en ellos la última centella de entusiasmo.

Escoge los cuerpos mas aguerridos ó menos maltratados, forma con ellos una nutrida columna, y cae con la cabeza baja sobre Reding, bien resuelto á buscar la muerte antes que abandonar la esperanza de la victoria. Fuéle tambien adversa la fortuna en este trance supremo; porque ni pudo perecer noblemente sobre el campo de batalla, ni penetrar un instante en el círculo de acero que le oponian los españoles. Para colmo de desgracia los dos regimientos suizos de Preux y Reding se reunieron á los españoles.

Vedel no se presentaba, pero en amarga compensacion para los

franceses, se oyeron á su retaguardia cuatro cañonazos, cuyos últimos ecos fueron á perderse en las escabrosas entrañas de Sierramorena. Era la señal que hacia la Peña anunciando su aproximacion. Castaños, sabiendo bastante tarde el movimiento retrógrado de los imperiales, habia atravesado con todas sus fuerzas el Guadalquivir por el puente de Andújar, y dispuesto que la Peña se adelantase velozmente hácia Bailen á la cabeza de la cuarta division, quedando la tercera fuertemente posicionada en Andújar, bien para recibir las reliquias de Dupont en el caso que este retrocediese derrotado, bien para disputarle de nuevo la victoria si despues de haberle alcanzado sobre Reding intentaba lanzarse al fondo de las Andalucías.

Fué entonces cuando Dupont, viendo apurados todos los elementos de resistencia y encadenado cual Prometeo á las rocas del Herrumblar, envió á Reding al capitan Villatrueys, cuñado del emperador, pidiéndole una suspension de armas. El noble suizo, generoso siempre con el valor desgraciado, otorgó fácilmente el armisticio.

No menos humano la Peña, accedió á la misma súplica, y sin disparar un tiro sobre la division Barbon, se situó en el camino real, dando á su línea la forma de un martillo para abrazar la retaguardia y derecha de los imperiales.

Los comisionados de Reding y Dupont se avistaron con Castaños en la casa de postas inmediata al camino real, y se empezaron á discutir las bases de la capitulacion. Habíase convenido ya en los artículos preliminares y las tropas de Reding descansaban á la sombra de sus bien adquiridos laureles, cuando se presentó sobre su retaguardia Vedel, dirigiendo nueve mil hombres. Este general, que habia llegado tan tarde para salvar la gloria y la existencia del ejército francés, llegó demasiado pronto para labrar su propia ignominia.

No bien habia desplegado sus tropas en actitud amenazadora para atacar nuestra línea, cuando se le presentó un parlamentario de Reding anunciándole el armisticio convenido. Vedel duda, pero manda uno de sus ayudantes de campo á Dupont, y ofrece suspender las hostilidades hasta recibir órdenes terminantes de su general en jefe.

Pero Vedel, violando su palabra, se deja caer súbitamente sobre nuestro flanco derecho que tenia sus armas en pabellones. Un ba-



tallon de Irlanda, enervado por la sorpresa, retrocede desordenadamente, dejando dos cañones en poder de los imperiales, pero el brillante regimiento de las Ordenes militares que seguia en la línea, habia alcanzado demasiados laureles en el mas fuerte calor de la batalla para dejárselos arrebatar por el nuevo enemigo. Apoyándose enérgicamente en la ermita de San Cristóbal, que cerraba las comunicaciones entre Vedel y Dupont, aquel heróico cuerpo resiste las mas recias embestidas y las devuelve con tanta gloria propia como daño de sus desleales adversarios.

No es fácil presumir sin embargo cuál habria sido el desenlace de aquella lucha si Reding no hubiese amenazado á Dupont con pasar á cuchillo las divisiones Barbon y Chavert en el caso de que Vedel prosiguiese el comenzado ataque. Dupont dió entonces órden á su segundo para suspender toda hostilidad, y éste, devorando en silencio su ira, hubo de plegarse á la fuerza invencible de las circunstancias.

Pero la buena fé de Vedel, como hija de la necesidad, era poco sólida y consistente. Ya que no habia podido levantar con un ataque brusco las abatidas águilas imperiales, procuró por medio de la fuga preservar á sus divisiones de la triste suerte que las amenazaba. Despues de permanecer treinta horas á la vista de los españoles, rompió su movimiento en la noche del 21, y como el fugitivo lleva álas en los pies, logró llegar á Santa Elena antes que se apercibieran de su ausencia nuestros generales. La altivez castellana se resintió profundamente de este ardid que no podia cohonestarse en los mas latos términos del honor militar, y Castaños dió órden para volver á empezar el combate, es decir, el degüello de las tres divisiones, que tenia envueltas, porque estas no se hallaban ya en estado de oponer ningun género de resistencia. Aplacóle Dupont espidiendo nueva órden á Vedel para que retrocediera á su punto de partida, y aun así este general hubiera proseguido su marcha si sus oficiales no se hubieran opuesto á la consumacion de un acto que pudieran graduar, con justa razon, de felonía. Orillados estos inconvenientes, se concluyó la capitulacion, en virtud de la cual, las tropas de Dupont quedaban prisioneras de guerra, y las de Vedel, despues de dejar sus armas y artillería en un sitio algo distante del campo de



batalla, debian salir de la península, embarcándose para Francia en Rota y Sanlúcar de Barrameda.

Tal fué el desenlace de la batalla de Bailen, no menos estraordinario que glorioso. Treinta mil soldados sin foguear hicieron rendir las armas á veinte mil veteranos del imperio. El plan estratégico de Castaños era hábil aunque vulnerable; la precisa táctica de Reding, brilló por uno de los cálculos mas lisonjeros, y la intrepidéz de nuestros soldados sobre las ilusiones mas atrevidas.

Las faltas de Dupont fueron enormes; Vedel y Dufour se condujeron cón una lijereza inconcebible en oficiales esperimentados, pero todo el vituperio de esta jornada debe recaer sobre los jefes, porque sus tropas se batieron con una intrepidez digna de su alta reputacion. Las pérdidas que sufrieron fueron proporcionadas al denuedo heróico con que habian peleado.

Dos mil cadáveres franceses quedaron tendidos en el campo de batalla, y cerca de tres mil hombres recibieron heridas mas ó menos graves. Las filas españolas se monoscabaron en número de ochocientos hombres, diferencia notable que puede esplicarse por la buena colocacion de nuestra línea y por el superior fuego de nuestra artillería.

Los ecos de la victoria de Bailen penetraron en el corazon de las grandes potencias europeas. Acababa de desgarrarse el velo con que se cubria Napaleon, los españoles acababan de enseñar al mundo civilizado que el moderno Aquiles era vulnerable y podia ser vencido. Entonces todas las esperanzas abatidas se reanimaron; todas las fuerzas enervadas por el terror adquirieron la poderosa enerjía de las reacciones. El Austria, oprimida bajo un yugo de hierro, empezó á armarse precipitadamente para probar nueva fortuna en medio de las batallas; la Rusia y la Prusia, enemigos cordiales y aliados violentos de la Francia, pensaron en romper tratados ominosos escritos con la espada del vencedor, y la Inglaterra, ese rival obstinado é implacable de Bonaparte, que jugaba en una guerra de quince años, no su engrandecimiento ni su gloria, sino su existencia política, la Inglaterra, que buscaba en vano sobre el continente un campo donde pudieran combatir con su enemigo, la Inglaterra supo con indecible júbilo que ese campo estaba en la Península, y que



estaba ya adornado con inmortales trofeos. Así la influencia de esta batalla, fué general, profunda y de inmensos resultados.

Desde el dia 19 de julio de 1808, data la fecha de la restauracion de la antigua Europa.

La noticia de esta derrota fué un golpe de rayo para los franceses residentes en Madrid. Ocupaba ya esta capital con el titulo de rey é insignias de la majestad, aunque con atribuciones soberanas casi nulas, José I, hermano de Napoleon. No creyéndose seguro en el centro de las Castillas, emprendió una retirada veloz hácia el norte, sin detenerse para tomar aliento, hasta que hubo cubierto su retaguardia con la gran línea del Ebro.

Pocos dias despues (13 y 23 de agosto) los ejércitos de Valencia y Andalucía, que venian regidos por los ilustres generales don Pedro Gonzalez de Llamas y D. Francisco Javier Castaños, entraron en Madrid en medio de las aclamaciones de un gentío inmenso que se agolpaba sobre sus pasos. Habíanse levantado con anticipacion magníficos arcos de triunfo, y al pasar por ellos, el pueblo del Dos de Mayo, coronó con mirto y laurel la frente de los héroes de Bailen, entonando con voz sonora y vibrante el siguiente (1)

HIMNO DE LA VICTORIA.

—

CORO. *Venid, vencedores,*
columnas de honor,
la patria os dé el premio
de tanto valor.

Tomad los laureles
que habeis merecido,
los que os han rendido
Moncey y Dupont;
vosotros que fieles
habeis acudido
al primer gemido
de nuestra opresion.

(1) Consideramos de algun interés este canto patriótico, y por lo mismo lo publicamos aquí.

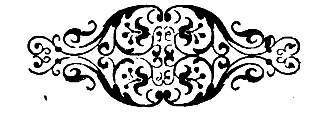


Vos, de una mirada
que echásteis al cielo,
parásteis el vuelo
del águila audaz;
y al polvo arrastrásteis
con iras bizarras
las álas y garras
del ave rapaz.
Llegad, pues, provincias
que valeis naciones;
ya vuestros pendones
deslumbran al sol:
pálido el Tirano
tiembla, y sus legiones
muerden los terrones
del suelo español.
Son á vuestras plantas
alfombra serena
laureles de Jena,
palmas de Austerlitz:
Son cantos de gloria
volver los cautivos,
sus gritos altivos
en llanto infeliz.
¡Oh, qué hermosos vienen!
¡Su porte cuán fiero!
¡Cuál brilla el acero!
¡Cuál cruje el arnés!
Estos son guerreros
valientes y bravos,
y no los esclavos
del yugo francés.
Gloria, ¡oh flor del Bétis!
Que habeis bien probado
el brio heredado
del suelo natal:
que allí sin cultivo
crece y se levanta
del triunfo la planta,
la oliva inmortal.
Funesto es el dia,
francés orgulloso,

Y el campo ominoso,
que pisas tambien.
La sombra de Alfonso
con iras mas bravas,
su gloria en las Navas,
defiende en Bailen.
Salve, honor del Turia,
de Marte centellas,
pues vivos como ellas
al triunfo volais.
La hueste enemiga
rompeis imprevistos;
y apenas sois vistos,
victoria cantais.
Gloria, oh valerosos,
del solar manchego!
¡O cuán bello riego
dais á vuestra mies!
Los surcos se vuelven
sepulcro á tiranos:
sangrientos los granos
se mecen despues.
Y en tanto en el Ebro
los pechos son muros,
que ofrecen seguros
morir ó vencer.
Siempre el sol los halla
lidiando con gloria:
Siempre con victoria
los deja al caer.
¡Oh patria! respira
de males prolijos:
descansa en los hijos
que el cielo te dió.
Ni temas que el arte
falte á su fortuna,
soldados la cuna
naciendo los vió.
Ya vengada, solo
libertad y gloria
dejará en memoria



tu agravio en Madrid.
Tiempo es ya que altiva
la frente levantes,
pues llegan triunfantes
los hijos del Cid.
Ninfas, vengan lauros
frescos, verdes, bellos;
enjugad con ellos,
tan noble sudor:
Ni olvideis la oliva
que es planta gloriosa,
ni aun alguna rosa
que os brinde el amor.

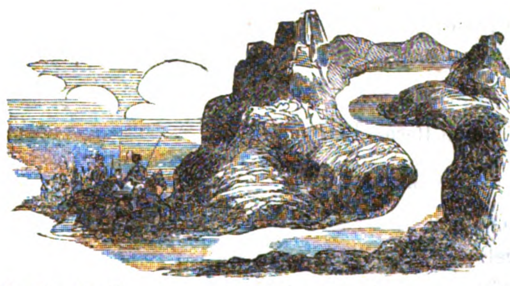




CAPITULO XII.

1806---1808.

NAPOLEON OBTIENE DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ QUE MARCHEN A DEFENDER SU CAUSA EN ITALIA Y EN EL NORTE DE EUROPA ALGUNAS TROPAS ESPAÑOLAS.—CUERPOS QUE CONSTITUYEN ESTAS FUERZAS Y JEFES QUE LAS MANDAN.—EFECTO QUE PRODUCE EN EL ESTRANJERO LA VISTA DE NUESTRAS TROPAS.—SU PRESENCIA CONTRIBUYE A LA RENDICION DE STRALSUNT.—LA CONDUCTA DE NAPOLEON EN ESPAÑA DESPIERTA SU DESPECHO.—SE NIEGAN A RECONOCER POR SU REY A JOSÉ BONAPARTE.—SACUDEN EL YUGO ESTRANJERO Y VUELAN A LA DEFENSA DE SU PATRIA.—ESTADO DE LA FUERZA DE LOS CUERPOS ESPEDICIONARIOS A SU LLEGADA A ESPAÑA.



E ha indicado oportunamente que Napoleon en la idea de debilitar nuestros recursos materiales, habia solicitado y obtenido del príncipe de la Paz, algunas tropas para mandarlas, parte al seno de la bella Italia, y parte á las regiones septentrionales de Europa. Vista poco perspicaz se necesitaba para descubrir el torpe lazo que se tendia á la lealtad española; pero Godoy, ó fascinado por sus ambiciosas ilusiones ó sin elementos morales para presentar desembozadamente á la faz del mundo nuestra verdadera situacion política,

hizo este nuevo sacrificio en aras de una alianza tan imprudente en su orígen como funesta en sus resultados.

Constituian aquellas tropas la flor de nuestros ejércitos; formaban el número de quince mil hombres, con caballería y artillería; tenian una oficialidad sobresaliente, y se hallaban equipadas de modo que pudieran soportar sin desventaja la comparacion con las brillantes legiones imperiales.

Estaban repartidas en tres divisiones; una, compuesta de cinco mil sesenta infantes y mil ochenta caballos, obedecia á D. Gonzalo O-farril (1), oficial educado en la última guerra del Pirineo, buen táctico, organizador consumado, y no estraño á la ciencia militar mas moderna, pero hombre mas de cálculo que de corazon, cuya capacidad se perdió mas adelante para la gloria de nuestro pais (2).

(1) O-Farril, como ministro de la guerra cuando Fernando VII subió al trono, desempeñó igual cargo cerca de la junta de gobierno instituida por este monarca, pero tuvo una intervencion desgraciada en los tristemente célebres sucesos del Dos de mayo, y se adhirió despues á la dinastía de José Bonaparte.

(2) Hé aquí la organizacion de estos cuerpos espedicionarios.

TENIENTE GENERAL.

D. Gonzalo de O-Farril.

AYUDANTES DE CAMPO.

D. José María de Zayas.
Príncipe de Anglona.

SEGUNDO CABO.

El brigadier D. Miguel Hermosilla.

AYUDANTES GENERALES.

D. Joaquin de Porras.
D. Miguel Rengel.
D. Miguel Salcedo.
D. José de Yebra.

Infantería de línea.

Zamora, tres batallones. Coronel D. Miguel Salcedo.	2256
Guadalajara, 1.° y 2.° batallon. Coronel D. Vicente Martorell.	1504

Las otras dos divisiones tenian por general en jefe al marqués de la Romana, ilustrado tambien por su valor y brillantes hechos en la línea del Bidasoa, tipo acabado de lealtad, y cuyo carácter poderosamente enérgico era bastante á dominar las situaciones mas críticas. La Romana adolecia de los defectos inherentes á todas las organizaciones poderosas, pues estinguido el ardor que producian en su alma los grandes peligros, recaia en la indolencia, faltándole á veces la flexibilidad necesaria para plegarse bajo la accion omnipotente de las circunstancias. El segundo jefe, D. Juan Kindelan, era un espíritu fácil, ligero, demasiado sensible á los halagos de la fortuna, y podia considerársele como la verdadera antítesis de la Romana (1).

Infantería ligera.

1.° Voluntarios de Cataluña. Comandante D. Juan Francisco Vives.	1200

Caballería de línea.

Algarbe. Coronel D. José de Yebra.	540

Caballería ligera.

Cazadores de Villaviciosa. Coronel el baron de Armendariz.	540
Una compañía de artillería al mando del capitan don José Lopez.	

TOTAL.

Infantería.	5060
Caballería.	1080

(1) Estas fuerzas las constituian los cuerpos siguientes:

Infantería de línea.

Guadalajara, tercer batallon.	778
Astúrias, tres batallones. Coronel D. Luis Delevielleuze.	2332
Princesa, 1.° y 2.° batallon. Coronel el conde de S. Roman.	1504

Infantería ligera.

2.° Voluntarios de Barcelona. Comandante D. José Borrellas.	1240

La conducta de estas tropas espedicionarias, su desesperada situacion á vista de los imperiales, y el ingenioso medio de que se valieron para volver desde apartados paises al regazo de la madre patria, merecen bien un lugar señalado y preferente en la historia militar contemporánea. Porque allí se ve á nuestros soldados con sus virtudes características, su actividad, su amor á la disciplina, su noble afan por elevarse cuando saben que sirven de espectáculo á los estranjeros, su inaudita perseverancia en los designios mas arriesgados, su lealtad impetuosa si se siente comprometida, y la lucha que puede sostener una alma de buen temple entre un deber fortuito, y el recuerdo de la hermosa España que persigue á los españoles donde quiera que se hallen.

Caballería de linea.

Rey. Coronel D. Miguel Gambra. .	540
Infante. Coronel D. Francisco Mariano.	540

TOTAL.

Infantería.	5854
Caballería.	1080

Infantería de linea.

Princesa, tercer batallon. . . .	778

Caballería ligera.

Dragones de Almansa. Coronel don Juan Antonio Caballero. . . .	540

TOTAL.

Infantería...	778
Caballería.	540

Habia nombrado S. M. para el mando de estas tropas á D. Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana, teniente general de los reales ejércitos, con la plana mayor siguiente:

SEGUNDO CABO.

Mariscal de campo D. Juan de Kindelan.

AYUDANTES DE CAMPO.

Coronel, marqués de Crevecœur.
Idem D. Juan Caro.
Idem D. Pedro de los Rios.
Capitan D. José Agustin de Llano.



Napoleon, siempre fecundo en pretestos, encaminó la division O-farrill á Italia (1806) socolor de sostener el nuevo y precario reino de Etruria, fundado sobre las reliquias de las antiguas repúblicas de Florencia y Pisa, y ocupado entonces por un vástago de la dinastía borbónica. Atravesaron los españoles la áspera cadena del Apenino, en el rigor del invierno, y descendieron rápidamente al centro de la península italiana, cautivando la romancesca imaginacion de aquellos naturales, con su continente marcial y severa disciplina. La Italia, ese pais singularmente providencial que parece destinado á espiar con muchos siglos de postracion la esclavitud que en nombre de la fuerza impuso antes á casi todos los pueblos conocidos; la Italia, que si debe aceptar una dominacion estranjera solo puede aceptar con gusto la de España, por la analogía y casi homogeneidad de carácter y costumbres que existen entre estos dos paises; la Italia pues, saludó con alborozo á nuestros soldados.

Permanecieron estos en Pisa, Liorna y Florencia, obsequiados y protegidos, hasta que Bonaparte derribó la pantalla con que habia

Idem D. Francisco Javier Riera.
Idem D. Tulio O-Neill.

PRIMEROS AYUDANTES GENERALES.

Brigadier D. José Montes y Salazar.
Coronel D. Ignacio Martinez Vallejo.
Idem D. Mariano Rengel.
Idem D. Juan Antonio Caballero.

SEGUNDOS AYUDANTES GENERALES.

Comandante D. José O-Donell.
Capitan D. Juan de la Vera.
Idem D. Pedro Guerrero.

SECRETARIOS.

Capitan D. Estanislao Sanchez Salvador.
Idem D. Juan Ricaro.

Cuerpo de artillería.

Comandante el brigadier D. Ignacio Martinez Vallejo.

Artilleros á pié.	270
Idem á caballo.	89
Piezas con sus tiros.	25
Soldados del tren.	68



ocultado la luz de sus verdaderos designios, y anuló de una plumada el reino de Etruria. Entonces la division aunque privada de su jefe O-farril, recibió órden para pasar al norte de Europa, y lo hizo tomando el camino de Baviera. No fué menos rápida y regular su marcha por cima de los Alpes, que lo habia sido al través del Apenino; admirábanse los pueblos del tránsito al contemplar aquella tropa tan ágil, tan sóbria, tan morigerada, que no se abandonaba al menor esceso, y que despues de muchas marchas por caminos muy difíciles, conservaba siempre la misma ligereza, el mismo aseo en sus trajes, y la misma espontaneidad en sus movimientos. Esta bella conducta contestaba victoriosamente á las groseras imputaciones de que éramos objeto por parte de los franceses. Pintábannos, pues, aunque conservando el nombre de aliados, como á un pueblo degradado y colocado cual planta exótica, en un giron de la civilizada Europa, conservando apenas de nuestras antiguas y brillantes cualidades mas que un valor feroz tan propenso á demasias, cuanto inflexible bajo los preceptos de la ciencia militar (1). Grande y grata fué la sorpresa de Maximiliano I, rey de Baviera, cuando al revistar en Weilhem primero al regimiento de cazadores de Villaviciosa, y despues al de Zamora, vió unos cuerpos que maniobraban con precisión; que se presentaban en la parada con aquella gentileza y esmero, mas propios de tropas que hubiesen permanecido largo tiempo en sus cuarteles, que de las que acababan de pasar los Alpes.

«A la vista de estos cuerpos (dijo el baron de Montgelas, ministro de Maximiliano): Comprendo las grandes hazañas de los ejércitos de Cárlos V, y veo que estos soldados son capaces de repetirlas.» Delicado elogio que envolvia la sintesis de cuatro siglos, y que era en aquellos momentos la verdadera espresion del pueblo bávaro.

(1) Hemos tomado estos datos de un precioso documento inédito que lleva por título: «*Espedicion de los españoles á Italia y Dinamarca, segundo Apéndice.*» Parece á primera vista estraño que los emisarios franceses debiendo aspirar á granjearse el afecto de aquellos españoles, trazaran de ellos un cuadro tan infiel como repugnante, pero si se atiende á que Napoleon para justificar sus violencias en nuestro pais pretendia ejecutar en él una mision civilizadora, y si se tiene presente ademas que la imaginacion fantástica de los franceses aspiraba á intimar á los enemigos del norte, presentando á los españoles espedicionarios como una especie de scitas modernos sedientos de sangre y de venganza, no parecerá estraño, aunque siempre injusto y desleal, este proceder.

Veinte y un dias emplearon los españoles en su marcha desde Etruria al Hannóver donde los esperaba el mariscal francés Brun.

Sitiaba este general la plaza de Stralsunt en la Pomerania sueca, y el denuedo de la guarnicion habia esterilizado hasta entonces los mas poderosos esfuerzos de los imperiales.

A la vista de los españoles concibe Brun un pensamiento singular y no vacila al ponerle en ejecucion; atrae tres de nuestros regimientos, Guadalajara, Cataluña y Villaviciosa que se hallaban en Behrenshagen, é intima la rendicion al gobernador de Stralsunt (16 de agosto de 1807), conminándole, caso de negativa, con precipitar en la brecha á los soldados españoles, guerreros de reputacion histórica, acostumbrados, segun la espresion del mariscal, á beber la sangre de sus enemigos, y cuyo fuego bélico, escitado por los peligros del combate no podia estinguirse sino con la sangre de los rendidos.

El sueco titubeó en su primero y noble proyecto al recibir esta intimacion, asómase á uno de los baluartes, descubre á las tropas españolas despreciando la muerte en el glasis, en la contraescarpa y en el foso, y juzgando de su ferocidad por su estraordinario valor, se rinde en el siguiente dia.

Los nuestros, adornados con los fáciles laureles que acababan de recoger en Stralsunt, toman la via de Hamburgo y llegan el 26 á Bergedorff para incorporarse con las dos divisiones que regia La Romana; las cuales partiendo desde la falda del Pirineo (1807), habian pasado sobre el corazon de Europa, «dando en tan largo viaje una prueba inequívoca de su disciplina y moderacion, que fueron el asombro de los pueblos aun despues de muchos años (1).» Sosteníase á la sazon vigorosamente la guerra entre el emperador de los franceses y el rey de Suecia. El ejército imperial estaba dividido en dos grandes trozos, uno, que segun hemos dicho estaba á las órdenes de Brun, y otro, el mas considerable, que habia tomado el pomposo título de ejército del Elba. Regíale el mariscal Bernardote, príncipe de Montecorvo, soldado de fortuna, si bien muy digno de ella por sus vastos talentos

(1) Espresion literal del manuscrito á que nos hemos referido.

políticos y militares. A este ejército quedaron agregadas las tres divisiones españolas.

Recibiólas Bernardote con las mayores muestras de cordial aprecio; agasajó espléndidamente á los jefes; ensalzó hasta la hipérbole las prendas maniobreras y características de la tropa, y queriendo dar á estas demostraciones mayor relieve, eligió para su guardia cien granaderos españoles. Nada se omitió de cuanto pudiera lisonjear el orgullo espansivo del soldado; el equipo de la nueva guardia fué sobre esmerado, lujoso; cada gorra de pelo para los granaderos, costó en París trescientos francos.

Para la historia, que recibe del tiempo la clave de todos los problemas, aquellos obsequios y consideraciones tenian una esplicacion sencilla; Bernardote aspiraba á crear en el pecho de los españoles un corazon francés. Mas estos medios indirectos no llenaban las miras de Bonaparte; queria el emperador que las tropas españolas se sumergiesen entre los hielos del polo, mientras que las legiones imperiales hollaban el suelo peninsular. Ofrecióle ocasion propicia una espedicion inglesa que despues de surcar audazmente las aguas del Báltico, habia hecho su desembarco en la villa de Zeland, no lejos de Copenhague.

El objeto de los ingleses era imponer respeto al dinamarqués, que con estraña irreflexion marchaba ligado á la política impetuosamente agresiva de la Francia. Avanzaron los españoles hácia aquel pais tan temido por los meridionales y donde la naturaleza parece madrastra del hombre (1).

Cruzaron el pequeño Belt por Kolding, y marchando á la cabeza del ejército franco-danés, llegaron á Nieborg el 20 de marzo, apresurándose aquí para atravesar el gran Belt; pero vieron con sorpresa ondear sobre aquellos mares glaciales algunas velas inglesas.

(1) Un poeta dinamarqués ha descrito la ingrata fisonomía de los reinos de Dinamarca y Noruega en estos versos:

Naturaleza madrastra
De climas tan espantosos
Solo soldados y hierro
Produce allí en lugar de oro.

Véase Anquetil, Historia universal.



Efectivamente, una fragata y un bergantin de guerra británicos habian establecido un crucero delante de Nieborg, obstruyendo la boca del gran Belt, cuya latitud no pasa en este punto de dos leguas. En vano el rey de Dinamarca hizo que uno de sus navíos atacase á la atrevida fragata, porque esta se defendió bizarramente, y acudiendo al eco del cañon otros buques ingleses, obligaron al dinamarqués á abatir su bandera, despues de un combate en honroso estremo para vencedores y vencidos.

Este contratiempo hizo suspender todo movimiento progresivo, acantonándose las fuerzas confederadas en los últimos puntos de partida.

Para comprender bien la posicion de los españoles, es necesario describir á grandes rasgos la constitucion geográfica de aquella parte de los dominios dinamarqueses. Tres brazos de agua atraviesan una larga estension de terreno, formando diferentes islas, y precipitándose despues en el seno helado del Báltico y del mar del norte. El primero, llamado el pequeño Belt, pasa ciñendo como una serpiente de plata, las islas de Fionia y de Kencer, y el continente de Jutland; tiene una corriente rápida y profunda, pero no puede soportar el peso de grandes embarcaciones. El gran Belt, toca por el lado opuesto á estas islas, proteje tambien la de Zelanda, y en su curso lento y majestuoso admite los navíos de mayor porte. Finalmente, el Sund es la última y mas formidable barrera de la Suecia por aquella parte, y no puede lisonjearse con dominarle enemigo alguno sin tener á su disposicion una marina imponente.

Nuestras tropas, siguiendo las prescripciones de Bernardote, se derramaron por el Jutland y la Fionia, colocándose los cuerpos de modo que pudieran comunicarse entre sí dificilmente y siempre bajo la inspeccion de las autoridades danesas y francesas. El cuartel general se estableció en Nieborg, capital de la Fionia, plaza marítima, avanzada sobre el pequeño Belt, irregularmente fortificada, mandada por un gobernador dinamarqués, y guarnecida por ochocientos soldados de esta nacion.

¡Cuán triste era la situacion de aquellos españoles en una distancia inmensa de su patria, enclavados en un territorio que iba á ser

enemigo, sujetos, por una doble cadena de agua y de hielo, fraccionados y repartidos en muchos puntos, teniendo sobre su flanco un ejército dinamarqués de treinta y cinco mil hombres, y sobre su retaguardia otro imperial de cuarenta mil! Si á esto se agregan las terribles dudas que aterraban todos los corazones, respecto á la suerte política de España, la falta de correspondencia oficial y privada, y el consiguiente presentimiento de una gran catástrofe, se podrá apreciar hasta en sus últimos quilates, toda la dolorosa influencia de tales circunstancias.

Por fin las dudas se desvanecieron para convertirse en una horrible realidad. De dos ayudantes que La Romana habia enviado á Madrid para enterarse de los sucesos políticos, volvió uno, D. Pedro Llano, acompañado de D. Martin de la Carrera. Estos oficiales hicieron una pintura viva y patética de las ocurrencias del Dos de Mayo, y aunque La Romana, por un rayo de circunspeccion muy plausible, quiso ocultar estas tristes noticias, transpiraron sin embargo, porque el corazon de las masas es profético, y lo que no sabe, lo adivina.

En vano los periódicos franceses que circulaban por los acantonamientos, presentaban á la España arrodillándose espontáneamente ante las plantas del conquistador francés; nuestros soldados, juzgando por su propio carácter del de sus compatriotas, rechazaban con indignacion tales patrañas, y suspiraban por el momento en que pudieran ofrecer su sangre como en holocausto de su lealtad.

Entretanto Bernardote seguia invariablemente la línea de conducta que se trazara en un principio. Resuelto á granjearse el afecto de nuestros generales, envia á La Romana y Kindelan, por medio del capitan de su guardia española Franco, la cruz de la legion de honor, realzando esta merced con algunos otros obsequios, menos estimados por su valor material que por su primorosa forma.

Estas capciosas atenciones tenian por objeto allanar el camino para el gran golpe que se preparaba. Pocos dias despues se circuló en todos los cuerpos españoles la órden para que juraran por su rey á José Bonaparte. Al recibir esta órden, estalla la indignacion comprimida antes en los límites del descontento. Los diversos cuerpos en sus apartados cantones, impelidos por el resorte del patriotismo, rehusan formalmente obedecer, y esta resistencia pasiva en un prin-

cipio, toma el vuelo rápido y temible de una insurreccion militar. Ni su aislamiento en tan remotos climas, ni su incomunicacion severa y completa con los ingleses, ni el formidable aspecto de las tropas franco-danesas que los envolvian por todas partes, pueden abatir á aquellos ánimos altivos y pundonorosos.

De las almas mas vulgares, bajo la influencia de una pasion grande, pueden brotar rasgos de una magnanimidad incomparable. El mundo ha admirado á Temístocles porque se atravesó el corazon con su espada antes que volverla contra su patria. ¿Por qué la posteridad no ha de conservar con alto aprecio la memoria de aquellos españoles que faltos de toda esperanza preferian perder la vida ó la libertad mas bien que manchar sus labios con un juramento hipócrita, ó adherirse á los enemigos de su pais?

Los dos regimientos de Asturias y Guadalajara, que se hallaban en Zelanda bajo las órdenes del francés Fidrion, se levantaron contra este general, y maltrataron á uno de sus ayudantes, y Fidrion solo debió la vida á la generosidad de algunos oficiales españoles, los cuales le escondieron en una iglesia, desde donde pudo huir disfrado á Copenhague.

Este arranque de ira produjo el resultado que era de esperar; quince mil daneses rodearon á los dos regimientos y los desarmaron. El rey de Dinamarca mandó separar las compañías y encerrar á los sargentos y oficiales en la fortaleza de Hamac.

La situacion de La Romana era por estremo embarazosa y dificil. Halagábale sin duda la noble energía de sus tropas, pero no se le ocultaban las tristes consecuencias de una hostilidad intempestiva. Decidido á contemporizar, hasta que la Providencia suministrara á él y á los suyos un rayo de esperanza, se propuso recorrer los cantones y hacer que las tropas prestasen juramento, pero de un modo tal que quedaran ilesos el decoro y la nacionalidad española, sin provocar fuertes medidas de represion por parte de Bernardote. Fiel á esta idea pasó sucesivamente desde Nieborg á Oddense, Asen y Zaaborg, donde se hallaban respectivamente los regimientos de la Princesa, Almansa, Villaviciosa y algunas compañías de zapadores y artilleros. Negáronse todos al principio á prestar el juramento, pero la voz de la prudencia pudo al fin penetrar en aquellos corazones

irritados, y la autoridad del general en jefe fué por todos reconocida y acatada. Pero se añadió á la fórmula prescrita por Bernardote una restriccion que hacia, atendidas las circunstancias de la Península, completamente ilusorio el juramento, «pues generales, oficiales y soldados, ofrecieron reconocer por su rey á José Bonaparte en el caso de que hubiese sido reconocido por tal en toda la nacion española, sin violencia ni coaccion de especie alguna.»

Solo el débil Kindelan, seducido por las grandezas imperiales, se valió de un engaño para hacer que los cuerpos que bajo sus órdenes se hallaban en el Jutland, prestasen el juramento al tenor de la órden francesa.

Hizo creer á los regimientos de Zamora, Rey, Infante y Algarbe, que las demas tropas españolas, siguiendo el ejemplo del general en jefe, se habían sometido al imperio de las circunstancias, y que seria una empresa mas que temeraria, insensata, provocar bajo la espada de los dinamarqueses, una escision en el seno de nuestro ejército. Desvanecióse al poco tiempo esta fábula, y los soldados prorumpieron en gritos de furor; pero todavía halló Kindelan medio de calmarlos, á lo que contribuyó mas que la palabra de un jefe desacreditado, la conviccion de su propia impotencia.

Así terminaron estas escenas dignas de larga narracion. Aquellas tropas, agrupándose en derredor de sus banderas, y protestando no mancharlas jamás con un acto de baja cobardía, ofrecian sin duda un espectáculo tan tierno como interesante. Ni habia en esta conducta un principio subversivo de la disciplina, porque nuestros soldados acataban á sus jefes naturales, siempre que estos fueran fieles á la nacion.

Bernardote no podia tolerar que se eludiesen sus órdenes con subterfugios. Quizás él admiraba la lealtad de los españoles, porque los sentimientos elevados hallan siempre cabida en los grandes caracteres, pero como general del imperio debia exigirles una adhesion pura, franca y esplícita. Verificólo ciertamente, y nuevas instrucciones que recibió el marqués de la Romana, mezcladas con amargas censuras y fuertes amenazas, probaban bien á las claras que habia llegado el momento definitivo. Era preciso someterse ó perecer en una lucha desesperada, ó salvarse por medio de la fuga.



Esta determinacion se presentaba á todas las imaginaciones, y agitaba incesantemente la del general en jefe. Pero La Romana estaba siempre rodeado de espías; todos cuantos ingleses se presentaban en la costa para abrir inteligencia con la escuadra del almirante, eran implacablemente fusilados, compitiendo en crueldad dinamarqueses y franceses; y un atrevido escocés, que mas feliz que los otros, y disfrazado de capellan, logró avistarse con el marqués, no pudo obtener resultado alguno, pues le descubrieron y se salvó casi por milagro.

En tan duro conflicto la Providencia dispuso que los enemigos contribuyeran eficazmente á la salvacion de nuestras tropas. El comandante francés Gautier, que mandaba en el Langeland, pidió al sargento mayor de Cataluña, D. Ambrosio de la Cuadra, un oficial español de confianza para que se embarcara en un pequeño bote y llevara varios pliegos al príncipe de Pontecorvo que estaba en Zelanda. Cuadra accedió con aparente celo á esta indicacion, y presentó como el sugeto mas idóneo al subteniente D. José Fábregas.

Tenia este jóven oficial una alma de fuego capaz de lanzarse á los mayores peligros bajo la idea de la gloria. No se sabe á punto fijo si le sugirió Cuadra el proyecto de comunicarse con los ingleses, ó si le concibió él, pero el honor de la ejecucion le pertenece esclusivamente. Colocado en una frágil embarcacion, y viéndose cerca de la escuadra británica, manda á los remeros daneses que voguen hácia ella en vez de dirigir el rumbo sobre Zelanda.

Al oir esta intimacion el asistente de Fábregas, soldado catalan, cree que su señor quiere pasarse á sus enemigos políticos los ingleses, y en un rapto de violenta ira toma el fusil y se dispone á hacerle fuego.

El valeroso Fábregas conserva una serenidad admirable en presencia de un peligro tan ejecutivo; saca su espada, hiere al audaz soldado é impone respeto á los marineros daneses, que impelidos por el ejemplo del asistente, habian abandonado los remos para caer de rebato contra el oficial español. Finalmente, Fábregas alcanza la escuadra británica y pasa á bordo del navío almirante donde Keats le recibe con la mayor cordialidad, estimula sus esperanzas y se asocia á sus planes de evasion. Por una feliz coincidencia llegaba al mismo tiempo á aquellos mares D. Rafael de Lobo,



comisionado de la junta central de Sevilla, y el cual llevaba de Lóndres órdenes estrechas para el almirante inglés, á fin de que protegiera el regreso á la Península de las divisiones españolas. Inmediatamente se dispone que Fábregas vuelva á tierra para entenderse con La Romana. Este paso era muy arriesgado, porque los vigías dinamarqueses habian descubierto á Fábregas al dirigirse á la escuadra inglesa, pero el noble jóven, animado del mas ardiente patriotismo, se ofreció de nuevo á este heróico sacrificio, y recogida por él toda la correspondencia, pidió que á media noche y con las mayores precauciones lo pusiesen en tierra, en cierto parage que indicó en la isla de Langeland.

Enterado el marqués de la Romana por el valiente Fábregas, de cuanto pasaba, y cerciorado ya por los pliegos y cartas recibidas, de la verdadera situacion de España, determinó aprovechar la ocasion que se le presentaba para sacudir el yugo que le impusiera una negra traicion, y devolver á su patria las tropas de su mando.

Para llevar á cabo esta empresa, no dejaba de ofrecer grandes inconvenientes la circunstancia de hallarse diseminados los cuerpos, no siendo fácil por esta razon, entenderse con ellos y atraerles á un punto dado. Sin embargo, supo vencerlos con su arrojo el marqués de la Romana; mandó á todas sus tropas que superando con la fuerza cualquier obstáculo que se les opusiera, se le reunieran en su cuartel general de Nieborg, plaza de cuyo mando se apoderó inmediatamente contra la voluntad de su guarnicion y vecindario.

Conociendo al propio tiempo la necesidad de asegurar la posesion de algunos otros puntos que le proporcionasen los víveres y el agua que necesitaba para mantener su ejército, mientras buscaba el medio de embarcarlo, fijó su vista sobre la isla de Langeland, y mandó al baron de Armendariz que se apoderase de ella á toda costa.

Pasó desde luego el primer batallon de Barcelona á Langeland, pero no sin grandes obstáculos é inconvenientes pudo incorporarse en ella el baron de Armendariz con su regimiento, pues ademas de hacer toda su marcha flanqueado por algunas lanchas cañoneras, al llegar al puerto de Swemberg donde debia embarcarse para atravesar la isla de Tasring que media entre Fionia y Langeland, se vió privado de todo recurso para verificar la travesia por haberse ocul-



tado las autoridades dinamarquesas y todo su vecindario. Mas lejos de arredrarse el ánimo del baron por este imprevisto contratiempo, se hizo superior á las dificultades que se le oponian, y dando un corto descanso á su tropa, empezó á pasar á nado parte de su regimiento. Dificil hubiera sido que verificase todo el cuerpo esta larga travesia, á pesar del esfuerzo y valor con que se superaban tan evidentes riesgos y peligros, pues prescindiendo del mucho tiempo, precauciones y cuidado que exigia esta operacion, era del todo imposible pasar los equipages y unas piezas de artillería de campaña que allí se habian reunido como necesarias tambien para las operaciones que iban á emprenderse en Langeland.

Asistidas siempre en medio de este conflicto, de su lealtad y valor, estas tropas no desmayaron de su constante esfuerzo, llevando con la mayor resignacion cuanto empezaban á padecer por la noble y santa causa que habian abrazado; sufrian gustosas su suerte, sosteniéndolas el amor que profesaban á su rey y á su patria. Tienen su recompensa las acciones generosas y la misma inconstante fortuna se complace en protejer los mas arriesgados proyectos cuando procediendo de noble orígen se ejecutan con tan firme resolucion que supera todo obstáculo. Asi sucedió cuando abandonado á solo su valor este regimiento, parecia imposible venciese las dificultades que se presentaban; el interés, este vil y poderoso seductor á quien solo resiste y desatiende la virtud, les ayudó á superarlas: con 300 pesos que se reunieron entre los individuos de este cuerpo, se lograron al momento tres barcos de bastante capacidad en que felizmente se verificó la travesia.

No se ocultó á la prevision del baron que iguales ó mayores dificultades esperimentaria en el paso mas penoso y dilatado de Tasring á Langeland y despachó inmediatamente un oficial con alguna tropa para que tranquilizase á los habitantes y autoridades de la isla, manifestándoles pasaba como amigo y aliado y que solo exigia los auxilios necesarios para trasladarse á Langeland, previniéndole al mismo tiempo tomase tambien por su parte cuantas providencias le dictase su celo por asegurar el mejor éxito de la comision que se fiaba á su cuidado.



Fué con todo inútil esta precaucion, pues sorprendidos los dinamarqueses con novedad tan imprevista y de tanta consecuencia, y temorosos ademas de los franceses, á nada se prestaron, ocultándose de tal modo, que fué imposible hallar mas que cinco ó seis personas de la plebe, quienes mediante otros 300 pesos, ofrecieron facilitar los buques necesarios; pero solo proporcionaron dos pequeños botes, desapareciendo despues, y dejando la tropa en tan embarazosa situacion, que hacia mas sensible el ser ya de noche, cuando con tan débiles medios se empezó á verificar esta larga travesia. Envió al momento el baron de Armendariz á Langeland á D. Manuel de Moxó, uno de los ayudantes de su regimiento, á fin de que informando este oficial al mayor Cuadra, de la situacion en que se hallaba, le facilitase los auxilios necesarios para verificar el paso de su regimiento: volvió este ayudante á media noche con algunos barcos, asegurando seguirian llegando otros, y con aviso al baron para que pasase inmediatamente á tomar el mando de aquellas tropas por convenir asi al bien del servicio.

Reunida en la isla en la mañana del siguiente dia toda la fuerza que se habia destinado á sus órdenes, viendo que en la misma habia un cuerpo considerable de dinamarqueses, inciertos, temerosos y disgustados de nuestra conducta hostil, manifestada ya por el desarme de un destacamento francés de cien hombres por el mayor Cuadra, y el arresto de su jefe Mr. Gautier: determinó desde luego sin pérdida de momento para no dar lugar á los daneses á salir de su incertidumbre é irresolucion, á que debia particularmente inducirles la superioridad de su número, intimarles su rendicion; y si no la verificaban, atacarlos en el acto decididamente en cumplimiento de las órdenes que habia recibido del marqués de la Romana y de lo que exigian las circunstancias, para apoderarse á toda costa de la isla. Tomó en consecuencia sus medidas, situó su tropa en disposicion de verificar desde luego el ataque si no accedian á su intimacion, y envió el mismo ayudante ya nombrado, D. Manuel de Moxó, con la precisa órden de conceder solo diez minutos de tiempo para la resolucion del general Danes, conde Ahslefeld Laurisg. Sorprendido y consternado éste con tan inesperada nueva, viendo ya la disposicion

militar de nuestras tropas y su firme y decidida resolucion, cedió al imperio de las circunstancias, accediendo á rendirse, á entregar las armas y licenciar su gente, y vino seguidamente en compañia del mismo ayudante parlamentario á la villa y puerto de Rulhoping, á concertar las capitulaciones, que quedaron firmadas aquel mismo dia. Así quedó la isla en poder de nuestras tropas, tremolando en ella por primera vez el pabellon español.

Mientras esto pasaba en Langeland y asi aseguraba el baron de Armendariz la posesion de este importante punto á las tropas españolas, punto sin el cual ni hubieran podido verificar su reunion ni hacer los aprestos y preparativos necesarios para su retirada y navegacion, se iban incorporando en Nieborg los cuerpos acantonados en Fionia y Península de Jutland, con mas felicidad los primeros como mas inmediatos y depedientes directamente de la autoridad del marqués de la Romana, pero con sumo trabajo y venciendo obstáculos casi insuperables los segundos, pues teniendo su inmediato mando el mariscal de campo D. Juan Kindelan, segundo jefe del ejército, y olvidando este sus deberes, no solo no obedeció las órdenes de La Romana, sino que nada omitió para corromper y seducir la opinion de estas valientes y leales tropas, y procuró por todos medios impedir su marcha, dando desde luego aviso al mariscal príncipe de Pontecorvo y á las demas autoridades francesas y dinamarquesas para que dificultándose la realizacion de sus justos deseos, no pudiesen obedecer las órdenes que tenian, ni satisfacer los deberes que les imponia la situacion de su patria.

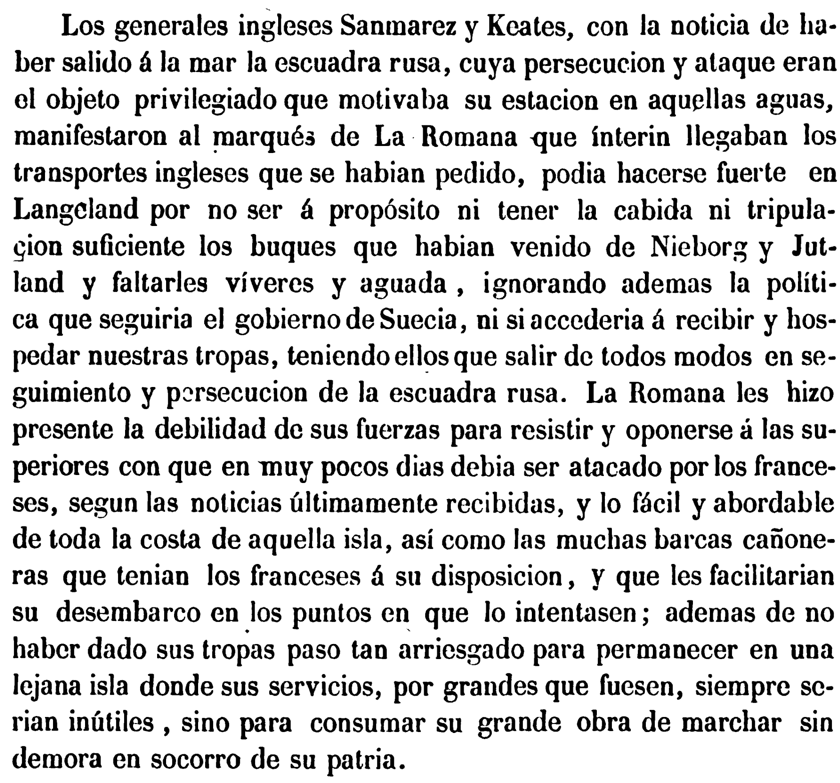
El regimiento de Zamora, con una marcha forzada, pasando el pequeño Belt, atravesó la Fionia y se incorporó felizmente en el cuartel general: los regimientos de caballería del Rey é Infante, valiéndose sus jefes de mil ardides, lograron naves en que, aunque con abandono de sus caballos, pudieron tambien llegar á la misma plaza. No fué tan afortunado el regimiento de Algarve por la irresolucion y muchos años de su coronel. Mucha parte de este bizarro cuerpo guiado por oficiales de pundonor, sin atender mas que á su valor y patriotismo, se puso desde luego en marcha con direccion á uno de los puertos para verificar de cualquier modo y á toda costa

su embarque, pero fué alcanzada por los belgas y un cuerpo superior de caballería francesa, cayendo todos prisioneros y quedando de este modo en poder del enemigo tan valiente y hermoso regimiento, digno por cierto de mejor suerte.

Tan presto como logró apoderarse La Romana de la plaza de Nieborg, dió de ello aviso al almirante inglés, á fin de que aproximándose al puerto, arreglasēn los medios de trasladar sus tropas á Langeland, como punto elegido para la reunion general: con este conocimiento despachó inmediatamente el almirante al capitan de navío Greebes, para que reconociese cuantos buques fuesen útiles de los que alli se hallaban, mandándose al mismo tiempo por bando, emanado de ambas autoridades, española é inglesa, que sus propietarios los pusiesen desde luego en estado de navegar, asegurándoles el pago de sus fletes, y que no se les seguiria el menor perjuicio. Fué con todo inútil esta providencia por no prestarse casi nadie al indicado servicio, siendo preciso viniese gente de la escuadra inglesa para tripular y aprontar los buques de que se pudo hacer uso, y se dió á la vela el 11 de agosto, llegando felizmente el 13 á Langeland.

Todas las tropas españolas se hallaban ya reunidas en esta isla menos el regimiento de Algarbe por la fatalidad ya dicha y los regimientos de Guadalajara y Asturias que acantonados en Roskilde, en la isla de Zelanda, al inmediato mando del general Fidrion, al presentarse este con la mayor imprudencia á exigirles el inicuo é injusto juramento que con tanto ardor se solicitaba de estas tropas, no pudieron contener su indignacion, y apurado ya el sufrimiento en vista de tanta maldad y alevosía, olvidando que eran soldados para acordarse solo de que eran españoles, persiguieron á dicho general, á quien seguramente hubieran sacrificado á su justo enojo y furor, á no haberlo protegido el coronel de Asturias, Delevielleuse, á quien indudablemente debió la vida en aquella ocasion; pero fugándose en seguida, pasó á Copenhague á quejarse á aquel soberano de todo lo ocurrido, y pedirle auxilio para reducir á aquellos que él llamaba revoltosos. Marcharon al momento todas las tropas disponibles, cercaron en muy crecido número á estos desgraciados regimientos, y les obligaron á rendir y entregar las armas, quedando prisioneros de guerra.





Los generales ingleses Sanmarez y Keates, con la noticia de haber salido á la mar la escuadra rusa, cuya persecucion y ataque eran el objeto privilegiado que motivaba su estacion en aquellas aguas, manifestaron al marqués de La Romana que ínterin llegaban los transportes ingleses que se habian pedido, podia hacerse fuerte en Langeland por no ser á propósito ni tener la cabida ni tripulacion suficiente los buques que habian venido de Nieborg y Jutland y faltarles víveres y aguada, ignorando ademas la política que seguiria el gobierno de Suecia, ni si accederia á recibir y hospedar nuestras tropas, teniendo ellos que salir de todos modos en seguimiento y persecucion de la escuadra rusa. La Romana les hizo presente la debilidad de sus fuerzas para resistir y oponerse á las superiores con que en muy pocos dias debia ser atacado por los franceses, segun las noticias últimamente recibidas, y lo fácil y abordable de toda la costa de aquella isla, así como las muchas barcas cañoneras que tenian los franceses á su disposicion, y que les facilitarian su desembarco en los puntos en que lo intentasen; ademas de no haber dado sus tropas paso tan arriesgado para permanecer en una lejana isla donde sus servicios, por grandes que fuesen, siempre serian inútiles, sino para consumar su grande obra de marchar sin demora en socorro de su patria.

Convencieron tan poderosas y fundadas razones al almirante Sanmarez, no sin bastante oposicion de su segundo Keates, quien siempre insistió en el eminente peligro que habia de naufragar por lo espuesto que era pasar el Categat con tal clase de naves y sin la tripulacion necesaria: mas al fin determinó salir solo Sanmarez en busca de la escuadra rusa que logró efectivamente batir, mandando á Keates que con el navio *Soberbio* y algunos otros buques á cuyo bordo debia recibirse cuanta tropa fuese posible alojar, convoyase á los pequeños y débiles barcos que se habian sacado de Jutland y Nieborg.

Dada ya esta órden definitiva, solo se trató de hacer aguada, víveres y demas aprestos necesarios para transportar la espedicion á Gottemburg, donde debian esperarse los transportes ingleses ya pedidos y en cuyo punto el carácter noble y generoso del rey de Suecia, nos aseguraba desde luego el mas franco y cordial hospedaje.



Mientras todo se aprontaba con la brevedad posible para dar á la vela, no perdia momento la intriga francesa para desbaratar y entorpecer tan noble proyecto. Al paso que reunia la fuerza posible para atacar la isla con toda la seguridad del mas feliz éxito, tuvo medio para conmover y sublevar la tropa dinamarquesa que habia en ella, y esta puso á su general conde de Ahslefeld Lanrisg en el caso de faltar á la capitulacion que habia hecho con el baron de Armendariz, negándose á cumplirla con la religiosidad que habia ofrecido y era de esperarse. Mas la fuerza le obligó á ello, é hizo que tuviera el debido efecto, marchando algunos cuerpos con el conde de San Roman á su cabeza, á atacar á aquellos perjuros que tuvieron que entregar desde luego sus armas y cumplir con lo demas que habian capitulado. Era tambien muy contínuo el fuego de las cañoneras con que de dia y de noche molestaban constantemente la isla; ni tampoco olvidaron su seductor y acostumbrado medio de insidiosas proclamas con halagüeñas y pérfidas cartas á los generales y jefes principales en que con las ofertas mas lisonjeras intentaron, aunque en vano, seducir su constante y acrisolada lealtad y que solo fueron correspondidas con el desprecio é indignacion debidos. Concluidos al fin los aprestos necesarios, y embarcadas ya las tropas, se dió á la vela el 21 de agosto, dejando solo abandonado en tierra un infeliz criminal sentenciado por las leyes á la pena de muerte, pena que se le conmutó en la de abandono y espatriacion, por no señalar con la sangre de uno de sus individuos el dia en que adquirieron su libertad.

Arribó felizmente la espedicion á Gottemburg el 27, donde se le dió el descanso necesario, llegando tambien en este tiempo mucha parte del regimiento de la Princesa que con su coronel, el conde de San Roman, tuvo que desembarcar en el puerto de Helsnburg para desocupar el navio *Edgon*, en que navegaban, por reclamarlo con premura el almirante Sanmarez.

Llegaron tambien en aquellos dias los transportes ingleses, y se trasbordaron á ellos las tropas el 12 de setiembre, dándose á la vela el dia siguiente. El marqués de la Romana, embarcado en un bergantin de guerra, se separó entonces del ejército, cuyo mando recayó en el conde de San Roman, y pasó en derechura á la córte de

Lóndres á manifestar su reconocimiento por la proteccion y auxilios que con mano tan noble y generosa habia concedido á la espedicion, y tratar ademas asuntos concernientes al buen éxito de la gran causa que defendia la nacion.

El 23 llegó el convoy á las Dunas, donde estuvo dos dias detenido; y continuando en seguida su navegacion, al divisarse ya el 30 las costas de España, sufrió un recio y duro temporal que si bien hizo padecer mucho, no ocasionó pérdida ni quebranto alguno, logrando entrar felizmente los buques, aunque desunidos, en los puertos de Santander y Santoña el 8 de octubre.

Tales son los sucesos ocurridos á la division española del norte, desde el momento en que supo las desgraciadas ocurrencias de su patria, hasta el en que desembarcando en las costas de Cantabria, se unió á sus ejércitos y empezó de nuevo á servirla y darle las mas acreditadas pruebas de su constante amor y lealtad, sacrificándose por obtener su libertad é independencia y la de su augusto soberano.

El siguiente estado manifiesta el número y organizacion de las tropas que en álas del amor pátrio, y salvando distancias tan considerables, regresaron á la Península. Cuando se considera la índole de la guerra que se sostenia entonces en nuestro pais; cuando se tiene en cuenta que las tropas españolas, aunque dotadas de un valor heróico, tenian que organizarse bajo el cañon enemigo, y solo obtenian una educacion militar imperfecta, causa poderosa y frecuente de sus desastres, se comprenderá bien la influencia favorable de este refuerzo menos digno de aprecio en cantidad numérica, que por las cualidades de los jefes y soldados que le constituian.

Estado *que manifiesta el número de la tropa y oficiales que desde Dinamarca volvieron á España con espresion de los jefes que mandaban los cuerpos.*

ARMAS.	REGIMIENTOS.	Oficiales.	Tropa.	NOMBRES DE LOS JEFES DE LOS CUERPOS.	
Infantería de línea.	Zamora.	58	1652	Coronel.	D. Antonio Darcourt.
				Teniente coronel.	D. Pedro Ailmer.
				Comandante.	D. José Imaz.
				Sargento mayor.	D. Antonio Hermosilla.
	Princesa.	68	1947	Coronel.	El marqués de San Roman.
				Sargento mayor.	D. Santiago Moreda.
Infantería ligera.	1.° de Cataluña.	48	1060	Comandante.	D. Juan Francisco Vives.
				Sargento mayor.	D. Ambrosio de la Cuadra.
	1.° de Barcelona.	42	1212	Comandante.	D. José Borrellas.
				Sargento mayor.	D. Felix Prats.
Caballería de línea.	Rey.	42	575	Coronel.	D. José María Lastres.
				Teniente coronel.	D. Antonio Retana.
				Sargento mayor.	D. Rafael Valparda.
	Infante.	41	565	Teniente coronel.	D. Joaquin Astraudi.
				Sargento mayor.	D. José Rivera.
Dragones.	Almansa.	39	567	Coronel.	D. Juan Antonio Caballero.
				Teniente coronel.	D. Miguel Becar.
				Sargento mayor.	D. Francisco Comway.
	Villaviciosa.	32	562	Coronel.	Baron de Armendariz.
				Teniente coronel.	D. José María de Rivas.
				Sargento mayor.	D. Gerónimo de Aranda.
Artillería.	25 piezas.	18	363	Comandante.	D. Mariano Breson.
	Zapadores.	7	95	Capitanes.	D. Azpiroz.
					D. Fernando Millares.
		595	8586		

NOTA

Vinieron tambien:

Mujeres.	116	232
Niños.	67	
Criados.	49	

PLANA MAYOR.

General en jefe.

Excmo. Sr. Marqués de la Romana.

Ayudantes generales.

Montes.
Caballero.
Vallejo.
Rengel.

Real cuerpo de ingenieros.

Teniente coronel Gonzalez Dávila.

Ayudantes segundos.

D. José O-Donell.
Vera.

Secretarios.

D. Estanislao Sanchez Salvador.

Edecanes.

D. Juan Caro.
D. Agustin Llanos.
D. Tulio O'Neill.

Agregados al ejército.

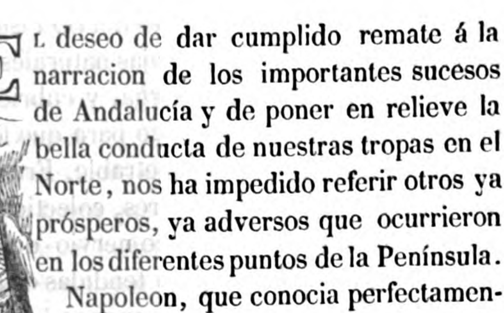
Coronel, conde de Prado Castellano.
Intendente, D. Lázaro de las Heras.
Comisario, D. Francisco Laborda.
Auditor de guerra, D. Miguel Paez.
Secretario del general, D. Nicolás Chapero.



CAPITULO XIII.

1808.

ACCION DE CABEZON.—REFLEXIONES GENERALES.—LOS IMPERIALES OCUPAN A SANTANDER.—BATALLA DE RIOSECO.—ACCION DEL BRUCH.—ESCESOS DE CHABRAN.—SEGUNDA ACCION DEL BRUCH.—CONSIDERACIONES SOBRE LAS GUERRILLAS CATALANAS.—ESPEDICION DE DUHESME CONTRA GERONA. RESISTENCIA DE MONGAT.—SAQUEO DE MATARÓ.—HERÓICA DEFENSA DE GERONA.—ESPEDICION DE MONCEY CONTRA VALENCIA.—REFRIEGAS DEL PUERTO PAJAZO, LAS CABRILLAS Y CUARTE.—DEFENSA DE VALENCIA.—PRIMER SITIO DE ZARAGOZA.—RESOLUCION MAGNÁNIMA DE LOS ZARAGOZANOS.—RASGOS HERÓICOS.—LOS FRANCESES SE VEN PRECISADOS A LEVANTAR EL SITIO.



El deseo de dar cumplido remate á la narracion de los importantes sucesos de Andalucía y de poner en relieve la bella conducta de nuestras tropas en el Norte, nos ha impedido referir otros ya prósperos, ya adversos que ocurrieron en los diferentes puntos de la Península.

Napoleon, que conocia perfectamente el secreto de la fuerza en las grandes masas organizadas, no concibió desde luego sérios temores al saber

que habia estallado en la Península una revolucion informe, sin guia, sin caudillos y sin norte fijo en sus operaciones.

Un cuerpo acéfalo no podia, en su entender, resistir por mucho tiempo la influencia enemiga del genio omnipotente. Empero sobresaltábale la idea de que los ingleses apoyasen su pié en nuestras playas, ciñendo con sus escuadras las costas del Mediterráneo y del Océano. Para evitarlo dispuso la malhadada espedicion á las Andalucías, y mandó al mariscal Bessieres, que comprimiese hasta anularle, el movimiento de Santander.

Preocupaba vivamente al mariscal la insurreccion de Valladolid, que podia estenderse y envolver hasta su misma base de operaciones, Burgos, y atento á realizar simultáneamente las órdenes del emperador y sus propios deseos, lanzó al general Merle en la via del norte, mientras Lasalle avanzaba por las estensas llanuras de Castilla, dejando en Torquemada y Palencia un reguero de sangre, como funesto indicio de su tránsito. Poco despues Bessieres, dando una importancia mas elevada á su empresa contra Valladolid, ordenó á Merle que pronunciara un movimiento de flanco á fin de enlazarse con Lasalle, y en efecto, ambos generales franceses se reunieron en Dueñas, formando con sus tropas un conjunto de diez mil infantes y nuevecientos caballos. El general español Cuesta, que gozaba fama de buen táctico, menos debida sin embargo á su habilidad que á los favores de la fortuna, quiso cerrar el paso al enemigo en Cabezon, dominando una posicion eminente, y que bañan y cubren por la izquierda las abundantes aguas del rio Pisuerga. No realzó Cuesta con los recursos del arte las ventajas naturales de su posicion; antes conservando el puente del Pisuerga, y cubriéndole con algunas bandas de paisanos, escitó al enemigo para que le atacara por aquel flanco, que debió ser siempre impenetrable. Era la gente española en número de unos diez mil hombres, colecticia y por estremo bisoña.

Constituian su verdadero nervio doscientos caballos de línea y cien guardias de Corps, pero tendidas estas tropas en una línea prolongada y débil, no pudieron oponer á los franceses, ni aun la resistencia suficiente para que tuvieran en algo el precio de la victoria. Quedó arrollada la caballería al primer ímpetu del enemigo; y el terror, junto á las hábiles maniobras de los ginetes imperiales, preci-



pitó á los paisanos en la retirada mas tumultuosa. Hubo sin embargo un batallon de estudiantes que bien dirigido hubiera logrado unir los laureles de Marte á los de Apolo y Minerva; mas abandonado por cuantos debieron protegerle, y envuelto entre el fuego de amigos y enemigos, tuvo al fin que seguir el funesto ejemplo de la fuga.

Los franceses saquearon á Cabezon y se adelantaron con precauciones supérfluas hácia Valladolid, cuya ciudad, poco susceptible de defensa, ofrecióles al punto la oliva de la paz, cubierta con el manto augusto de la religion. Cuesta por su parte, recogió los restos de su caballería, y fué á detenerse en Rioseco, buscando al parecer la línea del Duero.

Ya no habia obstáculo alguno que demorase la espedicion contra Santander. Efectuóla Merle en combinacion con Ducós, atacando ambos con brio y fortuna las posiciones de Lantueno y el Escudo, cubiertas por algunas fuerzas inorganizadas que mandaban respectivamente los dos Velarde, padre é hijo. Resistió poco la primera, y aunque en la segunda mostraron mayor aliento los inespertos españoles, perdiéronla tan pronto como llegó á sus oidos la derrota de Lantueno. Ya no le fué dificil á Merle avanzar hasta Santander, cuyas puertas se le abrieron antes de soltar el primer cañonazo. En el breve término de quince dias, con ligera efusion de sangre francesa, Bessieres creyó haber sometido dos provincias, interesante la una por su situacion marítima, y de grande importancia la otra por hallarse colocada en el corazon del reino. Sucesos tan rápidos y en apariencia decisivos, confirmaron al general y al emperador en sus lisonjeros vaticinios respecto al porvenir de la guerra. La derrota que sufrió Cuesta en Cabezon no fué sin embargo mas que el preludio de mayores calamidades. Replegándose desde Rioseco á Benavente el general castellano, no se resolvió, no obstante la fogosidad de su carácter, á recobrar la ofensiva hasta que se le reunieron los ejércitos de Galicia y Asturias que se organizaban al amparo de las ásperas sierras de Fuencebadon, bajo las órdenes de D. Joaquin Blake. Cuesta, inflamado por su belicoso celo, y aun mas todavía por la esperanza de restaurar su honor mancillado, acudió repetidas veces á la junta de Galicia para que se verificase la incorporacion de los tres

ejércitos, y la junta de Galicia fué tan débil ó tan poco previsora, que se decidió á disponerla, desoyendo las sábias representaciones de Blake.

El error que acababa de cometer la junta de Galicia, fué comun á otras muchas, y contribuyó en gran manera á que los invasores estendiesen su dominacion, enalteciéndose con triunfos fáciles en realidad, pero muy abultados en boca de la fama. Los españoles, sobrecogidos de improviso por una guerra nacional, conociendo muy por encima la índole de sus propios recursos, y no valorando debidamente los inmensos que tenia el enemigo, se propusieron dar á esta guerra un carácter muy militar. Así se les ve en su ardoroso anhelo formar batallones de reclutas, constituir con ellos sus ejércitos y lanzarles desde los campos de instruccion á los de batalla, para empeñarse contra las tropas mas maniobreras y mas tácticas que hubiera habido hasta entonces en Europa. La guerra de España, como la de Francia en 1793, como la de Roma cuando la invasion de los cartagineses, como la de todos los pueblos que sin elementos poderosamente organizados han tratado de sostener el sagrado carácter de su independencia nacional, no debió ser en un principio de grandes batallas, sino de posiciones escogidas en que las fortificaciones naturales ó artificiales realzaran el valor ardiente, pero inesperto de nuestras tropas, y embarazasen las hábiles evoluciones del enemigo.

Roma no venció al ilustre Annibal hasta que se encerraron sus denodados hijos en sólidos atrincheramientos; los franceses solo pudieron vencer á los soldados del gran Federico protegidos por la imponente topografía de la Argonne; nuestras glorias principales durante esta lucha tremenda, resaltan en los sitios de algunas plazas. Así el afan indiscreto de precipitar en los combates á ejércitos bisoños, fué causa de que nunca tuviéramos ejércitos dignos de figurar en la alta esfera á que eran llamados por las virtudes características de los soldados españoles, y así se daban mayores alientos al conquistador para empeñarse tenazmente en dar cima á la empresa mas impolítica que hubiera jamás concebido. Sin embargo, por mas que esta verdad aparezca incontestable bajo el cálculo frio y severo del historiador, debemos respetar y aplaudir la heróica conducta de

nuestros padres; ellos se hallaron colocados en una situacion estraordinariamente escepcional; juntas, generales, cuantas personas podian dirigir las operaciones, cedian al impulso irresistible del sentimiento público; el deseo que germinaba en todos los corazones, la frase que volaba de boca en boca, era la de luchar sin descanso contra los invasores; los desaires de la fortuna enardecian en vez de entibiar el vigor de la opinion, y los grandes pueblos que defienden un objeto noble, aprenden siempre á vencer en sus mismas derrotas.

Blake, obedeciendo las órdenes terminantes de la junta de Galicia, rompió su marcha hácia los llanos de Castilla, dejando préviamente en las sierras de Manzanal un cuerpo de cinco mil hombres con cinco piezas de artillería, y otro de mil en la Puebla de Sanabria, proponiéndose con esto cubrir cuanto fuese posible, las principales comunicaciones del territorio gallego.

Incorporados en Benavente los ejércitos, formaron un total de veinte y siete mil hombres, veinte de los cuales obedecian las órdenes de Blake, y siete mil eran castellanos. No obstante que el número y mejor calidad de sus tropas parecian autorizar á Blake para ejercer el mando superior, hubo de reclamarle y obtenerle Cuesta, fundándose en la antigüedad de su categoría. Fué esta la primera causa de desavenencia entre los dos generales, desdeñando Cuesta á Blake porque habia sido promovido en álas de la revolucion, y vituperando este en aquel el orgullo y presuntuosa arrogancia. Surgió nuevo motivo de discordia del plan mismo de operaciones, porque el impaciente Cuesta queria á todo trance recobrar la ofensiva, y el sensato Blake preferia situarse en Benavente y sus inmediaciones, ya con el objeto de mantener viva y abierta su comunicacion con Asturias, estendiendo la mano por cima de las montañas leonesas, ya con el mas plausible de completar la organizacion de su ejército, imponiendo entretanto á Bessieres, é impidiéndole dedicarse á nuevas empresas.

Prevaleció por último la autoridad de Cuesta, y el ejército combinado avanzó con paso rápido hasta Medina de Rioseco. Una division gallega, compuesta de cinco mil hombres, permaneció en Benavente.

La situacion de Bessieres no era entonces muy lisonjera. Redu-

cido á nueve ó diez mil hombres, habia pedido enérgica, pero inutilmente auxilios á Madrid, porque comprendia que en caso de un revés los puntos recien sometidos y mal custodiados, volvieran á levantarse con todo el brio de la reaccion, y entonces su retirada se hacia árdua, cuando no imposible.

Favorecióle la fortuna oportunamente con un refuerzo de escelentes trópas que le llevó el general Mouton, y con otro menos considerable procedente de Madrid. Como hombre animoso y general que sabia apreciar bien las ventajas de la ofensiva, Bessieres se puso en marcha y fué á brindar con la batalla á sus adversarios.

Tan lejos estaba de esperarle Cuesta, que habia mandado á Blake pronunciar su movimiento con direccion á Valladolid, en la idea de acometer á Bessieres por la retaguardia, si este mariscal permanecia inactivo. Fué, pues, preciso llamar apresuradamente á Blake y situarse en una posicion, no la mas conveniente, sino la que en cierto modo habia impuesto el enemigo con su rápido avance.

El camino que seguian los franceses pasaba por la falda de dos colinas encadenadas con otras crestas á derecha é izquierda, formando entre sí un anfiteatro conocido por los campos de Monclin. En la posicion mas avanzada se estableció Blake con nueve mil hombres; Cuesta con doce mil fué á situarse sobre el flanco derecho de aquel primer cuerpo, inclinando las estremidades de sus álas hácia la retaguardia de Blake. Mediaba entre las dos grandes fracciones del ejército español una distancia de mil doscientas toesas, lo que daba al enemigo la inmensa ventaja de poder batir nuestras fuerzas en detall antes que pudieran ser oportunamente socorridas unas por otras. No se han podido conocer las consideraciones que movieron á Cuesta para dar á su ejército esta colocacion tan estraña y tan opuesta á los mas vulgares principios de la ciencia militar. Hay quien supone que cedió al deseo de decidir la victoria arrojando en la batalla sus fuerzas cuando viese á Blake mas comprometido, pero esta suposicion tan poco honorífica para el que ha sido objeto de ella, aparece poco probable, pues Cuesta ni desconocia la impetuosidad arrolladora de los imperiales, ni debia dudar que una vez oprimido Blake, no contaba él con elementos suficientes para oponerse con rostro firme al victorioso Bessieres. Mas gratuita y menos honrosa es la opinion

que atribuye á los celos existentes entre los dos generales españoles esta especie de divorcio sobre el campo de batalla, porque el orgullo de uno y de otro, por escesivo que fuese, no debia impelirles á buscar la ignominia de la derrota, subordinando su propia reputacion al triste placer de mancillar la de su antagonista. Lo mas verosímil es lo que hemos indicado al principio, que la veloz é inesperada marcha de Bessieres desconcertó todos los planes de Cuesta, y que este general, en su azoramiento, aceptó las posiciones que plugo al enemigo señalarle. De cualquier modo, la falta que cometia el español era tanto mas flagrante, cuanto que la accion debia decidirse en la llanura intermedia, y nuestra caballería no pasaba de quinientos ginetes regulares, subiendo á dos mil quinientos la contraria, perfectamente instruida y hábilmente mandada por el general Lasalle.

Bessieres descubrió al primer golpe de vista el error de su enemigo, y en su consecuencia arrojó sobre Blake doce mil hombres, mientras Lasalle quebrantaba con su caballería la débil articulacion que formaba la nuestra entre los dos grandes cuerpos. Los generales Merle y Sabathier acometieron el centro y la izquierda de los españoles, mas en la idea de divertir á Cuesta, que con la de hacer decisiva la funcion por aquellos dos puntos. Batiéronse gallardamente las tropas de Blake, pero no pudieron resistir á las hábiles evoluciones de Bessieres y al juego violento de su artillería, y acabaron por desconcertarse, dejando descubiertos á nuestros ginetes, ya acosados con singular ardor por el intrépido Lasalle. En estos momentos difíciles, el instinto belicoso de los soldados españoles suple la falta de inteligencia en el general. Trescientos carabineros y guardias de Corps, comprendiendo que si el cuerpo de Blake quedaba enteramente roto, se perdia la batalla, se desprendieron de las tropas de Cuesta sin esperar las órdenes de este jefe, y fueron á caer con brio heróico sobre las tropas ligeras de los franceses que avanzaban ya en álas de la victoria. Fué tan violento su ímpetu, que lograron arrollar á los imperiales, pero acometidos y envueltos rápidamente por toda la caballería francesa, hubieron de retroceder, prefiriendo no pocos perder la vida antes que la última esperanza del triunfo. El heroismo de estos trescientos ginetes fué muy luego imitado por la cuarta division gallega, la cual viendo perecer á sus hermanos, y acusando

la lentitud del general en jefe, se precipitó en lo mas recio del combate, sembrando sobre sus pasos el terror y la muerte. Opónela Bessieres sus mejores batallones, pero quedan desbaratados al poco rato, y la terrible division, despreciando del mismo modo el choque de las bayonetas y el fuego de la artillería imperial, avanza siempre y se apodera de cuatro cañones. Si en este instante hubiera precipitado Cuesta en la batalla el resto de sus tropas, y Blake hubiera podido reorganizar las suyas, el heroismo de la cuarta division habria tenido por recompensa una victoria tanto mas brillante, cuanto se creia mas desesperada. ¡Vanos esfuerzos del valor cuando no está dirigido por un pensamiento luminoso! Blake ni Cuesta no cooperaron eficazmente á este ataque, y la cuarta division tuvo que recibir sobre sus brazos á las tropas de Merle, que la acometieron por el frente y á la bayoneta, mientras algunos cuerpos de caballería francesa se cebaban implacablemente en sus flancos y retaguardia. Esta maniobra, en grado igual, hábil y vigorosa, fué de todo punto decisiva; la cuarta division española, estenuada por sus pérdidas, abrumada de fatiga y comprimida por una nube de enemigos, tuvo al fin que dispersarse; los demas cuerpos del ejército español, dislocados y desenlazados unos de otros, no pudieron oponer ya en parte alguna una resistencia formal, y redoblando el enemigo sus esfuerzos, acabó por precipitar en la fuga mas desconcertada al ejército reunido de Cuesta y Blake. En medio de este desconcierto no faltaron almas generosas que mas sensibles al sentimiento del honor que al temor de la muerte, quisieron arrostrar esta sobre el campo de batalla. Merece entre ellas preclara mencion el coronel de los voluntarios de Navarra, D. Gabriel de Mendizabal, quien siguió combatiendo á la cabeza de su regimiento con impertérrito ánimo, cuando todas las demas tropas huian en direccion de Benavente, y no cesó en su noble empeño hasta que á sus soldados, desfallecidos por el cansancio, se les cayeron las armas de la mano. Así terminó esta batalla en la tarde del 14 de julio de 1808, ocasionándonos la pérdida de cinco mil hombres y quince cañones, pérdida muy superior á la que sufriera el enemigo. Cuesta, recogiendo las reliquias de sus tropas, fué á situarse con ellas en Salamanca, dominado por el acertado pensamiento de interceptar las co-

municaciones entre Bessieres y Junot; Blake buscó en las montañas de Asturias un asilo para sus desconcertadas fuerzas y un medio para reorganizarlas.

El vencedor marchitó sus laureles entregando á todos los rigores de la guerra á la indefensa ciudad de Rioseco, y permitiendo que sus soldados se encenagasen en los placeres mas innobles, antes de abrir su comunicacion con Portugal, que era el objeto de aquella campaña, y debió ser el mas importante fruto de la victoria.

Tambien ardia violentamente el fuego de la guerra en las vastas comarcas de Cataluña. Sorprendidos al principio los briosos catalanes con la ocupacion subrepticia de Figueras y Barcelona, volvieron muy pronto en sí, firmemente resueltos á sacudir las cadenas que les oprimian. Gerona, Mataró, todas las poblaciones de algun nombre é importancia y que se hallaban libres de la presencia del enemigo, se declararon en abierta hostilidad contra los franceses, inflamando los ánimos mas que el sentimiento de la independencia, hiperbólico sin embargo en este antiguo principado, el recuerdo de la desleal conducta que habia observado el enemigo. Los pueblos, no obstante que careciendo de medios de resistencia, estaban espuestos á todos los insultos del enemigo, guardaban una actitud violentamente tranquila, rebozando mal su despecho con una desabrida indiferencia hácia todo cuanto procediera de los imperiales.

Una situacion tan estraordinaria no podia ser duradera. Las tormentas sociales, como las atmosféricas, se sostienen en suspenso hasta que rasga el seno de la nube un golpe de electricidad. Se necesitaba que se alzase una voz animosa apellidando á las armas; esta voz se levantó en la villa de Igualada y fué á resonar en el corazon de todos los patricios catalanes.

Dos hermanos, fabricantes en aquella poblacion, y de apellido Llimona, sabiendo que el general francés Schwartz se dirigia con su division á las gargantas del Bruch para cubrir las comunicaciones con Aragon, concibieron la atrevida idea de disputarle aquel terrible paso. Reunieron al efecto sus dependientes, amigos y deudos, les hablaron el lenguaje de las mas nobles pasiones, y obtuvieron por respuesta unánime un grito de ferviente entusiasmo.



Heterogéneamente armada con escopetas, trabucos, carabinas y palos, esta audáz tropa salió de Igualada á las diez de la mañana (4 de junio), y seis horas despues llegó al punto objetivo de su espedicion, que era el Bruch de Dalt. Habíanseles incorporado en el camino algunos grupos de paisanos y el somaten de Manresa, constituyendo entre todos un conjunto de cuatro á cinco mil hombres. Debajo de la posicion que ocupaban, el camino de Barcelona penetra difícilmente por entre rocas gigantescas separadas unas de otras por profundas hendiduras.

Las sombras de la noche, y principalmente el silencio protector de los habitantes de aquellas inmediaciones, permitieron atajar el camino con una trinchera improvisada, sin que Schwartz tuviera de ello la menor noticia. Llegó este al formidable paso antes que el resplandor de la aurora iluminara su marcha.

Las tropas francesas avanzaban en la formacion irregular que los accidentes del terreno hacian necesaria. Una detonacion tremenda, que produjo la muerte de varios soldados imperiales, fué el primer aviso que tuvo Schwartz de la existencia del peligro. Conservando no obstante en medio de la sorpresa, la serenidad suficiente para dictar las órdenes oportunas, pone en juego todos los recursos de su fecunda táctica, ensaya ataques de frente, de flanco, á la desfilada y en columna cerrada, pero la naturaleza y el brazo airado de los catalanes le oponen siempre un obstáculo invencible. Todavía lucha sin embargo impelido menos por la esperanza de vencer que por la vergüenza de retroceder ante una turba indisciplinada y mal armada, pero solo logra hacer derramar abundantemente la sangre de sus intrépidos soldados.

Teme entonces el jefe imperial que el pais se haya sublevado sobre su retaguardia: y que estenuándose ante las gargantas del Bruch, puede hallarse en la situacion mas desesperada. Esta consideracion prevalece en su ánimo y se decide á emprender una marcha retrógrada, molestado sin cesar por los catalanes que volteaban con agilidad sorprendente sobre su retaguardia y flancos.

Ni fué este el término de sus humillaciones. La villa de Esparraguera, sin muros, y aun sin una situacion topográfica imponente, se atrevió á negar el paso á las tropas imperiales, y Schwartz se vió

en la precision de dividirlas, para que tomando la vuelta al pueblo, se reuniesen otra vez en el camino real. Al fin, vejados, mutilados y llenos de desaliento, entraron los franceses en Barcelona el dia 8, habiendo empleado tres en su breve y laboriosísimo trayecto.

Para la multitud, los primeros sucesos casi siempre son incontrastables. Orgullosos los catalanes con el triunfo obtenido sobre la division Schwartz, resolviéronse á proseguir la guerra hasta el último límite de la posibilidad; aquellos que no habian participado de la gloria del Bruch, encendidos por un noble espíritu de emulacion, anhelaban reportar otras sobre el mismo ó diferente teatro; la histórica institucion de los somatenes, fué el centro de colosales esfuerzos, y la efervescencia fué tanta y tan poderosa que Duhesme llegó á temer verse encerrado ó bloqueado dentro de los muros de Barcelona.

Bajo la influencia de este sentimiento, atrajo á Chabran que se hallaba en Tarragona, cuya marcha, turbada por los somatenes, no hubiera quizás tenido un éxito feliz sin la proteccion pronta y vigorosa del mismo Duhesme. Chabran ejerció terribles represalias en el indefenso pueblo de Villafranca, donde las bajas pasiones del soldado, fomentadas por el enojo de su caudillo, causaron los mayores ultrajes á la humanidad desvalida é inocente.

Juzgaban los generales franceses que el terror abatiria el denodado ánimo de los catalanes, sin advertir que cuando un pueblo tiene el valor activo de la agresion, posee en el mismo grado el valor pasivo del martirio. Los hombres que se lanzaban desde el seno de sus familias á los campos de batalla para buscar en ellos la muerte, no debian temerla en el centro de las poblaciones. Cegaba á los imperiales su amor propio ofendido, y les empeñaba en un funesto sistema de crueldades gratuitas que la humanidad deplorará siempre, y que la política menos previsora de un conquistador civilizado no debió cometer jamás. Los catalanes contestaron á estos actos vandálicos con nuevos gritos de entusiasmo y se prepararon á combatir hasta exhalar el último aliento en defensa ó en venganza de sus mas caras afecciones, indignamente vilipendiadas por el invasor.

Pronto esperimentaron Chabran y Schwartz los efectos de esta nueva esplosion de ódio.

Ambos generales, á la cabeza de sus respectivas divisiones, y siguiendo el plan trazado por Duhesme, avanzaron otra vez sobre el Bruch. Urgíales sobremanera abrir esta comunicacion, y aleccionados por la esperiencia no omitieron recurso alguno de cuantos conceptuaron necesarios para salir airosos en aquel árduo é importante empeño. Diez mil hombres de escelentes tropas, con numerosas piezas de montaña, y poca aunque escogida caballería, debian bajo las superiores órdenes de Chabran, destruir la inesperta intrepidéz de los somatenes y enaltecer las antes abatidas águilas imperiales. Nó estaban tampoco desprevenidos los catalanes. Al saber el proyecto de Duhesme se reunieron en confusa, pero ardiente multitud, confiando tanto como en su denuedo belicoso, en el auxilio seguro de aquel terreno amigo. Favoreciówles desde luego la fortuna, pues el coronel Baguet vino á su encuentro con cuatrocientos voluntarios de Lérida y cuatro piezas de artillería. Baguet quedó investido del mando y dictó las mas eficaces disposiciones para que el Bruch fuese por segunda vez las Termópilas de los franceses.

Cuando estos llegaron á la falda de las montañas, descubrieron á sus enemigos que los esperaban en buen órden y poderosamente fortificados. Rompe Chabran el ataque con un cañoneo muy vivo, pero estéril, porque los proyectiles se estrellaban contra los montones de pinos y rocas, sin alcanzar á los defensores del Bruch. Lanzó seguidamente el general francés varias compañías de ágiles tiradores que trepan de peña en peña con singular ardor, y procuran ganar el flanco de las montañas, pero los catalanes no menos certeros en sus disparos, y mejor situados, inmolan uno á uno á aquellos valientes tiradores. Confuso é irritado Chabran, forma todas sus tropas en columna cerrada y las precipita con ímpetu indecible sobre los parapetos. ¡Vano y sangriento empeño! Las bayonetas francesas alcanzan por un instante al pecho de los catalanes, pero estos se estrechan enérgicamente y oponen un muro de fuego al temerario enemigo. Quinientos franceses yacian sobre el sitio del combate; la pérdida de los somatenes habia sido casi nula, y su valor, inflamado por las ventajas obtenidas, se habia elevado hasta el heroismo. El

recuerdo de la pasada derrota, debilitaba por el contrario la intrepidéz característica de los franceses, que se batian ya, mas bien sostenidos por el vínculo de la disciplina, que por la esperanza del triunfo. Conociólo oportunamente Chabran y no quiso sacrificar aquel dia su gente, ya que no lograba salvar su reputacion, y así dispuso y efectuó un movimiento retrógrado, con celeridad sí, pero tambien con concierto. Era este muy necesario para resistir á los victoriosos somatenes, que siguieron atormentando al ejército francés casi hasta los muros de Barcelona.

Tales fueron el orígen y primeros hechos de esas bandas indisciplinadas, ardientes, fanáticas por las libertades patrias, y que se conocieron en el curso de esta memorable lid con el nombre de guerrillas. Como creacion espontánea y original del pais mas idólatra de su independencia, las guerrillas prestaron eminentes servicios, ya bajo el aspecto moral, ya bajo la relacion material de las operaciones militares. Aquellos hombres audaces, implacablemente enemigos del usurpador, sobresalientemente activos, acababan de salir de la masa del pueblo, estaban ligados á este por todas las afecciones de la familia, de la amistad y de la homogeneidad de sentimientos políticos; sobre el pueblo reflejaban inmediatamente todas sus glorias, y en el pueblo hallaban una éjida segura contra sus derrotas. Ora victoriosos, ora vencidos, pero siempre agitados, ávidos siempre de nuevos combates, mantenian vivo y ferviente el entusiasmo público; contestaban á los desaires de la fortuna con una frase de indiferencia desdeñosa, reputaban los triunfos como un favor señalado del Ser Supremo, y eran sin advertirlo, en toda la fuerza de la espresion, los apóstoles armados de esta noble cruzada. Así la creacion de las guerrillas, considerada moralmente, fué de la mas alta importancia. Aunque no de tanto precio, sus servicios materiales fueron tambien de mucha consecuencia. Desprendiéndose de una roca, brotando del seno de una garganta y aprovechándose de todos los accidentes de un terreno que ellos conocian palmo á palmo, los ágiles guerrilleros interceptaban las comunicaciones y correspondencias de sus enemigos, se arrojaban intrépidamente sobre los flancos ó retaguardia de los ejércitos imperiales; prodigaban su sangre cuando la ocasion lo requeria; otras veces herian cual invisibles

mensageros de la muerte, dispersándose en seguida para no comprometerse en una lucha temeraria. Pero estas dispersiones nunca tenian para ellos deplorables resultados. Desde el sitio del combate el soldado de la patria se dirigia al pueblo de su naturaleza, ocultaba las armas en el rincon mas oscuro de su hogar doméstico, y con la misma mano que acababa de sostener el sable ó el fusil, tomaba los aperos rústicos y desempeñaba las faenas agrícolas ó cualquier otro oficio mecánico.

Una órden clandestina de un jefe les arrancaba precipitadamente á sus tranquilas ocupaciones, empeñando su inestinguible ardor en nuevas y peligrosas empresas. De este modo se sostenian, aunque debilitados, los ramos de la riqueza pública, y el incansable guerrillero acudia con oportunidad á todos los rebatos y sorpresas, regando alternativamente el suelo vejetal con el sudor de su frente, y el campo de las lides con la sangre de sus venas. Muchos generales del imperio vieron frustrarse sus planes mejor concebidos por la intrepidéz, astucia y agilidad de los guerrilleros, y algunos se hallaron á la cabeza de grandes ejércitos como bloqueados dentro del territorio en que operaban. Las guerrillas tuvieron en Cataluña por núcleo los somatenes; en las demas provincias las produjo y sostuvo el sentimiento nacional.

La derrota de dos divisiones florecientes y el vuelo rápido que tomaron los somatenes, produjeron tan viva impresion en Duhesme, que este general se decidió á salir de Barcelona, poniéndose á la cabeza de seis mil infantes y tres mil ginetes con ocho piezas de artillería. Aguijábale ya no tanto el deseo de cubrir sus importantes comunicaciones con Aragon, cuanto el de imponer á los catalanes con un golpe terrible, sofocando á su paso la insurreccion que cual una órbita de fuego, le cercaba por todas partes. Dominado por esta idea pronunció su movimiento en direccion á Gerona. Pretendieron en vano oponérsele ocho ó nueve mil paisanos sobre la posicion culminante de Mongat; el francés por un diestro ataque de flanco les arrojó en tumultuosa fuga, matando á cuantos tuvieron la triste suerte de caer en sus manos. El enemigo continuó su marcha sobre Mataró, poblacion de veinte mil almas y rica por sus fábricas de algodon, vidrio y encages. Los heróicos habitantes de esta ciudad no

se arredraron con la desgracia acaecida en Mongat; con escaso tiempo y recursos quisieron hacer frente al invasor, pero su resistencia solo fué fecunda en calamidades, cebándose los imperiales victoriosos en los rendidos habitantes con aquel auge de ferocidad, que solo puede producir el orgullo ofendido, la mas implacable de las pasiones. El asesinato y la violencia hasta de las vírgenes mas tiernas, acompañaron al pillage. Largo tiempo recordará Mataró aquel dia tan aciago y cruel.

Precedido del terror y alentado por dos triunfos fáciles, se presentó Duhesme á la vista de Gerona (20 de junio). Gozaba esta plaza de esclarecida reputacion por el brio con que sus habitantes habian sostenido en diversas épocas el honor del pais contra los ataques de diferentes invasores. Para el beligerante que teniendo en Barcelona una base de operaciones pretenda apoyar la punta de su espada en la falda oriental de los Pirineos, ofrece Gerona un interés de primer órden, porque es la llave principal del camino de Francia, subiendo por la marina. No obstante, Duhesme habia desdeñado ocuparla á su entrada en Barcelona, siendo la causa de indiferencia tan estraña, el estado ruinoso de sus fortificaciones. Efectivamente, la fuerza analítica del tiempo, no neutralizada por la mano reparadora del hombre, habia destruido una gran parte de las fortificaciones que circunvalaban la ciudad y las que formaban el recinto del castillo. Constaba la guarnicion de trescientos hombres, suficientes ápenas para cubrir la guardia de los puntos mas importantes en circunstancias normales. Pero desde el instante en que el grito de la patria ofendida pénetró como un dardo de fuego en el corazon de los gerundenses, todos los sentimientos se confundieron en un solo deseo, todos los brazos se agitaron en una misma direccion, de todas las bocas salió esta frase noble y sublime: «Es preciso vencer ó morir como héroes.» Y realizaron su propósito con lealtad admirable. Al modo que á un golpe de la lanza de Minerva brotó la ciudad de Atenas, al eco de la independencia nacional se organizaron en Gerona los elementos de resistencia.

Faltaban fusiles, y no obstante se armaron dos mil paisanos con lanzas, chuzos y espadas; se necesitaba caballería para proteger las salidas y conduccion de víveres en el caso probable de un sitio, y al

punto se organizó un escuadron con el nombre y bajo la advocacion de San Narciso; formáronse tambien algunas compañías de miqueletes, y el instinto belicoso suplió en todas partes la escasez de conocimientos y recursos militares. Reconstruyéronse al propio tiempo las murallas, se dotaron á los fuertes con cantidades de víveres bastantes para resistir un mes de apretado cerco; fabricóse pólvora en abundancia, y se habilitaron cuarenta y dos cañones. La fama de los infortunios, que vuela siempre con cien álas, llevó á Gerona la noticia de los desastres ocurridos en Mongat y Mataró; mas como si esto solo hubiera servido para inflamar los ánimos, al acercarse los franceses, cada uno de los defensores corrió al sítio que le estaba designado, resuelto á perecer aunque confiado en el triunfo.

Rompió el fuego la plaza contra las alturas de Palausacosta, que ocupaba Duhesme con el grueso de sus tropas, y fué tan vivo y acertado, que el francés hubo de recogerse en los arrabales de Salt y Santa Eugenia. Aunque aleccionado por una esperiencia amarga, no podia persuadirse Duhesme que la multitud indisciplinada pudiera resistir al ímpetu de los veteranos imperiales; cegábale el ejemplo de Mataró, y decidido á imitarle, preparó el asalto para cuando las sombras de la noche ocultasen el verdadero peligro á los defensores. Llegado el oportuno momento, avanzaron los frànceses con rapidez y en buen órden, trepan por las escalas, y ya iban á coronar la cresta del muro, cuando cayeron envueltos, unos entre una nube de balas, y atravesados otros por las bayonetas. Un centenar de soldados pertenecientes al regimiento de Ultonia acababa de conseguir este triunfo.

Mas airado que abatido Duhesme, precipitó otra vez sus columnas contra el baluarte de San Pedro, pero solo obtuvo nuevo y mas sangriento desengaño. Entretanto el baluarte de San Narciso lanza incesantemente metralla sobre el cuerpo principal de los franceses, con lo que, la pérdida de estos en el breve espacio de un dia, ascendió á setecientos hombres. Temeridad hubiera sido proseguir la comenzada empresa, pero habia tambien sumo riesgo en la retirada, y para evitarle empleó un ardid, aunque vulgar, de un éxito seguro.

Envió un parlamentario á la plaza con capciosas proposiciones,

y mientras á la sombra de la fingida negociacion se adormecia un tanto la vigilancia de los sitiados, levantó el francés sigilosamente su campo y emprendió la marcha via de Barcelona. Molestáronle no obstante los somatenes, privándole de algunos soldados, y ni aun le fué posible conservar la artillería, que cayó toda en manos del coronel Milans, cerca de Granollers. Al fin, fatigado, abatido, y sus filas muy desmembradas, entró Duhesme en Barcelona al frente de una division, habiendo dejado otra en Mataró bajo las inmediatas órdenes de Chabran.

Deslució este bello triunfo de los gerundenses la dispersion que esperimentaron los somatenes mandados por Baguet, los cuales viniendo á las manos en el Bruch con el jefe imperial Lechi, hubieron de abandonar á su enemigo el campo y cuatro piezas de artillería.

Coincidieron con estos esfuerzos los que hizo Moncey para sojuzgar la provincia de Valencia: Moncey, antiguo oficial de la república, lleno de mérito y cubierto de honrosas cicatrices, táctico profundo, de templado carácter, avaro de la sangre humana, y cuya imaginacion herida por el magnífico espectáculo que presentaba un pueblo defendiéndose con todas las fuerzas de la desesperacion, contra los vencedores de Europa, le hizo prorrumpir en estas nobles palabras: «A no haber nacido francés, hubiera elegido á España por mi patria.» Constaba su ejército, que mas bien por el número merecia el nombre de division, de ocho mil hombres, perfectamente aguerridos y disciplinados. Enderezó el mariscal sus pasos por la provincia de Cuenca, en cuya capital entró sin obstáculo alguno, el dia 11 de junio. Continuando su ruta halló el francés obstruido el puente de Pajazo, donde algunos españoles con el mariscal de campo Adorno á su cabeza, pretendieron aunque inutilmente rebatir al invasor. Débiles los nuestros por su entidad numérica, y mas todavía por su falta de pericia, no supieron resistir á un hábil ataque de flanco, y abandonando los cuatro cañones que tenian en el puente, corrieron á buscar un asilo en el áspero corazon de las Cabrillas. Lleva este nombre uno de los brazos del Pirineo, por cima del cual pasa la carretera de Valencia, formando entre dos elevadas cumbres una estrecha garganta.



Aquí proyectaron los españoles oponer nueva y mas vigorosa resistencia; favorecíales grandemente la configuracion del terreno, pero doscientos hombres de tropa reglada, sostenidos por algunas bandas de paisanos, eran poco á propósito para mostrar firme rostro á los aguerridos imperiales. Inflamóles no obstante la presencia del P. Ruiz, religioso franciscano, corifeo de la insurreccion valenciana, hombre que ocultaba bajo el burdo sayal de su órden el espíritu de un tribuno romano y el corazon de un héroe griego. Alentados por el animoso fraile, los bisoños españoles se defendian con mucha bizarría, y ya Moncey desesperaba de la victoria, cuando descubrió un sendero que, describiendo mil sinuosidades, llegaba á la cúspide de la sierra. Treparon por este camino los tiradores vasco-franceses, y fueron á caer sobre el flanco de los nuestros. Sobresaltáronse al punto los paisanos, y recurrieron á la fuga; mas no así la tropa de línea, que siguió combatiendo con estraordinario ardimiento, prefiriendo casi todos morir antes que volver la espalda al enemigo. El P. Ruiz, arrastrado por el torrente de los fugitivos, llegó á Valencia para anunciar la derrota y confortar los ánimos en esta nueva tribulacion.

El poder de las grandes impresiones sobre la multitud es irresistible, mas por lo regular es efímero. Si Moncey se hubiera presentado aquel mismo dia ante las puertas de Valencia, difícilmente hubiese habido un brazo bastante esforzado para cerrarlas. Detúvose empero en la venta de Buñol para esperar su artillería, y esta demora, que la prudencia militar aconsejaba, dió tiempo á los valencianos para reponerse del primer sobresalto y formar la heróica resolucion de defenderse hasta el último estremo de la posibilidad.

Carecia Valencia de soldados que la defendiesen, pero tomaron las armas cuantos habitantes se hallaban en disposicion de manejarlas; las mujeres de todas clases cosieron los sacos con que se improvisaron las fortificaciones; dedicáronse los ancianos y niños á la elaboracion de cartuchos, y fué tan fiero y nervioso el resorte del entusiasmo, que una ciudad pocos dias antes inerme, se convirtió en una plaza poblada de guerreros.

Queriendo contener desde luego el ímpetu del enemigo, se formaron dos líneas en las inmediaciones de Cuarte, confiadas á los bri-



gadieres Saint-Marc y Caro, oficial este último, que á la voz del peligro acudió precipitadamente desde Almansa. Erigiéronse baterías en la puerta de Cuarte y en la torre de Santa Catalina, y se formaron barricadas en todas las bocas-calles que conducian al interior de la ciudad.

No pensaba Moncey que los valencianos le abririan las puertas á la primera intimacion; pero tampoco juzgó que ante una poblacion desguarnecida y sin ventajas topográficas pudieran marchitarse sus bien adquiridos laureles.

Aceleró, pues, su marcha desde Buñol, y descubriendo las líneas enemigas avanzadas en Cuarte, las acometió furiosamente. Recejaron los nuestros pronto en la primera, pero replegados y unidos á la segunda, se defendieron en ella con una obstinacion digna de mejor éxito. Derramóse allí la sangre francesa en abundancia, y Moncey debió la victoria menos al esfuerzo de los suyos que á la superioridad de su táctica.

Los españoles, derrotados en Cuarte, se refugiaron á Valencia, en cuyo recinto reinaba un silencio sepulcral. Vino á interrumpirle la noticia de haber enviado el mariscal francés un parlamentario, proponiendo decorosas condiciones, á las cuales quizás se hubiesen inclinado la junta y el capitan general conde de la Conquista, si el pueblo no hubiese prorrumpido en tremendas imprecaciones contra cuantos profiriesen la aborrecida palabra de capitulacion. Hízose, pues, la defensa una necesidad, y emprendióse con singular brio en la puerta de Cuarte. Envistiéronla los imperiales con aquel ímpetu sobresaliente que tanto les distinguia en los trances supremos, pero hallaron terrible oposicion en los nuestros, dirigidos por D. José Ruiz de Alcalá. Renovaron sin embargo el ataque, levantando el despecho su marcial coraje; mas solo tuvieron otro sangriento desengaño. Creyó entonces Moncey que la torre de Santa Catalina, de construccion antigua y forma irregular, ofreceria menos resistencia; pero suplió las desventajas del arte el esfuerzo de los defensores. Distinguiéronse en aquel punto los dignos oficiales Velasco, Soler y O'Laulor, sellando este con su sangre su entrañable amor á la patria adoptiva. Nuestra artillería, aunque confiada á manos poco esper-

tas, fulminó un fuego terrible, causando mucho estrago en las filas imperiales. Esta heróica defensa hizo concebir al mariscal francés sérios temores sobre el éxito de su ataque, y los vió plenamente confirmados cuando al lanzar sus columnas sobre la puerta de S. Vicente, fueron estas acogidas con una lluvia de balas. Las sombras de la noche (28 de junio) vinieron á departir á los combatientes, retirándose los sitiadores desalentados y abatidos, y sintiéndose los vencedores con aquella intrepidez ardiente que escitan siempre las primeras ventajas sobre el espíritu de una multitud entusiasta y aguerrida.

Repasó Moncey en su imaginacion los riesgos á que se veria espuesto persistiendo en el ataque, y hallando que ni su ejército era suficiente para formar el cerco, ni que la pérdida de dos mil hombres podria compensarse, hallándose muy lejos de toda base sólida de operaciones, hubo de resolverse á levantar el campo, retirándose bajo el velo protector de la noche.

De este modo el sentimiento popular, homogéneo en todas partes, alcanzó inauditos triunfos en Gerona y Valencia. Los dos pueblos tuvieron fé en sus propias fuerzas, esperaron vencer y vencieron, y los vaticinios de la ciencia militar quedaron desmentidos por los vaticinios mas infalibles del corazon humano.

Ni fué sosegada la retirada de Moncey. El general Llamas, que se hallaba en Almansa, corrió al encuentro de los imperiales, esperando darse la mano con el conde de Cervellon sólidamente posicionado en Alcira; mas el conde, ó por esceso de circunspeccion, ó por natural indolencia, no quiso avanzar sobre los franceses. Llamas, demasiado débil para comprometerse en un ataque sério, hubo de limitar sus hostilidades á frecuentes escaramuzas, ocasionando á sus contrarios mas molestia que pérdida.

Tampoco presidió feliz estrella á las operaciones de los franceses en el territorio aragonés.

Ya desde principios de junio el general Lefebre Desnouettes habia penetrado en esta provincia al frente de cinco mil infantes y ochocientos caballos. Opúsosele cerca de Tudela y en ánimo de cubrir esta ciudad el marqués de Lazan, quien acaudillaba un cuerpo de seis mil hombres, armados los mas heterogénea é impropiamente.

No fué difícil al francés arrollar las colecticias fuerzas españolas, con lo que le quedó abierto el camino de Tudela, en cuya ciudad entró señalando su presencia con rasgos de impolítica inhumanidad. Todavía pudo el marqués recogerse y posicionarse en las alturas de Mallen, donde empeñó nuevo y sangriento choque, y obtuvo por fatal resultado una nueva derrota. Lisonjeábase Lefebre con la idea de que estos fáciles triunfos abatirian el altivo ánimo de los aragoneses, retrayéndoles de cualquier otro empeño; mas no conocia el carácter de aquel pueblo cuya originalidad se revela en todas las páginas de su historia.

A la voz del peligro que amenazaba á Zaragoza, corrieron cinco mil hombres á reunirse con su caudillo predilecto. Era este D. José Palafox y Melci, jóven de elevada alcurnia, hermano del marqués de Lazan, y cuya influencia en esta guerra exige que tracemos, aunque en ligeros rasgos, su fisonomía histórica. Tenia Palafox todas las dotes que pudieran hacerle sobresalir en una revolucion; noble en su esencia y grande hasta en sus estravíos; generoso, afable, de amena elocucion, de gallarda presencia, se atraia insensiblemente los afectos del pueblo, mientras se grangeaba el aprecio y aun la estimacion respetuosa de las personas cultas, con una deferencia estraña en los humos de la mocedad á los consejos que conceptuara mas sumisos, y con una pureza de costumbres mas estraña todavía en su edad, en su fortuna y en el natural ascendiente de sus prendas físicas. Las pasiones, que se agitaban con violencia en su corazon de veinte y ocho años, eran dignas de su época y de la mision que se le habia confiado, porque al patriotismo mas ardiente reunia una ambicion de gloria sin límites y un valor, aunque temerario, preciso para figurar como valiente entre un pueblo de héroes. Aunque educado militarmente desde su infancia, no poseia aquella suma de conocimientos variados y escogidos que formaban la ciencia de la guerra en los paises mas adelantados de Europa; pero compensaba esta falta, mas bien de nuestra nacion que del individuo, con un entendimiento á la par penetrante y profundo, con un gran golpe de vista, con una actividad indeclinable, con una energía indómita, y con una impasibilidad estóica y proverbial en medio de los mayores reveses. Tal era el caudillo elegido por los aragoneses,

y quien por primera vez iba á medir sus armas con los engreidos conquistadores.

Mas denodado que prudente, salió Palafox á situarse en Alagon, escelente punto estratégico para cubrir la entraña del territorio aragonés, pero que no ofrecia bastantes accidentes topográficos para sostener el inesperto valor de los paisanos contra el aguerrido ímpetu de las huestes imperiales. Avistáronse el 17 de junio Palafox y Lefebre, y llegado el trance de la accion, aunque el general aragonés desplegó bellos recursos, y puso su vida á lo mas ardiente del peligro, no pudo asegurar por mucho tiempo á sus indisciplinadas tropas, que al declinar la tarde se abandonaron á la fuga mas completa, salvándose el caudillo con la proteccion de doscientos cincuenta hombres y bajo el lóbrego manto de la noche. Vencidos y vencedores se dirigieron hácia Zaragoza: Palafox con la idea de reorganizar nuevos elementos de combate; Lefebre para enseñorearse de aquella capital y estender desde ella el lazo de sus comunicaciones á los franceses que tan trabajosamente se sostenian en Cataluña.

La confianza en su propia pericia, en la intrepidez ilustrada de sus soldados, en el ascendiente de la victoria, y mas que todo en las improbables condiciones de defensa que encerraba entonces la antigua capital de Aragon, hicieron concebir al general francés la lisonjera idea de que arrebataria esta importante poblacion con un vigoroso golpe de mano; pero la resistencia de Zaragoza, superior á todas las previsiones de la ciencia, constituye uno de los cuadros mas magníficos en esa grande epopeya que forma, al desenvolverse, la lucha peninsular,

Envuelta en la noche de los tiempos la fundacion de Zaragoza, no puede fijarse de una manera precisa é indubitable; pero el pomposo nombre de *Cesaraugusta* que tuvo esta ciudad antes de la era cristiana, prueba el gran concepto que habian formado de ella los conquistadores romanos. Efectivamente, la situacion de Zaragoza debió atraer todas las ambiciones que, desprendiéndose del mediodia, del norte ó mediodia europeo, aspiraran á desarrollarse en el vasto ámbito de la Península. Erigida en el centro del territorio aragonés, Zaragoza está vigorosamente enlazada con las belicosas provincias de Cataluña y Navarra por la gran línea del Ebro, al mismo

tiempo que es el nudo de sólidas comunicaciones con el áspero corazon de los Pirineos centrales y con los fértiles llanos de Castilla.

Ya por su posicion geográfica, ya por la facilidad con que puede avituallarse, la ciudad de Zaragoza puede servir de escelente base de operaciones á cualquier ejército que pretenda maniobrar ofensiva ó defensivamente sobre la dilatada falda del Pirineo. Pero las condiciones topográficas de Zaragoza corresponden muy imperfectamente á su importancia estratégica. La ciudad se estiende por una dilatada llanura, en la que campean entre mil hilos de agua todos los primores de la vegetacion; linda al norte el magestuoso rio Ebro, sobre el que se eleva un puente de sólida construccion y de airosa arquitectura, propio para facilitar las comunicaciones entre la ciudad y los arrabales. Este lado del norte, el mejor defendido por la naturaleza, lo está tambien por la mano del hombre, pues sobre una eminencia se levanta, cual la cabeza de un gigante, el castillo de Torrero, fortificacion de orígen antiguo y formas irregulares, pero de gran utilidad por su posicion culminante.

El pequeño rio Huerva, viniendo por la parte del mediodia, traza un arco de círculo desfigurado un tanto con varias sinuosidades, hasta que al lado del este rinde al caudaloso Ebro su débil tributo. Esta estrecha línea de agua no tiene importancia alguna para la defensa de la ciudad. Mayor, aunque de órden subalterno, la ofrece el fuerte llamado de la Inquisicion ó la Aljafería, situado en la parte occidental, edificio de creacion y estructura arábiga, robustecido con una muralla y un foso, en la ajitada época de Felipe V. La ciudad está rodeada por una endeble tapia de barro aspillerada poco metódicamente, y mas idónea para impedir el contrabando, que para resistir al fuego violento de la artillería. La poblacion, en el periodo á que nos referimos, comprendia cincuenta mil almas; la guarnicion no pasaba de trescientos hombres pertenecientes á diversos cuerpos, y en los cuales no podia presumirse ese espíritu de asociacion que hace prodigios en las horas de un peligro supremo; faltaban absolutamente ingenieros y artilleros, y las pocas piezas que habia en la ciudad, estaban mal dotadas, sin trenes y sin localizacion propia para resistir á un asalto. ¿Pertenecia al dominio del cálculo humano el que una ciudad con estos elementos rechazara

á las huestes imperiales, rodeadas con una auréola de gloria inmensa, deslucida es verdad en los campos de Bailen, pero que conservaba su poderoso encanto ante la consideracion de las provincias centrales, ignorantes aun de aquel estraordinario suceso?

La principal defensa de Zaragoza existia en el altivo pecho de sus moradores. El pueblo mas grande en las situaciones críticas es el mas grande en su historia, porque las tradiciones nutren su espíritu y le fortifican contra los mas rudos golpes de la fortuna. Los zaragozanos reunian en el grado mas alto las prendas mas sobresalientes del noble carácter aragonés; simbolizaban las glorias de aquel antiguo reino; constituian una poblacion perfectamente homogénea y tal como una chispa eléctrica, que al herir una sola fibra, pone en conmocion todos los miembros de un cuerpo, así un sentimiento poderoso preconizado en el instante del peligro, debia agitar todos aquellos corazones, elevándolos hasta el heroismo.

Cuando Lefebre se aproximó á Zaragoza, salió á su encuentro el general Palafox con tres ó cuatro mil hombres. No obstante su ardor juvenil é impetuosidad característica, aleccionado por las desgracias anteriores, no se resolvió el jefe español á medir sus fuerzas con las del francés, que consistian en seis mil infantes y ochocientos caballos. Indeciso Palafox sobre el partido que le convenia adoptar en aquellas circunstancias, optó al fin por una retirada en direccion de Calatayud, donde esperaba darse la mano con el baron de Versages, y disponerse para caer sobre el enemigo con mayores probabilidades de buen éxito.

Viendo libre y desembarazado el camino, se acercó Lefebre á Zaragoza al promediar el dia 15 de junio. Hubo un momento de vacilacion en la ciudad; las autoridades y algunas personas respetables, aunque dotadas de acendrado patriotismo, retrocedian ante las consecuencias de una lucha temeraria; pero en las revoluciones el sentimiento domina siempre al cálculo, y el poder de la ocasion arrastra aun á los ánimos mas cautos ó menos resueltos. Algunos paisanos, acercándose á la vanguardia francesa, dispararon sobre ella y empeñaron irremisiblemente á Zaragoza en una larga série de sacrificios y de glorias.

Irritóse, sin sobresaltarse, Lefebre, con este alarde de vigor, y



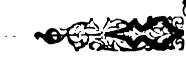
para escarmentar á los españoles, lanzó sobre ellos un destacamento de caballería, que empeñándose imprudentemente en las primeras calles de la ciudad, vino á perecer casi todo bajo una granizada de balas, piedras y otros proyectiles.

Este sangriento desengaño destruyó en gran parte las ilusiones del general francés, haciéndole conocer las dificultades de su empresa. Pero Lefebre, militar hábil y que conocia el valor infinito de las primeras impresiones sobre el ánimo de una multitud entusiasta, no quiso dejar á los zaragozanos tiempo para organizar sus elementos de defensa, y ordenó un ataque enérgico contra la puerta del Portillo.

Esta puerta, situada en el lado del oeste, se halla protegida por el cañon de la Aljafería, cuya custodia habia confiado á don Mariano Cerezo, militar denodado en el que se combinaban felizmente conocimientos muy distinguidos con cierta exaltacion caballeresca. Embistieron los franceses con imponderable brio; pero hallaron una resistencia inaudita en los inespertos brazos de los defensores; tronó al propio tiempo la artillería del fuerte, de modo que los imperiales abrasados por frente y retaguardia hubieron de retirarse, sin mengua en su honra, pero con notable desmembracion en sus filas.

Para tropas veteranas y un general educado en los combates, esta valerosa repulsa no debia tener una influencia decisiva. Revolvieron efectivamente los franceses contra la puerta del Cármen, é hicieron para espugnarla cuantos esfuerzos puede escitar el valor ensalzado por una táctica consumada; pero fueron inútiles.

Una hora de furiosa pelea terminó con una nueva retirada de los sitiadores. Creyó entonces Lefebre que la sorpresa podia facilitarle lo que no habian logrado ni su pericia ni el admirable denuedo de sus tropas, y conceptuando que los vencedores en el Portillo, seducidos por una falsa confianza en el poseido triunfo, estarian menos vigilantes, dispuso acometerlos de nuevo con breve é irresistible ímpetu. El choque fué á la verdad terrible, y solo comparable á la resistencia; el velo de la noche pudo separar á los combatientes, en bien distinta situacion moral y material. Los sitiadores habian tenido



ochocientos hombres fuera de combate, quinientos de ellos muertos, y habian perdido la esperanza de un triunfo próximo : los sitiados disminuidos en menos de cuarenta hombres, habian recibido el bautismo del fuego, ante el cual los mas intrépidos tiemblan, y habian comprendido felizmente que detrás de una tapia todo hombre puede ser soldado, y todo soldado un héroe.

En estos primeros momentos el pueblo, impulsado por la perentoriedad del peligro, habia corrido á los muros y habia desplegado una energía inaudita, combatiendo bajo caudillos improvisados. Mas como no se dudaba que los franceses insistirian en el asedio, y como ningun esfuerzo supremo puede prolongarse sin unidad en el mando, se pensó en elegir un jefe, cuyas prendas estuviesen á la altura de aquellas tan difíciles circunstancias. No tardó en circular de boca en boca el nombre de D. Lorenzo Calvo de Rozas, corregidor é intendente de la ciudad ; y en efecto, fué al punto proclamado, confiándole la direccion de todas las operaciones militares. La eleccion era sobre oportuna, atinada. Reunia Calvo dotes y circunstancias, algunas privilegiadas, menos sobresalientes otras, y todas á propósito para desempeñar el espinoso cargo que se le habia conferido. Bajo un esterior grave y frio, capaz por sí solo de imponer á la multitud, encerraba una alma llena de osadía y ávida de gloria, un valor inquebrantable, una actividad poderosa y una perseverancia infinita.

Conoció desde luego el nuevo gobernador las muchas dificultades que le rodeaban, pero se dedicó á vencerlas con indeclinable celo. En Zaragoza, segun hemos dicho, faltaba todo para una resistencia regular y prolongada, menos el valor indómito de sus habitantes: faltaban fortificaciones, baterías, municiones, armas y práctica en los combates ; pero existia un medio de crearlo todo en la decision de esos mismos habitantes. Apenas Calvo dió las órdenes necesarias, cuando se pusieron en movimiento todos los brazos, como lo estaban ya todos los corazones. En el silencioso recinto de los cláustros, en el poco antes tranquilo hogar doméstico, en las calles, en las plazas, al pié de los débiles muros, reinaba una actividad sin ejemplo. Hombres, mujeres, niños, ancianos y religiosos, todos podian y todos hacian algo para defender aquel suelo donde unos habian visto la primera luz del dia, y donde otros esperaban hallar un glorioso se-

pulcro. La ciudad entera realizaba la ingeniosa fábula del Briareo, agitándose con sus cien brazos bajo la impresion de un mismo espíritu y de un solo sentimiento. Mientras los unos hacian cartuchos, otros cosian sacos; quiénes barreaban las calles, quiénes aspilleraban las tapias, y los mas vigorosos desplegaban un ardor casi incomprensible para erigir baterías. Fué fortuna que pudiera dirigir estos trabajos científicos D. Antonio San Genis, ingeniero hábil, español acrisolado, cuya actividad era la menor de sus prendas, con ser la mas necesaria en aquellas circunstancias (1). Dos hermanos, arquitectos, de apellido Tabuenca, legaron su nombre á la historia, asociándose á esta obra inmortal.

Miraba el francés estupefacto estos preparativos de una resistencia formidable, pero no se atrevia á interrumpirlos, temiendo mas severo escarmiento. Limitóse, pues, á ofrecer á los zaragozanos una capitulacion decorosa, sin advertir que proposicion tan intempestiva revelaba muy á las claras su debilidad, y aun hubiese podido infundir nuevos brios en otro pueblo menos heróico.

Hubo, sin embargo, un momento de amarga tribulacion para los sitiados. Palafox, inflamado por el deseo de socorrer pronta y eficazmente á la ciudad, se movió de Calatayud á la cabeza de seis mil infantes, tropa valiente, pero indisciplinada y bisoña, congregada á la voz de la patria en el último instante del peligro. Su plan era el de caer sobre la espalda de los sitiadores, mientras los zaragozanos les atacaban de frente, y envolverlos entre dos fuegos. Pero se las habia con un enemigo vigilante, que noticioso del proyecto, recojió arrebatadamente la flor de sus tropas, y se lanzó sobre Epila, donde se hallaban los aragoneses, en la primera hora de la noche (24 de junio). Aunque sorprendidas y colecticias nuestras fuerzas, resistieron los primeros choques con noble teson, y si cedieron por fin á la superior táctica de sus enemigos, fué para emprender bajo los primeros albores del dia una retirada imponente con direccion á Calatayud.

En rasgos de magnanimidad y grandeza todas las épocas céle-

(1) Se le sacó de la cárcel donde se hallaba víctima de la suspicacia popular, por habérsele visto reconocer pocos dias antes del asedio los muros y puertas de la ciudad.

bres se parecen unas á otras. El progreso es una ley negativa del corazon humano. Cuando los romanos salieron á recibir con aclamaciones al cónsul Varron, derrotado en Cannas, no fueron mas grandes que los zaragozanos, cuando al recibir la noticia del desastre de Epila, juraron solemnemente derramar hasta la última gota de su sangre antes que sufrir el ominoso yugo del conquistador.

Ni la tentativa indigna de su fama que hicieron los imperiales para sorprender á Calvo de Rozas, ni las conferencias que tuvieron con el mismo á fin de proponerle bajo condiciones mas honoríficas una nueva capitulacion, pudieron doblar aquellos ánimos exaltados. Los zaragozanos habian avanzado mucho para admitir una capitulacion; y los franceses temian demasiado para efectuar una retirada. La lucha era la única solucion posible de este sangriento problema, y debia continuarse con todo el encarnizamiento de que son susceptibles las pasiones mas violentas.

Renováronlas los sitiadores luego que llegó á su campo el general Verdier. Traia este jefe un refuerzo de tres mil ochocientos hombres, treinta cañones de grueso calibre, doce obuses y cuatro morteros. Con algunos otros auxilios que recibieron los imperiales, ascendió su número á doce mil hombres, con un tren de artillería que pasaba de cincuenta piezas. Era Verdier superior á Lefebre en grado, y sin duda en conocimientos militares.

Al primer golpe de vista descubrió el error que habia cometido Lefebre dirigiendo sus ataques á la parte occidental. Ciertamente las columnas francesas no podian maniobrar sobre este lado sin esponer su flanco y retaguardia al fuego de la Aljafería, único que estaba organizado en el primer dia del combate. Por otra parte, el porvenir de estos ataques era muy limitado, cuando no funesto para los sitiadores, pues en el caso de penetrar en la ciudad se hallarian en calles estrechas y tortuosas, donde el valor podia suplir al número, y la constancia neutralizar los mas sobresalientes esfuerzos de la pericia guerrera. Verdad es que los generales franceses nunca previeron la lucha de las calles, porque la Europa, que ellos habian recorrido de uno á otro confin, no habia presentado ejemplos de una desesperacion que solo el fin y la victoria podian calificar de heroismo.

El sagaz Verdier fijó con preferencia su atencion en la línea que corre de norte á mediodia. Ya hemos dicho que esta línea parecia la mejor fortificada por la naturaleza y por el arte, pues ademas del rio que por ella corria, tenia la posicion culminante del monte Torrero. Pero esta posicion era mas imponente que sólida, y su pérdida debia producir graves males á la ciudad, porque ofrecia al sitiador un punto ventajoso para emplear contra los zaragozanos el horrible medio de un bombardeo. Custodiaba este punto con trescientos hombres y cinco cañones el coronel Falcó, militar en quien el frio de los años habia entibiado el ardor patriótico indispensable en aquellas circunstancias, y que encadenaba á los preceptos ordinarios de la táctica las sublimes concepciones del genio ó de la exaltacion política.

Rompieron las baterías francesas el fuego contra Torrero al alborear el dia 27; contestaron las nuestras poderosa y eficazmente, pero el enemigo manifestó bien á las claras su propósito de no recejar en esta empresa hasta llevarla á cumplido remate. Comprendiéronlo así los zaragozanos, y se apresuraron á trasladar el almacen de municiones que estaba en Torrero al sólido edificio de la Universidad. Fuera casualidad, fuera imprevision, lo cierto es que inflamándose parte de la pólvora, produjo una espantosa catástrofe; muchos valientes que merecian una muerte breve, pero mas gloriosa, quedaron envueltos allí entre nubes de humo y polvo. El horrísono estampido de los cañones, el lúgubre crujir de los edificios que se arruinaban, el penetrante grito de los moribundos, llegaban cual tormentosos ecos al corazon de los zaragozanos, y escitaban mas y mas el deseo de obtener una venganza noble sobre el autor de tantos males.

Por fin Verdier organizó sus columnas, y trazándolas un movimiento convergente, las lanzó con singular audacia sobre la posicion de Torrero. Atemorizado Falcó por una hábil maniobra que practicó el enemigo, y que amenazaba cortarle su flanco derecho, empezó á replegarse sobre la ciudad con lento y seguro paso, y salvando casi íntegra la guarnicion. Menguó la fama de este oficial, retirada de tantas consecuencias, y mas adelante sufrió ignominiosa muerte, por no haber sabido arrostrar una heróica sobre el campo del combate. Sin duda Falcó no fué traidor ni desleal, pero fué tibio é intem-

pestivamente circunspecto, faltas que debian pasar por delitos imperdonables en tiempo en que los hechos mas sobresalientes de constancia y aun temeridad, ni merecian aplauso ni escitaban la admiracion.

Dueño de Torrero, creyó Verdier tener en su mano la llave de Zaragoza, y se apresuró á levantar en su cima dos baterías de obuses y de morteros. Mas pronto la esperiencia vino á demostrarle que los cálculos, al parecer infundados, no eran mas que una ilusion del orgullo militar. Empezó el terrible dia 30 de junio con un furioso bombardeo, que se continuó sin intérvalo alguno aun en medio de las fúnebres sombras de la noche. Volaba la muerte de calle en calle y de casa en casa, y ni el recóndito asilo de la vejez ó de la infancia se hallaba á cubierto de los destructores proyectiles. Contemplaban impasibles los zaragozanos la ruina de sus moradas; hombres que habian aniquilado generosamente sus huertas y viñedos, fuentes principales de su subsistencia y que prodigaban á cada momento su sangre, mal podian arredrarse con esta nueva prueba de la impotente saña de los sitiadores. Reinaba en efecto el dolor en todos los corazones, pero ni la menor señal de abatimiento aparecia en los semblantes.

Apenas podia comprender Verdier tanta obstinacion; mas era hombre de ánimo entero, incapaz de retroceder ante las dificultades. Conociendo la inutilidad del bombardeo, fijó el dia primero de julio para un asalto general.

Los sitiados se aprestaron á este acontecimiento, que debia decidir su suerte, con una actividad y energía incomparables. Habia regresado ya á Zaragoza su gobernador el marqués de Lazan y vuelto á ejercer sus difíciles funciones. Calvo quedó privado de toda autoridad militar, pero tenia el prestigio público, que constituye la única autoridad fuerte y respetada en tiempos de agitaciones. Lazan y Calvo, aunando sus esfuerzos, se prepararon á una resistencia formidable. Contaban á la verdad con mas recursos que en los primeros ataques. Los habitantes, familiarizados con los peligros, estaban dispuestos á arrostrarlos hasta el último estremo de la posibilidad.

Algunos oficiales, atraidos por la fama de un sitio que resonaba ya en todo el ámbito de la Península, habian llegado á Zaragoza,

menos ávidos de gloria que dominados por la noble idea de sacrificarse en aras de la patria. Figuraba entre ellos D. Francisco Marcó del Pont, catalan, que á la entereza propia de su pais reunia conocimientos militares poco comunes; D. Domingo Larripa, oficial distinguido, cuyo jóven corazon estaba siempre abierto á las sensaciones generosas y elevadas, y D. Mariano Renovales, veterano, asistido de un valor que se engrandecia en proporcion de los obstáculos. Habíanseles asociado algunos soldados para tomar parte en empresa tan arriesgada, mas dignos de apreciarse que de contarse, porque su reducido número era nada al lado de su decision y del benéfico influjo que su asistencia ejercia sobre la moral de los zaragozanos.

Cada uno de estos jefes se situó con algunas fuerzas en los puntos mas vigorosamente amenazados. Quedó Marcó del Pont custodiando la puerta del Cármen: la del Portillo se confió á Larripa, y la de Sancho á Renovales. Erigiéronse baterías en las dos primeras, y un grueso cordon de paisanos con diferentes armas, pero con el mismo denuedo, ciñó las frágiles tapias por los lados oeste y sur.

Cincuenta piezas de artillería vomitaron al propio tiempo la muerte y la destruccion sobre la infeliz y heróica ciudad. Los morteros y obuses del monte Torrero lanzaban bombas y granadas, en tanto que las baterias francesas de la Bernardona y el Conejar arrojaban centenares de balas rasas contra las puertas del Portillo y el Cármen.

Fué horrible el estrago en la primera, y faltó poco para que los sitiadores viesen realizados sus mas lisonjeros deseos. La superior habilidad de los artilleros imperiales hizo enmudecer nuestros cañones, y derribó, formando ensangrentados grupos, á los paisanos y artilleros que los servian. El vigilante Renovales, que ve y observa el estremo peligro á que se hallaban reducidos los del Portillo, vuela á su socorro, pero la gente imperita que guiaba, sabia morir mejor que defenderse en tan apurado trance, y su generosa concurrencia sin disminuir los estragos que causaban los imperiales, sirvió para aumentar el número de las víctimas. En tan crítica situacion, una mujer del pueblo, llamada Agustina Zaragoza, de 22 años de edad,

llega al teatro de la lucha con provisiones para los defensores, y viendo la valerosa y agraciada hembra, el desaliento que de estos se iba apoderando, se arroja sobre los cañones, arranca de la mano de un artillero tendido en el suelo, la mecha encendida, y dá fuego á una pieza. Este rasgo de heroismo electriza á los valientes que lo presencian, y todos ellos vuelven á lanzarse en medio de aquel espantoso fuego, que se cebaba ya, reduciéndole á menudo y levadizo polvo, en el endeble baluarte del Portillo.

La Providencia no podia menos de recompensar con la victoria la magnanimidad de aquel pueblo. Cuando los mas intrépidos sostenian un estéril tiroteo de fusilería al lado de sus silenciosos cañones, se presentaron en aquel punto dos oficiales de artillería, procedentes de Barcelona, de donde se habian escapado, prefiriendo la muerte en los combates á la ignominia en la ociosidad. Llamábanse D. Francisco Rosete y D. Gerónimo Piñeiro; eran ambos jóvenes, entusiastas y notablemente peritos en el manejo de su arma. Su presencia electriza á los sitiados; colócanse en bateria las abandonadas piezas, y centenares de robustos brazos, dirigidos por la luz de una inteligencia científica, devuelven al enemigo el mismo daño que acababa de ocasionar, obligándole á la retirada, aun antes de que el manto de la noche viniese á reproducir aquella escena de furor y de esterminio.

Ni fueron mas felices los imperiales en un asalto que dieron en la Aljafería: el alentado Cerezo y la breve cuanto valerosa guarnicion arrojaron al enemigo desde la cresta del muro, que empezaba á coronar, y cubrieron de cadáveres el ancho foso que rodea á aquella irregular fortaleza.

Es difícil comprender y mucho mas describir el entusiasmo que produce en las masas populares el sentimiento de sus verdaderas fuerzas. El espíritu de asociacion desciende á todos los individuos, á todos los vivifica, y en todos engendra un valor inestinguible; forman entonces una misteriosa cadena, cuyos anillos débiles se sostienen por la presion de los mas robustos; los mas flacos se sienten vigorosos al lado de los que lo son en realidad, como se cree fuerte el pigmeo colocándose bajo la proteccion de un gigante. Cuando los zaragozanos resistieron al principio á Lefebre, cedieron á un arran-



que espontáneo y grandioso; cedieron tambien á la influencia arrolladora del ejemplo, pero ni calcularon ni previeron los resultados: la lucha descubrió el secreto de su poder, como el choque de un eslabon descubre el fuego oculto en la entraña de una piedra; las últimas ventajas, cuanto mas difíciles, fueron tambien mas apreciadas, y escitaron un regocijo general. Vino á aumentarle la noticia de haber entrado en Zaragoza D. José Palafox, el ídolo de la multitud. Efectivamente, Palafox, burlando con destreza la atencion de sus contrarios, habia llegado á la ciudad seguido de pocos, aunque valientes defensores.

Rivalizaban en obstinacion sitiadores y sitiados.

Al despuntar el dia 3 de julio rompieron el fuego las baterías francesas contra la Aljafería y las puertas de Sancho y del Portillo. La voz del cañon llamó á los zaragozanos á sus respectivos puestos. No se dudaba que los franceses hacian un esfuerzo desesperado para penetrar en la poblacion, y fué por consiguiente mas firme y decicidido el propósito de resistirles.

Los muros de la Aljafería, conmovidos por el ataque del dia 1.° y débilmente reparados, cedieron con facilidad, presentando al sitiador, con la vista de la espresada brecha, ocasion, incentivo y medio para intentar el asalto. Al punto lanzó Verdier una fuerte columna sobre la brecha: recibiéronla los nuestros con un nutrido fuego de fusilería, y llegando ya á lo estrecho del asalto, se dieron de una y otra parte fuertes cargas á la bayoneta. Cedió la arrogancia francesa á la frenética intrepidez de los zaragozanos, y la columna imperial hubo de retirarse muy maltratada bajo el cañon de la Bernardona.

Entonces Verdier redobló todos sus conatos para apoderarse del Portillo: una nueva batería une su violencia á las anteriores: tropas selectas se forman en columnas para acometer el asalto, y aunque la puerta de Sancho sufre todavía un fuego vivísimo, no se duda que la intencion del general francés es encubrir por medio de un ataque simulado sobre este punto, sus verdaderos esfuerzos contra el Portillo.

El espectáculo que ofrecia Zaragoza en aquellos momentos, era

sublime y aterrador á la vez. Mientras los hombres de todas clases prodigaban su vida, precipitándose en los sitios de mayor honra y peligro, las mujeres, organizadas y dirigidas por la condesa de Bureta, dama de alta cuna y de mas altos pensamientos, retiraban los cadáveres, auxiliaban á los heridos, llevaban víveres á los combatientes, y mas de una vez hicieron fuego al enemigo con el mismo fusil que acababan de arrancar á una mano helada por el frio de la muerte. Al mismo tiempo religiosos y sacerdotes, llevando por bandera el sagrado símbolo de nuestra religion, recorrian las filas, exhortaban á los defensores, y les infundian un valor sobrehumano. Allí, donde quiera que caia un herido, habia cerca una mano amiga ó para restañar su sangre aplicándole eficaces remedios, ó para cerrar sus párpados á la última luz de la vida: allí estaba tambien pronto á recibir su espíritu un ministro de esa ley divina que solo considera grande al guerrero cuando defiende la causa de la razon y de la justicia. ¡Cuántas veces el mártir de la patria confundia en el último suspiro su afecto hácia las criaturas que le eran mas caras, y su esperanza en la bondad inefable del Criador!

Por desesperada que fuese la resistencia de los zaragozanos en el Portillo, los franceses habian obtenido señaladas ventajas. Ya nuestros cañones no funcionaban; un monton de cadáveres embarabazaba el acceso á la batería, y el único artillero que habia permanecido en pié, en el momento de prender fuego al cañon habia sido derribado por la metralla enemiga, estinguiéndose poco á poco la mecha en su mano moribunda. Reinaba el terror en aquel lúgubre recinto, y aprovechándose de esta circunstancia, avanza una columna francesa á paso de gigante. Pero se levanta una mano heróica para dar fuego al cañon cargado, y retrocede el enemigo completamente destrozado.

El mismo Palafox rechazó otro ataque que dieron los imperiales, terminando con el dia aquella lucha tan funesta para los sitiadores, como gloriosa para los sitiados.

Sentia Verdier que se mermaban considerablemente sus fuerzas al par que sus esperanzas, pero encadenado por el pundonor cerca de la ciudad, resolvió no omitir medio alguno de los que reputara conducentes á domar la intrepidez de los zaragozanos. Renunciando



por un momento á sus infructuosos ataques contra las puertas, quiso apoderarse de los principales edificios esteriores, y al efecto acometió los conventos de Capuchinos y San José. Sitiados y sitiadores hicieron en este trance prodigios de valor. Avanzaban los franceses bajo la proteccion de su artillería por entre escombros empapados en sangre humana; al abrigo de un mueble, de una pared entreabierta ya por las balas, defendíanse y ofendian los zaragozanos: casi todos los que se hallaban en S. José perecieron en la demanda: los defensores de Capuchinos, arrollados casi hasta el umbral de la última puerta, prendieron fuego al edificio y dejaron por trofeo á los imperiales un monton de cenizas.

Incesantes escaramuzas y choques tuvieron por resultado el ataque formal que verificó Verdier el dia 10 de julio. Su objeto era el de apoderarse de la orilla izquierda del Ebro, privar á los zaragozanos de toda comunicacion con Cataluña, y hacer que la espada del hambre abatiese aquellos ánimos tan altivos y prepotentes en medio de tan grandes infortunios. Arrojaron los franceses un puente de barcas sobre el Ebro cerca de San Lamberto, cruzáronle animosamente con paso rápido y seguro, y ya iban á realizar sus planes, cuando cayó sobre ellos con formidable ímpetu Palafox á la cabeza de cien suizos y algunos paisanos. La bizarría de los nuestros hubiera cedido al número de los contrarios, si Calvo de Rozas, tan activo como valiente, no hubiera acudido en su auxilio seguido de ardorosa multitud. Empeñóse el combate sin que ni unos ni otros ganaran un palmo de terreno; mas para los agresores la falta de progreso era principio seguro de la derrota, porque los sitiados, volando al eco del peligro, colocaron tres baterías en el arrabal, y compelieron á los imperiales á desistir de un proyecto tan prósperamente inaugurado.

Neutralizaron fatalmente este triunfo la tala que hicieron los franceses en las huertas y campos situados á la parte noroeste de la ciudad, y la pérdida de la fábrica de pólvora de Villafeliche, que el baron de Versages no pudo proteger con sus tropas colecticias contra una columna enemiga. Pero la verdadera serenidad descubre recursos en el fondo de las situaciones mas desesperadas; los zara-



gozanos estrajeron salitre de la tierra de las cuevas y de las calles, y bajo la inteligencia científica del oficial Lopez elaboraron pólvora suficiente para atender á las necesidades del sitio.

Viendo que ni la fuerza ni los recursos ordinarios de la guerra bastaban á enseñorearle de la heróica ciudad, recurrió Verdier á un ardid, que no tuvo mejor éxito. Albergados en las ennegrecidas ruinas de Capuchinos mil quinientos veteranos franceses, salieron de allí cuando el tupido velo de la noche podia encubrir sus pasos y se acercan á la muralla cauta y sigilosamente. El profundo silencio que reinaba en el interior de la ciudad, infunde en los agresores nuevas y atrevidas esperanzas: creen que los zaragozanos, rendidos á las fatigas ó alucinados quizá por sus ventajas, se han abandonado á una confianza intempestiva, y aplican con osada mano sus escalas al muro. Ya iban á trepar, cuando una descarga cerrada les advierte al mismo tiempo su error y la certeza del peligro; el suelo queda cubierto de cadáveres franceses, y los que se salvan, víctimas ellos mismos de la sorpresa que pensaban proporcionar á los sitiados, huyen en el mayor desórden hácia su campamento.

Tantos y tan sangrientos desengaños hicieron que Verdier abreviase por completo el plan que habia columbrado en un principio, pero al que no se habia adherido con la poderosa tenacidad del genio, que asegura generalmente el buen éxito. Los ataques á la parte occidental, sobre tener un porvenir laborioso, eran en estremo difíciles, ya porque se habia convertido hácia aquel punto la atencion principal de los sitiados, ya porque el cañon de la Aljafería despedazaba implacablemente el flanco de los sitiadores. Quedó, pues, resuelto el ataque por el lado de mediodia, y á fin de efectuarlo con mas seguridad, se construyó un camino cubierto desde San José á la Bernardona, cerca del convento de Santa Engracia.

Propusiéronse los zaragozanos interrumpir estas obras de grande y fatal importancia, con su energia y actividad características. Ora, cual rayo desprendido de invisible nube, se lanzaban súbitamente sobre los destacamentos imperiales, trabando con ellos personal y mortífero combate, ora al abrigo de improvisados parapetos ó de las ondulaciones del terreno, hacian sobre los trabajadores un vivo fuego de fusilería, ora finalmente, trasladando á brazo sus cañones, les



hacian jugar contra los atrincheramientos enemigos. Las trasparentes aguas del agitado Huerva, y aun las mas lejanas del Gállego, se mancharon con la sangre de muchos valientes. Llevaron su audacia hasta el punto de insultar al enemigo en sus formidables posiciones del monte Torrero, y mas de un triunfo, aunque parcial y efímero, coronó estos heróicos esfuerzos.

Pero Verdier habia tomado con tanta prudencia y solidez sus medidas, que no obstante la oposicion de los zaragozanos, pudo concluir el camino cubierto y montar ocho baterías de una manera imponente. Algunas de estas distaban solo ciento cincuenta varas de la ciudad, y las mas distantes no pasaban de cuatrocientas; circunstancia que debia dar á sus fuegos una eficacia desoladora.

El horrible y simultáneo estampido de sesenta cañones anunció á los zaragozanos que el general francés iba á desplegar los últimos recursos de la guerra para dar cima á conquista tan difícil y tan preconizada ya en Europa por el eco de la fama.

Espesas columnas de humo robaron su brillante luz al sol de aquel dia (3 de agosto); los edificios mas sólidos retemblaron sobre sus cimientos; los tejados y techos de las casas volaron con los cascos de la metralla; entreabriéronse las paredes y vinieron á tierra muchas ventanas y balcones; las calles estaban cubiertas de escombros; una zona de fuego circuia la ciudad, y proyectaba sus siniestros resplandores sobre las azuladas ondas del Ebro.

Benigna la noche, puso breve término á esta escena de espantosa desolacion; mas principió de nuevo y con redoblada violencia al esparcir el alba sus primeros resplandores. Pretendieron los imperiales disfrazar su verdadero objeto, disparando contra la Aljafería y la puerta del Portillo; mas los nuestros no se dejaron seducir por estas apariencias, y volaron en álas de su entusiasmo al convento de Santa Engracia, donde esperaban impávidos la muerte con la ocurrencia del enemigo. Entonces Verdier lanzó el fuego de tres baterías contra el convento, donde solo habia para contrarestarle cinco piezas colocadas imperfectamente y sin resguardo alguno.

Era tal la superioridad de la artillería enemiga sobre la nuestra, que á las nueve de la mañana habian enmudecido todos los cañones de la ciudad, desmontados los unos, y faltos otros de brazos úti-

les para su servicio. Al propio tiempo los viejos paredones de Santa Engracia se desprenden con lúgubre estrépito, y envuelven entre sus ruinas á muchos de los defensores.

Dos brechas practicables se presentan á los ávidos ojos del sitiador. Inmediatamente precipita Verdier sobre ellas sus columnas, que avanzan rápidas y sin obstáculo hasta el interior del convento, donde se habian reconcentrado sus defensores. Allí se empeña una lucha heróica, casi fabulosa, con sables, con espadas, picas y bayonetas, desdeñando los fusiles como lentos en lanzar la muerte, se arrojan los zaragozanos en medio de las nutridas y bien concertadas filas francesas, que ceden por un momento al asalto de los sitiados, pero ceden, como el mar al ímpetu de un caudaloso rio, para reunir despues sus aguas y oponer una masa incontrastable. Avanzan los sitiadores por entre escombros y cadáveres: un reguero de sangre marca cada uno de sus pasos, pero los pocos zaragozanos que sobreviven á un combate de cuatro horas, logran aun apoderarse de la escalera principal, y hacen desde ella sobre los franceses un fuego cruzado de fusilería, mezclado con piedra y toda suerte de proyectiles.

Seis horas de incesante pelea agotaron, no el valor, sino las fuerzas de los sitiados, y permitieron á los franceses, á costa de una pérdida considerable, hacerse dueños del anhelado edificio. La toma de Santa Engracia era muy importante, porque los franceses podian, desembocando por la calle que lleva este nombre, llegar á la espaciosa del Coso y penetrar hasta el corazon de la ciudad. Verdier mismo, no obstante los duros desengaños que habia esperimentado, se lisonjeó con que esta pérdida humillaria el ánimo de los zaragozanos, y escribió á Palafox en estos términos: — Cuartel general de Santa Engracia:—Paz y capitulacion.—El caudillo español contesta con esta frase enérgica y terrible, digna del espartano Agesilas (1).—Cuartel general de Zaragoza.—Guerra á cuchillo.—

(1) Agesilas, uno de los mas célebres capitanes de Lacedemonia, marchó contra Atenas, y despues de un sitio dirigido con estraordinario vigor é inteligencia, se apoderó de esta plaza. Al dar cuenta á su gobierno de este suceso, que podia considerarse como el mas notable que hubiera ocurrido en la vida política y militar de Esparta, y que cambiaba la fisonomía moral de la Grecia entera, se limitó á estas sencillas aunque muy

Y Palafox era entonces el fiel intérprete del sentimiento general. La desgracia habia aumentado el valor de aquel pueblo magnánimo, como aumenta una herida grave la fiereza de un leon acosado. Verdier solo puede penetrar en Zaragoza pasando sobre montones de cadáveres, y solo podrá ceñirse el laurel de la victoria, recogiéndole en un charco de sangre humana. El general francés comprende esto sin duda, y no obstante da á sus tropas la órden de embestir.

Precipitáronse los franceses con la cabeza baja sobre la calle del Coso. Los zaragozanos habian levantado en el estremo superior de esta calle una batería, á cuyo frente se hallaba Calvo de Rozas con dos oficiales, pocos soldados y mas paisanos armados heterogéneamente. Los heróicos vencedores de Arcole y Montenotte desafian á pecho descubierto el espantoso fuego que les hace esta batería, pero los sitiados duplican sus esfuerzos y la lucha se sostiene por espacio de tres horas, sin ventaja decidida, en un radio de ciento cincuenta varas. En vano Verdier procura divertir la atencion de los sitiados dirigiendo falsos ataques por algunas de las bocacalles inmediatas; los defensores se multiplican como las emblemáticas creaciones de Deucalion, y la desesperacion halla recursos inconcebibles para la ciencia y la esperiencia militar. Al precipitado é incierto tiro de los fusiles y trabucos, acompañan proyectiles de toda especie, piedras, muebles y vigas, lanzados por la estenuada diestra de los ancianos, por el débil brazo de los niños y y por la delicada mano de las mujeres. Los imperiales no pueden dar un paso sin arrostrar mil muertes.

Si la fortuna hubiera permanecido neutral la victoria habria pertenecido desde luego á los zaragozanos. Pero la esplosion súbita de un depósito de pólvora distrajo por un momento á los defensores, y no se necesitó mas que este momento para que los vigilantes franceses avanzaran con sumo ímpetu y se apoderaran de la batería del Coso.

Calvo de Rozas y un oficial, cuyo nombre ha inmortalizado la

elocuentes palabras: «Hemos tomado á Atenas. (*Bartelhemy, voyage de Jeune Ancharsis*)» Fundadamente se ha considerado este singular parte como el mas perfecto del laconismo militar.

historia, llamado D. Justo San Martin, fueron los últimos en abandonar esta batería. Dueños del Coso los imperiales, creyeron serlo tambien de Zaragoza, y faltó poco para que un suceso imprevisto, aunque muy natural, convirtiese en realidad deplorable sus lisonjeras esperanzas.

Parte de la multitud arrojada del Coso y de las calles inmediatas, y en la cual se hallaban confusamente mezclados hombres, mujeres y niños, sobrecogida de terror y figurándose que ya la ciudad estaba perdida, se precipitó sobre el puente para pasar á los arrabales y buscar aquí un asilo contra la última desgracia. Los agudos gritos de esta multitud, el estampido de los cañones que jugaban sin cesar, las vociferaciones de los combatientes, que habian renovado la lucha en el arco de Cineja, el aspecto de los cadáveres que en el calor de la accion no habian podido recogerse, el sordo ruido de los edificios que iban desplomándose por la esplosion de la pólvora, y los ecos de miles de detonaciones que se perdian al confundirse en la vasta bóveda del horizonte, todo esto daba á aquella escena un carácter horrible, tan repugnante á los ojos como á los oidos.

Pero en medio de este cuadro de desolacion se destacan algunas figuras verdaderamente épicas. En los periodos de crísis las creaciones de la naturaleza física y moral son cual nunca magníficas. Allí se vió á la condesa de Bureta improvisar una barricada á la entrada de su casa y defenderla con otras mujeres, cuyos nombres han quedado envueltos en una sensible oscuridad. Agustina Zaragoza en aquel trance supremo se escedió á sí misma y sus anteriores proezas, rivalizando dignamente con ella otra jóven llamada Casta Alvarez. El ardiente corazon que encerraba en su pecho de sesenta años el oficial Cerezo, no le permite permanecer inactivo en la Aljafería, y se lanza en lo mas recio del combate armado de espada y rodela, sorprendiendo á todos, mas que lo desusado de su armadura, su inimitable valor. De algunos paisanos se refiere, que abalanzándose con intrepidez frenética sobre los cañones enemigos, torcieron á fuerza de brazo su direccion y puntería.

Tanto heroismo no podia quedar sin recompensa. Los franceses, pugnando siempre, habian logrado apoderarse del convento de San



Francisco y del hospital general, donde, bien de intento, bien por casualidad, se prendió fuego, y los infelices enfermos, huyendo de las llamas, se arrojaron por las ventanas, hallando en su peligroso descenso una muerte acerba y dolorosa.

Pero este fué el término de sus progresos. Obstinándose erradamente en avanzar por la tortuosa calle del Arco de Cineja, tuvieron que retroceder ante el número siempre en incremento de los sitiados, atraidos hácia este punto por la penetrante voz del peligro. El desórden que habia producido en un principio la tumultuosa fuga de los que se dirigieron al arrabal, vino á desvanecerse, merced á la oportuna energía que desplegó el oficial D. Luciano Tornos. Viendo este á la muchedumbre fugitiva, y comprendiendo la influencia terrible del ejemplo en los instantes decisivos, hace volver contra aquella los cañones que habia en el puente y en la batería de San Lázaro, y amenaza romper el fuego, si no se detiene.

La voz y los ademanes de Tornos contienen el desbordado tropel; muchos hombres vigorosos, que se habian dejado arrastrar por el torrente de los fugitivos, vuelven en sí y se indignan contra su propia debilidad; la reaccion en estos casos es omnipotente; los mismos que pocos minutos antes aparecian atribulados, vuelan ahora al sitio del combate para lavar con su sangre la mancha que habia empañado su claro patriotismo. El golpe de estos guerreros estremece hondamente á los imperiales, ya muy conmovidos por tan larga lucha: abandonan definitivamente el Arco de Cineja, y se reconcentran en el Coso para conservar esta posicion importante é invocar de nuevo á la fortuna á la luz del dia siguiente. Pero el infatigable Calvo, á la cabeza de seiscientos paisanos, se precipita sobre ellos con un denuedo solo igual á su constancia; renuévase el combate en toda la estension del Coso, pugnando ardientemente los imperiales por conservar y los zaragozanos por recuperar la batería de esta calle; repentinamente y como por ensalmo aparecen otra vez coronados los balcones y terrados de hombres y mujeres; una lluvia de proyectiles cae sobre los imperiales, y estos soldados, que en aquel dia se habian colocado al nivel de sus mas esplendentes glorias, se muestran por fin abatidos y dispuestos á abandonar la ba-

tería. Verdier lo observa, se pone á la cabeza de una lucida columna, y se arroja espada en mano sobre la gran masa de los zaragozanos; pero envuelto en una atmósfera de fuego, cae él mismo gravemente herido, y Lefebre que le reemplaza en el mando, solo puede salvar los restos de aquella columna, dando órden para que se replegue al convento de San Francisco: las demas tropas francesas se recogieron, parte á este edificio, y parte al hospital general. La noche, al tender su benéfico manto, suspendió todas las hostilidades y dejó á los zaragozanos en posesion de aquella batería y de las dos terceras partes de la calle del Coso.

Tales fueron los sucesos ocurridos en el memorable 4 de agosto. Los franceses habian perdido dos mil hombres; menor, aunque considerable, resultó la pérdida de los zaragozanos. Pero el éxito del combate era decisivo. Es verdad que los imperiales se habian apoderado de una puerta, mas ¿qué influencia podia ejercer esta ventaja respecto de una ciudad que carecia de murallas? Es verdad tambien que dominaba en los conventos de Santa Engracia, San Francisco y el hospital general: mas ¿debia hacer mella en el ánimo de los sitiados la pérdida de tres edificios, cuando cada casa podia convertirse en una fortaleza, cada habitante en un soldado, y cada soldado en un héroe? La victoria de aquel dia debia ser mucho mas moral que material, y el triunfo moral pertenecia absolutamente á los zaragozanos.

No obstante, alarmados en un principio con la toma de Santa Engracia por el enemigo, y previendo que este recibiria prontos y considerables refuerzos, los hermanos Palafox se decidieron á salir de Zaragoza en la misma tarde del 4, con el objeto de recoger en la provincia víveres y gente, é introducirse de nuevo en la ciudad para esforzar su defensa hasta el último estremo. Efectivamente, el dia 5 entró el marqués de Lazan con quinientos hombres, pero Lefebre, ya que no pudo impedirlo, se propuso estorbar el paso á don José, que avanzaba rápidamente seguido por dos mil doscientos infantes.

Las acertadas maniobras de Palafox, la hábil cuanto eficaz cooperacion de D. Felipe Perena, y las vigorosas medidas que adoptó Calvo, frustraron todas las precauciones del jefe imperial, y el cau-

dillo aragonés penetró en Zaragoza el dia 8 por medio de una multitud ébria de gozo y de esperanza.

Nada hay imposible mas que la deshonra, para un pueblo que, conmovido por una pasion profunda, persigue un fin noble y santo. Y no obstante, y á pesar de las estraordinarias hazañas de los zaragozanos, sorprende y admira la resolucion tomada en un consejo de guerra que se celebró en la noche del 9. Allí propuso Palafox, y se adoptó unánimemente, la idea de defender la ciudad calle por calle, y plaza por plaza, y cuando hubieran sido desalojados de todas ellas cruzar el puente, encerrarse en el arrabal, y combatir en su recinto hasta exhalar el último suspiro. Los estremos de este dilema tenian una terrible sublimidad; si salian vencedores, quedaban solo con su gloria, pero sin fortuna ni hogares; si sucumbian, dejaban en poder del enemigo, no una plaza, sino las llaves de una tumba.

Felizmente los franceses no se hallaban en el caso de precipitarles en ninguno de estos estremos. Las hostilidades desde el 5 al 11 se redujeron á un fuego de fusilería estéril en resultados, aunque por desgracia demasiado vivo para aumentar el número de las víctimas.

La batalla de Bailen y el movimiento retrógrado que emprendió José hácia la línea del Ebro, fueron causa para que los imperiales abandonasen el asedio de Zaragoza. Pudieron verificarlo con honra y concierto el dia 13, pues si hubiera concurrido un dia antes la division valenciana á las órdenes de Saint-March, probablemente su retirada se habria convertido en deshecha y desastrosa fuga. No obstante, los valencianos, ávidos de gloria, fueron persiguiendo al enemigo hasta que pisó el suelo menos peligroso de Navarra. Antes de partir, Lefebre inutilizó las sesenta piezas de batir que habian jugado en el sitio, y voló los almacenes de Monte Torrero y el convento de Santa Engracia, sacrificio este último que podia exigir la prevision militar; pero cuya destruccion lamentará por mucho tiempo el genio de las artes (1).

La pérdida que esperimentaron los franceses durante el sitio, va-

(1) Este suntuoso edificio, construido en tiempo de los Reyes Católicos, era notable por la riqueza de sus materiales, á los que daba nuevo realce una arquitectura atrevida y llena de majestad.

ría de tres á cinco mil hombres, segun el cálculo de diversos escritores: cálculo que no puede apoyarse sobre un número absoluto, ya por los pequeños refuerzos que aquellos recibian frecuentemente, y por la precaucion de enterrar misteriosamente los cadáveres para contener la moral de sus tropas y no dar mayor aliento al enemigo. De los sitiados perecieron dos mil personas, cifra bien elevada, y que prueba á la par la obstinacion de la lucha y el poco resguardo que ofrecian las tapias de la ciudad al valor de los zaragozanos.

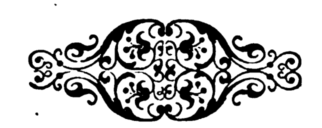
Este primer sitio de Zaragoza, juzgado primero ante el tribunal incompetente de las mas violentas pasiones, presentado despues ante la conciencia histórica, no ha obtenido quizá la verdadera apreciacion que en sí merece. La voz del orgullo nacional ha venido resonando en el corazon de los escritores como el eco de una tempestad pasada y dando á sus consideraciones una hipérbole inadmisible. Los franceses le han aplaudido, pero disminuyendo los elementos de agresion, á fin de menoscabar la gloria de los sitiados: los españoles le han encomiado como un acto estraordinariamente heróico; pero le han deslucido, quizá sin pretenderlo, quitándole todo el mérito de operacion militar. Sin duda que nunca pudo completarse la línea de circunvalacion; sin duda que la primera embestida fué impetuosa, arrebatada é irregular; que á la primera resistencia de los zaragozanos no presidió un pensamiento cierto, sino el ciego instinto del pueblo, pero las cosas variaron muy pronto de aspecto. Los ataques que dirigió Lefebre por la parte occidental, aunque equivocados, se hicieron con un vigor y concierto verdaderamente plausibles: los que Verdier realizó por el mediodia, honraron su talento tanto como el denuedo de sus tropas; las baterías francesas estuvieron siempre perfectamente montadas; los veteranos del imperio demostraron una pericia digna de los mas bellos dias de su gloria, y sus jefes se sostuvieron al nivel de una reputacion europea.

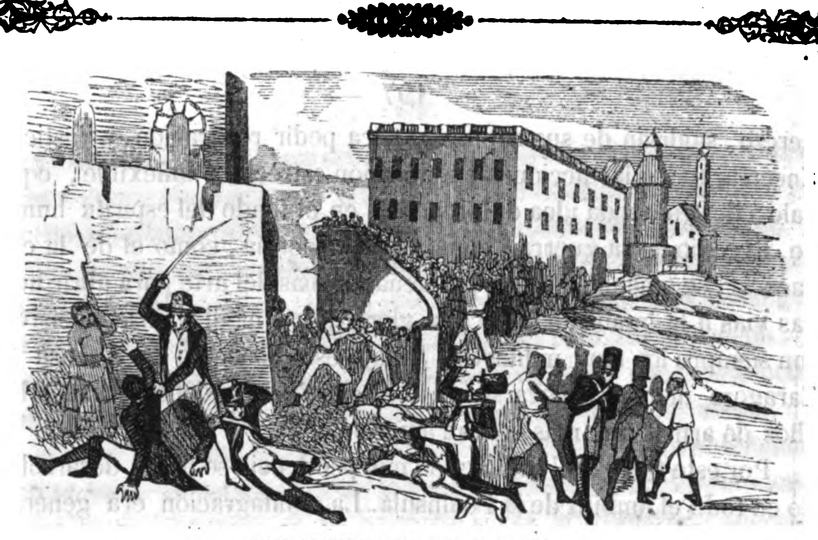
Los sitiados por su parte hicieron jugar sus pocos cañones con una destreza y eficacia nunca desmentidas: cubrieron con rara oportunidad los puntos mas vulnerables; adivinaron los intentos del enemigo, y supieron oponer al ardid el ingenio, á la fuerza un denuedo incontrastable. Estos hechos están comprobados de la manera mas luminosa: si se negaran, las sombras de Palafox, Pont, Larripa,

Cerezo, saldrian de sus sepulcros para pedir reparacion y justicia. Encerrar todas las acciones en un cánon estrecho é inflexible, equivale á destruir toda idea de progreso en el fondo del espíritu humano. El genio de la guerra, como el de la poesía, como el de la elocuencia, se emancipa de las pequeñas trabas del arte para abrir nuevas vias á la inmortalidad y á la gloria; los medios mas decisivos son siempre los mas militares, y bajo este concepto la defensa de Zaragoza merece colocarse en la categoría de aquellos grandes hechos de armas que mas honran á una nacion.

Por este tiempo el espíritu de independencia se habia desarrollado en todo el ámbito de la Península. La conflagracion era general.

En Navarra y Guipúzcoa estallaba la indignacion contra los franceses, no obstante las precauciones que habia tomado el emperador, sujetando la cabeza de estas dos provincias: los habitantes de Bilbao se levantaron tambien contra sus opresores, y aunque fué reprimido el movimiento, no sin efusion de sangre, quedó encendido en los ánimos el deseo de la venganza. Gerona rechazó un segundo ataque que contra ella dirigió Duhesme, obligando á este general á refugiarse en el seno de Barcelona; y en Portugal los talentos y consumada pericia del británico Welesley obligaron al arrogante Junot á consentir en la convencion de Cintra, pacto menos glorioso para el vencedor, que útil para el pueblo lusitano, porque purgaba su suelo de las huestes enemigas.

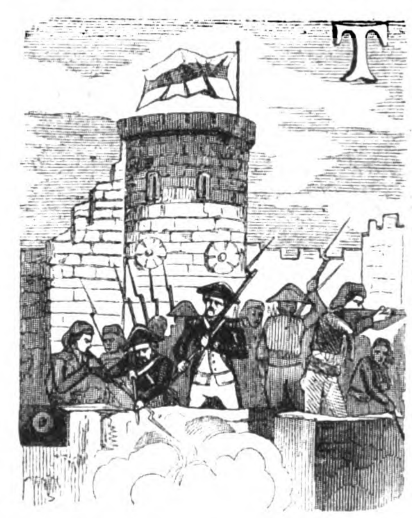




CAPITULO XIV.

1808.--1809.

SITUACION DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES.—FUERZA DEL FRANCÉS.—ACCION DE LERIN Y DE ZORNOZA.—ENTRADA DE NAPOLEON EN ESPAÑA.—ACCION DE BURGOS.—LA DISCORDIA EN EL CUARTEL GENERAL ESPAÑOL.—DIVERSOS PLANES.—BATALLA DE TUDELA.—NAPOLEON DELANTE DE MADRID.—SIUACION DEL EJÉRCITO AUXILIAR INGLÉS EN LA PARTE OCCIDENTAL.—NAPOLEON MARCHA A SU ENCUENTRO.—RETIRADA DE LOS INGLESES.—BATALLA DE LA CORUÑA.—EMBÁRCANSE LOS INGLESES.—SEGUNDO SITIO DE ZARAGOZA.—MOVIMIENTO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL DEL CENTRO.—ATAQUE DE TARANCON.—SOULT INVADE EL PORTUGAL.



Tres meses de incesante pelear habian cambiado profundamente la fisonomia de la guerra. El ejército español, que al inaugurarse aquella, apenas merecia tal nombre, se mostraba ahora orgulloso con el doble laurel del triunfo y del patriotismo; ciudades casi indefensas habian inutilizado los mas prepotentes esfuerzos de los vencedores de Europa, y estos recogiendo en compensacion de su sangre derra-

mada, uno en pos de otro, á cual mas amargo desengaño, se replegaban sobre la línea del Ebro, buscando el contacto protector del territorio francés. Los ingleses habian triunfado en Portugal, y otro ejército de aquella nacion se habia presentado al occidente de España para compartir nuestros sacrificios y participar de nuestra gloria. Daba el último colorido á este cuadro consolador el regreso de la division española que se hallaba unida en Dinamarca á las tropas francesas, y la cual con un denuedo casi fabuloso, habia, hendiendo vastos mares, podido recogerse en el regazo de la madre patria. Era jefe de esta division, como lo hemos visto en otra parte, el marqués de la Romana, quien adquirió un prestigio, aunque grande, merecido por este hecho de singular, cuanto noble osadía.

¿Cómo se disiparon de un golpe tan brillantes ilusiones, entenebreciéndose la atmósfera política hasta el punto de no quedar otro rayo de esperanza que la desesperacion de un pueblo que habia jurado perecer antes que humillarse? Contribuyeron á este triste resultado la debilidad del gobierno, que si bien nacido en el seno de una revolucion ardiente, mostraba en ocasiones críticas una prudencia intempestiva, la inesperiencia de nuestros generales á los que se podia aplicar entonces la celebrada reconvencion de Maharval á Annibal (1), la falta de unidad en el mando, circunstancia sin la que pocas victorias son asequibles y ninguna fecunda en felices consecuencias, las bajas pasiones que descollaban bajo la pura sombra de los laureles últimamente adquiridos, y sobre todas estas causas el genio privilegiado y la fortuna todavía omnipotente del nuevo César.

Hemos manifestado en otra parte que se cometió un error muy grave en permitir que los franceses recogidos allende del Ebro se repusieran material y moralmente, escogiendo á su placer posiciones para sostener con vigor la ofensiva.

Si en álas de la victoria, obtenida la de Bailen, las tropas andaluzas dándose la mano con las asturianas y castellanas hubieran

(1) Despues de la victoria de Cannas, el cartaginés Maharval aconsejaba á Annibal que marchase directamente contra Roma, y como este se negase, prorumpió en estas palabras: «Bien sabeis vencer, Annibal, pero no sabeis aprovecharos de la victoria.»



caido arrebatadamente sobre el norte, es dificil que José ni Bessieres, en cuyas manos se habian esterilizado los laureles de Rioseco, hubiesen podido concentrarse sobre Vitoria, haciendo hondo hincapié en las márgenes del golfo de Gascuña, cortando parte de nuestras comunicaciones con los ingleses, apoyando su espada en los robustos muros de Pamplona, y estendiendo una mano hácia la frontera francesa en demanda de los auxilios que la perentoriedad de las circunstancias reclamaba. Esta posicion era muy ventajosa, escogida con superior tacto estratégico, y el mejor escudo contra la desgracia que entonces perseguia á los imperiales. Mas para establecerse sólidamente en ella se habia necesitado tiempo, serenidad y desahogo, y ninguna de estas ventajas hubiera concurrido en favor de los franceses si se hubiese obrado con la celeridad que la índole de la guerra exigia, y que el aliento del triunfo hacia posible y aun fácil; la falta de subsistencias no podia dificultar este rápido movimiento; bajo las plantas del vencedor brotan siempre inesperados recursos, y el ferviente entusiasmo de los pueblos españoles, hubiera producido sacrificios superiores á toda verosimilitud, para dar feliz cima á una campaña que se consideraba como decisiva.

Pero en tanto que las divisiones españolas desprendiéndose del fértil seno de Castilla y de las escabrosas montañas cantábricas, se encaminaban lentamente hácia las orillas del Ebro, los generales españoles, permanecian en Madrid, agitándose para obtener la unidad de mando y para elucubrar un plan de operaciones. Se ha dicho que estos generales obedecian las órdenes terminantes del gobierno, y la historia, que no puede admitir la solidaridad en las faltas como incompatible con la justicia distributiva que es su espíritu, debe establecer este dato; pero en este caso la responsabilidad cambiando de personas, no cambiaria de objeto. De cualquier modo la unidad de mando aunque considerada fundadamente como el primer elemento de un triunfo decisivo, no llegó á realizarse, y el plan de operaciones que se adoptó envolvia un pensamiento tan audáz que hacia su ejecucion sobre imposible funesta. Consistia este en comprimir á los franceses en sus posiciones de Vitoria, cortar sus comunicaciones con Francia y con el mar, y arrojarlos hambrientos y estenuados sobre la orilla derecha del Ebro.

Para llevar á cabo consejo tan atrevido, las tropas españolas debian formar un ángulo agudo cuyo vértice estaria en los Pirineos orientales, y la estremidad de sus lados en el Ebro y el golfo de Gascuña. Entre los prolongados brazos de este ángulo colosal, quedaban comprendidas las ciudades de Vitoria y Pamplona. En armonía con este pensamiento Blake con los asturianos y gallegos se situó resueltamente en Zornoza, los valencianos y murcianos se apoyaron en Tudela, formando los dos estremos de esta vasta cadena de posiciones, y constituyendo los anillos mas importantes ocho mil aragoneses, que á las órdenes de D. Juan O'Neill, ocupaban á Sangüesa, cinco mil hombres dirigidos por D. Felipe Saint-March y escalonados entre estos dos puntos, diez mil andaluces que con Grimarest y la Peña á su cabeza se estendian desde Lodosa á Calahorra, y ocho mil castellanos con Pignatelli á su frente, guarnecian á Logroño. Todas estas divisiones en número de treinta y cinco mil hombres, obedecian á Castaños como general en jefe.

Setenta y cuatro mil soldados españoles con escasa y no bien regimentada caballería, estaban tendidos en una línea llena de accidentes naturales, y para cubrirla completamente se necesitaban lo menos doscientos mil hombres. Es verdad que aumentaron despues hasta cien mil, pero los nuevos refuerzos se situaron mas hácia el interior del reino y en ademan de cubrir el corazon de las Castillas contra la nueva invasion de los imperiales.

Solo el brillo fascinador de una victoria estraordinaria pudo deslumbrar á nuestros generales para no advertir los defectos capitales de este plan. El ejército de Blake carecia absolutamente de base de operaciones, Zornoza no lo era ni podia serlo; pueblo abierto, estaba al alcance del enemigo que podia apoderarse de él por un vigoroso golpe de mano; su consideracion estratégica desaparecia tambien si los franceses recobraban á Santander y Bilbao. Zornoza era cuando mas una regular posicion, pero un dia de batalla debió ser el orígen de una campaña variada, fecunda en vicisitudes y en la cual aquel cuerpo de ejército tomaria acaso la elasticidad necesaria para tocar las lindes del territorio francés. Mas sólida si bien tampoco privilegiada ni aun suficiente era la base escogida por Castaños: Lo-

groño en efecto era una de las llaves del Ebro, mas por su situacion geográfica no permitia á las tropas de la Peña, O'Neill y Saint-March que se enlazaran tan vigorosamente como fuera necesario para proteger aquel punto contra una recia embestida del enemigo. Pero el defecto mas eminente y trascendental consistia en la estension y endeble estructura de la misma línea.

La articulacion que unia á Castaños y Blake por detrás de Pamplona era tan débil que los franceses podian con poco esfuerzo romperla, arrojar toda la masa de sus fuerzas sobre uno de estos generales y oprimirle antes que el otro pudiera acudir á su socorro. Aconsejábase por algunos otra operacion sencilla y de resultados al parecer seguros sobre la estremidad norte de la Península; consistia ésta en cerrar con algunos cordones militares las gargantas del Pirineo, cortar las comunicaciones del enemigo con Francia, aislarlo dentro de un pais que le aborrecia, impedirle que recibiera socorro, y obligarle á perecer aconchado, ó sobre el Ebro, ó sobre el Océano. El éxito era el mismo que ambicionaban nuestros generales, pero el medio era inmensamente mas eficaz y nos colocaba en la verdadera aptitud para resistir los primeros golpes de una nueva invasion.

Preparábala Napoleon con aquella celeridad asombrosa, rasgo privilegiado de su carácter. Conocia este hombre estraordinario la situacion de los ejércitos beligerantes; no ignoraba las ventajosas posiciones de los suyos, pero les habia prescrito que se limitasen rigorosamente á la defensiva. Queria que su presencia fuera acompañada del rayo de la guerra, y que á su mágica voz respondieran en la Península los primeros ecos del triunfo. Necesitaba rehabilitarse á los ojos de la Europa, que habia visto con mal rebozada alegría nuestra heróica resistencia, y este pensamiento daba á su ambicion un vuelo mas levantado. Ya no trataba únicamente de imponer á la España una nueva dinastía, sino de destruir su nacionalidad, sometiéndola á los fueros mas ominosos de la conquista.

Los medios que empleó entonces eran proporcionados á la importancia y dificultades del fin que se proponia alcanzar. Doscientos mil veteranos de la revolucion y del imperio abandonaron las brumosas orillas del Rhin y el dulce clima de la bella Italia, para trasladarse

con una actividad incomparable á la helada falda de los Pirineos.

Con las que ya se hallaban en la Península, el total de las fuerzas francesas se elevó á doscientos cincuenta mil hombres perfectamente organizados, dotados con la competente artillería y sostenidos por una caballería numerosa y brillante. Casi todas las grandes glorias del imperio se habian asociado á esta espedicion, que se reputaba como decisiva. Sobresalian entre otros muchos jefes llenos de mérito, el mariscal Soult, duque de Dalmacia, tenido por el primer táctico de su tiempo; el mariscal Ney, soldado infatigable, capitan intrépido, y que sabia iluminar sus pasos mas atrevidos con la luz del genio y de la ciencia; el mariscal Jourdan, en cuya larga vida militar se conservaba sin mancilla la aureola adquirida en los campos de batalla; el mariscal Moncey, táctico consumado y hombre que acertaba á conciliar las duras exigencias de la guerra con las consideraciones debidas á la humanidad atribulada; los mariscales Lefebre, Victor y Bessieres, jefes de alto y merecido renombre; el general Suchet, en quien concurrian un tacto político superior y las mas escogidas prendas militares; y otros asistidos de esclarecidas dotes, aunque no de tan elevada opinion. Estos formidables elementos, dirigidos por el genio y fomentados por la fortuna del emperador Napoleon, debian abatir á nuestras tropas, valientes sí, pero bisoñas en gran parte, dislocadas todas, y á cuyas operaciones no presidia un pensamiento único, enérgico, inflexible y luminoso.

Así es que la entrada de Napoleon en España se anunció con desastres deplorables. Precipitáronlos la impaciencia intempestiva de los españoles. Castaños habia designado el dia 27 (octubre) para emprender el movimiento general de su línea, pero Grimarest, que se hallaba en Lodosa, lanzó el dia 24 una vanguardia de mil hombres sobre Lerin. Mandaba esta vanguardia el coronel Cruz Mourgeon, tan distinguido en la batalla de Baylen, quien debia ser sostenido en el caso de un ataque probable por el mismo Grimarest. Cruz fué en efecto asaltado por seis mil infantes y ochocientos caballos enemigos, y aunque se defendió con intrepidez inaudita en el palacio de Lerin, hubo al fin que capitular, obteniendo honrosas condiciones de un vencedor que admiraba su denuedo. Grimarest, lejos de acu-

dir en socorro de Cruz, se replegó aceleradamente sobre la Torre de Sartaguda.

Afectó esta desgracia tan profundamente á Pignatelli, que no obstante su buena posicion, no pudo soportar la vista de Moncey, que se acercó á Logroño con catorce mil hombres, y aquel general, indigno de mandar tropas castellanas, huyó sin cambiar un solo disparo con los imperiales. Dominábale pánico tan singular, que dejó abandonados los cañones en el camino, á pesar de que los franceses no pasaron de Logroño: las sierras de Nalda fueron el límite de su fuga mas bien que su asilo, porque para la cobardía en ninguna parte hay asilo seguro.

La pérdida de Logroño, base como hemos dicho de la línea de Castaños, dejaba en el aire á este general; comprometia cada vez mas y mas la posicion aventurada de Blake, y destruia todo concierto en las operaciones. No quiso despreciar ocasion tan propicia el mariscal Lefebre, quien dejándose caer impetuosamente sobre Zornoza (31 de octubre) con veinte y seis mil hombres, puso á Blake en la dura alternativa de combatir ó de retirarse.

El segundo partido era el mas prudente, pero se avenia mal con las ideas pundonorosas del general español, quien se propuso provocar los favores de la fortuna. Menester era que esta se mostrase ciega secuaz del valor, para que los nuestros reportaran la victoria. Para oponerse al ejército de Lefebre solo contaba Blake con diez y seis mil quinientos hombres, y la disparidad numérica resultaba tanto mas sensible, cuanto que los españoles carecian absolutamente de artillería. Inaugurada la batalla, resistieron sin embargo los nuestros con brioso teson, y aunque los abrasaba por su frente y flanco el fuego incontrastable de los cañones enemigos, fueron disputando su posicion palmo á palmo, y se retiraron con el dia en buen órden y actitud imponente. Blake con un diestro movimiento atrajo la division de Riquelme, y se replegó á Balmaseda para tender la mano á las tropas que por los accidentes del terreno no habian podido marchar estrechamente adheridas al cuerpo principal del ejército.

Intentó Lefebre, combinado con Victor y Bessieres, turbar la retirada de los españoles, y al efecto lanzó una fuerte vanguardia por el camino de Menagaray, pero los batallones asturianos de Ace-



vedo y Martinengo supieron desplegarse tan diestra y vigorosamente, que en las alturas de Villaró infundieron respeto al enemigo, forzándole, por último, á emprender una marcha retrógada sobre Orduña.

Blake, no obstante, sabiendo la combinacion de los tres mariscales franceses, y conceptuándose mal seguro en Balmaseda, se corrió hácia la posicion algo mas estratégica de Orrantia.

Este movimiento dejó á los generales Acebedo y Martinengo aislados en Balmaseda y ceñidos enérgicamente por el imperial Villate; su situacion era por consiguiente muy crítica, si no acudian en su auxilio prontos y eficaces refuerzos. Por fortuna se presentaron á la vista de Balmaseda la division dinamarquesa, la asturiana de Quirós y la cuarta que regia D. Esteban Porlier. Precipitóse este con estraño ímpetu sobre los franceses, y si bien Villate trató de parar el golpe, efectuando con asombrosa serenidad un cambio de frente á retaguardia, no pudo impedir que los españoles penetrasen en su línea, ni que sintiendo sobre sus espaldas las bayonetas de Acebedo, se dispersasen los imperiales en tumultuosa confusion. Refugióse Villate en Güeñes con las reliquias de sus tropas, y los españoles se prolongaron para ponerse en contacto con Blake.

Este general, seducido acaso por las últimas ventajas, ó mejor dicho dominado por el sentimiento público, que exigia á todos nuestros jefes pruebas de un valor inflexible bajo los golpes de la desgracia, no abrazó el partido que la prudencia y las mas obvias consideraciones militares aconsejaban. Replegándose sobre el norte de Castilla, marchando despues fuertemente asido á la cima de las montañas cantábricas, realizaba todos los fines racionales de la campaña. Porque su ejército se hubiera hallado en un pais casi vírgen de las calamidades de la guerra; habria podido rehacerse, avituallarse y buscar una articulacion sólida con los ingleses que operaban al occidente de España; hubiera atraido en su seguimiento parte de los cuerpos imperiales que maniobraban á orillas del Ebro, y hubiera debilitado, estendiéndole, el fuego de la invasion. ¿Qué se proponia, por el contrario, permaneciendo en flecha entre el Océano y las provincias Vascongadas? O restablecer sus interrumpidas comunicaciones con Castaños, ó descender al corazon de Cas-

tilla para cubrir á la capital del reino. El primer pensamiento envolvia una temeridad estéril; para realizarle era preciso penetrar la gran masa de las fuerzas imperiales tendidas entre Vitoria y Pamplona; se necesitaba un prodigio de audacia y de fortuna, y un prodigio de audacia y de fortuna no hubiera preservado á Blake de una estenuacion, que habria asemejado su victoria á la tan celebrada de Pirro contra los romanos. El segundo estremo tenia los mismos inconvenientes que el primero, con mas el de arrebatar á Logroño, llave del Ebro, que como hemos dicho, se hallaba ya en poder de los franceses. Asi Blake, avasallado por un sentimiento de esquisito pundonor, se esponia á todas las desventajas de la guerra sin compensacion alguna verosímil, é invertia por completo la mas grande y fecunda máxima militar.

Aunque Napoleon habia prohibido á su ejército las operaciones activas, supo con placer el movimiento espontáneo de Lefebre sobre Zornoza, y dispuso que el mismo Lefebre, en combinacion con Victor, rigiendo entre ambos cincuenta mil hombres, se abalanzasen sobre Blake, que á la cabeza de veinte mil habia practicado un atrevido reconocimiento hácia San Pedro de Güeñes. Acometido Blake por Lefebre (7 de noviembre), se defendió con vigor, sobresaliendo en la lucha el batallon literario de Santiago; la noche vino á separar á los combatientes sin adjudicar á ninguno de ellos la palma de la victoria. Sin embargo, Blake, temiendo el atraerse á Victor, retrocedió hasta Balmaseda, y no conceptuándose aun aquí seguro, tocó en la Nava, y fué á establecer su campo en Espinosa de los Monteros.

Victor por un lado, y por otro Blake, que habia recogido todas sus fuerzas y algunas piezas de artillería, se avistaron en los campos de Espinosa al promediar el dia 10. Eran las fuerzas imperiales muy superiores en número, y no obstante los nuestros combatieron con sumo aliento, logrando mantenerse en sus posiciones y aun rechazar á los franceses, que pugnaban por envolver la derecha donde se habia situado la division de Dinamarca.

Allí perecieron noblemente el conde de San Roman, jefe de esta division, jóven de mucho ánimo y singular pericia, y el general D. Antonio Riquelme, capitan de partes muy aventajadas, y en quien





descollaban á la par un valor indómito y un profundo conocimiento del difícil arte que profesaba.

Parecia complacerse la fortuna en brindar á Blake con ocasiones para conservar su ejército, quedando incólume su reputacion; pero este general, deplorablemente aferrado en su propósito, se obstinó en combatir hasta lo último. Renovóse efectivamente la lucha no bien despuntó el alba, y su éxito, dudoso al principio, hubiera sido probablemente favorable á los nuestros, si el general enemigo Maison no hubiera adoptado una medida que produjo lamentables efectos en nuestro ejército. Viendo que los jefes asturianos sostenian con heróico teson el denuedo de nuestras tropas, se propuso inmolarlos uno á uno, y para realizar esta siniestra idea, colocó á conveniente distancia una banda de tiradores escogidos. Correspondió el resultado á las esperanzas del general francés: en pocos minutos cayeron al suelo bañados en su sangre Acebedo, Quirós, Valdés y otros muchos oficiales, y la confusion, presagio seguro de la derrota, se introdujo en nuestras poco antes compactas y ordenadas filas. En vano Blake procuró infundir nuevo aliento en aquellos pechos atribulados; en vano arrancó algunos cuerpos del centro para arrojarlos en el vivo fuego que el enemigo hacia sobre la izquierda, en vano desplegó una pericia y serenidad verdaderamente plausibles, porque nuestros soldados, roto ya el lazo de la disciplina, se entregaron á una fuga precipitada. Merced á la firme actitud que supo conservar por algun tiempo nuestra derecha, pudieron recogerse algunos cañones, y con ellos y los heridos se retiró Blake via de Reinosa. Así finalizó la sangrienta batalla de Espinosa de los Monteros, menos sensible por la pérdida material, aunque grande, que en ella tuvimos, que por la moral, que restituia á los imperiales todo su gran prestigio de conquistadores.

Siguió Lefebre á Blake espiando con vista de águila todos sus movimientos; se acercó á Reinosa, y cuando el español quiso evitar su encuentro con una marcha de flanco, fué á caer en brazos de Soult, que le esperaba apercibido y con buen caudal de gente. Ocurrió entonces otro choque, y Soult pudo sin gran esfuerzo arrojar las dispersas reliquias del ejército asturiano en el valle de Cabuérniga.

Entretanto habia pasado el emperador la frontera y dado con su

presencia nuevo impulso á las operaciones. No inspirándole ya recelo alguno el ejército de Asturias, y habiendo colocado vigorosamente á Moncey en la raya de Aragon, llamó á Soult para que con el segundo cuerpo arrollase á las tropas estremeñas. Constituian estas, segun plan primitivo, el ála derecha; pero estaban evidentemente dislocadas en la posicion de Burgos, porque no podian mantener conexion íntima y eficaz, ni con el centro, ni mucho menos con la izquierda.

Formaban dos divisiones con pocos y no bien organizados soldados. Mandábalas el conde de Belveder, jóven inesperto, que ofuscado por los humos de la mocedad, en vez de dirigirse al encuentro de Castaños cuando supo la aproximacion del enemigo, se decidió á esperarle á pié firme, ciñendo su frente con el rio Arlanzon apoyando su espalda en las débiles murallas de Burgos. El combate que acaeció el dia 12, no merece el nombre de batalla mas que por sus deplorables resultados; porque envuelta nuestra caballería en una hábil maniobra del imperial Mouton y rechazada sobre los infantes, comunicó á estos un terror que produjo la dispersion mas completa.

El imprudente Belveder no quiso espiar con la vida la enorme falta que habia cometido; y el guerrero del siglo, afectando menospreciar victoria tan fácil, tildó á nuestros soldados valientes, pero mal dirigidos, con un epíteto infamante (1).

Refugióse Belveder en el seno de la tercera division, existente á la sazon en Lerma, y ya sin brújula ni norte seguro de conducta, atento mas bien que utilizar esta fuerza, á colocarse lejos de las bayonetas imperiales, se dirijió á Segovia, donde fué remplazado por D. José Heredia.

Mientras el ejército de la Izquierda se aniquilaba con infructuosos combates, y el de la Derecha huia de los imperiales, ¿qué hacía el del Centro al que vimos tomar en mala hora la iniciativa de las hostilidades? La capitulacion, aunque gloriosa, sensible, de Cruz, la indigna fuga de Pignatelli, y la consiguiente pérdida de Logroño, co-

(1) Hé aquí en qué términos se espresaba Napoleon con referencia á la derrota de Gamonal. «Me avisan la destruccion del ejército de Estremadura. Es una canalla *infame y fanfarrona*, que no ha sido capaz de sostener la carga de una brigada del general Mouton.» (Carta de Napoleon á José, del 8 de noviembre de 1808.)



locaron á Castaños en una alternativa por igual difícil y embarazosa. Debia agitar poderosamente sus álas alrededor de Pamplona, buscar la comunicacion con Blake, ó atraer por lo menos parte de las tropas enemigas que iban á oprimir á este general, pero este proyecto, que si bien audáz, hubiera sido realizable cuando las tropas andaluzas, frescos los laureles de Bailen, ardian en deseos de batirse, se habia hecho de todo punto imposible con la pérdida de Logroño. En este caso la prudencia aconsejaba que se emprendiera un movimiento retrógrado, seguro é imponente, bien hácia las entrañas de Castilla, donde el ejército pudiera cubrir la capital, colocándose al amparo del gigantesco brazo que por esta parte estienden los Pirineos bajo las denominaciones de Somosierra y Guadarrama, bien hácia el territorio aragonés, donde el ejército podia aun cubrirse con la línea del Ebro y apoyarse su espalda en la frontera de Cataluña. Este último partido tenia mas inconvenientes y menos ventajas que el primero, pero á entrambos se oponia el fallo de la opinion pública, fuertemente pronunciado contra toda idea de retirada.

Dominado por estas circunstancias, Castaños despues de haber introducido en su ejército útiles modificaciones, reemplazando á Pignatelli con el conde de Cartaojal, y elegido con atinada oportunidad por base de operaciones á Cintruénigo, vino á sumergirse en la inaccion. Quizás era ésta la única determinacion posible, pero entonces era la peor de cuantas debian adoptarse. El gobierno, desde su elevada esfera, no veia bien los graves obstáculos inherentes al curso de las operaciones, pero escitado por la impaciencia general, envió cerca de Castaños, y como representante suyo, á uno de sus miembros, D. Francisco Palafox. Acompañábanle tambien con carácter oficial, el marqués de Coupigny y el conde de Montijo. Medida fué esta, que como todas las que tienden á debilitar el nervio de la autoridad en las situaciones supremas, produjo resultados diametralmente contrarios á los que se habian propuesto sus autores.

La discordia, disfrazada como siempre con la máscara de la opinion pública, se mostró muy luego en el cuartel general; las afecciones de localidad lucharon desgraciadamente con las consideraciones mas respetables del interés comun; propusiéronse planes mas

ó menos acertados, pero todos combatidos; consumióse en deliberaciones la actividad y el tiempo que hubieran debido emplearse en practicar movimientos; el mando en jefe, puesto en tela de duda por el representante del gobierno, perdió todo su prestigio, y los generales de division, ora sometidos á la influencia de Palafox, ora á la de Castaños, se agitaban sin norte seguro, autorizándose algunos con orígen mas alto á seguir los impulsos de su propia voluntad.

Tantos y tan fatales elementos debian acarrear necesariamente una catástrofe. Napoleon, que anhelaba destruir el ejército del Centro, como el único obstáculo grave que pudiera oponerse á su marcha victoriosa sobre Madrid, prescribia á sus generales una combinacion hábil y fecunda. Para realizarla se movieron Ney y Monçey por la parte de Logroño á la cabeza de veinte y ocho mil hombres; Desnouettes con doce mil fué describiendo un semicírculo sobre el Ebro, situándose en Almazan para atacar nuestra retaguardia, y el mariscal Lannes, bien acompañado, avanzó sobre nuestro flanco para arrojar su victoriosa espada en la balanza de la fortuna.

La noticia de estos movimientos resonó como la voz de un trueno en el campo de los españoles, pero no bastó á estinguir los gérmenes de division que existian en el cuartel general.

Castaños emitió su opinion respecto á retirarse por Castilla á las Andalucías. Palafox, conviniendo en la retirada, á la que no podia oponerse sin temeridad, insistió en que se diera la preferencia al territorio aragonés. Ni uno ni otro quisieron sacrificar sus convicciones en aras del peligro, y el ejército del Centro permanecia aun en posiciones desenlazadas y anómalas, cuando los primeros albores del dia 23 permitieron descubrir el siniestro fulgor de las bayonetas enemigas.

Ya no era posible evitar el combate, pero el improvisar un plan al ruido del primer cañonazo solo puede ser privilegio del genio que armoniza con su omnipotencia todos los medios que se hallan á su alcance. Castaños dictó sus disposiciones, sino las mejores, las únicas acaso que podian ejecutarse en tan angustiosas circunstancias. Segun ellas, O'Neill y la Peña, á la cabeza respectivamente de los aragoneses y andaluces, debian enlazarse con vigor delante de Tudela, sirviendo á los dos como de anillo la division de murcianos y

valencianos que á las órdenes de D. Pedro Roca empezó á desplegarse sobre las alturas de Santa Bárbara.

Grimarest, establecido en Sartaguda, debia secundar este movimiento de concentracion. Pero los jefes imperiales, despiertos y sobremanera previsores, lo imposibilitaron, arrojando un cuerpo impenetrable de ocho mil infantes y dos mil caballos entre O'Neill y la Peña. Resistió aquel los primeros golpes de la accion desde luego con brio y fortuna, mas envuelta despues nuestra derecha y lanzado la Roca de las alturas de Santa Bárbara, ya todo fué desórden y confusion. La Peña, batido en detall y privado del auxilio de Grimarest, cedió, debilitado por sangrientos esfuerzos, la palma de la victoria á un enemigo que no le aventajaba en denuedo, aunque sí en el medio de precipitar sus masas sobre todos los puntos vulnerables. Grande fué el quebranto de los españoles en aquel calamitoso dia (23 de noviembre); las tropas que escaparon de la batalla, pudieron reunirse en Borja con los generales Castaños, O'Neill, la Roca, la Peña, Grimarest y el represante Palafox. El frio contacto de la desgracia apaga casi siempre la tea de la discordia, pero no sucedió asi en esta ocasion. Palafox y Castaños altercaron nuevamente sobre el partido que convenia tomar, y el resultado de sus deplorables debates fué que los aragoneses con Palafox y O'Neill se dirigieron á Zaragoza, y Castaños con los andaluces emprendió una retirada laboriosa, aunque bien sostenida, hácia el interior de Castilla para proteger la capital.

Hizo estéril este pensamiento la rara actividad de Napoleon, quien dando á la ocupacion de Madrid una influencia moral de que realmente carecia, avanzó hácia este punto á paso de gigante, franqueó á cañonazos el desfiladero de Somosierra, donde intentó defenderse con mas valor que fortuna el general San Juan, y no detuvo su planta osada hasta que sus formidables legiones ciñeron como un círculo de hierro la antigua córte de Felipe II. No tiene ésta condicion alguna regular de defensa, y su poblacion heterogénea y en gran parte movible, no era acaso susceptible de una resistencia porfiada, como la que produjo en los zaragozanos el profundo amor de localidad; sin embargo fué tan vivo y poderoso el entusiasmo del

momento, que las autoridades, plegándose al ascendiente de la multitud, ensayaron una lucha para protestar al conquistador que solo á viva fuerza podria asentar su imperio sobre pechos españoles. El dia 5 de diciembre entraron en Madrid los sitiadores, y Napoleon no temió degradarse, rasgando con la punta de su espada la capitulacion, que revela, cuando no la fuerza material, la noble entereza de los vencidos.

Desde la ocupacion de Madrid hasta la salida del emperador de España, la historia va desenvolviendo un largo panorama de calamidades. Nosotros le recorreremos rápidamente, porque si bien en el espejo de la desgracia se reflejan las lecciones mas útiles para la instruccion de los pueblos, en las operaciones militares que ocurrieron por entonces, ni se descubre la luz del genio, eclipsándose entre obstáculos insuperables, ni esos sublimes arranques del corazon, cuya muda elocuencia habla y conmueve á las generaciones sucesivas. Aun esa resignacion profunda y perseverante, prenda la mas noble y distinguida del soldado español, desaparece en ocasiones, y este suceso es mas sensible que todas nuestras derrotas, porque nunca sucumbe bajo el peso del infortunio un pais, mientras conserva vivas sus virtudes nacionales.

El general D. Benito San Juan, que se habia defendido hasta mas no poder en el puerto de Somosierra, recoge las reliquias de su division, las robustece en Segovia con las tropas que mandaba D. Juan Heredia, y quiere volar al auxilio de Madrid, amenazando el flanco de los imperiales; pero sus soldados le abandonan y se halla precisado á refugiarse en Talavera de la Reina. Aquí se reunen tambien los dispersos, y el valiente San Juan perece víctima de su celo por la disciplina y á manos de aquellos soldados que le habian visto combatir como un héroe.

Al compás de estas desdichas corrian las del ejército del Centro. Le hemos dejado en Sigüenza en ánimo de hacer un movimiento perpendicular para defender el desfiladero de Somosierra, pero la falta de Castaños, contra quien se emplearon como capítulo de acusacion mas sus reveses que sus desaciertos, y la derrota de San Juan, suspendieron este proyecto, que oportunamente ejecutado, hubiera podido ser de grande utilidad. El general la Peña,

que obtuvo interinamente el mando en jefe, no abandonó sin embargo el pensamiento primordial de proteger á Madrid, siguiendo la endeble línea del Henares, pero hábilmente envuelto en una red de tropas enemigas, pudo reputar á fortuna el emprender una marcha retrógrada, procurando asirse á la serranía de Cuenca. Una sedicion de los artilleros, acaudillados por un oficial de la misma arma, llamado D. José Santiago, hizo mas difícil esta operacion, ya de suyo angustiosa y complicada.

Por último, empleando muchas precauciones, pudo evitarse una colision funesta entre la artillería y la infantería, y el ejército pudo recogerse dentro de los muros de Cuenca, donde el Santiago expió con su vida tan escandalosa violacion de sus mas sagrados deberes. Menos feliz todavía Grimarest, sufrió un fuerte descalabro en Santa Cruz de la Zarza, y llegó á Cuenca con el remanente de sus fuerzas abatidas, desmoralizadas y en la situacion mas lastimosa. Solo el conde de Alacha alcanzó esclarecida gloria en este triste periodo, pues colocándose á la cabeza de algunos infantes, desprendidos de la vanguardia que habia sido interceptada en Nalda, practicó una retirada admirable por espacio de veinte leguas, rozándose á cada paso con cuerpos enemigos, desafiando con duro pecho el hambre y la sed, presentando por último al ejército del Centro, como digno trofeo de su pericia y constancia, algunos prisioneros franceses.

Encerradas en tan estrecho círculo las reliquias del ejército del Centro, derramáronse los imperiales por el dilatado ámbito de las Castillas, en tanto que fuerzas respetables, regidas por el mariscal Lefebre, avanzaban hácia Estremadura, para envolver á las que combatieron con tan infausta estrella en los campos de Gamonal á las órdenes de Belveder. El general Galluzo, sucesor del conde, procuró dar á estas tropas la consistencia sintética de que carecian, enaltecer su abatido espíritu y adherirse vigorosamente á la línea del Tajo.

Reveló Galluzo en estos actos, celo, actividad y el talento de la oportunidad, tan raro como ordinario precursor del triunfo, pero cometió la imprudencia de estenderse demasiado, queriendo cubrir con sus diez y seis mil hombres todos los pasos del Tajo, y resultó en todas partes débil para sostener un esfuerzo decisivo. No desper-

dició Lefebre tan favorable coyuntura; abalánzandose sobre los nuestros al frente de veinte y dos mil infantes y dos mil caballos, se apoderó del puente de Almaraz, y colocándose entonces con la espada desenvainada sobre el flanco de Galluzo, puso á este general en la dura precision de retirarse á Zalamea, habiendo tocado sucesivamente en Jaraicejo y Trujillo. Cuesta, que reemplazó á Galluzo, continuando la retirada, fué á replegarse bajo las baterías de Badajoz.

No caminaban con tan venturoso paso los franceses en Cataluña, aunque al fin la veleidosa fortuna les volvió el rostro amigo, compensando con favores los desaires que antes les habia prodigado. Encerrado Duhesme en Barcelona, concibió el general Vives el atrevido proyecto de penetrar en esta plaza, convirtiendo en apretado cerco el bloqueo que de tiempo atrás sufria. La empresa era digna de varones esforzados, y su realizacion, si bien muy difícil, no parecia temeraria; porque no se dudaba que la mayoría de los barceloneses favoreceria las operaciones de Vives, ya con manejos clandestinos, ó ya rompiendo con un esfuerzo hercúleo y en trance decisivo la cadena que les sujetaba. Pero Vives, seducido por el porvenir de conquista tan brillante, olvidó un principio universalmente admitido en la guerra: rara vez debe tomarse la ofensiva con fuerzas apenas suficientes para mantener la defensiva. Así es que mientras estrechaba con ardor á Barcelona, contra la cual dió un ataque vigoroso, aunque inútil, el jefe de la vanguardia D. Mariano Alvarez, el imperial Saint-Cyr penetraba en el Principado, guiando quince mil infantes y mil quinientos ginetes.

Quiso acreditar desde luego el general francés su buen nombre con algun hecho señalado; acometió á Rosas el dia 7 de noviembre, y la obtuvo por capitulacion el 5 de diciembre, no obstante la gallarda defensa de su gobernador D. Pedro O'Daly, quien cedió falto de recursos materiales, y mas todavia de esperanza de próximo socorro.

Ni la noticia de acontecimiento tan alarmente pudo retraer á Vives de su comenzada empresa. Prosiguió el sitio con porfiado ahinco; el éxito vino á coronar, por un momento, sus esfuerzos: los franceses, repelidos en tres sangrientos ataques, temblaron detrás de

sus fortificaciones, y el 27 nuestras tropas victoriosas lograron deshacer una línea de reductos que Duhesme habia mandado levantar sobre la falda de Monjuich.

Cada una de estas ventajas avivaba en Saint-Cyr el deseo de tender á los sitiados una mano protectora, aunque para ello fuera necesario penetrar el cuerpo del ejército español. Vives podia entonces optar entre uno de estos estremos: ó esperar á pié firme y con los brazos abiertos al enemigo sobre su línea de sitio, ó salir á su encuentro con todas las fuerzas disponibles, aterrarle con un golpe vigoroso, y volver frente á Barcelona con una fuerza moral mucho mas imponente que todos sus recursos materiales. El primer partido era sin duda peligroso, porque en caso de revés se esponia á perecer aconchado entre el Mediterráneo y la plaza, pero si venia á coronar su intrepidez, la guarnicion de Barcelona, ya desmoralizada, depondria sus armas á las plantas del vencedor. El efecto moral en el segundo caso era el mismo; mayores las probabilidades del triunfo, menos los inconvenientes de la derrota, y tres ó cuatro mil hombres hábilmente situados, podian sostener el bloqueo de Barcelona. Este era el dictámen del conde de Caldagués, pero Vives, realizándole, adoptó una de esas determinaciones medias que en circunstancias críticas solo producen desastres sin compensacion alguna. Dejando el grueso de sus tropas delante de Barcelona, formó con las granadinas, que bajo las órdenes de Reding habian acudido al auxilio de Cataluña, un cuerpo de ocho mil hombres, y dividiéndole en tres trozos, colocó cada uno de estos de modo que acometieron á un tiempo el frente, flanco y retaguardia del enemigo. Bandas de miqueletes enlazaban las estremidades de este triángulo. La combinacion era hábil, grande el entusiasmo de los nuestros y aventajadas sus posiciones en los alrededores de Llinás. Saint-Cyr, táctico consumado y uno de los generales del imperio mas sobresalientes por su perspicacia militar, no se dejó alucinar con esta maniobra mas imponente que sólida; comprendió que nuestra línea debia resultar flaca á fuer de estensa, y reuniendo sus quince mil hombres en una sola columna, la lanzó impetuosamente sobre el frente de Vives. El golpe fué decisivo: rota la continuidad de nuestra línea, y desplegando Saint-Cyr su columna con enérgica actividad, envolvió á los

españoles, trocando en confusion y desórden lo que antes era brio y esforzado aliento; ni los esfuerzos un instante felices de la caballería de Ibarrola, ni el teson heróico con que combatió Reding, pudieron cambiar la fisonomía de la batalla. Reding, sin embargo, mantuvo, á la par que su reputacion, el concierto en su columna, retirándose á paso lento y con la espada en la mano; no así Vives, que arrastrado en un principio por el torrente de los fugitivos, avanzó casi solo por caminos ásperos y laberintosos. Pudo conservar de este modo su libertad y su vida, pero perdió en la batalla mil y quinientos hombres, y lo que era mas sensible todavía, su sueño dorado, la esperanza de conquistar á Barcelona.

No finalizó con esto la série de nuestros desastres.

La opinion pública rodeó con su prestigio á Reding, y los dispersos de Llinás acudieron á colocarse bajo sus órdenes, formando un compuesto de diez mil infantes y novecientos caballos. Las fluctuaciones de Vives y el ardor intempestivo de Reding produjeron otra batalla, y como consecuencia inevitable, una nueva derrota. En la de Llinás quedó considerablemente desmembrado nuestro ejército; en la de Llobregat casi aniquilado.

No se derramó allí mucha sangre, pero la dispersion fué completa, sumo el desaliento y profunda su influencia moral. El intrépido brigadier Gomez de la Serna y el juicioso conde de Caldagués, pagaron el uno con la vida y el otro con su libertad, su deplorable tributo en aras de la comun desgracia.

Siete meses de dura y sangrienta guerra nos habian hecho recorrer toda la escala de las vicisitudes humanas. A los ayes lastimeros que exhalaran las moribundas víctimas del Dos de mayo, contestaron las voces de frenético entusiasmo con que movidos por un solo resorte se alzaron todas las poblaciones de la Península; la espresion de dolor que produjo la derrota de Rioseco, vino á estinguirse en los himnos de triunfo escitados por la inmortal victoria de Bailen, pero la gloria imperecedera de Zaragoza quedó si no oscurecida, neutralizada, por los infortunios de Zornoza, Tudela, Búrgos, Llinás y Llobregat, por los rápidos progresos de los imperiales y la postracion de nuestros ejércitos. En medio de estas catástrofes, el instinto sostenia al pueblo, y un rayo de luz guiaba la mente de los



hombres pensadores. Las derrotas de nuestros ejércitos eran hechos lógicos, casi necesarios, porque nuestros soldados, mal armados, peor instruidos, y guiados por generales sin gran esperiencia militar, no podian competir con veteranas y aguerridas tropas, dirigidas por los mejores capitanes de los tiempos modernos. Por el contrario, todo lo asombroso, todo lo providencial, todo cuanto podia infundir fé y esperanza en el porvenir estaba de nuestra parte; tan estraordinaria era la sublime energía que habia desplegado una nacion oprimida por medio siglo de desgracias y tres lustros de una completa desorganizacion administrativa, como lo era la victoria de Bailen reportada por tropas bisoñas, y como lo era la defensa triunfante de una plaza abierta, sin otros elementos que el valor de sus poco antes pacíficos moradores. Algunos millares de hombres que hubiesen perecido en los combates, podian y debian escitar la compasion general, pero su pérdida no podia destruir la entereza de doce millones de almas puestas en accion (1). Detrás del soldado de línea estaba el soldado de la patria; detrás de los ejércitos las partidas; detrás de aquellos y estas la nacion en pié asistiendo á la tremenda lucha con todas sus fuerzas y facultades. Para conquistar la España era preciso esterminar á sus habitantes, y si el corvo alfanje de un conquistador asiático pudo en los siglos medios destruir de un golpe generaciones enteras, la espada de un conquistador europeo en la época moderna nunca alcanzaria á inferir á la humanidad tan horrendo ultraje. Así nuestro triunfo, aunque trabajoso y lento, era á las largas seguro, porqué las grandes revoluciones se asemejan á un fuego profundamente arraigado, al que los obstáculos oprimen sin sofocar, y que acaba por cebarse y adquirir mayor cuerpo con aquello mismo que se oponia á su desarrollo.

Hemos invertido un tanto el órden cronológico para dar consis-

(1) El célebre tribuno Danton, viendo invadida la Francia por los ejércitos coligados de Prusia y Austria, electrizó á sus conciudadanos con aquella célebre frase copiada de otra de Montesquieu: «¿Qué pueden algunos millares de soldados mercenarios contra veinte y cinco millones de almas en accion?»

Los franceses combatieron y vencieron, ¡y sin embargo este hecho tan elocuente no habló nada á sus corazones cuando quisieron llevar el hierro y la servidumbre al seno de otro pueblo amigo, tan valiente como magnánimo!



tencia mas sistemática á la narracion de dos sucesos, que habiendo tenido principio en los últimos dias de 1808, no finalizaron hasta bien entrado el siguiente año de 1809.

Estos dos sucesos son la retirada del ejército inglés y el segundo sitio de Zaragoza.

La Inglaterra, que buscaba sobre el hemisferio europeo un campo de batalla donde combatir á su irreconciliable enemigo, apenas vió abierto el grande é histórico palenque de la Península, se apresuró á enviar á ella caudales, armas y soldados. Y á la verdad, la guerra que entonces se inauguraba, tenia un interés tan vivo para los ingleses como para los españoles: para la España era una cuestion puramente de noble orgullo nacional; para la Gran Bretaña lo era de vida ó muerte. Un cuerpo respetable de tropas británicas penetró desde luego en el territorio lusitano, y decidió la espulsion de los franceses; pero la caballeresca susceptibilidad de los españoles no permitió al pronto la introduccion de fuerzas procedentes de aquella nacion, y solo despues de algun tiempo vino á tolerarse que desembarcaran veinte y tantos mil hombres en nuestro suelo, á fin de enlazar las operaciones militares de la parte occidental con las decisivas que esperaban por el lado del norte.

Mandaba en jefe este ejército sir Jhon Moore, á quien se atribuia larga y luminosa pericia, un golpe de vista penetrante y seguro, y otras prendas de elevado realce, pero que deslucia desgraciadamente con una circunspeccion exagerada. Cuando puso el pié en nuestro suelo, todo el pais se hallaba entregado á las mas brillantes ilusiones por la victoria de Bailen y por la perspectiva de mayores felicidades. El británico en vez de fomentar este sentimiento salvador, en vez de destruir con sus palabras y prestigio la perniciosa apatía de nuestro gobierno y nuestros generales, trató únicamente de buscar una base sólida, arrimándose á las lindes portuguesas, permaneciendo allí mas bien como espectador que como actor en el sangriento drama que se estaba ejecutando.

Repelidas nuestras grandes álas hácia el occidente, Moore hizo un esfuerzo tímido para buscar el contacto de la Romana, sucesor de Blake, mas no pasó entonces de Salamanca, si bien se desprendió de dos divisiones, que á las órdenes de Baird y Hope debian prac-

ticar varios reconocimientos, nueva y estrema inadvertencia, porqué en estos dias aciagos ningun pensamiento militar podia ser fecundo sin tener por base la reconcentracion de fuerzas. Las circunstancias dominantes brindaban á Moore con una gloria inmarcesible, porque la hay siempre mas grande en reparar una derrota que en conseguir una victoria. Si sosteniéndose en imponente actitud en la parte occidental, hubiera atraido hácia sí los cuerpos españoles de Cuesta y la Romana, hubiera podido formar uno de setenta mil hombres, y aterrando á su paso las fuerzas muy diseminadas á la sazon de los imperiales, colocarse en actitud imponente sobre las cumbres de Sierra Morena, defender hasta lo último la rica Andalucía, concentrar el fuego de la guerra en el áspero corazon de la costa cantábrica, ó apoyarse con doble energía en Portugal y esperar con ánimo resuelto la marcha de los acontecimientos y la favorable complicacion que ya se anunciaba por la parte de Alemania. Cualquiera de estos puntos hubiera podido ser el objetivo de una campaña inmortal; todos estaban bordeados por el mar y en comunicacion hábil y pronta con la Inglaterra; todos, finalmente, se hallaban al alcance de Moore, porque Napoleon, embargado su ánimo con los asuntos políticos, no habia desplegado aquella actividad pasmosa, resorte y privilegio de su genio militar.

Pero Moore, aterrado por el peligro, se sumergió en un abismo de fluctuaciones. Primero pensó en replegarse súbitamente á Portugal y ponerse al abrigo de las naves de su nacion contra el último evento de la fortuna; apartáronle de esta idea la segregacion de Baird y Hope y los ruegos de personas respetables. Pronunció entonces un movimiento en direccion de Valladolid, mas tampoco hubo de llevarle á cabo, retrayéndole la noticia de estarse preparando Napoleon para volar á su encuentro. Al través de esta congojosa incertidumbre el sentimiento del amor propio, mezclado con el orgullo inglés, le estimulaba en lo mas vivo á provocar la suerte de las armas. ¿Qué concepto formaria la Europa, al ver que aquel general y aquellos soldados ingleses, despues de permanecer dos meses en un teatro de encendida guerra, no habian cambiado un solo metrallazo con aquellas legiones audaces, que pretendian insultar

hasta en el centro de sus dominios á la reina de los mares?

Venció el deseo de la honra en esta lucha de encontrados afectos, y sabiendo que el imperial Soult, arrastrado por su bélico ardor, se habia destacado de toda base sólida de operaciones, intentó oprimirle el jefe británico, enlazándose al efecto con Baird y la Romana. Inauguróse esta combinacion bajo felices auspicios: Moore y Baird, incorporándose oportunamente, formaron un total de veinte y tres mil infantes con dos mil trescientos ginetes, los cuales emprendieron su marcha hácia Sahagun, en tanto que la Romana con ocho mil hombres escogidos avanzaba via de Leon. Unos y otros debian caer en un momento dado sobre Soult, que acantonado entre Saldaña y Carrion de los Condes, procuraba suplir con la ventaja de sus posiciones la inferioridad de sus fuerzas. La derrota y destruccion de seiscientos caballos imperiales en Sahagun parecieron como las primicias de mas sazonados y abundantes frutos, pero fueron realmente el término de toda prosperidad. Napoleon avanzaba con suma celeridad precedido y acompañado de ochenta mil combatientes: la retirada era ya una condicion precisa de existencia, y Moore, que hubiera podido efectuarla todavía con decoro y esperanza de un porvenir menos infausto, se encaminó derechamente á las costas de Galicia. No pudo verificarlo sin esperimentar en sus mas crueles estremos los rigores de la fortuna. Sus soldados, llenos de indignacion por el desairado papel que habian hecho en la Península, rompieron el lazo de la disciplina, abandonándose á escesos de todo linaje.

La combinacion con las tropas españolas vino á resultar funesta, porque la Romana, recogido en Astorga por las bayonetas de Soult, sirvió de grave obstáculo á los ingleses que llegaron á aquel punto. Segregados otra vez los cuerpos de las dos naciones aliadas, tomó Moore el camino de Manzanal, que era fácil y cómodo, y el marqués tuvo que aceptar el de Fuencebadon, áspero y á trechos impracticable, sobre todo para la artillería. Esta determinacion produjo en los movimientos de la Romana una lentitud fatal para sus tropas, cuya 1.ª division, alcanzada y combatida (1.° enero de 1809) por la caballería imperial, quedó hecha pedazos en Turienzo de los Caballeros.

Avido siempre Soult de marciales lauros, desplegaba una actividad estraordinaria en persecucion de Moore. Tenia á sus órdenes

veinte mil ochocientos infantes y cuatro mil doscientos caballos: otros diez y seis mil hombres á las de Ney avanzaban cubriendo su retaguardia. Moore llegó el dia 2 á Villafranca, su ejército marchaba en el mas completo desórden; sin embargo, hizo un ademan vigoroso el 3, y pudo rebatir á la division francesa de Colbert, ocasionando la muerte de este general. Este ligero triunfo en nada mejoró la moral de aquellas tropas, que parecian poseidas por una especie de vértigo, pero sirvió para asegurar un movimiento retrógrado hácia Lugo, desde donde cambiando su direccion primitiva, torcieron hácia la Coruña: tocaron el 6 en Betanzos, desplegándose momentáneamente en batalla á fin de imponer á sus infatigables perseguidores, y el 11 saludaron con el primer grito de júbilo los muros de aquella ciudad, que reputaban como su única áncora de salvacion. Mas los vientos, tan adversos como la fortuna de los auxiliares, impidieron llegar en aquel dia á la Coruña los trasportes británicos, y Moore comprometido por una vigorosa maniobra de Soult, tuvo que admitir en la tarde del 16 la batalla con que el caudillo imperial le brindaba obstinadamente.

Fué viva y sangrienta, y el valor desesperado de los auxiliares empezó á inclinar la balanza de la victoria. Moore, encontrando en aquellos momentos críticos la resolucion que le habia faltado en circunstancias mas favorables, se portó como hábil capitan y soldado valeroso: derribado del caballo por una bala de cañon, aun tuvo la suficiente energía para ponerse en pié y permanecer en lo mas recio del combate, hasta que casi á un tiempo le faltaron las fuerzas y el aliento. Murió á las pocas horas, dejando la reputacion de general diestro, pero sin esa audacia sublime que hace centellear el genio en medio de las grandes tormentas de la vida militar.

Heridos Moore y Baird, mortalmente el primero y de gravedad el segundo, tomó Hope el mando y sostuvo la batalla con ventaja para los auxiliares, hasta que las sombras de la noche, y principalmente el inestinguible anhelo de aquellos por volver al seno de su madre patria, hicieron dueños del campo á los franceses. El ejército inglés se embarcó aquella misma noche protegido eficazmente por los habitantes de la Coruña. No tenia esta ciudad entonces ningun elemento de defensa, y se entregó en el siguiente dia bajo decorosas condi-

ciones. Siguieron su ejemplo Vigo y el Ferrol, aunque su peligro no era tan efectivo, si bien carecian absolutamente de toda esperanza de socorro.

Al lado de estos desastres sin gloria se presenta la defensa de la inmortal Zaragoza. Para el conquistador quo habia abierto con el pomo de su espada los principales baluartes de Europa, la primera resistencia de aquella ciudad hubiera parecido siempre inverosímil, pero los hechos tenian una irresistible elocuencia, y el emperador, aceptándolos, debia contener su poderoso influjo. En esta parte la política del conquistador aconsejaba lo que el orgullo ofendido del guerrero exigia imperiosamente. Porque si Zaragoza no tenia una importancia estratégica de primer órden; si carecia de condiciones topográficas para convertirla en una plaza formidable aun á la luz de la ciencia ; si bajo ambos conceptos debió preferirse la invasion en las Andalucías ó en el Portugal, era sin embargo el gran símbolo del triunfo alcanzado por masas desorganizadas sobre fuerzas de escelente y vigorosa constitucion, del valor sobre la disciplina, del heroismo popular sobre los fecundos recursos del arte y de una práctica victoriosa. Ningun suceso representaba con mas exactitud la lucha que sostenia la pobre y desvalida España contra el moderno Alejandro; ninguno podia por consiguiente atraer en grado tan eficaz las simpatías de los españoles.

Aquella guerra era mucho mas política que militar, y aunque Napoleon hubiera aventajado nuestros ejércitos, penetrado nuestras líneas y precipitado en sus buques á los ingleses auxiliares, si dejaba en pié y prepotente á la ciudad de Zaragoza, y arraigada en el pecho de los españoles la conviccion de que bastaba saber morir para reportar la victoria, jamás lograria ver realizados sus planes de dominacion. Zaragoza, que en un principio apenas se juzgó digna de un golpe de mano, merecia ya los honores de un sitio en regla, y para efectuarlo se hicieron imponentes preparativos.

Treinta y seis mil imperiales, correspondientes á los cuerpos tercero y quinto, bajo las órdenes respectivas de los mariscales Moncey y Mortier, bajaron asidos á las márgenes del Ebro hasta comunicarse en las inmediaciones de Zaragoza el 20 de diciembre.

No estaban desapercibidos los zaragozanos, y el incentivo de la

pasada gloria añadiendo nuevos quilates á su natural intrepidéz, les hacia mirar como imposible cualquier triunfo que no escediese á los esfuerzos de la naturaleza humana. Supliendo la falta de tiempo y la mas considerable de recursos con actividad casi fabulosa, dotaron á la ciudad con varias obras defensivas, mas imponentes, sin embargo, que sólidas. Los principales esfuerzos se dirigieron á las partes de oeste y norte como puntos mas vulnerables é importantes. Se engrandeció el pequeño foso que rodeaba al castillo de la Aljafería, enlazando este edificio con la poblacion por medio de una doble caponera. Robustecian la débil muralla que daba frente al castillo algunos reductos vigorosamente ligados entre sí y coronados con artillería. El convento de Capuchinos se hallaba tambien armado con cañones, y desde este edificio hasta las márgenes del Huerva se estendia un reducto terraplenado, revestido con piedra seca y protegido por un foso de quince pies de profundidad. La línea defensiva, debilitándose en el trayecto que separa la puerta del Cármen de la de Santa Engracia, adquiria mayor desarrollo en el convento de este nombre, repuesto del último ataque y atestado de baterías, pero en su prolongacion hasta la orilla del Ebro, solo tenia un pequeño terraplen que cubria imperfectamente la tapia de una huerta. El convento de San José era una de las llaves de este estremo de la línea, y se hallaba separado para la defensa del modo mejor que permitian sus proporciones, que aunque atléticas, eran poco militares. En el lado opuesto de la ciudad, ceñido por el Ebro, apenas se habia desplegado el arte para dar mayor realce á este poderoso auxiliar de la naturaleza; todas las obras en esta parte se reducian á una cabeza de puente en figura de luneta, robustecida con un foso bastante profundo y al amparo de una galería de minas.

En el arrabal se habian erigido varios reductos erizados de cañones; y tanto en este como en el interior de la ciudad, teníanse barreadas algunas calles y aspilleradas aquellas casas que por su situacion presentaban cierta analogía con las formas correctas y esmeradas de un recinto regular. En el declive del monte Torrero construyóse aceleradamente una obra de tierra que daba frente al Canal Imperial, y sobre este canal existia una pequeña cabeza de puente bajo la proteccion de una batería. Tales eran las fortificacio-

nes de Zaragoza. Consideradas en conjunto, se notaba la falta de continuidad, defecto muy trascendental, porque atraeria los grandes golpes del enemigo sobre los puntos menos resguardados. Mirándola en detall el ojo esperto de un militar inteligente, hubiese advertido desde luego que sin caminos cubiertos, sin hornabeques y casamatas en las posiciones mas culminantes, ni los reductos mas vigorosos podrian resistir largo tiempo á las sábias evoluciones y al valor ofendido de las tropas sitiadoras. Los talentos luminosos del ingeniero San Genis, director de estas obras, y la cooperacion infatigable de los zaragozanos no alcanzaron mayor grado de perfeccion, porque una plaza no se improvisa sin grandes recursos y sin grandes condiciones topográficas, circunstancias ambas que concurrian negativamente en Zaragoza. Los escritores franceses han dicho que la principal defensa de Zaragoza estaba en sus casas y conventos, que podian considerarse como otras tantas ciudadelas; pero la hipérbole de esta comparacion se comprende fácilmente con solo advertir que aquellos edificios, destinados á las comodidades de la vida, no habian sido construidos bajo idea alguna militar. La principal, la verdadera, la casi única resistencia de Zaragoza se fundaba en el heroismo de sus defensores.

Elevábanse estos, sin contar la masa de la poblacion, siempre agitada y ardiente, al número de veinte y cinco mil hombres: eran el ála derecha del ejército que á las órdenes de O'Neill habia asistido, en tan mala hora, á la batalla de Tudela, y aunque el recuerdo de este desastroso combate hubiera afectado su espíritu, reanimáronse al aspecto de aquellos sitios, teatro de tantas glorias. En cada calle, en cada casa, en cada puerta, habia escrita una página de aquel poema vivo é inmortal, que hablaba derechamente al corazon. Pero la cualidad febril, y á menudo efímera, del entusiasmo, no era acaso un equivalente digno de la instruccion y táctica que faltaban á estos cuerpos. Completaban la fuerza disponible algunos millares de paisanos armados heterogénea y precipitadamente á la voz ejecutiva del peligro. Casi todos los hombres distinguidos en el primer sitio, Renovales, San Genis, Larripa y otros, figuraban en el catálogo de los actuales defensores. Palafox era siempre el símbolo de los anteriores triunfos, la esperanza personificada de nuevos lau-

ros, el alma y jefe de todas las operaciones. El general Sain-March y el de artillería Villaba anhelaban alcanzar una gloria que la retirada de los franceses no les permitió obtener en el pasado asedio. Habíanse almacenado víveres para seis meses; la artillería constaba de setenta piezas de grueso calibre; abundaban las municiones, escepto los proyectiles huecos, y se esperaba con impaciencia que el enemigo rompiera las hostilidades.

La impetuosidad y felices maniobras de los imperiales decidieron en su favor el primer ataque. El mariscal Moncey con un golpe de vista fino y penetrante, descubrió al punto la endeble estructura de las obras esteriores y precipitó sobre ellas sus columnas en la mañana del 27. Estas fuerzas, al abrigo de una batería que dominaba á Monte-Torrero, pasaron audazmente el canal por una esclusa é inundaron con sus fuegos la falda de aquella eminencia, que correspondia á la ciudad. El movimiento estaba combinado tan hábilmente, que treinta mil hombres podian convergir en pocos minutos sobre este punto vulnerable. Defendia con seis mil españoles á Monte-Torrero el general Saint-March, quien, comprendiendo en hora oportuna que todo el conato del enemigo se dirigia á envolverle, practicó un movimiento retrógrado rápido, pero seguro, y logró encerrarse en la ciudad, conservando íntegro su caudal en hombres, artillería y pertrechos. No menos feliz el imperial Morlot, acertó á deslumbrar con una falsa maniobra á los que custodiaban el puente del Huerva, y se apoderó de la cabeza que miraba al lado del este.

Entretanto el ardiente Gazan se precipitaba con su division en unos olivares ocupados por los españoles, y reportaba el premio de su arrojo desalojando á los nuestros y enseñoreándose de una posicion importante para embestir al arrabal.

Halagado por la fortuna, no vaciló el francés en acometer empresa tan árdua, si bien se robusteció préviamente hasta el punto de formar una masa de trece mil hombres. Desplegaron los imperiales esfuerzos atléticos para apoderarse de las baterías en el Rastro y el Tejar; mas los artilleros españoles, dirigidos por el coronel D. Manuel Velasco y alentados por Palafox, mostraron tanta firmeza y acierto, que el enemigo, despues de cinco horas de un combate te-



merario, no consiguió ganar una sola pulgada de terreno. Fluctuaba Gazan entre los mas encontrados afectos, punzándole en lo vivo el pundonor, que no le permitia abandonar con mengua un empeño inaugurado bajo tan lisonjeros auspicios; pero la fatiga y estenuacion de sus valientes tropas hacian imposible la continuacion de la lucha. La noche, que tendiendo su lóbrego manto, protegió la retirada de los imperiales, no pudo ni ocultar su vergüenza ni encubrir su pérdida, que ascendió á mas de tres mil hombres.

Bajo el aspecto material las ventajas de este dia pertenecen á los franceses, porque dueños de Monte-Torrero, y haciendo hondo hincapié sobre la márgen del Huerva, podian ceñir la ciudad por los dos estremos mas interesantes, devorarla con el fuego de sus baterías y oprimirla con sus superiores fuerzas. La pérdida de tres mil y tantos hombres no debia afectar vitalmente á un ejército que se hallaba al alcance de prontos y poderosos refuerzos, y que por otra parte estaba acostumbrado á obtener sus grandes triunfos prodigando su propia sangre. Sin embargo, otra era la verdadera fase de aquella sangrienta funcion. Zaragoza, como hemos dicho, se sostenia con la vida moral; todo cuanto contribuyera á aumentar esta, fomentaba la resistencia hasta el heroismo; la pérdida de algunas posiciones no debia hacer mella en aquellos ánimos inflamados, que abrigaban la generosa conviccion de que nunca les faltaria un pedazo de terreno para abrir su sepultura, regada con su propia sangre y la de sus enemigos. Así es que la victoria del arrabal ocultaba con sus resplandores la pérdida de Monte-Torrero, y enardeciendo á los espíritus mas tibios, añadia nuevas dificultades á las primeras de la conquista. En la guerra, cuando los resultados se neutralizan así mútuamente, el triunfo pertenece siempre á los pechos que tales sentimientos abrigan.

El veterano Moncey lo conoció así, y antes de llegar á las últimas estremidades de la guerra, brindó á los zaragozanos con una capitulacion honorífica. «Esta hermosa ciudad, le contestó Palafox, no sabe rendirse. Sesenta mil hombres, resueltos á batirse, no conocen mas premio que el honor, ni yo que los mando. Tengo esta honra, que no la cambio por todos los imperios... El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones no se apaga con

la opresion, y que el que quiere ser libre, lo es.» ¡ Profunda verdad esta última, dictada por la inspiracion feliz del entusiasmo y adoptada como axioma inmortal por la esperiencia mas filosófica!

Fué, pues, necesario proseguir las operaciones, conduciéndolas Moncey con tanto vigor como habilidad. A fin de perfeccionar la línea de circunvalacion se empezó á construir un puente de barcas sobre el Ebro, en tanto que el general Lacoste, ingeniero sobresaliente, trazaba un ataque simultáneo contra la Aljafería, San José y el puente del Huerva, donde se apoyaba Morlot con la espada desnuda y en la mas enérgica actitud.

Entraba tambien como parte integrante de este proyecto un segundo ataque al arrabal, cuya posesion conceptuaban fundadamente los imperiales como de una utilidad inmensa. Trabajando con indecible ahinco, lograron abrir en la noche del 29 al 30 tres paralelas, cuyos fuegos podian ejercer su actividad devoradora contra los puntos amenazados en el corto radio de ciento treinta y cinco y ciento cuarenta toesas.

No vieron impasibles los sitiados estos progresos del enemigo: firmemente resueltos á destruir las paralelas, hicieron en la noche del 31 una salida furiosa, arrollaron cuanto se oponia á su paso, y llegaron al pié de los cañones; pero envueltos en una atmósfera de balas y metralla, hubieron de replegarse en buen órden.

De este modo se frustró el objeto principal de la salida, mas no dejó de ser esta fecunda en resultados prósperos, pues dos escuadrones españoles arrojándose á toda brida sobre un destacamento francés, le hizo pedazos, dejando el campo sembrado de cadáveres y recogiendo algunos prisioneros.

Hubo un momento en que los zaragozanos concibieron la esperanza de una retirada por parte del enemigo, al ver alejarse al mariscal Mortier con nueve mil hombres via de Calatayud, pero el intento del francés se dirigia á mantener abiertas las comunicaciones entre el ejército sitiador y Madrid. No falta sin embargo quien suponga que este mariscal solicitó y obtuvo permiso para desprenderse del asedio por no soportar la preferencia de Junot, investido entonces con el mando en jefe de los sitiadores.

Quizás faltaban al nuevo general las prendas y circunstancias necesarias para llevar á cabo tan árdua empresa. Adornábanle sin duda conocimientos militares muy luminosos, y no era peregrino en las artes de la diplomacia, pero la altivez de sus modales le grangeaba el odio de sus inferiores; sus rápidos y no siempre justificados ascensos le concitaban la envidia de sus émulos, y un afan cortesano por plegarse á los menores caprichos del emperador, le hacian poco apreciable para aquellos guerreros ilustres que seguian las huellas trazadas por el gran genio militar de la época, pero sin abdicar su dignidad ni perder la conciencia de su propio mérito. Por otra parte, muchas de sus cualidades mas brillantes se empañaban con los defectos de su carácter; su energía tenia la intolerancia del orgullo; su actividad, la oscilacion febril de la impaciencia contrariada, y sus innegables conocimientos un relieve de arrogancia insoportable.

No obstante, la presencia de Junot en el campo se anunció con vigorosas medidas. Desplegóse en los trabajos un vigor estraordinario. El infatigable general Lacoste perfeccionó las tres paralelas, llevando la última hasta cuarenta toesas de la ciudad. Los sitiados repitieron sus salidas con una intrepidez siempre en incremento; los sitiadores, defendiéndose y trabajando á la vez, manejando alternativamente el pico y el fusil, lograron armar doce baterías de cañones y cuatro de morteros. Tropas de refresco, procedentes de Navarra, sustituyeron en breve y con ventaja numérica á la division de Mortier, por manera que el enemigo se halló en toda la plenitud de sus fuerzas y en la completa elaboracion de sus preparativos al amanecer del dia 10 de enero.

Era el señalado para un ataque formidable. Cien piezas de artillería, la mayor parte de grueso calibre, lanzaron un fuego simultáneo y devorador en la estensa línea de oeste á este. Contestaron los nuestros con singular entereza y acierto, pero nuestra artillería, inferior en el número y calidad á la de los imperiales, no pudo sostener por largo tiempo esta tremenda pugna, y al declinar la tarde, las baterías de San José y la cabeza del puente, cubiertas ambas de cadáveres, solo oponian disparos lentos, precursores de un silencio absoluto. En efecto, todas nuestras baterías quedaron por fin desmontadas; los viejos paredones de San José, que habian resistido á

la accion corrosiva de cuatro siglos, cedieron al violento choque de las bombas enemigas, y el aspecto de una brecha ancha y profunda brindaba á los imperiales con el asalto. Intentáronlo en medio de las sombras de la noche, pero nuestros artilleros, dirigidos por el intrépido Renovales, formaron un segundo muro con sus pechos, y no solo repelieron la primera y brusca acometida de los sitiadores, sino que consiguieron restablecer una batería y mantenerse en medio de aquellas humeantes ruinas. Mas hicieron los zaragozanos: juzgando indigno de su valor limitarse á la defensa de sus aportillados muros, tomaron en la misma noche una ofensiva vigorosa, y desembocando por el camino cubierto que en el anterior sitio habian construido los franceses desde San José á la Bernardona, cayeron sobre la principal de estos y la atacaron con indefinible ardor. Dispararon los sitiadores una nube de metralla, pero los sitiados, avanzando impávidos sobre la temible batería, hubieran logrado destruirla, si otra situada al estremo de la segunda paralela no les hubiera batido por el flanco, obligándoles á agitarse en un círculo de fuego. Viéronse, pues, en la precision de retirarse, y aunque los franceses precipitaron sobre ellos una columna numerosa, no obtuvieron las ventajas que debia producir la reaccion desgraciada de este prodigio de audacia.

Al siguiente dia dieron los imperiales un asalto formal y poderoso al convento de San José. Quisieron los españoles prevenirle, arrojándose sobre la derecha del enemigo, pero la aparicion súbita é inesperada de una batería cambió la faz de la accion, próspera en un principio para los nuestros y favorable despues á los imperiales. No obstante, aunque repelidos sobre los escombros de la brecha, Renovales y sus valientes artilleros siguieron defendiéndose con inaudito teson; el francés Sthal, al frente de algunas compañías, se lanza desde la segunda paralela sobre el fuerte, pero acogido por un fuego vivísimo, no se resuelve á coronar una pequeña contraescarpa, y se replega en buen órden sobre su línea. Acaso este asalto hubiera sido tan inútil como el de la noche anterior, si los espoñoles no hubieran olvidado cortar un puente de madera que sostenia la comunicacion entre el convento y la orilla izquierda del Huerva: ver este puente y precipitarse sobre él con la rapidez del rayo, fué para los imperiales obra de pocos minutos: los españoles que habia

en aquel punto, aunque sorprendidos, se baten encarnizadamente; los mas perecen con las armas en la mano, y la ardiente furia del invasor inmola bajo el mismo golpe á los heridos y prisioneros.

La columna enemiga, que pugnaba por montar la brecha, logra al fin poner su pié sobre aquellos montones de piedras enrojecidos con sangre humana, y estendiéndose rápidamente en semicírculo abraza la garganta del fuerte, pero no logra penetrar en el interior, donde los defensores sin abrigo resisten cual si fueran columnas de hierro, el fuego que les alcanza por todas partes. Protegian eficazmente los restos de San José dos baterías españolas que desde el reducto del Pilar jugaban con una vehemencia estraordinaria: contra este reducto volvieron los franceses su principal atencion, y cuatro baterías le estuvieron atacando sin debilitarse un solo instante por espacio de cinco dias. Los inertes muros cayeron muy pronto convertidos en pequeños fragmentos, pero la grande alma de los españoles, elevándose en medio del peligro, parecia desafiar la ira de los conquistadores y el poder mortífero de sus elementos de destruccion. Muchas glorias adquiridas en el primer sitio se acrisólaron allí; muchos nombres modestos se rodearon entonces por una aureola imperecedera. Larripa, Simonó, Velasco, Marin, Betzebe, jefes de las tropas españolas en aquel punto, estuvieron cuatro dias resistiéndose en medio de una atmósfera de fuegó; rechazaron cinco asaltos, hicieron una salida furiosa con grave quebranto del enemigo, y formaron la magnánima resolucion de envolverse entre las ruinas del reducto antes que ceder al enemigo la palma de la victoria. Fueron necesarias repetidas órdenes de Palafox para que se replegasen al interior de la ciudad, y lo hicieron deplorando acaso el rigor de la disciplina, que les impedia alcanzar una muerte heróica, pero infecunda.

Con la pérdida de este reducto coincidió la del puente y la definitiva de San José. Las desgracias se eslabonaban unas á otras é iban cayendo á golpe lento y sucesivo sobre los zaragozanos. Las partidas sueltas que revoloteaban sobre la retaguardia y flancos del ejército francés y que realmente embarazaban su libertad de accion, sufrieron por este tiempo dos reveses en estremo terribles; el primero en Alcañiz, donde el general francés Wathier á la cabeza de mil qui-

nientos infantes y seiscientos ginetes, derrotó á cinco mil paisanos armados, forzándoles á una retirada tumultuosa; menos desgraciado D. Felipe Perena tuvo no obstante que abandonar sus posiciones avanzadas en Leciñena, despues de un vivo choque con la vanguardia de Mortier.

Viendo los zaragozanos penetrada su línea, en poder del enemigo dos de sus mas importantes posiciones, ahuyentados ó dispersos sus auxiliares, desvanecida por consiguiente toda esperanza de socorro, y sintiendo que el hambre penetraba en la ciudad á paso lento, pero incontrastable, podia creerse que cejarian en un empeño cuyo éxito funesto no era dificil adivinar. Bastante habian hecho ya para su gloria; la prudencia aconsejaba que se pusiera un límite á las calamidades de tan rigoroso asedio. Pero aquel pueblo, decidido á dar á la Europa un ejemplo sublime de la constancia española, estaba bien resuelto á no transigir con los aborrecidos invasores. En vano Junot, deseoso de ceñirse el preciado laurel de esta conquista, redobló, ya sus intimaciones enérgicas, ya sus propuestas de una capitulacion honrosa; en vano Gazan, desgarrando el seno del Ebro, inundó los campos, privando á los sitiados de los molinos que hasta aquí les habian surtido de harina; en vano Lacoste enlazó poderosamente sus líneas de circumbalacion, describiendo otra paralela por el lado del Ebro y á cuarenta toesas de este rio, y montando sobre ella ocho nuevas baterías; los zaragozanos, elevándose siempre en proporcion del peligro, dieron á Junot una respuesta severa, soportaron con rostro impasible el aspecto ceñudo de la miseria, y para cortar los rápidos adelantos de Lacoste, dispusieron una salida á las órdenes de D. Mariano Galindo. Este denodado jefe atravesó la segunda paralela, penetró impetuosamente algunos destacamentos imperiales, que pretendieron contenerle, y aunque la fortuna esta vez ingrata con el valor, no le permitió destruir una batería de morteros, objeto principal de la salida, pudo al menos volver á la ciudad con buen órden y leve quebranto de los suyos, habiéndole causado considerable al enemigo.

Poco faltó para que los imperiales levantasen el cerco, aquejados por el mismo mal que ellos se esforzaban en procurar á los sitiados. La derrota que sufrieron algunas partidas, no habia estinguido

el espíritu público, que cual fuego clandestino y comprimido en un punto, brotaba en otrós con inesperada violencia. Las reliquias de aquellas mismas partidas, reorganizadas en breve, prosiguieron sus escursiones, interceptando los convoyes y burlando las medidas mas vigorosas de Wathier y Mortier. La posicion de este mariscal en Calatayud no era tampoco atinada, y así es que mientras oscilaba en un diámetro de pocas leguas, D. Francisco Palafox formaba á su retaguardia un pequeño ejército, y encerraba á Gazan en un círculo de hierro. De este modo quedaron bloqueados los imperiales, y los primeros rigores de la miseria, unidos al poco efecto de tantos y tan recios ataques y al recuerdo desgraciado del primer sitio, hicieron profunda mella en el ánimo de las tropas sitiadoras, tomando la queja humilde é individual la forma mas sintética y temible de la murmuracion.

Los émulos de Junot, autorizándose con las desgracias eventuales, confesaban con poco rebozo la ineptitud de este general para rematar felizmente el sitio.

En estas circunstancias llegó al campo el mariscal Lannes, duque de Montebello. Era una de las mejores glorias del imperio: táctico hábil, y profundo y hombre que por un privilegio raro y feliz, sabia desplegar oportunamente el valor impetuoso del soldado y la severa circunspeccion del general.

Su autoridad en jefe acatada generalmente, sofocó todos los gérmenes de discordia. Renació el entusiasmo de las tropas con la confianza que inspiraba el nuevo caudillo; Mortier abandonó su estéril posicion de Calatayud para batir á las fuerzas auxiliares y españolas, como lo consiguió en efecto, y jefes y soldados se apresuraron á secundar los planes de un hombre que hasta entonces habia mandado á la victoria.

Pero no desmayaron los zaragozanos. Repelieron con soberbio desden las proposiciones del nuevo mariscal, y trabajaron dia y noche en robustecer las obras interiores y en reparar el convento de San José en la parte que servia de articulacion á la muralla.

Los franceses, dueños como hemos dicho del interior de este edificio, fulminaban sobre nuestros operarios un fuego mortífero aunque insuficiente para contenerlos en tan peligrosa faena. Rivalizaban



los sitiadores con los sitiados en actividad y les aventajaban en pericia. Así es que lograron erigir con rapidez casi fabulosa ocho baterías nuevas, construir dos puentes sobre el Huerva y hacer todos los preparativos para un ataque decisivo.

Cincuenta cañones rompieron el fuego á los primeros albores del dia 26 de enero. Dirigíanse los disparos contra la derecha y centro de nuestra línea defensiva. Treinta horas bastaron para que quedasen apagadas las baterías españolas, convertido en escombros el convento de Santa Engracia y aportillado considerablemente el muro en tres partes. Lannes, juzgando al corazon humano por las reglas ordinarias de la prudencia, cree que aquel fuego horrible ha producido dolorosa impresion en los sitiados: quiere aprovechar estos instantes preciosos, y lanza sus columnas al ataque, á las once de la mañana (dia 27). Se habia confiado esta operacion á tropas escogidas, sostenidas de cerca por todo el ejército, que avanzaron bajo la proteccion de su formidable artillería. La primera columna corresponde noblemente á la confianza del mariscal; marcha por entre una granizada de balas, sufre sin conmoverse la esplosion de dos hornillos, y corona la cima de la brecha.

Iba ya á precipitarse, con ímpetu sobre su presa, sobre la ciudad que se estendia á sus pies, cuando los sitiados, que habian reservado para este momento sus esfuerzos principales, descubren una batería apoyada en un atrincheramiento, y auxiliando con un fuego vivísimo de fusilería, logran contener á los imperiales. Pugnan estos heróicamente por abrirse paso al través de la metralla; el contacto de algunas tropas amigas redobla su aliento, pero los mas atrevidos espian su temeridad con una muerte, aunque gloriosa, inútil, y los restantes se parapetan tras los escombros de la misma brecha. Tan ardientes y no mas felices en su embestida fueron los que se dirigieron por el lado de San José. Salvan al principio la brecha, pisan el anhelado suelo de la ciudad, y se apoderan de una casa; mas al continuar su movimiento progresivo, se detienen ante el fuego de dos cañones colocados á la boca de una poterna, y sostenidos como en el otro punto por centenares de brazos armados de fusiles. Los imperiales repelidos pretenden fortificarse en la casa que habian

ocupado, pero ni aun esta ventaja les permiten los sitiados; se lanzan sobre la casa cual embravecidos leones, combaten cuerpo á cuerpo y con ciego furor con los franceses; el combate, sangriento desde un principio, ofrece varias alternativas: los zaragozanos penetran en la casa, son desalojados á su vez; insisten de nuevo con el brio de la desesperacion, y los franceses dejan el funesto edificio para buscar un abrigo seguro en la rampa de la brecha que se comunicaba con su ejército.

Lauros mas brillantes pareció conceder la fortuna á los invasores en el ataque del centro, pero se marchitaron antes de finalizarse la accion. Los conventos de Santa Engracia, las Descalzas y Capuchinos caen en poder del enemigo, cuyo ímpetu arrollador pretenden en vano contrarestar los españoles defensores de aquellos edificios. Dueños los franceses de estas posiciones, empiezan á correrse á lo largo de la cortina que une á las Descalzas con la torre del Pino, cuando desde las casas de enfrente parte sobre ellos un fuego vivísimo, mientras que oprimia enérgicamente su ála izquierda una banda de zaragozanos. Aquel largo lienzo de muralla queda empapado en sangre francesa; los sitiados redoblan entonces sus esfuerzos, y obligan al enemigo á replegarse aceleradamente sobre la puerta del Cármen.

Esta ventaja inflama el ardor de los zaragozanos, y les empeña en la reconquista de Capuchinos. Dos veces lo intentaron, y otras tantas fueron rebatidos; pero indudablemente hubieran realizado su deseo, si el general Morlot, tendiendo una mirada inteligente por toda la periferia de la accion, no hubiera enviado dos batallones al socorro de los que en el convento, oprimidos por la fatiga, apenas podian ya manejar las armas.

Este ataque del dia 27 dejaba en pié el sangriento problema agitado tanto tiempo habia. Los franceses acababan de perder mil hombres, los mas esforzados de sus guerreros; los zaragozanos, aunque no tan maltratados, habian prodigado tambien generosa y abundantemente su sangre. Las ventajas obtenidas por el enemigo, ni eran proporcionadas á sus sacrificios, ni mucho menos á los poderosos medios que habia puesto en accion: de los tres conventos ocupados, solo el de Santa Engracia podia considerarse como punto cardinal é

importante para el porvenir de las operaciones; los otros dos, colocados fuera de la verdadera línea defensiva, quedaban sujetos á la influencia de un movimiento de flanco por parte de los sitiadores, y su espugnacion violenta revelaba un estéril lujo de fuerzas.

Por lo demas, la ocupacion de dos ó tres puntos en una muralla endeble tenia muy poco precio, aun ante la consideracion algo hiperbólica de los imperiales.

La guerra de casas y de calles, en la que el valor de los sitiados podia revestirse con las mas atrevidas formas; en la que el conocimiento local daba á los zaragozanos una ventaja inmensa sobre sus enemigos, y en la que todos los objetos hablaban con una elocuencia irresistible á aquellas imaginaciones ya candentes; esta guerra, en que podia utilizarse desde la robusta y práctica mano del soldado hasta el tembloroso brazo del niño ó de la mujer; esta guerra, pues, en que debia agitarse vigorosamente toda la escala de fuerzas físicas y morales de todo un pueblo, constituia la gran esperanza de Zaragoza y el gran temor de los franceses.

Lannes, juzgando con bastante acierto su posicion, no quiso empeñarse de lleno en esta guerra de casas, y recurrió al insidioso y lento, pero seguro, de las minas. Sin duda era poco lisonjero para la reputacion de los imperiales el recurrir á este terrible agente contra un pueblo casi abierto, pero Lannes, como militar consumado, creyó que en la guerra el verdadero honor consiste en alcanzar la victoria.

Mas no se renunció por esto á la idea de batir los principales edificios con artillería. El lúgubre estampido del cañon sofocaba el ruido cavernoso que producia la piqueta del zapador en las entrañas de la tierra. Aquel pueblo heróico veia como Anteo, hundirse el suelo que hollaba con sus pies y desplomarse los edificios que defendia. La muerte se presentaba en todos lados con todas sus formas y con todos sus horrores. ¡Y sin embargo nadie pensaba en capitular! Por el contrario, como si de aquella tempestad de males que descargaba sobre la infeliz ciudad, brotase una ráfaga eléctrica que encendiera los corazones, la lucha de los últimos tres dias de enero fué mas terrible y obstinada que todas las anteriores. Atacaron los fran-

ceses el 30 los conventos de Santa Mónica y San Agustin por las anchas brechas que en ambos habian abierto, pero fueron rechazados; intentaron un nuevo asalto, y recibieron nueva y mas valerosa propulsa; únicamente el dia 31, pasando por encima de los cadáveres de sus compañeros é inmolando á casi todos los defensores de Santa Mónica, lograron penetrar en este edificio por una abertura hecha con un petardo. Esfuerzos hercúleos y larga efusion de sangre francesa costó la conquista de S. Agustin, que á pesar de todo, quizá no se hubiera realizado, sin la violenta esplosion de un hornillo que los sitiadores habian preparado con tanto tino como oportunidad.

Entonces se dió principio á la guerra de las casas, y entonces estalló tambien de la manera mas sublime é imponente el sentimiento patriótico.

Ni la clase, ni la edad, ni el sexo sirvieron de obstáculo para la defensa; los religiosos salieron en tropel de sus conventos, se mezclaron con los combatientes, les exhortaban á morir denodadamente, y recibiendo los consejos con su ejemplo, esgrimian una espada, manejaban un fusil, ó aplicaban la mecha encendida al oido de un cañon; las mujeres compartian los mas fuertes peligros con sus padres, sus esposos ó sus amantes. Todos los resortes del alma humana, la religion, la independencia, el honor, el amor, estaban á un tiempo en la accion mas violenta. ¿Quién no habia de ser heróico bajo el influjo de estas circunstancias? ¡Pero qué colmo de heroismo no era necesario para contemplar sin estremecerse el estado de la ciudad!

La pintura que de ella hacen los historiadores, tiene en efecto muy pocos modelos en la antigüedad mas gloriosa. La muralla habia sido quebrantada en varias partes; los mas fuertes edificios esteriores estaban reducidos á un monton de humeantes ruinas; muchas casas se hallaban destruidas por las bombas; otras habian caido al impulso de las minas, y no pocas eran pasto de las llamas, que los mismos zaragozanos habian arrojado en su seno, prefiriendo aniquilar lo que ya no podian defender.

El hambre y la epidemia, avanzando con su ordinario cortejo de horrores, daba un colorido aterrador á este cuadro de por sí tan sombrío y melancólico. Llegó el estremo de venderse los artículos

mas necesarios para la subsistencia á un precio inasequible á casi todas las fortunas, y la miseria, unida al hacinamiento de gentes, á los miasmas que exhalaban los cadáveres insepultos, emponzoñaron la atmósfera y produjeron la peste. Las víctimas de este azote irresistible se elevaron desde trescientas cincuenta hasta quinientas por dia.

El ruido atronador de los cañones, el áspero silbido de las balas, el estallido lúgubre del incendio, el grito de los heridos, el confuso acento de los niños que pedian algun alimento para prolongar su tierna existencia, los ayes de agonía que lanzaban los padres y parientes abandonados sobre el pavimento de los hospitales, tan frio como el hálito de la muerte, todas estas apelaciones tan profundas, tan elocuentes á la sensibilidad, debian conmover y penetrar hasta un corazon de diamante.

Y no obstante, los zaragozanos seguian defendiéndose con redoblada tenacidad. Cada palmo de terreno costaba torrentes de sangre; cada posicion, por insignificante que fuese, se cubria con los cadáveres de sitiados y sitiadores. Para dar una idea exacta de esta guerra que se sostenia dentro de la ciudad, copiaremos las palabras de un escritor francés, casi siempre citado por cuantos han referido estos sucesos, porque su imparcialidad aquí es incontestable: «Cada casa, cada edificio, costaba tres ataques formales; uno para aproximarse, otro para posesionarse del interior, y otro, que era siempre el mas obstinado y difícil, para establecerse en las ruinas.» Solo así se concibe el que los franceses considerasèn á las casas de Zaragoza como otras tantas ciudadelas.

Ocho dias de crudo é incesante pelear no habian sido suficientes para que los imperiales establecidos desde el 30 de enero en la brecha, hubiesen podido llegar hasta la calle del Coso, teatro en el anterior sitio de tantas y tan ínclitas proezas. Aquellos veteranos que habian cruzado los Alpes con una decision que eclipsaba las brillantes glorias de Annibal, que habian hollado las candentes arenas del Desierto y las heladas márgenes del Escalda, aquellos hombres que estaban familiarizados con peligros de todo linage, empezaron á reputar tan imposible la conquista de Zaragoza, como seguro su esterminio, y el primer síntoma de descontento, reprimido por el pres-

tigio de Lannes, estalló ahora con doble fuerza. Ardientes alocuciones, magníficas promesas, y sobre todo el cuadro triste y demasiado fiel que presentaba la ciudad heróica, pudieron por fin empeñarlas en nuevos ataques.

Uno de los mas furiosos se dió contra una manzana de casas contigua á Santa Engracia: «Era tal, dice un escritor francés, la tenacidad de los españoles, que nos veiamos muchas veces en la precision de dejarlos sucumbir bajo los escombros de las casas que volábamos.» Adquirieron la ventaja los invasores con sacrificios muy dolorosos, pero la pérdida para ellos mas sensible fué la del general Lacoste, jefe del cuerpo de ingenieros y hombre que por sus prendas mas que por su categoría, habia sido desde el principio del sitio el alma de las operaciones.

La piqueta del zapador enemigo avanzaba con deplorable rapidez; los zaragozanos, atentos á todos los peligros, contraminaban por su parte, y encontrándose muchas veces unos y otros, peleaban con encarnizamiento indescriptible en las concavidades de la tierra, como si les faltase sitio sobre la superficie de ella donde exhalar su recíproco é implacable ódio. Otras veces, y aun frecuentes por desgracia, al sentir los franceses á los contraminadores, apelaban al recurso de encender un hornillo de pólvora y hacer saltar con la tierra carbonizada los destrozados miembros de los zaragozanos. Así sucedió en uno de los conventos atacados, y no obstante los sitiados hallaron todavia medio de defenderse por algun tiempo, hasta que sintiéndose estenuados por la fatiga, le entregaron á las llamas y se retiraron al interior de la ciudad. No daban ya un paso los imperiales, sin que les precediese la esplosion de una mina ó de algunos hornillos. Dos se aplicaron á las ruinas del hospital, que habian respetado las bombas en el primer sitio, los cuales estallaron con suma violencia y formidable estrépito, y todavia una columna francesa que marchó al asalto de aquellos escombros, tuvo que inmolar á bayonetazos á unos pocos españoles que con valor frenético se obstinaban en mantenerse sobre aquel terreno, consagrado en cierto modo por la memoria de tantos dolores. Tambien jugaron otros dos hornillos contra el convento de San Francisco; pero viendo los sitiadores que la brecha que habian abierto era poco practicable, dispusieron una estensa galería

y la cargaron con tres mil libras de pólvora. Mas fácil es de concebir que de esplicar el sacudimiento que produjo la accion de este terrible agente químico; la ciudad entera retembló sobre sus cimientos, y los de San Francisco, juntos con una gran parte de su magnífica cúpula, se alzaron en los aires cual si fuesen menudos copos de nieve envueltos en los brazos de un huracan. Dos regimientos imperiales desembocan de las ruinas del hospital, y por medio de inmensas columnas de humo penetran en San Francisco, donde les esperaban á pié firme los pocos españoles que habian sobrevivido á la esplosion.

La pelea fué larga, tenaz y sangrienta, y concluyó con la muerte de casi todos los defensores. Por la noche se propusieron los españoles recuperar este edificio y lo consiguieron agujereando la bóveda y lanzando desde ella multitud de granadas de mano. Los franceses le reconquistaron á su vez en el siguiente dia, pero sufriendo pérdidas muy considerables.

Los zaragozanos, aunque encerrados en un doble círculo de hierro y de fuego, no se limitaban todavia á la defensiva, sino que pugnaban por arrebatar al ejército sitiador sus primeras adquisiciones. Era una de estas el convento de Capuchinos, posicion muy poco táctica, pero cuya importancia habian aumentado grandemente los franceses, constituyéndole en base de sus ataques por la izquierda. Custodiábale el general Rostolan con tropas escogidas y numerosas: la luminosa ciencia de los ingenieros imperiales habia realzado sus condiciones topográficas, y todo estaba á punto para oponer una resistencia formidable.

No lo ignoraban los sitiados; pero sintiendo inflamarse su valor en proporcion del peligro, se dirigen hácia el convento, formando una larga columna, acaudillada por un fraile, y en la que iban mezcladas las mujeres con los hombres, tan animosas las unas como los otros. Avanzan cuidadosamente por medio de una nube de humo y balas, se apoderan de un atrincheramiento esterior y pisan la área del edificio, regándola con su sangre. El orgullo francés estalla al ver tan insólita osadía; parte de los imperiales salen del convento, se lanzan sobre la cabeza de la terrible columna, y se traba un combate horrible, en que agresores y acometidos, olvi-

dando todas las reglas de la prudencia, toman solo consejo de su valor.

Durante esta lucha homérica veinte hombres armados de hachas se precipitan sobre las puertas del edificio, las derriban, y ya van á introducirse presurosamente, cuando se hallan detenidos por una fuerte trinchera. Este obstáculo imprevisto no les desanima sin embargo; rechazados la vez primera, vuelven á la carga con mayores fuerzas, y los imperiales, favorecidos por su posicion, no logran el triunfo hasta que la fatiga enerva completamente el airado brazo de sus enemigos.

Los sitiadores, viendo que ni las minas, ni las bombas, ni el hambre, ni la peste, ni tantos ni tan encarnizados ataques pueden abatir la energía de la ciudad invicta, creen ver realizada la ingeniosa fábula de Cadmo, y se quejan de nuevo, acusando públicamente á sus jefes de que los llevaban á una muerte cierta y estéril. El mismo Lannes empieza á temer que la resistencia de Zaragoza empañe la esplendente aureola de sus glorias. Sus soldados claman por un ataque decisivo; él mismo lo desea ardientemente, pero era muy dificil herir en su víscera vital á un pueblo que parecia resuelto á defenderse hasta sobre los escombros de su último edificio.

Por fortuna de los imperiales el general Lacoste al morir habia dejado una idea muy fecunda para la terminacion del sitio; la de combatir el arrabal. Efectivamente, mientras los sitiados conservasen este barrio y tuvieran espeditas sus comunicaciones por medio del puente que une las dos opuestas márgenes del Ebro podian aun abrigar la esperanza de abrirse paso por aquella parte, rompiendo el cordon débil á fuer de estenso con que Gazan sujetaba aquella estremidad de la línea. Ademas, aunque improbable cualquier socorro, el único que pudiera recibir Zaragoza en aquellas circunstancias debia proceder de Cataluña ó de Valencia, y avanzar protegido por los cañones del arrabal. Penetrado de estas consideraciones, Moncey ordenó un ataque, que como hemos visto fué desgraciado, y el mal éxito de esta tentativa retrajo de emprender otras en el mismo sentido. Quizás la confianza que tenian los imperiales en sus vigorosos esfuerzos contra la línea mas vulnerable de este á oeste, les hizo mirar con poco aprecio una medida que entonces se



consideraba como de lejana precaucion, pero cuando las ilusiones fueron cayendo una á una bajo el golpe de la realidad, se abrazó con ardor aquel proyecto, y Gazan, reforzado competentemente, tuvo órden para llevarle á cabo.

Cincuenta cañones jugaron á un tiempo contra los conventos de Santa Isabel y San Lázaro. La posesion de este último tenia un interés de primer órden para los sitiadores, porque dominaba el puente del Ebro, y comprometia esta comunicacion tan importante. El dia 19, abierta brecha en San Lázaro, se lanzaron á ella los franceses con impetuosidad irresistible, y arrollaron á los zaragozanos, inferiores en número. La pérdida de San Lázaro produjo la del puente y el mayor conflicto para los sitiados, que viendo cortada su comunicacion con la ciudad, subieron por la orilla izquierda del Ebro, donde alcanzados y envueltos por la caballería enemiga, perdieron no pocos la vida y muchos la libertad. Hubo, sin embargo, trescientos hombres, que haciéndose superiores á todos los peligros, se precipitaron sobre el puente con las armas en la mano, é imponiendo á los franceses mas que con sus fuerzas con su incomparable osadía, lograron cruzarle y acogerse al centro de la ciudad.

A costa de esfuerzos inauditos habian llegado los sitiadores hasta el Coso, pero no se resolvian á presentarse á cuerpo descubierto en esta vasta calle, temiendo encontrar en ella el sepulcro de su existencia ó de su gloria. El prudente Lannes, cada vez mas avaro de la sangre de sus soldados, proseguia en mayor escala su sistema favorito de minas, y merced á su perseverancia y á la habilidad de sus ingenieros, pudo conseguir que en la noche del mismo dia 19 estuviesen terminadas seis galerías subterráneas, que envolvian toda aquella calle como en una red de fuego. En cada uno de los hornillos de estas galerías se habian colocado tres mil libras de pólvora. Para favorecer la accion inmensamente destructora de las minas, se colocaron en batería los mismos cincuenta cañones que se habian empleado contra el arrabal. Todo estaba dispuesto el 20 para dar principio á esta obra colosal de aniquilamiento: algunas horas mas, y Zaragoza quedaba convertida en un vasto cementerio.

Sesenta y dos dias de sitio, la pérdida de cincuenta y cuatro mil



personas, la destruccion casi completa de dos terceras partes de la ciudad, la falta de pólvora y municiones, el horrible espectáculo que ofrecian multitud de cadáveres espantosamente mutilados y medio envueltos entre los escombros, la perspectiva de la grande é inevitable desgracia que les amenazaba, y sobre todo la ausencia de Palafox, el símbolo de aquella defensa heróica, que yacia en la cama herido por la invisible mano de la epidemia, pudieron por fin doblar aquellos ánimos hasta este punto inflexibles. ¡Y no obstante, todavía circulaba de boca en boca el nombre glorioso de Numancia! todavía de los treinta y cuatro votos que figuraron en la junta reunida para tratar de capitulacion, ocho estuvieron por la resistencia!..... Predominó el partido mas sensato, y se envió á Lannes una diputacion presidida por el magistrado Ric. Insistia el mariscal francés en que la ciudad se entregase á discrecion: «Nunca, esclamó el altivo zaragozano, aun conservan mis compatriotas armas, municiones y puños.» Persuadido Lannes de que aquellos hombres, impelidos á la desesperacion, podian por un rasgo de temeridad incalculable hacer dudoso su triunfo, ofreció solemnemente respetar la vida y propiedad de todos los sitiados.

Los franceses entraron en la ciudad el 21.

El orgullo de conquistadores les cegó hasta el estremo de manchar su fama, abandonándose á escesos deplorables. El mismo Lannes, guerrero esclarecido en cien batallas, no temió deshonrarse con espoliaciones disfrazadas, con la inhumana muerte dada á los eclesiásticos Boggiero y Sas, heróicos caudillos del pueblo, y con la indigna conducta que observó respecto de Palafox. Este hombre de gran corazon, á quien los soldados franceses hallaron en la cama casi agonizante, y teniendo al lado un barril de pólvora y una mecha encendida, «para no verse, segun dijo, en la precision de capitular,» este hombre, cuya libertad habia sido solemne, aunque verbalmente, prometida por Lannes, fué arrancado de su lecho, trasladado á Francia y encerrado en el castillo de Vincennes.

El primer sitio de Zaragoza tiene la irregularidad de una epopeya; pero el segundo es una grande operacion militar, en que se apuraron todos los recursos del genio y los esfuerzos mas sorprendentes del valor. Los sitiadores cometieron no obstante un error, que difi-

cultó mucho sus progresos, el de haber considerado el ataque del arrabal como secundario, y no haber desplegado allí toda la resistencia que mostraron en otros puntos menos interesantes.

Por lo demas, las tropas imperiales se sostuvieron á toda la altura de su reputacion, y su ardor, en un principio algunas veces intempestivo, elevó su pérdida á la cifra de doce mil hombres.

Los sitiados cometieron otro desacierto, que produjo las mas lamentables consecuencias: el de aglomerar en la ciudad doble gente de la que se necesitaba para la defensa.

Consecuencia de esta imprevision fueron el hambre y la peste, cuya terrible influencia postró á Zaragoza, mas bien que las bombas y minas enemigas. Pero Zaragoza, sucumbiendo bajo el peso de tantas desgracias, dejaba en pié la memoria de su heroismo, y los grandes hechos siempre encuentran en una nacion pundonorosa admiradores é imitadores. De las cenizas de aquella ciudad, como de las de Roma asolada por los Gaulas; debia brotar en nuevos y brillantes destellos el fuego sacro de la independencia.

Durante el sitio de Zaragoza ocurrieron varios sucesos por lo general contrarios á nuestra causa. Ya hemos dicho que al general Castaños, desgraciado en Tudela, habia sustituido el duque del Infantado. No tenia este general prendas militares correspondientes al lustre de su cuna.

Dotado de imaginacion fogosa y resuelta, forjaba planes muchas veces contradictorios, faltándole por consiguiente la firmeza necesaria para llevarlos á cabo. Dió de ello prueba clara y terminante, cuando en la idea de rechazar á los franceses que se estendian hasta Tarancon, dispuso que el jefe de la vanguardia española Venegas, combinándose con el brigadier Serra, cayese sobre aquel punto, ocupado á la sazon por ochocientos dragones enemigos. Realizó Venegas felizmente este atrevido movimiento; cayó sobre los imperiales, los desbarató, y hubiera podido aniquilarles, si Serra, contenido por prudentes consideraciones, no hubiera retardado su marcha hácia el sitio del combate.

Sirvió solo este ligero triunfo para llamar la atencion del mariscal Victor, quien recogiendo apresuradamente catorce mil infantes

y tres mil caballos, se propuso escarmentar á los españoles. Consultó entonces Venegas con el duque del Infantado, pero no obtuvo respuesta alguna, por lo que vaciló acerca del partido que deberia tomar, y esta fluctuacion, difiriendo su retirada, vino á hacerla por último imposible. De un lado Venegas y Serra incorporados el dia antes, y de otro Ruffin y Villatte, se avistaron en los campos de Uclés en la mañana del 13 (enero de 1809). Eran los imperiales superiores en número, en disciplina y sobre todo en moral; los nuestros, imperfectamente reorganizados, se resentian de sus últimas derrotas. El éxito del combate no podia ser dudoso, á pesar de la habilidad con que Venegas supo desplegarse en posiciones ventajosas. Penetrada por Villatte nuestra izquierda, y arrojada sobre el centro, empezó á apoderarse el terror de las tropas españolas, que retirándose con mas celeridad que órden, fueron á caer sobre las bayonetas de Ruffin. Este golpe inesperado acabó de postrarlas, teniendo poco aliento para morir con gloria y entregándose los mas prisioneros. La desdichada poblacion de Uclés expió con indecibles quebrantos algunos momentos de júbilo que produjo la primera ventaja de Venegas.

El duque, que habia provocado imprudentemente aquella catástrofe, y que hubiera podido y debido evitarla, permaneció con el resto del ejército á legua y media del campo de batalla, hasta que fenecida esta, emprendió su retirada, primero á Chinchilla y despues á Santa Cruz de Mudela.

Aquí vino á reemplazarle el conde de Cartaojal.

No era estraño este jefe á las mas profundas concepciones de la ciencia militar, pero circunspecto en demasía, desconfiaba siempre de sus propias fuerzas, y era de los menos á propósito para dirigir una guerra en que la influencia moral debia suplir á la falta de recursos materiales. Entre sus tenientes habia uno, el duque de Alburquerque, que por una antítesis feliz reunia dotes diametralmente opuestos: osado, valiente, de viva y luminosa penetracion, se lanzaba á las mas árduas empresas con el ardiente entusiasmo de la juventud española. Si estos dos hombres hubieran vivido en buena armonía, sus diferentes cualidades, neutralizándose oportunamente, podian haber producido frutos ópimos y abundantes, pero celoso del

mando Cartaojal, y altivo el de Alburquerque, se desavinieron pronto, con mengua de la causa que ambos defendian.

Cartaojal, maniobrando por la parte de la Mancha, y Cuesta con el ejército castellano por la de Estremadura, se propusieron cerrar á los franceses el paso á las Andalucías, refugio de la Junta Central y gran esperanza de la nacion entera. A fin de divertir al enemigo y establecer una fuerte articulacion entre ambos ejércitos, dispuso Cartaojal que Alburquerque con nueve mil infantes, dos mil caballos y alguna artillería, se situara en una línea perpendicular al ejército castellano y paralela á la larga cordillera de Sierra Morena. El duque avanzó audazmente, ahuyentó de Mora á un destacamento de dragones enemigos, y acometido en Consuegra el 22 por fuerzas superiores, peleó con levantado ánimo y próspera fortuna, hasta que sabiendo que iba á arrojarse sobre sus brazos un cuerpo de catorce mil hombres, se retiró via de Manzanares. Aun este movimiento retrógrado fué tan imponente, que el enemigo no se atrevió á perseguirle, temiendo sin duda descubrir demasiado sus flancos.

La gloria que esta bella operacion proporcionó al de Alburquerque, ofuscó á Cartaojal hasta el punto de hacerle desistir de un plan perfectamente concebido, sustituyendo con otro solo fecundo en desgracias. Consistia en destacar al mismo Alburquerque con tres mil ochocientos hombres del ejército de la Mancha, para que se incorporase al de Estremadura. Así se renunciaba á la escelente idea de una comunicacion vigorosa entre Cartaojal y Cuesta, se comprometia una fuerza reducida en un pais poblado de enemigos, y se debilitaba sin compensacion alguna el ejército de la Mancha.

Muy luego tocó Cartaojal las consecuencias de su desacierto. Queriendo prolongarse hasta Yébenes, sintió el contacto de las fuerzas enemigas y hubo de replegarse á Consuegra y Ciudad-Real. Mas asaltado en este último punto por el imperial Sebastiani á la cabeza de doce mil hombres, no supo oponer la resistencia que sus buenas posiciones permitian, y pronunció su retirada, buscando precipitadamente un abrigo en el corazon de Sierra-Morena. Esta accion, ó mejor dicho, la série de choques que duraron todo el dia 27 y parte del 28 (marzo de 1809), nos privó de una tercera parte de nuestro ejército. Indignada la Junta Central por la conducta del con-

de, le separó del mando en jefe y se le confirió á Venegas.

Nuevas desgracias afligian al ejército de Estremadura. Cuesta, amenazado por Víctor, fué á situarse en la orilla derecha del Tajo, cubriendo su frente con este rio y apoyando sus álas en Jaraicejo y Deleitosa. La posicion parecia formidable, mucho mas habiendo mandado el español cortar el magnífico puente de Almaráz, pero el francés halló modo de flanquearle lanzando dos de sus divisiones por Talavera y Puente del Arzobispo. Cuesta, que vió frustrado su plan favorito, no quiso esperar al francés que avanzaba por su frente reemplazando con un puente de barcas el derruido de Almaráz, y así se fué recogiende sobre las márgenes del Guadiana, llegando á Villanueva de la Serena, donde le dió la mano el duqûe de Alburquerque.

Este refuerzo encendió en Cuesta el deseo de combatir, rara vez amortiguado ni aun por las mas duras calamidades. Perdida la comunicacion con Cartaojal, la prudencia aconsejaba al general castellano que se reconcentrase sobre los confines del territorio lusitano, donde sostenido poderosamente por el ejército anglo-portugués, hubiera mantenido en respeto á los imperiales, mas no quiso hacerlo sin aventurar el trance de una batalla. Las tropas españolas, formando una masa de veinte mil infantes y dos mil caballos, se estendieron en una dilatada llanura comprendida entre Medellin y San Benito (27 de marzo); las francesas, poco inferiores en infantería, nos aventajaban en mil ginetes. Esta circunstancia debia sernos muy funesta maniobrando sobre una posicion en que la caballería podia desplegar todos sus recursos materiales. Otras dos faltas cometió Cuesta, ambas muy trascendentales; una la de prolongar indebidamente su línea, y otra la de empeñar todos los cuerpos en el fuego, sin reservarse un solo regimiento para ocurrir á los accidentes de la batalla. El francés por el contrario, dispuso sus tropas con suma habilidad, sosteniéndolas con una reserva de dos divisiones. Evidentemente el objeto del mariscal Víctor se dirigia á separar nuestras álas y envolver el centro, pero fué rechazado en todas partes, y su derecha se vió tan comprometida que retrocedió gran trecho, buscando el amparo de sus ginetes. Esta fuerte oscilacion del enemigo permitió á la izquierda española proseguir sus ventajas, cuando tres re-

gimientos de caballería que cerraban la estremidad derecha, se desbandaron súbitamente, envolviendo en su fuga á varios cuerpos de infantería. El centro y la izquierda, que avanzaban sobre el enemigo en álas de la victoria, quedaron descubiertos y no pudieron resistir á la carga de los dragones franceses, carga tanto mas furiosa, cuanto que era producida por una reaccion de pundonor. En breve á la esperanza del triunfo sucedió en toda nuestra línea un terror profundo, y ni los esfuerzos de algunos oficiales, ni los inauditos de Cuesta que fué atropellado y derribado del caballo por los fugitivos, pudieron cambiar la siniestra faz de la batalla. El calor del combate habia durado dos horas; la persecucion fué mas larga y encarnizada, y en ella perdimos cerca de diez mil hombres. Cuesta se salvó casi milagrosamente, y pudo reunir en Monasterio las reliquias de su ejército. La Junta Central, por un rasgo de magnanimidad, digno de los tiempos heróicos, premió á Cuesta haciéndolo capitan general. Honró ciertamente mas su valor que su pericia, y quiso mostrar al enemigo que era superior á las voluntades de la veleidosa fortuna.

Derrotados nuestros ejércitos de la Mancha y Estremadura, podian los franceses lanzarse en el seno de las Andalucías ó dirigirse hácia el occidente de la península. José hubiera preferido la primera espedicion, y acaso las consideraciones mas elevadas de la ciencia militar autorizaban su deseo, pero Napoleon, impelido por su ardiente ódio hácia los ingleses, queria sobre todo arrojar á estos del territorio portugués. El mariscal Soult, sobresaliente por sus talentos estratégicos, en combinacion con Víctor, y apoyando su espalda en Ney, recibió órden para realizar esta difícil mision. Avido de nuevos laureles, partió del Ferrol al promediar febrero, llevando veinte y seis mil hombres; reconoció inútilmente los pasos del Miño en Tamoga y la Guardia, y obligado á cambiar de ruta, se precipitó como un torrente por la provincia de Orense. Mas no tardó en verse contenido en su impetuosa carrera.

Cual si al poner el pié sobre aquel pais accidentado, hubiera oprimido Soult el resorte del entusiasmo público, brotaron súbitamente numerosas partidas llenas de belicoso ardor contra los invasores. Jueces, eclesiásticos, hombres de todas las clases figuran en esta improvisada galería de guerrilleros. Numerosas bandas de ágiles tira-

dores revoloteaban alrededor de las álas del ejército francés, y aprovechándose de las grandes ventajas del terreno, causaban en ellas considerable quebranto.

Soult, despues de una marcha fatigosa y sangrienta, dió vista al pintoresco valle de Monterey. Aquí le esperaba la Romana con nueve mil hombres, resuelto al parecer, á disputarle el paso. No lo hizo considerando la superioridad numérica del enemigo, y pronunció su retirada en direccion de Astúrias, habiendo sostenido antes en Verin una ligera escaramuza con los imperiales.

Quizás evitó el español con su oportuno movimiento un desastre análogo al que esperimentó el portugués Freire, quien viniendo á las manos con Soult, hubo de replegarse en breve bastante maltratado. Un segundo combate y una nueva derrota de los portugueses abrió al mariscal las puertas de Chaves, punto objetivo de sus operaciones, pero que ahora ya no consideraba como límite de sus progresos. La ciudad de Braga, viendo desvanecerse su cuerpo protector que la amparaba desde las alturas de Carballo, no quiso empeñarse en una resistencia infructuosa, y aun la fuerte é importante Oporto, defendida con aliento heróico, pero con poca inteligencia, no pudo contrarestar un furioso ataque que le dió el ejército francés.

Todo al parecer convidaba á Soult, para emprender su marcha á Lisboa, pero en realidad su situacion era por estremo embarazosa. Los portugueses rechazaban con una energía admirable el pesado yugo de la conquista. Silveira, distinguido por su patriotismo, su audacia y una actividad infatigable, se colocó á la cabeza de fuerzas numerosas aunque imperfectamente organizadas, y marchando sobre los mismos pasos del francés, reconquistó sucesivamente á Chaves, Braga y Guimarens.

Llevó su atrevimiento el general lusitano hasta el punto de abalanzarse sobre la línea francesa que desde Souza se estendia á Peñafiel, apoderándose de este pueblo y dejando cortadas á los imperiales sus principales comunicaciones. Pudieron estos recobrarlas recogiendo á viva fuerza sobre Amarante el cuerpo de Silveira, mas no lograron destruirle ni quitarle los medios de reparar sus pérdidas. Sobresaltado Soult con estos sucesos, incierto de la cooperacion de Víctor, y previendo mayores calamidades, manteníase en Oporto

retenido mas bien por su pundonor que por la esperanza de resolver felizmente aquella temible crísis. Pero su indecision cesó desde el momento en que supo que se acercaba al frente de su ejército el británico Wellesley, quien llegó desde Lisboa á Coimbra el 2 de mayo.

El plan de este distinguido general se reducia á envolver al imperial y hacerle caer postrado sobre las márgenes del Tajo. Para esto situó á Mackenzie con doce mil ingleses entre Santaren y Abrantes, á la legion lusitana en el puente de Alcántara, mientras Beresford con veinte mil hombres tendia la mano á Silveira, amagando la línea del Duero, y él mismo con un grueso respetable por la orilla del mar.

Descubrió Soult, aunque algo tarde, la tormenta que amenazaba descargar sobre su cabeza, y aunque dedicó particular atencion á la línea del Duero como la mas comprometida, no pudo evitar que fuese arrollado el general Franceschi ni que los ingleses Murray y lord Paget pasasen el rio por Aventas y Villanova y empezasen á despedazar su frente y flanco izquierdo. Pelearon los franceses desesperadamente el 13, mas no esperando aliviarse de aquel enorme peso de enemigos, salió precipitadamente de Oporto, dejando en esta ciudad mil doscientos enfermos con casi toda su artillería y bagages.

Gracias á la energía y talentos de Soult, no se convirtió su retirada en una fuga deshecha. Repelido de la línea de Souza por las bayonetas de Beresford, se arrojó en el áspero camino de Braga, describiendo un semicírculo para alejarse de Silveira, y luchando durante cinco dias contra los obstáculos de la naturaleza y las bandas de paisanos que acudian á su encuentro, impelidos por un furor implacable. Cuando pudo hallarse en la provincia de Oviedo se felicitó como si hubiera logrado una victoria: á la verdad, el mérito de su retirada equivalia al de un triunfo, pero habia perdido en ella la tercera parte de su ejército.

No fué mas afortunado Víctor, cuya cooperacion habia esperado Soult con tan viva impaciencia. Retenido en Mérida por la ausencia de Lapisse, se puso en marcha tan luego como se le incorporó este



general; requirió breve pero inútilmente á la plaza de Badajoz, y cruzando el Tajo en Alcántara, pudo llegar á Castelho-Branco el 14 de mayo. Mas aquí se sintió amenazado por la gente de Mackenzie, y al saber la retirada de Soult, emprendió la suya hácia las lindes estremeñas. Despues de algunos movimientos oscilatorios, producidos por la actitud imponente de Cuesta, fué á situarse en Plasencia, tomando oportunamente la precaucion de volar el soberbio puente de Alcántara.

La espedicion de Soult á Portugal fué doblemente funesta para los imperiales, porque con su ausencia tomó la insurreccion gallega vuelo mas levantado. Aquellos oscuros guerrilleros, inspirados por su entusiasmo, ya no se limitaron á correrias y rebatos, sino que con imponderable asombro de los franceses, pusieron formal asedio á dos plazas, Vigo y Tuy. Eran ambas susceptibles de regular defensa, y la primera se hallaba guarnecida por mil trescientos hombres, á las órdenes de Chalot.

La resistencia de estos fué enérgica, pero infructuosa; la intrepidez de los sitiadores superó todos los obstáculos, y Chalot á punto de sucumbir en un asalto, convino en entregarse prisionero con toda la guarnicion. No debe omitirse como circunstancias muy relevantes de esta conquista, que el caudillo principal de los sitiadores lo fué al principio un eclesiástico, el abad de Veilladares, y que aquellos no poseian un solo cañon para contestar á los muchos que jugaban desde la plaza. En este sitio se dió á conocer el alférez Morillo como comisionado de la Junta Central, y á quien los sitiadores elevaron á coronel, para que con semejante carácter ajustase la capitulacion, desvaneciendo la pundonorosa susceptibilidad de Chalot.

Tuy, estrechada por el abad de Couto, hubiera corrido la misma suerte, si la discordia, estallando entre los jefes españoles, no hubiera destruido el necesario concierto en las operaciones.

Aprovechóse de esta circunstancia el gobernador Lamartiniere: cayó de rebato sobre los sitiadores, les desalojó de una altura, llave de sus posiciones, y aunque procuraron rehabilitarse, recuperando el terreno perdido, hubieron de renunciar despues á este pensamiento, al saber que desde Santiago y Oporto venian en auxilio de



la plaza fuerzas considerables. El intrépido Morillo se adelantó á contener la columna de Santiago que dirigia el general Maucune, pero la fortuna hizo traicion á sus esfuerzos, pues fué derrotado cerca de Redondela. Sin embargo, Lamartiniere avanzó á Tuy, temiendo no poder sostenerse envuelto entre aquella inmensa red de enemigos.

Este hecho alentó á los patriotas gallegos, que acudieron de todas partes á reunirse bajo una bandera comun. Pronto pasó su número de diez y seis mil hombres, y entonces fué preciso poner á su cebeza un jefe acreditado. Pocos podian aspirar con tanta justicia á este honor como D. Martin de la Carrera, general de la segunda division de la Romana, y hombre que con un carácter épico reunia una vasta instruccion en la dificil arma de caballería. La victoria que obtuvo por este tiempo sobre el imperial Maucune, pareció abrirle un porvenir brillante, pero la ocurrencia casi simultánea de Ney y Soult, vino á paralizar sus audaces proyectos aunque sin destruir sus esperanzas.

Procedia Ney de Asturias, cuna de la guerra y foco á la sazon de una insurreccion poderosa cual la de ninguna otra provincia. Ni los incontestables talentos del mariscal francés, ni la denodada pericia de sus tropas habia bastado para comprimir aquel movimiento. Vencedores los franceses en Rivadeo y Oviedo, no consiguieron sin embargo mas que ahuyentar al ejército de la Romana, que abandonado por su jefe en la hora del infortunio, pudo repasar las montañas y reorganizarse en Galicia bajo la severa mirada de Mahy. Otros dos generales españoles, Ballesteros y Worster, no se atrevieron á medir sus fuerzas con las superiores del mariscal, y buscaron un asilo seguro en las fragosas montañas de Covadonga.

Bien conocia Ney que esta dispersion no aniquilaba las fuerzas, y fluctuando algun tiempo sobre el partido que deberia seguir, optó finalmente por dirigirse á Galicia, dejando en Asturias á Kellerman y Bonnet.

Alentáronse entonces los generales asturianos; salieron de sus montañas, y sin empeñar encuentro alguno sério, lograron imponer en tales términos al enemigo, que decidieron su retirada. Este suceso coincidió con la evacuacion de Galicia.



Aunque el mariscal desplegó toda la actividad posible en su marcha, no pudo impedir que Mahy por medio de diestras evoluciones, atrajese á la guarnicion imperial de Lugo, derrotándola á su placer casi bajo los muros de esta ciudad.

La desmoralizacion de los fugitivos, el ardor de las tropas españolas, y la connivencia del vecindario, decidieron á Mahy á poner sitio á Lugo.

La empresa, no obstante, presentaba árduas dificultades, pero todas hubieran ido cediendo ante la constancia de los sitiadores sin la llegada oportuna de Soult. Mahy levantó el cerco y se retiró á Mondoñedo.

Juntóse aquí con la Romana, y sabiendo la aproximacion de Ney, concibieron ambos un plan atrevido que consistia en avanzar sobre las álas del ejército francés para ligarse estrechamente con la division del Miño, regida en ausencia de la Carrera por el conde de Noroña. Penetraron al punto los mariscales enemigos esta combinacion fecunda, y se propusieron frustrarla moviéndose Ney hácia Tuy y avanzando Soult á paso de gigante sobre la Puebla de Sanabria. De poco le sirvió á este su admirable celeridad, porque los españoles, evitando todo empeño formal, se circunscribieron á la guerra de guerrillas, reportando asi todas las ventajas de una batalla sin correr ninguno de sus inconvenientes. Comprendió por fin Soult la inutilidad de perseguir á un enemigo invulnerable; sus tropas se disminuian lenta, pero sensiblemente; la fatiga hacia en ellas mas estragos que el continuado fuego del paisanage, y temiendo ver aniquilarse á un tiempo su ejército y su reputacion, prefirió comprometer esta, saliendo del territorio gallego. Hay quien dice que sus desavenencias con el mariscal Ney apresuraron la retirada.

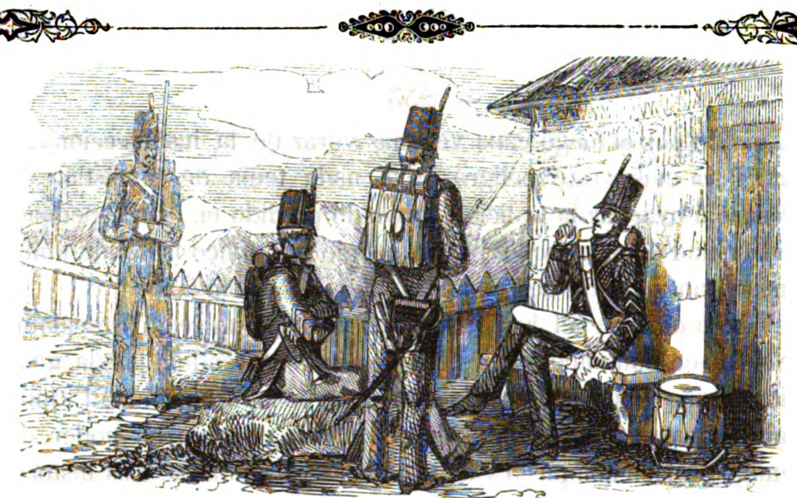
De cualquier modo Ney no se decidió á retirarse sin probar antes fortuna. Fuéle adversa durante los dias 7 y 8 de junio, en los cuales pugnó briosamente por abordar las ventajosas posiciones que Noroña tenia entre los rios Miño y Caldelas. No lo consiguió, porque nuestros soldados, reclutas en su mayor parte, se batieron con una firmeza digna de tropas veteranas. Así Ney, rechazado de frente y desamparado por Soult, quedó como en el aire y espuesto á caer



consumido por el fuego cada vez mas voraz de la insurreccion gallega. Para evitar este peligro, que nada tenia de fantástico, se apresuró á evacuar la Galicia, habiendo perdido en esta espedicion casi la mitad de su ejército, y recogiendo por único fruto de tantos afanes y tanta sangre derramada un amargo desengaño.

Vino á deslucir el brillo de estas ventajas un recio descalabro que sufrió en Santander Ballesteros, quien sorprendido por la guarnicion francesa que acababa de salir de aquella misma ciudad, hubo de abandonarse á la fuga mas desordenada, dejando en poder del enemigo su fácil conquista y algunos enseres militares. Los historiadores hacen notar, que en medio de esta escena de indescriptible confusion, solo el batallon de la Princesa conservó serenidad y aplomo, burlando las asechanzas del enemigo y realizando una marcha admirable hasta Molina de Aragon, á las órdenes de un oficial llamado Garbayo. El general Villacampa acogió en el seno de su division á estos valientes, merecedores de eterna loa.





CAPITULO XV.

1808---1814.

Organizacion (1).

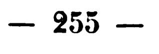
EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1808.—CUERPOS DE NUEVA CREACION.—TRIBUNAL DE HONOR.—REGLAMENTO ORGÁNICO DE 1810.—INSTRUCCIONES PARA SU CUMPLIMIENTO.—CAJAS DE GUERRA Y CORNETAS.—SE MANDA QUE CADA CUERPO LLEVE UN DIARIO PARA ESCRIBIR OPORTUNAMENTE SU HISTORIA.—VESTUARIO.—REGLAMENTO DE 1812.—CUERPOS QUE CONSTITUIAN EL ARMA DE INFANTERIA EN 1814.—CUADRO GENERAL DE LOS IMPROVISADOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.



La importancia de los sacrificios que hizo la nacion para aumentar sus medios de resistencia al estallar la guerra de la independencia, nos obliga á suspender por un momento la narracion de los heróicos hechos que señalaron tan grandiosa lucha.

Principiaremos por dar una idea de las fuerzas con que contaba el pais cuando el ejército francés vino á ocupar la península, cubierto con el manto de la amistad.

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo 2.°, pág. 359; XV de id., pág. 515; VI del tomo 3.°, pág. 135; X de id., pág. 321; XIV de id., pág. 425; XX del tomo 4.°, página 154; XXIII de id., pág. 268; XXVI de id., pág. 392; XXVIII de id., pág. 460; XXIX del tomo 5.°, pág. 5; II del libro 3.°, tomo 5.°; pág. 114; IV de id., página 204; VI de id., pág. 266; X de id., pág. 41.



INFANTERIA DE LINEA.

Cuerpos.	Batallones.	Fuerza total.	Puntos en que se hallaban.	Ejército á que se destinaron.
Guardias españolas	3	3482	1.er batallon en Vicálbaro.	Centro.
			2.° en Madrid.	Idem.
			3.° en Barcelona.	Aragon.
Guardias walonas	3	2681	1.er batallon en Madrid.	Centro.
			2.° en Barcelona.	Prisionero.
			3.° en Portugal.	Centro.
Rey	3	1423	S. Sebastian, Oporto y Arés.	Galicia.
Reina	3	1400	Málaga.	Andalucía.
Príncipe	3	1377	Portugal.	Galicia.
Saboya	3	1006	Vallecas y Valencia.	Valencia.
Corona	3	972	Algeciras.	Andalucía.
Africa	3	968	Algeciras y San Sebastian.	Idem.
Soria	3	1381	Mahon.	Cataluña.
Córdoba	3	863	Portugal é isla de Leon.	Andalucía.
Sevilla	3	1238	Ferrol.	Galicia.
Granada	3	1183	Mahon.	Cataluña.
Valencia	3	993	Cartagena.	Valencia.
Zaragoza	3	1631	Oporto y Cádiz.	Galicia.
España	3	1107	Ceuta.	Andalucía.
Toledo	3	1128	Coruña, Vivero y Camiñas.	Galicia.
Mallorca	3	1819	Oporto y Badajoz.	Galicia.
Búrgos	3	1334	Los Santos y Cados.	Andalucía.
Murcia	3	1832	Portugal y San Roque.	Idem.
Leon	3	1263	Barcelos.	Galicia.
Cantabria	3	1094	Ceuta.	Andalucía.
Ceuta	3	1303	Idem.	Idem.
Navarra	3	892	Coruña.	Galicia.
Aragon	3	1366	Portugal.	Idem.
América	3	958	Aranjuez y Alicante	Valencia.
Estremadura	3	840	Tárrega.	Aragon.
Málaga	3	924	Málaga.	Andalucía.
Jaen	3	1823	S. Roque y Ceuta.	Idem.
Ordenes militares	3	778	Badajoz y Cádiz.	Idem.
Voluntarios de Castilla	3	1537	Cartagena.	Valencia.
Voluntarios de la Corona	3	1336	Oporto y Ferrol.	Galicia.
Borbon	3	1614	Villa Cárlos y Palma.	Cataluña.
Irlanda	3	383	Olivenza y Puerto de Santa María.	Andalucia.

Hibernia.	3	924	Ferrol y Bilbao.	Galicia.
Ultonia.	3	421	Gerona.	Cataluña.
Nápoles	3	358	Ferrol.	Galicia.
Zamora.	3	1166	Dinamarca.	Idem.
Guadalajara.	3	1877	Idem.	Prisionero.
Asturias.	3	2173	Idem.	Idem.
Princesa.	3	2039	Idem.	Galicia.
	119	33203		

INFANTERIA LIGERA.

1.° de Aragon.	1	1346	Madrid y la Mancha	Aragon.
2.° de Cataluña.	1	726	Coruña.	Galicia.
Tarragona.	1	1183	Pamplona.	Cataluña.
Gerona.	1	1240	Sevilla.	Galicia.
2.° de Barcelona.	1	1341	Menorca.	Cataluña.
2.° de Aragon.	1	1266	Mallorca.	Aragon.
Barbastro.	1	1102	San Roque.	Galicia. Andalucía.
Voluntarios de Valencia. . .	1	1283	Tarifa y Lisboa.	Cataluña.
Campo Mayor.	1	1194	San Roque.	Andalucía.
1.° de Cataluña.	1	1211	Dinamarca.	Galicia.
1.° de Barcelona.	1	1170	Idem.	Idem.
Voluntarios de Navarra. . .	1	1004	Ferrol.	Idem.
	12	14066		

INFANTERIA SUIZA.

Wimffen, núm. 1.	2	2079	Tarragona.	Cataluña.
Reding, núm. 2.	2	1373	Talavera de la Reina.	Disuelto.
Reding, núm. 3.	2	1809	Málaga.	Andalucía.
Betchar, núm. 4.	2	2031	Palma de Mallorca.	Cataluña.
Traxler, núm. 5.	2	1737	Cartagena.	Valencia.
Preux, núm. 6.	2	1708	Villaverde.	Disuelto.
	12	10877		

MILICIAS PROVINCIALES.

GRANADEROS Y CAZADORES.

1.er batallon de la 1.a division.	1	883	Setubal.	Prisionero.
2.° batallon de la 1.a division.	1	846	Idem.	Idem.
2.a Division.	2	1536	Lisboa.	Idem.
2.° batallon de la 4.a division.	1	762	Oporto.	Galicia.



3.ª Division	2	1519	Campo de Gibraltar.	
Jaen	1	618	Algeciras.	
Lorca	1	596	Idem.	
Sigüenza	1	613	Cuartel de Buenavista.	
Guadix	1	622	San Roque.	
Chinchilla	1	592	Estepona.	
Málaga	1	435	Los Barrios.	
Cuenca	1	540	Tarifa.	
Ecija	1	623		
Jeréz	1	608		
Córdoba	1	618	Cádiz.	
Toledo	1	615		Andalucía.
Ronda	1	608		
Ciudad-Real	1	609	Puerto de Sta. María	
Trujillo	1	601		
Sevilla	1	581	Jeréz de la Frontera	
Búrgos	1	611		
Alcázar de San Juan	1	629	Sanlucar de Barrameda.	
Bujalance	1	628		
Granada	1	587		
Toro	1	587		
Logroño	1	592	Isla de Leon.	
Plasencia	1	537		
Ciudad-Rodrigo	1	619		
Badajoz	1	623	Ayamonte.	
1.er batallon de la 4.ª division de granaderos y cazadores	1	702	Graña.	
Tuy	1	617		
Mondoñedo	1	625		
Pontevedra	1	602	Ferrol.	
Lugo	1	623		
Monterey	1	639		
Santiago	1	630		
Compostela	1	653		Galicia.
Betanzos	1	635	Coruña.	
Segovia	1	625		
Leon	1	655	Ares.	
Valladolid	1	596		
Orense	1	618	Vigo.	
Salamanca	1	630	Montefaro.	
Laredo	1	615	Santander y Gijon.	
Oviedo	1	577	Gijon.	
Murcia	1	598	Cartajena.	
Soria	1	616	Valencia.	Valencia.
Avila	1	608	Alicante.	
	50	31658		

RESUMEN GENERAL.

	BATALLONES.	PLAZAS.
Infantería de línea	119	52,203
Infantería ligera	12	14,066
Infantería suiza	12	10,877
Infantería provincial	50	31,658
Totales	193	108,804

A estas fuerzas, que eran las que componian nuestro ejército al pié de guerra, hay que añadir la creada desde mayo á diciembre del mismo año de 1808, á saber:

	REGIMIENTOS.	BATALLONES.	HOMBRES.
Infantería de línea	156	213	168,345
Infantería ligera	48	64	45,721
Totales	204	277	214,066

Para el cuadro de organizacion de estos 277 batallones se echó mano del siguiente personal:

Partidas de bandera ó recluta, retirados, los que se hallaban en situacion de dispersos, los que habian marchado á sus hogares con licencia temporal ó absoluta, y los enfermos restablecidos en los hospitales.

Tambien suministraron grandes elementos los establecimientos escolares. Las aulas se convirtieron en academias y colegios militares, donde la juventud acostumbrada al estudio, produjo en breve tiempo una brillante oficialidad. Estos establecimientos, y la continuacion del alistamiento voluntario, nutrieron sucesivamente, tanto las viejas como las nuevas legiones.

Para completar este cuadro, la inspeccion general de infantería comunicó á toda el arma de la misma, en 9 de diciembre de 1809, una estensa circular previniendo pasaran los cuerpos una nota espresiva de los capitanes y tenientes idóneos para proveerlos de buenos sargentos mayores, comandantes y ayudantes.

Tambien en este año se crearon las fuerzas siguientes:

	REGIMIENTOS.	BATALLONES.	HOMBRES.
Infantería de línea.	18	41	27,178
Infantería ligera.	16	17	13,236
Totales.	34	58	40,414

Mas tarde, esto es, por Real órden de 26 de mayo de 1810, se dispuso que los coroneles ó comandantes de los cuerpos proveyesen las vacantes de sargentos del mismo modo que se practicaba en la infantería antes del año 1772.

La Junta suprema gubernativa del reino, en medio de sus desatinadas providencias, tuvo la feliz idea de expedir en 10 del mismo mes y año una adicion penal á la ordenanza, contra los que auxiliasen y ocultasen desertores y dispersos, y que no los presentaran en el término de un mes. Se establecieron en los ejércitos compañías de prevoste y consejos de guerra permanentes; y á fin de hacer que se penetraran las tropas de los deberes estraordinarios que les imponia la patria en tan críticas circunstancias, se ordenó con la propia fecha la circulacion del catecismo que hemos publicado en otra parte (1). Es preciso que conozcan, dice la Real órden, «*las obligaciones en que estan constituidos de defender la religion y demas justas causas porque pelean, y se penetren bien de la doctrina infalible y cierta que persuade la gloriosa empresa de nuestra defensa contra la tiranía.*»

Los capellanes de los batallones tenian la obligacion de leer al soldado todos los dias festivos este manual.

Creáronse por otra disposicion en 27, las academias regimentarias de oficiales para aprender ó repasar la ordenanza general y el reglamento táctico, asi como las asambleas prácticas para que se ejercitaran las tropas en el manejo del arma y maniobras.

Como aun no era posible organizar de un modo estable la infantería, siguió el sistema del año anterior, y en virtud de un regla-

(1) Páginas 95, 96, 97 y 98.

mento de 1.° de enero, espedido por el gobierno á las juntas de armamento y defensa de las provincias, se levantaron cuatro regimientos de línea y diez de ligeros, reformando otros por hallarse prisioneros ó muy menguados, y rehabilitando con preferencia los regimientos viejos.

La destreza de los ajentes imperiales no cesaba de crear compromisos á los oficiales enfermos, heridos y prisioneros, y unos, á ruego de sus familias, otros, seducidos por la falsía de noticias esparcidas, admitieron servicio en las filas francesas, juzgando perdida la santa causa que defendian. Muchos de estos oficiales, arrepentidos, volvieron á los ejércitos y se sometieron á los decretos de la Regencia de 24 de febrero y 6 de abril del citado año de 1810. Juzgados todos por los consejos de guerra, entraron á servir de soldados distinguidos en los regimientos, y no se les repuso en sus respectivos empleos hasta que volvieron á ganarlos con su valor y su lealtad.

Tanto para los de esta procedencia como para los que faltaban á sus deberes por debilidad, cobardía ó malversacion de efectos y caudales, el capitan general, marqués de la Romana, estableció en 28 de dicho mes de abril, una comision de jefes con la denominacion de *Tribunal de honor*.

Seguia esta comision el cuartel general, y á su presidente se pasaban por los cuerpos de infantería y caballería todas las sumarias que se formasen sobre sucesos ó puntos en que interviniera como acusado ó tachado un oficial.

Las providencias de este tribunal se reducian á los cuatro arbitrios siguientes: 1.°, mandar ampliar mas las declaraciones de lo determinado, las que se devolvian con el sumario al jefe del cuerpo: 2.°, declarar que la causa era leve y de mera disciplina, y que tocaba al jefe del cuerpo cortarla, sin poder imponer pena mayor que un mes de arresto, devolviéndole el sumario: 3.°, reconocer y pronunciar la sentencia del acusado, y con este remitir el sumario: 4.°, juzgar por el sumario si resultaba causa grave, que debiese sentenciarse en forma por el consejo de guerra de oficiales generales.

Aprobadas por el general en jefe con dictámen del auditor gene-

ral, tenian igual fuerza y valor que la sentencia de un consejo de guerra de oficiales generales, obrando iguales efectos, y publicándose en el ejército, como previene la ordenanza general.

Por este tiempo nuestra infantería adolecia aun de muchos vicios, que eran una consecuencia natural de su organismo y de las vicisitudes de la azarosa lucha que se sostenia en la Península. Para remediarlos en cuanto lo permitieran las circunstancias, se publicó en 1.° de julio de 1810 un reglamento, que merece por muchos conceptos ser conocido del lector.

En virtud de este reglamento, la infantería veterana se compuso de ocho batallones de granaderos, formados de las cuatro divisiones de granaderos provinciales: de ciento veinte y un regimientos de línea, igualmente formados de los que habia existentes, los cuales, lo mismo que los de las milicias provinciales, conservaron sus denominaciones con la adicion de *segundo regimiento* cuando hubiese uno de infantería que tuviera el mismo nombre: de treinta y dos batallones de infantería ligera, y de los cuerpos suizos que se juzgase conveniente mantener.

Se previno, que los batallones de granaderos, por serlo de esta clase, habian de tener preferencia sobre todos los demas cuerpos de la infantería, y estos seguir el órden segun su antigüedad, colocándose los últimos respecto de la suya, los regimientos de milicias por considerarlos nuevamente creados de línea.

Los batallones de granaderos distinguidos con el número del uno hasta el ocho, habian de constar cada uno de cinco compañías de granaderos y una de cazadores, organizados en la forma siguiente:

PLANA MAYOR.

1 Comandante, que será teniente coronel vivo.
1 Sargento mayor.
2 Ayudantes de la clase de tenientes.
1 Abanderado de la de subtenientes.
1 Capellan.
1 Cirujano.
1 Armero.
1 Tambor mayor.

Cada una de las compañías de granaderos ó cazadores.

1	Capitan.	
2	Tenientes.	
1	Subteniente.	
	Sargento primero.	1
	Sargentos segundos.	3
	Tambores.	3
	Cabos primeros.	6
	Cabos segundos.	6
	Granaderos ó cazadores..	111
		130
	Cinco compañías mas.	650
	Total del batallon incluso el tambor mayor.	781

Ordenóse tambien que cada regimiento de infantería de línea se compusiese de tres batallones; cada batallon, de una compañía de granaderos, otra de cazadores, y cuatro de fusileros; y la fuerza total de cada regimiento, comprendidas las planas mayores, era la siguiente:

PLANAS MAYORES.

Del primer batallon...	Coronel. Sargento mayor. Ayudante de la clase de teniente. Abanderado de la de subteniente. Capellan. Cirujano. Tambor mayor. Maestro armero.
Del segundo batallon.	Teniente coronel. Ayudante de la clase de teniente. Abanderado de la de subteniente. Capellan. Cirujano. Armero.

Del tercer batallon.... { Comandante.
Ayudante de la clase de teniente.
Abanderado de la de subteniente.
Capellan.
Cirujano.
Armero.

Las tres compañías de granaderos.

NUMERO DE OFICIALES.		NUMERO DE TROPA.
3	Capitanes.	
6	Tenientes.	
3	Subtenientes.	
	Sargentos primeros, á uno por compañía. .	3
	Sargentos segundos, á tres por compañía. .	9
	Tambores, á dos por compañía y dos pífanos por idem.	12
	Cabos primeros, á cinco por compañía. . .	15
	Cabos segundos, á cinco por idem, aumentando á cada una el de gastadores. . .	18
	Granaderos, á noventa y uno por compañía, incluyendo en este número los gastadores que cada una debia tener.	273
		330

Las tres de cazadores.

3	Capitanes.	
6	Tenientes.	
3	Subtenientes.	
	Sargentos primeros, á uno por compañía. .	3
	Sargentos segundos, á tres por compañía. .	9
	Tambores, á dos por compañía.	6
	Cabos primeros, á cinco por compañía. . .	15
	Cabos segundos, á cinco por idem. . . .	15
	Cazadores, á ochenta y cinco por compañía.	255
		303

Las doce de fusileros.

12	Capitanes.	
24	Tenientes.	

24	Subtenientes.	
	Sargentos primeros, á uno por compañía. .	12
	Sargentos segundos, á cuatro por compañía.	48
	Tambores, á tres por idem.	36
	Cabos primeros, á ocho por idem. . . .	96
	Cabos segundos, á ocho por idem. . . .	96
	Soldados, á ciento treinta y seis por idem. .	1632
	Total incluso el tambor mayor. .	2334

Los pífanos y gastadores que estuviesen embebidos en las compañías de granaderos, tenian los mismos goces que la ordenanza señala á los de la plana mayor, donde quedasen suprimidas estas plazas.

Ademas de la fuerza referida, siempre que se hallase completa, debian acreditarse las de los asistentes, concedidas á los jefes y oficiales por Real resolucion de 16 de enero de 1801, abonándose del mismo modo que á los demas, todos los haberes y gratificaciones que devengasen, mediante á ser plazas que habian de estar igualmente vestidas y armadas, para formar cuando los casos y las circunstancias lo exigiesen.

Cada uno de los batallones de granaderos, habia de tener una bandera sencilla: el primer batallon de cada regimiento de infantería, la bandera coronela, y los demas, una sencilla.

Los batallones formaban en batalla por órden numérico de derecha á izquierda, y las compañías colocadas por el mismo órden, empezando por la de cazadores, á la que seguia la de granaderos; y á estas, las de fusileros.

Para el completo de los ocho batallones de granaderos, se podian sacar por una vez de los regimientos de milicias, los soldados que faltasen; y en lo sucesivo se habia de entretener su fuerza con los quintos ó alistados, que llegando á la estatura de cinco pies y una pulgada, reuniesen robustez y agilidad.

En dichos batallones, las subtenencias que siguiendo la alternativa para el ascenso correspondiesen á la clase de cadetes, debian proveerse de los de los cuerpos de infantería, ó bien de subtenientes que deseasen servir en los batallones de granaderos, pues estos no habian de tener cadetes; y los comandantes tenian la autoridad de



proponerlos; pero las subtenencias destinadas á la clase de sargentos, las obtendrian los beneméritos de los propios batallones.

La creacion de cada uno de estos, se habia de verificar en proporcion de la fuerza que tuvieren los ejércitos, donde se hallasen las divisiones de granaderos provinciales, que habian de quedar estinguidas; esto es, que donde la fuerza de una division escediese una tercera parte de la fuerza que debia tener un batallon, se formaba este, y se daba principio á la del otro.

Para el número que se designase, y habia de tener por nombre cada batallon de granaderos, seguia el órden de antigüedad de las cuatro divisiones en que estaban formados con el primero, tercero, quinto y sétimo, y eran los que primero se pusieron en pié; y los segundos batallones de las mismas divisiones, tomaban el segundo, cuarto, sesto y octavo, conforme se fuesen formando, y por el mismo órden que los primeros.

En los regimientos de línea, cada batallon debia mantener su compañía de granaderos y la de cazadores; y haciéndose por los mismos la saca, se habian de preferir para la última, los soldados de menos talla, si tuviesen la agilidad que requiere el servicio de tropas ligeras, y especialmente los conocidos por mejores tiradores.

Los oficiales de las compañías de granaderos y cazadores, quedaron iguales en el sueldo á los de fusileros, para que de este modo los coroneles tuviesen mayor arbitrio de elegir los mas aptos, aunque fuese entre los modernos de cada clase.

Siempre que las circunstancias lo permitiesen y los generales en jefe ó comandantes generales de los ejércitos de campaña lo tuviesen por conveniente, habian de estar en la reserva los terceros batallones de infantería de línea, en cuyo caso cubririan mensualmente las bajas del primero y segundo, que habian de estar en el ejército de operaciones; y si la baja accidental fuera escesiva hasta el punto de hacerse notable, sin esperar al término del mes, la cubririan en la misma forma; pero si cualquiera de los dos primeros batallones hubiese perdido en una funcion de guerra las dos terceras partes de la fuerza, debia pasar inmediatamente á su relevo el tercero, interin aquel se reponia en la reserva, para que se verificase que al frente

del enemigo tenia cada regimiento la mayor fuerza posible.

La formacion de los regimientos de infantería de línea, bajo el pié que se prevenia, habia de hacerse con proporcion á la fuerza que tuviesen, y á la gente que fuesen recibiendo para su completo, empezando desde luego á poner en pié los primeros batallones de cada uno, cubriendo los empleos con los oficiales presentes, sin proponer los demas, ni las resultas: despues de completos estos seguian los segundos, consultando, cuando tuviesen las dos terceras partes de la tropa, los empleos que faltaran, si no alcanzasen los restantes al número señalado; y la misma regla se observaba en seguida con los terceros batallones.

En los regimientos de milicias provinciales, que habian de quedar de línea, se habia de ejecutar lo propio, poniendo desde luego bajo el pié determinado los primeros batallones, pasando luego á formar los segundos y terceros por compañías, sin proponer el completo de sus empleos, sino conforme fuesen teniendo las dos espresadas terceras partes de su fuerza.

Así, constituidos los regimientos de milicias bajo el mismo pié que los demas de infantería de línea, entraban al goce de haberes, prerogativas y servicio de los de esta clase, sin diferencia alguna en la alternativa con ellos hasta que volviera la paz y determinara S. M. lo que pudiera ser mas útil y de su agrado.

La fuerza prescrita para cada uno de los batallones de infantería ligera era la siguiente:

PLANA MAYOR.	
Comandante.	1
Sargento mayor.	1
Primer ayudante de la clase de segundo capitan.	1
Idem segundo de la clase de teniente.	1
Abanderado de la de subteniente.	1
Capellan.	1
Cirujano.	1
Maestro armero.	1
Tambor mayor.	1
EN SEIS COMPAÑÍAS.	
Capitanes primeros.	6
Idem segundos.	6

Tenientes.	12
Subtenientes.	12
Sargentos primeros.	6
Sargentos segundos á cinco por compañía.	30
Tambores á cuatro por compañía. . . .	24
Cabos primeros á diez por compañía. . .	60
Cabos segundos á diez por compañía. . .	60
Soldados á ciento setenta por compañía. .	1020
Total incluso el tambor mayor. . .	1245

En cada uno de los batallones de infantería ligera debia haber una bandera sencilla, y debian estos recibir del alistamiento general los reemplazos que necesitasen, así como la infantería de línea.

Segun las reglas establecidas para la organizacion de la infantería permanente, por el citado reglamento de 1.° de julio de 1810, resultó la fuerza siguiente:

Ocho batallones de Guardias de infantería á ochocientos hombres cada uno. . . .	6400
Ocho batallones de granaderos á setecientos ochenta y un hombres.	6248
Ciento veinte y un regimientos de infantería de línea á dos mil quinientos cincuenta y cuatro..	309934
Treinta y dos batallones de infantería ligera á mil doscientos uno..	38492
Total.	361,074

Para el cumplimiento de las disposiciones contenidas en este reglamento, el gobierno dió á los subinspectores de infantería instrucciones á que debian atenerse, y que ponemos á continuacion por considerarlas de algun interés:

«Autoriza S. M. á los subinspectores de infantería de los ejércitos de operacion y de las provincias, para que bajo la dependencia é instrucciones de V. E. procedan sin pérdida de tiempo, y con acuerdo de los generales en jefe y capitanes ó comandantes generales respectivos, á establecer bajo el pié

de dicho reglamento, el número de regimientos veteranos y provinciales, y de batallones de infantería ligera que V. E. designare, con presencia de la fuerza que, segun las últimas noticias, exista en cada destino, y de la proporcion de completarlos, debiendo ceñirse á lo prevenido en los arts. 16, 17 y 18 del mismo reglamento.

»No pudiendo determinar ahora S. M. los demas cuerpos de ambas clases que deberán subsistir y componer el número de ciento veinte y uno de los de línea, inclusos los provinciales, y de treinta y dos de ligeros, remitirán á la mayor brevedad los subinspectores á V. E. duplicadas noticias y estados de los cuerpos que estén formados ó mandados crear, y existan en su respectivo ejército y distrito, con espresion de su antigüedad, oficiales por clases, y nombres y fuerza de cada uno, añadiendo por nota sus circunstancias de instruccion, disciplina y desempeño en el servicio, para la Real resolucion; pero deja S. M. al discernimiento de los generales en jefe y capitanes ó comandantes generales de las provincias la eleccion de los cuerpos de línea y ligeros que hayan de ponerse desde luego al pié del reglamento, segun el número que V. E. señale.—Por de contado quiere S. M. que se supriman ó reformen, incorporándolos á otros regimientos que deban quedar, todos los batallones sueltos de infantería de línea y los segundos regimientos de esta clase que se crearon y llevan el nombre de las ciudades de que hay otros de milicias provinciales, por deber tomar estos la espresada denominacion de segundos con arreglo al artículo 1.° del reglamento, debiendo refundirse en estos los que estuvieren en el propio ejército ó provincia, con destino á los segundos y terceros batallones que tienen que aumentar; pero es la voluntad de S. M. que se conserve el de Voluntarios de Leon, que mandó formar en Real órden de 17 de noviembre último, para perpetuar la memoria de los servicios distinguidos de su provincia y colocar los oficiales beneméritos de sus estinguidos tercios.

»No se comprenderán en la reforma ó reduccion de cuerpos las cuatro legiones creadas en el Principado de Cataluña con Real aprobacion de 12 de agosto del año pasado, ni tampoco la de infantería estranjera mandada formar en este ejército por Real órden de 12 de mayo del corriente; y la infantería ligera de Voluntarios del Rivero, que se creó en resolucion de 19 de dicho mes de agosto, se compondrá únicamente de los tres batallones que estan ya formados, y deberán permanecer é incluirse, como el de Monforte, en el número de treinta y dos de los cuerpos de la misma clase; destinando y refundiendo en los que hayan de quedar los segundos de Valencia y Barbastro, y los demas de nueva creacion que se supriman.

»Los cinco regimientos de la division asturiana, que existen en el ejército de la izquierda con los nombres de Lena, Castropol, Cangas de Tinco, Pravia é Infiesto, y deben contarse en el número de los de línea que han de subsistir, formarán desde luego sus primeros batallones, conforme á lo preve-

nido en el citado artículo 16 del reglamento; y los oficiales y demas plazas sobrantes pasarán á formar en Asturias los segundos y terceros batallones; refundiendo aquel subinspector en estos cuerpos y en los demas que se puedan organizar y completar en aquella provincia, los oficiales y tropa de los que envió con este objeto el señor marqués de la Romana, y los que quedaron y se hallan allí, poniéndolos al pié del propio reglamento y avisando inmediatamente los que fueren.

«El batallon de Voluntarios Numantinos, se incorporará al de Voluntarios de molina de Aragon, ó este á aquel, segun parezca mas conveniente al subinspector y comandante general de Aragon; y quiere S. M. que en la colocacion de los jefes y oficiales de los cuerpos que se reformen en los que hayan de quedar, se procure precaver en lo posible todo perjuicio: que se prefiera y atienda á los mas atrasados y de mayor mérito y disposicion, sean de los mismos ó de otros cuerpos; y que los enfermos y sobrantes queden agregados para reemplazarlos en las vacantes sucesivas de sus respectivas clases sin necesidad de nuevo Real despacho.

«Para poner en posesion de los empleos y agregaciones á los jefes y oficiales que se coloquen y destinen en sus clases en los cuerpos que deban subsistir en su nueva organizacion, bastará la órden del general en jefe, capitan ó comandante general de que dependiere con arreglo á la distribucion que con su acuerdo y bajo las instrucciones de V. E. determinen los subinspectores; pero sin Real despacho ó Real órden, no se dará ahora ni en lo sucesivo á ningun promovido, y los comisarios de guerra, y oficinas de cuenta y razon, no los admitirán en revista, ni abonarán los sueldos del ascenso, conforme está prevenido por las Reales ordenanzas, esceptuando únicamente aquellos á quienes los generales en jefe concedan algun premio sobre el acto de una accion por haberse distinguido notoriamente.

«Los subinspectores, podrán echar mano de los oficiales que, por su celo y conocimientos, consideren á propósito para que se verifique con la mayor prontitud la formacion de los cuerpos que hayan de permanecer, y la incorporacion de los que deban estinguirse. Remitirán sin demora á V. E., conforme se fuere practicando, las listas y estados duplicados que quedan prevenidos; y promoverán por sí y por medio del general en jefe, capitan ó comandante general con las juntas superioresde las provincias, justicias y demas autoridades de los pueblos libres, y aun en lo posible de los ocupados por los enemigos, los alistamientos, reclutas y adquisicion de los hombres aptos para el mas breve completo de los cuerpos de su respectiva dependencia, dando cuenta á V. E. de las omisiones en el caso, que no espera S. M., de que noten algunas en esta parte para su Real resolucion.

«Siendo una de las primeras obligaciones de V. E. y de los subinspectores, el vigilar la puntual observancia de las Reales órdenes, encarga S. M.

á todos muy estrechamente, y bajo la mas severa responsabilidad, dediquen su celo, á que se cumplan, con particularidad en los puntos de exactitud, en el servicio, subordinacion y disciplina, suspendiendo de sus empleos á los jefes y oficiales que por contemplacion, flojedad ó disimulo no los sostengan ni hagan guardar, y dando cuenta á S. M., de los que fueren, para su Real determinacion, menos en los casos graves que deberán hacerlo inmediatamente á los generales en jefe, capitanes ó comandantes generales, á fin de que sean juzgados y castigados con toda la brevedad y rigor de las espresadas ordenanzas y órdenes posteriores.

«Finalmente, ha resuelto S. M. que los subinspectores cuiden de recoger y remitir á V. E. todos los meses sin falta alguna, de todos los cuerpos de sus respectivas dependencias, los correspondientes estados duplicados de fuerza, con noticia de la alta y baja, empleos vacantes, oficiales reemplazados y agregados, y demas novedades ocurridas en los anteriores, con arreglo á ordenanza, y que V. E. quedándose con los unos, me pase los otros con el general de la fuerza de toda la infantería que debe formar como se hacia anteriormente. Lo traslado á V. de órden de S. M., remitiéndole los adjuntos ejemplares de dicho reglamento para su gobierno y cumplimiento en la parte que le toca.

Espidióse en 16 de octubre una real órden para que la antigüedad de los regimientos de milicias provinciales de la Península, por reputarlos de ejército, fuese desde el reglamento de 1.° de julio del año anterior, en que fueron declarados de infantería; pero en los regimientos que se hallaban sobre las armas el 19 de abril de 1808, se consideraba esta calidad á sus oficiales desde el referido dia, que por haber sido el de la cautividad del rey D. Fernando VII, debia conceptuarse el de la declaracion de guerra; y á los demas desde el que justificasen haberlo verificado con el objeto de salir á campaña.

Concurriendo de una misma fecha oficiales de milicias de distintos cuerpos, se daba la preferencia en la antigüedad al que la tuviere en el empleo de milicias.

Si coincidiere uno de esta clase con otro de infantería, tomaba éste la preferencia, si hubiese servido antes de oficial en el ejército, y el de milicias, que lo fuere ya, precedia al de infantería que hubiese sido promovido desde sargento ó paisano.

Considerando la regencia del reino lo embarazoso que era la caja de guerra para las maniobras y movilidad de la infantería li-

gera, dispuso oportunamente en Real órden de 19 de octubre del año 1811, se estableciesen dos cornetas en cada una de las compañías de cazadores de los regimientos de infantería de línea, en lugar de los tambores que señala el espresado reglamento de 1.° de julio del año anterior (1), y otros dos cornetas en cada una de las compañías de los batallones de infantería ligera, suprimiendo el mismo número de tambores de los cuatro que se les asignó en el mismo reglamento.

Ofreciéronse al principio de la adopcion de este instrumento de guerra algunas dudas: unos preferian la corneta francesa por tener mas suavidad en la embocadura, aunque tenia el inconveniente de que á lo lejos se percibiera su sonido confusamente, mientras que otros se declaraban por la inglesa, que si bien era de entonacion dura y difícil, ofrecia la ventaja de oirse á gran distancia: el gobierno, despues de asegurarse de las circunstancias de una y otra, optó por la británica, y cometió al músico mayor del regimiento de Guardias de infantería españolas, D. José Tornell, bajo la direccion del coronel y capitan del mismo D. Felipe Sanjuan, los toques de ordenanza y su combinacion para las maniobras.

Hecho esto remitió á los subinspectores de los ejércitos ejemplares de este reglamento para la puntual observancia de los nuevos toques, advirtiendo á los jefes de los cuerpos que quedaban en el encargo de disponer que los oficiales de cazadores se impusiesen por los músicos mayores de sus respectivos cuerpos, en el conocimiento de ellos, para de este modo facilitar el mejor servicio, y que en el de campaña deberian ocupar dichos oficiales y cornetas el terreno mas inminente, inmediato siempre á su compañía; con lo que los toques serian para todos inteligibles y podrian servir de regla general.

Desde la improvisada creacion de tantos cuerpos de infantería por el ardiente celo de las juntas provinciales, la uniformidad de la infantería habia perdido mucho terreno. El patriotismo de los pueblos se habia encargado de arropar y equipar los nuevos afiliados,

(1) Ya se habia suprimido la caja de guerra de las compañías de cazadores, pues en circular de la inspeccion general de infantería de 26 de agosto de 1810, se sustituyó la corneta con los toques necesarios para los movimientos.

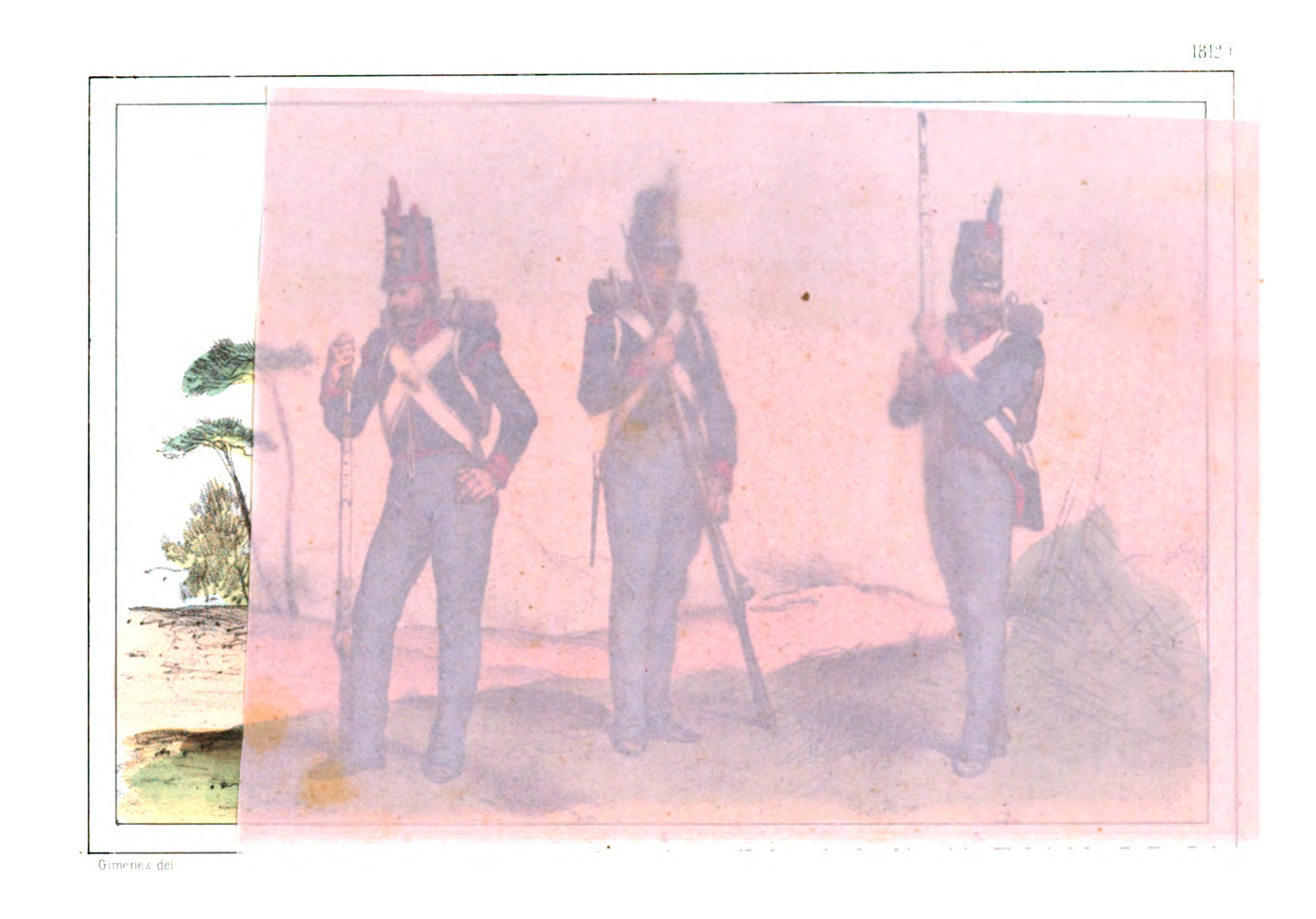


echando mano de los géneros de que cada uno disponia; sin embargo, cada regimiento tenia su vestuario con la regularidad debida, y los mas con lujo, con solo la variacion en el corte y color. La generalidad del peonaje estaba vestida de paño pardo como el mas comun, y de amarillo, azul y verde; adoptóse desde luego el pantalon y botin corto, como el mas cómodo; y segun el gusto y capricho de los individuos de las comisiones encargadas del equipo, se construyeron sombreros redondos, schacós á la francesa y cascos de diferentes estructuras. Tambien el correaje y armamento varió por la necesidad, así como las banderas, que se complacian en bordar ilustres damas y las religiosas, adornándolas con dísticos y leyendas á propósito para escitar el entusiasmo (1).

Sin embargo, para evitar en adelante la irregularidad que de esta práctica resultaba, la regencia del reino pasó en 12 de diciembre á la inspeccion general de infantería una Real órden que tendia á restablecer el principio de uniformidad. «Habiendo manifestado el teniente general D. Cárlos Guillermo Doyle, dice esta disposicion, la necesidad de adoptar un uniforme para toda la infantería, respecto á que los reemplazos para los cuerpos de ella debian salir vestidos del depósito de instruccion que está á su cargo: habiendo oido el consejo de regencia el dictámen del anterior de V. S., el mariscal de campo D. Martin Gonzalez de Menchaca, tuvo á bien resolver S. A. en 9 de setiembre último que el uniforme nacional para la infantería fuese en esta forma.—Para la tropa de línea.—Casaca corta sin solapa, abotonada por delante; pantalon ancho y medio botin por debajo del pantalon, de paño color celeste, vuelta, collarin y forro encarnado con botin dorado, y chaleco blanco con mangas. Y las tropas ligeras el propio uniforme con la vuelta y collarin del mismo color celeste; el forro y el boton blanco.—Unos y otros con un gorro en forma de cono truncado con el círculo mayor en la parte inferior: un leon de metal dorado en el frente para los fusileros; una

(1) Durante nuestra estancia en París, tuvimos el dolor de reconocer el 29 de abril de 1841 en la capilla del palacio de los Inválidos, estas gloriosas banderas, y las tomadas á los enemigos en la guerra de sucesion, que á instancias del duque de Angulema, cedió S. M. el rey D. Fernando VII para ornar aquella capilla, en la cual tremolaban las conquistadas por los reyes de Francia, y fueron quemadas por los mismos franceses antes de la entrada de los aliados en 1814.

1812



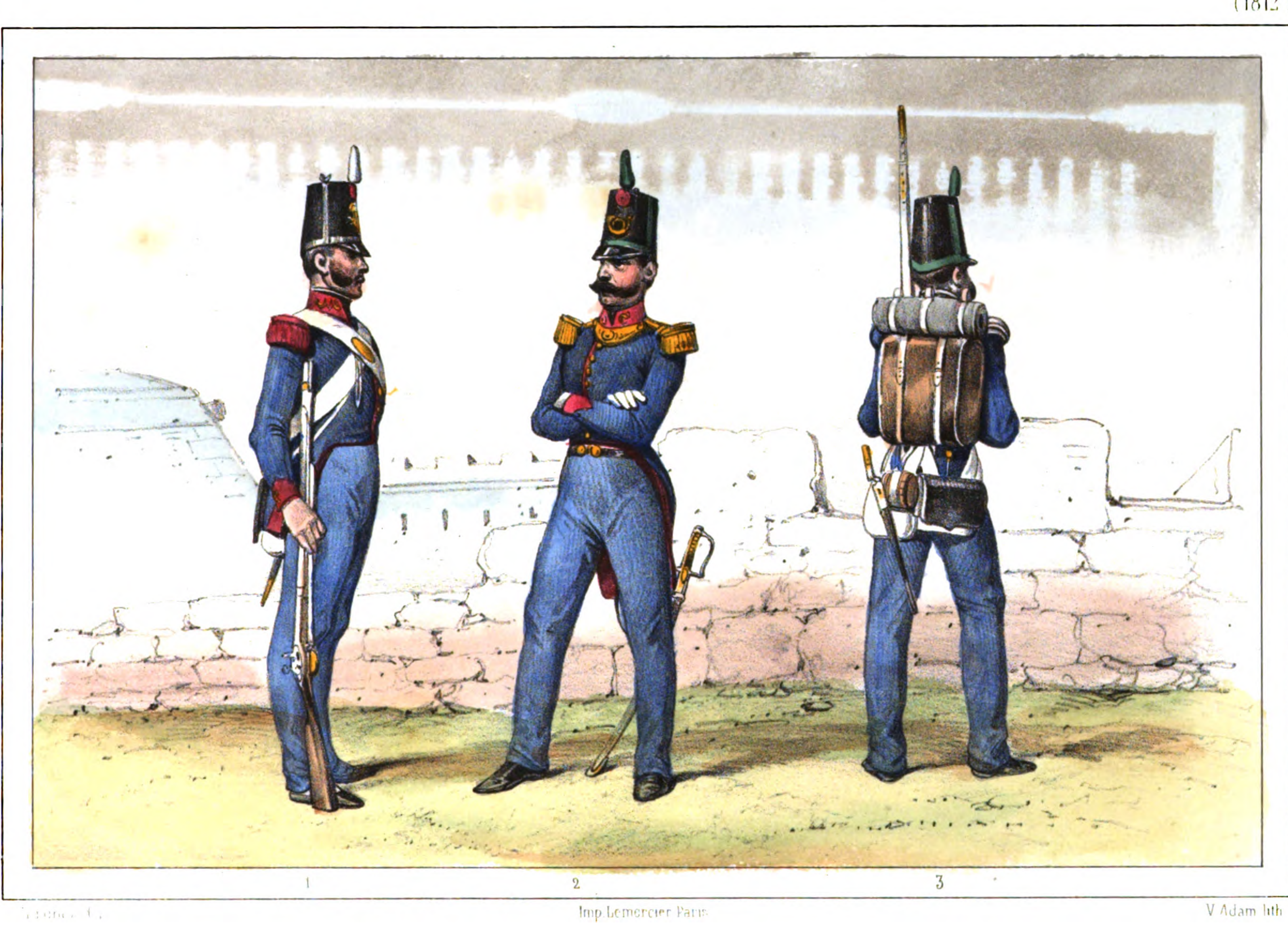
Gimenez del

1812)



1 2 3

Gimenez del. Imp. Lemercier Paris V. Adam lith.



1 2 3

Imp. Lemercier Paris

V. Adam lith



para
ini-
ismo
blan-
e de
; que
n es-
acer
s del
sada;
ndos
tinan
ados

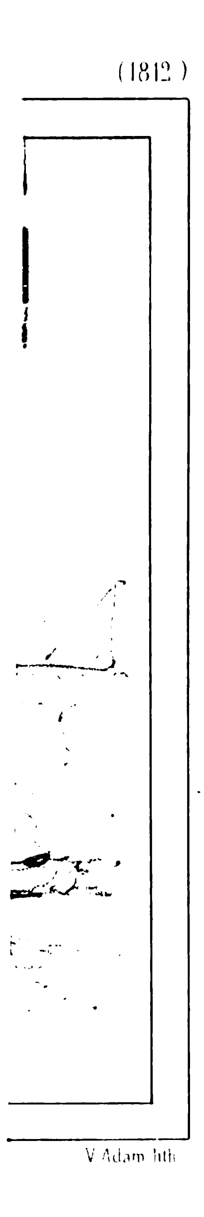
per-

e im-
os el
a en
n en
guer-
onsi-
vida,

lo la
nien-
zo de
le in-
rias,
ia de
n de
ncion
iales,
is ac-
ccion



(1812)



V Adam lith

granada para los granaderos, y una corneta de metal blanco para las tropas ligeras, teniendo tambien á los lados del collarin las iniciales del regimiento. Ultimamente, el gorro de cuartel del mismo paño que de la casaca, con vivos encarnados en los de línea, y blancos en las tropas ligeras. Mochila de lienzo encerado, y capote de bayeton grís. Y es la voluntad de S. A. que todos los remplazos que vayan á los cuerpos desde el depósito de instruccion, conserven este mismo vestuario, sin ser permitido á ninguno de los jefes hacer la menor alteracion en él, esceptuando la de poner á los lados del collarin las iniciales del regimiento ó batallon en la forma espresada; y que en adelante, segun lo permitan las circunstancias de fondos aplicados para vestuarios, se construyan todos los que se destinan á la infantería de línea y tropas ligeras con arreglo á los aprobados por S. A.

Véanse las adjuntas láminas; los tipos que en ellas figuran pertenecen á esta época.

Dictóse tambien por este tiempo una disposicion de grande importancia, porque en su realizacion estaban muy interesados el buen nombre y la gloria de los cuerpos. Era costumbre antigua en el ejército el que los anales de los regimientos se depositasen en las arcas de sus respectivas capillas; pero al dar principio la guerra de la independencia, muchos perdieron estas arcas y de consiguiente se vieron privados de documentos que constituian su vida, sus derechos y su patrimonio.

Para reparar en lo posible esta falta y continuar sobre todo la relacion de los hechos en que tuviesen alguna parte cada regimiento, la Regencia del reino dispuso en real órden de 1.° de marzo de 1812, que todo comandante de cuerpo nombrase un oficial de inteligencia que se encargara de llevar las anotaciones necesarias, para formar, cuando las circunstancias lo permitiesen, la historia de cada cuerpo. Segun las instrucciones dadas para la realizacion de este pensamiento, dicho oficial debia en su diario hacer mencion de cualquiera baja que sobreviniese en la clase de jefes y oficiales, sargentos y cadetes, de los oficiales que se distinguiesen en las acciones de guerra, de los que cayesen prisioneros, y de toda accion



distinguida que hubiese realizado algun individuo del cuerpo. El último dia de cada mes, debia presentarlas al comandante del cuerpo á fin de que las autorizase con su visto bueno. Los cuerpos, al terminar cada tercio de año, habian de pasar copia á los inspectores y á los jefes de estado mayor de sus divisiones, para que estos las presentasen á los jefes de estado mayor de los ejércitos.

En esta lucha puramente nacional en que tomaban parte todas las clases del estado, la creacion de innumerables cuerpos de un solo batallon, proporcionó al principio á muchos la ventaja de verse elevados de simples particulares á jefes independientes, y estos miraron con disgusto el reglamento de 1.° de julio de 1810, por el que se calificó la clase de jefes, y que con la reduccion de los cuerpos á regimientos de tres batallones, privaba á aquellos de su posicion independiente, obligándolos á descender á segunda línea. De aquí nació la idea de la organizacion de la infantería por batallones sueltos, aduciéndose en abono de este sistema, consideraciones que no es dificil combatir y que por lo mismo no mencionamos. El consejo de la Regencia estaba muy lejos de aprobarla; pero las circunstancias le obligaron á hacer el sacrificio de sus convicciones, y á publicar un nuevo reglamento en 8 de marzo de 1812.

Prescribióse, pues, que hasta nueva órden cada uno de los cuerpos de infantería de línea y ligera del ejército se compusiese de un solo batallon, añadiendo que si las circunstancias lo permitiesen mas adelante, se formarian los segundos batallones de los cuerpos: que el pié de los de infantería ligera debia ser igual al de losde línea, cuyos cuerpos de una y otra arma, conservaban su nombre y número, quedando desde luego reformados los provisionales.

Cada batallon debia tener la plana mayor siguiente: un jefe principal, que se eligiese indistintamente en la clase de coroneles, tenientes coroneles y comandantes: un primer sargento mayor encargado de la administracion militar del cuerpo: un segundo sargento mayor, en comision y amovible, y reputado como tercer jefe de cuerpo con la dotacion de mil reales mensuales, para la administracion interior del cuerpo, debiendo precisamente ser elegido de la clase de capitanes de otro regimiento: dos ayudantes de la clase de tenientes: dos sargentos de brigada con el carácter de sargentos prime-

ros y sin compañía, para sustituir los abanderados en todas sus funciones: un capellan: un cirujano: un tambor mayor: un maestro armero.

El batallon debia constar de una compañía de granaderos, otra de cazadores, y seis de fusileros, debiendo llevar sable las de granaderos y cazadores: cada compañía, de un capitan, dos tenientes, dos subtenientes, un sargento de primera clase, cuatro de segunda, ocho cabos primeros, ocho segundos, tres tambores en las de granaderos, tres cornetas en las de cazadores, dos tambores y un pífano en cada una de las seis de fusileros, y de noventa y seis soldados. La fuerza de estos batallones, sin aumento de oficiales, sargentos y cabos, podria estenderse hasta la de mil y doscientos hombres en cada uno, divididos igualmente entre las ocho compañías. No debia quedar en los cuerpos tambor alguno que no escediese de trece años de edad; y los tambores de granaderos y los cornetas habian de tener la robustez necesaria para servir en las compañías á que estaban destinados. Completaban la fuerza de las compañías de granaderos, un cabo y seis gastadores, con los útiles correspondientes.

Solo el cuerpo mas antiguo de los que formasen una seccion, que nunca debia componerse de menos de tres batallones, podia tener música; y en el caso de que la tuviese efectiva se le abonaba el haber de prest doble á veinte plazas de soldado con el pan y vestuario que les pertenecia; pero por ningun pretesto se habia de tolerar la saca de tambores para músicos, ni podia tener músico alguno el cuerpo á quien no le correspondiera tener música, por ser el mas antiguo en la seccion, aunque satisfaciera su coste el jefe ó la oficialidad.

Cada seccion quedó al mando de un mariscal de campo, brigadier ó coronel, con la correspondiente dotacion de oficiales de estado mayor: este jefe tenia sobre los cuerpos que compusiesen su seccion, el mismo mando que en lo militar tenia el coronel sobre los distintos batallones de su regimiento; pero en lo económico y gubernativo, cuidaban particularmente los jefes del cuerpo, sin perjuicio de que los de seccion pudieran fiscalizar á estos en cuanto tuviera conexion en el servicio militar, manejo de caudales, aseo de la tropa, instruccion y puntual cumplimiento de las Reales ordenanzas y órdenes posteriores.

El jefe de una seccion podia suspender de empleo al jefe ú oficial de ella que desobedeciera directamente sus órdenes ó que cometiera una falta en el servicio que pudiera acarrear fatales consecuencias; y aunque de su providencia y motivo, para haberla dictado, debia dar luego cuenta al general de su division; solo el general en jefe del ejército en las provincias distantes de la superioridad, y esta por lo correspondiente al cuarto ejército, podia rehabilitarle.

A este reglamento acompañó la siguiente circular:

«El Sr. secretario interino de Estado y del despacho de la Guerra me dice lo siguiente:—Paso á V. de órden de la Regencia del Reino el adjunto reglamento, bajo el cual quiere S. A. se constituyan inmediatamente todos los cuerpos de la infantería de línea y ligera del ejército.—La intencion de la Regencia es la de reunir, por ahora, en un solo batallon la escasa fuerza que se halla repartida entre dos ó tres; pero tendrá muy presente los beneméritos jefes y oficiales que por resultas de esta organizacion, queden agregados; y si las circunstancias lo permitiesen mas adelante, se formarán los segundos batallones, conforme en el mismo reglamento se previene.—S. A. autoriza á los generales en jefe de los ejércitos para proceder sin pérdida de tiempo á esta operacion, á cuyo efecto los respectivos subinspectores, les propondrán los jefes y oficiales que deban quedar desde luego reemplazados en los cuerpos en lugar de otros menos buenos; teniendo dichos generales la facultad de mandar rehacer las propuestas de aquellos que no consideren aptos ó dignos del empleo para que se les consulte.—Para verificar esta organizacion tendrán presente los generales en jefe y los subinspectores, que ningun jefe comisionado en el ejército y fuera de él, será reemplazado en los batallones, ni tampoco los demas oficiales subalternos comisionados, pues la Regencia quiere que los tres jefes de cada cuerpo queden siempre en él, como tambien el total de oficiales efectivos, y encarga su mas puntual cumplimiento á los mismos generales en jefe, subinspectores respectivos, é inspector general de infantería.—Deberán quedar reemplazados los mejores jefes y oficiales; y ningun cansado, achacoso, inepto ó flojo, esplicando circunstanciadamente los subinspectores en sus consultas al general en jefe los motivos que medien para dejar tal vez agregados los jefes y oficiales que actualmente sirven sus empleos en propiedad.—Los generales en jefe darán á reconocer interinamente á los oficiales que queden reemplazados, y pedirán los correspondientes reales despachos; pero solo se les autoriza con estas facultades para el indispensable primer arreglo, segun el nuevo plan. Los generales en jefe pasarán desde luego á formar las nuevas secciones y divisiones, cuyo mando confiarán sin ceñirse de modo alguno á la antigüedad, á aquellos jefes que por su valor, conocimientos, actividad y firmeza, se hayan hecho mas

dignos de este cargo; sostendrán muy particularmente las facultades de los jefes de seccion y division, y castigarán sin contemplacion á los que no cumplan sus órdenes.—La Regencia quiere que en adelante no se repita jamás ninguna órden; y que los generales en jefe y demas autoridades á quienes competa, tomen las medidas necesarias para hacer cumplir la primera.—Quiere igualmente S. A. que la privacion de algun artículo de vestuario, armamento, ó la escasez de subsistencia, no sea motivo para relajar la disciplina, pues en esta guerra sagrada, en la cual cada uno defiende individualmente sus mas respetables derechos, debe hacerlo con los medios que la patria tiene á su disposicion; y cuando toda la nacion está reducida á la mas horrible miseria, no es posible que el militar deje de carecer de alguna parte de lo que en tiempos mas felices se juzgaria indispensable.—S. A. espera que todos los generales, jefes y oficiales de los ejércitos, estarán penetrados de los mismos sentimientos patrióticos que la animan; aprecia como es justo los grandes sacrificios que han hecho en obsequio de la causa nacional; nada omitirá para acreditarles su gratitud y afecto; y se propone por medio del establecimiento de inválidos hábiles é inhábiles en puntos seguros, proporcionar un cómodo retiro y descanso á los beneméritos militares que han tenido el honor de perder la salud ó algun miembro en defensa de la patria. Todo lo cual comunico á V. S. de órden de S. A. para su gobierno y puntual observancia en la parte que le toca.»

En el curso de este mismo año de 1812, se crearon los cuerpos siguientes:

	REGIMIENTOS.	BATALLONES.	HOMBRES.
Infantería de línea.	9	10	10,160
Infantería ligera.	8	8	7,920
Totales.	17	18	18,080

Al principiar la guerra de la Independencia, el gobierno, con el objeto de conservar íntegra la fuerza del ejército, habia sido escesivamente riguroso en la limitacion de trabantes ó asistentes. No estaban en armonía las medidas dictadas sobre este particalar con las escaseces y privaciones contínuas de la benemérita clase de jefes y oficiales. Lo comprendió así la Regencia del reino, y en la mira de proporcionar á la referida clase el alivio á que la hacian acreedora sus importantes servicios, estableció nuevas reglas sobre este punto en 2 de abril de 1813.

Segun estas prescripciones correspondian á cada teniente gene-

ral, seis asistentes ; á un mariscal de campo, cuatro; á un brigadier, tres; á todo jefe de cuerpo ó cualquier arma, dos; á cada uno de los oficiales de los mismos, uno; y á cada uno de los capellanes y cirujanos de los regimientos, otro.

Mas para tener opcion á este beneficio, era circunstancia indispensable estar en activo servicio. Ademas los asistentes debian ser de los individuos de tropa menos útiles para la guerra, sin que por eso dejasen de saber su obligacion como soldados, y habian de presentarse dos veces al mes á las revistas semanales de ropa y armas, y otras dos en los ejercicios de su compañía.

En marzo de 1814, dispuso la Regencia se verificara un recuento del número de regimientos de infantería, con espresion de la fuerza de que constaba cada uno de ellos, y el resultado que dió esta revista fué el que espresa la relacion que sigue:

INFANTERIA DE LINEA.

REGIMIENTOS VIEJOS.

Rey..	867
Galicia.	914
Príncipe.	1,011
Corona..	1,140
Africa.	806
Zamora..	886
Soria.	881
Córdoba.	928
Guadalajara..	848
Sevilla.	857
Granada.	294
Valencia.	1,143
Zaragoza.	264
España.	756
Toledo.	1,104
Mallorca.	827
Búrgos.	1,258
Murcia.	971
Leon.	905
Cantabria.	1,048
Asturias..	1,116
Ceuta.	1,200

	Navarra.	893
	Aragon.	1,183
	América..	1,179
	Princesa.	1,218
	Málaga.	725
	Ordenes militares..	282
	Voluntarios de la Corona.	1,104
	Borbon.	1,069
		27,655

REGIMIENTOS IRLANDESES.

Irlanda.	959
Hibernia.	1,226
Ultonia..	854
	3,019

REGIMIENTOS QUE FUERON PROVINCIALES.

	Jaen.	744
H.	Badajoz..	1,259
H.	Sevilla.	755
H.	Búrgos.	789
	Lugo.	205
	Oviedo.	1,095
	Trujillo.	861
	Ciudad-Real.	958
	Sigüenza.	943
	Toro.	263
H.	Soria..	1,213
	Laredo.	926
	Orense.	621
	Santiago..	1,172
	Pontevedra.	1,055
	Tuy.	743
	Betanzos.	856
H.	Guadix.	750
	Ronda.	883
	Cuenca.	1,205
	Alcázar de San Juan.	1,217
	Chinchilla.	1,081
	Plasencia.	865

	Monterey.	1,115
	Compostela.	286
	Mondoñedo.	785
		22,579

REGIMIENTOS NUEVOS.

	Palma.	1,021
	Baza.	652
	Almería.	880
I.	Guadix.	716
	Alpujarras.	914
	Urgel (cuadro.)	548
	Badajoz.	1,062
	Benavente.	1,125
II.	Voluntarios de Madrid.	845
	Bailen.	1,109
	Fernando VII (1.er batallon.)	766
	Lena.	886
	Pravia.	902
	Infiesto.	997
	Castropol.	866
	Veteranos de la Patria.	700
	Cangas de Tineo.	981
	Leales Manresanos.	977
	Barcelona.	986
II.	Princesa.	902
I.	Voluntarios de Navarra.	1,342
II.	Voluntarios de Navarra.	1,282
III.	Voluntarios de Navarra.	1,259
	Almansa.	197
	Canarias.	1,001
	Cariñena.	1,621
	Union.	1,200
	San Fernando (1.er batallon.)	978
	Ampurdan.	431
	Cádiz.	924
	Cansados de Galicia.	838
II.	Guadalajara.	1,600
	Reunion (cuadro.)	»
	Arlanza.	1,200
	Mataró.	733
	Granaderos de Castilla.	800

I.	Voluntarios de Asturias. . . .	1,173
V.	Granaderos.	670
II.	Asturias.	1,091
	Legion estranjera..	824
	Constitucion.	1,042
	Granaderos del 3.er ejército. .	944
I.	Alava.	1,237
II.	Alava.	346
	General de la reserva de Andalucía..	883
	General del 1.er ejército.. . . .	1,164
III.	Alava.	718
II.	Príncipe.	888
I.	Aragon..	1,088
II.	Aragon..	1,307
III.	Aragon..	1,185
IV.	Voluntarios de Navarra.. . . .	1,259
	Rivagorza.	100
	Provisional de Mahon. . . .	816
		49,998

INFANTERIA LIGERA.

REGIMIENTOS VIEJOS.

1.°	Voluntarios de Aragon. . . .	971
1.°	Voluntarios de Cataluña. . .	999
2.°	Voluntarios de Cataluña. . .	897
	Tarragona.	984
	Gerona..	237
2.°	Voluntarios de Aragon. . . .	1,392
	Voluntarios de Valencia (cuadro.)	»
	Cazadores Voluntarios de la Corona.	1,104
	Campo-mayor.	417
	Voluntarios de Navarra.. . . .	902
		7,903

REGIMIENTOS NUEVOS.

Cazadores de Valencia. . . .	1,453
Tiradores de Cádiz.	1,197
Voluntarios de la Victoria. . .	742
Tiradores de Mérida..	890

	Voluntarios de Santiago. . . .	434
	Cazadores de Carmona. . . .	822
	Tiradores de Buza.	572
	Voluntarios de Leon.	1,111
1.°	Tiradores de Castilla. . . .	872
	Voluntarios del Rivero. . . .	1,117
	Cazadores del Rey.	160
1.°	Tiradores de Cantábria. . . .	941
2.°	Tiradores de Cantábria. . . .	1,101
	Voluntarios de Guadalajara. . .	945
	Tiradores de la Bureva. . . .	1,054
	Voluntarios de Soria.	1,081
	Voluntarios de Molina. . . .	1,103
	Voluntarios de Rioja.	1,289
	Voluntarios Numantinos. . . .	1,284
	Legion Estremeña.	1,200
	Tiradores de Sigüenza. . . .	801
	Voluntarios de Alicante. . . .	1,345
3.°	Tiradores de Castilla. . . .	1,127
	Voluntarios de Jaen.	1,214
1.°	Iberia.	904
2.°	Iberia.	541
	Tiradores de Cataluña. . . .	848
	Cazadores de Cataluña. . . .	1,184
	Voluntarios de Cardona. . . .	845
	Cazadores de Mallorca. . . .	972
	Voluntarios de Madrid. . . .	1,065
3.°	Iberia.	873
1.°	Vizcaya.	1,069
2.°	Vizcaya.	1,052
3.°	Vizcaya.	925
3.°	Tiradores de Cantábria. . . .	925
1.°	Guipúzcoa.	928
2.°	Guipúzcoa.	928
	Cazadores Estranjeros. . . .	816
3.°	Guipúzcoa.	850
	Tiradores de Doyle.	971
2.°	Tiradores de Castilla. . . .	569
1.°	Cántabro.	1,034
4.°	Iberia.	827
		42,084

A estos cuerpos debe añadirse la creacion de los que á continuacion se anotan con la fuerza el primero de 600 plazas, y el segundo de 3000 en tres batallones.

NOMBRES.	BATALLONES.	CORONELES.
General del 4.° ejército. .	1	D. Manuel de Benedicto.
Imperial Alejandro. . . .	3	D. Alejandro O'Donnell.

Por Real órden de 21 de julio, se dispuso que las milicias provinciales volvieran á restablecerse bajo el pié de su antiguo reglamento; y por otra que el segundo regimiento de infantería del Príncipe que se hallaba acantonado en Andalucía, tomase el nombre de 1.° de Valencia.

Se aumentaron los dos regimientos de Guardias á cinco batallones. En el de Españolas, se refundió el batallon de granaderos del general del tercer ejército, y en el de Walonas con fecha de 31 de agosto de 1814, los de Cádiz; Lena, Právia, Infiesto, Castropol y Cangas de Tineo.

Por lo que hemos indicado hasta aquí, se puede hacer una idea de los esfuerzos que hizo la nacion española para organizar medios de resistencia contra el poder colosal de Napoleon y arrojar de su seno sus aguerridas y numerosas huestes, que habian dictado la ley á la mayor parte de Europa.

Pero no está aun completo el cuadro que nos hemos propuesto presentar al lector. Cumple á nuestro propósito darle á conocer no solo los cuerpos que se formaron durante la guerra de la independencia, sino tambien los jefes que los mandaron, y lo que fué de ellos despues de terminada esta gloriosa lucha. Con este objeto hemos formado el estado que sigue: estado que no necesita comentario alguno, porque él por sí solo dice bastante.

CUA

demostrativo de los regimientos de infantería de línea y ligeros, levantados durante la de 1814.

INFANTERÍA

Núm.	NOMBRES.	Batallones.	Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.	PROVINCIAS.
1.°	Tarragona, primer tercio miqueletes..	1	956	D. Melchor Rovira.	Cataluña.
2.°	Lérida, primer tercio id.	1	987	D. Pablo Lago.	Id.
1.°	Gerona, primer tercio id.	1	1028	D. Ramon de Cárles.	Id.
	Manresa, id.	1	781	D. Bernardo Tirrell.	Id.
1.°	Cervera, primer tercio id.	1	874	D. Antonio Viladomar.	Id.
	Tortosa, id..	1	1080	D. José Montgrós.	Id.
1.°	Vich, primer tercio id.	1	696	D. José Marcos de Sais.	Id.
	Mataró, id.	1	256	D. Mariano Pont y Ramis.	Id.
	Seo de Urgel, id.	1	536	D. Tomás García.	Id.
	Berga, id.	1	213	D. Pablo Andreu.	Id.
1.°	Talarn, primer tercio id.	1	544	D. Felipe de Fleires.	Id.
	Cerdaña, id.	1	800	D. Francisco Gener y Pons.	Id.
	Vall de Aran, id..	1	727	D. Juan Dueros.	Id.
	Barcelona. id.	1	806	D. José Mateu.	Id.
2.°	Vich, segundo tercio id.	1	581	D. Diego O'Reylli.	Id.
2.°	Lérida, segundo tercio id.	1	981	D. Antonio Vidal.	Id.
2.°	Tarragona, segundo tercio id..	1	843	D. Vicente Amat.	Id.
2.°	Gerona, segundo tercio id.	1	114	D. Francisco María Milá.	Id.
	Ampurdam, id.	1	1174	D. Manuel Montesinos.	Id.
	Igualada, id.	1	585	D. Antonio Soto.	Id.
3.°	Lérida, tercer tercio id..	1	800	D. Pedro Llavanera.	Id.
3.°	Vich, tercer tercio id.	1	800	D. Ventura Dezcallar.	Id.
3.°	Gerona, tercer tercio id.	1	1000	D. Francisco Ferrer y Pons.	Id.
2.°	Cervera, segundo tercio id.	1	800	D. Andrés Bacigalupi.	Id.
2.°	Talarn, segundo tercio id.	1	750	D. José María Arce.	Id.
	Figueras id.	1	750	D. Juan Clarós.	Id.
	Granollers id.	1	790	D. Francisco Barceló.	Id.
4.°	Lérida, cuarto tercio id..	1	620	D. Juan Baxet.	Id.
	Osuna.	3	2000	D. Juan Francisco García.	Andalucía.
	Peñas de San Pedro.	2	1000	D. Pedro La Mota.	Castilla la Nueva.
1.°	Fernando VII.	1	840	D. Pedro Dejui.	Asturias.
1.°	Infante D. Cárlos.	1	840	D. Remigio O-Hara.	Id
	Cangas de Tineo.	1	840	D. Francisco Ballesteros.	Id
	Navia.	1	840	D. Francisco Sierra.	Id
	Langreo.	1	840	D. Sancho Valdés.	Id
	Llanes.	1	840	D. José Junco..	Id
	Castropol.	1	840	D. Antonio Maimó.	Id
	Siero.	1	840	D. Menendo de Llanes.	Id
	Salas.	1	840	D. Gregorio Cañedo.	Id
	Villaviciosa.	1	840	D. Pedro Peon.	Id
	Grado.	1	840	D. Diego Clarck.	Id
	Candás y Luanco.	1	840	D. Juan Gonzalez Cienfuegos.	Id
	Infiesto.	1	840	D. Juan Galdiano..	Id
	Covadonga..	1	840	D. Pedro Mendez de Vigo.	Id
	Pravia.	1	840	D. Francisco Moreda..	Id
	Cangas de Onís.	1	840	D. Salvador Escandon.	Id
	Rivad esella.	1	840	D. Juan de Dios Quirós.	Id
	Gijon.	1	840	D. Manuel Rato.	Id

DRO

gloriosa guerra de nuestra independencia desde el mes de Mayo de 1808 hasta Marzo

DE LÍNEA.

CREACION.			REFORMA.			CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
Dia.	Mes.	Año.	Dia.	Mes.	Año.	
15	Mayo.	1808	7	Noviembre.	1809	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	2.ª legion catalana.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	Estinguido.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	2.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	2.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	2.ª legion catalana.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	Estinguido.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	1.ª legion catalana.
id.	id.	id.	31	Mayo.	1808	Tercios 1.° y 2.° del mismo nombre.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	1809	Estinguido.
id.	id.	id.	7	Noviembre.	id.	Estinguido.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	10	Diciembre.	id.	Gerona.
id.	id.	id.	31	Mayo.	1808	Tercio de Barcelona.
id.	id.	id.	31	Mayo.	id.	Cazadores de Cataluña.
18	id.	id.	10	Marzo.	1811	Badajoz.
20	id.	id.	31	Enero.	1809	Zaragoza.
27	id.	id.	12	Junio.	id.	Santander.
id.	id.	id.	12	Junio.	id.	Santander.
id.	id.	id.	31	Agosto.	1814	Regimiento de Guardias Walonas.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Regimiento 3.° de Asturias.
id.	id.	id.	14	Abril.	1811	Regimiento 2.° de Asturias.
id.	id.	id.	14	Abril.	id.	Regimiento 2.° de Asturias.
id.	id.	id.	31	Agosto.	1814	Regimiento de Guardias Walonas.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Regimiento 3.° de Asturias.
id.	id.	id.	8	Mayo.	id.	Regimiento 3.° de Asturias.
id.	id.	id.	8	Mayo.	id.	Rregimiento 3.° de Asturias.
id.	id.	id.	14	Abril.	1811	Regimiento 2.° de Asturias.
id.	id.	id.	14	Abril.	id.	Regimiento 2.° de Asturias.
id.	id.	id.	31	Agosto.	1814	Regimiento de Guardias Walonas.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Regimiento 1.° de Asturias.
id.	id.	id.	31	Agosto.	1814	Regimiento de Guardias Walonas.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Regimiento 1.° de Asturias.
id.	id.	id.	8	Mayo.	id.	Regimiento 3.° de Asturias.
id.	id.	id.	8	Mayo.	id.	Regimiento 3.° de Asturias.

Num.	NOMBRES.	Batallones.	Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.	PROVINCIAS.
	Avilés.	1	840	D. Ramon Miranda Solís.	Asturias.
	Lena.	1	840	D. Jaime Dringoult.	Id.
	Colunga.	1	840	D. José Argüelles.	Id.
1.°	Voluntarios de Aragon defensores de la Patria.	1	1000	D. Manuel Viana.	Aragon.
2.°	Voluntarios de Aragon defensores de la Patria.	1	1000	D. Pedro Hernandez.	Id.
3.°	Voluntarios de Aragon defensores de la Patria.	1	1000	D. Fernando Pascual.	Id.
4.°	Voluntarios de Aragon defensores de la Patria.	1	1000	D. Sancho Salazar.	Id.
5.°	Voluntarios de Aragon defensores de la Patria.	1	1000	D. Vicente Jimenez.	Id.
	Voluntarios de Borja.	1	700	D. Diego Navarro.	Id.
	Voluntarios de Jaca.	1	1000	D. Gerónimo Rocatallada.	Id.
	Voluntarios de Daroca.	1	700	D. Manuel Carbon.	Id.
1.°	Voluntarios de Calatayud.	1	800	D. Joaquin Garcés de Marcilla	Id.
2.°	Voluntarios de Calatayud.	1	800	D. Pedro Gonzalez de Agüero	Id.
1.°	Voluntarios rebajados de Teruel.	1	1000	D. Antonio Cuadros.	Id.
2.°	Voluntarios rebajados de Teruel.	1	1000	D. Ambrosio Assin.	Id.
	Voluntarios de Caspe.	1	300	D. Antonio Benavides.	Id.
	Voluntarios de Albarracin.	1	300	D. Manuel Escobedo.	Id.
	Voluntarios de Alcañiz.	1	700	D. Pedro Elola.	Id.
	Voluntarios de Tauste.	1	304	D. Joaquin Urrutia.	Id.
1.°	Voluntarios de Huesca.	1	1000	D. Felipe Perena.	Id.
2.°	Voluntarios de Huesca.	1	1000	D. Manuel Villaba.	Id.
3.°	Voluntarios de Huesca.	1	1000	D. Ambrosio Villaba.	Id.
	Nuestra Señora del Pilar.	2	1500	D. Loronzo Zerezo.	Id.
	Reserva de Aragon.	1	1000	D. José Cucalón.	Id.
1.°	Fusileros de Aragon, vulgarmente fusileros de Palafóx.	1	1000	D. Antonio de Torres.	Id.
2.°	Fusileros de Aragon.	1	1000	D. Gerónimo de Torres.	Id.
1.°	Voluntarios de Barbastro.	1	1000	D. José de Sangenis.	Id.
2.°	Voluntarios de Barbastro, vulgarmente Pardos de Aragon.	1	1000	D. Pedro Pedrosa.	Id.
3.°	Voluntarios de Barbastro.	1	1000	El marqués de Ayerve.	Id.
	Voluntarios de Cartagena.	3	1500	D. Joaquin Ovalle.	Murcia.
	Voluntarios de Chelva.	1	800	D. Francisco Martinez.	Valencia.
1.°	Voluntarios de Sevilla.	1	840	D. Joaquin Clarobout.	Andalucía.
2.°	Voluntarios de Sevilla.	1	840	El marqués de Dos-Hermanas	Id.
3.°	Voluntarios de Sevilla.	1	840	D. Juan Maria Maestre.	Id.
4.°	Voluntarios de Sevilla.	1	840	D. Gonzalo Ramirez.	Id.
5.°	Voluntarios de Sevilla.	1	840	D. Manuel de Medina Verdes y Cabañas.	Id.
1.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. Francisco de Córdova.	Granada.
2.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. Miguel de Haro.	Id.
3.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. José Gonzalez.	Id.
4.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. Isidro Uriarte.	Id.
5.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. Gonzalo Enriquez.	Id.
6.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. Juan Enriquez.	Id.
7.°	Voluntarios de Granada.	1	1000	D. Vicente Abello.	Id.
1.°	Voluntarios de Murcia.	1	800	D. Manuel Melgarejo.	Murcia.
2.°	Voluntarios de Murcia.	1	800	D. Francisco Trujillo de Salas	Id.
3.°	Voluntarios de Murcia.	1	800	D. Juan de Peñafiel.	Id.
4.°	Voluntarios de Murcia.	1	800	El vizconde de Huertas.	Id.
5.°	Voluntarios de Murcia.	1	800	D. Lino Trujillo.	Id.
	La Fé.	2	1218	D. Mariano Usell.	Valencia.
	Voluntarios del Turia.	3	1800	D. Vicente Gonzalez Moreno.	Id.
2.°	Valencia.	2	1200	D. Antonio Pinillos.	Id.
2.°	Saboya.	2	1200	D. José Gonzalez de Castro.	Id.

CREACION. Dia.	Mes.	Año.	REFORMA. Dia.	Mes.	Año.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
27	Mayo.	1808	8	Mayo.	1812	Regimiento 1.° de Asturias.
id.	id.	id.	31	Agosto.	1814	Regimiento de Guardias Walonas.
id.	id.	id.	14	Abril.	1811	Regimiento 2.° de Asturias.
28	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Zaragoza.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento antiguo 1.° Voluntarios de Aragon.
id.	id.	id.	2	Marzo.	id.	Regimiento antiguo 2.° Voluntarios de Aragon.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	28	Noviembre.	id.	Estinguido.
id.	id.	id.	9	Enero.	1812	Valencia.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Regimiento 1.° del mismo nombre.
29	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	14	Mayo.	1810	Lérida.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Regimiento 1.° del mismo nombre.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	1	Julio.	1810	Estinguido.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Regimiento 1.° del mismo nombre.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
30	id.	id.	26	Noviembre.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	10	Marzo.	1811	Badajoz.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Galicia.
id.	id.	id.	1	Marzo.	1810	Regimiento 5.° del mismo nombre.
id.	id.	id.	1	Mayo.	id.	Regimiento 2.° del mismo nombre.
id.	id.	id.	15	Noviembre.	id.	Regimiento antiguo de Guadalajara.
31	id.	id.	1	Setiembre.	1808	Reformado en Alcalá la Real.
id.	id.	id.	1	Setiembre.	id.	Reformado en Gabia la Grande.
id.	id.	id.	1	Setiembre.	id.	Reformado en Guadix.
id.	id.	id.	1	Setiembre.	id.	Reformado en Montefrio.
id.	id.	id.	1	Setiembre.	id.	Reformado en Artarfe.
id.	id.	id.	1	Setiembre.	id.	Reformado en Antequera.
id.	id.	id.	1	Setiembre.	id.	Reformado en Málaga.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	28	Setiembre.	1808	Regimiento de Almansa.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	21	Junio.	1808	Valencia.
id.	id.	id.	10	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	id.	Zaragoza.
id.	id.	id.	1	Noviembre.	1811	Tarragona el 1.° y 2.° batallon, en 28 de junio de 1811; el 3.° refundido en el regimiento de Barcelona.

Num.	NOMBRES.	Batallones.	Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.	PROVINCIAS.
	Voluntarios de Marchena.	1	400	D. José Sálmage.	Andalucía.
	Badajoz.	3	2115	D. Ramon García de Linares.	Estremadura.
1.°	Voluntarios escolares de Leon.	1	600	D. Vicente Bernal.	Castilla la Vieja.
1.°	Voluntarios de Leon.	3	2500	D. José Antonio Zappino.	Id.
2.°	Voluntarios de Leon.	3	2500	D. Felipe Zamora.	Id.
3.°	Voluntarios de Leon.	3	2500	D. Fernando Capacete.	Id.
	Voluntarios de la Canal de Verdun.	1	300	D. Antonio Sarasa.	Aragon.
	Velez Málaga.	2	2400	D. José de Estrada.	Granada.
	Benavente (escolares).	1	800	D. Felipe de Mur y Verdejo.	Castilla la Vieja.
	Voluntarios de Borbon.	1	800	D. Mariano Bianchoni.	Valencia.
	Voluntarios Castellanos de Fernando VII.	2	1600	D. Juan Bautista.	Castilla la Vieja.
1.°	Voluntarios de Ciudad-Rodrigo.	1	1000	D. Juan Martinez.	Id.
2.°	Voluntarios de Ciudad-Rodrigo.	1	1000	D. Manuel Barranco.	Id.
3.°	Voluntarios de Ciudad-Rodrigo (1).	1	1000	D. José Quintanilla.	Id.
	Voluntarios literarios de Valladolid.	1	500	D. Juan Salcedo.	Id.
	Alpujarras.	2	2400	D. José Moreno.	Granada.
	Voluntarios de Palma.	1	733	El marqués de Vivot.	Mallorca.
	Gastadores de Aragon.	1	300	D. Antonio Sangenis.	Aragon.
	Puerta-Quemada.	1	300	D. Miguel Abad.	Id.
	Puerta de Santa Engracia.	1	300	D. José Zamoray.	Id.
2.°	Fernando VII.	2	1000	D. Pablo Casaus.	Castilla la Nueva.
	Suizos de Aragon.	1	500	D. Adrian Walker.	Aragon.
	Voluntarios de honor de la real universidad de Toledo	1	300	D. Bartolomé Obeso.	Castilla la Nueva.
	Real Maestranza de Ronda.	1	800	D. Francisco Ayguaviva.	Granada.
2.°	Princesa.	2	1500	D. Ramon Alvear.	Aragon.
1.°	Voluntarios de Madrid.	3	3700	D. Antonio Comas.	Castilla la Nueva.
2.°	Voluntarios de Madrid.	2	1600	D. Manuel Armengol.	Id.
	Reunion de Aragon.	3	1500	D. Juan Loarte.	Aragon.
	Legion de Voluntarios estranjeros.	1	406	D. Federico Moretti.	Estremadura.
	Voluntarios de Plasencia.	1	608	El marqués del Reino.	Id.
4.°	Batallon de Guardias Españolas.	1	850	D. José María de Alós.	Id.
4.°	Batallon de Guardias Walonas.	1	850	D. Honorato Dublaissel.	Id.
1.°	Guadix.	1	1200	D. Francisco Chacon.	Granada.
1.°	Voluntarios de Leon.	2	1300	D. José Antonio Zappino.	Castilla la Vieja.
2.°	Voluntarios de Leon.	2	1300	D. José Baca.	Id.
3.°	Voluntarios de Leon.	2	1300	D. Tomás Sanchez.	Id.
4.°	Voluntarios de Leon.	2	1300	D. Federico Castañon.	Id.
5.°	Voluntarios de Leon.	2	1300	D. Leandro Osorio.	Id.
	General del ejército de la izquierda.	2	1200	D. Luis Manuel de Zamora.	Galicia.
	Voluntarios de Avila.	2	1500	D. Manuel Vicente Fernandez	Castilla la Vieja.
	Baza.	2	2400	D. Antonio Begines de los Rios.	Granada.
	Loja.	2	2400	D. Miguel de los Rios.	Id.
	Campo de Ujijar.	2	1600	D. José Moreno.	Id.
	Santa-Fé.	2	2400	D. Antonio Garcés de Marcilla	Id.
	Iliberia.	2	2400	D. Francisco de Córdova.	Id.
	Almería.	2	2400	D. Juan Creagh de Lacy.	Id.
	Imperial de Toledo.	3	1600	D. Pedro Dávalos Santa María	Castilla la Nueva.
	Voluntarios leales de Fernando VII.	3	1600	D. Genaro Rezabal.	Id.
	Bailen.	3	2500	El duque de Osuna.	Granada.
	Voluntarios de la Patria.	3	2256	D. Francisco Mazarredo.	Castilla la Nueva.
	Alcalá la Real, vulgarmente Cazadores de Granada	2	1200	D. Joaquin Tentor.	Granada.

(1) De los restos de estos tres regimientos se formó un batallon que pasó á servir al segundo ejército y pereció en

CREACION.			REFORMA.			CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
Dia.	Meses.	Año	Dia.	Meses.	Año	
31	Mayo.	1808	26	Setiembre.	1809	Regimiento de la Corona.
2	Junio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Guadalajara.
5	id.	id.	20	Abril.	1811	Estinguido.
id.	id.	id.	14	Julio.	1808	Rio-Seco.
id.	id.	id.	14	Julio.	1808	Rio-Seco.
id.	id.	id.	14	Julio.	1808	Rio-Seco.
6	id.	id.	30	Diciembre.	1808	Regimiento tiradores de Rivagorza.
7	id.	id.	1	Marzo.	1810	Regimiento de Guadalajara.
8	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Castilla.
10	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
11	id.	id.	10	Octubre.	1811	Estinguido.
12	id.	id.	10	Julio.	1810	Ciudad-Rodrido.
id.	id.	id.	10	Julio.	1810	Ciudad-Rodrigo.
id.	id.	id.	10	Julio.	1810	Ciudad-Rodrigo.
13	id.	id.	14	Julio.	1808	Rio-Seco.
14	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Ultonia.
15	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Bailen.
id.	id.	id.	9	Enero.	1812	Valencia.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Zaragoza.
18	id.	id.	20	Marzo.	1823	Estinguido.
21	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
30	id.	id.	14	Diciembre.	1809	La escuela militar de Sevilla.
14	Julio.	id.	20	Enero.	1810	Sierra-Morena.
15	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Valencey.
id.	id.	id.	1	Marzo.	1809	Regimiento Tiradores de Cádiz.
17	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Voluntarios de Madrid.
20	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Hibernia.
1	Agosto.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento de Guardias Walonas.
id.	id.	id.	22	Enero.	1811	Olivenza.
7	id.	id.	1	Junio.	1818	Distribuido en los tres del mismo cuerpo.
id.	id.	id.	1	Junio.	1818	Distribuido en los tres del mismo cuerpo.
10	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento del Rey.
id.	id.	id.	8	Noviembre.	1808	Reformado en Logroño.
id.	id.	id.	8	Noviembre.	1808	Reformado en Logroño.
id.	id.	id.	8	Noviembre.	1808	Reformado en Logroño.
id.	id.	id.	8	Noviembre.	1808	Reformado en Logroño.
id.	id.	id.	8	Noviembre.	1808	Reformado en Logroño.
30	id.	id.	25	Abril.	1811	Regimiento 1.° de Cádiz.
1	Setiembre.	id.	10	Julio.	1810	Ciudad-Rodrigo.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Voluntarios de Madrid.
id.	id.	id.	20	Enero.	1810	Sierra-Morena.
id.	id.	id.	1	Marzo.	1809	Estinguido.
id.	id.	id.	28	Junio.	1811	Lérida en 14 de mayo el segundo batallon; en Tarragona el primero.
id.	id.	id.	29	Mayo.	1811	Rendicion del fuerte del Olivo estramuros de Tarragona.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Veterano de Valencia.
5	id.	id.	9	Enero.	1812	Valencia.
id.	id.	id.	19	Agosto.	1811	Estinguido el primer batallon en 1.° de julio de 1810; el 2.° y 3.° en la rendicion de Alburquerque.
14	id.	id.	1	Junio.	1818	Estinguido.
14	id.	id.	9	Enero.	1812	Valencia.
21	id.	id.	20	Setiembre.	1810	Regimiento 2.° de Murcia.

la rendicion de Valencia el 9 de enero de 1812.

Num.	NOMBRES.	Batallones.	Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.	PROVINCIAS.
	Almansa..	3	1800	D. Joaquin Alavés.	Murcia..
	Granaderos Reales aragoneses de Fernando VII, vulgarmente Granaderos de Palafox.	2	1500	D. Francisco Marcó del Pont.	Aragon.
2.°	Infante D. Cárlos.	2	1014	D. Vicente Amat.	Id.
	Granaderos del general del ejército del Centro.	1	679	Se ignora.	Andalucía..
	Fieles Zaragozanos, vulgarmente Voluntarios de Zaragoza..	3	2100	D. Manuel de Enna.	Aragon.
	Lobera.	2	2100	D. José Joaquin Marquez Donallo.	Galicia..
	Granaderos de la Gran-Canaria.	1	600	D. Juan Maria de Leon.	Canarias.
	Mourentan.	1	1000	D. Joaquin Aguirre.	Galicia..
	Union.	3	2000	D. Pablo Morillo.	Id.
	La Muerte.	1	1000	D. Francisco Colombo.	Id.
	Morrazo.	3	1200	D. Joaquin Guijarro.	Id.
	Monforte..	1	1000	D. Antonio Ponce.	Id.
1.°	Voluntarios de Navarra.	1	500	D. Francisco Javier de Mina.	Navarra.
2.°	Voluntarios de Navarra.	1	960	D. Gregorio Curuchaga..	Id.
3.°	Voluntarios de Navarra.	1	960	D. Lucas Gorriz.	Id.
	Maceda.	3	1600	D. Juan Caamaño, conde de Maceda.	Galicia..
	Lemos.	1	1000	Se ignora.	Id.
	Ausona.	1	785	D. Vicente Amat.	Cataluña.
	Castel-Leon.	1	500	Se ignora.	Id.
	Leales Manresanos.	3	1947	D. Gabriel Lessene.	Id.
5.°	Voluntarios de Navarra.	1	240	D. Sebastian Fernandez..	Navarra.
	Provisional de Cansados de Galicia.	1	800	D. José Nuñez de Haro.	Galicia.
2.°	Americano.	1	510	D. Tomás O-Conelli.	Andalucía..
	Barcelona.	3	1560	D. Andrés Bacigalupi.	Cataluña.
3.°	Americano.	1	1200	D. Ambrosio del Gallo.	Andalucía..
	Anglo-Catalan.	1	386	D. Edwin Green.	Cataluña.
	Voluntarios de Ayala..	1	500	Se ignora.	Castilla la Vieja.
	Constitucion (despues reunion de Andalucia).	1	800	D. Francisco Kaysser.	Andalucía..
1.°	Asturias.	1	1200	D. Pedro Dejui.	Asturias.
2.°	Asturias.	1	1200	D. Jaime Maria Carvajal..	Id.
3.°	Asturias.	1	1200	D. Juan Gozalez Cienfuegos.	Id.
2.°	Cádiz.	1	1200	D. Francisco de Hano.	Andalucía..
	Depósito de San Fernando.	1	1200	D. José Maria Torrijos.	Id.
	Mataró.	2	960	D. Tomás Garcia.	Cataluña.
1.°	Alava.	1	1200	D. Fermin Salcedo.	Alava.
2.°	Alava.	1	1200	D. Buenaventura Tomasa.	Id.
	General de la reserva de Andalucía	1	600	D. Fermin de Mendialdua.	Andalucía..
6.°	Voluntarios de Navarra (1).	1	1088	D. Sebastian Fernandez..	Aragon.
7.°	Voluntarios de Navarra..	1	1307	D. Joaquin de Pablos.	Id.
8.°	Voluntarios de Navarra..	1	1185	D. Fermin Escandi.	Id.
9.°	Voluntarios de Navarra..	1	1259	D. Pedro Antonio Barrena.	Id.
	Provisional de Mahon.	1	700	D. Fran.co Javier Aymerich.	Menorca.
	Imperial Alejandro.	5	5000	D. Alejandro O'Donnell.	San Petersburgo..
	Veteranos de la Patria.	1	800	D. Ignacio Balanzat.	Andalucía..
2.°	Príncipe.	1	600	D. Fran.co Javier de Llamas.	Id.
	General del primer ejército..	1	600	D. Lorenzo Calvo.	Cataluña.
	Cuadro de Urgel.	1	217	D. José de Calva.	Id.
	Talavera.	1	1000	D. Rafael Maroto.	Andalucía..
	Granaderos del 4.° ejército, despues general del 4.° ejército.	1	600	D. Manuel Benedicto.	Alava.

(1) Los regimientos 6.°, 7.°, 8.° y 9.° de Navarra tomaron al crearse en Aragon la denominacion de 1.°, 2.°, 3.° y 4.°

CREACION.			REFORMA.			CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
Dia.	Mes.	Año.	Dia.	Mes.	Año.	
28	Setiembre.	1808	2	Marzo.	1815	Regimiento de Africa.
18	Octubre.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
30	id.	id.	19	»	»	Zaragoza.
31	id.	id.	1	Julio.	1810	Estinguido.
30	Diciembre.	id.	15	Junio.	1811	Regimiento de Baza.
22	Marzo.	1809	22	Agosto.	1822	Cádiz.
5	Abril.	id.	8	Mayo.	1812	Regimientos de Zamora y Guadix.
14	id.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento de Monforte.
id.	id.	id.	7	Setiembre.	1823	Rendicion de Maracaybo (Ultramar).
23	id.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento de Lobera.
id.	id.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento de Monforte.
7	Mayo.	id.	22	Enero.	1811	Olivenza.
20	Julio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Veterano de Navarra.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Africa.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimientos del Príncipe y Zaragoza.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Regimiento de Monforte.
id.	id.	id.	1	Julio.	1810	Estinguido.
8	Agosto.	1811	23	Noviembre.	1813	Regimiiento antiguo de Soria.
7	Setiembre.	id.	8	Mayo.	1812	Estinguido.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Ultonia.
28	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Murcia.
1	Octubre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Nápoles.
4	id.	id.	2	Marzo.	1815	Existe en Cuba con el nombre de Tarragona.
1	Noviembre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Lorena.
id.	id.	id.	1	Octubre.	1813	Pasó á Ultramar en 5 de mayo de 1812: estinguido.
11	id.	id.	12	Agosto.	1812	Regimiento voluntarios de Cardona.
1	Diciembre.	id.	8	Mayo.	1812	Estinguido.
15	Abril.	1812	2	Marzo.	1815	Regimiento de Hibernia.
8	Mayo.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento antiguo de Asturias.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento antiguo de Asturias.
id.	id.	id.	1	Julio.	1822	Regimiento de Asturias.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Murcia.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimientos de Valencia y Jaen.
1	Junio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Infante D. Cárlos.
20	Julio.	id.	1	Marzo.	1814	Estinguido.
id.	id.	id.	1	Marzo.	1814	Estinguido.
24	Febrero.	1813	2	Marzo.	1815	Regimiento de Zaragoza.
25	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de España.
id.	id.	id.	1	Marzo.	1814	Estinguido.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento voluntarios de Madrid.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Aragon.
1	Abril.	id.	1	Marzo.	1814	Estinguido.
2	Mayo.	id.	27	Setiembre.	1823	San Sebastian.
10	Agosto.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Ceuta.
28	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Valencia.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Fernando VII.
1	Setiembre.	id.	31	Agosto.	1814	Mequinenza.
30	Octubre.	id.	29	Noviembre.	1822	Regimiento de la Union á su regreso de Ultramar.
		id.				
1	Marzo.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Infante D. Antonio.

Voluntarios de Aragon, pero en la revista del mes de febrero de 1814, lo cambiaron en el de Voluntarios de Navarra.

Núm.	NOMBRES.	Batallones.	Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.	PROVINCIAS.
1.°	Cazadores de Orihuela.	1	504	D. Francisco Bergés.	Valencia.
1.°	Cazadores de Valencia.	1	504	D. Cárlos Liberatti.	Id.
	Tiradores de Cádiz.	1	900	D. Juan de la Cruz Mourgeont	Audalucía..
1.°	Tiradores de Murcia, vulgarmente de Floridablanca.	2	1200	D. Francisco Nuñez.	Murcia..
2.°	Tiradores de Murcia (1).	2	1200	D. Manuel de Leyva.	Id.
3.°	Tiradores de Murcia.	1	600	D. Joaquin Ovalle..	Id.
	Cazadores de Llerena..	1	850	D. Lorenzo Cebrian.	Estremadura.
	Voluntarios de Alicante.	3	1800	D. Antonio Camp..	Valencia.
	Tiradores de Ledesma..	1	600	D. Luis Lacy.	Castilla la Vieja.
1.°	Ligero de Zaragoza.	1	800	D. Fernando Pascual.	Aragon.
2.°	Ligero de Zaragoza.	1	800	D. Nicolás Maldonado.	Id.
3.°	Ligero de Zaragoza.	1	800	D. Rafael Estrada.	Id.
	Cármen.	1	800	D. Joaquin Garcia.	Id.
	Voluntarios numantinos.	1	750	D. Ramon Atenta..	Castilla la Nueva..
	Voluntarios de Villanueva de los Infantes..	1	550	D. Luis Ulloa.	Id.
1.°	Tiradores de Castilla.	1	1000	D. Cárlos de España.	Castilla la Vieja.
	Portillo.	1	800	D. Agustin Dublaissel.	Aragon..
	Torrero.	1	800	D. José de Sangenis.	Id.
	Puerta del Sol..	1	800	D. Alberto Langlés.	Id.
	Tiradores de Calatayud.	1	800	D. Mariano Zerezo.	Id.
	Cazadores de Segorbe.	2	1000	D. Frey Firmio Vallés.	Valencia.
1.°	Cazadores de Fernando VII.	2	1200	D. José Armisen.	Galicia..
2.°	Cazadores de Fernando VII.	1	504	D Manuel Cerveró.	Valencia.
2.°	Cazadores de Valencia.	2	1200	El conde de Romré.	Id.
2.°	Cazadores de Orihuela.	2	1200	El conde de Pino-hermoso.	Id.
	Voluntarios literarios de Santiago (despues Voluntarios de Santiago.)	1	504	El marqués de Santa Cruz de Rivadulla..	Galicia..
	Cazadores de Carmona.	1	808	D. José de Aymerich.	Andalucía..
	Tiradores de Mérida.	1	1159	D. Francisco de Paula Pavía.	Estremadura.
	Voluntarios de la Victoria.	2	1200	D. Manuel Mirallas.	Galicia..
	Cazadores de Palafox..	1	500	D. Jorje Imbort.	Aragon.
3.°	Cazadores de Fernando VII..	2	2000	D. José Legarda.	Castilla la Vieja.
	Voluntarios de Valencia y Alburquerque..	1	560	D. Juan Antonio Barutell.	Estremadura.
	Cazadores estranjeros..	1	560	D. Pedro de Salas.	Id.
	Cazadores de Alcántara.	1	400	D. José Pineda.	Id.
	Cazadores de Zafra.	1	500	D. Andrés Alvarez Guerra.	Id.
	Cazadores de la Serena.	1	1160	D. Juan Campos.	Id.
	Tiradores de Doyle, antes reunion de Osera.	1	300	D. Antonio Maria Guerrero.	Aragon.
	Cazadores del general del ejército de la izquierda..	2	1008	D. Luis Manuel de Zamora.	Pto. del Manzanal.
	Cazadores de Antequera..	2	2400	D. Francisco Enriquez Garcia	Granada.
	Cazadores de las Navas de Tolosa.	1	1200	D. Melchor de la Concha.	Id.
	Cazadores de Bailen.	1	1200	D. Francisco Pierrat..	Id.
	Tiradores voluntarios de España.	1	800	D. Juan Morphi.	Andalucía..
	Cazadores de Velez-Málaga.	1	1200	D. José Antonio Sans.	Granada.
1.°	Cántabro.	2	1200	D. Pedro de Labastida.	Castilla la Vieja.
2.°	Cántabro.	2	1200	D. Julian Albo..	Id.
	Cazadores de Leon.	3	2500	D. Felix Alvarez de Acevedo.	Id.
	Tiradores de Badajoz.	1	600	D. Mariano Ricafort.	Estremadura.
	Tiradores de Rivagorza..	1	800	D. Miguel Sarasa.	Aragon.

(1) De los fugados de prisioneros y hospitales se reorganizó un batallon de tiradores de Murcia que pasó á guarnecer

LIGERA.

CREACION.			REFORMA.			CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
Dia.	Mes.	Año.	Dia.	Mes.	Año.	
15	Mayo.	1808	26	Octubre.	1810	Rendicion del castillo de Sagunto.
17	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de la Reina.
28	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Lorena.
30	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	14	Mayo.	1810	Lérida.
31	id.	id.	1	Marzo.	1809	Regimiento de Murcia.
1	Junio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Córdoba.
id.	id.	id.	15	Enero.	1809	Regimiento de Burgos.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Estinguido.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
2	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Cazadores de Barbastro.
id.	id.	id.	27	Diciembre.	1808	Regimiento de Campo-Mayor.
3	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de la Princesa.
4	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	26	Noviembre.	1808	Zaragoza.
7	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
9	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	1	Julio.	1810	Galicia.
10	id.	id.	19	Febrero.	1809	Zaragoza.
id.	id.	id.	9	Enero.	1812	Estinguido.
id.	id.	id.	2	Enero.	1811	Estinguido.
11	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento 1.° Voluntarios de Barcelona.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Zamora.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Estremadura.
id.	id.	id.	15	Diciembre.	1818	Pasó á Ultramar en 14 de febrero de 1815, estinguido.
15	id.	id.	9	Enero.	1812	Valencia.
id.	id.	id.	1	Julio.	1810	Estinguido.
24	id.	id.	8	Mayo.	1812	Regimiento de Cádiz.
id.	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Granada.
id.	id.	id.	8	Mayo.	1812	Estremadura.
1	Agosto.	id.	10	Marzo.	1811	Estinguido.
id.	id.	id.	10	Marzo.	1811	Estinguido.
10	id.	id.	17	Febrero.	1815	Pasó á Ultramar.
30	id.	id.	25	Julio.	1811	Regimiento 1.° de Cádiz.
10	Setiembre.	id.	15	Noviembre.	1815	El 1.er batallon rendicion de Figueras, el 26 de abril de 1811, el 2.° al regimiento de Guadalajara.
14	id.	id.	1	Marzo.	1809	Regimiento de Murcia.
id.	id.	id.	15	Enero.	1809	Regimiento de Murcia.
15	id.	id.	20	Enero.	1810	Sierra-Morena.
21	id.	id.	12	Abril.	1813	Estinguido.
4	Octubre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de San Marcial.
id.	id.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento 1.° Cántabro.
17	Noviembre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Infante D. Antonio.
1	Diciembre.	id.	8	Mayo.	1812	Estinguido.
30	id.	id.	1	Julio.	1810	Estinguido.

el castillo de Gardeñ en la plaza de Lérida, en donde capituló y fué hecho prisionero el 14 de mayo de 1810.

Num.	NOMBRES.	Batallones.	Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.	PROVINCIAS.
3.°	Cazadores de Orihuela.	1	504	D. Pascual Aracil..	Valencia.
3.°	Cazadores de Valencia.	1	504	D. Pedro Cevallos.	Id.
2.°	Cazadores de Barbastro.	1	900	D. Francisco Merino..	Granada.
	Tiradores del Vierzo.	1	400	D. Antonio Osorio.	Castilla la Vieja.
	Tiradores de Bureva.	1	900	D. Francisco Salazar..	Id.
	Tiradores de Tortosa.	1	1028	Se ignora.	Cataluña.
	Cazadores del Campo de Cariñena..	1	700	D. Ramon Gayan..	Aragon.
	Cazadores del Rey.	2	1200	D. Fernando Rubin.	Galicia..
2.°	Tiradores de Castilla.	1	1000	D. Francisco de Hevia.	Castilla la Vieja.
1.°	Rivero.	1	1000	D. Felix Carreras..	Galicia..
2.°	Rivero.	1	1000	D. José de Senra.	Id.
3.°	Rivero..	1	1200	D. Pedro Marcó de Pont.	Id.
1.°	Tiradores de Cantabria.	1	1200	D. José Lasaga.	Castilla la Vieja.
	General del ejército de Castilla ó Guardias de honor del duque del Parque..	1	600	Se ignora.	Id.
	Voluntarios de Burgos.	1	800	D. José Gomez Barreda.	Id.
	Guardias nacionales.	1	300	D. Juan Ugartemendia.	Galicia..
	Voluntarios de Guadalajara.	1	800	D. Gerónimo Luzon..	Castilla la Nueva.
	Voluntarios de Molina..	1	800	D. Rafael de Cuellar..	Id.
	Cazadores de Soria.	1	600	El baron de Velasco.	Id.
1.°	Vizcaya.	1	500	D. Joaquin Aguirre.	Galicia..
	Encartaciones.	1	500	D. Mariano Cortés..	Id.
	Voluntarios de Alcaráz..	1	800	D. José Martinez de S. Martin	Castilla la Nueva.
1.°	Guipúzcoa.	1	500	D. Gaspar de Jáuregui.	Guipúzcoa.
2.°	Guipúzcoa.	1	1200	D. Fermin Iriarte..	Galicia..
	Voluntarios de Rioja.	1	800	D. Juan Antonio Tabuenca.	Castilla la Vieja.
	Cazadores voluntarios del Ampurdan.	1	132	D. Baudilio Morales.	Cataluña.
	Voluntarios de Asturias.	1	1201	D. Fernando Miranda.	Asturias.
	Voluntarios de Madrid.	1	1065	D. Rafael Paredes.	Castilla la Nueva.
	Tiradores de Sigüenza.	1	800	D. Hipólito Angulo.	Id.
	Cazadores de la costa de Levante.	1	367	Sin jefe.	Cataluña.
	Voluntarios de Jaen.	1	800	D. Loronzo Zerezo.	Granada.
	Legion Estremeña.	2	1200	D. Mariano Ricafort.	Estremadura.
	Tiradores de Cuenca.	1	800	D. Joaquin Garcia.	Castilla la Nueva.
	Cazadores de Castilla..	1	800	D. Pascual Real.	Castilla la Vieja.
3.°	Tiradores de Castilla..	1	1280	D. Matías Narro.	Id.
2.°	Tiradores de Cantabria.	1	1200	D. Juan Lopez Campillo.	Id.
1.°	Iberia.	1	1000	D. Martin Eguiluz.	Id.
2.°	Iberia.	1	1200	D. Andrés Garcia Diego.	Id.
3.°	Iberia.	1	1539	D. José Ramirez Aburruza.	Id.
	Cazadores de Cataluña.	1	585	D. José Manso.	Cataluña.
	Cazadores de Mallorca.	1	600	D. Patricio Campbell..	Mallorca.
	Tiradores de Busa.	1	450	D. José María Colubi.	Cataluña.
	Voluntarios de Cardona.	1	1021	D. Miguel de Córdova.	Id.
	Tiradores de Cataluña.	1	974	D. José Casas.	Id.
2.°	Guadalajara, antes general del 6.° ejército.	1	960	D. Francisco Albanell.	Galicia..
2.°	Vizcaya.	1	1200	D. Antonio Artola.	Vizcaya.
3.°	Vizcaya.	1	1200	D. José María Quintana..	Id.
	Albuhera.	1	800	D. Onofre Gutierrez y Rosas.	Andalucía.
4.°	Iberia.	1	1200	D. Pedro Albeniz.	Castilla la Vieja.
3.°	Tiradores de Cantabria.	1	1200	D. Lorenzo Herrero.	Id.
	Hoya de Málaga.	1	400	D. Constancio Martinez..	Granada.
3.°	Guipúzcoa.	1	1200	D. Manuel María Aranguren.	Guipúzcoa.
	Cazadores Estranjeros.	1	720	D. Manuel Miramon.	Galicia..

CREACION. Dia.	Mes.	Año.	REFORMA. Dia.	Mes.	Año.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
1	Enero.	1809	4	Febrero.	1812	Estinguido.
15	Febrero.	id.	9	Enero.	1812	Estinguido.
1	Marzo.	id.	21	Mayo.	1812	Estinguido.
1	id.	id.	20	Abril.	1811	Estinguido.
25	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Burgos.
1	Abril.	id.	8	Junio.	1810	Estinguido.
1	Mayo.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Nápoles.
1	Julio.	id.	2	Mayo.	1815	Regimiento de Gerona.
24	id.	id.	3	Octubre.	1822	Refundido en el de línea peninsular.
19	Agosto.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de la Princesa.
19	id.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento 1.° del mismo nombre.
19	id.	id.	1	Julio.	1810	Regimiento 1.° del mismo nombre.
20	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Cantabria.
26	Octubre.	id.	15	Marzo.	1810	Regimiento del general del ejército de la izquierda.
26	Noviembre.	id.	25	Octubre.	1811	Regimiento de Burgos.
30	id.	id.	15	Mayo.	1814	Estinguido.
27	Marzo.	1810	2	Marzo.	1815	Regimiento de la Reina.
2	Junio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Guadalajara.
1	Julio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de San Marcial.
1	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Navarra.
1	id.	id.	15	Setiembre.	1811	Regimiento 3.° de Iberia.
17	Agosto.	id.	1	Octubre.	1810	Regimiento 1.° de Guadix.
20	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Borbon.
1	Setiembre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Sevilla.
6	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Toledo.
8	id.	id.	26	Abril.	1811	Estinguido.
14	Abril.	1811	2	Marzo.	1815	Regimiento del Infante D. Antonio.
15	Mayo.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Lorena.
18	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento Imperial Alejandro.
9	Julio.	id.	14	Noviembre.	1814	Estinguido.
11	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Murcia.
11	Agosto.	id.	9	Diciembre.	1824	Batalla de Ayacucho.
15	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento antiguo voluntarios de Navarra.
30	id.	id.	17	Febrero.	1815	Pasó á Ultramar.
1	Setiembre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Asturias.
1	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Victoria.
15	id.	id.	20	Junio.	1814	Estinguido.
15	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Cantabria.
15	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Cantabria.
25	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Hostalrch.
8	Octubre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de América.
1	Noviembre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Aragon.
2	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Bailen.
7	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento antiguo 1.° voluntarios de Cataluña.
27	Diciembre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Hibernia.
1	Marzo.	1812	2	Marzo.	1815	Regimiento de Mallorca.
1	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Leon.
30	Abril.	id.	23	Junio.	1814	Montevideo.
1	Mayo.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Cantabria.
8	id.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Burgos.
12	id.	id.	1	Julio.	1812	Regimiento antiguo 1.° voluntarios de Cataluña.
20	Julio.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Castilla.
8	Octubre.	id.	2	Marzo.	1815	Regimiento de Granada.

RESÚMEN.

	218	Regimientos de infantería de línea.	298 batallones.
	101	Regimiento de infantería ligera.	119 batallones.
Total general. .	319		417 batallones.

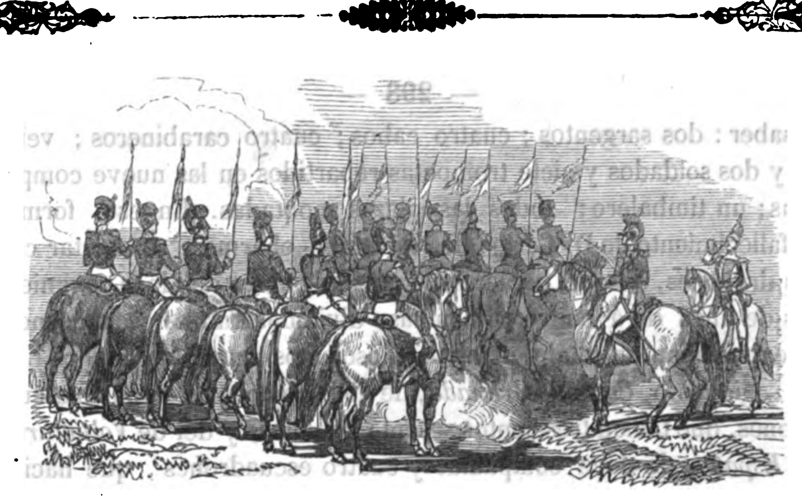
COMPAÑIAS SUELTAS.

DE PATRIOTAS.		DE DESERTORES.		PROVINCIALES.		GUIAS.	
Meneses.	1	Estranjeros.	1	Monzon.	1	Del 1.er ejército. . . .	1
Cerezo.	1	Portugueses.	1	San Pablo.	2	Del 2.° ejército.	2
Benaven.	1	Alemanes.	1	San Felipe.	1	Del 3.er ejército. . . .	1
Arzu.	4			Cataluña.	2	Del 4.° ejército. . . .	1
Guijarro.	1			Valencia.	1	Del 5.° ejército.	1
Castillejo (Archidona).	1			Andalucía.	2	Del 6.° ejército.	1
				Asturias.	2	Del 7.° ejército.	1
				Cartagena.	1	De la reserva de Andalucía.	1
				Tarragona.	1		

ESTRAORDINARIAS.

Compañía de honor de Cataluña.	1
Id. del Buen órden del ejército del Centro.	1
Id. de Obreros.	1
Id. Granaderos de Andalucía.	1
Id. Granaderos de Estremadura.	1
Id. Volteadores de Castilla.	1
Id. Tiradores de Estremadura.	1

Resúmen total, 41 compañias, 3800 hombres.



CAPITULO XVI.

1787---1814.

Disposiciones relativas á la caballería (1).

REFORMA DE 1787.—FUERZA DE CABALLERÍA EXISTENTE A LA MUERTE DE CÁRLOS III.—VESTUARIO EN 1792.—REFORMA EN EL CUERPO DE DRAGONES.—NUEVO UNIFORME.—SUPRESION DE LOS DRAGONES.—NUEVA ORGANIZACION.—SE RESTABLECEN LOS DRAGONES.—SU VESTUARIO.—REFORMA DE 1811.—CUADRO GENERAL DE LOS CUERPOS CREADOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.



Descritas ya las vicisitudes por que pasó nuestra infantería durante la guerra sostenida contra el francés, vamos á ocuparnos de las transformaciones sufridas por la caballería hasta la misma fecha desde 1787.

Reformados los cuartos escuadrones en virtud de un segundo mandato de 4 de marzo de 1787, resultaron los regimientos con tres de á tres compañías con treinta y dos hombres,

(1) Véase el capitulo IV, libro 2.°, tomo 1.°, pág. 189; IV del libro 3.°, tomo 1.°, pág. 270; III del libro IV, tomo 1.°, pág. 381; XIV del libro 1.°, tomo 2.°, pág. 259; XV del tomo 2.°, pág. 515; X del tomo 3.°, pág. 321; XX del tomo IV, pág. 153; XVIII del tomo 4.°, pág. 460, y VI del tomo 5.°, pág. 313.

á saber: dos sargentos; cuatro cabos; cuatro carabineros; veinte y dos soldados y siete trompetas repartidos en las nueve compañías; un timbalero: todas las plazas montadas. En esta forma, al fallecimiento de D. Cárlos III, constaba el arma, sin contar con los dragones, de que hablaremos mas adelante, de doce regimientos de línea de á nueve compañías, divididas en tres escuadrones, que formaban un total de tres mil doscientos cuarenta caballos; de un regimiento, *Costa de Granada*, de doce compañías y cuatro escuadrones, que tenian trescientos sesenta caballos; y del de *Voluntarios de España*, de doce compañías y cuatro escuadrones, que hacian cuatrocientos ochenta caballos, siendo de consiguiente la fuerza total de cuatro mil ochenta caballos.

Volvieron las compañías al pié de cuarenta hombres montados por disposicion de 14 de marzo y 23 de agosto de 1789, y se encargó á los regimientos el aumento de cinco mas, reservándose S. M. señalar el tiempo que debia tener efecto esta determinacion, porque dependia del resultado que diera el estado de agitacion en que se encontraba el vecino reino.

Despues de estallar la revolucion, los pactos de amistad que nos unian con la Francia, quedaron disueltos, y la guerra fué inevitable ya con los republicanos. Los ejércitos marcharon al Pirineo; y por Real disposicion de 28 de marzo de 1793 aumentáronse en cada uno de los doce regimientos de caballería, veinte plazas montadas por compañía sobre las cuarenta que entonces tenian, quedando en tres escuadrones de á tres compañías con sesenta plazas. Por la misma causa, en 13 de junio, se mandó aumentar en cada compañía un sargento, dos cabos, y dos carabineros; y por otra real órden de 13 de julio, los vestuarios corrieron por cuenta de los cuerpos, abonándose mensualmente por plaza catorce reales, diez y ocho maravedís, catorce ciento treinta y nueve avos, por razon de gran masa. En este mismo año se crearon los carabineros de María Luisa. La guerra continuaba, y preciso le fué al gobierno acrecer la caballería, lo que efectuó en 7 de julio de 1794, aumentándola con diez hombres montados por compañía; un primer teniente con grado de capitan, y sueldo de quinientos reales mensuales, elevándose la fuerza de cada una á setenta plazas montadas, inclusos tres sargentos.

1

2

Gimenez del

Imp Lemercier, Paris

V Adam del

mpo,

al de
ecion
cual,
s por
do de
lando
clusos
abian

e esta
some-

o mo-

y vivo

vivo

orro y

, vivo,

y vivo

lta ne-
ado.
y vivo

sustitu-

amari-

(1792 à 1793)

V Adam del

Por lo que concierne al uniforme de esta arma en este tiempo, véase la adjunta lámina.

El núm. 1 representa un soldado de caballería de línea.

El número 2, un húsar.

Por Real órden de 24 de junio de 1795, el inspector general de dragones, príncipe de Monforte, arregló los regimientos con sujecion á la disposicion soberana de 7 de julio del año anterior; por la cual, los de caballería de línea aumentaron diez hombres montados por compañía, y un primer teniente con grado de capitan y sueldo de quinientos reales mensuales, como acabamos de decirlo, quedando por consiguiente en un total de setenta plazas montadas, inclusos tres sargentos; pero con la diferencia de que los dragones habian de tener cincuenta solo montadas, y diez desmontadas.

En el signiente año dispuso el Rey modificar el vestuario de esta arma, tanto en el corte como en los colores de la divisa, y le sometió con este objeto á las prescripciones siguientes:

Rey. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta y vivo morado, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

Reina. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta y vivo azul celeste, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

Almansa. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta y vivo azul turquí, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

Pavía. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta, forro y vivo encarnado, chupa, calzon y boton blanco.

Villaviciosa. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta, vivo, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

Sagunto. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta y vivo verde, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

Numancia. Casaca y capa amarilla, solapa, cuello y vuelta negra, vivo amarillo, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

Lusitania. Casaca, solapa y capa amarilla, cuello, vuelta y vivo negro, chupa, calzon y boton blanco, forro encarnado.

A las fornituras de ante, que usaban los dragones, se les sustituyó con la bandolera y cinturon de baqueta negra.

Las mantillas y tapafundas en todos los regimientos eran amari-



llas, guarnecidas de un solo galon de estambre para la tropa, y de plata las de los sargentos y oficiales, con solo la diferencia, de ser el galon en estos, doble de ancho.

En 1795 el arma de caballería se componia de diez y seis regimientos de á doce compañías, repartidos en cuarenta y ocho escuadrones, formando un total de seis mil cuatrocientos cuarenta caballos; y bajo esta plantilla la alcanzó la paz; y con ella se mantuvo hasta que por reglamento de 30 de enero de 1803, cada regimiento se compuso de cinco escuadrones de á dos compañías, y estas de capitan, teniente, alférez, un sargento primero, dos segundos, un trompeta, cuatro cabos primeros, cuatro segundos, cuatro carabineros, treinta y ocho soldados montados, y trece desmontados, incluso un herrador; de modo que cada compañía quedó con sesenta y siete hombres y cincuenta y cuatro caballos; cada escuadron con ciento treinta y cuatro hombres, y ciento ocho caballos; y cada regimiento con seiscientos setenta hombres y quinientos cuarenta caballos. La plana mayor la constituyeron el coronel, teniente coronel, sargento mayor, cinco ayudantes, cuatro porta-estandartes, capellan, cirujano, mariscal mayor montado, trompeta de órden montado, picador, sillero, y armero.

El vestuario de la caballería de línea y húsares sufrió algunas modificaciones en 1801.

Véase la adjunta lámina.

El número 1 es un soldado de línea.

El número 2, un húsar.

El reglamento de 1803 suprimió el instituto de dragones, convirtiéndolo en cazadores á caballo y húsares.

Y en virtud de esta reforma el arma de caballería quedó organizada del modo siguiente:

CABALLERIA DE LINEA.

Rey, 1.°	Alcántara, 7.°
Reina, 2.°	España, 8.°
Príncipe, 3.°	Algarbe, 9.°
Infante, 4.°	Cataluña, 10.
Borbon, 5.°	Santiago, 11.



Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris. V. Adam lith.

llas, guarnecidas de un solo galon de estambre par
plata las de los sargentos y oficiales, con solo la
el galon en estos, doble de ancho.

En 1795 el arma de caballería se componi
mientos de á doce compañías, repartidos e
cuadrones, formando un total de seis mi
caballos; y bajo esta plantilla la alcanzó
tuvo hasta que por reglamento de 30 d
gimiento se compuso de cinco escuadr
estas de capitan, teniente, alférez
segundos, un trompeta, cuatro
dos, cuatro carabineros, treint
trece desmontados, incluso un
pañía quedó con sesenta y si
ballos; cada escuadron con
tò ocho caballos; y cada r
y quinientos cuarenta cab
coronel, teniente coron
porta-estandartes, ca
trompeta de órden r

El vestuario d
modificaciones e

Véase la a

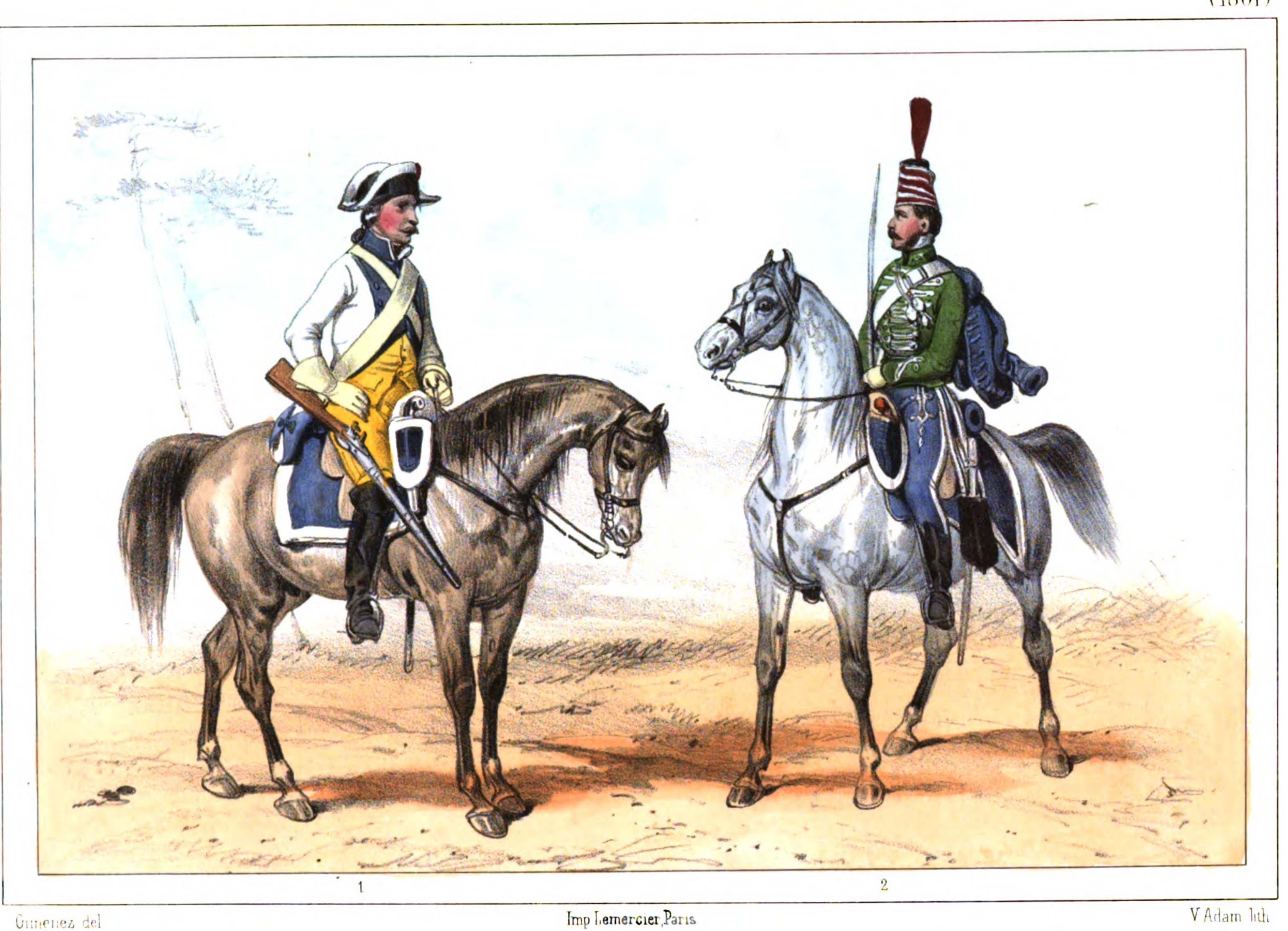
El númer

El núm

El reg
virtiénd

Y
zada





1 2

Gimenez del. Imp Lemercier, Paris V Adam lith.

Farnesio, 6.°	Montesa, 12.

CAZADORES DE A CABALLO.

Rey, 1.°	Pavía, 4.°
Reina, 2.°	Villaviciosa, 5.°
Almansa, 3.°	Sagunto, 6.°

HÚSARES.

Numancia, 1.°	Voluntarios de España, 4.°
Lusitania, 2.°	María Luisa, 5.°
Olivenza, 3.°	Españoles, 6.°

Mas no se tardó mucho tiempo en reconocer el error cometido al suprimir los dragones. Tenia en su favor este instituto grandes hechos de armas. La historia, unida á la esperiencia, abogaba por él con elocuencia. El mismo príncipe de la Paz, autor de esta desacertada medida, confesó ingenuamente que no se habia estudiado esta cuestion con la madurez que requeria su importancia y se apresuró á restablecer en el ejército aquellos cuerpos que tan grandes servicios habian prestado, inmortalizando el nombre español en diferentes puntos del globo. Por Real decreto de 30 de enero de 1805, reaparecieron los dragones, y se les dió con el sombrero apuntado el vestuario que á continuacion se espresa.

Rey. Casaca, forro, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones; solapa, cuello y vivos carmesí; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Reina. Casaca, forro, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones; solapa, cuello y vivos encarnados; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Almansa. Casaca, forro, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones: solapa, cuello y vivos azul celeste; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Pavía. Casaca, forro, cuello, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones; solapa y vivos encarnados; ojales en la solapa, laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walóna, con cuatro botones.

Villaviciosa. Casaca, forro, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones; solapa, cuello y vivos verdes; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Sagunto. Casaca, forro, cuello, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela y cuatro botones; solapa y vivos verdes; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Numancia. Casaca, forro, cuello, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones; cuello, solapa y vivos negros; ojales en la solapa, laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Lusitania. Casaca, forro, cuello, chaleco, calzon y capote amarillo limon; vuelta con portezuela, y cuatro botones; solapa y vivos negros; ojales en la solapa; laurel y sable recto en el cuello, y boton blanco de cabeza de turco; cartera á lo largo en los faldones, á la walona, con cuatro botones.

Esta disposicion, que fué aplaudida por todas las notabilidades del ejército, hizo que la caballería propiamente dicha quedase reducida á los doce regimientos de línea de que hemos hablado mas arriba, á los cazadores de Olivenza y voluntarios de España y á los húsares de María Luisa y Españoles.

En 1808 recibió esta arma un aumento considerable á impulsos del entusiasmo con que se lanzaron los españoles á pelear contra el ejército invasor. En todas las provincias se improvisaron muchos escuadrones de diferentes institutos, como lo demuestra el estado siguiente:

DRAGONES.

NOMBRES.	JEFES.	Creacion. DIA.	MES.	AÑO.
Cáceres. . .	D. Agustin Sanchez.. . . .	1.°	Julio.	1808
Castilla. . .	D. José Taberner.	1.°	Agosto. . . .	1808
Madrid. . .	D. Manuel Freire..	15	Setiembre. .	1808
Granada.. .	D. Manuel de la Cruz.. . .	29	Idem.. . . .	1808
2.° Lusitania. .	D. Francisco Chaperon.. .	15	Julio.	1809
Soria. . . .	D. Antonio Camporedondo.	22	Febrero. . .	1811

CABALLERIA DE LINEA.

Voluntarios de Sevilla.	Marqués de Albentos. . .	1.°	Junio.	1808
Voluntarios de Ciudad-Rodrigo.	D. Antonio Reguilon. . .	4		
Carabineros Reales de Estremadura.	D. Gregorio Laguna. . . .	7	Set.. .	Id.
Perseguidos de Andalucia, antes Fuerzas unidas.	D. Fernando de Ayala. . .	14		
2.° de Alcántara.	Marqués de Gelo.	28	Octub.	Id.

CAZADORES.

Granada de Llerena antes voluntarios de Alcántara.	D. José Pineda.	28	Mayo..	Id.
Maestranza de Valencia, despues cazadores de Valencia. .	D. Antonio Barrios. . . .	1.°	Junio..	Id.
Sevilla.	D. Juan Espinosa.	11	Julio. .	Id.
Fuen-Santa.	D. Domingo Vasallo. . . .	1.°	Agosto.	Id.
Sagrario de Toledo, antes voluntarios de Trujillo.	D. Gerónimo Puig Amigó.	28	Setiembre.	

HÚSARES.

1.° de Estremadura.	D. Agustin Sanchez. . .	15	Julio. .	Id.
2.° de Estremadura.	D. Rafael Mariano.	15		
Granada.	Marqués de Campo-Verde.	18		
Fernando VII, antes granaderos de Fernando VII.	Conde de Fernan Nuñez. .	12	Nov.. .	Id.

LANCEROS.

Utrera.	D. Cayetano Sanabria. .	25	Mayo..	Id.

El reglamento provisional de 1.° de diciembre de 1811, suprimió los dragones de Cáceres, Castilla, Madrid y 2.° de Lusitania. Dejaron tambien de existir el regimiento de línea de Tejas y los hú-

sares de María Luisa y 1.° de Estremadura, refundiéndose en otros cuerpos ó sirviendo de base para su organizacion.

Por Real órden de 1.° de octubre de 1808, se dispuso que cada regimiento de caballería constase de cuatro escuadrones de á tres compañías cada uno: cada compañía de capitan, teniente, alférez, tres sargentos, un trompeta, cuatro cabos, cuarenta y dos soldados montados, y once desmontados, incluso un herrador; y la plana mayor, de coronel, teniente coronel, sargento mayor, cuatro ayudantes, cuatro portas, trompeta de órden, timbalero, mariscal y picador montados.

El general Castaños, esplotando con habilidad el entusiasmo de los andaluces, y secundado por el gobierno, obtuvo en este mismo año un aumento considerable en el arma de caballería, pero en el siguiente se le dió aun mayor desarrollo, creándose los cuerpos que á continuacion se espresan:

CABALLERIA DE LINEA.

CUERPOS.	JEFES.	CREACION.
Cruzada de Alburquerque. . .	D. Gabriel Corrales. . . .	20 abril.
2.° de Santiago.	D. Manuel Sisternes.. . .	1.° junio.
Cuenca.	D. Juan de los Rios. . . .	14 julio.
2.° de Algarve.	D. Cárlos Tassier.	8 noviembre.
CAZADORES.		
Montañas de Córdoba.	D. Juan Blasco Negrillo. .	1.° enero.
Francos de Castilla, primer escuadron.	D. Rafael Santisteban. . .	1.° abril.
Francos de Castilla, segundo escuadron.	D. Francisco del Aguila.	1.° mayo.
Navarra.	D. Manuel Gurrea.. . . .	1.° agosto.
HÚSARES.		
Aragon, antes Daroca.	D. Joaquin Navarro. . . .	1.° agosto.
Cataluña, antes San Narciso. .	D. Luis de Creef.	5 diciembre.
Rioja..	D. Bartolomé Amor. . . .	15 noviembre.
Iberia.	D. Manuel Armijo.	29 noviembre.
Navarra, antes corso terrestre de Navarra.	D. Francisco Javier Mina.	18 marzo.
Francos de Castilla.	D. Viemond Bernete.. . .	1.° setiembre.

LANCEROS.

Jeréz de la Frontera.	Marqués de Campo Real.	19 abril.
Sevilla.	D. Vicente Planchon. . .	30 julio.

En 30 de enero se organizó esta arma provisionalmente en regimientos de á cuatro escuadrones, constando el escuadron de tres compañías y la compañía de ochenta y un hombres y setenta y un caballos, que hacian un total de novecientos setenta y dos de los primeros, y de ochocientos cincuenta y dos de los segundos.

En 23 de abril sufrieron las compañías alguna alteracion; pues, por soberana disposicion de esta fecha, cada una de ellas llegó á constar de capitan, teniente, alférez, tres sargentos, un trompeta, ocho cabos, cuarenta y ocho soldados y carabineros, ó granaderos montados, once desmontados incluso un herrador. La plana mayor se compuso de coronel, teniente coronel, dos comandantes, un sargento mayor, cuatro ayudantes, cuatro portas, capellan, cirujano, picador, mariscal mayor, trompeta de órden, timbalero, armero y sillero.

En 15 de julio se hizo tambien una modificacion en el número de escuadrones, supriméndose uno por regimiento. Mas esta rebaja, efecto de las muchas pérdidas sufridas en una contínua y encarnizada lucha, fué compensada por la creacion de los cuerpos siguientes que tuvo lugar en 1810.

CAZADORES.

NOMBRES.	JEFES.	CREACION.
Mancha.	D. Francisco Abad (a) Chaleco.	30 marzo.
Ubrique.	D. Gregorio Fernandez. .	22 mayo.

GRANADEROS.

4.º ejército, vulgo Witingham.	D. Juan Manuel Pereiro.	29 abril.

CORACEROS.

Españoles.	D. Juan Malatz.	24 mayo.

HÚSARES.

Galicia.	D. Francisco Mahi. . . .	1.° enero.
Leon.	D. Nicolás Salvador. . . .	1.° febrero.
Guadalajara.	D. Juan Martin, el Empecinado.	22 febrero.

LANCEROS.

1.° de Castilla.	D. José Martin.	27 mayo.

En este mismo año fueron estinguidos los voluntarios de Ciudad-Rodrigo y los cazadores de Fuen-Santa y montañas de Córdoba, refundiéndose los primeros en el regimiento de la Reina y los demas en el batallon de desmontados del Infante.

En el siguiente año, esta arma volvió á ser objeto de nuevas é importantes disposiciones. El inspector general, penetrado de la necesidad de hacer en ella algunas innovaciones, recurrió al gobierno sometiéndole las ideas que en su concepto habian de realizarse, y recayó en esta propuesta la Real órden que sigue.

«El consejo de regencia convencido en la urgente necesidad de un arreglo general en la caballería de los ejércitos, y que se dé la organizacion conveniente á la fuerza de que se compone en el dia esta arma, se ha servido aprobar el plan que V. S. ha presentado con fecha de 1.° de febrero último, y en su consecuencia ha resuelto que sean treinta los regimientos de que debe constar la caballería española, distribuida en la forma que espresa la adjunta relacion, á saber: los doce regimientos antiguos como caballería de línea; diez de dragones; cuatro de cazadores; y cuatro de húsares; y que ademas se conserven por ahora los escuadrones provinciales que en ella se manifiesta, dándole el sistema general de los demas segun permitan las circunstancias.— «Atendiendo al actual estado incompleto de los regimientos, constando unos con otros de tres escuadrones, y dos de ellos montados; quiere S. A. que en todos los ejércitos se organice y arregle la fuerza desmontada en batallones análogos á la infantería al mando de sus jefes y oficiales, sirviendo como granaderos conforme á ordenanza, ó bien agregados á la artillería, interin no se adquieran los caballos que se necesitan.» —«Igualmente ha resuelto que se establezca en los ejércitos escuadrones de preferencia, contando con la compañía de carabineros ó granaderos que tiene cada regimiento de caballería ó dragones, reuniéndolos en escuadrones separados para emplearlos en las reservas y acciones de empeño, interin llegan las dos mil corazas que se aguardan de Inglaterra; y que luego que se haya arreglado la caballería en todos los ejércitos, proceda V. S. á llenar los empleos de jefe y oficiales entre los que hayan

quedado reformados y merezca mandar; no debiendo proveerse en adelante mas empleos que los que correspondan á la fuerza de escuadrones y compañías como está prevenido para los sargentos y cabos. Lo traslado á V. para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca. Dios guarde á V. muchos años: Cádiz 6 de abril de 1811.—Y lo comunico á V. S. para los efectos indicados. Dios guarde á V. S. muchos años: Cádiz 20 de abril de 1811.—Heredia.

Relacion de los regimientos antiguos y modernos de que ha de constar el arma de caballería.

CABALLERIA DE LINEA.

Rey.	Infante.	Alcántara.	Calatrava.
Reina.	Borbon.	España.	Santiago.
Príncipe.	Farnesio.	Algarve.	Montesa.

DRAGONES.

Rey.	Almansa.	Villaviciosa.	Numancia.	Granada.
Reina.	Pavía.	Sagunto.	Lusitania.	Madrid.

CAZADORES.

Olivenza.	Voluntarios de España.	Sevilla.	Valencia.

HÚSARES.

Estremadura.	Españoles.	Granada.	Fernando VII.

Notas. El regimiento de caballería provisional que tiene la mayor parte de la oficialidad del Rey, tomará este nombre que debe mantener por ser el primero de caballería, y en memoria de su distinguida conducta en la batalla de Talavera. El de línea, voluntarios de Madrid, pasará á hacer de dragones para completar con el nuevo de Granada y los ocho antiguos, los diez que se detallan.

El de granaderos de Fernando VII se nombrará de húsares para que resulte el número de cuatro con los dos antiguos y el de Granada. El de cazadores, nombrado de la Real Maestranza de Valencia, se denominará en lo sucesivo solamente de Valencia; y el dictado de: Reales de Granada, cesará tambien porque no deben de diferenciarse en este privilegio, siendo su constitucion igual á la demas.

Escuadrones provinciales de nueva creacion que se deben conservar por ahora.

INSTITUTOS.	ESCUADRONES.
Caballería.	Cuenca.
Dragones.	Soria.
Cazadores.	Ubrique.

HÚSARES.

Cataluña. Aragon. Galicia. Cantabria. Castilla.

Nota. El escuadron de húsares, nombrado de San Narciso, se denominará en lo sucesivo Húsares de Cataluña, como queda indicado en la precedente relacion. Cádiz 6 de abril de 1811.

Por esta disposicion superior los regimientos quedaron al pié de tres escuadrones, y se crearon los cuerpos siguientes:

HÚSARES.

NOMBRES.	JEFES.	CREACION
Búrgos.	D. Julian Sanchez.	6 abril.
Numantinos.	D. Juan Palarea.	26 abril.

CAZADORES.

Jaen.	D. Bernardo Marquez.	15 abril.
Provisional de Galicia.	D. Simon Manso.	1.° setiembre.
Madrid.	D. Ignacio Pallejá	1.° setiembre.

LANCEROS.

Estremadura, llamada legion estremeña.	D. Joaquin Taberner.	18 setiembre.

GRANADEROS.

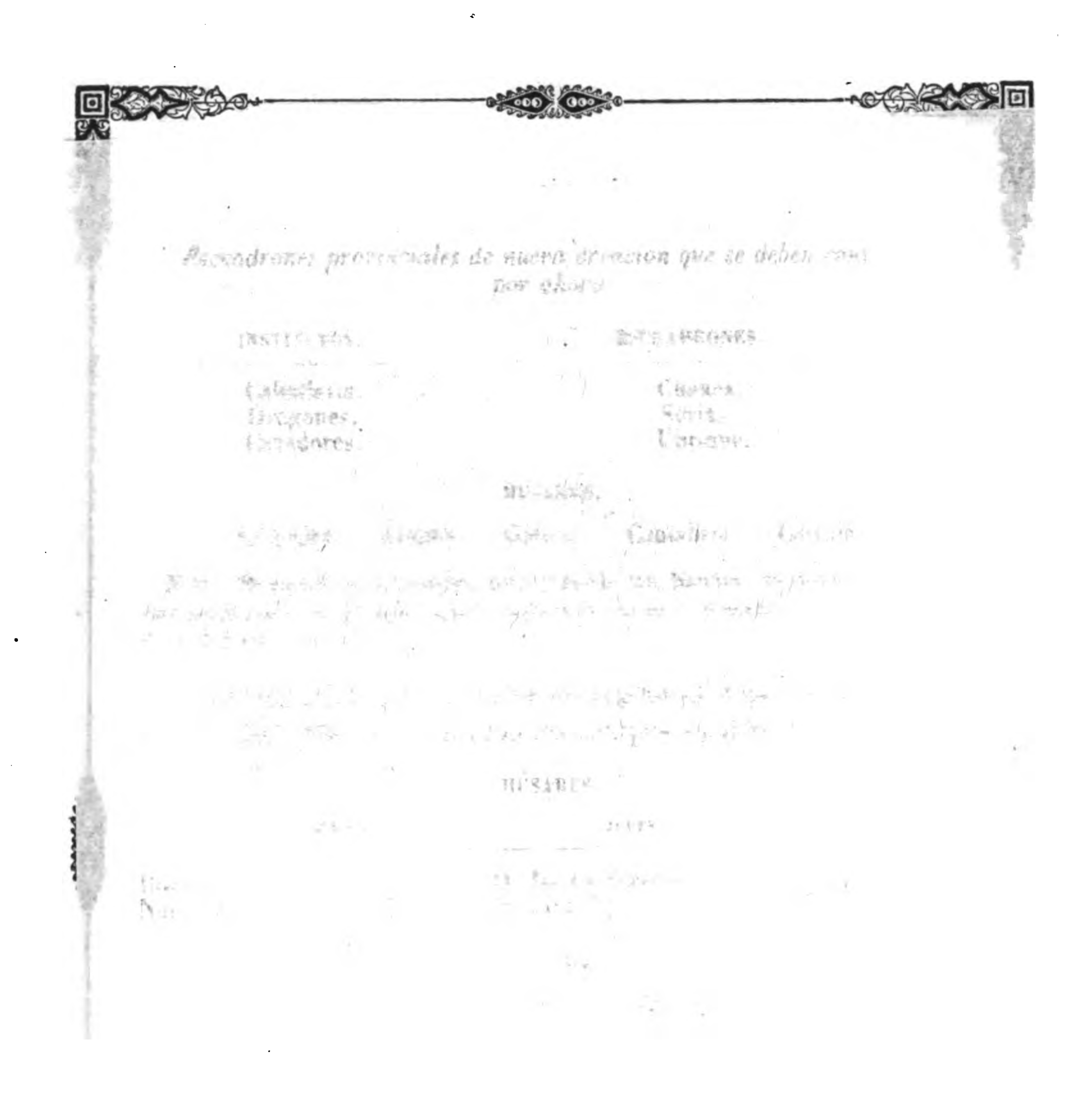
4.° ejército, ó de Galicia.	D. Francisco Ramonet.	1.° setiembre.

Durante la guerra de la Independencia, se hicieron algunas variaciones en los uniformes. Pero estas, ademas de ser de poquísima importancia, eran hijas de las especiales circunstancias en que se hallaba el pais. Las prescripciones del año 1802 fueron en lo general la norma constante de los cuerpos hasta 1815.

Véanse las adjuntas láminas.

(1802)





(1802)



Jimenez del.   Imp. Lemercier Paris   V Adam lith

(1802)



1 2

Gimenez del. Imp. Lemercier Paris V. Adam lith.

(1802)



V Adam lith

En la 1.ª el número 1 representa un soldado de línea, y el 2 un cazador.

En la 2.ª el número 1 es tambien un soldado de caballería ligera, y el número 2 un húsar.

Por poco que se reflexione sobre las disposiciones de que fueron objeto las armas de infantería y caballería en estos últimos seis años, se comprenderá fácilmente que no síempre estuvo la cabeza de acuerdo con el corazon; que la ciencia con sus cálculos severos hubo de ceder con frecuencia ante las ardientes inspiraciones del espíritu religioso y monárquico, fortalecido en grado heróico por un acendrado patriotismo.

La religion, el rey y la patria eran la única divisa de los españoles. A la religion se la ve simbolizada especialmente por los regimientos de la Fé, Santa Fé, Santa Cruzada, Nuestra Ssñora del Pilar y Nuestra Señora del Cármen; al amor al réy, por los de San Fernando, 1.° y 2.° de Fernando VII, Leales de Fernando VII, Granaderos Reales de Fernando VII, 1.°, 2.° y 3.° de Cazadores de Fernando VII; y al patriotismo, por el de la Patria, los batallones 1.°, 2.°, 4.° y 5.° Voluntarios de Aragon, Defensores de la Patria, Voluntarios de la Patria y Veteranos de la Patria. Estos tres poderosos sentimientos, para cuya fuerza unida no habia *imposibles*, no echaban de menos los recursos de la ciencia y del arte; y obrando casi por sí solos, vencieron obstáculos mas difíciles de superar que las mismas armas de Napoleon, pues no hay duda que los delirios del gobierno central hicieron á veces mucho mas que los generales de Napoleon para la pérdida de nuestra santa causa, como demostraremos en otra parte. Mientras tanto nos concretaremos á cerrar esta reseña con el cuadro general de los cuerpos de caballería creados durante la guerra de los seis años, como lo hemos hecho en lo concerniente á la infantería.

CUA

demostrativo de los regimientos y escuadrones sueltos de los diferentes institutos montados, Diciembre de 1811.

CABALLERIA

Num.	NOMBRES.	Escuadrones.	Caballos. Fuerza.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.
	Sevilla.	4	764	El marqués de Alventos.
	Ciudad-Rodrigo.	2	300	D. Antonio Reguilon.
	Granaderos de Fernando VII, despues húsares de Fernando VII	3	540	El conde de Fernan-Nuñez.
2.°	Alcántara.	2	280	El marqués de Gelo.
	Perseguidos de Andalucía, antes fuerzas unidas.	4	480	D. Fernando de Ayala.
2.°	Santiago.	4	540	D. Manuel Sisternes.
	Cuenca.	2	322	D. Juan de los Rios.
2.°	Algarve.	4	600	D. Cárlos Tassier.
	Granaderos del IV ejército.	3	360	D. Juan Manuel Pereira.
	Coraceros Españoles.	2	360	D. Juan Malatz.
	Granaderos del VI ejército.	3	482	D. Francisco Ramonet.

LANCE

1.°	Castilla.	5	800	D. José Martin.
2.°	Castilla.	8	400	El marqués de España.

HÚSA

1.°	Estremadura, despues Bailen.	5	491	D. Agustin Sanchez.
2.°	Estremadura.	5	491	D. Cristobal Mariano.
	Francos de Valencia.	3	640	D. Asensio Nebot.
	Granada.	3	720	El marqués de Campo-Verde.
	Castilla.	4	720	D. Vicente Bremont.
	Iberia.	4	480	D. Juan Palarea.
	Cataluña, antes San Narciso.	3	640	D. Luis Decreff.
	Aragon, antes Daroca.	4	480	D. Joaquin Navarro.
	Galicia.	4	480	D. Franciso Maby.
	Navarra.	4	480	D. Francisco Javier de Mina.

CAZA

	Volunt. de Alcántara, despues Granada de Llerena.	3	456	D. José Pineda.
	Maestranza de Valencia.	4	720	D. Antonio Ramos.
	Imperial del sagrario de Toledo.	4	600	D. Gerónimo Puig de Amigó.
	Sevilla.	4	560	D. Juan Espinosa.
	Fuen-Santa.	3	300	D. Domingo Vasallo.
	Montañas de Córdoba.	2	300	D. Juan Blanco Negrillo.
	Francos de Andalucía.	2	339	D. Francisco del Aguila.
	Provincial de Galicia.	2	200	D. Simon Manso.
	Jaen.	4	344	D. Bernardo Marquez Osorio.
	Guadalajara.	4	320	D. Juan Martin el Empecinado.

DRA

1.°	Lusitania.	4	948	D. Ramon Avilés.
2.°	Cáceres.	4	528	D. Agustin Sanchez.
	Castilla.	2	300	D. José Taberner.
	Madrid.	4	948	D. Manuel Freyre.
	Granada.	4	600	D. Manuel de la Cruz y Losas.
	Soria.	3	300	D. Antonio Campo-Redondo.

DRO

levantados durante la gloriosa guerra de nuestra independencia desde Junio de 1808 hasta

DE LINEA.

CREACION. Dia.	Mes.	Año.	REFORMA. Dia.	Mes.	Año.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON Ó PUNTOS DONDE SE ESTINGUIERON.
1	Junio.	1808	1	Junio.	1811	Pasó al regimiento de Montesa.
8	Id.	id.	4	Agosto.	1810	Id. al de la Reina.
15	Setiembre.	id.	1	Mayo.	1811	Reformado.
27	Octubre.	id.	30	Junio.	1811	Fué destinado á la organizacion del regimiento de Alcántara.
1	Mayo.	1809	1	Mayo.	1811	Pasó al de Voluntarios de España.
1	Junio.	id.	6	Abril.	1811	Id. al del Rey.
14	Julio.	id.	30	Abril.	1813	Id. á los regimientos de Almansa y Olivenza.
8	Noviembre.	id.	1	Junio.	1815	Id. al de Algarve.
15	Abril.	1810	1	Junio.	1812	Id. á los regimientos de Almansa y Olivenza.
24	Mayo.	id.	1	Junio.	1818	Id. al de la Reina.
20	Octubre.	1811	1	Junio.	1815	Id. á los de la Reina, Borbon é Infante.

ROS.

10	Mayo.	1810	1	Junio.	1818	Id. al de Montesa.
30	Diciembre.	1811	1	Junio.	1815	Id. al del Infante.

RES.

14	Junio.	1808	1	Junio.	1818	Id. al de Alcántara.
14	Id.	id.	1	Junio.	1818	Id. al de Bailen.
25	Id.	id.	30	Junio.	1811	Estinguido.
4	Id.	1809	27	Setiembre.	1815	Se refundió en el de Numancia.
1	Setiembre.	id.	1	Mayo.	1813	Id. en el del Rey.
1	Id.	id.	1	Junio.	1818	Id. en el de Calatrava.
5	Diciembre.	id.	1	Octubre.	1814	Id. en el de Numancia.
15	Abril.	1810	30	Abril.	1813	Id en el de Almansa y Olivenza.
1	Enero.	1811	22	Setiembre.	1815	Id. en el de Lusitania.
1	Id.	id.	27	Setiembre.	1815	Id. en el de Calatrava.

DORES.

28	Mayo.	1808	1	Junio.	1815	Pasó al depósito de Ultramar.
1	Junio.	id.	1	Junio.	1815	Id. al regimiento dragones de Almansa.
30	Id.	id.	1	Junio.	1815	Id. al regimiento del Infante.
11	Julio.	id.	1	Junio.	1815	Id. al depósito de Ultramar.
1	Agosto.	id.	1	Junio.	1815	Reformado y refundido en varios cuerpos.
15	Enero.	1809	1	Junio.	1815	Regimiento del Infante.
1	Abril.	id.	1	Mayo.	1815	Regimientos de Madrid y Granada.
15	Setiembre.	1811	1	Junio.	1815	Regimiento de Lusitania.
1	Noviembre.	id.	1	Junio.	1815	Regimiento de Santiago.
24	Diciembre.	id.	1	Junio.	1818	Regimiento de Granada.

GONES.

25	Junio.	1808	1	Junio.	1811	Regimientos de dragones Reina y Villaviciosa.
7	Julio.	id.	1	Junio.	1815	Pasó á reorganizar el regimiento de Lusitania.
1	Agosto.	id.	23	Enero.	1809	Se refundió en el de Borbon.
15	Setiembre.	id.	»	»		
29	Id.	id.	7	Setiembre.	1813	Regimientos de dragones Reina, Sagunto y Numancia.
6	Julio.	1810	1	Noviembre.	1814	Regimientos Príncipe, Numancia y Lusitania.

ESCUADRONES SUELTOS.

Linea.	Carabineros Reales de Estremadura	150
	Las Córtes	100
	Guardias de honor de Sevilla	100
	Leales de Fernando VII	100
	Cruzada de Alburquerque	162
	Legion Estremeña	162
Húsares.	Burgos	150
	Asturias	120
	Leon	116
	Valencia	120
Dragones.	Seccion de yeguas	200
Lanceros.	Estremadura	100
	Sevilla	150
	Jerez de la Frontera	200
	Utrera	140
	Alemanes	159
Cazadores.	Cantabria	150
	Castilla	150
	Ubrique	180
	Cuenca	80
	Mancha	116
	Madrid	100
		3005

RESUMEN.

39 Regimientos caballería de línea, ligera y dragones	138 escuadrones	19,613 caballos.
22 Escuadrones sueltos de los mismos institutos	22 escuadrones	3,005 caballos
Total general	160 escuadrones	22,618 caballos.

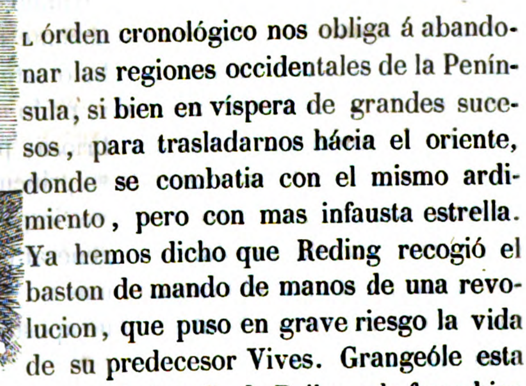


Vista de Gerona.

CAPITULO XVII.

1809.

REDING.—ESTADO DE LA GUERRA EN CATALUÑA.—SUCESOS DE ARAGON.—BATALLA DE ALCAÑIZ.—DESASTRES DE ZARAGOZA Y BELCHITE.—BATALLA DE TALAVERA.—SEVERIDAD DE CUESTA.—RETIRADA DE LOS FRANCESES Á DIVERSOS PUNTOS.—BATALLA DE TAMAMES.—IDEM DE OCAÑA.—SITIO DE GERONA.—DESCRIPCION DE ESTA PLAZA.—ENTUSIASMO DE LOS GERUNDENSES.—ADMIRABLE DEFENSA DE GERONA.—SE AGOLPAN CONTRA ELLA TODO GÉNERO DE MALES.—CAPITULACION.



El órden cronológico nos obliga á abandonar las regiones occidentales de la Península, si bien en víspera de grandes sucesos, para trasladarnos hácia el oriente, donde se combatia con el mismo ardimiento, pero con mas infausta estrella. Ya hemos dicho que Reding recogió el baston de mando de manos de una revolucion, que puso en grave riesgo la vida de su predecesor Vives. Grangeóle esta distincion su brillante conducta en la batalla de Bailen y la fama bien

merecida de activo, sagaz, valiente y pundonoroso. Estas prendas, aunque incontestables, no eran sin embargo suficientes en aquellas circunstancias. Reding, gran soldado y táctico regular, carecia de ese valor pasivo tan raro y tan precioso, que espera las ocasiones sin violentarlas nunca, de esa paciencia laboriosa y esmerada que requiere la reorganizacion de un ejército, y aun de los conocimientos estratégicos en que su contrario Saint-Cyr sobresalia como pocos generales de aquella época, fecunda en grandes hombres de guerra.

Su alma de fuego no podia contenerse en el recinto de un campamento; su corazon estallaba al contacto del enemigo, y rara vez la prudencia salia vencedora en esta lucha con sus instintos belicosos.

Atento Reding en un principio á la indispensable organizacion de sus tropas, se limitó á empeñar choques parciales, por lo general vantajosos á los españoles. Pero no tardó en abandonar este prudente sistema, para correr las vicisitudes de una batalla. El plan era tan intempestivo, como fué poco feliz la ejecucion.

Nuestro ejército, fuerte de veinte y cinco mil hombres, estaba tendido en una línea de diez y seis leguas, vigorosamente apoyada en Tarragona y enlazada en los desfiladeros del Bruch.

Conoció al punto Saint-Cyr que arrojando una masa de diez y ocho mil combatientes sobre cualquier parte de esta mal articulada línea, podia quebrantarla fácilmente, y sin dar tiempo á los españoles para que saboreasen un ligero triunfo alcanzado sobre Chavot cerca de Capellades, marchó velozmente hácia Igualada, protegida por D. Juan Bautista Castro, arrebató este importante punto, y revolviendo hácia su flanco izquierdo, pudo estenderse hasta San Marin, donde opuso una resistencia briosa, pero estéril, el brigadier Iranzo. El francés habia realizado su principal objeto; la línea estaba quebrantada, y Reding corria grave riesgo de quedar incomunicado con Tarragona. Para evitarlo, el general español practicó un atrevido movimiento por el Francolí, mas no pudo llevarlo á cabo sin rozarse con las álas de Souham, que apostado en Valls, cubria el camino de Tarragona.

Era, pues, preciso abrirse paso con la punta de la espada, y los nuestros, rechazando á los franceses en el centro y la izquierda, hu-



bieran reportado la victoria, sin la aparicion súbita de Saint-Cyr con gente de refresco.

Pelearon todavía los nuestros con un valor ardiente, pero la superior táctica y disciplina de los imperiales decidieron la batalla. Reding, herido mortalmente, pudo llegar á Tarragona, donde se reunieron las reliquias de su ejército, dejando á los afortunados franceses bastantes prisioneros y un campo cubierto con dos mil cadáveres españoles.

No apagó este revés la llama de la guerra, porque las partidas sueltas siguieron atormentando á los vencedores, ora interceptando sus comunicaciones y víveres, ora reuniéndose en cuerpos considerables para descargar sobre la parte mas flaca ó desprevenida golpes terribles. Así se vió al general Wimpffen, auxiliado por los coroneles Milans y Clarós y á la cabeza de diez mil hombres, caer impetuosamente sobre el francés Chabran y arrebatarle su posicion de Igualada. Pero estas ventajas no alteraban profundamente la fisonomía de la campaña, que podia considerarse perdida en Cataluña.

El brillante astro que presidiera por tanto tiempo á los destinos de Zaragoza, se habia eclipsado con la caida de esta ciudad, y aunque el altivo carácter aragonés se acomodaba difícilmente á la dominacion estranjera, los esfuerzos que desplegó á fin de emanciparse, solo sirvieron para hacer aquella mas ominosa. Establecidos los franceses en Zaragoza, propusieron estender por toda la provincia el radio de sus conquistas, acometiendo desde luego á Jaca. Plaza esta en otro tiempo de mucha fortaleza, y actualmente no desprovista de recursos, cedió en breve á los requerimientos de Fabre, auxiliando al francés un fraile que corrompió el espíritu de la guarnicion, haciéndola desertar de sus banderas. Monzon abrió sus puertas, viéndose desamparado por el marqués de Lazan; no así Mequinenza, en cuyos antiguos y mal reparados muros se estrellaron tres furiosos ataques que dirigió el mariscal Mortier con tanto vigor como inteligencia.

Tambien los molineses rechazaron al agresor, persiguiéndole y causándole grave quebranto á orillas del Truecha, y al saber que este se acercaba de nuevo y con poder irresistible, prefi-

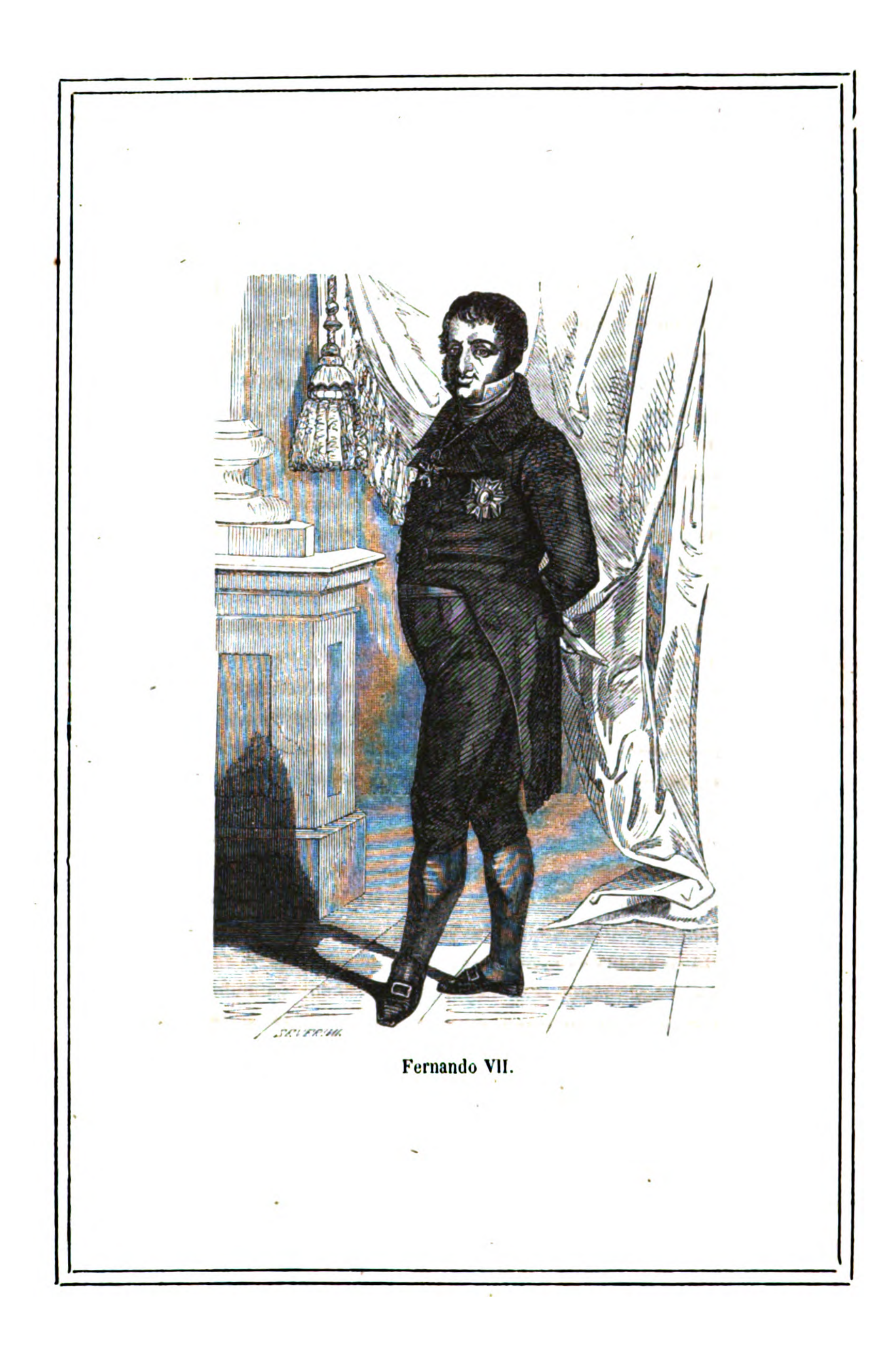
rieron abandonar sus hogares, á compartirlos con el enemigo.

Estos rasgos de patriotismo hubieran producido cuando mas una gloria estéril, si la Junta Central no se hubiese propuesto sostener la energía de aquellos naturales, creando un cuerpo de ejército. Confióse su organizacion al general Blake, y sea por innobles rivalidades indignas de pechos españoles, sea por la poca energía que desplegaron las autoridades valencianas, apenas se elevó este ejército en un principio al número de ocho mil hombres.

Sin embargo, con su aparicion se enaltecieron los ánimos abatidos por las desgracias anteriores. Monzon sacudió violentamente la pesada cadena de la conquista, espulsó de su seno á los agresores, y rechazó con rara tenacidad las tentativas de estos para recuperar lo perdido; la pequeña villa de Abella pudo tambien emanciparse, no sin efusion de sangre, y los partidarios Baget y Perena reportaron cerca de Tamarite y Barbastro, ventajas apreciables.

Temian los franceses quedar bloqueados en Zaragoza y desconfiaban al propio tiempo de la ciudad. Creian ver siempre en aquel pueblo heróico un leon desangrado cuya aparente tranquilidad duraria solo hasta que lograse recobrar sus fuerzas. La guarnicion, aunque numerosa, era poco imponente; componíase de tropas bisoñas en su mayor parte, porque las disciplinadas, pertenecientes al quinto cuerpo, habian partido á sojuzgar la provincia.

Ningun nombre esclarecido alentaba á aquellos franceses tan entusiastas de las grandes reputaciones; Lannes se habia dirigido á Francia, y el gobierno de Zaragoza estaba encomendado á Suchet, simple general de division. Pero las cualidades de este oficial eran sin duda muy superiores á su categoría. Activo, perseverante y previsor, rara vez se dejaba sorprender por los acontecimientos. Poseia como pocos de sus contemporáneos, el dificil arte de fecundizar las situaciones mas apuradas, y ninguno conocia al nivel suyo el secreto tan raro como precioso de dar á sus medios grandes ó pequeños, una ostentacion siempre imponente. Buen táctico y organizador hábil, sabia crear en sus tropas esa fuerza sintética que constituye el nérvio de los ejércitos. Probo, severo, económico, procuraba despojar á la guerra de aquel lujo de horrores que suele producir la intemperancia de las pasiones belicosas, y sin hacer amable



Fernando VII.

la conquista, prodigio filosófico que no puede el génio alcanzar, supo disminuir el ódio que inspiraba en los españoles el solo nombre francés. Algunos lunares, sin embargo, manchan este hermoso carácter, ¿pero qué astro por refulgente que sea no se empaña al contacto de repentina nube?

Resuelto Blake á tomar la iniciativa, salió de Tortosa á la cabeza de una division mas sobresaliente por su entusiasmo que por su instruccion, y se dirigió á la ciudad de Alcañiz. No juzgó conveniente esperarle en este punto el francés Laval, y se fué replegando lentamente hácia Zaragoza, buscando el apoyo de Suchet. Reunidos en Híjar ambos jefes imperiales, y contando á sus órdenes con ocho mil infantes y mil cuatrocientos caballos, avanzaron al encuentro del español que les esperaba apercibido en los campos de Alcañiz. Aquí se dió la batalla, que tomó el nombre de esta ciudad (23 de marzo de 1809.) Las fuerzas eran próximamente iguales, compensando la ventaja numérica de nuestra infantería, la superior caballería francesa. Nuestra derecha, regida por D. Juan Cárlos Areizaga fué atacada con formidable pero inútil brio; mas en el centro, sobreponiéndose el enemigo á todos los obstáculos, iba ya á hacerse dueño de nuestras baterías, cuando estas jugaron con tanta violencia y acierto, que le obligaron á retroceder. Renovó el francés sus sangrientas gestiones, siempre con mengua de sus fuerzas, hasta que sintiéndose muy debilitado y amagado por su flanco derecho, hubo de retirarse con mas precipitacion de la que á su decoro convenia. No pasó nuestra pérdida de trescientos hombres, aproximándose á mil la del enemigo, diferencia que se comprende bien teniendo presente que la artillería española desempeñó el principal papel en esta accion. Suchet se recogió á Zaragoza para disciplinar su tropa, y Blake quedó en Alcañiz meditando mayores empresas.

Si Blake hubiera podido seguir los sanos consejos de la prudencia, habria debido circunscribirse á aumentar su ejército, á colocarse en posiciones ventajosas y evidentemente estratégicas, á impedir los progresos del enemigo en el territorio aragonés, y á cerrarle siempre con el filo de su espada el camino de Valencia. Pero nuestros generales, valientes hasta la temeridad en los campos de combate, no tenian, como hemos dicho, ese valor pasivo que se



necesita para resistir las exigencias de una opinion exaltada é inflamable : una victoria, por insignificante que fuera, les precipitaba en los mas árduos empeños, y engolfándose cada vez mas en este funesto juego de azares, acababan por perder en un dia lo que habian ganado en muchos meses, desplegando ellos grandes talentos tácticos y sus tropas una intrepidez admirable.

Blake se hubiera creido deshonrado permaneciendo en una actitud defensiva, y así es que apenas elevó su ejército al número de diez y siete mil hombres, avanzó denodadamente hácia Zaragoza. Halagábale sin duda la idea de penetrar en esta ciudad en combinacion con sus habitantes, mas no apreciaba debidamente la inteligente actividad de Suchet, que habia puesto todos los puntos vulnerables de la poblacion sobre un respetable pié de defensa.

No quiso el francés aguardar á su contrario en el recinto de Zaragoza, ora porque temiese las consecuencias de un bloqueo, ora porque le punzase en lo mas vivo de su honor el deseo de rescatar en campo abierto su reputacion comprometida en Alcañiz. Salió, pues, de Zaragoza, recibiendo en sus brazos á Fabre, que se retiraba presurosamente ante los españoles. Despues de varias y hábiles evoluciones, ambos ejércitos se colocaron en órden de batalla (15 de junio). Blake estendió atrevidamente sus tropas á orillas del Huerva, pero cometió el error muy grave de situar su caballería, inferior á la del enemigo, en el punto mas endeble de la línea. Atacaron los españoles con ímpetu el flanco derecho de los franceses, lo conmovieron, y ya empezaban á vislumbrar el esplendor de la victoria, cuando Suchet, acudiendo sobre aquel punto con tropas de refresco, pudo á duras penas restablecer el combate. Pero esta vigorosa tendencia de nuestra izquierda debilitó mas y mas la derecha, y advirtiéndolo Suchet, lanzó sobre ella á los generales Habert y Wattier con fuerzas superiores. No fué largo el combate, porque la caballería española refluyó sobre su centro asaltado de frente por Harispe, concluyendo por vacilar toda nuestra línea. En vano Blake quiso reparar su falta como general, peleando con un denuedo heróico, porque sus esfuerzos y los de Lazan y Rosa solo sirvieron para asegurar la retirada, que se hizo con bastante órden al apoyo de la division Areizaga establecida oportunamente en Botorrita. Aun quiso probar

Blake otra vez fortuna en Belchite, pero fué desbaratado de nuevo, separándose los elementos que constituian su ejército, pues los aragoneses se retiraron á Tortosa y los valencianos á Morella. Coronó el francés su triunfo con la reconquista de Monzon, abatida por la derrota y exhausta de recursos materiales.

Sucedió á estas ocurrencias, segun el enlace del tiempo, la famosa campaña de Talavera. Viendo la Inglaterra que el Austria habia sucumbido tras breve y sangrienta lucha, pidiendo casi de rodillas un armisticio, se afirmó mas y mas en la creencia de que solo la Península, oponiendo todo su cuerpo social al jigante conquistador, podia detener sus progresos, haciendo brotar entre tanto nuevas y fecundas complicaciones. En armonía con esta conviccion, dió órden á su general Welesley para que, saliendo del territorio lusitano, combinase con los generales españoles un vasto plan de operaciones. Antes de dar principio á las hostilidades, solicitó el gobierno inglés del español que concediese al caudillo británico el mando en jefe de todas las tropas aliadas; demanda que rechazó la Junta Central con dignidad y energía. Indudablemente la unidad de pensamientos en la guerra es la mejor garantía del triunfo, pero estaba en contra de esta aspiracion el espíritu público, gérmen de todas las victorias y reparacion de todas las derrotas.

No dejó al parecer huella en el orgullo inglés este desgraciado incidente, pero acaso pudo dotar el ánimo de Welesley de una susceptibilidad exagerada, que hizo, como despues veremos, estériles muchos y muy nobles sacrificios. Por entonces el general británico avanzó desde Abrantes hasta Plasencia (8 de julio), y dejando su ejército sobre la márgen derecha del Tajo, pasó este rio para avistarse con el general Cuesta, situado en Casas del Puerto.

El pensamiento de ambos generales debia desenvolverse en la vasta línea del Tajo, protectora de la carretera que desde Francia guia á la estremidad occidental de la Península. Los aliados, apoyándose siempre en este rio, podian tener dos aspiraciones: una la de espulsar á los imperiales de la capital, considerando á Madrid como punto objetivo de las operaciones; esta aspiracion era pobre sin duda, y apenas merecia los honores de una campaña, porque

Madrid carecia de toda importancia táctica y estratégica, pero hubiera tenido en compensacion bastante influencia moral, y permitia al ejército anglo-lusitano-español permanecer asido enérgicamente á las fronteras de Portugal.

Habia otra combinacion mas elevada y fecunda de resultados, tal vez decisivos, en el porvenir de la guerra, pero que requeria un grado de audacia que solo el genio y la fortuna pueden inspirar. Los aliados, tendiéndose y afirmándose por la misma línea del Tajo y en una longitud paralela á la cordillera de Sierra Morena, hubieran protegido las provincias de Estremadura y la Mancha, preservado de la invasion las ricas Andalucías, erigídose una dominacion sin obstáculos sobre la mitad de la Península, y reducido á los ejércitos imperiales á guarecerse detrás del Guadarrama ó á seguir pegados á la línea del Duero, entre el fuego siempre creciente de la insurreccion gallega y la miseria de unas provincias ya muy castigadas por el azote de la guerra. Mas para alcanzar este fin tan alto, debia el ejército aliado estenderse mucho, acaso hasta hallar una articulacion sólida en la sierra de Molina, fronteriza de Aragon: esta prolongacion produciria necesariamente debilidad, y brindaria al enemigo con mil ocasiones para reconcentrar sus tropas y arrebatar nuestras posiciones culminantes: por otra parte, la línea del Tajo es por su naturaleza irregular y poco consistente; el rio ofrece muchos puntos vadeables en la estacion del verano, y un brusco movimiento de flanco podia por consiguiente poner á los franceses sobre la retaguardia de los confederados. Ademas, el circunspecto Welesley estaba decidido á no desprenderse del Portugal, donde la Providencia ha acumulado tantos elementos defensivos, y donde el británico esperaba hallar siempre reparacion fácil y pronta á sus desgracias. Sin embargo, este proyecto, aunque pareciera á primera vista algo temerario, podia legitimarse por la victoria, pues se trataba de una gran batalla, cuyos resultados eran muy difíciles de prever.

Puestos los ojos en el Tajo y la esperanza en Madrid, Cuesta y Welesley, se apresuraron á requerir sus medios para el trance que preveian. Ciento cuatro mil hombres pertenecientes á las tres naciones amigas, debian tomar parte en la combinacion. De estos, diez y

ocho mil eran portugueses á las inmediatas órdenes del británico Beresford, veinte y dos mil ingleses, regidos por Welesley, treinta mil españoles bajo el mando de Cuesta, treinta y dos mil de la misma nacion que obedecian á Venegas, y una pequeña legion de tres á cuatro mil hombres por mitad ingleses y españoles con Wilson, noble hijo de la Gran-Bretaña, que habia abrazado con un calor y un desinterés admirable la causa de la península.

La imprudencia del emperador en oprimir á Portugal antes que hubiese sujetado la España, el movimiento progresivo de Soult, las oscilaciones de Víctor y la poca fortuna de Ney en Galicia y Asturias habian permitido á nuestros ejércitos de Estremadura y la Mancha reorganizarse y aun ponerse sobre un pié respetable. Cuesta, cubriendo su frente con el Tajo y reprimiendo su marcial ardor, se habia limitado á ligeras escaramuzas, con lo que logró aguerrirse sin comprometer su existencia.

El imperial Sebastiani, no sintiendo ya sobre su retaguardia el contacto protector de las demas tropas francesas, no se resolvió tampoco á venir á las manos, en trance fuerte, con Venegas, quien recibiendo refuerzos incesantemente, logró ofrecer á su contrario un frente impenetrable. Así gracias al ódio imponente que Napoleon profesaba á los ingleses, nuestros ejércitos no solo pudieron rehabilitarse en poco tiempo de sus enormes quebrantos, sino que tambien, y esto era mas importante é inesperado, recobrar la ofensiva.

Obedeciendo á la seductora idea de oprimir á Víctor, establecido entonces en Talavera de la Reina, Cuesta y Welesley convinieron en que el español avanzaria por la izquierda del Tajo cruzando el rio en Almazan y Puente del Arzobispo, mientras el británico atravesando el Tietar en Bezagona, iria desenvolviéndose entre Oropesa y San Roman. Este plan, perfectamente concebido, podia ejecutarse de una manera simultánea y vigorosa atendiendo á la distancia de los ingleses y españoles. Para hacerla mas eficaz debia adelantarse Wilson hácia Talavera, enlazándose con Welesley en San Roman, y describiendo por Escalona un pequeño arco de círculo sobre los imperiales, en tanto que Venegas recorriendo impetuosamente la Mancha, pero sin rozarse con Sebastiani, pasaria el

Tajo por Fuentidueña, amenazaria de cerca á Madrid y podria arrojar la gran masa de sus fuerzas ó sobre el flanco ó sobre la retaguardia de Víctor. Los portugueses de Beresford solo figuraban en esta combinacion para cubrir la frontera del territorio lusitano. En este plan los centros de retirada para los aliados, Sierramorena y Portugal, eran seguros, fuertes é imponentes.

Cuando los imperiales supieron que el ejército coaligado estaba pronto á tomar la ofensiva, andubieron por algun tiempo perplejos y cabizbajos, pensando el medio de frustrarlo. Su situacion, á la verdad era poco favorable para tomar desde luego un partido vigoroso. Los cuerpos 1.°, 2.° y 4.°, á las órdenes de Soult y Ney, languidecian en las provincias de Valladolid y Zamora, desmoralizados por sus últimos reveses, flojo el lazo de la disciplina y enervándose en medio de la ociosidad. Sin embargo, estas tropas formaban una masa de cincuenta mil hombres, cuyo marcial corazon podia inflamarse facilmente al estruendo del primer cañonazo enemigo. Otros dos cuerpos, 5.° y 6.°, operaban parte á las órdenes de Víctor en la línea del Guadarrama al Tajo, parte bajo Lapisse, servian de comunicacion entre el mismo Víctor y Soult, y parte se hallaban en la estremidad de la Mancha con Sebastiani á la cabeza y dando el rostro á la gente de Venegas. Atrayéndose mútua y poderosamente estas fracciones y reuniéndose sobre el Tajo, podian cuando mas componer un conjunto de cincuenta mil hombres, masa inferior á la que Welesley y Cuesta tenian abocada sobre el mismo punto.

En estas circunstancias el mariscal Soult propuso un plan muy sábio, y cuya realizacion hubiera sumergido á los aliados en el mayor embarazo. Consistia este en retirar todas las fuerzas imperiales sobre la línea del Duero, paralela á la del Tajo, y maniobrando desde allí sobre dos centros, dejarse caer perpendicularmente sobre los aliados, ya en Talavera, ya en el linde del territorio portugués. Era una concepcion estratégica de primer órden y de grandes resultados. Porque Welesley, viendo amenazado su flanco, hubiera plegado sus álas sobre Beresford, lo cual no podia ejecutarse sin perder toda actitud ofensiva: Cuesta, abandonado, habria seguido el mismo movimiento lateral, y Venegas, hallándose sin apoyo y sin

tiempo para apoyarse en la nueva línea que se le designara, hubiera vuelto presurosamente á enriscarse en Sierra Morena. De este modo quizá sin derramar una sola gota de sangre ni quemar el cebo de un fusil, los imperiales recobraban la ofensiva, y aun se hallaban en el caso de arrojar cincuenta mil hombres sobre Venegas, postrarle, pasar sobre su cuerpo y precipitarse en las vastas llanuras de Andalucía.

Por fortuna José no comprendió las ventajas de este plan, ó las subordinó á la idea de proteger inmediatamente á Madrid. Así es que lanzó á Víctor sobre Talavera, atrajo á Sebastiani por Toledo, se rodeó con las fuerzas de Lapisse y con la guardia para acudir al socorro de Víctor, y dió órden á Soult para que con cincuenta mil hombres cayera en Valencia el 27 de julio.

Así ambos beligerantes se decidian á hacer enormes sacrificios por un objeto secundario, pero los aliados tenian la ventaja inapreciable de poder reconcentrar sus fuerzas mas breve y fácilmente que su enemigo.

Desgraciadamente la mutua animosidad de Welesley y Cuesta, hizo ilusoria esta ventaja.

Quejóse el inglés de la falta de asistencias en términos destemplados, replicó el español con dureza, y faltó poco para que los ingleses saliesen de nuestro territorio sin haber cambiado una bala con el enemigo.

Venció por fin la reflexion los primeros arrebatos de cólera, y los dos ejércitos verificaron el movimiento concertado (21 de julio). Atemorizado Víctor con la aproximacion de fuerzas tan imponentes, se retiró á Cazalegas, pueblo situado en el vértice de un triángulo que forman la carretera de Madrid y los dos rios Tajo y Alberche. No pasaban los imperiales de veinte y cinco mil hombres, y aunque sus posiciones eran imponentes, no parecian impenetrables para un enemigo que podia desplegar duplicadas fuerzas. Formó Welesley el atinado proyecto de caer sobre el mariscal el dia 23, pero el español rehusó su asistencia bajo frívolos pretestos, con lo que se irritó mas el británico, y surgieron nuevos altercados y mayores entorpecimientos. Apercibióse entonces el francés del grave peligro á que habia estado espuesto, y reputando á temeridad el permanecer en

flecha en posicion tan avanzada, levantó su campo, y torciendo á su derecha, fué á reunirse con las tropas de José y Sebastiani detrás del Guadarrama.

Frustrado este golpe, poco debia esperarse ya de la fortuna, contraria siempre á la irresolucion; pero Cuesta, que se habia mostrado tan remiso para cooperar á los planes de Welesley, avanzó con irreflexiva audacia el mismo dia 23 hasta Torrijos, destacándose de su verdadera línea y de sus aliados, y esponiéndose á recibir sobre sus brazos á Víctor, que reforzado competentemente, se adelantaba de nuevo hácia el Tajo (26 de julio.)

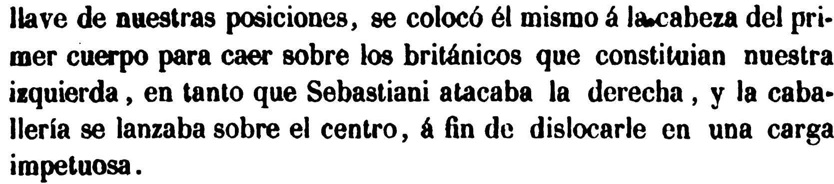
Apresuró el francés su paso, apenas supo la intempestiva confianza de nuestro general: llegaron á las manos imperiales y españoles, y sin el inteligente denuedo de Zayas y Alburquerque que mandaban nuestra retaguardia, la retirada de Cuesta quizás se hubiera convertido en derrota. Welesley, que se habia adelantado hácia Cazalegas, le tendió la mano y le ayudó á repasar el Alberche.

Al rayar el dia 27 se avistaron de cerca los dos ejércitos enemigos. José en persona, auxiliado por Víctor y Sebastiani, mandaba el imperial, fuerte de cuarenta mil infantes, diez mil caballos y numerosa artillería.

El aliado presentaba un efectivo de cincuenta y dos mil combatientes: treinta y cuatro mil españoles, de ellos seis mil ginetes, y diez y ocho mil ingleses, cuya sesta parte era de caballería. Desplegáronse en una línea de tres cuartos de legua, apoyándose por sus estremidades en Talavera y cerro de Medellin, y coronando con una batería la cumbre de este cerro. Creyendo que el enemigo pugnaria principalmente por desasirnos del Tajo, se colocó todo el ejército español á la derecha, formando los británicos el centro y la izquierda.

La columna de Wilson, que se habia corrido hácia Navalcarnero para agitar la retaguardia del enemigo, recobró su actitud defensiva á escalones, reanudando el lazo que antes le unia con Welesley.

Aunque José tenia el mando de los imperiales, Víctor era el alma de sus operaciones. El ojo esperto de este mariscal descubrió al punto la importancia táctica del cerro de Medellin, que los aliados no habian apreciado debidamente. Resuelto á apoderarse de esta



llave de nuestras posiciones, se colocó él mismo á la cabeza del primer cuerpo para caer sobre los británicos que constituian nuestra izquierda, en tanto que Sebastiani atacaba la derecha, y la caballería se lanzaba sobre el centro, á fin de dislocarle en una carga impetuosa.

Tomadas estas disposiciones, esperaron los franceses á que la noche estendiese su lóbrego manto sobre el horizonte para dar principio al ataque (27 de julio). Inauguróle Víctor rompiendo un vivo fuego de artillería y precipitando á las divisiones Ruffin y Villatte sobre el cerro de Medellin, en tanto que Sebastiani soltaba sus ginetes contra la derecha, y Lapisse entretenia al centro con hábiles maniobras. Nada resiste al principio á la impetuosidad francesa; Ruffin y Villatte, avanzando siempre, llegan á la falda del cerro, arrollan á algunos cuerpos ingleses, y uno de los regimientos imperiales empieza á coronar la cima del codiciado cerro. Al propio tiempo la derecha española oscila, pierde su aplomo y principia á desordenarse: un momento mas, y la fortuna, fiel á las banderas imperiales, acaba por precipitarnos en un abismo de desgracias. Pero en este momento brota la reaccion, que se hizo bien pronto general: el británico Hill, sintiendo la importancia del cerro, se aferra á él con imponderable teson, combate con un encarnizamiento indescriptible, y acaba por encerrar á los franceses en los límites de su línea. La caballería española vuela al socorro de su infantería, la reintegra en sus primitivas posiciones, y rechaza la agresion con tanto brio como felicidad.

Este primer ensayo de sus fuerzas encendió á los beligerantes en nuevos deseos de combatir.

El advenimiento del siguiente dia (28 de julio) es como la señal de la batalla. Ambos ejércitos, poseidos de mortífero furor, se lanzan uno al otro, y durante cinco horas luchan sin tomar aliento. El cerro de Medellin fué como en la noche anterior el objeto principal del ataque; todos los recursos del valor, todos los medios que podia suministrarles su fecunda y consumada táctica, pusieron en juego Ruffin y Villatte para arrebatarnos aquella posicion, pero todos fueron inútiles y á mas funestos, porque la estensa falda de él quedó cubierta de cadáveres franceses. Eran las nueve de la mañana: un



sol abrasador lanzaba sus candentes rayos, cual hilos de plomo derretido, sobre la masa de los ejércitos; la fatiga habia enervado el brazo y debilitado el furor de los combatientes, que por un convenio tácito suspendieron el fuego durante tres horas.

Pero no estaba entretanto ocioso el británico Welesley. Previendo que el enemigo al renovar la batalla haria un esfuerzo gigantesco para ocupar el cerro, punto objetivo, al menos moralmente, de todas las operaciones, pidió y obtuvo de Cuesta dos divisiones españolas, las de Alburquerque y Bassecourt, que se colocaron en forma conveniente para sostener á los auxiliares.

Tambien, aunque tranquilo el cuerpo, andaba inquieto y desazonado el ánimo de los caudillos franceses. Viendo José el mal éxito de sus dos sangrientos ataques, la denodada resistencia que opusieron los coaligados, la enorme pérdida de sus tropas, y comprendiendo acaso el carácter de estas, arrollador, pero efímero, como torrente desbordado, se inclinaba al deseo de establecerse en una posicion sólida y esperar con el arma al brazo la inmediata asistencia de Soult. Adheríase á este parecer el prudente Jourdan, pero Víctor, guerrero de alto espíritu y mimado por la fortuna, se opuso á que quedase empañado con una retirada el lustre de las armas francesas. Prevaleció esta opinion, si bien la menos atinada, y se prepararon las tropas para empeñar el tercer combate, último y decisivo de la batalla.

Antes de romper el fuego, la penetrante vista de Sebastiani divisó un punto débil en la articulacion que unia á ingleses y españoles. Resuelto á interponerse entre las tropas de las dos naciones, avanzó osadamente hasta tocar casi con sus bayonetas una de nuestras baterías, pero nuestros artilleros, entre los que sobresalian los capitanes Piñeiro y Velez, cubriendo con una nube de metralla las filas enemigas, causaron en ellas considerable destrozo, acabando de arrollarlas la caballeria del Rey en una carga brillante. Menos afortunado todavía Lapisse, cayó penetrado de una bala en un ardoroso ataque contra nuestro centro, habiendo esperimentado todas las oscilaciones de la fortuna; vencedor en el primer impulso, repelido despues, y finalmente muerto, cuando empezaba á sobreponerse por una falsa maniobra de la guardia inglesa.

Pero nuestras ventajas en el centro y la derecha no se reputaban decisivas, mientras no perdiese el enemigo la esperanza de establecerse en el cerro de Medellin: le embistió con el brio de la desesperacion, pero acogido por el fuego de los ingleses, las bayonetas de Bassecourt y las lanzas de Alburquerque, solo logró hacer ostentacion de un valor casi prodigioso, aunque estéril, regando con abundante sangre aquel teatro de tan horribles escenas. Convencido al fin José de la inutilidad de sus esfuerzos, dió órden para un repliegue general sobre las posiciones que habia ocupado la víspera, el cual se hizo concertadamente, maniobrando al efecto la artillería y caballería imperiales. Al dia siguiente repasó el Alberche, y emprendió su retirada por la línea del Guadarrama.

En el primer instante de arrobador júbilo se creyó que esta victoria decidia de la campaña y tal vez del porvenir de la guerra. No se veia, no se comprendia en ella otra cosa que la retirada de un ejército imperial, formidable por su número y mas aun por su disciplina, ante fuerzas aritméticamente iguales, pero muy superiores por su instruccion y espíritu de cuerpo. Los ardientes españoles como los flemáticos ingleses se apresuraron á celebrar y á premiar este grande acontecimiento. La Junta Central concedió á Cuesta la cruz de Cárlos III, y á Welesley lo hizo capitan general de ejército, gracia que realzó el Parlamento británico elevando á su caudillo á la dignidad de par con el título de lord vizconde Welington de Talavera. Mas adelante se creó una condecoracion para perpetuar la memoria de este suceso.

Mas dejando aparte el prisma del entusiasmo y mirando las cosas bajo su verdadero punto de vista, se podia comprender que esta victoria solo tenia una consideracion puramente moral. Nuestras ventajas materiales eran nulas, ó debian serlo. Los dos ejércitos en un combate de treinta horas habian quedado horriblemente mutilados: la pérdida de los imperiales se elevaba á siete mil cuatrocientos hombres y diez y seis piezas de artillería, pero los aliados no obtuvieron el triunfo sin una compensacion dolorosa, porque se disminuyeron sus filas en siete mil trescientos hombres, mil doscientos de los cuales eran españoles.

Así podia decirse en términos de una verdad absoluta, que el ejército francés habia sido rechazado mas bien que vencido, y que el gran problema de aquella campaña quedaba sin resolver. Sin embargo, á un genio militar, osado y brillante debia presentarse una concepcion de grandes consecuencias. Atrayendo enérgicamente al ejército de Venegas, interponiendo un brazo de este ejército entre Madrid y las tropas de José, arrojando sobre la retaguardia de aquel príncipe las fuerzas vencedoras en Talavera, no era difícil precipitarle desde las cumbres del Guadarrama, arrojarle en un pais desprovisto de líneas defensivas, privarle de la cooperacion de Soult, sublevar la capital y dar un impulso poderoso á la energía pública.

El circunspecto Wellington era poco susceptible de un movimiento tan aventurado, oyendo sobre su flanco los cañonazos de Soult. En efecto, este mariscal, salvando impetuosamente el puerto de Baños, que en vano quiso defender con escasas fuerzas el marqués del Reino, se presentó en Plasencia el 1.º de agosto á la cabeza de cincuenta mil hombres.

Ocurrió á su encuentro Wellington con los ingleses, mientras Beresford molestaba su retaguardia con los portugueses, quedando Cuesta con la espada desnuda sobre los bordes del Tajo para imponer á José y Victor, caso de que, reparados, quisiesen volver á reconquistar sus perdidos laureles. Mas Cuesta temió verse envuelto entre dos fuegos, y marchó en demanda del británico, deteniéndose en Deleytosa, en tanto que los imperiales, fascinando con una hábil maniobra á Bassecourt y Alburquerque, lograron enseñorearse del puente del Arzobispo, lo que les proporcionaba una de las llaves mas principales de la línea del Tajo. No prosiguieron adelante, prefiriendo sin duda estar á la vela de las operaciones que emprendiera José, y asi Soult se acantonó en Plasencia, Mortier en Talavera y Ney tomó el camino de Salamanca.

Si Venegas hubiera desplegado la actividad y energía convenientes, podia haber decidido la campaña, cayendo sobre el flanco de los imperiales; mas aunque se limitó á escalonarse á lo largo de la Mancha, amenazando á Aranjuez con una de sus divisiones avanzadas, logró despertar sérios temores en José y halagüeñas esperanzas en el ánimo de los leales madrideños. Pretendió el francés alejar á su

enemigo atacándole poderosamente en Aranjuez; la accion fué breve, pero sangrienta (5 de agosto), y los generales Vigodet y Giron, que mandaban las tropas españolas, con atinadas disposiciones y heróico ejemplo, lograron aventar al ejército imperial, menguándole en quinientos hombres.

La superior táctica del enemigo esterilizaba casi siempre el valor de los españoles. Repelidos de Aranjuez, pasaron el Tajo por Toledo, y evolucionaron con tal arte, que Venegas, seducido, creyó que iba á ser envuelto, y se replegó sobre Almonacid en actitud imponente. No abandonaron los franceses su movimiento progresivo, concluyendo por avistarse ambos ejércitos al alborear el dia 11. Eran próximamente iguales en número, subiendo el imperial á treinta mil hombres, acaudillados por José y Sebastiani. Dejóse este caer de improviso con el cuarto cuerpo sobre nuestra estremidad derecha, y la arrebató. Pudo restablecer Lacy el combate, arrojando en el fuego tropas de refresco; pero el desórden que brotó al propio tiempo en la quinta division española que formaba el centro, y una oportuna carga de José con la caballería de reserva, acabaron de fijar la batalla en su fase mas siniestra á los españoles.

No quedó otro recurso á Venegas que el de pronunciar su retirada via de Manzanares, pero ni aun en esta pudo conservar el órden necesario, porque apoderándose el pánico de nuestra caballería, se desbandó, arrastrando con su ejemplo á la infantería. El punto de reunion para los dispersos, señalado por su instinto mas bien que por disposicion de sus jefes, fué la escabrosa entraña de Sierra Morena. Venegas expió de este modo su falta de energía al principio de la campaña, y el sacrificio de cuatro mil españoles, víctimas de esta funesta jornada, aunque muy sensible, eran sin embargo menos que la superioridad moral obtenida por el enemigo.

Vino felizmente á desvanecerla poco despues la victoria de Tamames. Habia sustituido al marqués de la Romana en el mando del ejército de Asturias y Galicia el duque del Parque, buen soldado, distinguido patricio, aunque no tan sobresaliente en el consejo como en el campo de batalla. Siguiendo el movimiento convergente de todos los ejércitos hácia el Tajo, el duque avanzó hasta Ciudad-Rodrigo,

dejando bien resguardados los puertos de Manzanal y Fuencebadon, y á Ballesteros restableciéndose en las montañas de Liébana.

Ney, situado como hemos dicho en el camino de Salamanca, observaba con ojo avizor los progresos de este ejército, pronto á lanzarse sobre sus flancos y á arrojarle, segun las circunstancias, ó sobre los brazos poderosos de Soult, ó sobre las regiones occidentales de donde habia partido. Reemplazó á Ney el general Marchand, conservando el mismo pensamiento y la misma vigorosa actitud. Pero el duque supo burlar los intentos del francés, pasando sobre su ála derecha y estableciéndose en las ventajosas posiciones de Tamames. Brindó aquí con la batalla á Marchand, quien la aceptó regocijado (18 de octubre), creyendo que sus fuerzas, numéricamente iguales á las de los españoles, diez mil infantes y mil doscientos ginetes, reportarian el triunfo debido á su mayor pericia y disciplina.

El principio de la batalla lisonjeó las esperanzas del francés, porque desordenada nuestra caballería y descubierta la artillería, era de inferir que se quebrantase la inmoble entereza de nuestros batallones, los cuales seguian batiéndose en la derecha y el centro. Por fortuna el heróico comportamiento del duque y de los generales Mendizabal y la Carrera cambió de un golpe la fisonomía del combate. Nuestros ginetes, avergonzándose de la primera debilidad, volvieron á la carga con ímpetu imponderable é hicieron recejar á los caballos enemigos. Agitóse al propio tiempo con estremada violencia nuestra derecha, y rebatió á los imperiales, que temiendo ser envueltos por sus flancos, desembarazaron el centro, retirándose con ordenada rapidez. Si Ballesteros hubiera llegado aquel dia con sus ocho mil hombres, los campos de Tamames habrian servido de ancha sepultura al ejército francés, pero no habiéndolo realizado hasta el siguiente, pudo Marchand replegarse hasta Salamanca con mil quinientos hombres menos, pérdida doble que la que esperimentaron los españoles.

Marchaba nuestra nacion cual bajel agitado entre los furores de la tempestad, ora levantándose al soplo favorable de la fortuna, ora sumergiéndose en profundos abismos bajo el peso de nuevas desgracias. Esta série alternativa de reveses y felicidades era mas bien ló-

gica que casual, pero ponia á la mas dura prueba la heróica constancia española.

Inflamados los ánimos con la victoria de Tamames, volvieron al pensamiento culminante en esta campaña, la ocupacion de Madrid. Semejante idea, aunque defendible en política, era muy antimilitar; mas la Junta Central, arrastrada por la opinion pública, se empeñó sériamente en llevarla á cabo.

Bien hubiera querido el gobierno español que Wellington secundase sus planes, tendiendo otra vez la mano á los ejércitos de Estremadura y la Mancha, pero el precavido inglés se escusó constantemente de empresa tan poco meditada con la falta de víveres, y permaneció arrimado á las lindes portuguesas.

Esta embozada repulsa sobreescitó mas y mas el pundonor nacional, y la seductora perspectiva de la gloria que alcanzaríamos reportando solos tan señalado triunfo, dejaba poco lugar á la reflexion. Propio es de la condicion humana el abrazar con mayor celo los proyectos mas quiméricos, cuando estos son el producto de una imaginacion exaltada por grandes impresiones.

Olvidábase aquí el principio tan esencial en la guerra, que no debe acometerse empresa alguna, cuyas ventajas probables no escedan á sus inconvenientes. Porque si las tropas españolas por un prodigio de audacia y de fortuna lograban penetrar la línea del Tajo bajo el esplendor de la victoria, podian avanzar hasta Madrid, pero la ocupacion insostenible de esta capital seria el límite de sus progresos. Los cuerpos de Víctor y Sebastiani, únicos que debian entrar en accion, tenian siempre á su espalda la sombra de Guadarrama, y se hallaban en el caso de sostenerse en una série de imponentes posiciones bajo la espada formidable de Soult. Aun en el caso poco verosímil de que abandonasen esta primera línea defensiva, contaban con las del Duero y el Ebro, donde les era fácil reorganizarse, conservando parte del corazon y las estremidades mas importantes de la Península. Por el contrario, si los españoles sucumbian, quedaban abiertas al ejército imperial las provincias andaluzas, donde no habia marchitado el invasor con su planta los laureles de Bailen, donde existia el gobierno español, donde únicamente se conservaba vírgen é incólume la fuerza moral y material

de la nacion, y donde habia escelentes puertos que nos ponian en relacion con aquellos mares, sobre que levantaba todavía nuestra aliada la Inglaterra, su cetro soberano. Y sin embargo, todas estas inmensas pérdidas se colocaban en la balanza opuesta á la ocupacion de Madrid, pensamiento noble, pero estrecho y efímero que lejos de proporcionarnos una línea ofensiva, nos esponia á quedar en flecha en medio de los imperiales.

Los medios dc ejecucion eran tan imperfectos como el plan. Reuniéronse los ejercitos de Estremadura y la Mancha, constituyendo una masa de cincuenta y dos mil hombres. Parte de estas fuerzas estaban descorazonadas por sus recientes derrotas; la moral de las estremeñas no habia sufrido alteracion alguna despues de la victoria del Alberche, pero se sacó de ellas un cuerpo respetable consistente en diez mil infantes y dos mil caballos que á las órdenes del duque de Alburquerque debia divertir la atencion de Soult, maniobrando sobre la izquierda del Tajo.

Cuesta, oprimido por la edad, los achaques y los disgustos, habia dimitido su cargo, y para reemplazarle se eligió al general don Francisco Eguia, espíritu metódico, reglamentario y poco emprendedor, mucho mas idóneo para conservar á un ejército en una situacion peligrosa, que para comprometerle por un rasgo de poderosa y sobresaliente audácia.

Acantonóse Eguia en Daimiel, pero deslumbrado por las sábias evoluciones de Víctor y Sebastiani, temió perder su línea de retirada y se apresuró á replegarse sobre las gargantas de Sierra-Morena. Acaso la prudencia dictaba esta operacion, pero chocaba con la opinion pública, entonces omnipotente, y así Eguia fué separado del mando y sustituido por D. Juan Cárlos Areizaga.

Era Areizaga la verdadera antítesis de su predecesor. Su valor ardiente é irreflexivo le hacia mirar como posibles todas las empresas, pues no se detenia á pesar el pro y el contra de los acontecimientos. Habia brillado en Alcañiz como general de division, y era capaz de proezas heróicas, pero mas arriba de esta esfera no habia para él gloria ni porvenir.

Hombre puramente de ejecucion, carecia de aquella suma de conocimientos necesarios para dirigir un ejército, de aquella previ-

sion feliz que acierta á templar la confianza en el triunfo, sin la que no hay celo ni ardor marcial, con la posibilidad de un desastre, y sobre todo de aquella serenidad fecunda que sabe crear recursos en medio de las situaciones mas críticas.

Sin cuidarse de señalar punto ni línea de retirada, Areizaga avanza ardorosamente el 3 de noviembre, arrolla á una vanguardia enemiga situada en Dos Barrios; lanza parte de sus fuerzas hasta Ocaña, y con el grueso del ejército se recoge en Tembleque. El feliz éxito de este choque, y el de otro tambien próspero que sostuvo Freire contra dos mil ginetes y la division enemiga de polacos, debieron haber influido decisivamente en Areizaga para que intentara con el mayor vigor el paso del Tajo en Aranjuez, mas por una estraña singularidad de carácter, este hombre tan resuelto se detuvo en medio del camino que acababa de abrirle la fortuna, y en vez de caer bruscamente sobre los imperiales, entonces fáciles de oprimir, emprendió un movimiento de flanco hácia Villamanrique.

No tardó en presentarse á la vista de los españoles el mariscal Víctor, pero con fuerzas tan débiles que Areizaga hubiera podido penetrarle si su poca actividad y un temporal desencadenado de aguas y vientos no hubiese permitido al francés recibir nuevos refrescos é imposibilitado al español de emprender un ataque por su frente.

En este estado Areizaga volvió otra vez los ojos hácia Aranjuez donde se agolpaban considerables fuerzas enemigas. Subian estas, incluyendo las de Víctor al número de cuarenta y ocho mil hombres, estaban ceñidas y protegidas por un gran rio, y tenian sólidamente aseguradas sus comunicaciones con el ejército de Soult. No obstante, Areizaga siguiendo de nuevo los impulsos de su ardiente intrepidez, abandonó á Villamanrique y se dirigió á Ocaña, colocándose en actitud para recibir al enemigo. Un choque de caballería ocurrido cerca de Antígola, y en el que alcanzamos la peor parte, fué como el preludio de la batalla.

Inauguróla Mortier acometiendo á nuestra vanguardia, y haciéndola retroceder largo trecho. Por fortuna estaba allí cerca el intrépido Lacy, quien, apoderándose al grito de «viva España» de la bandera del regimiento de Búrgos, se precipitó en medio de los

enemigos. Síguenle nuestros soldados; derraman sobre sus pasos la muerte, y el terror penetra las compactas filas de los imperiales, y se hacen dueños de una batería. Tanto heroismo fué desgraciadamente estéril: Zayas, jefe de la vanguardia española, que hubiera debido seguir este movimiento progresivo hasta despedazar completamente el ála de Mortier, aunque hombre de mucho ánimo y de resolucion suma, vaciló un momento, retenido por las contradictorias órdenes de Areizaga, y no se necesitó mas que este momento para que el enemigo, rehaciéndose, aterrase á aquella pequeña y denodada hueste. Lacy se salvó como por milagro, despues de haber dado nuevas pruebas de una intrepidez ejemplar; pero el regimiento de Búrgos desapareció casi por completo, si bien legando á la posteridad su nombre y el recuerdo de su bella hazaña.

El revés que acababa de esperimentar la vanguardia española, produjo la derrota de todo el ejército. Porque nuestras divisiones, mal enlazadas, sin adhesion íntima y sin reservas, no pudieron resistir al vigoroso empuje de los franceses, que avanzaron en columnas cerradas. José y Sebastiani, cayendo sobre nuestra derecha, la destrozaron completamente, y aunque intentó reponerse formando cuadros, quedó á lo último despezada por la caballería de Merlin. Entonces el terror invade todas las filas de nuestro ejército, como el veneno de una flecha cunde por todas las venas de un cuerpo herido: roto el lazo de la disciplina, perdida la idea del pundonor y anulado el pensamiento sintético de la resistencia, la accion degenera en una fuga vergonzosa. Algunos rasgos de valor desesperado brillan aun enmedio de aquella terrible escena, pero la caballería imperial de Milhaud, maniobrando con una actividad y vigor indecibles, y la division de Girard, desembocando impetuosamente de la poblacion, pudieron abatir en todas partes á los españoles. Cinco mil muertos y heridos, y mas de trece mil prisioneros constituyeron nuestra pérdida en aquel infausto dia (19 de noviembre); la del enemigo apenas subió á dos mil hombres.

Como no teníamos señalado ni punto ni línea de retirada, los fugitivos, despues de haber circulado largo tiempo por los llanos de la Mancha y las faldas de Sierramorena, pudieron agruparse en número de veinte y cinco mil hombres en lo mas intrincado de esta

cordillera. Semejante catástrofe, por siempre deplorable, nada tenia de sorprendente: el plan de campaña era á todas luces vicioso, y Areizaga obró desde el principio de las operaciones como hombre embarazado con un cargo muy superior á sus fuerzas.

Las fatales consecuencias de la derrota de Ocaña escedieron á las esperanzas y temores de franceses y españoles. El duque de Alburquerque, temiendo verse arrebatado en su avanzada posicion sobre el Tajo, se replegó aceleradamente á Trujillo, buscando el contacto protector de Wellington. El del Parque, despues de haber alcanzado en Medina del Campo un triunfo distinguido, cuya gloria perteneció principalmente á la division Ballesteros, hubo de replegarse hácia Alba de Tormes cuando llegó á sus oidos la desgracia de Ocaña. El francés Kellerman, que le perseguia con mayores fuerzas, le dió alcance en aquel punto, y el español, viéndose comprometido, se desplegó en línea, teniendo el Tormes á la espalda. Esta circunstancia revelaba ya por sí sola el vicio de su posicion, pero el del Parque cometió ademas el desacierto de ofrecer aisladamente su derecha á los golpes del enemigo. Fué desde luego quebrantada y rota, y queriendo reconcentrarse sobre el centro, comunicó á este el desórden.

Solo la izquierda, regida por el general Mendizabal, se batió con un teson admirable; envuelta en una nube de fuego y asaltada por una formidable caballería, resistió inmóvil como un muro de granito, hasta que la derrota del resto de la línea hizo perder toda la esperanza del triunfo. En esta estremidad emprendió su retirada paso á paso, y llegó sin perder una fila hasta la cabeza de un puente que domina al Tormes.

Por desgracia el puente estaba obstruido con los bagajes, y la ínclita division, cargada por todo el ejército francés, perdió su imponente actitud y cuatro piezas de artillería.

La noche detuvo los progresos del ejército vencedor, y los españoles, dispersándose en columnas, segun prescripcion del duque, pudieron reunirse en Ciudad-Rodrigo. Evaluóse nuestra pérdida en tres mil hombres; la del enemigo llegó á la mitad de este número.



Tal fué la última escena de aquel drama sangriento y mal concebido, que habíamos puesto en ejecucion hacia dos meses. Nuestra situacion era verdaderamente deplorable. Las líneas del Tajo y del Tormes, las únicas que conservábamos en el corazon del reino, acababan de pasar á poder del enemigo; la Mancha, la Estremadura, las dos Castillas y el Aragon gemian bajo su opresora espada; en el Norte no habia obstáculos suficientes á contener su marcha arrolladora; las provincias occidentales de Asturias y Galicia, abandonadas á su patriotismo ardiente, pero débil en comparacion con los agresores, tenian que sucumbir; y el territorio meridional solo podia ser defendido por algunos destacamentos de tropas dispersas y desmoralizadas. Para colmo de infortunios, mientras Kellerman arrebataba al del Parque en Alba de Tormes los marchitos laureles de Tamames, el cañon francés tronaba contra los muros de la inmortal Gerona.

Sin la defensa de Zaragoza se hubiera creido imposible la de Gerona, pero aun existiendo aquel gran precedente, se oyeron con una mezcla de duda y de asombro las palabras del gobernador Alvarez, quien manifestó estar decidido á sostenerse doble tiempo que los zaragozanos. Porque, en efecto, despues que el arte de la guerra se ha despojado de sus formas rudas é incompletas para elevarse á la region pura y luminosa de la ciencia, los sitios de las plazas han perdido mucho de la importancia que antes tenian. Aquellos famosos asedios en los cuales se invertian los recursos y esfuerzos de grandes ejércitos durante ocho ó diez años, transmitidos por el eco á la vez dulce y majestuoso de la trompa épica, pueden embelesar á las imaginaciones impresionables y amantes de todo cuanto engrandece y representa la perseverancia humana; pero revelan indudablemente la infancia y exigüidad del arte militar. Las glorias de Agamemnon, de Camilo y de Farnesio solo pueden conservar su antiguo esplendor comparándolas con los medios que tuvieron á su alcance aquellos ilustres capitanes. En el dia una plaza de primer órden, atacada en regla y por fuerzas competentes, puede sucumbir sin mengua al cabo de un mes, y se reputa como un prodigio de constancia y habilidad la defensa que se prolonga por espacio de dos meses. ¡Tanta y tan omnipotente es la accion de los elementos destructores! Pero

la España, que habia emprendido y sostenia una lucha sin ejemplo en la historia, estaba destinada á dar al mundo espectáculos dignos de admiracion, y uno de los mas bellos, de los mas importantes, el mas heróico quizá, le ofrece el sitio de Gerona.

Ya hemos dicho que los franceses despreciaron al principio esta plaza, no porque dejára de ser interesante como punto estratégico, como llave de la marina y como capital de una provincia populosa, sino porque el mal estado de sus fortificaciones no permitia apoyar en ella cualquier estremo de su línea defensiva. Mejor ilustrado por la reflexion Duhesme acerca de la importancia de Gerona, habia intentado sériamente conquistarla, pero la vigorosa y reiterada propulsa de sus habitantes desvaneció las esperanzas del francés y granjeó á la plaza una alta reputacion. Desde entonces la ocupacion de Gerona figuró como pensamiento culminante en el plan de los imperiales; pero se esperaba que una série de acontecimientos prósperos autorizase esta empresa con grandes probabilidades de buen éxito. Las victorias de Botorrita y Doña María alcanzadas por Suchet en Aragon, y la que Saint-Cyr habia obtenido en Valls, engendraron en el pecho del hábil general el deseo de abatir la arrogante magnanimidad de los gerundenses. No obstante, queriendo permanecer al frente de su estensa línea de operaciones, encomendó á Verdier el ataque de la plaza.

Era este Verdier el mismo que habia figurado en el primer sitio de Zaragoza, y cuyo singular destino en la Península parecia ser el de escitar la intrepidez española hasta el último grado del heroismo.

Despues de haber invertido algunos dias en el bloqueo, Verdier, compelido por las órdenes de Saint-Cyr, formalizó el sitio (31 de julio). Sus fuerzas consistian al principio en diez y ocho mil hombres franceses é italianos.

Mas adelante se elevaron al número de treinta mil. Eran tropas veteranas, probadas en cien combates, perfectamente pertrechadas y dotadas con una numerosa artillería de grueso calibre. El general Sanson, uno de los mas distinguidos ingenieros de su época, dirigia las operaciones del sitio. Así, fuerzas materiales competentes para el objeto, jefes cuya actividad y denuedo se ha-

llaba á la grande altura de su instruccion, el prestigio de los últimos triunfos, un poderoso tren de artillería, todos estos medios realzados con el poder sintético que produce la aspiracion de una gran gloria y una fuerte disciplina, iban á volverse contra Gerona.

Los elementos de defensa que tenia esta plaza, consistian: unos en su situacion topográfica; otros en sus fortificaciones, y los mas y mas principales en el valor indómito de su guarnicion y habitantes.

Gerona se levanta en forma de anfiteatro en la confluencia de los rios Ter y Oñá, y al pié de dos montañas que la cubren por los lados este y oeste. El Oñá penetra en el seno de la poblacion y la divide en dos partes: la ciudad propiamente dicha que ocupa el punto mas elevado, y el arrabal de Mercadal, que desciende suave y gradualmente sobre la falda de la eminencia. Otro pequeño brazo de agua, llamado Galligans, ciñe la punta norte de la ciudad y va á arrojarse en el Oñá con torrentoso estrépito; un poco mas abajo se reunen al mismo rio el riachuelo Güell, que baña el arrabal, y una acequia denominada de los molinos. El Oñá, robustecido con estos contingentes, desagua orgullosamente en el Ter hácia la parte meridional.

El trazo general de la plaza constituye dos figuras algo irregulares; en que, dilatándose mucho la antigua cortina que rodea á la ciudad, se hace difícil y complicada su defensa.

Esta cortina circular, que tiene seis pies de espesor y de veinte y cinco á treinta y cinco de altura, se halla interrumpida por tres torres de ignorada construccion, denominadas Gironella, Santo Domingo y Santa Lucía: otros dos baluartes modernos, conocidos con los nombres de Santa María y la Merced, cubren la entrada y salida del Oñá; hay ademas un baluarte llamado de Sarracins y la balidera de San Narciso, que protege la confluencia del Güell y del Oñá. La torre del Cármen y algunas otras descuellan en aquel vasto recinto. Pero la circunstancia de carecer este de terraplenes, disminuia considerablemente su interés, y así la atencion de sitiadores y sitiados debia fijarse en las obras esteriores de fortificacion.

Pertenecen á esta clase el castillo de Monjuich, cuadrilongo só-

lido, que abraza una superficie de doscientas varas de largo, y cuyas caras se hallan protegidas por baluartes regularmente construidos. La situacion de este castillo sobre la montaña norte que domina á Gerona, le hace considerar como la verdadera llave de la plaza. El fuerte de Bournonville, colocado á ciento setenta varas del recinto, es un simple rebellin con foso, incapaz de resistir á un primer ataque preparado con habilidad y vigor. La torre de San Juan es un pentágono regular y de reducido diámetro; domina el camino de Francia, y forma con las otras tres torres de San Narciso, San Daniel y San Luis los puestos avanzados del castillo de Monjuich. Estas posiciones son muy importantes por su influencia eficaz y directa sobre el camino mencionado.

Mas notable es sin duda el fuerte del Condestable, especie de cuadrilongo que se corresponde con Monjuich por medio de una estrella irregular y un pequeño rombo, denominada aquella Torre del Calvario, y este Torre del Cabildo.

El Condestable tiene camino cubierto, y se apoya ademas en dos medios baluartes que miran al fuerte de Santa Ana.

Este fuerte puede considerarse como el anillo que enlaza al del Condestable y Capuchinos.

Ofrece la figura de una tenaza simple, protegida por un rebellin sin foso y cubierta con una gola. Una de las álas de la tenaza se estiende hasta doscientas varas de Capuchinos. Esta fortificacion es sin disputa la mas imponente y mas útil de todas las esteriores, escepto el castillo. Erigida sobre el último estribo de la cordillera del sur, defiende como el brazo de un gigante la aproximacion de la ciudad. Aunque el arte moderno pudiera exigir mayor perfeccion en una obra de tanto interés, sin embargo el fuerte de Capuchinos, creado bajo la luz del genio de Wauban, contiene buenas condiciones de defensa.

El todo del fuerte es un cuadrilongo que comprende doscientas varas de longitud, y sus lados estan revestidos con propiedad y energía. En el del norte, que corresponde al fuerte de Santa Ana, hay una cortina muy sólida realzada con baluartes; y en el que dá frente al rio Oñá, se destaca una tenaza sencilla, pero robustecida con una gola. A poca distancia del fuerte y separado

por un foso bastante profundo, se descubre un hornabeque formado por dos medios baluartes con cortina intermedia.

El fuerte y el hornabeque se comunican por medio de un puente levadizo.

Tales eran las fortificaciones de Gerona, mucho mas aparente que sólidas. No habia en ellas ningun sistema dominante y homogéneo: el sello de muchas y lejanas épocas, impreso en las diferentes obras, estaba mal borrado por algunas correcciones modernas, y así al lado de una fábrica robusta habia puntos muy endebles, considerado el poder de los actuales medios de ataque. Faltaban tambien terraplenes y caminos cubiertos, y la existencia de tres arrabales, fuera del de Mercadal, debilitaba grandemente la fuerza de Santa Ana y Capuchinos.

La guarnicion era muy insuficiente para llenar las atenciones de la plaza. Doce mil hombres hubieran podido cubrir el recinto y las obras esteriores, pero solo habia cinco mil setecientos, bisoños muchos, aunque valientes todos y dotados de esa rara pertinacia que constituye el fondo del carácter catalan.

Mas en Gerona, como en Zaragoza, el brazo popular era aterrador y omnipotente. Al primer amago del peligro todos los hombres hábiles para el manejo de las armas corrieron á organizarse militarmente, y en esta admirable fusion de clases y gerarquías no hubo un solo corazon que no palpitase á la idea de la independencia. Los grandes ejemplos de patriotismo se reprodujeron gloriosamente en esta ocasion: las mujeres mismas, haciéndose superiores á la debilidad de su sexo, formaron una compañía denominada de Santa Bárbara, que dividida en cuatro escuadras, prestó servicios muy eminentes durante el asedio.

Se advierte desde luego en Gerona que los recursos creados por el genio de la gloria ó el instinto de la conservacion pública, adquieren de repente una organizacion mas fuerte y una disciplina mas estrecha que en Zaragoza. Esta diferencia se debe al carácter de un hombre incomparable, el brigadier D. Mariano Alvarez, gobernador de Gerona.

Abrigaba Alvarez en un cuerpo breve el alma y los sentimientos de un héroe. Distinguido durante su larga vida militar por un valor

inquebrantable, por un patriotismo invencible y por una severa exactitud en el cumplimiento de sus deberes, se habia grangeado constantemente la consideracion de los jefes superiores y el afecto de sus soldados. No siempre obtuvo los favores de la inconstante fortuna, pero siempre se mostró digno de ellos. Aquel espíritu fuerte, reconcentrado, poderoso, debia desconocer ó desdeñar el flexible idioma de la lisonja: esta circunstancia influyó sin duda para que no fueran mas rápidos sus adelantos en su carrera, en la que no dió un solo paso en falso. Es verdad que le desconocieron sus contemporáneos, porque, modesto, afable, ocultaba la escelencia de sus prendas con la llaneza de sus modales; nadie hubiera creido descubrir en él aquel genio fecundo, aquella magnanimidad estraordinaria, aquella última sintesis de la constancia humana, que demostró en el sitio de Gerona; quizás él no tenia la conciencia de su propio valor; los caractéres estraordinarios necesitan ocasiones estraordinarias para desarrollarse; aseméjanse á la electricidad, que existiendo siempre en el seno de la atmósfera, solo se muestra á nuestros asombrados ojos en medio del estallido de una tempestad. Frisaba ya entonces Alvarez en la edad de sesenta años, pero su conducta durante el sitio hace comprender la exactitud de aquella antigua sentencia, «que el corazon de un grande hombre es siempre jóven.»

No bien se acercaron los franceses á los muros de Gerona, el gobernador hizo publicar este bando, cuyo laconismo era terrible: «Será pasado por las armas cualquiera que pronuncie la voz de capitular ó rendirse.»

Preguntándole algunos amigos cuánto tiempo pensaba defenderse: «Me defenderé, dijo, doble tiempo que en Zaragoza.» ¡Y la resistencia de Zaragoza se reputaba entonces como el último esfuerzo de un heroismo desesperado!

Los sitiadores, despues de haberse apoderado de la ermita de los Angeles, puesto avanzado importante, pero débil, establecieron su línea, y brindaron al gobernador con una capitulacion decorosa. Alvarez contestó que en lo sucesivo recibiria á cañonazos á los parlamentarios. Y cumplió su palabra con una fidelidad superior á lás mas duras calamidades.

Recurrió Verdier á los medios mas estremos, creyendo hacer



mella en el acerado pecho de los defensores, y acelerando la construccion de sus baterías, rompió contra la plaza un furioso bombardeo en la noche del 13 al 14 de junio. En los once dias que con leve y momentánea declinacion duró este fuego, fueron presa de las llamas algunos edificios; pero la pérdida mas sensible fué la del hospital general, donde el incendio se cebó con una voracidad tan invencible, sin que pudiera estinguirse hasta que quedó calcinada la última piedra de aquel vasto edificio.

Mientras la ciudad estaba como envuelta en un globo de fuego, otras baterías francesas atacaban las pequeñas torres de San Daniel, San Narciso y San Luis. Los defensores opusieron una vigorosa resistencia, pero viendo abierta la brecha, y juzgando imposible resistir un asalto, las evacuaron, replegándose á la plaza. No era esta ventaja de mucho interés, pero exaltó grandemente el ánimo de los sitiadores, cuyos esfuerzos solo habian sido frustados en el ataque del arrabal de Pedret. Vino á aumentar estas lisonjeras esperanzas un movimiento enérgico de Saint-Cyr, quien penetrando con la punta de su espada el importante punto de San Feliu de Guixols, pudo colocarse cómodamente en Caldas para estrechar la mano de Verdier. Así el número de tropas que concurrian activa é inmediatamente al sitio se elevó á treinta mil hombres.

Era ya el 20 de junio, y aunque los imperiales habian desplegado todos sus recursos para someter la ciudad, los españoles, como si estuvieran aletargados por el fatal influjo de las últimas desgracias, no pensaban sériamente en acudir á su socorro. Unicamente los somatenes con su movilidad inquieta y perseverante se agitaban sobre las álas del ejército francés, pero conseguian cuando mas arrebatarle algunos víveres ó arrancarle algunos prisioneros, sin entorpecer el curso de sus operaciones.

Seguro Verdier por sus espaldas, dirigió todo su conato y el juego de sus baterias contra el castillo de Monjuich (3 de julio). Defendiale con novecientos hombres el coronel D. Guillermo Nash, veterano intrépido, lleno de resolucion y recursos, dotado de una tenacidad indomable.

Ya hemos dicho que las torres de San Daniel, San Narciso y San Luis servian como de puestos avanzados al castillo, y así la

pérdida de estos baluartes facilitaba poderosamente el ataque de Monjuich, porque le dejaba espuesto á toda la intensidad de los fuegos enemigos, sin otra proteccion que la de la torre de San Juan. Para imprimir un impulso mas vigoroso á sus operaciones, los imperiales combatieron simultáneamente la torre de San Juan, donde se hallaba á la cabeza de una corta guarnicion el intendente D. Cárlos Veramendi, hombre heróico, lanzado por primera vez en la region de los hechos militares, para adquirir en ella imperecedera gloria.

Fué tan violenta y afortunada la accion de las baterías francesas, que en el mismo dia 3 abrieron brecha por la parte norte del castillo. Gozoso Verdier con tan rápido suceso, prepara sus columnas y las precipita sobre el castillo en la noche siguiente. Pero los españoles, guardando un silencio profundo, dejaron aproximarse al enemigo hasta un tiro de pistola, y fulminando entonces contra él un fuego poderoso, dejaron el suelo cubierto de cadáveres y obligaron á los demas á recogerse en el seno de sus reservas.

No por esto desistió Verdier, pero apreciando bien las dificultades de la empresa, creyó que debia acometerla con mayores medios. Jugaron entretanto sus baterías, causando nuevos destrozos en Monjuich, y al perderse el crepúsculo del dia 8 marchó otra columna al asalto.

Constaba esta de cuatro mil hombres escogidos, estaba sostenida por casi todo el ejército, é iba bajo las órdenes del coronel Muff, militar fanatizado por el amor á la gloria.

El choque fué terrible, y ambas partes dieron pruebas de un valor admirable. Repelidos dos veces los imperiales, volvieron sin embargo á la carga, y la muerte de su comandante Muff, lejos de desalentarles, pareció escitar en ellos una intrepidez frenética. El cuarto asalto fué tan violento, que recejaron por un instante los defensores de Monjuich, pero la voz del bizarro Nash, resonando como el eco de un trueno en aquel inflamado recinto, atrajo á todos al sitio del mayor peligro. Los franceses, desangrados, oprimidos por la fatiga y mermados considerablemente, se retiraron en desórden. Habian perdido en esta inútil tentativa dos mil setenta y siete hom-

bres, entre soldados y oficiales, la flor de sus tropas. Pudo reputarse como débil compensacion la conquista de la torre de San Juan, acometida por fuerzas muy superiores, resistida con ánimo heróico por el intendente Veramendi, y llevada á cabo cuando, habiendo perdido las dos terceras partes de los defensores, faltó á los que sobrevivieron todo elemento de resistencia. No obstante, estos últimos se salvaron en la plaza, merced á la imperturbable serenidad del mismo Veramendi.

Espiaba Saint-Cyr con vista de águila todos los movimientos de los españoles: supo que se acercaban al puerto de Palamós, se arrojó sobre ellos y los deshizo, precipitándolos en terrible confusion desde la cresta de aquella cordillera. No fué mas feliz el irlandés Marshall, que venia en socorro de la plaza, porque comprimido vigorosamente por su frente y flancos, hubo de renunciar á su propósito, no sin pérdidas deplorables.

Esta alternativa de felicidades y de reveses inflamaba en vez de deprimir la sublime energía de los gerundeses. ¿Pero, cómo habian de dejarse imponer por la noticia de un desastre aquellos mismos hombres que no se arredraban á la vista de los inmensos medios destructores que el enemigo empleaba contra el viejo castillo de Monjuich?

Diez y nueve baterías de obuses, morteros y cañones fulminaban con breves intervalos fuegos rectos y oblicuos, y un diluvio de bombas y granadas: á cinco mil setecientos llegó el número de proyectiles de grueso calibre lanzados contra aquella fortaleza. Las góticas paredes cayeron con horrible estrépito, parecido al último suspiro de un gigante; los baluartes protectores quedaron convertidos en liviano polvo, y en el revestimiento interior aparecieron nuevas brechas practicables. Entonces los sitiadores renovaron el asalto, y ganando el terreno palmo á palmo, consiguieron por fin establecerse sobre la brecha principal (8 de agosto). Pero todavía los sitiados hallaron en su desesperacion fuerzas para hacer una salida, que solo debia ser fecunda en gloriosos infortunios. Aquella lucha titánica no podia prolongarse mas: de los novecientos hombres que formaban la guarnicion, quinientos diez y ocho habian muerto, y trescientos veinte y dos estaban heridos. La historia

de ningun pueblo moderno presentaba un ejemplo de resistencia tan heróica. Solo en tan tremendas circunstancias se decidió Nash á consultar con Alvarez acerca del proyecto de una capitulacion. Alvarez en su estoicismo patriótico no creia que hubiera otro límite á la defensa que la muerte, y no contestó á la consulta. Nash reunió un consejo de oficiales, en el que se acordó la evacuacion del castillo, inutilizando préviamente la artillería y municiones, y llevándose los heridos. Realizóse felizmente esta atrevida operacion en la noche del 12, y Nash entró en Gerona, admirando con su conducta á los mismos que estaban resueltos á hacer prodigios de valor. Los franceses, para conquistar un monton de ruinas, pues á esto se hallaba reducido el castillo, perdieron tres mil hombres, tres meses y un material considerable, pero en la primera embriaguez del triunfo se creyeron dueños de la plaza, porque efectivamente el castillo de Monjuich era reputado como la llave de Gerona.

¡Frágil y efímera ilusion! El hombre en la mayor exaltacion de sus sentimientos se asemeja á aquellos mitos de la antigüedad que humillaban con su mano poderosa los mas fuertes obstáculos de la naturaleza. Las figuras emblemáticas de Hércules y de Teseo envuelven una filosofía profunda. Jamás la ciencia ha podido señalar límites al heroismo. Pero como el orgullo de un conquistador sea mas indócil que otro alguno á las lecciones de la esperiencia, los franceses no acababan de comprender que la guerra de España era completamente escepcional, y que la defensa de Gerona era el rasgo mas sobresaliente de esta guerra. El mismo Verdier, militar consumado, hombre de claro raciocinio y cumplida instruccion, se dejó seducir por la creencia de sus tropas, y anunció oficialmente á su gobierno que se apoderaria de Gerona al cabo de ocho ó diez dias.

Fácil es concebir la reaccion de esta confianza frustrada: cuando el impertérrito Alvarez recibió, segun su promesa, á cañonazos al nuevo parlamentario francés; cuando los gerundenses anunciaron que estaban firmemente resueltos á perecer antes que doblegarse ante la espada del caudillo imperial, entonces éste, herido á la vez en su amor propio y en sus esperanzas, y temiendo que su reputacion de soldado quedara aquí eclipsada como en Zaragoza, se propuso

desplegar nuevos y formidables recursos, queriendo á todo trance, ó humillar ó destruir á la ciudad heróica. Levantáronse nuevas baterías, una de ellas en Monjuich, que fulminaron sus fuegos contra las puertas de Francia y San Cristobal, el baluarte de Santa Lucía y el cuartel de Alemanes.

Voló en álas de la fama por toda la Península la noticia de aquel obstinado sitio y aquella defensa mas obstinada todavía.

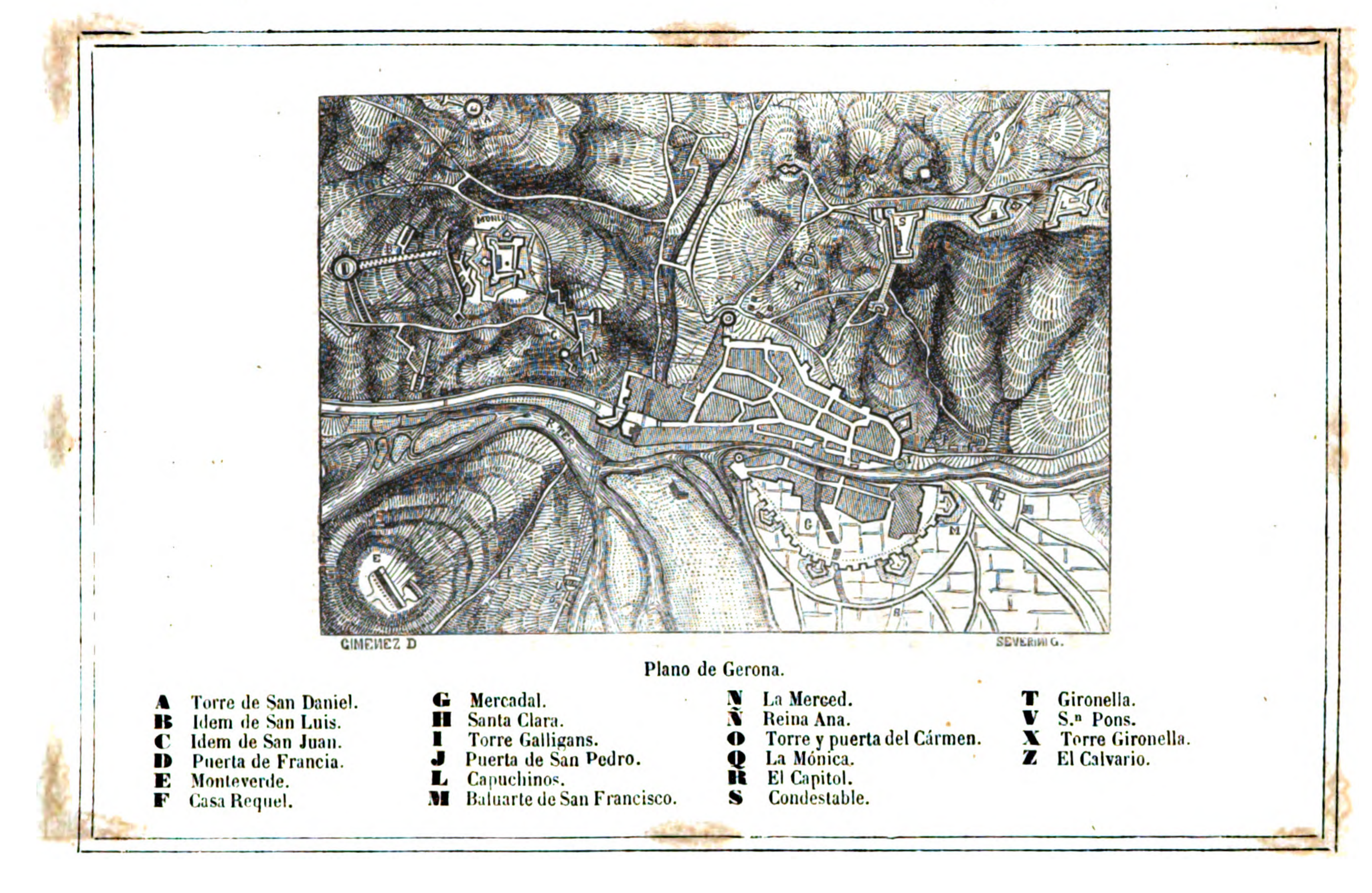
Inflamóse generalmente el entusiasmo público, y se formaron diferentes proyectos para auxiliar á Gerona; mas por desgracia los medios reales y eficaces eran casi nulos. Todos nuestros ejércitos habian sido batidos y estaban desorganizados; las comunicaciones marítimas se hallaban en poder del enemigo; la discordia, agitándose en el seno del gobierno, debilitaba su energía, y la situacion geográfica de Gerona dificultaba grandemente aun los esfuerzos desesperados del patriotismo.

Felizmente Blake, repuesto de sus últimas derrotas, aunque no tanto que pudiera recobrar la ofensiva en Aragon, volvió los ojos y el pensamiento hácia Gerona, y se decidió á socorrerla á través de los mayores peligros.

El éxito coronó sus nobles intenciones. Porque situándose oportunamente en Vich, y atrayendo las partidas de Rovira, Milans y Clarós, supo deslumbrar al enemigo con movimientos tácticos muy hábiles, le arrancó las estremidades de su línea de sitio, y pudo abrir paso al general García Conde para que introdujese en la plaza un convoy de dos mil acémilas. Realizada su difícil mision, García Conde dejó en la plaza tres mil trescientos hombres, y marchó en seguida á Hostalrich, salvando casi milagrosamente los infinitos riesgos que le rodeaban en este breve trayecto.

Esta ventaja de los españoles produjo un nuevo estallido de furor por parte del enemigo. Los fuegos, no interrumpidos un instante, adquirieron mayor intensidad; abriéronse brechas practicables en Santa Lucía, Alemanes y San Cristobal, y una salida desgraciada que hicieron los sitiados (15 de agosto), levantando el ánimo de los sitiadores, les sugirió la idea de arrebatar la plaza por asalto. Sin embargo, antes de recurrir á este último estremo, ofrecieron otra vez al animoso Alvarez la oliva de la paz, pero el magnánimo





Plano de Gerona.

A	Torre de San Daniel.	**G**	Mercadal.	**N**	La Merced.	**T**	Gironella.
B	Idem de San Luis.	**H**	Santa Clara.	**Ñ**	Reina Ana.	**V**	S.ⁿ Pons.
C	Idem de San Juan.	**I**	Torre Galligans.	**O**	Torre y puerta del Cármen.	**X**	Torre Gironella.
D	Puerta de Francia.	**J**	Puerta de San Pedro.	**Q**	La Mónica.	**Z**	El Calvario.
E	Monteverde.	**L**	Capuchinos.	**R**	El Capitol.		
F	Casa Requel.	**M**	Baluarte de San Francisco.	**S**	Condestable.		

español, que no creia posible vivir en la ignominia, rechazó con soberbio desden las proposiciones, y se preparó enérgicamente para resistir el asalto.

Este tuvo lugar el 19 de setiembre. Una columna de dos mil hombres se arrojó sobre la brecha de Santa Lucía, que defendia el irlandés D. Rodulfo Marshal, al propio tiempo que otras acometian las de Alemanes y San Cristobal. Por algun tiempo se sostuvieron en ellas combatiendo heróicamente; pero destrozadas por el fuego que de todos lados se les dirigia, hubieron de ceder ante el imponderable arrojo de los gerundenses, buscando su salvacion en una precipitada fuga. El valiente Marshal sucumbió en su puesto, siendo sus últimas palabras: «Que moria contento por tal causa y por nacion tan brava.»

Durante esta horrible lucha, el enemigo hizo algunas tentativas sobre otros puntos de la plaza, pero en todas partes fueron inútiles su arrojo y su heroismo. Las brechas quedaron cubiertas de cadáveres. Tal era el furor con que se batian los intrépidos gerundenses, que no satisfaciendo el fusil la sed de sangre y esterminio que los devoraba, cogian las piedras sueltas de la brecha, y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores.

Tan terrible escarmiento hizo desistir á los franceses de repetir los asaltos, y tomaron el partido de convertir el sitio en bloqueo.

Blake trató de nuevo de avituallar la plaza, pero á pesar de sus desesperados esfuerzos en un sangriento y desgraciado combate, en que perdió dos mil hombres, solo pudo hacer entrar en ella ciento setenta cargas, dejando en poder del enemigo el resto del convoy.

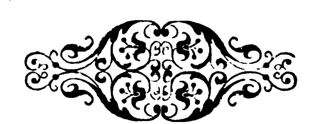
Tan escasa cantidad de víveres estaba muy distante de poder remediar la apurada situacion de Gerona. El hambre comenzó á hacer sentir todos sus horrores, sin que pudieran disminuir el mal la junta y el gobernador. «Las carnes de caballo, jumento y mulo, de que poco antes se habia empezado á echar mano, íbanse apurando, ya por el consumo de ellas, ya tambien porque, faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morian de hambre, comiéndose entre sí las crines. Cuando la codicia de algun paisano, arrostrando riesgos, introducia comestibles, vendíanse estos á exorbitantes

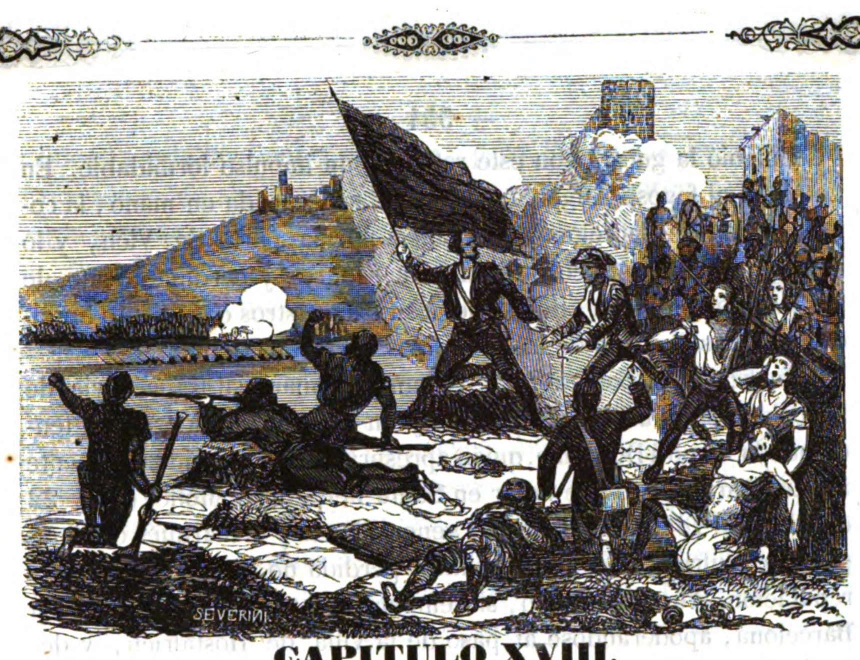
precios; costaba una gallina diez y seis pesos fuertes, y una perdiz cuatro. Adquirieron tambien estraordinario valor los animales mas inmundos, habiendo quien diese por un raton cinco reales vellon y por un gato treinta.

Los hospitales, sin medicinas ni alimentos, y privados de luz y fuego, habíanse convertido en un cementerio, en que solo se divisaban espectros.»

Cuando la ciudad de Gerona era presa del hambre, de la peste y de todas las calamidades que la acompañan, el enemigo dió á la plaza nuevas acometidas, que le proporcionaron algunas ventajas, y no quedando ya medio alguno para prolongar la defensa, por haberse perdido todos los fuertes esteriores, hallarse postrado en su cama el sin par Alvarez, y existir siete brechas abiertas, no hubo mas remedio que capitular.

Despues de siete meses de sitio entraron los franceses en Gerona (11 de diciembre de 1809) por la puerta del Arenys, quedando asombrados del horrible espectáculo que ofrecia esta ciudad, donde habian perecido de nueve á diez mil hombres, entre ellos cuatro mil moradores.





CAPITULO XVIII.

1810.--1823.

SUCESOS DE CATALUÑA.—SITIO DE LÉRIDA.—IDEM DE TORTOSA.—COMBATE DEL ABISBAL.—INVASION DE ANDALUCIA.—SITIO DE CÁDIZ.—ASTURIAS.—ATAQUE DE ASTORGA.—INVASION DE PORTUGAL.—LINEAS DE TORRES-VEDRAS.—RETIRADA DEL FRANCÉS.—CATALUÑA.—SITIO DE TARRAGONA.—IDEM DE MURVIEDRO.—BATALLA DE SANTI SPIRITUS.—SITIO DE BADAJOZ.—BATALLA DE LA ALBUERA.—PÉRDIDA DE VALENCIA.—RECONQUISTA DE CIUDAD-RODRIGO Y VALENCIA.—ARAPILES.—SITIO DEL CASTILLO DE BURGOS.—BATALLAS DE VITORIA, SAN MARCIAL Y TOLOSA.—SUCESOS DEL AÑO 20 AL 23.



ENCIDA el Austria y sometido otra vez el Continente, Napoleon fijó toda su atencion en la Península. Así, su primer cuidado fué el de aumentar sus ejércitos de operaciones hasta el número de trescientos mil hombres, fuerza imponente y al parecer irresistible, porque su entidad aritmética estaba realzada por el poder inapreciable del genio y de la disciplina.

Recibió la guerra con este refuerzo un impulso formidable. En Cataluña el fogoso Augereau intentó abrir, espada en mano, la comunicacion de Barcelona con Francia por la parte de Vich, y lo consiguió, aunque á costa de mucha sangre, y perdiendo uno de sus laureles en Moya, donde lidiaron los nuestros con aliento heróico, bajo las órdenes de los generales Porta y O'Donnell.

Realizado este objeto, se encaminó el mariscal francés via de Barcelona con nueve mil hombres y un convoy considerable, tendiendo la mano á Duhesme, quien apresurándose inconsideradamente á estrecharla, tuvo que lidiar en Santa Perpétua y Mollet (20 y 22 de enero de 1810) con el mismo general Porta y el marqués de Campoverde, sufriendo en ambos puntos pérdida no leve en su gente y reputacion. Augereau logró, sin embargo, introducir el convoy en Barcelona, apoderándose al paso de la villa de Hostalrich, y dejando bloqueado su castillo.

Por este tiempo se confió al general D. Enrique O'Donnell el mando en jefe de todas las fuerzas españolas del Principado. Era este general inteligente, activo, resuelto, y enaltecia aquellas buenas prendas con los brios propios de la mocedad. Enunció desde luego el pensamiento de recuperar á Vich, empresa, aunque importante, árdua; porque era preciso romper una de las álas del ejército francés. Acometiéronla audazmente los españoles (19 de febrero), y Sarsfield, que habia iuaugurado el combate, iba ya á reportar la victoria, cuando un refuerzo de dos mil quinientos hombres que recibió el enemigo, cambió completamente la fisonomia de la accion. O'Donnell emprendió su retirada hácia Tona con mil quinientos hombres, sin que el francés, que habia sufrido tambien mucho, se atreviera á perseguirle.

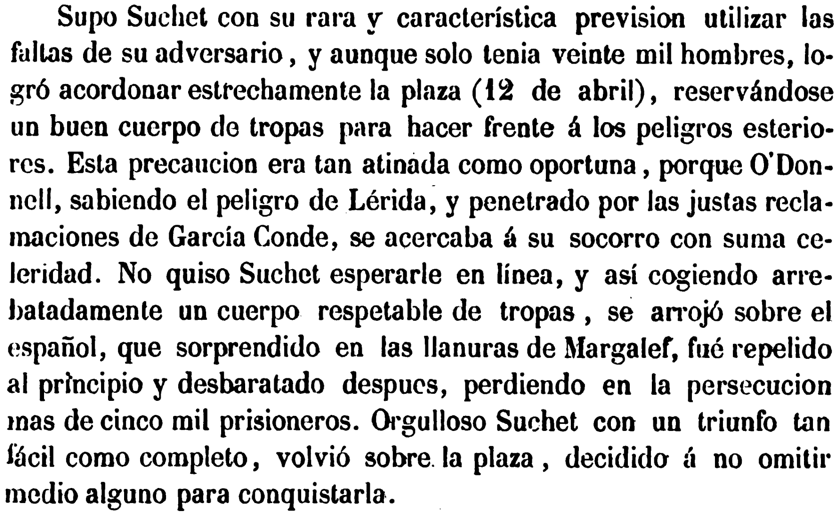
Esta derrota precedió inmediatamente á la pérdida del castillo de Hostalrich. No tenia este castillo, de antigua construccion, otras condiciones ventajosas que la topográfica, pero su gobernador D. Juan Estrada, varon de ínclito esfuerzo é inflexible constancia, resistió durante dos meses un apretado cerco, hasta que, viéndose exhausto de todo recurso, evacuó el castillo (12 de abril) á la cabeza de mil doscientos hombres. El valiente Estrada cayó en poder del enemigo por la perfidia ó torpeza de un guia, participando de su



infausta suerte doscientos soldados, pero los demas lograron salvarse siguiendo al coronel Lopez Baños. No alcanzaron á neutralizar la pérdida de Hostalrich una feliz sorpresa que hizo en Villafranca del Panadés D. Juan Caro, ni algunas ventajas reportadas por los somatenes, cuya movilidad y ardor se aumentaban en la misma proporcion que el peligro.

El eco de estos tristes sucesos se desvaneció pronto entre el estampido del cañon francés que jugaba contra los muros de Lérida. Habíala puesto sitio el general Suchet, ávido siempre de marciales lauros, é inflamado ahora por el deseo de borrar con un hecho glorioso el fresco recuerdo de su inútil tentativa contra Valencia. Figuraba Lérida como punto del mayor interés, por constituir la articulacion principal entre las provincias de Aragon y Cataluña, mas sus fortificaciones, cuyo orígen se pierde en la inmensa noche de los siglos, eran poco adecuadas para resistir á los elementos de espugnacion que poseian los sitiadores. Consistian aquellas en un viejo recinto con algunas obras modernas débilmente adheridas; en un castillo, obra tambien antigua é irregular, retocada despues, aunque ligeramente, por una mano perita, y en el fuerte de Garden, bella y sólida construccion, pero sin terraplenes, caminos cubiertos y otras obras accesorias. Formaban la guarnicion cuatro mil novecientos hombres, no todos armados, y muchos desprovistos de la necesaria instruccion. Hallábase al frente de ellos D. Jaime García Conde, buen soldado, no tan aventajado por sus conocimientos como por su denuedo, y falto ademas de aquella energía suprema que decide, dominándolas, las graves dificultades de la vida militar.

Cediendo á consideraciones propias únicamente de una situacion normal, García Conde permitió que se introdujeran en Lérida muchas personas qne huian de las poblaciones á la aproximacion del enemigo, y no se resolvió á despejar los alrededores de la plaza de una vejetacion frondosa y de algunos edificios colocados sobre aquel panorama embellecido entonces con las galas de la primavera. De este modo, al paso que aumentaba el número de las bocas inútiles, dejaba al enemigo reparos en que guarecerse contra las baterías de la plaza, amenguando á la vez el tiempo y los medios de defensa.



Supo Suchet con su rara y característica prevision utilizar las faltas de su adversario, y aunque solo tenia veinte mil hombres, logró acordonar estrechamente la plaza (12 de abril), reservándose un buen cuerpo de tropas para hacer frente á los peligros esteriores. Esta precaucion era tan atinada como oportuna, porque O'Donnell, sabiendo el peligro de Lérida, y penetrado por las justas reclamaciones de García Conde, se acercaba á su socorro con suma celeridad. No quiso Suchet esperarle en línea, y así cogiendo arrebatadamente un cuerpo respetable de tropas, se arrojó sobre el español, que sorprendido en las llanuras de Margalef, fué repelido al principio y desbaratado despues, perdiendo en la persecucion mas de cinco mil prisioneros. Orgulloso Suchet con un triunfo tan fácil como completo, volvió sobre la plaza, decidido á no omitir medio alguno para conquistarla.

La resistencia de los leridanos fué briosa, y aun sin hipérbole pudiera calificarse de heróica. Practicaron salidas, rechazaron asaltos parciales, hicieron enmudecer la formidable artillería imperial, y sin conturbarse por las últimas desgracias, se mostraron como hombres inaccesibles á cualquier otro sentimiento que el del pundonor.

Hasta el 13 de mayo no consiguieron los sitiadores tener brecha practicable en el baluarte del Cármen, que era el punto mas débil del recinto, pero entonces, prevenidos y en vela de este ansiado suceso, se lanzaron impetuosamente al asalto. Pelearon unos y otros con enconado valor, y hubiera sido difícil prever el éxito de esta lucha encarnizada, si Suchet con hábiles maniobras no hubiese divertido la atencion de los españoles, apartándola del verdadero peligro. Así es que los franceses, acometiendo á los nuestros por retaguardia, causaron en ellos tremendo estrago, y dejando á muchos tendidos en el suelo, compelieron á los demas á refugiarse en el castillo. Tambien los azorados habitantes se agolparon en tropel en el foso de esta fortaleza, cuyo espectáculo conmovió tan profundamente á García Conde, que el dia 15 pidió y obtuvo de Suchet una capitulacion que garantizaba las vidas y haciendas de los leridanos y el honor de las banderas españolas. Se vituperó la conducta de García Conde, y aun O'Donnell la calificó de traicion en una órden general del ejér-

cito: á la verdad, obstinándose en la defensa, pudiera haber muerto como un héroe; pero desprovisto de toda esperanza de socorro, privado de la tercera parte de la guarnicion, viendo á la ciudad envuelta en llamas y á la poblacion espuesta á los insultos del enemigo, su obstinacion hubiera podido graduarse de temeridad, porque no tenia ya ningun fin grande y de ejecucion verosimil.

El infatigable Suchet no quiso reposar un instante á la sombra de sus laureles, y sabiendo que en Aragon sostenia la guerra con ánimo escelso y no ingrata fortuna D. Pedro Villacampa, mandó contra él una division, mientras que Musnier acometia á Mequinenza. Esta villa, de importancia histórica, como tantas otras de España, no tenia á la sazon mas defensa que el castillo, el cual solo pudo resistir desde el 20 de mayo hasta el 8 de junio, á una série de bien combinados ataques. Poco tiempo despues cayó en poder de los imperiales el fuerte castillo de Morella.

El próspero resultado de esta breve escursion en el territorio aragonés, confirmó mas á Suchet en su pensamiento privilegiado de poner sitio á Tortosa. La dificultad de atraer sus divisiones esparcidas en radios muy estensos, el mal estado de los caminos que se oponia á la traslacion de los trenes, la precision de reunir abundantes víveres para un asedio que segun todos los cálculos debia ser largo, los movimientos amenazadores del ejército español y la oscilacion incesante de los somatenes impidieron á Suchet abrir trinchera hasta promediar el mes de diciembre.

Un recinto sólido y flanqueado de baluartes, algunas obras esteriores no despreciables, una guarnicion de siete mil doscientos hombres, llenos de bélico ardimiento, y un gobernador como el conde de Alache, cuya pericia se habia acreditado en la admirable retirada de Tudela, debieron preservar á Tortosa por largo tiempo de la dominacion imperial. Mas el conde de Alache, ora porque sintiese gravitar sobre él, como una mano de hierro, el recuerdo de nuestros grandes infortunios, ora porque sus padecimientos físicos debilitaran su energía moral, ora, finalmente, porque hubiera penetrado en su pecho el veneno de la seduccion estranjera, mostró al principio una conducta tibia y parsimoniosa; mermó despues considerablemente la guarnicion, arrojándola con poco acierto en medio

de los fuegos enemigos, y cuando vió abierta brecha en la cortina principal (29 de diciembre) por el lado del temple, no se atrevió á soportar el primer asalto, queriendo salvar su vida y su libertad á trueque de su honra, que quedó muy comprometida bajo el análisis de la opinion pública. Llevó Alache su aturdimiento hasta el punto de pedir á Suchet fuerzas para contrarestar la noble audacia de las tropas españolas, que rechazaban aquella indecorosa capitulacion.

Con la conquista de Tortosa aseguró Suchet la escelente línea del Ebro, y se colocó en actitud, bien de amenazar desde una base segura á las provincias de Aragon y Valencia, bien de enlazarse íntimamente con las demas fuerzas imperiales que operaban en el Principado, y de realizar la completa sumision de este pais.

Mandaba estas últimas, en reemplazo del fogoso y turbulento Augereau, el mariscal Maldonald, espíritu ilustrado y enérgico, hombre en igual grado de accion y de pensamiento. No creyó el nuevo jefe que debia permanecer con la mano puesta sobre el pomo de la espada, mientras Suchet hacia hercúleos esfuerzos por establecer el sitio de Tortosa. Propúsose, pues, abastecer á Barcelona y auxiliar á Suchet en cuanto le fuera posible, pero halló en O'Donnell un adversario temible. A la verdad, el general español, protegido eficazmente por la éjida del sentimiento público, desplegó en este período una actividad inteligente y fecunda. No obstante la viva oposicion de O'Donnell y la gallarda resistencia de D. Miguel Iranzo, pudo el francés avituallar á Barcelona; mas no le fué tan fácil llevar á cabo la segunda parte de su plan. Porque adelantándose el imperial via de Lérida, supo O'Donnell envolverle entre numerosas columnas, que si no eran suficientes para penetrar el robusto ejército de Maldonald, bastaban para atormentarle, y sobre todo para desorientarle acerca del verdadero peligro.

Así es que el francés dejó escalonados en las inmediaciones de Cervera varios destacamentos, circunstancia que espiaba y aprovechó nuestro jefe con superior habilidad.

Efectivamente, el 14 de setiembre, realizando una marcha casi fabulosa, cayó de súbito sobre el pueblo del Abisbal, donde se hallaba el general Schwartz á la cabeza de mil quinientos hombres. Intentó el francés defenderse, mas estaban tomadas con tal acierto

todas las medidas, que le fué preciso desistir del primer impulso, entregándose prisionero con la fuerza que tenia á sus órdenes. Quedó O'Donnell herido, mas la victoria del Abisbal fué uno de los bellos florones que adornan su corona militar. Casi al mismo tiempo caian en nuestro poder los puertos de San Feliu de Guixols y Palamós, en tanto que otras partidas hacian venturosas escursiones en la Cerdaña francesa.

La retirada de O'Donnell á consecuencia de su herida y la superioridad de Maldonald, permitieron por último á Suchet estrechar con todas sus fuerzas á Tortosa. La rendicion de esta plaza, que hemos referido, es el punto negro que cierra en este año la página de la guerra en Cataluña.

Al par que estos sucesos se verificaba la invasion francesa en las Andalucías. Cincuenta y cinco mil imperiales, repartidos en cuatro cuerpos, mandados respectivamente por Victor, Mortier, Sebastiani y Dessolles, y sometidos todos á la inspeccion de Soult y órdenes de José, avanzaron sobre las formidables crestas de Sierra-Morena, donde la naturaleza ha puesto tantos medios de defensa, y donde el arte solo habia hecho esfuerzos muy mezquinos. En efecto, todas las fortificaciones de la sierra se reducian á algunas minas y cortaduras preparadas aceleradamente en los últimos instantes del peligro. Las fuerzas españolas, situadas en una estensa y mal articulada línea, no pasaban de veinte y cinco mil hombres, reliquias desmoralizadas del ejército derrotado en Ocaña. Así podia decirse que Sierra-Morena estaba solo defendida por su reputacion, pero los franceses que anhelaban borrar con un hecho brillante la desgracia de Bailen, acometieron con un ímpetu irresistible, precursor de la victoria. Arrollados los nuestros en Almaden, Puerto del Rey, Carolina, Venta-Quemada y Despeñaperros, pudieron los enemigos derramarse como un torrente sobre aquellas fértiles campiñas, no menos bellas ni menos codiciadas por ellos, que las de Roma, vistas por los soldados de Annibal desde las cumbres del Apenino. Las poblaciones, faltas de todo recurso militar, recibieron ahora sin violencia y aun con aparente júbilo á los invasores. Córdoba y Jaen pertenecieron á este número, y aun la opulenta y populosa Sevilla, donde se habian anunciado pomposamente el propósito y los medios

de una larga resistencia, hubo de acogerse á una capitulacion que garantia la tranquilidad de sus moradores (1.° de febrero). Salvóse apresuradamente el gobierno español en Cádiz, y aun esta ciudad, asilo de nuestra independencia, hubiera caido en poder de los enemigos, ¡ tanto y tan estremado era el terror que reinaba en los ánimos! si el duque de Alburquerque, siguiendo solo las inspiraciones de su genio é intrepidez, no hubiera avanzado desde Don-Benito á paso de gigante con doce mil hombres perfectamente organizados. La sombra de este cuerpo, que podia servir de núcleo á un ejército formidable, detuvo la arrolladora impetuosidad de los imperiales, y Alburquerque llegó á Cádiz antes que el enemigo estableciera el cerco de esta ciudad.

En las guerras de invasion la sorpresa que embarga al vencido es el primer elemento de triunfo del vencedor. Desvanecer esta sorpresa equivale para aquel á colocarse en el camino de la victoria. Esto sucedió puntualmente en España, en el período que vamos describiendo. Mientras los franceses exhalaban su inútil despecho ante las murallas de Cádiz, los españoles iban recobrando su heróica resolucion de perecer antes que besar la espada del conquistador: dilatábanse los comprimidos corazones; hormigueaban las partidas, y en la Serranía de Ronda, donde la naturaleza fortifica el carácter entero y belicoso de los naturales, se presentaron algunas capaces de inspirar recelos. Propúsose José sofocar con su presencia este poderoso gérmen de insurreccion, y al efecto se trasladó desde Sevilla á Ronda; mas no bien hubo salido de esta última ciudad, cuando los nuestros, creciendo en osadía mas que en número, arrojaron de ella á los imperiales. Perdiéronla despues los españoles, mas no por esto se estinguió la llama de la guerra, en la que brillaron rasgos de admirable intrepidez. Uno de los mas insignes es el del alcalde de Montellano, D. José Romero, quien viendo incendiadas por el enemigo todas las casas del pueblo, escepto la suya, se encerró con sus hijos y criados en ella, y se defendió durante muchas horas sin temor á la muerte que se le presentaba bajo las formas mas terribles. Felizmente la Providencia, que rara vez deja sucumbir á los héroes, hizo que apareciesen algunas partidas españolas, con cuyo motivo los franceses, en número de trescientos hombres, levantaron



el sitio de aquella débil casa, fuerte solo por el incontrastable valor de su dueño.

Mucho contribuyó á esta reaccion favorable el cambio de gobierno. A la Junta Central, autoridad gastada mas por la desgracia que por sus desaciertos, habia sustituido una Regencia compuesta de cinco miembros, hombres afamados los mas y favorecidos todos por el prestigio anejo á una institucion naciente. A la voz de la Regencia salieron de la nulidad ó del infortunio algunos cuerpos respetables: el ejército del centro, cuyas últimas reliquias habian perecido en Alcalá la Real, se organizó de nuevo bajo la inspeccion de Blake, presentando un efectivo de doce mil infantes, dos mil caballos y doce piezas de artillería; el de la izquierda ascendió á veinte y ocho mil hombres, mil de ellos ginetes; y la fuerza destacada en Alburquerque, tan oportunamente recogida en la isla gaditana, llegó á tener diez y ocho mil plazas, sin contar algunas fuerzas irregulares, producto mísero y ferviente del entusiasmo público. Al mismo tiempo se daba mayor impulso á la insurreccion de los rondeños; en el recóndito corazon de las Alpujarras se formaban numerosas partidas, y la plaza de Tarifa, acordándose que habia tenido en su seno á un Alonso Perez de Guzman, rechazaba con denuedo heróico á los sitiadores.

Desde esta época (15 al 20 de abril), empieza una série alternativa de reveses y felicidades, cuyo último resultado redundaba en ventaja de los españoles, porque en la guerra el tiempo siempre corre á favor del beligerante que tiene mas y peor organizados recursos. Entraron los imperiales con leve ó ninguna oposicion en Málaga, Velez-Málaga, Granada y Murcia, pero los nuestros, regidos por Mendizabal, O'Donnell (D. Cárlos), Senen de Contreras, Ballesteros, Morillo é Imaz, siguieron atormentando al enemigo, que bajo las órdenes de Mortier operaban sobre el lado de Estremadura. Hubo diferentes choques en Zalamea, Santa Olalla, Aracena, Burguillos y Monasterio, en los cuales si no nos fué completamente propicia la fortuna, solo reconocimos la superioridad del enemigo despues de haberle causado considerable quebranto.

Mas adelante (28 de agosto) Blake por un movimiento bien con-

certado espulsó á Sebastiani de Murcia, pero queriendo llevar sus miras mas allá de la esfera de su posibilidad, avanzó hácia la provincia de Granada, y en Cullar (2 de noviembre) vino á las manos con el imperial Rey y sufrió sangrienta derrota. Acabó de entenebrecer este lúgubre cuadro el mal éxito de la tentativa que poco antes se hizo contra el castillo de Fuengirola. Sebastiani, volando á este punto, pudo sin grande efusion de sangre derrotar las fuerzas que emprendieron este ataque, y hacer prisionera gran parte de estas tropas. Las demas se embarcaron aceleradamente en sus buques, que esperaban con la vela tendida.

Cruzando desde el mediodia al norte de la Península, vamos á penetrar en el antiguo principado de Asturias, donde, aunque con pocos materiales, se conservaba inestinguible la llama de la guerra. Mal escarmentados con el éxito de la anterior campaña, los franceses pretendieron sujetar aquella provincia, avanzando en número de diez ó doce mil hombres bajo las órdenes de Bonnet. No pasaban de siete mil los españoles dispuestos á la defensa, mal enlazados entre sí y mandados respectivamente por D. Juan de Llano Ponte, D. Juan Diaz Porlier y D. Federico Castañon. Llano de Ponte, situado con cuatro mil infantes en Coimbra, cedió el paso á las superiores fuerzas enemigas: el general Arce, que se hallaba en Oviedo con dos mil hombres, evacuó esta capital, y Bonnet entró en ella sin quemar el cebo de un fusil. Alarmóse, no obstante, el jefe imperial con los movimientos oscilatorios de Porlier y Castañon; evacua á Oviedo, recupéranla los nuestros, vuélvenla á perder, y despues de muchos choques y recuperaciones, con un refuerzo venido de Galicia, concibieron los españoles la lisonjera esperanza de establecerse definitivamente en la capital del Principado. Tambien resultó ilusoria esta esperanza, porque Bonnet, que se habia replegado oportunamente sobre Cangas de Onís, volvió con tropas de refresco y se hizo dueño de Oviedo (29 de marzo).

Al compás de estos sucesos marchaban los de Galicia. El presuntuoso Junot, á la cabeza del octavo cuerpo, rompió impetuosamente por las lindes de aquel territorio, y se acercó á la ciudad de Astorga, pensando arrebatarla por un golpe de mano. No parecia esta esperanza ilusion dorada de un conquistador venturoso, por-

que Astorga carece de todas las verdaderas condiciones de una plaza, y la débil fuerza de su recinto interior se halla casi anulada por tres estensos arrabales, el de Santo Domingo, San Andrés y Reytibia. Pero el sentimiento patriótico suplió allí como en otros muchos puntos las faltas de la naturaleza y del arte. Improvisáronse algunas fortificaciones; se organizaron partidas de paisanos armados, y los dos mil ochocientos hombres que constituian la guarnicion, se mostraron resueltos á soportar todas las fatigas y peligros de un sitio. Gran parte de este espíritu marcial se debia al gobernador Santocildes, alma ardiente y luminosa, tan incapaz de una flaqueza como idóneo para inventar espedientes que reparasen los golpes de la desgracia.

Rechazada con dignidad una intimacion que hizo el francés Loisson, acercó Junot sus tropas en número de veinte y seis mil infantes y ocho mil caballos, y emprendió las operaciones del sitio con aquella energía inflexible que produce el orgullo ofendido por un obstáculo imprevisto. Desde el 21 de marzo hasta el 22 de abril no cesaron de combatir los imperiales, y en este tiempo, aunque haciendo sangrientos sacrificios, se apoderaron de los arrabales de Santo Domingo y San Andrés, y el mismo dia 22 se dió el asalto al de Reytibia y á la ciudad. Fué largo, encarnizado y tenaz, desplegando unos y otros un valor inaudito; pero al fin los sitiados consiguieron precipitar á los sitiadores desde lo alto de la brecha, llenándoles de confusion. Despues de este glorioso precedente se creyó que Astorga iba á reproducir las maravillas de Zaragoza y Gerona; mas por desgracia faltaron las municiones de artillería, y las de fusil escasearon hasta el punto de que un dia mas de resistencia las hubiera agotado completamente. En esta estremidad Santolcides propuso y obtuvo todavía una capitulacion muy honorífica. Merced á ella, Junot entró en Astorga (23 de abril de 1810), pero dejando al pié de sus débiles tapias tres mil de sus mas valientes soldados. La defensa habia sido conducida con tal órden y regularidad, que la pérdida de los sitiados no pasó de doscientos hombres.

La resistencia de Astorga reasume la parte brillante de la campaña en Galicia y Asturias. Mahy obtuvo algunos ligeros triunfos

y espulsó dos veces de Leon á los imperiales; una pequeña division de dos mil hombres, peleó tambien ventajosamente en la Roble y á orillas del Orbigo: pero un fuerte revés que sufrió Moscoso en Luarca, y la derrota mas vergonzosa que sangrienta que sufrió en Navia su sucesor Albergotti, destruyeron el feliz equilibrio que hasta entonces habian conservado nuestras armas en aquella parte interesante de la península.

Estos movimientos estaban íntimamente ligados con el plan de invasion en Portugal. Napoleon, arrebatado por el odio que tenia á los ingleses, cerraba voluntariamente los ojos para no ver el genio ni la índole de nuestra revolucion, y se obstinaba en creer que el gabinete de Saint-James, agitando los misteriosos resortes de la intriga, sostenia el sentimiento de nuestra independencia. Admitida esta falsa premisa, la espulsion ó aniquilamiento del ejército inglés era una consecuencia necesaria de su sistema. Los preparativos que hizo para realizar este gran pensamiento fueron á la verdad imponentes. Ciento diez mil hombres perfectamente organizados y dotados con una formidable artillería y dirigidos por un general como Massena, ofrecian á las imaginaciones menos exaltadas, la imágen de un poder casi incontrastable. Pocos creian en la posibilidad de la resistencia; el gobierno inglés dudaba; los ardientes portugueses solo concebian que era necesario combatir hasta el último estremo, mas bien por patriotismo que por la esperanza del triunfo. Wellington mostró fé en su genio y en sus recursos, y el instinto del grande hombre destellando como la luz del meteoro en medio de una tempestad, le reveló medios de defensa que antes de él quizá se habian adivinado (1), pero que él solo tuvo la gloria de utilizar admirablemente.

De una parte Massena, «el alumno de la victoria, como se le llamaba por antonomasia,» general consumado, poderoso por su genio, y mas poderoso por la inflexible energía de su carácter, y

(1) Los detractores de Wellington hacen notar que el proyecto de fortificar las sierras de Alhandra y San Lorenzo habia ya sido concebido por Sir Cárlos Stuart en 1799; pero aun admitiendo la certeza de esta aseveracion muy aventurada, en nada alteraria el mérito de lord Wellington, porque la gloria de un plan ó de una concepcion cualquiera pertenece menos al que la percibe confusamente que al que sabe desarrollarla y darla sus mas fecundas y útiles aplicaciones.

de la otra Welington, de prendas no inferiores, aunque de reputacion menos brillante, ambos asistidos de grandes elementos, emprendieron una série de hábiles operaciones. Las fuerzas del ejército anglo-portugués eran superiores en número, porque ascendian á ciento veinte mil hombres, pero su heterogeneidad, su falta de organizacion y disciplina, las colocaban en una línea muy inferior á la de los imperiales. En estas circunstancias un caudillo diestro debe colocar sus tropas al abrigo de parapetos donde la intrepidez individual pueda desplegarse en toda su estension. Así lo hizo lord Wellington, abriendo las tres famosas líneas de Torres-Vedras, enlazadas con el Océano, y los dos grandes rios, el Tajo y San Lorenzo, igualmente propias para proteger el corazon del reino lusitano, que para asegurar el embarque de los ingleses si llegaban á exigirlo las desgracias de la guerra.

Antes de refugiarse en este asilo impenetrable, quiso el británico amortiguar el ímpetu de su adversario, y poniéndose en contacto las álas enemigas, resultaron varios choques por lo regular sangrientos, y con inconstante fortuna. Vencedor el imperial Ney del inglés Crawford, pudo penetrar, no sin grandes esfuerzos, en la importante plaza de Almeida (26 de agosto), pero los británicos obtuvieron alguna compensacion en el Vouga (20 de setiembre), donde el coronel Trant despojó al enemigo de alguna artillería, bastantes bagages y le hizo algunos prisioneros. Los dos ejércitos, inflamado su denuedo con estas refriegas, se avistaron formalmente en la sierra de Busaco (dia 27). La accion fué muy viva y los imperiales tuvieron fuera de combate cuatro mil hombres y tres generales: la pérdida de los anglo-portugueses fué inferior en dos terceras partes; pero Massena acertó á suplir con su ingenio los desaires de la fortuna, pues por medio de una sábia evolucion se colocó sobre el flanco de Wellington y le precisó á la retirada. Replegóse el inglés sobre sus líneas, y Massena, avanzando lentamente por Coimbra, perdiendo una division á manos de Trant (7 de noviembre), y derrotando en Alcoentre la de Crawford (10), se presentó al frente de Torres-Vedras el dia 12.

Sobrecogióse de asombro el guerrero imperial á la vista de aquella creacion gigantesca; y este testimonio mudo de la sorpresa

era el homenage mas puro y mas brillante que pudiera rendir un grande hombre al genio de otro grande hombre. Las líneas se hallaban coronadas por cincuenta fuertes, en los cuales habia ciento cincuenta cañones de grueso calibre. Las tropas organizadas y aguerridas en número de setenta mil hombres, ocupaban la primera línea en la actitud mas imponente; entre ellas habia ocho mil españoles que bajo las órdenes de La Romana acababan de llegar de Estremadura. Setenta ú ochenta mil portugueses electrizados por el peligro y dispuestos á batirse por todos los medios y con armas de todas clases.

Revolvia Massena en su imaginacion fatigada diversos proyectos para el ataque de aquellas líneas, pero todos resultaban vanos al probarlos en la piedra de toque de la esperiencia. Abordarlas de frente era imposible; flanquearlas, mas imposible todavía, porque como ya hemos dicho se apoyaban en el mar. Por otra parte, numerosas columnas españolas y portuguesas se agitaban en derredor de las álas del ejército francés; interceptaban sus víveres, obstruian sus comunicaciones, y le colocaban en la situacion mas crítica. En esta estremidad Massena pronunció la órden de retirada y dejó al pié de aquellos elevados parapetos uno de los mas floridos laureles que formaban su corona militar.

La separacion de Iranzo y el nombramiento del marqués de Campoverde para capitan general del Principado, dieron nuevo impulso al espíritu público abatido, si no quebrantado, por la indigna pérdida de Tortosa. No era el nuevo jefe una de esas grandes reputaciones militares, creadas por el genio y confirmadas por la fortuna, pero tenia prendas propias de un caudillo popular, sin faltarle algunos de los rayos de luz que solo puede proporcionar la dificil ciencia de la guerra. Afable sin pecar en débil, habia sabido grangearse en grado igual el afecto y respeto del pueblo y los soldados; buen organizador y regular táctico, se habia distinguido á la cabeza de su division en varias funciones marciales. ¡Lástima grande que su irresolucion en los momentos críticos deshiciera casi completamente estas recomendables cualidades!

Sus primeras disposiciones fueron felices, y merced á ellas se reconstituyó el ejército; vigorizáronse los somatenes, y de nuevo se vieron hostilizados los enemigos por sus flancos y retaguardia.



La sorpresa del inespugnable castillo de Figueras, debida á la valerosa industria de tres jóvenes catalanes, los dos hermanos Ginés y Pedro Pou y su cuñado Juan Marqués; la reconquista de los fuertes de Olot y Castellfollit, rematada por el baron de Eroles, y algunos otros sucesos prósperos aunque menos importantes, produjeron en los pechos catalanes una fermentacion tan general é imponente, que ya Macdonald, temblando por sus comunicaciones con Francia, solicitó en términos muy ejecutivos el auxilio de Suchet.

Pero Suchet, ó porque no se contentase con una gloria oscura y dividida, ó porque fiel á los principios de una guerra regular, persistiese en la idea de golpes enérgicos sobre los puntos capitales á fin de postrar los estremos, ó ya porque anhelase lisonjear los deseos del emperador, cumpliendo inmediatamente sus órdenes, se disponia á poner sitio á Tarragona con fuerzas considerables y el firme propósito de no recejar en la empresa.

La ciudad de Tarragona, tan célebre en los fastos políticos y militares de España, se levanta formando anfiteatro entre el mar y el rio Francolí, rio de mansa corriente y álveo poco profundo. El trazo de sus fortificaciones es irregular, y revela bien la falta de un pensamiento sintético y homogéneo. Hay muchos baluartes agregados á la cortina principal, entre los cuales descuellan los de San Antonio, Criminales, Cervantes, Jesus, San Juan, San Pablo, el baluarte Negro, el de Santo Domingo, San Diego de la Puerta, el Rosario, la Cenia, San Clemente y el cubo de Fuerte-Real. Todas estas obras tienen entre sí una articulacion débil y precaria: son el legado de diferentes épocas bélicas, y se asemejan á piezas puestas, pero mal soldadas, por una mano moderna sobre una armadura antigua. La mas importante y mas completa es el fuerte del Olivo, hornabeque sólido, robustecido con un reducto, con foso y camino cubierto: se le considera como un centinela avanzado, y aun puede reputársele como la llave principal de la plaza.

Para cubrir debidamente aquellas fortificaciones tan dilatadas y mal conexas, se necesitaba una guarnicion de catorce mil hombres: la de Tarragona á la sazon apenas subia á siete mil cuatrocientos, muchos de ellos bisoños; el gobernador, Senen de Contreras, era un soldado intrépido como el que mas, no tan sobresaliente por sus

conocimientos, y la masa de la poblacion, compuesta de diez ó doce mil personas, estaba inflamada por el fuego del mas puro patriotismo.

Suchet, tomando á Reus como base de sus operaciones, practicó un hábil movimiento, y antes que Campoverde fuera poderoso á oponérsele, acordonó la plaza con veinte mil hombres (4 de mayo de 1811).

No obstante, como el mar estaba abierto al general español, pudo este entrar en Tarragona con dos mil hombres.

Los imperiales, plegándose á la forma del Olivo, empezaron y prosiguieron con la mayor violencia el ataque de este fuerte. La guarnicion, breve en el número, pero muy denodada, vió sin arredrarse los estragos de las bombas, y esperó, abierta la brecha, á que el enemigo se lanzase al asalto. Con efecto, una columna francesa cayó sobre el aportillado muro como una manga de fuego, pero los españoles pelearon con tanto brio y fortuna, que la obligaron á retroceder. Sangrienta y muy efímera fué esta batalla, porque el enemigo halló modo de penetrar por sorpresa en el fuerte, y aunque los nuestros combatieron todavía con una intrepidez admirable, sucumbieron por fin, y los franceses cimentaron su triunfo sobre un monton de cadáveres mutilados.

Sensible era sin duda la pérdida del Olivo, pero las imaginaciones sobresaltadas la dieron mas importancia que la que en sí misma tenia. El marqués de Campoverde, que nunca debió entrar en Tarragona, se apresuró á salir de ella, y Suchet brindó con una capitulacion decorosa al gobernador, amenazándole, en caso de repulsa, con las últimas estremidades de la guerra. La contestacion de Contreras fué digna y enérgica, y el francés, esperando ya únicamente en la fuerza de sus armas, se apresuró á abrir la primera paralela.

Bien hubiera podido Campoverde caer de súbito sobre el flanco de los imperiales, arrebatarle ó comprometer al menos sériamente sus comunicaciones; pero dudó en un principio de sus recursos, y cuando se decidió á obrar (25 de junio), lo hizo con una lentitud completamente infecunda en resultados. La division auxiliar valenciana, encargada del ataque principal entre Pallaseros y Hostalnou, practicó algunos movimientos oscilatorios, y su jefe Miranda, despues de haber dado la voz de alerta al enemigo, rehusó avanzar, alegando el pretesto de que no conocia suficientemente el terreno,



pretesto todavía menos decoroso que una negativa desembozada. En suma, Campoverde, poco resuelto de por sí y mal secundado, se sumergió en la inaccion mas completa, permitiendo á Suchet que continuara desembarazadamente sus operaciones.

Proseguíalas el imperial con aquella energía infatigable que producia la admiracion y el terror en sus amigos y enemigos. Avanzando de la primera á la segunda paralela, hizo abrir esta á treinta toesas del arrabal, y comenzó á batir con estremada furia los fuertes de Orleans y Francolí; la guarnicion de éste opuso una resistencia heróica, pero envuelta éntre nubes de humo y polvo, y sin esperanza de auxilio, se replegó á la plaza, abandonando el fuerte convertido en un informe monton de ennegrecidos escombros. Pugnaba denodadamente Contreras por entorpecer la marcha de los sitiadores, ya ejecutando frecuentes y vigorosas salidas, ya haciendo jugar sin descanso á las baterías españolas; mas no pudo impedir que Suchet se apoderase por asalto de los baluartes de Orleans, San Cárlos y Fuerte Real, ni que penetrara en seguida en el arrabal con el brio y destemplanza de un conquistador sañudo.

Aunque reducido al último recinto, flaco y muy vulnerable, Sénen de Contreras no se abatió; rechazó con altivo desden las nuevas proposiciones del jefe sitiador, y se dispuso á defenderse hasta la última estremidad.

Un rayo de esperanza inflamó el corazon de los sitiados, porque entre los primeros albores del dia 26 vieron flotar el pabellon inglés, nuncio de algun refuerzo importante. En efecto, llegaron á la playa mil doscientos ingleses procedentes de Cádiz, los cuales, al contemplar el triste estado de la plaza, se mostraron tan tibios, que el gobernador Contreras no quiso imponerles la obligacion de desembarcar, conociendo perfectamente que solo el valor espontáneo puede soportar las situaciones supremas. Los ingleses se hicieron de nuevo á la vela, y la plaza quedó otra vez abandonada á sus propias fuerzas, lacerados los ánimos con este nuevo desengaño.

Llegó el dia 28, el mas aciago para los infelices tarraconenses. Los franceses, despues de haber abierto una brecha ancha, profunda y en gran manera practicable, en el baluarte de San Juan,

se aprestaban para dar el último asalto: Contreras, adivinando sus intenciones, robusteció con sus mejores tropas los puntos mas vulnerables, y esperó con magnánima tranquilidad el momento decisivo.

El hábil Suchet dispone un falso ataque para divertir la atencion de los sitiados, y al mismp tiempo precipita impetuosamente sobre la brecha sus nutridas columnas. Avanzan los franceses, retroceden, vuelven á avanzar, y de nuevo caen envueltos en una nube de balas y metralla.

Los mas animosos llegan á poner el pié sobre la rampa de la brecha, pero tropiezan y se estrellan contra una muralla de cuerpos humanos, que reemplazando á la derruida de berroqueña y granito, formaban allí dos batallones de granaderos y uno de Almería.

Suchet, ardiendo de ira, organiza instantáneamente un batallon de honor todo compuesto de oficiales; aglomera en aquel sitio fuerzas de toda su línea, y las arroja como una columna de bronce sobre la inflamada boca de la brecha. El número venció al valor, pero los nuestros siguieron defendiéndose hasta que, envueltos por frente, flancos y retaguardia, no pudieron ya moverse en la reducida órbita de aceros enemigos.

Las escenas que sucedieron á este horrible combate son poco dignas de una historia militar. Los franceses olvidaron que pertenecian á una nacion civilizada, y cometieron inicuos desafueros sobre los habitantes inermes ó desvalidos. Así cayó la plaza de Tarragona. Muchos oficiales españoles de alta graduacion quedaron muertos ó prisioneros. Toda la guarnicion sufrió esta última desgracia, en número de mas de siete mil hombres. Senen de Contreras, despues de herido, fué tambien prisionero. Vituperósele el que no hubiera acertado á distribuir sus tropas durante el último asalto, pero la sangre que derramó noblemente, basta á borrar esta mancha, y su firmeza y heróica conducta le hacen acreedor á un recuerdo honorífico por parte de la posteridad.

Costó caro este triunfo á los franceses, pues segun los cálculos probables, perdieron siete mil hombres, pero aseguraron su preponderancia sobre toda la parte oriental de la Península. Campoverde, perseguido por Suchet y por la opinion de los catalanes, em-

prendió una marcha retrógrada por Agramunt y Arenys de Mar hasta Vich, donde entregó el mando al general Lacy. En Arenys de Mar se le habia separado la division valenciana.

Gozaba Lacy de grande y merecido prestigio en Cataluña; tenia una alma ardiente, una intrepidez admirable, y su instruccion mas que vulgar ocultaba en parte la falta de genio estratégico. Su primer cuidado fué el de reorganizar el ejército, colocándose para ello en el corazon de las montañas, lejos de la espada de Suchet.

Ambicionaba este general redondear sus conquistas en el Principado con la espugnacion de Monserrat, montaña escarpada, donde la naturaleza ha desplegado su poder del modo mas imponente y majestuoso. Esta montaña, mas célebre por su santuario que por su importancia militar, debilitada por los muchos flancos y desfiladeros de muy difícil custodia, se hallaba entonces defendida por tres mil hombres irregulares á las órdenes del baron de Eroles. Los españoles, atacados, resistieron con vigor, pero Suchet, desplegando enérgicamente sus bandas de tiradores, acabó por envolverlos y precipitarlos desde aquellas cumbres seculares (25 de julio).

Cierra esta larga cadena de infortunios la pérdida del castillo de Figueras, cercado estrecha y obstinadamente por el mariscal Maldonald. Venció á los españoles mas bien la espada del hambre que el plomo de los enemigos; cuando la guarnicion con su comandante Martinez á la cabeza se vió reducida á la última estremidad, pretendió romper la doble línea de los franceses, pero fué rebatida, quedando prisionera de guerra (19 de agosto).

Suchet, sin dar descanso á su espíritu ni tregua á sus operaciones, y no creyendo hallar ya en Cataluña laureles dignos de su fama, volvió la vista hácia Valencia, pensando apoderarse de esta capital.

La empresa, no obstante, parecia arriesgada, porque el gobierno español, previendo el peligro que amenazaba á aquella ciudad, procuró cubrirla con dos cuerpos de ejército, el segundo y el tercero, que puso á las órdenes del general Blake.

Inauguróse la campaña bajo infaustos auspicios. El español Freire, queriendo tender á Blake una mano vigorosa, se posesionó fuer-

temente cerca de la venta del Baul, pero antes que tuviera tiempo para reconcentrar las dos divisiones de Cuadra y O'Donnell (D. José), fué la primera atacada y batida en Pozobalcon (7 de agosto) por el general Soult. O'Donnell, lejos de buscar el contacto salvador de Freire, se empeñó en hacer alarde de un valor imprudente sobre las alturas de Barbate, pero viniendo á las manos con el imperial Godinot, halló una vergonzosa derrota en vez del triunfo con que acaso se lisonjeaba.

Cuadra, con su cuerpo desmembrado en mil quinientos hombres, tomó el camino de Caravaca.

Freire, viendo desbordadas sus álas y sintiéndose él mismo estrechamente ceñido por los franceses, opuso en el Baul una resistencia brillante, pero inútil, y acabó por retirarse á Caravaca, llevando casi sobre sus brazos á las divisiones enemigas de Soult, Latour Maubourg y Leval.

Este bello movimiento empañado por la desgracia costó á Freire el mando, que hubo de recaer en el general Mahy.

Despues de estos tristes acontecimientos, Blake y Suchet desplegaron todos los recursos de su ingenio para salir airosos en la comenzada demanda. El español organizó algunas tropas, acopió bastimentos, dió principio á los trabajos de fortificacion en Valencia, y pareció, con una actividad siempre progresiva, disputar al tiempo su rápido transcurso, cuya pérdida, irreparable en todas las condiciones de la vida humana, es mucho mas sensible en la guerra.

El francés, mejor servido por las circunstancias, reunió un ejército de veinte y dos mil hombres, cubrió cuidadosamente su retaguardia, y estableciendo una comunicacion viva y fecunda con las tropas imperiales que maniobraban en las provincias del mediodia y Cataluña, se adelantó audazmente hácia las lindes valencianas.

Su primera operacion fué el ataque de Murviedro, plaza de indélebles recuerdos históricos, como que ocupa las calcinadas ruinas de Sagunto, oprobio del grande Annibal y gloria eterna de los españoles. Pero en la actualidad Murviedro no presentaba mas obstáculos al esfuerzo de un conquistador que sus viejos y agrietados muros, sin obra alguna interior ni esterior de las que el arte ha inventado para resistir al terrible empuje de la artillería. El castillo,

elevándose sobre la ciudad como el cuerpo de un coloso, hubiera podido protegerla, si la mano del hombre hubiera acudido en tiempo oportuno á realzar las ventajas que allí presenta la naturaleza. Algunos trabajos, principiados en la hora del peligro, habian quedado incompletos, y toda la fortificacion se reducia á cinco puntos retrincherados y denominados San Pedro, el Palomar, Dos de Mayo, la Ermita y los Estudiantes, pero sin hornabeques, tambores ni caminos cubiertos. La guarnicion constaba de mil novecientos hombres, regidos por el coronel Andriani, oficial bien reputado.

Anhelaba Suchet atajar en breve los progresos de Blake, y perdiendo en esta ocasion su ordinaria prudencia, dispuso que sus tropas penetrasen en el castillo por escalada. La arremetida fué al estremo briosa y prolongada, pero solo sirvió para hacer mas brillante la propulsa de los españoles, los cuales precipitaron al audaz enemigo desde lo alto de aquellos baluartes.

Planteóse entonces un sitio regular; las baterías francesas jugaron con tanta habilidad como fortuna sobre el recinto del Dos de Mayo, que quedó abierta y practicable la brecha, y Suchet creyó su honor comprometido en acelerar el asalto. Los últimos crepúsculos del 18 de octubre iluminaron débilmente una segunda lucha, mas sangrienta que la primera, aunque igual en sus resultados. Franceses y españoles hicieron allí prodigios de valor, y cuando aquellos se retiraron, fueron hollando los cadáveres de sus compañeros tendidos á lo largo de la brecha.

Estos triunfos repetidos llenaban de gloria á los defensores de Murviedro, pero no podian salvar la plaza. La inmensa ventaja numérica de los sitiadores y la incontrastable superioridad de su artillería debian asegurarles en término definitivo la victoria. Blake se presentó á disputársela. Este general á la cabeza de veinte y cinco mil hombres avanza hasta las inmediaciones de Murviedro, sin que Suchet, no obstante su esquisita vigilancia, hubiera podido apercibirse de este osado movimiento. Si Blake, conservando su audacia en este instante decisivo, hubiese caido sobre el imperial, embarazado en las operaciones del sitio, habria reportado sin duda una de las victorias mas brillantes y mas influyentes en los destinos de la guerra, pero dió tiempo al imperial para que se desplegara en bata-

lla, colocando atinadamente sus divisiones (dia 25). Constituia la llave de estas una pequeña loma, en la que tenian situado su centro, y que se ligaba con una cadena de eminencias llamadas las Alturas de Sancti-Spiritus. Blake con vista de águila descubre este punto eminentemente táctico, lanza sobre él sus columnas, desaloja á los franceses y planta allí una batería. Satisfecho con esta ventaja y temiendo quedar en flecha en medio de las álas enemigas, acude á impulsar su derecha que avanza, y á sostener su izquierda que vacila; mas debilita el centro y permite á Suchet que reconquiste aquella posicion privilegiada despues de un encarnizado combate. El error de Blake habia cambiado la fisonomía de la batalla, y aunque nuestra derecha, mandada por Zayas, siguió batiéndose con rara tenacidad, y aunque nuestros ginetes, regidos por Caro y Lacy, pelearon con un valor admirable, la izquierda, comprometida por su jefe Miranda en una falsa maniobra, retrocedió violentamente y produjo la retirada de los demas cuerpos á orillas del Turia. El ejército de Blake estaba vencido, pero no destruido: podia reorganizarse fácilmente en el seno de una provincia entusiasta y perturbar á Suchet en las operaciones del sitio.

Desgraciadamente Andriani no lo comprendió así, y contemplando los estragos que hacia la artillería en las viejas paredes del castillo, aceptó la capitulacion honorífica con que le brindaba el mariscal francés.

Quedó con fama de buen militar, pero no supo elevarse hasta la region en que la posteridad contempla á los héroes.

La sangrienta batalla de Sancti-Spiritus, la esforzada defensa de Murviedro, la imponente actitud que á poco recobró Blake sobre las márgenes del Turia, y el recuerdo del desaire que habia sufrido Suchet ante los muros de Valencia, suspendieron á este general en el camino de sus triunfos, presentándole bajo abultado prisma las dificultades de su primer propósito. Queria robustecerse con un refuerzo poderoso, pero ignoraba de dónde sacarle, porque los catalanes, sacudiendo á la voz de Lacy el letargo de la sorpresa, habian renovado las hostilidades con estraordinaria actividad y no ingrata fortuna; estremecíase el Aragon bajo la planta audaz de los guerrilleros Mina, Duran y el Empecinado, absòrbiendo en su persecu-

cion todas las fuerzas de Musnier y Severoli, en tanto que Ballesteros, soplando violentamente el fuego de la insurreccion en la serranía de Ronda, atrajo catorce mil hombres del ejército que mandaba el mariscal Soult en Andalucía. Redundó en mayor apuro y mengua de los franceses la brillante defensa de Tarifa, sostenida por el español Copons y el británico Skerret contra los esfuerzos desesperados de Leval.

Emprendióse el sitio el 19 de diciembre, y se levantó el 31 despues de un furioso asalto, en el que los franceses perdieron mas de dos mil hombres.

Toda la energía de Suchet no pudo ser superior al influjo contrario de estos sucesos, y así es que sus operaciones contra Valencia, diferidas durante mes y medio, no tuvieron un término definitivo hasta el siguiente año de 1812, época para la que nosotros reservamos su narracion.

Habia la campaña presentado un aspecto mas lisonjero en la estremidad meridional de España. La ciudad de Cádiz, baluarte inespugnable de nuestra independencia, resistia un cerco de catorce meses, sin que los grandes recursos tácticos del mariscal Soult, encargado de dirigirle, ni la valerosa perseverancia de su ejército, ni sus poderosos medios materiales, hubieran podido conmover las robustas fortificaciones de la plaza, ni hacer mella en el corazon de sus ínclitos defensores. Silbaban por el aire las bombas enemigas, estallando con estrépito en el seno de la ciudad; pero lanzadas á grande distancia, no podian producir estragos considerables, estragos que reparaba al punto la incesante actividad de sus habitantes. En estas circunstancias partió Soult para las lindes portuguesas, y Víctor quedó dirigiendo el sitio á la cabeza de veinte mil hombres. Apercibióse el gobierno español de esta favorable coyuntura, y concibió un plan, que bien ejecutado, hubiera dado por fin el levantamiento del sitio. Consistia, pues, en lanzar fuera de la isla gaditana un cuerpo de ejército, que combinándose con algunas fuerzas destacadas de la Serranía de Ronda, al mando de Begines de los Rios, cayeran sobre la retaguardia de los sitiadores, pugnando por enlazarse con la guarnicion de Cádiz que regian entonces Zayas y Valdés. Como parte integrante y muy principal de esta ope-

racion entraba el establecimiento de un puente en el rio de Sancti-Petri, para facilitar el enlace de las tropas espedicionarias con las de Cádiz.

Confióse el mando de la espedicion al general Lapeña, secundado por el británico Graham, militar encanecido en los campos de batalla, hombre de accion y de pensamiento, pero cuyo carácter acre y bilioso no le permitia apenas plegarse á una posicion subalterna: constaba de once mil doscientos infantes, por mitad ingleses y españoles, ochocientos caballos y veinte y cuatro piezas de artillería.

La celeridad y el sigilo, primeros elementos de la victoria, parecieron inclinarse desde luego en favor de los anglo-españoles, porque estos salieron de la isla, recogieron al pié de Ronda la division de Begines, y emprendieron en tres columnas su movimiento ofensivo sobre el campo sitiador, sin que Víctor se hubiera apercibido de ello.

Descendiendo hasta el último estribo de la sierra, los aliados descubrieron dos líneas, que como los lados de un ángulo, iban á confluir en un vértice comun cerca de Chiclana: la primera pasaba por Casas Viejas; la segunda por Veger. Ninguna de ellas tenia grande importancia estratégica para el movimiento progresivo, porque, como hemos dicho, iban á enlazarse en el camino de Chiclana, y tratándose de una retirada, ambas ofrecian ventajas muy apreciables: retrocediendo nuestro ejército en la direccion de Casas Viejas, podia buscar un sólido apoyo sobre el peñon de Gibraltar; insiguiendo en la de Veger, era fácil recogerse bajo el cañon de Tarifa ó Algeciras. Graham insistió fuertemente porque se tomara la via de Casas Viejas; convino en un principio Lapeña, mas despues optó por el camino de Veger, ya con el objeto de avanzar asido á la costa, ya con el de ocultarse mejor hasta el momento crítico á la vista penetrante del enemigo. Estas consideraciones eran sin duda apreciables, y el cambio de ruta no alteraba la esencia del plan primitivo, pero se podia temer que Zayas, ignorando esta nueva determinacion, se viera embarazado en el desarrollo de sus operaciones auxiliares. Para noticiárselo marchó por mar un oficial español con pliegos de Lapeña.

Tarde para prevenirla, pero en hora oportuna para contrariarla, llegó á conocimiento de Victor la marcha de los aliados. Al punto arranca de su linea diez mil hombres, y va á situarse con ellos delante de Chiclana, cubriendo sus flancos con los pinares de esta. Pronto descubrió la vanguardia española que avanzaba hácia Chiclana, en la idea de tomar por el revés los atrincheramientos franceses. De una y otra parte se prepararon á combatir (3 de marzo de 1811). Victor estendió sus álas, regidas respectivamente por los generales Villatte y Ruffin, á lo largo de los pinares, y colocó en el centro la division Leval, de modo que cubrió sólidamente el punto mas vulnerable de la trinchera.

Lapeña repartió sus fuerzas de modo que Lardizabal quedó al frente de Willatte; Graham recibió órden para auxiliar con sus ingleses á la vanguardia, y Begines de los Rios para sostener el cerro del Puerco, posicion culminante y llave de todas las que ocupaban nuestras tropas.

Lardizabal inauguró la accion de la manera mas gloriosa. Decidido á penetrar el cuerpo de Villatte para tender la mano á Zayas, lanza una y otra vez sus batallones en el fuego, repite con un valor admirable las cargas á la bayoneta, y por fin consigue, no solo romper la derecha enemiga, sino tambien tomar los atrincheramientos imperiales y clavar la punta de su espada en las márgenes del Sancti-Petri. Parecia realizado el gran pensamiento de aquel dia, porque Zayas, uniéndose á los espedicionarios, podia oprimir á la division Villatte, ya tan desconcertada, aconchar á Leval sobre la falda del cerro y poner á Ruffin y á Victor en la alternativa de estinguirse bajo todos nuestros fuegos reunidos, ó de incapacitarse por el suicidio de la vergüenza, precipitándose en una vergonzosa fuga. Desgraciadamente estas esperanzas tan brillantes, tan lisonjeras, tan fundadas, vinieron á desvanecerse. El puente, destinado á sostener la comunicacion entre los dos cuerpos españoles, se hallaba inservible. Habíale establecido Zayas con presurosa anticipacion, y se habian desplegado para protegerle las fuerzas sutiles de mar, tanto españolas como inglesas: sin embargo, los imperiales hicieron una violenta irrupcion sobre el puente, arrollaron

á la guardia, é iban á poner el pié en la isla, cuando Zayas cortó algunas de las barcas que formaban aquel (2 de marzo). La precaucion era sensata, quizás de todo punto necesaria, pero la prudencia aconsejaba que se rehabilitara el puente á la mayor brevedad posible.

Zayas no lo hizo, fundándose en que no habia recibido oportunamente el aviso de la nueva direccion que tomara el ejército espedicionario, pero al alegar esta disculpa frívola olvidó sin duda que en las operaciones complicadas deben apreciarse hasta los acontecimientos imprevistos, y que no debe romperse uno de los principales enlaces de un plan combinado, hasta que el mismo plan sea absolutamente irrealizable.

Lapeña, vivamente afectado por este suceso, se dejó seducir por las ilusiones, siempre falaces, con que se mece uno cuando ve esterilizarse un gran pensamiento; creyó que el puente se rehabilitaria en muy poco tiempo, y que aun llegaria á establecerse oportunamente aquella comunicacion tan fecunda en resultados. Por consiguiente mandó á Graham que avanzara rápidamente por el campo de la Bermeja, á fin de estrecharse íntimamente con Lardizabal. Esta órden envolvia un doble error muy trascendental. Atrayendo sobre Sancti-Petri todo el calor de la batalla, se dificultaba la rehabilitacion del puente; Begines de los Rios, aislado en la posicion del cerro del Puerco, iba á ser embestido por el centro y la izquierda de los franceses, los cuales, dueños de aquel importante punto, podian aconchar contra la costa á las demas divisiones anglo-españolas.

En efecto, apenas Graham emprendió decididamente su marcha progresiva, Victor se coloca á la cabeza de la division Ruffin, se avalanza sobre Begines de los Rios, y le desaloja despues de un obstinado combate. Felizmente Graham, oyendo tronar el cañon en su retaguardia, vuelve la vista y descubre á los imperiales que avanzaban por el cerro en álas de la victoria. Rápido como el rayo y sin esperar órdenes de Lapeña, el británico retrocede, y dividiendo sus tropas en dos columnas, carga simultáneamente á Leval y Ruffin. Este general, apreciando toda la importancia de su posicion, despliega un valor desesperado, pero los ingleses no le ceden en perseverancia y le aventajan en su artillería, diestramente colo-

cada. Al cabo Ruffin, traspasado de heridas, cae prisionero; igual suerte tienen cuatrocientos franceses, y mas de dos mil cubren con sus yertos cuerpos la verde falda de aquel cerro. Los ingleses habian tenido mil hombres fuera de combate, pero se enseñorearon del cerro y alcanzaron un tritunfo tanto mas digno, cuanto mas difícil y costoso. Leval, oprimido tambien por los ingleses y la gente de Begines, solo pudo emprender una laboriosa retirada, que muy luego se hizo general en toda la línea francesa. Cuando vibraban en el espacio los últimos estampidos del cañon inglés, pudo Zayas atravesar el puente con un cuerpo de tropas, pero su concurrencia era ya inútil, porque las sombras de la noche protegían al enemigo. No obstante, Victor, con sus tropas desmoralizadas y considerablemente disminuidas, no hubiera podido resistir á una persecucion enérgica; acaso la libertad de Cádiz y la emancipacion de las provincias andaluzas pendían de este movimiento: deseaba Lapeña emprenderle al brotar los albores del dia siguiente, mas el británico Graham se opuso obstinadamente, ofendido porque el general español no le habia auxiliado en el combate del cerro.

Las tropas españolas se reconcentraron en Sancti-Petri, sosteniendo su ála izquierda en Medina-Sidonia. Victor pudo rehabilitarse fácilmente, apoyándose en la division Casagne; restableció su línea de sitio, y rompió otra vez el bombardeo sobre Cádiz.

El nimio apego de Lapeña á su idea favorita, la exagerada circunspeccion de Zayas y el intempestivo orgullo de Graham hicieron que la sangrienta batalla del cerro del Puerco pasase á la posteridad como un nombre de estéril gloria y como el recuerdo de una gran falta.

Poco despues (18 de marzo) salió de Cádiz otra espedicion de cinco mil hombres, que bajo el mando de Zayas debia operar en la serranía de Ronda.

Feliz en los primeros choques el general español, tuvo que ceder, no obstante, á la superioridad numérica del enemigo, replegándose sobre su punto de partida.

Estos movimientos tendian á favorecer las grandes operaciones de que iba á ser teatro la parte occidental de la Península.

Massena, al retroceder ante las formidables líneas de Torres-Vedras, lo hizo como general consumado, imponiendo siempre á su antagonista; y colocándose en actitud de buscar el contacto de Drouet, quien avanzaba por Estremadura á la cabeza de catorce mil infantes y dos mil caballos. Incorporáronse en efecto los dos generales franceses, sin que Wellington hubiera interpuesto su espada en el camino. No lo hizo ni aun para proteger á Silveira, que con vigorosa actividad habia estado bloqueando la plaza de Almeida, llave de aquella comunicacion. Robusteciose todavía Massena con tres mil hombres que condujo desde Francia el general Foy, caudillo ilustre en la guerra, y que mas adelante, en el seno de la paz, arrebató á muchos hombres eminentes la palma de la elocuencia.

Al nivel del ejército imperial quiso poner el suyo Wellington, pidiendo al gobierno español refuerzos considerables. Ciertamente muchas de las fuerzas irregulares que habia tenido en las líneas, eran inhábiles para sostener una campaña, en la que el valor no debe ser mas que la espresion enérgica de la pericia y de la disciplina. Se esperaba de un dia á otro uno de esos grandes hechos de armas que deciden de un golpe la existencia de las naciones; pero contra la espectacion general Wellington y Massena permanecieron inactivos durante un mes, retrayendo al británico la índole heterogénea de sus fuerzas, y atormentando al francés la dificultad de procurarse bastimentos. Al fin la penuria se dejó sentir en grado tal, que Massena juzgó indispensable continuar su retirada. Su marcha fué una série no interrumpida de penalidades soportadas con un carácter heróico y marcadas con el sello indeleble del genio. Rehusó ofrecer una de sus álas al inglés Trant, tomó el camino de Murcella, perdió alguna gente en la Faz d'Arouce, desplegóse en actitud ofensiva sobre algunos puntos, y por último, llegó á la frontera española, teniendo sobre su retaguardia una nube de guerrilleros, y mas en lontananza el ejército de Wellington, que avanzaba con paso lento, pero firme y seguro. Admiró á todas las personas inteligentes esta famosa retirada; era bella sin duda; realzóla, sin embargo, mucho la suma circunspeccion de Wellington. Merced á ella, el ejército imperial se conservaba organizado, pero su pérdida des-

de que entró Massena en territorio portugués, se elevaba á treinta y cinco mil hombres, perdidos todos para la Francia, y los mas para la gloria, pues sucumbieron víctimas del hambre, de la fatiga ó de la guerra oscura é incesante que habian sostenido contra los paisanos.

No se rompe aquí el enlace de los acontecimientos. En tanto que Massena agotaba su fecundo talento para sostenerse en el suelo lusitano, Soult, que segun las instrucciones de Napoleon, debia obrar en combinacion con aquel general, habia partido, segun indicamos, de Andalucía, enderezándose hácia las lindes estremeñas. Ningun obstáculo halló en el camino capaz de detener su marcha, por lo que asomándose á la frontera de Portugal, nos arrebató con alguna pérdida de tiempo y sangre la plaza de Olivenza, joya de pálido brillo, recien engastada en la corona de los monarcas españoles. Esta conquista, que absorbió algunos dias (del 11 al 22 de enero), comprometia el gran pensamiento estratégico de Napoleon, pero Soult tenia zelos de Massena, y antes que contribuir á la prosperidad de este, prefirió añadir un nuevo laurel á su diadema militar, tomando á Badajoz.

Esta plaza se halla recostada en el declive de un cerro y sobre la confluencia de los rios Guadiana y Ribillas. Su primer aspecto es imponente, pero examinándola con la vista analítica de la ciencia, pierde mucho de su aparente importancia. El castillo, que corona al cerro y domina completamente á la poblacion, devorado por el tiempo, no ofrecia condicion alguna de defensa, y la de la ciudad estriba en una muralla circuida por un foso, flanqueada por ocho antiguos baluartes y protegida por algunas obras modernas, hornabeques, tenazas y medias lunas. Habia ademas cuatro fuertes esteriores, correspondientes á los cuatro puntos cardinales de la ciudad y construidos en diferentes épocas: consistian algunos, los de San Cristobal y Pardaleras, en moles ingratas y de robusta apariencia, pero esencialmente débiles para resistir al juego de la artillería; otros, el de la Picurina y rebellin de San Roque, tenian mejores condiciones, mas todos ellos carecian de una proteccion mútua y eficaz, circunstancia por que embarazaban mas bien que favorecian la defensa de la plaza. Constaba la guarnicion al principio de cinco mil hombres, bisoños no pocos, aunque resueltos á cumplir leal-

mente sus deberes; sosteníales en la senda del honor su comandante D. Rafael Menacho, militar muy distinguido, en quien sobresalian por igual el denuedo, la instruccion y el mas acendrado patriotismo.

Soult, secundado por Mortier y Latour-Maubourg, repartió sus treinta mil combatientes en una estensa línea de circunvalacion (24 de enero). No obstante, el general Mendizabal, que venia de tiempo atrás espiando los movimientos del francés, robusteció presurosamente sus divisiones con algunas partidas sueltas, y se propuso penetrar en la plaza. El ataque, perfectamente concebido, se ejecutó con un vigor admirable: nuestros ginetes, regidos por la Carrera, arrollaron al enemigo, y Mendizabal pudo aumentar la guarnicion con cuatro mil hombres, repasando con la misma felicidad la línea de los imperiales y situándose en observacion sobre la orilla derecha del Guadiana.

Mendizabal, gran soldado, pero general poco cauto, deslució este bello triunfo con la imprevision de no atrincherarse en su campo. Así es que se vió de repente acometido y envuelto por los peones de Mortier y la caballería de Latour-Maubourg. Nuestros ginetes, enervados por la sorpresa y oprimidos por el enemigo, superior en número, se desbandaron, y solo la infantería, con Mendizabal á su cabeza, trató de defenderse dignamente, formando dos cuadros en una loma inmediata. Esta peligrosa formacion produjo las mas deplorables consecuencias; rotos los cuadros, los franceses no hallaron ya resistencia en ninguna parte; nuestros soldados corrian despavoridos por la falda de aquel cerro, reputándose felices los que por medio de la fuga y con mengua de la reputacion lograban salvar su libertad y su vida. Cuatro mil pudieron evadirse, ochocientos quedaron tendidos en el campo de batalla, y mas de tres mil prisioneros. La pérdida del enemigo se evaluó en cuatrocientos hombres (19 de febrero).

El funesto desenlace de la batalla de Gébora afectó profundamente á los sitiados, sobre los cuales caia al mismo tiempo una lluvia de bombas y balas rasas. Pero la alma heróica de Menacho, elevándose sobre el comun infortunio, aseguró á los corazones vacilantes, dió mayor brio á los intrépidos, y multiplicó con una acti-

vidad prodigiosa las obras de resistencia dentro de la plaza.

Cuando todos los habitantes, sin distincion de clases, edades ni aun sexos, militares y paisanos, manejaban alternativamente el pico y el fusil; cuando Badajoz se preparaba á dar al mundo otro ejemplo de asombrosa perseverancia, una bala de cañon arrebató la vida al gobernador Menacho. El era el espíritu de aquella defensa brillante, y la gloria de Badajoz iba á envolverse en su tumba. En efecto, su sucesor Imaz admitió las proposiciones de Suchet, satisfecho con haber cumplido las frias prescripciones de la ordenanza militar.

La guarnicion salió por la brecha que habian abierto los sitiadores, para entregarse prisionera (11 de marzo).

Soult redondeó sus conquistas, apoderándose de Alburquerque, Valencia de Alcántara y Campomayor, despues de lo cual pensaba enlazarse con Massena, cuando llegó á sus oidos la batalla del cerro del Puerco. Entonces cambió de dictámen, dirigiéndose á largas marchas al seno de las Andalucías, y felicitándose quizás interiormente porque las circunstancias le dispensaban de prestar un poderoso auxilio á su angustiado rival.

Castaños, unido á Mendizabal en el mando del quinto ejército, y despues de haberle reorganizado, segun la perentoriedad é índole de las circunstancias lo permitian, combinó un movimiento con el británico Beresford para recuperar á Olivenza.

La operacion no fué larga ni difícil: Beresford, encargado del sitio, abrió trinchera el dia 9 de abril, puso en juego sus baterías el 10, y la guarnicion capituló el 15, abierta brecha, con los honores de la guerra. Latour-Maubourg, que mandaba el ejército francés de observacion, procuró cubrir su frente con la sierra de Guadalcanal, temeroso de atraer sobre sí el gran golpe de las fuerzas aliadas.

Por su parte Wellington, despues de solicitar inútilmente que se le concediera el mando supremo de todas las fuerzas que operaban en el ámbito de la Península, movió su ejército con aquel aplomo y sosegada energía que le era característica, y fué á comprimir el cerco de Almeida, establecido por un cuerpo anglo-lusitano.

El honor y el interés aconsejaban á Massena que acudiera al so-

corro de esta plaza, y cediendo á estos dos resortes omnipotentes de la voluntad humana, hizo un movimiento rápidamente progresivo, hasta dar vista á su contrario. Todo inducia á creer en la proximidad de una batalla decisiva; las condiciones de ambos beligerantes eran casi iguales, porque si bien el británico tenia la ventaja de una escelente posicion, apoyada en la Alameda y Fuentes de Oñoro, y cubierta por el rio Dos-Casas, el francés era superior en fuerzas, no pasando las de Wellington de treinta y cinco mil hombres con mil quinientos ginetes, y elevándose las de Massena á cuarenta mil peones y cinco mil ginetes. Sin embargo los dos caudillos se respetaban demasiado para comprometerse en una funcion general, y así hubieron de limitarse á fuertes combates de vanguardia, uno de los cuales, el de Fuentes de Oñoro (5 de mayo), costó á los imperiales mas de cuatro mil hombres, y no le ganaron los británicos sin esperimentar una pérdida casi idéntica. assena renunció á dominar el cerro de Dos-Casas, que era el objeto de su vigorosa tentativa, y la plaza de Almeida, desprovista de socorro, fué evacuada por la guarnicion francesa. Massena, desprestigiado por la desgracia, resignó el mando en el mariscal Marmont, uno de los generales mas consumados del imperio, aunque no tan feliz como por sus relevantes prendas merecia serlo. Mientras este general se disponia á emprender nuevas operaciones bajo la luz de hábiles planes, un acontecimiento inesperado vino á fijar la fisonomía de aquella campaña por tanto tiempo muerta.

Antes de marchar contra Massena, Wellington habia encomendado á Beresford que reconquistase la plaza de Badajoz, empresa bastante árdua, pues los franceses habian reparado las fortificaciones deterioradas, añadiendo otras de no leve importancia. Rodeó Beresford la plaza, desplegando para ello nueve mil ingleses y dos mil españoles, pertenecientes al quinto ejército y comprendidos en la division de D. Cárlos España: avanzaba el sitio con lentitud, y el gobernador francés Fhilipon, hombre como pocos enérgico, se proponia arrostrar, antes que sucumbir, las últimas estremidades de la guerra.

Sobresaltado Soult al ruido de este ataque, que ponia en peligro su mas preciada conquista, avanzó otra vez sobre Estremadura á



paso de jigante. Pero no obstante su celeridad, se previnieron los españoles. Nuestro gobierno, mirando á Badajoz bajo su verdadera y alta consideracion estratégica, como llave de la frontera, habia resuelto que un cuerpo de tropas se dirigiera por el condado de Niebla para enlazarse con los de Beresford y Castaños. Acaudillábale D. Joaquin Blake, quien recogiendo á su paso la division Ballesteros, y formando un total de doce mil combatientes, pudo reunirse sin quemar un cartucho á las fuerzas anglo-lusitano-españolas en los últimos dias de abril.

Cuando los generales aliados Blake, Beresford y Castaños supieron la aproximacion de Soult, se reunieron en el pueblo de Valverde para acordar el partido que debia tomarse en tan dificiles circunstancias. No falta quien atribuya á Castaños el honor de haber propuesto una batalla decisiva; pero sin que nosotros tratemos de poner en duda esta asercion, nos parece que bajo el pensamiento dominante en aquella campaña no cabia otra determinacion decorosa. Porque si los aliados rehusaban el combate, Soult podia pasar adelante rozándose con sus álas, cruzar la frontera portuguesa, cortar la comunicacion de aquellos con Wellington, combinarse en seguida con Marmont, y envolviendo en una zona de fuego el frente y flanco del mismo Wellington, precisar á este jefe á guarecerse de nuevo en las líneas de Torres-Vedras, ó precipitarle quizás desangrado y roto sobre las aguas del Océano. La importancia de Badajoz, aunque en sí muy elevada, desaparecia ante consideraciones de primer órden, como desaparece la luz de una hoguera ante los deslumbradores rayos de un sol equinoccial.

Resuelta la batalla, se pensó en el punto mas idóneo para ofrecerla, fijándose tras breve discusion en el pueblo de la Albuera. La eleccion no podia ser mas feliz. La Albuera, villa entonces de cincuenta vecinos, forma el nudo de las principales comunicaciones de Andalucía y Estremadura, y ofrece tres líneas de retirada, una hácia el interior de Portugal, otra hácia el corazon de la sierra, y la última es el camino de Talavera.

Las condiciones tácticas del terreno merecian tambien apreciarse. El pueblo está ligeramente reclinado sobre la falda de un ribazo

que alcanza su mayor altura, y no grande, en la direccion de Valverde.

Este ribazo es el eslabon principal de una cadena de bajas cordilleras que se estienden en ondas irregulares de oeste á nordeste.

Ciñe estrechamente su pié el arroyo Valdesevilla, de álveo estrecho y pedregoso, y de bordes poco escarpados. En la direccion norte vienen dos líneas de agua, el Nogales y el Chicapierna, los que forman un ángulo casi recto, cuyo vértice ó punto de confluencia sirve de orígen al rio de la Albuera. Sobre este rio y un poco mas arriba del pueblo habia un puente de sólida, aunque no esmerada construccion; el puente constituye la articulacion del camino de Santa Marta, que va á perderse en un horizonte muy limitado entre un bosque de jóvenes encinas. Así los aliados podian apoyar una de sus álas en el pueblo de la Albuera, cubrir su espalda con la série de colinas que baña el Valdesevilla, y conservar siempre la llave de uno de los tres puntos de retirada.

Despuntaba apenas el dia 16 de mayo de 1811, cuando las tropas combinadas pasaron á ocupar sus posiciones. Formaron en la derecha los españoles; sobre su flanco y al abrigo de dos pequeñas crestas se alinearon los ginetes de D. Casimiro Loy y los del conde Penne Villemur. Los peones ingleses vinieron á desplegarse en el centro, en íntimo contacto con la cadena de pequeñas eminencias; su caballería avanzó hasta las márgenes del Nogales, protegiendo á los artilleros, y los ginetes portugueses cerraron la estremidad izquierda de la línea. Se creia, considerando la táctica atrevida de los generales franceses, que Soult atacaria el centro, en vez de desbordar las álas, y se habia procurado robustecer aquel á espensas de éstas. Por último, algunos cuerpos ligeros ingleses con varias piezas de artillería ocupaban la Albuera, y podian cubrir el puente con sus fuegos. Las fuerzas aliadas ascendian á treinta y un mil hombres. Al prepararse estas operaciones Wellington habia ofrecido el mando supremo á Castaños, pero el español, con un desprendimiento que hace recordar involuntariamente los bellos dias de Temístocles y Milciades, lo rehusó, proponiendo que se confiriera al general que tuviese mayor número de tropas sobre el campo de batalla. Siendo diez y seis mil los ingleses y portugueses, y quince mil los españo-



les, Beresford quedó investido con el generalato en jefe.

Soult habia llegado hasta Santa Marta, y avanzaba decidido á penetrar el ejército de los aliados y estrellar sus reliquias contra los muros de Badajoz. Este pensamiento audaz, propio solo de un caudillo mimado por la fortuna, solo tenia una probabilidad remota, fundada en la heterogénea constitucion de los aliados. Las fuerzas imperiales se nivelaban con las coligadas; menor en número la infantería, pero la caballería superior en todos conceptos.

Soult, aun conociendo imperfectamente la posicion de los aliados, se propuso dirigir contra la derecha de estos sus principales esfuerzos.

El plan era muy hábil, porque arrollando la derecha enemiga, se enseñoreaba el mariscal francés del camino de Olivenza, arrinconaba á los coaligados contra Badajoz, y tendia á Marmont una mano vigorosa, interceptando las comunicaciones de Wellington con España. Es verdad que quedaba todavía á los anglo-españoles el camino de Talavera, pero era el camino de la derrota, y poco importaba al general francés que se salvasen las reliquias del ejército combinado, siempre que él dominara por completo el pensamiento de la campaña.

Para disfrazar sus intenciones, Soult combinó su ataque á la derecha con otro simulado al centro, que debia dirigir el general Godinot.

A las ocho de la mañana los imperiales, que venian por el camino de Santa Marta, dieron principio á la realizacion de su proyecto.

Godinot avanza con la mayor rapidez sobre el puente, rompe un violento fuego de artillería, y cubre con una nube de diestros tiradores la márgen derecha del rio. El británico Alten, que defendia el pueblo y el puente, contesta con inteligencia; los generales aliados, seducidos un instante por este movimiento, envian algunos cuerpos sobre la Albuera; Godinot, lisonjeándose con la idea de ejercer en el enemigo una atraccion eficaz, hace un alarde pomposo de sus escasas fuerzas, á fin de dar tiempo á Soult para que desplegara el nervio de las suyas sobre las márgenes del Nogales.

Los generales aliados, que no habian previsto la sabia combinacion de Soult, se vieron en la precision de disponer un cambio general de frente, de modo que el ejército vino á ocupar una posicion perpendicular á la que tenia al principio. Merced á la instruccion y disciplina de nuestras tropas, una maniobra tan dificil y arriesgada bajo los ojos del enemigo, se ejecutó con un aplomo y precision admirables. Los españoles forman siempre la primera línea, y las brigadas inglesas de Stewart, Cole y Colbourne, se colocan en la segunda, y en contacto íntimo con las demas fuerzas de su nacion.

Esta bella operacion destruye las mejores esperanzas de Soult, mas decidido á obtener por medio de un ataque violentísimo lo que no habia alcanzado por la sorpresa, ordena á Girard que se precipite sobre nuestra derecha con la flor de las tropas imperiales. Girard, soldado de gran corazon y de una pericia sobresaliente, era incapaz de retroceder ante una órden atrevida; avanza, pues, con la espada desnuda y la cabeza baja, y se despliega á medio tiro de fusil de los españoles. El intrépido Zayas le recibe, lanzándole una nube de balas y metralla; Lardizabal y Ballesteros, cada uno por su lado, rompen un fuego vivísimo, pero el de los franceses no se debilita, antes se aumenta en proporcion del número y resistencia de sus enemigos.

Jamás, ó muy rara vez, se habia combatido con tan terrible encarnizamiento: parecia que el humo de la pólvora, elevándose en negras y profundas espirales, como el cuello de una serpiente, iba á eclipsar la luz de la inteligencia, y que un valor ciego y obstinado, desprendiéndose de las reglas del arte, buscaba mas bien el esterminio que la victoria. Porque las descargas de artillería y fusilería se hacian á medio tiro de pistola, y podia decirse, sin rayar en una hipérbole inverosimil, que pocas balas lanzadas por los combatientes, dejaban de tener un blanco seguro en las encontradas y compactas filas.

Los españoles, firmes como una muralla de diamante, resistian sin conmoverse las furiosas embestidas de sus contrarios; la division Zayas habia sufrido mucho; uno de los cuerpos que la formaban, el cuarto regimiento de Guardias, se hallaba horriblemente mutilado, sin oficiales ni jefes, solo se sostenia por el último esfuerzo del he-

roismo. Tambien los franceses habian tenido pérdidas muy considerables ; sin embargo combatian aun, pero Ballesteros, arrojándose á la bayoneta sobre el flanco derecho de Girard, le obligó á replegarse aceleradamente hácia sus reservas.

Habíase obtenido el primer triunfo, cuya gloria pertenecia casi esclusivamente á los españoles. Mas no se dudaba que Soult redoblaria sus esfuerzos, reproduciendo aquel sangriento drama.

Aceptando esta idea Beresford, dispuso que dos brigadas inglesas pasaran á ocupar la primera línea, sustituyendo á los mermados regimientos españoles.

Algunos de estos, no obstante, continuaron en su anterior posicion, y otros se replegaron á la segunda línea, mientras se desplegaban en la tercera varios batallones británicos.

Soult arriesgaba demasiado en un movimiento retrógrado, para que se decidiera á emprenderle sin haber agotado antes todas las probabilidades de la victoria. Rehace al punto sus destrozadas columnas, robustécelas con tropas de refresco, y reservándose solo una gran reserva para prevenir el último desaire de la fortuna, manda que todas sus fuerzas, infantería, caballería y artillería, se precipiten como un torrente de encendida lava sobre los aliados. En esta lucha titánica se sostienen con igual valor las dos opuestas infanterías, pero los dragones imperiales y los lanceros del Vístula, cuerpos de una reputacion europea, dirigidos por Latour Maubourg, caen de improviso sobre la brigada inglesa de Colbourne, la rompen, se apoderan de seis cañones, y hacen ochocientos prisioneros. Al mismo tiempo se pelea en todos los estremos de la línea : Alten resiste siempre á Godinot en el centro, y Hamilton con los portugueses conserva puro en la izquierda el brillo de las quinas lusitanas. Al hórrido estampido de los cañones y á la contínua detonacion de los fusiles se unia el monótono ruido del agua, que caia con estraordinario ímpetu.

El sol, cubriéndose con opacas y apiñadas nubes desde el principio de la batalla, parecia negarse á presenciar aquella escena de espantosa carnicería.

Era el momento decisivo: los ginetes españoles de Riguilon, los de Penne Villemur y dos escuadrones ingleses vuelan á sostener á

la brigada Colbourne, y envuelven por frente y flancos á la caballería imperial. Latour Maubourg, pasando de la ofensiva á la defensiva, resiste admirablemente; sus soldados hacen prodigios de intrepidez; casi todos los lanceros polacos muerden el polvo en aquel aciago encuentro, y entonces recela Latour que la brigada Colbourne, ya repuesta, prolongue una de sus álas para estrechar su retaguardia, y se decide á volver el rostro, buscando la proteccion de su gran reserva. Casi simultáneamente un desesperado ataque de Stewart sobre el flanco derecho de la infantería francesa obligó á esta á retirarse con velocidad, aunque en buen órden.

Rebatido dos veces el ejército imperial, y cuando los aliados concebian las mas brillantes esperanzas, ocurrió un suceso, que siendo pequeño en su orígen, pudo producir deplorables resultados. Cuarenta lanceros polacos con un oficial á su frente, ya porque azorados con la última propulsa, no tuvieron la conciencia de sus actos, ya porque quisieran sacrificarse generosamente como el romano Décio para introducir la confusion entre sus enemigos, se lanzan á toda brida sobre la primera línea española, la quebrantan, y desplegándose entre esta y la segunda, empiezan á agitarse en todos sentidos y direcciones, realizando la espresiva fábula del Briareo. Los ingleses, que formaban en la segunda línea, creen que ha sido arrollada la primera por una gran masa enemiga, y empiezan á hacer sobre ella un fuego aterrador. Felizmente los españoles conservan su serenidad en este conflicto; los ingleses comprenden muy luego su error, pero los polacos pagaron con su existencia aquel momento de irreflexion ó de temeraria audacia: solo el oficial quedó con vida y prisionero.

Si hubiera sobrevenido un poco mas tarde este incidente, pudiera haber favorecido grandemente á Soult en su tercer ataque. Empeñóse éste con el aliento de la desesperacion, y duró mas de una hora. Habia el mariscal francés dispuesto sus tropas en columnas paralelas, órden el mas eficaz para abatir un obstáculo formidable, pero tambien el mas espuesto á sufrir pérdidas enormes. La pericia asombrosa de los jefes y el furor de las tropas imperiales fueron al fin impotentes contra la constancia heróica de los aliados. Soult comprendió que, obstinándose mas, iba á debilitarse hasta el

punto de no poder sostener la retirada; entonces desplegó su gran reserva, y acogió en su seno á las columnas de ataque que ya retrocedian, haciendo oscilaciones y dejando el campo cubierto de cadáveres. Poco despues Godinot siguió este mismo movimiento retrógrado.

El ejército imperial estaba vencido, pero no derrotado; al abrigo de su escelente caballería pudo tomar posiciones sólidas en el fondo del bosque que se estiende sobre el camino de Santa Marta.

Allí permaneció, imponiendo á nuestros ginetes, hasta la madrugada del 18, dia en que continuó su marcha con tanta celeridad, que ni los caballos ingleses, ni los de Loy y Villemur lograron comprometer á su retaguardia en un choque sério y formal. El mariscal, viendo abiertos y desembarazados los desfiladeros de la sierra, se arrojó en ellos, é hizo ilusoria la persecucion de sus enemigos.

Tal fué el desenlace de la batalla de la Albuera.

Se la considera, y con fundamento, la mas encarnizada de cuantas ocurrieron en la guerra de la Independencia. En tres horas quedaron fuera de combate cerca de doce mil hombres: de estos seis mil siete eran franceses; mil trescientos setenta y cinco españoles; cuatro mil ingleses, y trescientos sesenta y tres portugueses.

El mariscal Soult cometió una gran falta, desprendiéndose inconsideradamente de su base de operaciones y engolfándose en un camino fácil de cortar, solo por la esperanza casi temeraria de arrojar al ejército aliado sobre las bayonetas de Felipon. Cególe su orgullo de conquistador, inflamado por la perspectiva de una gran gloria.

En compensacion sus disposiciones tácticas fueron escelentes, y honran mucho su capacidad militar. La habilidad con que llevó sus tropas á la batalla, el golpe de vista con que descubrió el error que habian cometido los aliados, aglomerando sus principales fuerzas en el centro; la rápida facilidad con que rehizo sus columnas dos veces destrozadas; el aplomo con que emprendió su marcha retrógrada, y la vigorosa actitud que supo conservar durante dos dias á la vista del vencedor, bastarian para enaltecer el nombre del general mas oscuro.

Los jefes aliados, despues de haber mostrado tanto acierto como oportunidad en sus combinaciones estratégicas, estuvieron á punto de perderse por no haber dado la debida importancia al camino de Olivenza, que era la verdadera clave de aquella campaña. Salváronlos en tan críticas circunstancias la disciplina é instruccion de sus tropas. Para la conducta de estas el historiador solo puede hallar elogios, y apartando el fallo de la fortuna, debe colocar los hechos de ambos ejércitos, vencedor y vencido, en una página eternamente laureada.

Se estrañó entonces que Wellington no hubiera concebido el pensamiento audaz y fecundo de enlazarse con las tropas vencedoras en la Albuera para caer sobre Soult con una masa de sesenta mil hombres y oprimirle en el fondo de la Andalucía. Pero esta idea ardiente convenia poco al carácter frio y profundamente metódico del general inglés. No queria dar un paso sin arrancar antes á los franceses la plaza de Badajoz, recelando que Marmont hiciera de ella su base de operaciones. Tanta circunspeccion era exagerada, porque Marmont, abatido Soult, no se habria resuelto á desprenderse de la entraña de la Península, y Badajoz, colocada como un centinela en territorio enemigo, no hubiera podido sostenerse largo tiempo. Sin embargo, el británico persistió en su sistema, y se renovaron los ataques contra aquella plaza. El enemigo, siempre animoso, opuso una resistencia brillante, y dos asaltos que dieron los ingleses con mucha mas impetuosidad que acierto (1.° y 2 de junio), fueron enérgicamente rechazados. En estas circunstancias supo Wellington que Soult, restablecido del anterior desastre, avanzaba por un lado; que Marmont y Drouet seguian líneas convergentes, y no juzgándose bastante poderoso para resistir á este formidable golpe de fuerzas enemigas, levantó el sitio, repasó el Guadiana, y tomó ventajosas posiciones entre Campomayor é Yelves. Las tropas españolas se separaron de las británicas; Blake con su gente hizo una escursion poco feliz al condado de Niebla, desde donde pasó á Valencia, segun hemos dicho, y Castaños con el quinto ejército se situó en Valencia de Alcántara. Tambien los generales franceses tomaron distinta via.

Soult, atraido por Blake, se dirigió á Sevilla, presurosamente, y Marmont falto de víveres en el pais que ocupaba, tornose hácia

Almaráz, y Drouet practicó varios movimientos oscilatorios, hasta que mas adelante, cruzando la sierra, vino á caer sobre la Andalucía.

Un triunfo señalado que obtuvo en Cogorderos sobre el francés Valleteaux, Santolcides, nuevo general del ejército de Galicia, y los hechos de los guerrilleros, menos brillantes que útiles, completan el cuadro de esta campaña. Nuestras pérdidas materiales habian sido de mucha consideracion, pero el genio de los mejores caudillos franceses estaba eclipsado: aquellos guerreros gigantes habian sido humillados mas de una vez, y esto hacia imposible la conquista. Porque el tiempo, regulador supremo, reproduce las fuerzas de una nacion que resiste y aniquila las fuerzas de un conquistador que invade: la primera obedece á las leyes que rigen su ser físico y moral, y el segundo perturba las condiciones de existencia del pais que domina, y toda perturbacion es un accidente precario en la vida de los pueblos.

La campaña que dió principio con el siguiente año de 1812, puede reducirse á estos hechos culminantes: la pérdida de Valencia, la reconquista de Ciudad-Rodrigo y Badajoz, la batalla de Salamanca, el sitio del castillo de Búrgos por los aliados y el levantamiento del que tenian puesto á Cádiz los imperiales.

Dejamos á Suchet detenido en la carrera de sus triunfos por accidentes desgraciados, y á Blake restablecido en breve de su última derrota, organizando cuantos recursos juzgó conducentes al sostenimiento de Valencia. Abocando á sí cuantas partidas y tropas regulares se hallaban diseminadas en esta provincia y aun en la inmediata de Aragon, pudo reunir el general español un ejército de veinte mil hombres decididos, llenos de entusiasmo, mas iguales sin embargo en valor que en instruccion y disciplina.

No se mostró menos activo y solícito que en reunir las tropas, en fortificar la ciudad. Careciendo de tiempo, de ingenieros y aun de muchos materiales necesarios, levantó, no obstante, un estenso ramal de atrincheramientos, que arrancando desde el baluarte de Santa Catalina, y ciñendo los arrabales de San Vicente y Ruzafa, iba á parar á un reducto sobre la falda de Monte-Olivete. Estos

atrincheramientos estaban revestidos de un lado con esmero, y del otro protegidos por un foso profundo. No eran una obra acabada segun los preceptos del arte, pero sí bastante defensiva y sólida, pues tenia cinco pies de elevacion sobre otros tantos de espesor.

Pero faltaba determinar el plan de operaciones que debia seguirse. Blake cometió en esta parte un error, cuyos resultados fueron de suma y deplorable trascendencia.

A la cabeza de un buen cuerpo de tropas y en el corazon de un pais abundante, parece que rehusando venir de nuevo á las manos con el enemigo, debia haberse limitado á amenazar enérgicamente el flanco de Suchet, mientras este general formaba el sitio de Valencia. La ciudad solo necesitaba una guarnicion de cuatro ó cinco mil hombres reglados, que contribuyeran á sostener la energía popular, aquella energía tan imponente para Moncey y para el mismo Suchet. Agitando entonces el espíritu audaz de la provincia, Blake podia robustecer las filas de su ejército y envolver en una nube de guerrilleros las álas de Suchet, interceptándole sus comunicaciones. ¡Qué horizonte no se abria á las mas halagüeñas esperanzas bajo esta posicion espectante y enérgica! Acaso privado de bastimentos se viera el enemigo en la precision de levantar el sitio; acaso Lacy, desentendiéndose de sus fugaces y estériles escursiones sobre la Cerdaña francesa, viniera á tender la mano al mismo Blake, quien, dada esta coyuntura, recobraria la ofensiva, y empeñaria de nuevo su fortuna guerrera contra la fortuna y las fuerzas del mariscal francés.

Como recurso y malo, de esta determinacion, presentaba la de acogerse á Valencia. Encerrado Blake con su numeroso ejército en el recinto de la poblacion, debia agotar en breve los víveres por considerables que fuesen, comprimir la belicosa espansion de los habitantes, tan útil en aquellas circunstancias, y sin esperanza probable de socorro, plegarse al fin á abrazar uno de los dos estremos de este terrible dilema: ó arrojar en el fuego hasta el último de sus soldados, ú obtener la vida entregando al sitiador la honra, la libertad y las armas.

Porque Suchet, no temiendo complicacion alguna, teniendo á su lado la balanza del tiempo, se obstinaria en el sitio hasta conseguir la rendicion de la ciudad. Así, manteniendo sus tropas en campo



abierto, Blake podia prometerse, ó salvar la ciudad, ó sostener la provincia, pero introduciéndose en Valencia, su ruina era tan completa como segura.

Y sin embargo optó por este partido. Apoyado en la estensa trinchera que acababa de erigir, esperó intrépidamente que le acometiera el mariscal francés. No tardó este en verificarlo mas tiempo que el preciso para recibir un refuerzo de catorce mil hombres, con el que sus fuerzas se elevaron á treinta y cuatro mil.

El combate, bien sostenido en nuestra izquierda, donde mandaba D. Martin de la Carrera, nos fué adverso en la derecha regida por Mahy, y los esfuerzos victoriosos de Zayas en el centro no fueron suficientes á contener la iniciada derrota. Rebatido Mahy sobre el cuerpo de la Carrera, comunicó á este su perturbacion y desórden, y aprovechándose de esta ocasion los imperiales, lograron separar nuestras álas del centro. Replegáronse aquellas sobre las márgenes del Jucar, y Blake con las demas tropas buscó un abrigo en sus atrincheramientos, mas Suchet halló medio de flanquearlos, arrojando al general español en el recinto de Valencia.

La siniestra luz de la desgracia descubrió á Blake todos los graves inconvenientes de su plan. Entonces quiso salvar su ejército, pero ya era tarde, y una tentativa que hizo en este sentido solo produjo alguna efusion de sangre y el doloroso convencimiento de que era preciso resignarse á sufrir los mas sensibles golpes del infortunio.

Suchet estrechó su línea de circumbalacion, penetró en los arrabales de Ruzafa, San Vicente y Cuarte, no obstante la briosa resistencia de Zayas, y rompió sobre la ciudad un furioso bombardeo. Blake, viendo los estragos que causaba el cañon enemigo, hallándose sin medios para repararlos y contenerlos, y no teniendo probabilidad alguna de socorro, se decidió á admitir las duras condiciones propuestas por Suchet, quedando él y la guarnicion prisioneros de guerra.

A diez y seis mil hombres se elevaba el número de las tropas españolas que allí rindieron las armas (9 de enero de 1812).

El castillo de Peñíscola, formidable por su posicion y trabajos

artísticos, se sometió tambien á los imperiales (4 de febrero), habiéndose mostrado débil ó desleal su gobernador García Navarro.

De este modo consiguió Suchet tener espeditas todas sus comunicaciones con Cataluña, sin que la division de Mahy, endeble y desmoralizada, pudiera inspirarle serios recelos.

A esta época se refiere la ocupacion de Murcia por el general Soult, hermano del mariscal. Para arrebatársela, ideó una sorpresa D. Martin de la Carrera. No concurrieron á realizarla en ocasion y hora oportuna las fuerzas que debieran, y el intrépido español se halló engolfado en medio de la ciudad, con solos cien ginetes. Todos estos perecieron noblemente, y la Carrera combatió como uno de los héroes de la Iliada, hasta que rodeado de enemigos, y cubierto de heridas, fué á exhalar el último aliento en la calle de San Nicolás. Nuestro ejército lloró la muerte de este bizarro caudillo, y la posteridad no podrá negarle sin injusticia, un tributo de admiracion.

La triste impresion que produjo en los ánimos este acontecimiento, vino á quedar neutralizada por la noticia de haber penetrado los ingleses en Ciudad-Rodrigo. Lord Wellington, que no se habia dejado deslumbrar por la brillante victoria de la Albuera, que quizás habia esterilizado con su inaccion una de las mas grandes ocasiones para cambiar completamente la fase estratégica de la guerra; Wellington, pues, pensaba ahora en recobrar la ofensiva al apoyo de Ciudad-Rodrigo y Badajoz.

La reconquista de estas plazas figuraban como el principio fundamental de sus vastas concepciones, y asi que no bien hubo reunido los recursos necesarios, y sin permitir que se borrase en la mente del enemigo la derrota de Girard, atrajo hácia sí las divisiones de D. Cárlos de España y D. Julian Sanchez, y plantó sus reales ante Ciudad-Rodrigo.

Los franceses habian reforzado con todo el esmero posible las antiguas posiciones de esta ciudad.

Las principales obras, debidas á la mano de aquellos, consistian, en fuertes revestimientos sobre varios edificios del arrabal, en dos tambores y una media luna que cubria por sus puntos mas vulnerables el convento de Santa Cruz, y un reducto con foso y cami-



no cubierto, erigido sobre el cerro de San Francisco, y denominado Renaud. Todas las obras estaban bien artilladas, y la guarnicion ascendia á dos mil hombres.

La ardiente intrepidez de los sitiadores arrolló fácilmente estos obstáculos; el dia 8 de enero arrebataron con ímpetu irresistible el reducto de Renaud; el 13 se enseñorearon de Santa Cruz; el 14, rebatieron una vigorosa salida que hicieron los sitiados, y pudieron penetrar en la fortaleza ó convento de Santa Cruz; y el 19, abierta brecha en los muros de la ciudad, se lanzaron al asalto guiados por Crauford y Mackinson. Perecieron estos jefes en el primer choque, que fué terrible; pero sus tropas, convertido ya el valor en deseo de venganza, pelearon tan poderosamente, que en media hora quedó decidida la suerte de la ciudad y de la guarnicion francesa.

Dueño de Ciudad-Rodrigo, y esterminada la division francesa de Girard, pudo Wellington adelantarse con sus flancos cubiertos hasta Badajoz. Las nuevas operaciones contra esta plaza fueron dirigidas con tanta habilidad como vigor; el 15 de marzo se abrió la trinchera, y el 25, hallándose practicable la brecha, dieron los ingleses el asalto. La lucha fué recia, sangrienta y muy tenaz; los sitiados, fieles á su gloriosa reputacion, hicieron maravillas; pero los británicos, iguales en constancia, y muy superiores en número, acabaron por oprimirlos, obligándolos á rendir las armas. Murieron ochocientos franceses y cerca de cuatro mil ingleses, diferencia debida á la posicion de ambos beligerantes; pero la importancia de Badajoz era tan grande para las operaciones futuras, que en el primer ímpetu del júbilo general, se olvidó la pérdida que se habia tenido. Mas hondamente grabada quedó en el corazon de todos los españoles la abominable conducta de las tropas británicas al entrar en Badajoz, pues cometieron en una ciudad amiga escesos solo dignos de una turba de tártaros.

Prodigó Wellington en el asalto la sangre de sus soldados, recelando que Marmont y Soult acudieran al socorro de Badajoz. Efectivamente, el primero de estos mariscales habia avanzado hasta Villafranca de los Barros, mas sabiendo aquí la rendicion de la plaza, hubo de retroceder sobre Sevilla, amenazada por Penne Villemur. El cauto Marmont no quiso desplegar ante el británico sus

fuerzas inferiores, determinacion en que anduvo mezclada la prudencia á vueltas con su rivalidad y respeto del otro mariscal. Continuó pues en los puntos que habia elegido últimamente, teniendo parte de sus tropas en Plasencia y el cuartel general en Salamanca.

Dos grandes líneas de operaciones se presentaban á la vista de Wellington. Una la del Tajo, que podia llevarle hasta el corazon de la Península, y otra que está inscrita casi en la frontera portuguesa y que va á estinguirse en el seno de nuestras provincias occidentales. La primera tiene por base de operaciones á Badajoz; la segunda á Ciudad-Rodrigo.

Wellington, establecido en Fuenteguinaldo, optó por aquella inspirado por el verdadero genio. Siguiendo la línea del Tajo el general británico, lanzaba á José de su capital, se interponia entre Marmont y Soult, cortándoles toda comunicacion, y colocaba á estos dos mariscales en una situacion inactiva y espectante, porque la masa de las fuerzas aliadas podia caer sobre las Andalucías ó remontarse hasta la provincia de Salamanca. El gran principio de la guerra, que consistia en dar á las operaciones mas fuerza moral que material, se realizaba perfectamente siguiendo esta línea.

Antes de romper su movimiento Wellington, dispuso que Hill se apoderase del puente de barcas que tenian los franceses en Almaráz. Llevóse á cabo esta importante maniobra sin efusion de sangre, con lo que Soult se sobresaltó tanto, que creyendo ver por cima de la sierra la espada del británico, se apresuró á fortificar su línea de Bornos. Quiso interrumpir al francés en sus trabajos nuestro general Ballesteros, y lo hizo con mucho ardor y desabrida fortuna, pues se vió en la precision de retirarse llevando sus filas considerablemente mermadas.

El revés de las tropas españolas no alentó á Soult, pero retrajo á Wellington de seguir la primera línea, que no tenia mas punto objetivo. Así el gran pensamiento de la campaña perdia mucho de su importancia, porque se reducia á una batalla con Marmont, y si esta era adversa á los aliados, tenian tiempo José y Soult para correr sobre su retaguardia y ponerles en el mas duro conflicto. Wellington, militar de una prevision casi matemática, sujetaba la idea

mas fecunda á accidentes subalternos, y esto producia en sus operaciones lentitudes ó alteraciones muy trascendentales.

Salieron los ingleses de Fuenteguinaldo el 13 de junio en tres columnas regidas inmediatamente por Wellington, y el 17 se presentaron á la vista de Salamanca. Habíala evacuado el enemigo, dejando, sin embargo, en ella una buena guarnicion. Acometieron los británicos; cruzaron animosamente el rio Tormes que ciñe parte de la ciudad; se apoderaron de dos fuertes por asalto y del otro por capitulacion, y entraron en Salamanca en medio de un gentío que les victoreaba con ferviente entusiasmo. Desplegóse Marmont cerca de Salamanca como en actitud de proteger los fuertes, mas bien meditada la dificultad de la empresa, prefirió retirarse yendo en busca de aventajadas posiciones.

Ofreciéselas buenas el pueblo de los Arapiles, próximo á Salamanca, en el que situó al fin el mariscal sus tropas, no sin practicar antes varios movimientos estratégicos muy á propósito para apartar mas al inglés de su base de operaciones. En la batalla de los Arapiles, dada el 24 de agosto, se puso á prueba el talento de los dos generales enemigos (1). Combatieron por algun tiempo ingleses y franceses sin concederse ventaja alguna, pero habiendo Wellington descubierto intempestivamente uno de sus flancos, Marmont, que expiaba con vista de águila cualquiera imprevision, se aprovechó de esta, y obligó al británico á retirarse muy maltratado. Apresuróse por fortuna el mariscal á recoger los frutos de la victoria antes de haberla asegurado, y estendió inconsideradamente una de sus álas para envolver á los ingleses. Esta tension inconsiderada debilitó al ejército francés en aquella parte; advirtiólo Wellington, y arrojándose sobre el ála comprometida con la flor de sus tropas, la despedazó. En vano quiso Marmont corregir su yerro, recogiéndose sobre la falda de las tres eminencias denominadas Ara-

(1) Como el objeto que nos hemos propuesto en esta obra es el de describir los hechos de armas mas importantes que acometieron y remataron las tropas españolas, á fin de poner en relieve el tanto de gloria que en ellas las pertenecieran, y como la batalla de Salamanca se sostuvo casi esclusivamente por las tropas anglo-portuguesas contra las imperiales, hemos creido deber trazarla á grandes rasgos, no obstante su influencia en el porvenir de la guerra.

piles; los ingleses, inflamados por el valor inmenso de la reaccion, le siguieron hasta sus nuevas posiciones. Pero Marmont, fuertemente asido á la mas culminante de las tres lomas, opuso una resistencia formidable; sus tropas hicieron prodigios de intrepidez, y el mismo mariscal, multiplicándose en los sitios de mayor peligro, recibió una herida peligrosa. Tambien fué herido el general Bonnet y muertos otros tres generales, circunstancia que unida al desbordamiento de sus álas y á una furiosa carga á la bayoneta que dieron los aliados, acabó por desalentar á los franceses. Pronunció entonces Marmont su retirada, mas lo hizo de una manera tan imponente, que Wellington no se atrevió á perseguirle con el nervio de su ejército, contentándose con lanzar alrededor de sus flancos y retaguardia algunos cuerpos de caballería. Perdieron los imperiales cerca de doce mil hombres, siete mil de ellos prisioneros, y no alcanzaron la victoria los coligados sino á costa de mucha y preciosa sangre.

Si Wellington hubiera seguido tenazmente al alcance de Marmont, habria podido reducirle á la última estremidad, mas cuando se hallaba cerca de Valladolid marchando sobre la huella de este mariscal, supo que José habia salido de Madrid á la cabeza de diez mil infantes y dos mil caballos. Este refuerzo debia dar á Marmont una superioridad numérica irresistible, y para evitarlo, el británico torció su ruta y avanzó rápidamente sobre el intruso monarca. El regreso de José á la capital, su nueva salida al frente de toda la guarnicion, escepto dos mil hombres que se fortificaron en el Retiro, y su marcha á la provincia de Valencia, permitian á Wellington volver á su plan primitivo, tan fecundo en resultados. Porque destruyendo á Marmont ó arrojándole estenuado sobre las provincias del norte, toda la entraña del reino quedaba limpia de enemigos; el inglés se enseñoreaba de las dos grandes líneas del Tajo y del Ebro, y si Soult y José intentaban volver sobre la capital de la monarquía, se hallaban sin núcleo para una vasta combinacion y sin base para sus operaciones.

Desgraciadamente Wellington no lo comprendió así; avanzó sobre la capital, penetró en ella, rodeándole el pueblo alborozado, é invirtió algunos dias en sancionar varios actos políticos y en rendir la guarnicion francesa del Retiro. No puede concebirse, atendido el

carácter estóico del caudillo inglés, que cedíese al deseo de recibir el aura popular: acaso cedió á sugestiones poderosas, pero la pérdida del tiempo era irreparable, y las consecuencias de esta falta iban á sentirse inmediatamente.

Cuando Wellington salió de Madrid, ya Marmont habia tomado el camino de Burgos.

No se detuvo el francés en esta plaza mas que el tiempo indispensable para robustecer la guarnicion del castillo, y en seguida se arrojó decididamente sobre la línea del Ebro para buscar el contacto de las tropas imperiales que operaban en el Norte.

Wellington, con cuarenta mil ingleses y portugueses, y Castaños con diez y seis mil españoles, siguiendo líneas convergentes, fueron á darse la mano en las inmediaciones de Burgos.

Esta antigua córte, con sus baluartes feudales, medio derrocados por la mano fria é infatigable de los siglos, no podia presentar una resistencia séria á un ejército invasor, pero el castillo, á cuya conservacion daban los franceses mucha importancia, estaba protegido por dos líneas de reductos y un hornabeque levantado en el cerro de San Miguel.

Siempre circunspecto el general inglés, no quiso continuar su marcha progresiva, antes de apoderarse de esta fortaleza. Duró el sitio desde el 18 de setiembre hasta el 22 de octubre. Los aliados, empleando esfuerzos inauditos y largo caudal de sangre, consiguieron penetrar en el hornabeque de San Miguel, y en la primera línea de reductos, pero un asalto muy impetuoso que dieron sobre la segunda, fué repelido por los imperiales. La pérdida que esperimentaron los sitiadores, la inclemencia de la estacion, y la noticia de que el enemigo reforzado competentemente se aproximaba resuelto á recobrar la ofensiva, decidieron á Wellington á levantar el sitio y á romper su movimiento retrógrado sobre el corazon de Castilla la Vieja.

No podia diferirlo sin esponerse á los mayores peligros. Por el norte y mediodia avanzaban ejércitos enemigos capaces de envolver al de los aliados en una red de acero. Marmont, robustecido, segun hemos dicho, amenazaba oprimir el flanco derecho de Welling-



ton, mientras asomaban por otra parte las tropas de José, Soult y Suchet, que creyendo asegurada la provincia de Valencia, con el triunfo que habia obtenido en Castalla (21 de julio), sobre O'Donnell, no vaciló en concurrir á la persecucion de los anglo-españoles. Hill, que custodiaba la línea del Tajo, hubo de estremecerse á la vista de un enemigo tan superior, y se replegó aceleradamente hácia el costado de Wellington. Noventa y dos mil franceses estaban dispuestos á medir sus armas con los sesenta y un mil hombres, que inclusa la gente de Hill, formaban el ejército confederado. Era demasiado cauto el caudillo inglés para que se aventurase en trance tan desigual. No habiá en los límites de la prudencia mas partido aceptable que el de la retirada, y Wellington la llevó á cabo con un aplomo y seguridad dignos de alto elogio. A mediados de noviembre, el ejército inglés ocupó una línea corta y bien nutrida, apoyando su ála derecha en la Sierra de Baños; las tropas portuguesas volvieron á sus cantones, y las españolas se derramaron por las provincias de Asturias, Galicia y Estremadura. José entró de nuevo en Madrid, y los mariscales franceses regresaron á sus distritos militares.

En esta campaña, cuyos principales rasgos nos fueron propicios, demostró Wellington la verdad de aquel incuestionable axioma, atribuido á uno de nuestros mas grandes capitanes (1), que nada debe meditarse tanto como una batalla, y que nada debe ejecutarse con mas rapidez. La batalla de Salamanca, combinada y precedida por tantos y tan hábiles movimientos, contrarió todas las aspiraciones de Marmont, quien pensaba enlazarse con José antes de provocar el fallo de la fortuna. Pero como á todos los hombres grandes los arrastran frecuentemente sus cualidades características fuera de los límites regulares; Wellington, dotado de una circunspeccion sábia y vigorosa, concedia una importancia exagerada á los accidentes subalternos. Así se le vió renunciar á la línea del Tajo en cuanto supo la ventaja obtenida por Soult sobre Ballesteros; así se le vió permanecer varios dias en Madrid, por lanzar á dos millares de franceses del Retiro, y así se le vió por último cebarse en el castillo de Burgos por espacio de mas de un mes. Así logró rehabilitarse Marmont, y así pudieron presentarse en la liza, con fuerzas decisivas

(1) El duque de Alba.



José y Soult, y así, por último, se terminó con una veloz retirada aquella campaña triunfal.

Estos azares no bastan á empañar la gloria de aquel hombre distinguido, á quien las córtes españolas confirieron por este tiempo el mando en jefe de nuestros ejércitos. El nuevo generalísimo se apresuró á corresponder á este acto de noble confianza, con una serie de brillantes operaciones.

Nunca la fortuna desde el principio de la guerra, se habia mostrado tan propicia á los infatigables defensores de la independencia peninsular. El brazo homérico de Napoleon acababa de enervarse entre los hielos del polo. De los seiscientos mil hombres que aquel gigante de genio y de fortuna, habia llevado al interior de la Rusia, apenas volvieron á su pais natal ciento cincuenta mil, con sus laureles marchitados, con la miseria en el cuerpo y la rabia en el corazon. El moderno Jerjes, tan arrogante, tan admirable en sus movimientos progresivos, se ha mostrado muy inferior á sí mismo en aquella famosa retirada, y de este modo perdió á un tiempo parte de su inmensa reputacion, y el nervio de sus tropas. Mientras Bonaparte busca nuevos recursos en el seno fecundo de la Francia, el emperador de Rusia celebra con nuestro gobierno un tratado de alianza en los términos mas cordiales; la diplomacia trabaja incesantemente para lanzar nuevos campeones á aquel vasto palenque, y de todas partes amenaza al grande hombre la terrible tempestad que debe preceder al esplendente dia de la emancipacion política europea.

Consecuencia inmediata de estos sucesos, fué la marcha para Francia de algunos cuerpos imperiales que operaban en nuestro territorio, con los que se debilitaron las fuerzas de José, y pudo Wellington llevar á cabo sus vastos y bien concebidos planes. A las grandes operaciones, precedieron no obstante, varios acontecimientos, no de tan ligera importancia, que deban pasar desapercibidos.

En las provincias del norte perdimos (1813) á Castro-Urdiales, puerto seguro aunque pequeño, habiéndole defendido gallardamente su gobernador D. Pablo Alvarez; pero Mina corrigió el mal efecto producido por este desastre, apoderándose á viva fuerza de Mendigorría,

derrotando una columna francesa en Lodosa, mermando el crédito y la gente del general Abbé, y enseñoreándose de Sos y Tafalla.

Inflamándose por una noble emulacion los demas guerrilleros y comandantes de partidas sueltas, el Empecinado, Duran y Villacampa, se agitaban incesantemente en Castilla y Aragon, divirtiendo la atencion de Soult hasta el punto de que este mariscal no pudiera prestar una cooperacion inmediata á las operaciones de los grandes ejércitos.

Menos felices los españoles del segundo ejército, y las tropas de una division anglo-siciliana, poco antes desembarcadas en las playas del mediodia, sufrieron un fuerte revés cerca de Alcoy. Asaltó impetuosamente su línea el general Harispe; sostenido por Suchet, la quebrantó y privó á la division de mas de mil hombres. Igual número sucumbió con el castillo de Villena, mas no pasaron de este límite las prosperidades de los franceses, pues habiendo atacado de nuevo nuestras posiciones, recibieron la mas enérgica propulsa.

No era menos vivo el fuego de la guerra en Cataluña. Rovira, por la parte del Ampurdan, Copons y Eroles en las provincias de Tarragona y Tortosa, atormentaban á los franceses, destruian las pequeñas fortificaciones que estos habian erigido para proteger sus líneas, y aun les hicieron temer por sus comunicaciones con Barcelona; Llauder se cubrió de gloria en el valle de Rivas, y el espíritu belicoso de los naturales, mal abatido por la desgracia, pareció enaltecerse grandemente bajo la influencia eficaz de estos triunfos.

Pensóse entonces en desarrollar las operaciones en mayor escala, atacando poderosamente la línea del Ebro á fin de precisar á Suchet á que abandonase la del Jucar. El plan estaba bien ideado, y podia ser muy fecundo en faustas consecuencias, mas fracasó por la negligencia del general que debia llevarlo á cabo. Era éste inglés, de apellido Murray, quien zarpando del puerto de Alicante con una escuadra que llevaba á bordo catorce mil hombres y ochocientos caballos, hizo rumbo á Tarragona.

Si aquellas fuerzas hubieran caido de rebato sobre esta plaza á la sazon debilmente guarnecida y mal reparada, la hubieran arrebatado probablemente, pero Murray, despues de desembarcar facilmente, se contentó con tomar las disposiciones preliminares de

un sitio regular. Al eco del peligro que corria Tarragona, acudió en su auxilio Suchet desde Valencia, y la presencia de este mariscal bastó á desvanecer todos los proyectos de los aliados. No recogieron los espedicionarios otro fruto que la fácil conquista del Coll de Balaguer, y esta ligera ventaja tuvo una compensacion deplorable, pues habiendo encallado la escuadra británica en los Alfaques, perdió cinco buques de buen porte.

Ambos beligerantes, tomando consejo de las circunstancias, juzgaron decisiva esta campaña, y se apresuraron á reconcentrar sus medios para darles mas energía. José, investido por su hermano con el mando en jefe de todos los ejércitos imperiales existentes en la Península, atrajo hácia sí el ejército del mediodia, no regido ya por Soult que acababa de partir para el norte, y se enlazó con el ejército denominado de Portugal, ahora de Reille, en reemplazo de Marmont, y cubriendo la espalda con las bayonetas de Clausel, tendido sobre las márgenes del Ebro, formó una masa de ochenta mil hombres, bien provistos y aguerridos. La posicion del príncipe francés parece muy ventajosa bajo el punto de vista estratéjico, porque tenia tres grandes líneas de aguas; la facultad de operar sobre el centro de Castilla, y una retirada protegida por plazas fuertes, hasta la frontera francesa. Inclinándose sobre el flanco de Reille, podia disputar obstinadamente el curso rápido y profundo del Duero; retrocediendo mas, se colocaba sobre el Pisuerga, rio de caudal abundante y corriente precipitada y procelosa; por último, arrojándose en brazos de Clausel, dominaba las dos márgenes del Ebro, pues conservaba en su poder las dos llaves de este rio, Burgos y Pamplona.

Pero estas líneas de agua, muy dilatadas, ofrecian muchos puntos vulnerables, y se necesitaban la luz del génio y la energia de los caracteres heróicos para descubrir el centro privilegiado de aquellos estensos diámetros, y para mantenerse en él hasta apurar los últimos rigores de la fortuna. José, á quien conceden sus contemporáneos bellas cualidades de hombre y grandes dotes de monarca, era peregrino en la ciencia militar, y su jefe de la plana mayor, Jourdan, gloria monumental de los tiempos de la república, si podia concebir semejante designio, era poco idóneo para sustentarle. No obstante, los ejércitos imperiales del centro y mediodia, oblicua-

ron sobre la línea del Duero y se colocaron en actitud de defenderla.

Wellington por su parte estaba resuelto á tomar la ofensiva. Sus planes en esta ocasion, sábiamente elaborados, bien nutridos de detalles, revelan un genio profundo, sistemático y tenaz.

Penetrando con un golpe de vista admirable el cuerpo de ejército enemigo, no solo dispone el medio de pasar el Duero, sí que tambien el Pisuerga y el Ebro. La vasta red de sus combinaciones se estiende por casi toda la superficie del territorio español, desde la frontera del antiguo reino lusitano hasta la del moderno imperio francés. En esta esfera todo está previsto, todo está marcado, las evoluciones estratégicas de las grandes masas, á la vez que los movimientos tácticos de las pequeñas columnas.

Al efecto colocó sus tropas en un ancho semicírculo alrededor de las álas del ejército imperial, escalonándolas de modo que pudieran converger oportunamente sobre el punto objetivo de las operaciones en número de cien mil hombres.

En los primeros dias de mayo rompe Wellington su movimiento. La línea del Duero fué arrebatada en pocos dias. Villatte, que intentó defenderse cerca de Salamanca, hubo al fin de replegarse bajo las fuerzas de Alten, y otro cuerpo francés, bien posicionado en Alba de Tormes, quedó arrollado por Morillo. El porvenir de la campaña parecia seguro; José y Jourdan estaban juzgados: no habian querido renunciar voluntariamente á su primera línea, lo cual, haciendo presumir ulteriores combinaciones, quizás hubiera inspirado sérios recelos al británico; pero la habian defendido con suma debilidad, adoptando sin duda el peor de los partidos. En la guerra todos los movimientos espontáneos pueden ser imponentes, aunque se verifiquen bajo la influencia de una idea errónea; por el contrario, los movimientos inactivos son tanto mas funestos, cuanto menor es la energía que se ha desplegado para evitarlos.

José, viendo amenazados sus flancos, no fijó la atencion en la línea del Pisuerga, y fué aceleradamente á buscar un apoyo sólido en la del Ebro. Su marcha habia sido tan rápida, tan veloz, que tenia la lisonjera esperanza de haber dejado muy atrás á su enemigo. ¡Cuál seria, pues, su sentimiento al mirar de cerca la espada de Hill que amenazaba traspasar el costado del ejército francés! Hill,



en efecto, siguiendo las instrucciones de Wellington, habia avanzado por el centro de Castilla, marchando sobre el eje de la esfera de operaciones, mientras que José habia descrito un arco en su trayecto desde las provincias occidentales hasta las del norte. Así se esplicaba la ocurrencia de los aliados en la márgen derecha del Ebro: su aspecto impuso á José en tales términos, que sin querer utilizar la escelente posicion de Búrgos, hizo volar el castillo y pasó con sus tropas al otro lado del rio.

Apoyando su espalda en los desfiladeros de Pancorbo, José se propuso mantener la orilla izquierda, mas el británico, que tenia reconocidos y designados de antemano los pasos del Ebro, le atravesó con todas sus fuerzas por Polientes, San Martin de Lines y Puente de Arenas en los dias 14 y 15.

Esta maniobra, una de las mas bellas y la mas fecunda en resultados de la campaña, se ejecutó sin disparar un tiro y sin romper una lanza. Wellington amenazaba siempre desbordar las álas del enemigo, si bien su objeto principal era el de comprometerle á una batalla decisiva: para lograrlo, manda que la division española de Giron se sitúe en Balmaseda para cortar á los franceses la comunicacion con Bilbao, mientras él se dirige hácia Guipúzcoa para interponer su brazo titánico entre las provincias vascas y las lindes imperiales.

Rehusaba José venir á las manos con su enemigo hasta que llegase un refuerzo considerable que estaba esperando: sin embargo, la batalla era ya una necesidad absoluta, y no habia posible en otro estremo de la alternativa mas que una dispersion ignominiosa. Precisados á combatir los generales franceses, buscaron una posicion que, sobre suplir su pequeña inferioridad numérica, les ofreciese grandes probabilidades de triunfo. El ejército francés se tendió en una línea de tres leguas, teniendo su derecha apoyada en los pueblos de Gamarra Menor, Gamarra Mayor y Abechuco, y su izquierda en la Puebla de Arganzon sobre una cadena de alturas; el centro se colocó en un cerro empinado y poco accesible. Casi todo el frente de esta posicion estaba ceñido por el Zadorra, rio de hondo cauce, corriente impetuosa y escarpados bordes; la izquierda cubria el camino de Vitoria, y tenia segura la retirada sobre esta ciudad; la



derecha dominaba la carretera de Francia: aquí como en punto mas importante se hallaba el nervio de las fuerzas imperiales.

Alboreaba apenas el dia 21 de julio, cuando Wellington descubrió al ejército enemigo. Inmediatamente dá sus disposiciones para el ataque. Hill por la derecha y Graham por la izquierda debian dislocar las dos álas contrarias, y dejar el centro aislado y espuesto á los golpes mas contundentes.

Hill, encargado de principiar el ataque, lanza á Morillo sobre la Puebla de Arganzon.

El valeroso español trepa por aquellas ásperas lomas en medio de una nube de fuego; cae herido, pero reponiéndose bien pronto, vuelve al frente de su division, que en aquel dia hizo prodigios de intrepidez: una brigada inglesa sostiene de cerca á nuestras tropas, y aunque su jefe sucumbe en lo mas recio de la accion, la terrible brigada marcha siempre adelante, abriéndose paso con la punta de sus bayonetas. Al fin los franceses vacilan, pierden terreno, é Hill, atravesando entonces el Zadorra, se apodera de Subijana, y hace esfuerzos inauditos para arrojar á aquella ála desbordada sobre su centro.

Este empeño recrudece la pelea, pues el enemigo comprende que, arrebatándosele el camino de Vitoria, solo puede esperar una catástrofe espantosa: unos y otros pierden y recobran muchas veces una misma posicion; cual enfermos delirantes, ambos combatientes parece que á medida que se debilitan, adquieren un valor mas frenético. En esto Wellington cruza rápidamente el Zadorra con su centro, y emprende la espugnacion del cerro en que estaba el centro de los enemigos. Aquí tambien fué muy viva la accion. Los accidentes del terreno favorecian y exaltaban el denuedo característico de los franceses, los cuales continuaron defendiéndose con rara tenacidad, hasta que sintiendo abrasado su flanco por los fuegos de Hill y de Morillo, emprendieron la retirada hácia Vitoria. No les siguió Welington con todo el ardimiento que fuera menester para completar por aquella parte su derrota, porque tenia fija su atencion en las operaciones de la izquierda.

Graham habia permanecido algun tiempo con la espada en la mano, esperando que Hill reportara algunas ventajas sobre la dere-



cha. Esta detencion, aunque impidiese la simultaneidad de los ataques, estaba, sin embargo, perfectamente calculada, porque la posicion de la izquierda, la mas fuerte, la mas interesante y la mas estratégica, era casi inabordable, mientras estuviera enérgicamente enlazada con la derecha y el centro.

Enseñoreado Hill de la Puebla, Graham precipita sus columnas sobre las dos Gamarras y Abechuco. En la izquierda como en la derecha los aliados reportan las primeras ventajas, pues Longa se apodera de Gamarra Menor. La ocupacion de Gamarra Mayor y Avechuco fué muy difícil; los franceses se sostuvieron con una perseverancia admirable; espulsados finalmente de aquellos dos puntos, volvieron á la carga, y rebatidos tambien, todavía pugnaban por arrancar á los aliados la llave de la carretera de Francia. Necesitó Graham toda su pericia, todo el ardor de sus tropas y el poderoso auxilio de Giron, quien habia descendido desde Balmaseda por Orduña hasta presentarse en el campo de batalla para mantener las posiciones conquistadas. Por espacio de algunas horas el general británico se halló reducido á la defensiva. Mas al percibir la retirada del centro y derecha enemiga, Graham pasa audazmente el Zadorra y se coloca á la izquierda entre dos fuegos. Solo entonces perdieron los imperiales el valor: rota la articulacion con el centro, cortado el camino de Francia, y hallándose ceñidos estrechamente por los aliados, solo tenian una débil esperanza de salvar su vida y libertad, y ninguna de revindicar sus perdidos laureles. El peligro fué tan estremo, que aquellos veteranos, modelos de disciplina, olvidándose de su reputacion y de sí mismos, se abandonaron á la fuga mas tumultuosa. Merced á esta circunstancia, el número de prisioneros no pasó de mil, pero la pérdida total del enemigo consistió en nueve mil hombres, ciento cincuenta y un cañones, un gran convoy con múchas preciosidades artísticas y enormes sumas de dinero.

José apenas pudo tomar aliento en Vitoria.

Perseguíale Hill con toda la actividad de que eran susceptibles las tropas aliadas.

Por último, aquellos formidables conquistadores entraron en el territorio francés estenuados por la fatiga, sin artillería, sin bagages,

representando desgraciadamente el emblema en otro tiempo tan glorioso de sus banderas, al águila fugitiva y herida por las garras del leon castellano y del leopardo inglés.

Llenos de alborozo los aliados por esta importante victoria, olvidaron pronto sus pérdidas, que sin embargo subieron á cinco mil hombres, seiscientos de ellos españoles. Por lo demas su gloria fué brillante y la mas fecunda en resultados positivos de todas las de esta guerra. Españoles, ingleses y portugueses, rivalizaron en intrepidez, pericia y entusiasmo. Los movimientos tácticos sobre el sitio del combate, correspondieron dignamente á la gran concepcion estratégica de la campaña. Ni un solo lunar hay en esta página dorada de la historia que pueda hacer sombra en la ya europea reputacion de Wellington.

Por el contrario, José y Jourdan cometieron faltas reales y de mucha trascendencia.

En el momento de llegar á la línea del Ebro debieron tender la mano á Clausel, que entonces se hallaba al lado de Aragon, molestado por las hábiles maniobras de Mina y D. Julian Sanchez. En el dia de la batalla debieron reconcentrar mas su línea haciéndola girar sobre un punto cardinal como era el camino de Francia, sin ceder á la mezquina ambicion de cubrir á Vitoria, porque esta ciudad nunca podia servir de asilo seguro á un ejército derrotado.

Consecuencias inmediatas de la batalla de Vitoria, fueron la retirada de José á Francia con doce mil hombres, llevando sobre sus espaldas á Graham y á Giron; la no menos rápida de Clausel, vivamente estrechado por Mina y Sanchez; la rendicion de los fuertes de Pasages, debida á la intrepidez impetuosa de Longa, y la pérdida de los formidables desfiladeros de Pancorbo, guarnecidos por mil hombres, que no acertaron á resistir el ataque del conde del Abisbal y al influjo de su infausta estrella.

Desembarazado de ejércitos enemigos Wellington, se apresuró á poner sitio á las tres plazas donde todavia ondeaba el pabellon imperial; San Sebastian, Pamplona y Santoña.

Y no era solo en la periferia del norte donde se dejaron sentir los efectos de esta célebre victoria; en todas las demas provincias oprimidas aun por el yugo estranjero, se hicieron esfuerzos inauditos

á fin de sacudirle. Mina, secundado por Duran, tuvo la envidiable gloria de conquistar á Zaragoza con poca efusion de sangre (2 de agosto); y el territorio aragonés, escepto Jaca y Monzon, quedó en breve limpio de enemigos. Tambien Valencia y Cataluña hubieran alcanzado su emancipacion, sin los grandes talentos y admirable actividad de Suchet, quien no obstante, reputando imposible conservar por mas tiempo la interesante plaza de Tarragona, la evacuó, destruyendo antes sus fortificaciones. Despues acometió Manso la línea del Llobregat; la quebrantó, y queriendo Suchet reparar este desastre, atacó una brigada nuestra en Urda. Fué el combate sangriento, y aunque el mariscal quedó dueño del campo, no pudo seguir á los españoles, porque se vió de repente envuelto en una nube de enemigos, y hubo de tomar una actitud puramente defensiva.

No podia Napoleon resignarse á perder la España, á ver desvanecida su ilusion mas brillante y mas funesta con este hecho, y confirmadas todas las profecías de sus enemigos, y los consejos severos de sus mas sábios y mas sensatos amigos. Las grandes pasiones forman los grandes hombres, y cuanto mas egoista una pasion, es mas difícil de vencer. Revolviendo en su ardiente imaginacion los medios de recuperar la preponderancia perdida en la Península, y descubriendo al primer golpe de vista los desaciertos en que habian incurrido José y Jourdan, priva á estos del mando y se lo confiere á Soult, con las mas cumplidas facultades. Soult era digno de esta eleccion. Apenas sabe su nombramiento, reorganiza sus tropas, y se desemboca de nuevo en nuestro territorio por los puertos de Maya y Roncesvalles; su plan estaba bien concebido. Divididas las tropas aliadas en los sitios de Pamplona y San Sebastian, Soult queria enlazarse con la guarnicion de la primera de estas plazas, y acometer desde una base sólida la retaguardia de Wellington. A dar con un adversario menos cauto y prevenido, probablemente Soult hubiera cambiado la fisonomía de la campaña, pero el británico tenia tan bien guarnecidos todos los puntos vulnerables, y tan sólidamente articuladas sus fuerzas, que los franceses no debian recojer laurel alguno de su invasion. Efectivamente, Soult desplegó sus vastos conocimientos tácticos y sus tropas combatieron con un denuedo estraordinario, pero no pu-



dieron arrancar á su enemigo una sola posicion, y despues de muchos combates mortíferos, tuvieron que retroceder sobre su punto de partida mermadas en ocho mil hombres; los aliados perdieron seis mil.

Para repeler á Soult tuvo Wellington que convertir en bloqueo el apetecido cerco de San Sebastian.

Mas impelido el mariscal al otro lado de la frontera, pudo el británico continuar desahogadamente las operaciones del asedio.

Fueron estas vigorosas, rápidas y felices. Abierta brecha el 31 de agosto, se lanzaron los ingleses al asalto, y si bien los sitiados defendieron la plaza con brio singular, hubieron de sucumbir, á lo que contribuyó tambien la esplosion del principal almacen de municiones. Los ingleses reprodujeron aquí y aun en mayor escala los mismos horrores que en Ciudad-Rodrigo; el incendio vino á aumentar el lúgubre colorido de aquel cuadro espantoso; de las seiscientas casas que formaban la poblacion, solo cuarenta quedaron en pié.

El general Rey, gobernador de San Sebastian, se refugió con los soldados imperiales en el castillo, y allí se sostuvo gallardamente hasta el dia 8 de setiembre, en que capituló.

Soult hizo desesperadas tentativas para socorrer á San Sebastian, y una de ellas produjo la batalla de San Marcial. Cubria Freire las alturas que llevan este nombre con el cuarto ejército español y algunas brigadas inglesas.

Los franceses, despues de enseñorearse de Irachaval, cruzaron el Bidasoa en el punto llamado de las Nasas, y se lanzaron con portentosa rapidez sobre nuestras posiciones: sonrióles un momento la fortuna, pues lograron poner el pié en el último estribo de una colina elevada, donde habia una brigada española; pero el intrépido Porlier que la mandaba, enciende con algunas palabras el valor de sus soldados y les precipita de nuevo sobre el invasor. Esta carga, poderosamente secundada por Mendizabal, quien acudió con la rapidez del relámpago al sitio del mayor peligro, fué decisiva: los franceses, repelidos en todas partes, repasaron el rio con dificultad y grandes pérdidas. Los españoles desmembraron sus filas en mil seiscientos hombres, pero su conducta en esta funcion se colo-



eó, segun el decir de Wellington, al nivel «de los mejores del mundo.»

El mismo Freire y Giron alcanzaron nuevos laureles el dia en que la gran masa de las fuerzas aliadas se arrojó sobre el territorio francés (6 de octubre). La empresa presentaba obstáculos de mucho aprecio, porque al natural que ofrece el rio Bidasoa, se agregan los artificiales que habian erigido los franceses. Mas el movimiento fué tan simultáneo, tan enérgico y tan impetuoso, que los imperiales cedieron toda su primera línea, y la márgen izquierda del Bidasoa constituyó la primera prenda de nuestra conquista. Es digno de notar que cuando Napoleon sostenia aun con su brazo homérico el vacilante edificio de su poder; cuando todavía en Bautzen, Lutzen y Wurtchen ostentaba las maravillas de su genio guerrero, imponiendo respeto á los aliados del norte, el ejército anglo-hispano-portugués hollaba ya las provincias de la antigua Galia, y conquistaba los dominios del mismo conquistador. Habia en esto algo de providencial. La expiacion empezaba antes sobre el teatro en que se habia cometido el mayor crímen político.

La guarnicion de Pamplona, viéndose cortada, hizo una furiosa salida con el gobernador á la cabeza, y habiendo encontrado en las tropas de D. Cárlos España y el príncipe de Anglona una resistencia invencible, volvió á la plaza y capituló dentro de muy breves dias.

No pudo resistir tampoco Suchet (1814) á este cúmulo de adversidades. Disminuyéronse sus tropas en la misma proporcion que se aumentaban las de los españoles, porque Napoleon, iluminado ya por la desgracia y dando por perdida la España, sacaba de ella todos los cuerpos veteranos para trasladarlos á las orillas del Rhin.

Consecuencia de este sistema fué que Suchet se vió reducido á doce mil hombres, á los cuales colocó cuidadosamente bajo el cañon de Figueras. En esta situacion aquella larga cadena de conquistas, sostenida por la fuerza, se fué desvaneciendo, saltando uno en pos de otro los anillos que la formaban. Así Jaca abrió sus puertas á Mina, quedando prisionera de guerra la guarnicion francesa. Lérida, Mequinenza y Monzon volvieron al regazo de la comun patria, merced á la peligrosa astucia de D. Juan Van-Halen, y cuantas líneas tenian estos á lo largo de las provincias de Aragon, Valencia y Ca-



taluña, quedaron quebrantadas é inservibles. Por último, Suchet, incomunicado con las fuerzas que guarnecian respectivamente á Barcelona y Tortosa, y no pudiendo él mismo moverse en el semicírculo que constituian las fuerzas aliadas, se refugió en Francia con tal precipitacion, que no pudo recoger las guarniciones de varias plazas.

Los aliados siguieron á Soult en su marcha retrógrada, le batieron en Orthez, y fueron á buscarle bajo los muros de Tolosa, donde el francés quiso de nuevo hacer frente al enemigo, esplotando con habilidad las ventajas que le ofrecia un terreno cruzado de rios y canales. Despues de algunos dias de preparativos por una y otra parte, se dió la señal del combate á las siete de la mañana del 10 de abril de 1814, y trabóse la pelea con horrible encarnizamiento. Los franceses hicieron esfuerzos inauditos para defender sus posiciones; pero habíase eclipsado su estrella.

A las cuatro de la tarde ondeaban sobre sus formidables reductos las banderas de los aliados, y quedaba Tolosa á la merced del vencedor.

Aquí terminó esa gigantesca lucha que con tanto valor y constancia sostuvo España durante seis años contra el vencedor de Europa.

¡Qué fatal coyuntura tienen los sucesos militares en la historia de esta época! A la guerra de la Independencia, en la que las pasiones toman la elevacion del objeto que las escita, confundiéndose bajo un sentimiento heróico y general todas las desgracias individuales, todos los infortunios de localidad, esfera inmensa donde hasta los estravíos de la imaginacion tienen algo de noble y grandioso; página la mas luminosa de nuestros fastos militares modernos, donde aparece el genio de los caudillos y el valor de las tropas preparando por medio de vastas combinaciones el camino de la victoria; á esa guerra, grande en su orígen, fecunda y brillante en su desarrollo, justa y reparadora en su fin, sucede (1822) una guerra oscura, en la cual no hay gloria para el vencedor ni compensaciones para el vencido, porque en las guerras civiles el recuerdo del triunfo se convierte en remordimiento, y el despecho de la derrota en un violento deseo de venganza. Estalló esta guerra civil con motivo de haberse reinstalado la antes abolida Constitucion de 1812.

Los mas ardientes partidarios del antiguo régimen se levan-



taron en son de guerra contra el gobierno constitucional, supliendo con su actividad y energía la falta de recursos materiales. Muchos de estos hombres, como al principio los guerrilleros en la de la Independencia, no tenian reputacion ni conocimientos militares, y sus operaciones se reducian á marchas aceleradas, á impetuosas sorpresas y golpes de mano, en los que brilló mas de un rasgo de sobresaliente denuedo.

Las condiciones geográficas del Principado catalan y el instinto político del pueblo de las montañas, atrajeron hácia este pais la mayor parte de aquellos corazones de fuego, que reunidos bajo una bandera, adquirieron en boca de sus adversarios la denominacion de *cabecillas*.

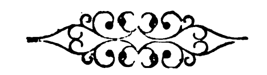
Entre los mas conocidos se contaban Costa, Mosen Anton, Miralles, Romagosa, Bessieres y el Trapense; algunos de estos habian sido militares en la anterior guerra; otros eran clérigos regulares, pero todos tenian un entusiasmo poderoso, un gran conocimiento práctico de los sitios que servian de teatro á sus hechos de armas, un valor personal á prueba de los mayores peligros y una movilidad inesplicable. Algunos no estaban exentos de la nota de crueles, y el terror que inspiraba su nombre, les allanaba el camino para las mas audaces empresas. Como prueba de su obstinada intrepidez se refiere, que habiendo penetrado el Trapense en Cervera, y acudido despues á recobrarla el general constitucional Bellido con superiores fuerzas, tuvo este general que prender fuego á la poblacion por cuatro partes para que la desalojara su enemigo. Mas adelante aquel mismo jefe realista penetró en la Seo de Urgel, plaza bien fortificada y de mucha importancia estratégica, hecho que por lo inesperado produjo en los constitucionales tanta indignacion como asombro.

Tambien en el territorio vasco-navarro se presentaron algunas partidas, acaudillando las mas considerables D. Genaro Quesada y D. Santos Ladron, oficiales ambos de no escaso mérito militar, y sobresaliendo ambos por la entereza de su carácter. Pero estas ligeras convulsiones eran impotentes para trastornar el gobierno, y fué preciso que las tropas estranjeras viniesen á restituir á Fernando VII en la plenitud de sus derechos monárquicos.

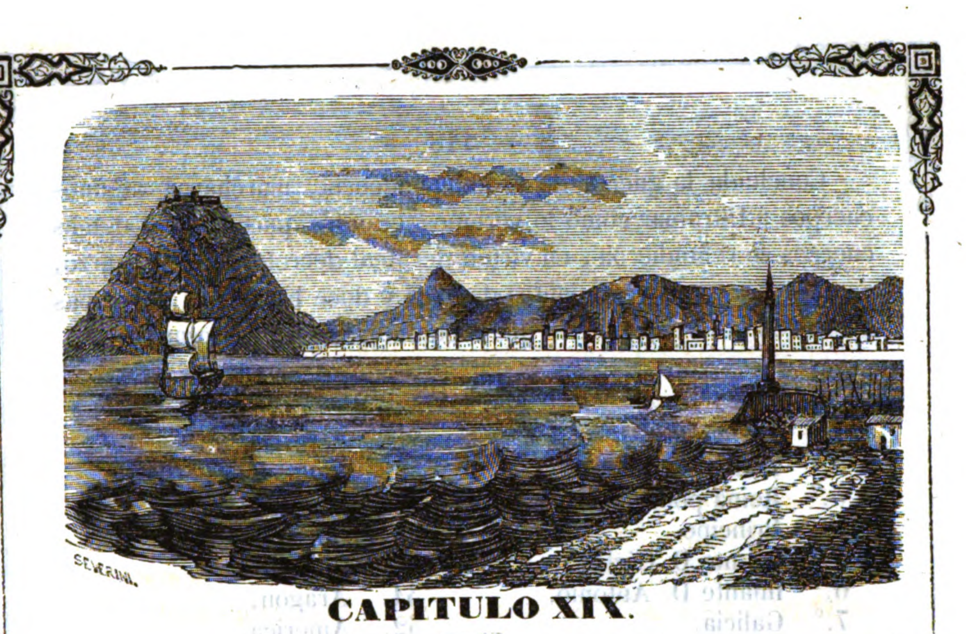
Cien mil franceses pasaron á la vez (7 de abril de 1823) la raya

española, divididos en cinco cuerpos que regian respectivamente Oudinot, Molitor, el príncipe de Hohenloe, Bourdesolle y Moncey, eran los emisarios armados del congreso de Verona donde se habia acordado restablecer en nuestro pais la monarquía tradicional, tal como habia existido desde Felipe II hasta Fernando VII. Mandaba este ejército el duque de Angulema, príncipe jóven, educado durante mucho tiempo en la escuela de la desgracia, y que reunia á las mas bellas prendas morales, un instinto militar y un tacto político, bien plausibles.

Temieron los franceses en un principio hallar fuertes obstáculos en su marcha recordando los sucesos de 1808, pero las circunstancias habian cambiado completamente; á un estado compacto, homogéneo, y electrizado por un solo sentimiento, habia sucedido otro, dividido y atormentado por la discordia, y débil á fuerza de choques y repercusiones; no se trataba ahora de conservar el ser de nacion, hecho que conmoviera á todo el que sentia circular por sus venas sangre española, sino de alterar una forma de gobierno que tenia en la gran masa del pueblo, menos amigos que enemigos. El gobierno constitucional, prevenido de tiempos atrás para esta lucha, dictó algunas disposiciones; acaso eran las únicas posibles en aquellas circunstancias, pero eran muy poco eficaces. El general Ballesteros á la cabeza de diez y ocho ó veinte mil hombres, debia cubrir la línea del Ebro; las tropas destinadas á proteger las Castillas se pusieron bajo las órdenes del conde del Abisbal, las provincias andaluzas quedaron al cuidado de Villacampa; Mina continuó mandando en Cataluña y Morillo pasó á Galicia. Todos estos generales habian obtenido grandes lauros en la pasada contienda, y tenian partes y dotes muy aventajados; pero secundado el ejército francés por una parte considerable del pais, le fué fácil destruir el nuevo órden de cosas, y devolver á la monarquía á la plenitud de sus derechos.





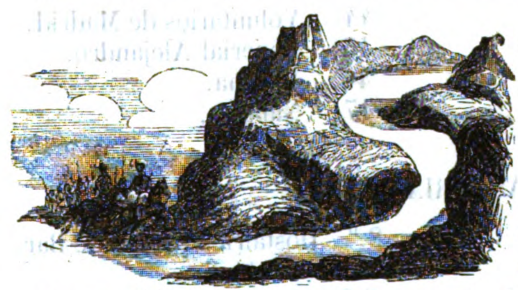


CAPITULO XIX.

Organizacion (1).

1814.--1833.

SE REORGANIZA LA INFANTERIA SOBRE LA BASE DE LOS ANTIGUOS CUERPOS. —UNIFORME.—NUEVAS REFORMAS.—REDUCCION DE LA INFANTERIA.—MILICIAS PROVINCIALES.—REGLAMENTO DE 1818.—USO DEL BASTON.—AUMENTO DE SUELDO Á LOS SUBALTERNOS.—LA INFANTERIA SUFRE NUEVAS MODIFICACIONES.—REGLAMENTO DE 1821.—SE REEMPLAZAN LAS BANDERAS CON UNA NUEVA INSIGNIA.—CREACION DE ESCUELAS EN LOS CUERPOS.—ORGANIZACION DE LA INFANTERIA POR BATALLONES SUELTOS. —CUERPOS REALISTAS.—SE RECONSTITUYE CON ELLOS LA INFANTERIA. —REGLAMENTO DE 1828.—ANTIGUEDAD DE LOS CUERPOS.—DISPOSICIONES SOBRE EL VESTUARIO Y MASITA.—REGLAMENTO DE 1832.



SIGUIENDO fielmente el órden cronológico, vamos á terminar el cuadro de las variaciones de nuestra infantería en su organizacion, durante el reinado de Fernando VII.

(1) Véanse los capítulos XIV del tomo 2.°, pág. 359; XXV de id., pag. 515; VI del tomo 3.°, pág. 135; X de id., pág. 321; XIV de id., pág. 425; XX del tomo 4.°, página 154, XXIII de id., pág. 268; XXVI de id., pág. 392; XXVIII de id., pág. 460; XXIX del tomo 5.°, pág. 5; II del libro 3.°, tomo 5.°, pág. 114; IV de id., pág. 204; VI de id., pág. 266; X de id., tomo 6.°, pág. 141; XV de id., tomo 6.°, pág. 254.

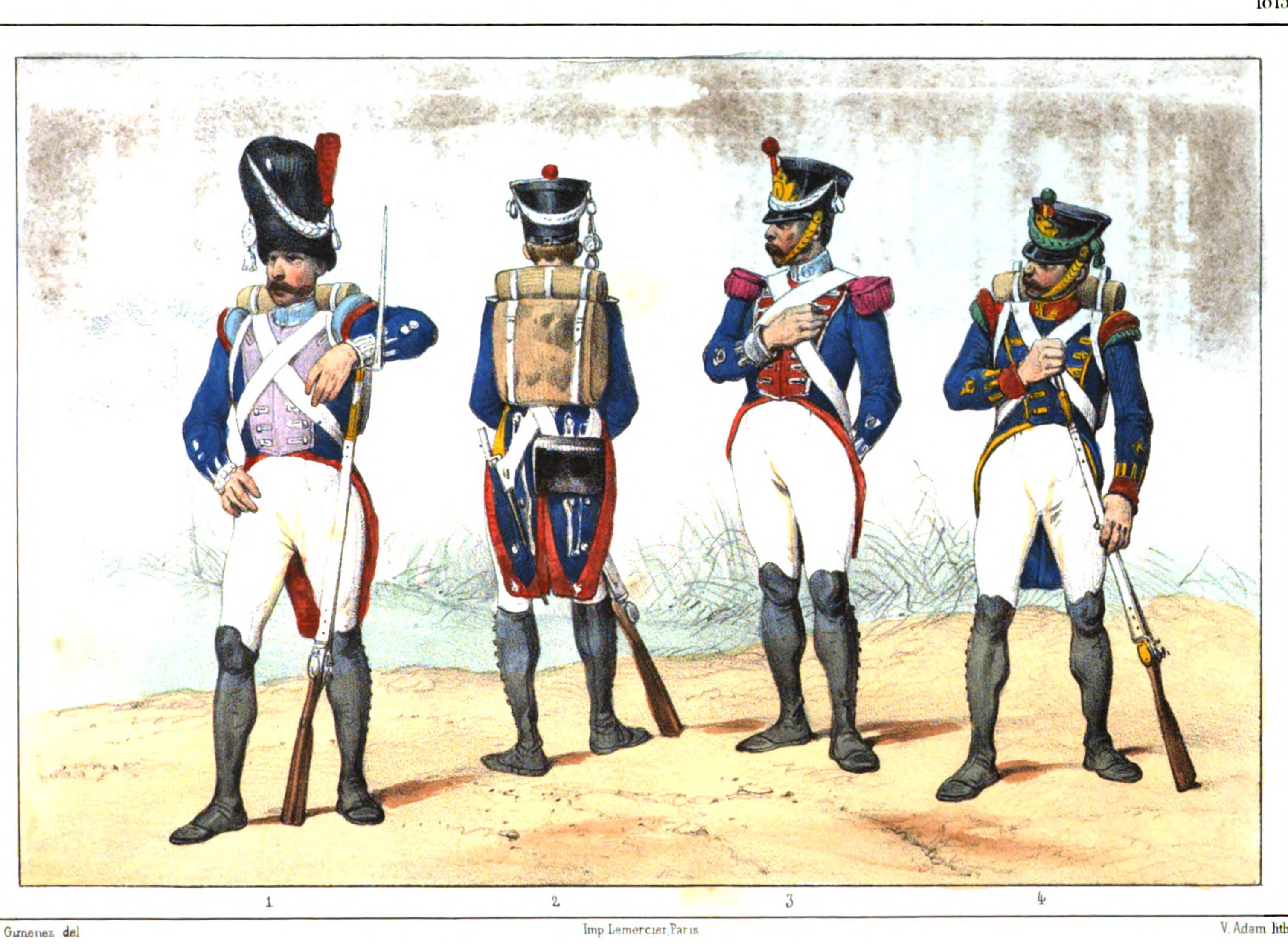
Concluida la guerra de la Independencia, marcharon algunos cuerpos á Ultramar como lo veremos en otra parte; y los demas cuerpos se refundieron, en virtud del Real decreto de 2 de marzo, en cuarenta y seis regimientos de línea y doce batallones de tropas ligeras en la forma y órden que á continuacion se espresan:

INFANTERIA DE LINEA.

1.° Fernando VII.
2.° Inmemorial del Rey.
3.° Reina por Saboya.
4.° Príncipe.
5.° Infante D. Cárlos.
6.° Infante D. Antonio.
7.° Galicia.
8.° Corona.
9.° Africa.
10. Zamora.
11. Soria.
12. Córdoba.
13. Guadalajara.
14. Sevilla.
15. Granada.
16. Valencia.
17. Zaragoza.
18. España.
19. Toledo.
20. Mallorca.
21. Burgos.
22. Murcia.
23. Leon.
24. Irlanda.
25. Cantabria.
26. Asturias.
27. Ceuta, cuerpo fijo.
28. Navarra.
29. Hibernia.
30. Ultonia.
31. Aragon.
32. América.
33. Princesa.
34. Estremadura.
35. Málaga.
36. Jaen.
37. Ordenes militares.
38. Voluntarios de Castilla.
39. Vitoria, por voluntarios de Estado.
40. San Marcial por voluntarios de la Corona.
41. Borbon.
42. Valencey.
43. Bailen.
44. Voluntarios de Madrid.
45. Imperial Alejandro.
46. Lorena.
47. Nápoles.

INFANTERIA LIGERA.

1.° 1.° de Aragon.
2.° 1.° de Cataluña.
3.° 2.° de Cataluña.
4.° Tarragona.
5.° Gerona.
6.° 1.° de Barcelona.
7.° 2.° de Aragon.
8.° Hostalrich por 2.° de Barcelona.
9.° Cazadores de Barbastro.
10. Voluntarios de Valencia.
11. Albuhera, por Campomayor.
12. Voluntarios de Navarra.



Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris. V. Adam lith.

rza que

ería, es

n fusile-
·.

ıales en
ıs, otra
an, dos
gundos,
s), ocho
os.
:cion del
mero en

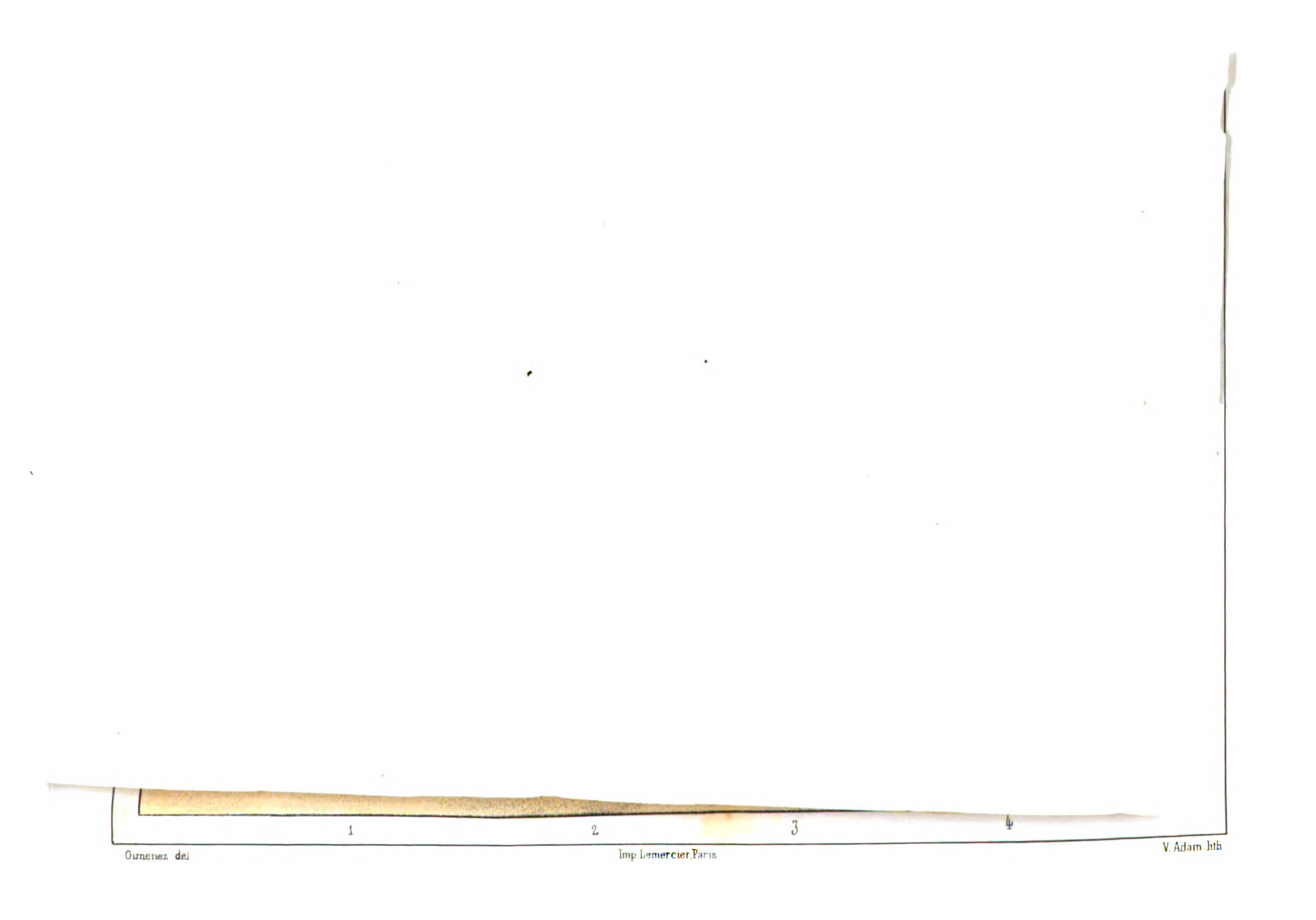
nel y te-
rado se-
e de ca-
segundo
e subte-
ın cabo,

. batallon
de igual
ɔs corne-

ı coman-
ınte, que
mer ayu-
'e tenien-
cirujano,

uos regi-
los cuer-
el órden





Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris. V. Adam lith.



Quedó ademas en pié el batallon de Canarias con la fuerza que por reglamento tenia en 1808.

El uniforme que poco despues (1815) se dió á la infantería, es el mismo que se vé en la adjunta lámina.

El número 1 representa un granadero.—El número 2 un fusilero.—El número 3 un sargento.—Y el número 4 un cazador.

Cada regimiento de línea constaba de tres batallones iguales en su pié y fuerza; el batallon de una compañía de granaderos, otra de cazadores y seis de fusileros; y la compañía de un capitan, dos tenientes, dos subtenientes, un sargento primero, cuatro segundos, dos tambores (que en las de cazadores habian de ser cornetas), ocho cabos primeros, cuatro segundos y cuarenta y ocho soldados.

En cada compañía se destinaba un cabo primero, á eleccion del capitan y con el título de *furriel*, á ayudar al sargento primero en la distribucion del prest y formacion de las cuentas.

La plana mayor del regimiento se componia del coronel y teniente coronel; y la del batallon de un comandante, declarado segundo teniente coronel vivo, un primer ayudante de la clase de capitan, encargado de la oficina y detall del batallon; un segundo ayudante de la clase de teniente, un abanderado de la de subteniente, un capellan, un cirujano, un maestro armero, un cabo, seis gastadores y dos pífanos.

En la infantería ligera el número de compañías de cada batallon era el mismo que en la de línea, y la compañía constaba de igual número de oficiales, sargentos y cabos, con un tambor, dos cornetas y ciento once soldados.

La plana mayor de un batallon ligero, la constituian un comandante, que era teniente coronel vivo, un segundo comandante, que seguia la escala de los comandantes de batallon, un primer ayudante, de la clase de capitan, un segundo ayudante de la de teniente, un abanderado, de la de subteniente, un capellan, un cirujano, un maestro armero y un tambor mayor.

Verificóse esta organizacion sobre la base de los antiguos regimientos, completando la fuerza de los batallones 2.° y 3.° los cuerpos modernos y los provinciales declarados de línea, en el órden que sigue.



INFANTERIA DE LINEA.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
1.° de Guadix.	1.°	Rey.	D. Felipe Berenguer.	Casaca azul turquí; solapa morada; vueltas, cuello y hombreras celeste, forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
San Fernando, general del primer ejército.	2.°	Fernando VII. . . .	D. Manuel Fernandez Villamil.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta morada; cuello, hombreras y vivos anteados; forro encarnado; botones y ojales de la solapa dorados; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Cazadores de Valencia-Voluntarios de Guadalajara. . . . . Chinchilla.	3.°	Reina (restaurado). .	D. Francisco Moreda.	Casaca azul turquí; solapa morada, vuelta, cuello, hombreras y forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Alcázar de San Juan. . 3.° Voluntarios de Navarra.	4.°	Príncipe.	D. Francisco de Hano.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta morada; cuello y hombreras celeste; forro encarnado, vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
5.° de Granaderos. . . Cuenca. . . . . Mataró.	5.°	Infante D. Cárlos. . .	D. Vicente Amat.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta morada; cuello hombreras y forro encarnado; vivo anteado; boton y ojales de la solapa dorados; chaleco y calzon blanco; botin negro de paño largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Voluntarios de Leon.. . Voluntarios de Asturias. General del 4.° ejército.	6.°	Infante D. Antonio..	D. Manuel María Trevijano. .	Casaca azul turquí; solapa morada; vuelta cuello y hombreras carmesí, forro encarnado; vivo ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
2.° de Sevilla	7.°	Galicia	D. Juan Rengel	Casaca azul turquí; solapa y vuelta morada; cuello y hombreras carmesí; forro encarnado, vivo anteado; boton y ojales de la solapa dorados; chaleco y calzon blancos; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
	8.°	Corona	D. Pio Falces	Casaca azul turquí, solapa morada, vuelta, cuello y hombreras amarillo; forro encarnado, vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Almansa 2.° Voluntarios de Navarra	9.°	Africa	D. Tomás Retortillo	Casaca azul turquí; solapa, vuelta y forro encarnado; cuello y hombreras celeste; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° de Guadix Carmona	10	Zamora	D. José María Bonicelli	Casaca azul turquí; solapa, cuello, vueltas, hombreras y forro encarnado; vivo anteado; ojales de la solapa, y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° de Badajoz Pontevedra	11	Soria	D. Isidoro Uriarte	Casaca azul turquí; solapa, vuelta y forro encarnado; cuello y hombreras amarillo; ojales de la solapa, vivo y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° de Murcia Voluntarios de Alicante	12	Córdoba	D. Bruno Barreda	Casaca azul turquí; solapa y forro encarnado; vuelta cuello y hombreras azul celeste; vivos anteados; ojales de la solapa y boton dorados; chaleco y calzon blancos; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
1.° de Badajoz Voluntarios de Molina	13	Guadalajara	D. José Ramirez de Carles	Casaca azul turquí; solapa vuelta y forro encarnado; cuello y hombreras verdes; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
2.° de Guipúzcoa.. . .	14	Sevilla.	D. José Antonio Cebollino. . .	Casaca azul turquí; solapa y forro encarnado; cuello, hombreras, vuelta y vivos anteado; boton y ojales de la solapa dorados; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Tuy. . . . . Compostela.. . . . . . Cazadores estranjeros..	15	Granada (restaurado)	D. Domingo Martinez.	Casaca azul turquí; solapa, vuelta y forro encarnado; cuello y hombreras morado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Almería. . . . . Depósito de instruccion	16	Valencia.	D. José Ozaeta..	Casaca azul turquí; solapa y forro encarnado; cuello, hombreras y vueltas verdes; vivo anteado; boton y ojales de la solapa dorados; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° de Búrgos.. . . . . General de la reserva de Andalucía.. . . . 3.° Voluntarios de Navarra..	17	Zaragoza..	D. Manuel del Mazo.	Casaca azul turquí; solapa verde; vuelta, cuello, hombreras y forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
6.° Voluntarios de Navarra..	18	España..	D. Ramon Sanchez Salvador..	Casaca azul turquí; solapa y vuelta verde; cuello, hombreras y forro encarnado; vivo anteado; boton y ojales de la solapa dorados; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Logroño. . . . . Rioja..	19	Toledo..	D. Félix Carrera.	Casaca azul turquí; solapa verde; vuelta, cuello y hombreras azul celeste; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo con medios botines.
2.° de Vizcaya. . . . . Depósito general del 4.° ejército.	20	Mallorca.	D. Antonio García de los Rios.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta verde; cuello y hombreras azul celeste; forro encarnado; vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
Bureba.......... Laredo.......... 3.° Tiradores de Cantabria........	21	Búrgos (restaurado.)	D. Miguel Perez Mozun....	Casaca azul turquí; solapa verde; vuelta, cuello y hombreras amarillo; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa, y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul celeste, y de lienzo blanco con medios botines.
Voluntarios de Jaen.. 5.° Voluntarios de Navarra..........	22	Murcia........	D. Juan María Muñoz.....	Casaca azul turquí; solapa y vuelta verde; cuello, hombreras y vivo anteado; forro encarnado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Lugo........... Oviedo.......... 3.° Vizcaya.......	23	Leon (restaurado)..	D. Gaspar Franco y Andinos..	Casaca azul turquí; solapa verde; cuello, hombreras y vuelta carmesí; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Ronda..........		Irlanda........	D. Julian de Estrada......	Casaca azul turquí; solapa y vuelta verde; cuello y hombreras carmesí; forro encarnado, vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
1.° Tiradores de Cantabria......... 3.° Iberia......... 4.° Iberia........	25	Cantabria (restaurado.).......	D. Diego de Vega.......	Casaca azul turquí; solapa y vuelta celeste; cuello y hombreras carmesí; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
1.° Asturias....... 2.° Asturias....... 2.° Tiradores de Castilla	26	Asturias (restaurado)	D. Pedro Dejoui........	Casaca azul turquí; solapa, vuelta, cuello y hombreras azul celeste; forro encarnado; vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
Veteranos de la Patria..	27	Ceuta.	D. Melchor de Taboada. . . .	Casaca azul turquí; solapa y vuelta celeste; cuello y hombreras amarillo; forro encarnado; vivo, ojales de la casaca y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Monterey. . .. . 1.° Voluntarios de Vizcaya. . . . . 1.° Voluntarios de Navarra..	28	Navarra	D. José Lamas.	Casaca azul turquí; solapa celeste; vueltas, cuello y hombreras carmesí; forro encarnado; vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco, botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° de Guadalajara. . . Reunion de Andalucía	29	Hibernia.	D. Juan Antonio Barutell. . .	Casaca azul turquí; solapa y vuelta celeste, cuello, hombreras y forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Alpujarras. . . . . . . Leales manresanos. . .	30	Ultonia..	D. Felipe Defleurs...	Casaca azul turquí; solapa celeste; cuello, hombreras, vuelta y vivos anteado; forro encarnado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Busa. . . . . Toro. . . . . 9.° Voluntarios de Navarra..	31	Aragon (restaurado).	D. Pedro Gaztelu..	Casaca azul turquí; solapa y vuelta celeste; cuello y hombreras morado; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Cazadores de Mallorca. Depósito de Cardona. .	32	América.	D. Ramon Despujol, conde de Fonollá.	Casaca azul turquí; solapa celeste; vuelta, cuello, hombreras y forro encarnado; vivo anteado, ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
1.° Tiradores de Castilla Voluntarios del Rivero.	33	Princesa.	D. Tulio O-Neill..	Casaca azul turquí, solapa y vuelta anteada; cuello, hombreras y forro encarnado; vivos, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
Mérida......... 2.° Iberia........	54	Estremadura (restaurado).......	D. Francisco de Paula Pavía..	Casaca azul turquí; solapa, vuelta, cuello y hombreras anteado; forro encarnado con vivos opuestos, siendo anteado el del resto de la casaca; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Ciudad-Real......	55	Málaga........	D. Gregorio Piquero.....	Casaca azul turquí; solapa y vuelta anteada; cuello y hombreras celeste; forro encarnado; vivos, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° Jaen........ Depósito de Cádiz...	56	Jaen (restaurado)...	D. Rafael de Hore.......	Casaca azul turquí; solapa anteada; vuelta, cuello, hombreras y forro encarnado, con vivos opuestos, siendo anteado en el resto de la casaca; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Santiago........ Mondoñedo....... Provisional de cansados de Galicia......	57	Ordenes militares..	D. Judas Tadeo Rojo.....	Casaca azul turquí, solapa y vuelta anteada; cuello y hombreras carmesí; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Benavente....... Granaderos de Castilla. 5.° Voluntarios de Guipúzcoa.......	58	Voluntarios de Castilla........	D. Manuel de Navas Campomanes.............	Casaca azul turquí; solapa anteada con vivo encarnado; vuelta, cuello y hombreras azul celeste; en el resto de la casaca vivo anteado; forro encarnado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Plasencia....... 2.° Tiradores de Cantabria........ 4.° Voluntarios de Navarra.........	59	Vitoria (restaurado).	D. Guillermo Chichery....	Casaca azul turquí; solapa anteada: vuelta, cuello y hombreras verdes; forro encarnado, vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
1.° Cántabro. Voluntarios de Soria.	40	S. Marcial, antes Voluntarios de la Corona.	D. Fermin Escalera.	Casaca azul turquí; solapa anteada, con vivo, vuelta, cuello, y hombreras carmesí; forro encarnado; vivo en lo demas de la casaca anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco, calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
1.° Voluntarios de Guipúzcoa.	41	Borbon.	D. Francisco Garbayo.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta carmesí; cuello y hombreras celeste; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Trujillo. 2.° Princesa.	42	Valencey (nuevo).	D. Manuel María Montalvo.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta carmesí; cuello y hombreras morado; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Palma. Voluntarios de Cardona	43	Bailen.	D. Luis Riquelme.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta carmesí; cuello y hombreras amarillo; forro encarnado; vivo, ojales de la solapa y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
2.° Voluntarios de Madrid. Baza. 8.° Voluntarios de Navarra.	44	Voluntarios de Madrid.	D. José Montemayor.	Casaca azul turquí; solapa carmesí; vuelta, cuello y hombreras azul celeste; forro encarnado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Arlanza. Tiradores de Sigüenza.	45	Imperial Alejandro.	D. Alejandro O'Donnell.	Casaca azul turquí; solapa y vuelta carmesí: cuello y hombreras verdes; forro encarnado; vivo, ojales de la sopala y boton blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
Tiradores de Cádiz. . . Barcelona.. . . . . . . Voluntarios de Madrid.	46	Lorena (nuevo).. . .	D. José María Torrijos.	Casaca azul turquí; solapa carmesí; vuelta, cuello, hombreras y vivo anteado; forro encarnado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Cariñena. . . . . 2.° Mallorca. . . . . . Provisional de cansados	47	Nápoles (restaurado)	D. Pedro Soto Valderrama.. .	Casaca azul turquí; solapa vuelta, cuello y hombreras carmesí; forro encarnado; vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
		Canarias.	D. Demetrio O-Daly.	Casaca azul turquí; solapa carmesí; vuelta, cuello y hombreras verdes; forro encarnado; vivo anteado; ojales de la solapa y boton dorado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

INFANTERIA LIGERA.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
Voluntarios de Aragon.	1.°	1.° Voluntarios de Aragon.	D. José Lagarda.	Casaca, solapa y forro azul turquí; vueltas, cuello y hombreras encarnado; vivos anteados, boton dorado; ojales de la solapa, con vivos de paño, tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin largo de paño negro; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Tiradores de Cataluña.	2.°	1.° Voluntarios de Cataluña.	D. Félix Prats.	Casaca, solapa y forro azul turquí; cuello, vueltas y hombreras y vivo anteado; boton dorado; ojales de la solapa con vivo de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí; y de lienzo blanco con medios botines.
2.° Voluntarios de Cataluña.	3.°	2.° Voluntarios de Cataluña..	D. José García Orozco.	Casaca, solapa, cuello y forro azul turquí; vueltas y hombreras anteadas; vivo y boton blanco; ojales de la solapa con vivos de paño tambien blancos; chaleco y calzon blanco; botin largo de paño negro; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
Voluntarios de Tarragona........	4.º	Voluntarios de Tarragona......	D. Juan Rafael Lasala.....	Casaca, solapa, vuelta y forro azul turquí; cuello, hombreras y vivos anteados; boton dorado; ojales de la solapa con vivos de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin largo de paño negro; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Cazadores del Rey...	5.º	Gerona........	D. José de Torres.......	Casaca, solapa y forro azul turquí; cuello, hombreras y vueltas carmesí; vivo anteado y boton dorado; ojales de la casaca con vivos de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin negro largo de paño; pantalon ancho azul turquí; y de lienzo blanco con medios botines.
Voluntarios de Santiago..........	6.º	1.º Voluntarios de Barcelona.....	D. Antonio Bray........	Casaca, solapa y cuello azul turquí; vueltas y hombreras carmesí; vivos y boton blanco; ojales de la solapa con vivos de paño tambien blanco; chaleco y calzon blanco; botines de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Voluntarios de Aragon.	7.º	2.º Voluntarios de Aragon......	D. Simon Ibarra........	Casaca, solapa, cuello y forro azul turquí; vueltas y hombreras encarnado; vivo y boton blanco; ojales de la solapa con vivos de paño tambien blanco; chaleco y calzon blanco; botines de paño negro largos; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Cazadores de Cataluña.	8.º	Hostalrich......	D. José Manso..........	Casaca, solapa, vuelta y forro azul turquí; cuello y hombreras carmesí; vivo anteado y boton dorado; ojales de la casaca con vivos de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Voluntarios Numantinos.........	9.º	Cazadores de Barbastro.......	D. José Ibarra..........	Casaca, solapa, vuelta y forro azul turquí; cuello y hombreras encarnado, vivo en la casaca anteado y boton dorado; ojales de la casaca con vivos de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

CUERPOS ESTINGUIDOS.	NUM.	CUERPOS EN QUE SE REFUNDIERON.	CORONELES.	UNIFORME.
2.° Voluntarios de Valencia.	10	Voluntarios de Valencia.	D. Manuel Reig.	Casaca, solapa, vuelta y forro azul turquí; cuello y hombreras azul celeste; vivo anteado; boton dorado; ojales de la solapa con vivos de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Campo-mayor. : . . .	11	Albuera.	D. Tomás Salvani.	Casaca, solapa, cuello y forro azul turquí; vuelta y hombreras azul celeste; vivos y boton blanco; ojales de la solapa con vivos de paño tambien blanco; chaleco y calzon blanco; botin de paño negro largo; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.
Cazadores de Cuenca. .	12	Voluntarios de Navarra.	D. Manuel Perales.	Casaca, solapa y forro azul turquí; vueltas, hombreras y cuello azul celeste; vivo anteado; boton dorado; ojales de la casaca con vivos de paño tambien anteado; chaleco y calzon blanco; botines largos de paño negro; pantalon ancho azul turquí, y de lienzo blanco con medios botines.

Por Real órden de 12 de mayo, se previno que los regimientos destinados á Ultramar se denominaran *segundos*, por quedar en la Península otros de igual nombre, y en 19 de setiembre se dispuso que de las compañías de inválidos hábiles se formasen ocho batallones de á seis compañías con ciento treinta hombres cada una, destinando dos á Castilla la Nueva, dos á Castilla la Vieja, otros dos á Andalucía, uno á Valencia y otro á Estremadura.

Como se hubiese prevenido en Real resolucion de 16 de octubre de 1814 el restablecimiento de los cuarenta y dos batallones provinciales de las antiguas milicias, tan luego como los que existian y estaban declarados de línea, quedasen refundidos en ella, se llevó á cabo esta disposicion en marzo de 1815, constituyendo dichos batallones cuatro divisiones, y se nombró subinspector de la primera al mariscal de campo D. Fernando Butron, de la segunda al brigadier D. Ignacio Balanzat, de la tercera al brigadier D. Andrés de Mendoza, y de la cuarta al mariscal de campo D. José de Imaz.

Las compañías de preferencia formaron asimismo otras cuatro divisiones al mando de los coroneles D. Francisco Plasencia, primer marqués del Reino, D. Julian Romero y D. Antonio Ortega.

Pocos dias despues de terminada la guerra contra Francia, guerra en que sufrió el pais grandes quebrantos, el gobierno pensó en disminuir las inmensas cargas que pesaban sobre el tesoro. Con este objeto se creó en 1.° de julio de 1814 una junta de generales bajo la presidencia del infante D. Cárlos, para combinar un plan de organizacion militar que estuviese mas en armonía con el estado nada ventajoso del Erario, sin perjuicio de dar desde luego una especial preferencia á los oficiales y demas individuos del ejército en la provision de empleos de todas clases, y de llamarles esclusivamente para una gran parte de ellos en la carrera de Hacienda.

Una de las primeras disposiciones que siguieron á la creacion de esta junta, fué la reduccion de la fuerza de los regimientos de línea á mil doscientas cuatro plazas, y la de los batallones ligeros á mil ochenta y una, resuelta en 11 de enero de 1816; pero no bastaba esto para sacar al Erario de la apurada situacion en que se encontraba; hubo que recurrir á la disminucion de los cuerpos, tomándose este partido por Real decreto de 1.° de marzo de 1818.



Por esta soberana disposicion, quedando bajo el mismo pié la compañía de Alabarderos, la Real Guardia de Infantería debia constar de dos regimientos: *primero y segundo de Reales Guardias de Infantería Española*, cesando la denominacion de Guardias Walonas.

Cada uno de estos regimientos se componia de tres batallones de á ocho compañías, inclusas las de granaderos y cazadores.

La correspondencia de grados entre los oficiales de estos dos regimientos y los demas de infantería era la siguiente:

Capitan de Guardias.	—	Coronel vivo de infantería.
Primer teniente.	—	Teniente coronel de idem.
Segundo idem.	—	Capitan de idem.
Alferez.	—	Teniente de idem.

La infantería de línea quedó reducida á treinta y siete regimientos, siendo la fuerza de cada uno de ellos la que á continuacion se espresa:

	FUERZA DE UNA COMPAÑIA.		IDEM DE UN BATALLON.			IDEM DE UN REGIMIENTO.		
	Oficiales.	Tropa.	Jefes.	Oficiales.	Tropa.	Jefes.	Oficiales.	Tropa.
Coronel.	»	»	»	»	»	1	»	»
Teniente coronel. . . .	»	»	»	»	»	1	»	»
Comandantes.	»	»	1	»	»	2	»	»
Ayudantes primeros. . .	»	»	»	1	»	»	2	»
Id. segundo abanderado.	»	»	»	1	»	»	2	»
Capellanes.	»	»	»	1	»	»	2	»
Cirujanos.	»	»	»	1	»	»	2	»
Maestros armeros. . . .	»	»	»	1	»	»	2	»
Capitanes.	1	»	»	8	»	»	16	»
Tenientes.	1	»	»	8	»	»	16	»
Subtenientes.	1	»	»	8	»	»	16	»
Sargentos primeros. . .	»	1	»	»	8	»	»	16
Id. segundos.	»	3	»	»	24	»	»	48
Tambor mayor.	»	»	»	»	»	»	»	1
Tambores y cornetas. .	»	2	»	»	16	»	»	32
Cabos primeros.	»	4	»	»	32	»	»	64
Id. Segundos.	»	4	»	»	32	»	»	64
Soldados.	»	56	»	»	448	»	»	896
TOTAL.	3	70	1	29	560	4	59	1121

En tiempo de guerra debia aumentarse en cada compañía un teniente, un subteniente, un sargento segundo, un tambor ó corneta, cuatro cabos primeros, cuatro segundos y sesenta soldados.

La plana mayor de cada regimiento, la formaban un coronel, un teniente coronel mayor, dos comandantes, dos ayudantes primeros, dos segundos abanderados, dos capellanes, dos cirujanos, dos maestros armeros y un tambor mayor.

La de cada batallon estaba compuesta de un comandante, un ayudante primero, uno segundo abanderado, un capellan, un cirujano y un maestro armero.

Los batallones de infantería ligera quedaron en diez, y su fuerza era igual á la que queda detallada para los de línea, recibiendo en tiempo de guerra el mismo aumento que estos.

La plana mayor se componia de un comandante, que era teniente coronel vivo, de un segundo comandante, un ayudante primero de la clase de teniente, un segundo abanderado, un capellan, un cirujano, un maestro armero y un tambor mayor.

Los comandantes de los batallones ligeros, eran coroneles vivos de infantería, y gozaban del haber de tales á los ocho años de servicio en sus empleos de comandantes efectivos.

El regimiento fijo de Ceuta fué conservado bajo el mismo pié de organizacion que se le habia dado anteriormente.

Para llevar á cabo esta reforma se dispuso que se estinguiesen los cuerpos de denominacion estranjera, esceptuándose los de Valencey é Imperial Alejandro, y atendiendo en los demas, á la antigüedad de su creacion, en igualdad de circunstancias; lo cual dió por resultado la supresion de los regimientos de Irlanda, Hibernia, Voluntarios de Madrid, Últonia, Lorena, Nápoles, Bailen, Borbon y San Marcial en la infantería de línea; y en la ligera, la de Albuera y Voluntarios de Navarra, refundiéndose en varios cuerpos la fuerza de unos y de otros.

Las milicias provinciales fijaron tambien la atencion del gobierno en la época á que nos referimos; se dispuso en el Real decreto que nos ocupa que se organizasen en cuarenta y tres regimientos, bajo el pié en que estaban antes del año de 1802.

Se establecieron en todas las provincias de la Península, com-



pañías sueltas para auxiliar á las justicias, perseguir malhechores y contrabandistas, dar escoltas, mantener la tranquilidad interior de los pueblos, y la seguridad de los caminos.

Se duplicó el número de ayudantes en todas las plazas en que los habia, sirviendo este aumento para colocar á los oficiales reformados, los cuales tenian rigorosa opcion á los empleos de ayudantes de número; hasta que se estinguiesen los de supernumerarios.

En las compañías sueltas habian de colocarse únicamente los oficiales reformados, cuidando de que la eleccion recayese siempre que fuere posible, en los naturales de la provincia á que hubiese de ser destinada la compañía.

Eran colocados en los regimientos de milicias provinciales, los oficiales reformados que aspirasen á ello, siendo naturales de la provincia en que hubiesen de servir.

El oficial reformado que á la fecha del citado decreto tenia veinte y cinco años cumplidos de servicio, gozaba de todo el haber de su sueldo de vivo.

El que tuviera mas de veinte y cinco años de servicio, de las dos terceras partes; y solo disfrutaban de la mitad del haber de vivos, los que tuviesen menos de veinte y cinco años de servicio.

Los que resultaron sobrantes, fueron destinados á los cuerpos en clase de agregados con el goce de todos sus haberes.

Despues de terminada la guerra contra Francia, se habia hecho un sorteo general entre los regimientos de infantería de línea y los batallones ligeros, para determinar el órden que debiera seguirse al enviar fuerzas á Ultramar; mas habiéndose hecho posteriormente algunas reformas en el arma de infantería, cesó de regir para gran parte de aquellos la escala fijada por la suerte, y deseando el gobierno de S. M. que en el nombramiento de los que hubiesen de pasar á las posesiones ultramarinas, se guardase el órden mas arreglado á justicia, decretó en 21 de setiembre de 1818, que en lo sucesivo se observase puntualmente el órden numérico establecido al efecto, y que al regresar á la Península, se incorporasen en los cuerpos que se les habian designado, prescribiéndose al propio

tiempo que aquellos cuya denominacion no correspondiese á la de los regimientos y batallones que se les habian designado para su incorporacion, tomasen desde luego el nombre de estos, con su antigüedad y su uniforme.

El reglamento de 12 de mayo de 1815 dió á los cuerpos espedicionarios la denominacion de *segundos regimientos*, para distinguirlos de los del mismo nombre residentes en la Península. Mas esta calificacion no podia ser bien recibida en general de los cuerpos del arma. Los jefes de los regimientos de Navarra y de Granada, á poco tiempo de haber sido nombrados para ir á América, conceptuando desairados los cuerpos de su mando con la consideracion y nombre de *segundos regimientos* que les daba su nuevo destino, acudieron al gobierno con sentidas, si bien respetuosas reclamaciones, y el gobierno no dejó de comprender la justicia de sus quejas. Así es que en el reglamento de 1818 reemplazó la calificacion de *segundos* con la de *espedicionarios*, *para evitar en adelante*, dice el Real decreto, *igual motivo de reclamacion*, pero exigiendo en lo demas que para la salida de los cuerpos á Ultramar y su incorporacion á su regreso se observase el órden siguiente:

Nombres de los cuerpos que se señalaron estables ó permanentes en la Península, de los cuales habian de salir las partes que se destinaran à Ultramar, y en que habian de incorporarse cuando regresasen à la Península.	Nombres de los cuerpos que estan en Ultramar ó prontos para embarcarse el todo ó parte de ellos, los que debian incorporarse en los que se espresan al margen cuando regresasen à la Península.	Vireinatos ó capitanías generales en que se hallaban en América, ó destinados para ir à ella.	Número que detalla la escala de embarco.
REGIMIENTOS DE LINEA.			
Murcia	1.º Americano	Nueva España	1
Mallorca	3.º de Asturias	Nueva España	2
Infante D. Cárlos	Lovera	Nueva España	3
Voluntarios de Castilla	Castilla	Nueva España	4
Zamora	Zamora	Nueva España	5
Fernando VII	Fernando VII	Nueva España	6
Reina	Saboya	Nueva España	7
Estremadura	Estremadura	Nueva España	8
Infante D. Antonio	Lorca	Estinguido	9
Jaen	2.º Americano	Estinguido	10
Vitoria	Talavera	Perú	11
Valencey	Union	Venezuela	12
Imperial Alejandro	Estremadura, antes Legion Estremeña	Perú	13

Leon.	**Leon.**	Nuevo Reino de Granada.	14
Zaragoza.	Zaragoza.	Nueva España.	15
Cantabria.	Cantabria.	Perú.	16
Navarra.	Navarra.	Venezuela.	17
Ordenes militares.	Ordenes militares.	Nueva España.	18
Burgos.	**Burgos.**	Perú.	19
Aragon.	**Aragon.**	Destinado al ejército espedicionario del mando del general **Conde del Abisbal.**	20
Granada.	Granada.	Puerto Rico.	21
Asturias.		Destinado su 2.° batallon al ejército espedicionario del mando del general Conde del **Abisbal.**	22
Rey.		Destinado su 2.° batallon al ejército espedicionario del mando del general Conde del Abisbal.	23
Soria.		Idem.	24
Princesa.		Idem.	25
Guadalajara.		Idem.	26
América.		Idem.	27
Sevilla.		Idem.	28
Málaga.		Idem.	29
Príncipe.		Idem.	30
Valencia.		Idem.	31
Córdoba.			32
Toledo.			33
España.			34
Corona.			35
Africa.			36
Galicia.			37

BATALLONES LIGEROS.

Tarragona.	**Tarragona.**	Isla de Cuba.	1
Voluntarios de Valencia.	**Albuera.**	Nuevo reino de Granada.	2
1.° Voluntarios de Aragon.	**Voluntarios de Vitoria**	**Venezuela.**	3
Hostalrich.	**Cazadores de Castilla.**	Venezuela.	4
Barbastro.	Barbastro.	Venezuela.	5
Barcelona.	Voluntarios de Navarra.	Nueva España.	6
Gerona.	Gerona.	Perú.	7
1.° de Cataluña.	1.° de Cataluña.	Panamá.	8

2.º de Cataluña. . . .	2.º de Cataluña. . .	Destinado al ejército espedicionario del mando del general Conde del Abisbal.	9
2.º Voluntarios de Aragon.	. . . .	. . . .	10

En el propio año y con fecha 8 de marzo, el gobierno puso término á contestaciones que ocasionaban á cada momento el uso del baston entre los jefes efectivos y agregados, prescribiendo que esta insignia, que es la representacion especial del mando, la usasen esclusivamente los coroneles en propiedad con ejercicio, y los tenientes coroneles y comandantes que se hallasen en igual caso, siempre que no tuviesen mayor grado que el de su respectivo empleo.

Poco tiempo despues (18 de agosto de 1820), el principio de uniformidad, que no pudo menos de sufrir grandes quebrantos en la guerra de la independencia, y que en los años trascurridos desde entonces no habia alcanzado aun todo el imperio que debe ejercer en un ejército bien organizado, fué objeto de varias disposiciones. Mandóse que los jefes y oficiales de todas armas, sin distincion alguna, usasen el mismo traje que el soldado, á escepcion de la casaca, que debia continuar siendo larga, y se encargó á los directores é inspectores que propusieran á S. M. un chacó ó morrion para la oficialidad de su arma, de la misma forma y materia que el del soldado, si bien mas fino.

Los sacrificios que se impusieron al ejército en obsequio de los buenos principios, exigian alguna compensacion; de lo contrario, las diferentes clases que lo componen, especialmente de oficiales, habian de sufrir contínuas privaciones para manifestarse en sus respectivos empleos con el decoro que estos requerian.

Esta circunstancia, unida á la idea de hacer mas aceptables al ejército las nuevas formas políticas, dió lugar á un aumento de sueldo para todos los cuerpos é institutos desde la clase de soldado hasta la de teniente inclusive (1). Este aumento consistia en ciento veinte reales mensuales para el teniente y ayudante subalterno; ciento para el subteniente, cuarenta para el sargento primero, diez y ocho para el sargento segundo, ocho para el cabo primero, cinco para

(1) Real decreto de 14 de setiembre de 1820.

el segundo y tres y diez y ocho maravedís para el soldado, tambor, pífano, corneta y trompeta.

Para que esta disposicion no gravase por lo pronto el Erario, se autorizó por el mismo Real decreto la concesion de licencia temporal indefinida con medio sueldo á todo oficial efectivo, agregado ó supernumerario, que la solicitase desde coronel á subteniente inclusive.

Los oficiales que disfrutasen estas licencias, cobraban mensualmente sus haberes por las cajas de sus cuerpos, ó por las tesorerías de ejércitos en las provincias en que fijaban su residencia.

Si el número de licencias pedidas era mayor que el de los oficiales sobrantes de cada clase en las respectivas armas, solo disfrutaban esta gracia los primeros que la hubiesen solicitado hasta que su número fuese igual al de los sobrantes, debiendo quedar siempre presente en cada cuerpo la dotacion completa de oficiales prescrita por los reglamentos.

Concluido el término prefijado para solicitar estas licencias, se reemplazaron en propiedad las vacantes con los oficiales existentes en los cuerpos, y se formó despues una escala general de todos los oficiales sobrantes de cada arma, comprensiva de los que permaneciesen en los cuerpos, y de los que estaban con licencia indefinida, para reemplazar por ella las vacantes que ocurriesen; de manera que los que estaban fuera de las filas no sufrian perjuicio alguno ni para ser reemplazados, ni para ser ascendidos cuando les correspondia.

Estas disposiciones no eran bastantes á mejorar la situacion del Tesoro ni á satisfacer las exigencias de la opinion formulada por la prensa. El público queria grandes economías, y entonces, como en otras épocas parecidas, todas las economías debian hacerse en el ejército. Cediendo al imperio de las circunstancias, Fernando VII, hubo de sancionar otro decreto en 12 de noviembre, estableciendo una nueva plantilla para la organizacion y fuerza del ejército, y por ella recibió la infantería las siguientes modificaciones :

La Real compañía de Alabarderos se compuso de ciento cincuenta y tres hombres.

La Guardia Real de infantería de dos regimientos de á tres batallones, con cuatro mil doscientos.

La infantería de línea de treinta y siete regimientos de á dos batallones, con treinta y siete mil.

La infantería ligera de catorce batallones, con siete mil.

Total de la infantería, cuarenta y ocho mil trescientos cincuenta y tres hombres.

En caso de guerra, el número de cuerpos habia de ser siempre el mismo, pero se aumentaba considerablemente el de sus plazas, elevándose la fuerza respectiva de los tres institutos anteriores, á los guarismos siguientes: Guardia Real, seis mil.—Infantería de línea, sesenta y cuatro mil.—Ligera, catorce mil.

Se dispuso el licenciamiento de todos los cumplidos, inclusos los cabos y sargentos que lo solicitasen, aunque hubiesen perdido su tiempo, y que no se verificara su reemplazo por medio del sorteo en el citado año, si circunstancias estraordinarias no obligaban á las córtes á decretar otra cosa.

Se autorizó al gobierno para que en caso de una absoluta imposibilidad de cubrir las atenciones indispensables del servicio militar con la fuerza á que quedaba reducido el ejército permanente, dispusiera de los cuerpos de milicias provinciales que se necesitaran hasta el número de doce mil hombres, cuidando de que esta carga se repartiese con la posible igualdad entre todas las provincias.

Se estinguieron los tres regimientos de suizos que entonces existian al servicio de España, dando opcion á los individuos que los constituian á ingresar en los cuerpos nacionales con sus respectivos empleos, con tal que pidiesen carta de naturaleza.

Mas pocos meses despues (28 de junio de 1821) se creó otro cuerpo que simbolizaba la nueva era política que acaba de abrirse: este fué *el regimiento infantería de la Constitucion*, y el 25 de julio se publicó un nuevo reglamento que prescribia:

Que el número de regimientos de infantería fuese de treinta y siete, y de catorce el de los de infantería ligera, conservando todos sus nombres y numeracion.

Que cada regimiento de infantería de línea constara de dos batallones, y de uno cada regimiento ligero.

Que los cuerpos que regresasen de Ultramar, formaran terceros



batallones en los regimientos de la Península, si no podian refundirse en los dos batallones existentes.

Que la plana mayor de cada regimiento de línea se compusiera del coronel, teniente coronel y tambor mayor.

Que la de cada batallon de los regimientos de línea, constara de un comandante segundo, teniente coronel efectivo de ejército, un primer ayudante capitan, un segundo ayudante teniente, un abanderado subteniente, un capellan, un cirujano, un maestro armero y dos pífanos, aumentándose en el segundo batallon un cabo de cornetas, que cuando los batallones estuviesen unidos habia de ser segundo jefe de banda.

Que cada batallon de los regimientos de línea tuviese una compañía de granaderos, otra de cazadores y seis sencillas, y cada compañía un capitan, un teniente, un subteniente, un sargento primero y tres segundos, un cabo furriel de la clase de primeros, seis cabos primeros, seis segundos, dos tambores en la de granaderos y fusileros, y dos cornetas en la de cazadores.

Que la plana mayor de cada regimiento de infantería ligera, constara de un comandante, teniente coronel efectivo, que era su primer jefe; un segundo comandante de la clase de segundos tenientes coroneles, encargado del detall; un ayudante teniente; un abanderado, subteniente; un capellan, un cirujano, un maestro armero, un corneta mayor, con igual consideracion y funciones que el tambor mayor de los regimientos de línea, y un corneta de órden.

Que cada regimiento y batallon de infantería ligera tuviera una compañía de carabineros y otra de tiradores, si el gobierno las juzgase útiles, y seis de cazadores; y cada compañía un capitan, un teniente, un subteniente, un sargento primero, tres segundos, un cabo furriel, seis cabos primeros, seis segundos y dos cornetas.

Que en tiempo de guerra se aumentara en cada compañía de infantería de línea y ligera, un teniente, un sargento segundo, dos cabos primeros y dos segundos.

Que en campaña se formara para cada batallon de línea y ligero, si el gobierno lo juzgaba útil, una compañía provisional con el cuadro correspondiente al pié de guerra, para que en el parage



que el general en jefe señalara, sirviese de depósito de instruccion de los reemplazos, recogiese los inutilizados, custodiase los papeles y atendiese á otros objetos de esta naturaleza.

Que la fuerza de mil hombres fuese el máximum de los batallones en tiempo de guerra, arreglándose en el de paz con igualdad y en proporcion al reemplazo qne se decretara anualmente.

Que en cuanto al método de licencias, establecimiento fijo de los regimientos en los distritos y autoridad de los capitanes generales, se estuviese á lo dispuesto en el decreto constitutivo del ejército.

Que los oficiales que por el arreglo del ejército resultasen escedentes desde la clase de capitan á la de subteniente, ambas inclusive, se llamasen *supernumerarios* y se distribuyesen con igualdad en los cuerpos y en las compañías.

Que los oficiales supernumerarios percibiesen sus haberes cuando y como los efectivos, y bajo un mismo presupuesto, haciendo el servicio de armas despues de los oficiales efectivos de la misma.

Que para el mando de las compañías y para su interior manejo y servicio, alternaran con los efectivos dentro de sus respectivas clases, no debiendo recaer en teniente cuando hubiese capitan supernumerario, y así sucesivamente.

Que los jefes que, verificada la organizacion, resultasen escedentes, fuesen destinados á las provincias, donde percibirian sus haberes y permanecerian hasta que fuesen colocados.

En virtud del mencionado reglamento, la infantería ligera la constituyeron los cuerpos que á continuacion se espresan:

1.° Voluntarios de Aragon.	Hostalrich.
1.° de Cataluña.	Barbastro.
2.° de Cataluña.	Voluntarios de Valencia.
Tarragona.	Constitucion.
Gerona.	Canarias.
Barcelona.	Bailen.
2.° Voluntarios de Aragon.	San Marcial.

Se hicieron tambien considerables modificaciones en los ramos accesorios del arma. Por Real órden de 20 de setiembre del es-

presado año, se prescribieron detalladamente las prendas de que habia de constar el vestuario del soldado de infantería y la forma que estas habian de tener. La casaca era azul turquí y sin solapa, con cuello vuelto y vivo carmesí, forro encarnado, boton dorado algo convexo, y en él el número del regimiento, suprimiéndose la cartera doble walona por inútil y costosa. En los hombros unas dragonas del color de la divisa para sujetar con ellas las fornituras; el número del regimiento en ambos lados del cuello de la casaca; pantalon ancho de color gris oscuro para invierno, medio botin de paño negro con dos ojales para sujetarlo á dos botones que les correspondian en ambos lados del zapato. Se suprimieron las gorras de pelo, estableciéndose para distintivo una granada en el escudo del chacó, con cordones encarnados; y llevándose en vez de pompon, un plumero.

El capote, que debia ir plegado sobre la mochila, era de color gris con cuello carmesí y esclavina.

Tenia ademas el soldado una chaqueta de cuartel de paño azul turquí como la casaca, con solo el cuello carmesí y vivos en los cantos y vueltas; una chaqueta de bayeta interior sin mangas; un gorro de cuartel sin armazon alguna, azul turquí con visera de cuero, una borla en medio de color carmesí, franja del mismo color y vivos idem desde la franja hasta la borla. Un pantalon de lienzo blanco con botin de lo mismo. Corbatin de suela, tres camisas, dos pares de zapatos, tirantes, cepillo y peines.

Los sargentos, en lugar de la chaqueta de cuartel, llevaban una levita de paño gris oscuro con el cuello y vivos carmesí, cuya prenda era general en esta clase para toda la infantería.

Dábase tambien al soldado un morral de lienzo blanco para llevar sus provisiones de boca, y una cantimplora de madera de la capacidad de media azumbre.

El uniforme de la infantería ligera era de la misma hechura que el de la de línea; la casaca algo mas corta para que quedase mas libre y desembarazado en todos sus movimientos; el color verde oscuro, con el cuello, vuelta y vivos carmesí, forro encarnado, boton algo convexo, con una corneta y número del regimiento; pan-

talon flojo gris oscuro, y los de lienzo de color aplomado; capote gris mas oscuro que el de la infantería de línea; chaqueta de cuartel tambien de color verde oscuro y con vivos y cuello carmesí, gorro de la misma hechura que el de la infantería de línea, con la diferencia que era verde como el uniforme.

La estructura del vestuario de la oficialidad y sus colores eran iguales á los de la tropa de sus respectivos cuerpos, diferenciándose únicamente por la calidad del paño. Quedó abolido el uso del sombrero de tres picos para la mencionada clase, por ser prenda inútil y de puro lujo una vez admitido el chacó.

El espíritu de innovacion que dominaba en la época á que nos referimos, llevó mas allá sus exigencias; quiso que se suprimieran las banderas, sustituyéndolas con los leones, al simil de las águilas de las legiones romanas, y á pesar de la viva oposicion que encontró este pensamiento en la mayor parte de los hombres ilustrados y pensadores del ejército, llevóse á cabo á fines del referido año de 1821 (1).

Consistia la nueva insignia en un leon dorado de diez pulgadas de largo, colocado sobre un pedestal, sostenido por una bomba que apoyaba en un zócalo proporcionado. El leon estaba de pié, asegurando con la garra derecha el libro de la Constitucion. El asta tenia de largo unos ocho pies de Búrgos, con una pulgada y cuatro líneas de diámetro.

Véase la adjunta lámina. En ella estan fielmente representados tanto esta insignia como el vestuario de que nos hemos ocupado mas arriba.

El núm. 1 representa un gastador.

El número 2 un abanderado.

El número 3 un granadero.

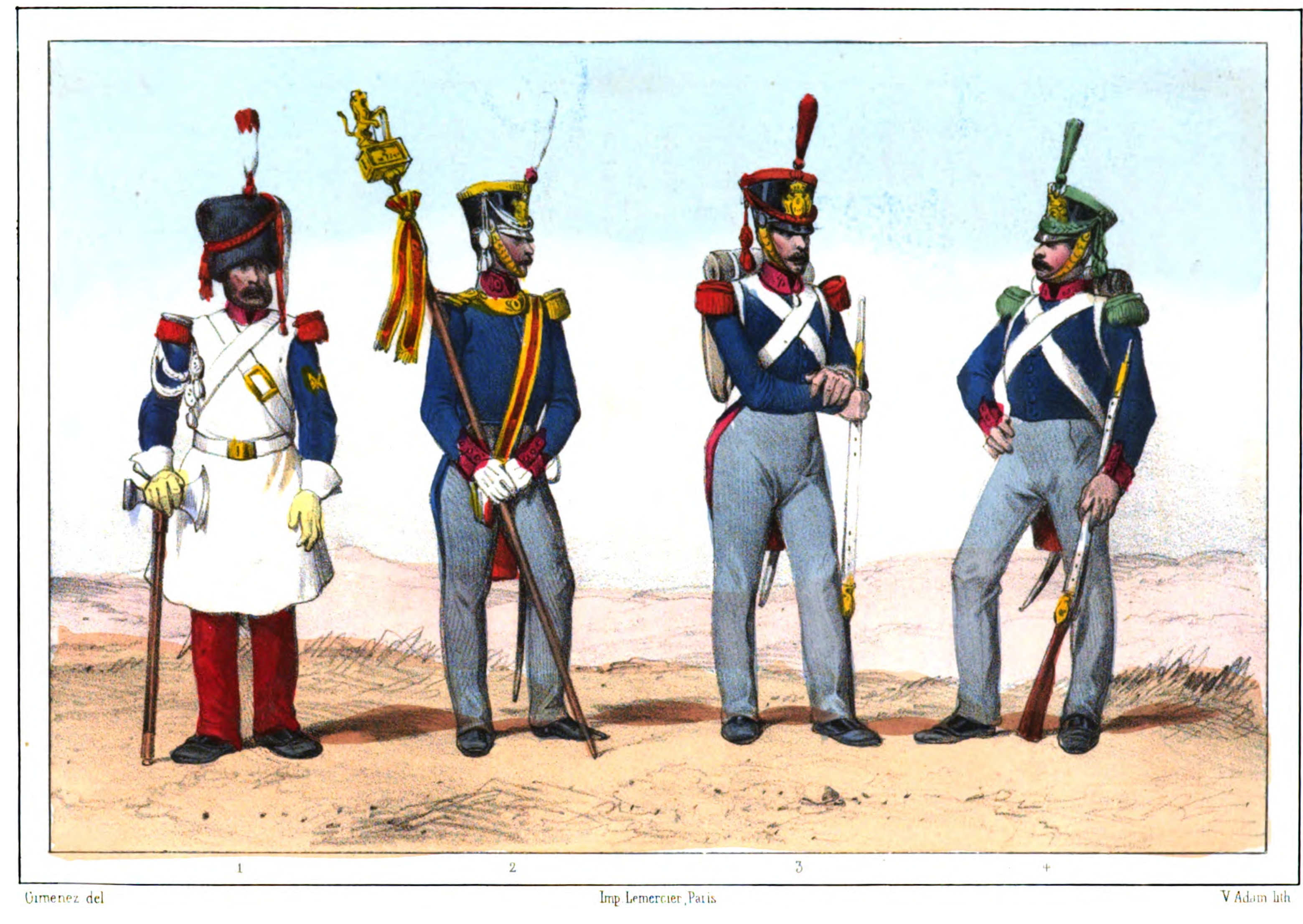
El número 4 un cazador.

En 1822 al fijar los presupuestos las córtes autorizaron al rey para hacer en el reglamento anterior algunas modificaciones, y S. M. las decretó en 13 de junio del propio año. Consistian estas modificaciones en que la fuerza del ejército permanente fuese de sesenta y dos mil cuarenta y tres hombres, no pasando de treinta

(1) Real decreto de 9 de noviembre de 1821.

I. 25





Gimenez del. Imp. Lemercier, Paris. V. Adam lith.

y siete el número de regimientos de infantería de línea, y de catorce el de los batallones ligeros, y que los batallones de ambos institutos constasen de quinientas plazas. En lo demas quedó vigente el mencionado reglamento.

Pocos dias despues (5 de julio) dictó el gobierno de S. M. una medida de grande importancia, que llevada á cabo con inteligente celo, debia ser fecunda en grandes resultados.

Dispúsose que en la capital del distrito militar y bajo la inmediata inspeccion de su comandante general, se estableciese una escuela de enseñanza mútua. A esta escuela, que era normal para cada distrito, debian asistir un oficial subalterno, un sargento, un cabo y dos soldados de cada uno de los cuerpos del ejército que estuviesen en el distrito, y en ella debia enseñarse á leer, escribir y contar por el método de Lancáster. A cada comandante general de distrito se le facilitaron por una vez diez mil reales vellon, destinados á los gastos de las referidas escuelas, que debian durar solo hasta fin de diciembre inmediato, pues el dia primero de enero de mil ochocientos veinte y tres, precisamente habian de quedar establecidas las escuelas particulares en todos los cuerpos del ejército.

Pero las pasiones políticas, que tuvieron alguna intervencion en la realizacion de este pensamiento, contribuyeron á desvirtuarle y lo paralizaron completamente los sucesos que sobrevinieron.

En 1823, no siendo ya muy aceptable para la situacion política del pais el monarca cuyo nombre llevaba el *Imperial Alejandro*, se dió á este cuerpo el de *Union* (1).

Hubo tambien alguna variacion en el guarismo que representaba la fuerza pública. Reformada la Guardia Real se crearon los batallones núm. 14 y 15 (2).

A estas disposiciones y á algunas otras accesorias que consideramos supérfluo mencionar, siguió de cerca una medida mucho mas trascendental. El espíritu que presidió en la redaccion del reglamento del año 12, volvió á reproducirse en esta época, y alcanzó el mismo resultado. La organizacion del arma de infantería se

(1) Real órden de 6 de marzo.
(2) Real decreto de 2 de idem.

decretó por las córtes en 20 de marzo y fué sancionada por S. M. en la Carolina á su paso para Cádiz. Estos batallones eran independientes entre sí, pero en guarniciones numerosas, en los campos de instruccion y en las reuniones de tropas de esta arma, debian formarse divisiones ó brigadas al mando de jefes ú oficiales de superior graduacion, que sin tener intervencion alguna en la administracion interior de los cuerpos, eran responsables de su instruccion táctica.

Cada batallon de línea y ligero constaba de ocho compañías, de las cuales una era de granaderos y otra de cazadores en los de línea, y en los ligeros una de carabineros y otra de tiradores.

La plana mayor de los batallones de línea se componia de un primer comandante de la clase de coroneles ó tenientes coroneles efectivos, un segundo encargado del detall, un porta insignia, subteniente, un párroco, un cirujano, un maestro armero, un tambor mayor y cuatro pífanos.

En los batallones ligeros la plana mayor se componia de la misma manera, sin mas diferencia que la de haber un corneta mayor en lugar de tambor mayor.

La organizacion de las compañías fué la prescrita por el decreto de 28 de junio de 1821.

Por el estado que á continuacion publicamos, verán nuestros lectores la numeracion que tomaron los batallones, supriméndose los nombres con que habian figurado los regimientos, y los jefes que fueron nombrados para su mando.

INFANTERIA DE LINEA.

	NÚMEROS Y NOMBRES ANTIGUOS.	Números modernos.	PRIMEROS COMANDANTES.
1.	Primer batallon del Rey.	1.	D. José Ramon Mackenna.
	Segundo batallon de id.	2.	D. Joaquin Gomez Ansa.
2.	Primer batallon de Fernando VII. . . .	3.	D. Pascual Ascaso.
	Segundo de id.	4.	D. Manuel Obeso.
3.	Primer batallon de la Reina.	5.	D. Francisco Fernandez Golfin.
	Segundo de id.	6.	D. Luis Perez de Rivera.
4.	Primer batallon del Príncipe.	7.	D. Francisco Hano.

	Segundo de id.	8.	D. Pablo Casamayor.
5.	Primer batallon del infante D. Cárlos.	9.	D. Francisco Puig Samper.
	Segundo de id.	10.	D. Antonio María Steger.
6.	Primer batallon del infante D. Antonio.	11.	D. Segundo Ulibarri.
	Segundo de id.	12.	D. Miguel Cosío.
7.	Primer batallon de Galicia.	13.	D. Angel Perez.
	Segundo de id.	14.	D. Juan Manuel Ansel.
8.	Primer batallon de la Corona.	15.	D. José Muñoz de la Torre.
	Segundo de id.	16.	D. José Quijano.
9.	Primer batallon de Africa.	17.	D. Luis Bacincourt.
	Segundo de id.	18.	D. Manuel Pierson.
10.	Primer batallon de Zamora.	19.	D. Domingo Senespleda.
	Segundo de id.	20.	D. José Montero.
11.	Primer batallon de Soria.	21.	D. Manuel Aranguren.
	Segundo de id.	22.	D. Ramon Novoa.
12.	Primer batallon de Córdoba.	23.	D. Lorenzo Cerezo.
	Segundo de id.	24.	D. Pedro Nolasco Basa.
13.	Primer batallon de Guadalajara.	25.	D. Tomás García.
	Segundo de id.	26.	D. Salvador de Les.
14.	Primer batallon de Sevilla.	27.	D. Joaquin Navarro.
	Segundo de id.	28.	D. Pedro Albeniz.
15.	Primer batallon de Granada.	29.	D. Pedro Angulo.
	Segundo de id.	30.	D. Agustin Alfaráz.
16.	Primer batallon de Valencia.	31.	D. Manuel Fernandez.
	Segundo de id.	32.	D. Sebastian Velasco.
17.	Primer batallon de Zaragoza.	33.	D. Pablo Mier.
	Segundo de id.	34.	D. Fernando Gasset.
18.	Primer batallon de España.	35.	D. Fermin Iriarte.
	Segundo de id.	36.	D. Agustin Gonzalez Bulnes, interino el segundo comandante don Vicente Esnal.
19.	Primer batallon de Toledo.	37.	D. Manuel Benedicto.
	Segundo de id.	38.	D. Manuel Párraga.
20.	Primer batallon de Mallorca.	39.	D. Froilan Mendez Vigo.
	Segundo de id.	40.	D. José Marquez Donallo.
21.	Primer batallon de Búrgos.	41.	D. Antonio Muñiz.
	Segundo de id.	42.	D. Manuel Arroche.
22.	Primer batallon de Murcia.	43.	D. José Montero.
	Segundo de id.	44.	D. José Erenas.
23.	Primer batallon de Leon.	45.	D. José de Luna.
	Segundo de id.	46.	D. Pablo Sacristan.
24.	Primer batallon de Cantabria.	47.	D. Diego de Vega.
	Segundo de id.	48.	D. Antonio Galindo.
25.	Primer batallon de Asturias.	49.	D. Felix Carrera.
	Segundo de id.	50.	D. Matías Cantero.
26.	Primer batallon de Navarra.	51.	D. Antonio Gaspar Blanco.
	Segundo de id.	52.	D. Gabriel Lessene.

27.	Primer batallon de Aragon.	53.	D. Santos San Miguel.
	Segundo de id.	54.	D. Pedro Bruguera.
28.	Primer batallon de América..	55.	D. Teodoro Galvez.
	Segundo de id.	56.	D. Angel Sotomayor.
29.	Primer batallon de la Princesa. . . .	57.	D. Manuel Felix Camus y Herrera.
	Segundo de id.	58.	D. Juan Perez Sanz.
30.	Primer batallon de Estremadura. . . .	59.	D. Francisco Hubert.
	Segundo de id.	60.	D. Manuel María Marco del Pont.
31.	Primer batallon de Málaga.	61.	D. Gregorio Piquero Argüelles.
	Segundo de id.	62.	D. José Tomaseo.
32.	Primer batallon de Jaen..	63.	D. Fermin Salcedo.
	Segundo de id.	64.	D. Antonio Oro.
33.	Primer batallon de Ordenes..	65.	D. Francisco Valdés.
	Segundo de id.	66.	D. Leon Ortega.
34.	Primer batallon de Castilla..	67.	D. Pedro Antonio Barrena.
	Segundo de id.	68.	D. Francisco Mugártegui.
35.	Primer batallon de Vitoria.	69.	D. Nicolás Sanz.
	Segundo de id.	70.	D. Manuel Arbilla.
36.	Primer batallon de Valencey.	71.	D. Alonso Sierra.
	Segundo de id.	72.	D. Evaristo Rodriguez Calleja.
37.	Primer batallon de la Union..	73.	D. Alejandro O'Donnell.
	Segundo de id.	74.	D. Francisco Camilleri.

INFANTERIA LIGERA.

1.°	Voluntarios de Aragon.	1.	D. José Orús.
1.°	Cataluña.	2.	D. Fernando Rubin de Celis.
2.°	Cataluña..	3.	D. Anselmo Inunigarro.
	Tarragona.	4.	D. Rafael Cevallos Escalera.
	Gerona.	5.	D. José Latorre.
	Canarias..	6.	D. José Bermudo.
	Barcelona.	7.	D. Francisco Osorio.
2.°	Voluntarios de Aragon.	8.	D. José Fermin Conget.
	Hostalrich.	9.	D. Vicente Magrat.
	Barbastro.	10.	D. Nicolás Minuissir.
	Voluntarios de Valencia..	11.	D. Francisco Mancha.
	Constitucion..	12.	D. Eugenio Arana.
	Baylen..	13.	D. Ramon María Labra.
	San Marcial.	14.	D. Baltasar Valcárcel.
	De nueva creacion.	15.	D. Ramon Landáburu.
	Idem, idem...	16.	D. Lorenzo Cabrera.

Organizada de este modo la infantería permanente, procedióse á hacer lo propio con la milicia activa, y quedó decretada esta medida en 1.° de julio.

Se suprimieron las dos últimas compañías y el distrito del batallon se dividió entre las que quedaron de fusileros.

Las de preferencia debian tener igual fuerza y el mismo número de oficiales que las demas del batallon, usando la de cazadores de cornetas en lugar de cajas.

Las vacantes que en ellas ocurriesen, habian de cubrirse como en los cuerpos de infantería, cuando estuviesen sobre las armas, y en provincia á propuesta por terna del jefe del cuerpo y aprobacion del inspector.

Los soldados debian residir en el distrito de las compañías de que procedian; los oficiales, sargentos y cabos en el del batallon, y los tambores y cornetas en la capital del mismo.

Á treinta y siete de los primeros jefes de los batallones de línea y ligeros, se les declaró coroneles de infantería con sueldo de tales cuando estuviesen sobre las armas, y con el de veinte y cuatro mil en provincia; á los restantes se les asignaron para ambos casos diez y ocho mil reales.

Los ascensos de segundos comandantes á primeros, y de estos á coroneles, debian verificarse por eleccion y por antigüedad, con arreglo á las prescripciones que sobre este particular regian en la infantería permanente.

En tiempo de guerra habia de formarse por cada batallon de línea ó ligero, una compañía provisional, para que en la capital del distrito sirviera de depósito, y esta compañía, ademas de la custodia de los papeles, tenia á su cargo la instruccion de los reemplazos y su conduccion al paraje en que se hallase el batallon, recogiendo al propio tiempo los inutilizados.

El servicio duraba seis años, abonándose doble tiempo cuando estaban los batallones sobre las armas.

Los cuerpos que á la sazon constituyeron la milicia nacional activa, son los siguientes :

BATALLONES DE LINEA.

Núm.	NOMBRE.	Número de compañías	PRIMEROS JEFES.
1.	Jaen.	8.	Marqués del Rafal.
2.	Badajoz.	8.	D. José de Hano.
3.	Sevilla.	8.	Vacante.
4.	Búrgos.	6.	Vacante.
5.	Lugo.	8.	Vacante.
6.	Granada.	6.	Vacante.
7.	Leon.	6.	D. Balbino Cortés.
8.	Oviedo.	6.	D. Pedro Mendez Vigo.
9.	Córdoba.	6.	D. Julian Romero.
10.	Murcia.	6.	D. Domingo Diaz Perez.
11.	Trujillo.	6.	D. Ventura de Mena.
12.	Jerez.	8.	D. José María Juanis.
13.	Ecija.	6.	D. Mateo Gallndo y Gimenez.
14.	Ciudad-Rodrigo.	6.	D. Ramon Acedo y Rico.
15.	Logroño.	6.	D. Alfonso Gallego.
16.	Sigüenza.	6.	Vacante.
17.	Toro.	8.	Vacante.
18.	Soria.	6.	D. Manuel Iribarren.
19.	Laredo.	8.	D. Leoncio de la Bárcena.
20.	Orense.	8.	D. Antonio María Montenegro Carantoña.
21.	Santiago.	6.	Vacante.
22.	Pontevedra.	8.	Vacante.
23.	Tuy.	8.	Vacante.
24.	Betanzos.	6.	D. Heraclio Alaix.
25.	Málaga.	8.	D. Joaquin Ferrer y Amato.
26.	Guadix.	6.	D. Bernardino Asenjo.
27.	Bujalance.	6.	D. Cárlos Gonzalez Llanos.
28.	Palma, antes Mallorca.	8.	Conde de Montenegro.
29.	Cuenca.	8.	D. José Ruiz de Albornoz.
30.	Salamanca.	6.	D. Francisco del Aguila.
31.	Alcázar de San Juan.	8.	D. Antonio María Guerrero.
32.	Chinchilla.	6.	D. José María Rodriguez Vera.
33.	Lorca.	6.	Vacante.
34.	Valladolid.	6.	D. Cenon Lopez Francos.
35.	Mondoñedo.	8.	Vacante.
36.	Toledo.	8.	D. Antonio Madera y Guzman.
37.	Ciudad-Real.	8.	D. Cenon de Heyto.
38.	Avila.	6.	D. Joaquin Herranz.
39.	Plasencia.	6.	D. Diego Carvajal Florez y Rojo.

40.	Segovia.	6.	D. Fernando Mateos.
41.	Monterey.	8.	D. José Miranda y Cabezon.
42.	Ferrol, antes Compostela.	6.	Vacante.
43.	Infiesto.	6.	D. Isidro de Lata.
44.	Alcañiz.	8.	D. Francisco Castañera.
45.	Osuna..	8.	D. Agustin Oviedo.
46.	Baeza..	8.	D. Antonio Romero.
47.	Valencia..	8.	D. Salvador Diaz Berrios.
48.	Alcalá.	6.	D. Antonio García de los Rios.
49.	Guadalajara.	6.	D. Alfonso Valderábano.
50.	Castellon.	8.	D. José Martí.
51.	Motril..	6.	D. José Moreno.
52.	Huelva.	6.	D. Antonio Moreno.
53.	Figueras.	6.	D. Luis de Villadomar.
54.	Madrid.	6.	D. Juan María Gamez.
55.	Villafranca.	6.	D. Benito Losada.
56.	Medina del Campo..	6.	D. Francisco de Paula Martinez Cano.
57.	Aranda.	6.	D. José Cires.
58.	Barcelona.	6.	D. Ramon Foxá.
59.	Salas.	6.	D. Ramon Carreño.
60.	Zaragoza.	8.	D. Luis del Corral.
61.	Calahorra.	6.	Vacante.
62.	Calatayud.	6.	D. José Ibarra.
63.	Alcoy.	6.	D. Joaquin Guijarro.
64.	Velez-Rubio.	6.	D. José Domingo de Brandis.
65.	Alicante..	6.	D. José Wite.
66.	San Clemente.	8.	D. Hipólito Angulo.
67.	Talavera..	8.	D. Julian Ramon Valverde.
68.	Cádiz.	8.	D. Ramon Julian Muñiz.
69.	Tarragona..	8.	D. Esteban Andreu.
70.	Lérida.	6.	D. Ramon Gali.
71.	Manresa..	6.	D. José de Santa Pau.
72.	Astorga.	6.	D. Manuel Elorduy.
73.	Palencia.	8.	D. Gaspar Blanco.
74.	Almería..	6.	D. Antonio de Castro y Tovar.
75.	Mérida.	8.	D. Manuel Cabrera.

BATALLONES LIGEROS.

1.	Ronda.	8.	D. Antonio Avilés.
2.	Vitoria.	6.	D. Joaquin Urreiztieta.
3.	Teruel.	6.	D. Pedro Gomez.
4.	Huesca.	8.	D. Matías Casero.

5.	Bilbao..	6.	D. Juan Lopez Campillo.
6.	Hellin..	6.	D. Manuel Fernandez Reina.
7.	Vich.	6.	D. José Marcos de Sainz.
8.	Pamplona..	8.	D. Ramon Diaz Ulzurrum.
9.	Gerona..	6.	D. José María Colubi.
10.	Segorbe..	8.	D. Alejandro Tello.
11.	Játiva.	8.	D. Antonio Delgado y Varés.
12.	Tolosa.	6.	D. Francisco Ignacio Ansura.

Este reglamento tuvo igual suerte que algunos otros de que nos hemos ocupado mas arriba. Apenas salió á luz cuando el gobierno precisado por las circunstancias tuvo que suspender sus efectos en gran parte, dejando á cargo de los generales en jefe la distribucion de los hombres destinados al reemplazo del ejército, negando las licencias absolutas á los cumplidos y ofreciendo grandes ventajas á los que quisieran reengancharse. Las vacantes de subteniente, teniente y capitan de infantería, milicia activa y zapadores habian de proveerse por rigorosa antigüedad, dejando en las propuestas una de cada tres para oficiales supernumerarios y los existentes en los depósitos; pero esto no impedia que los generales en jefe pudiesen premiar los servicios estraordinarios, con ascensos fuera de escala. Las propuestas de capitanes, ayudantes, tenientes y subtenientes se hacian por el primer jefe de estado mayor por conducto del general en jefe; las de jefes por este último, hasta coronel inclusive, y las de coronel por la junta de inspectores. Los generales en jefe estaban autorizados para suspender de empleo y sueldo á cualquier jefe ú oficial.

Al propio tiempo que el gobierno constitucional dictaba estas disposiciones y algunas otras de suma importancia, la junta provisional establecida en Madrid, daba tambien sus órdenes para reorganizar el ejército. En un reglamento publicado al efecto en 26 de mayo decia entre otras cosas:

«Solo se formarán por ahora batallones sueltos de infantería mandados indistintamente por un coronel, un teniente coronel, ó comandante de batallon. Cada uno de estos de línea constará de una compañía de granaderos, una de cazadores y seis de fusileros. La plana mayor, de un jefe de las clases espresadas, un primer ayudante encargado del detall de la clase de capitan, un segundo ayudante de la de teniente, un subteniente de bandera, un ca-

pellan, un cirujano, un tambor mayor, y un maestro armero. La compañía de granaderos, se compondrá de un capitan, dos tenientes, dos subtenientes, un sargento primero, cuatro idem segundos, tres tambores, ocho cabos primeros, ocho idem segundos, y ciento diez y seis soldados; total cinco oficiales, y ciento cuarenta plazas. La compañía de cazadores, constará de las mismas clases y fuerza, con solo la diferencia de ser tres cornetas, en lugar de tres tambores. Las compañías de fusileros, de un capitan, un teniente, dos subtenientes, un sargento primero, tres idem segundos, dos tambores, seis cabos primeros, ocho segundos, y cien soldados; total cuatro oficiales, y ciento veinte plazas. Los batallones ligeros constarán de ocho compañías, cada una de ellas con la fuerza de las de cazadores de línea, como espresa el artículo quinto, y su plana mayor, con solo la diferencia, que en lugar del tambor mayor, será corneta mayor. En cada provincia, cuyo capitan general esté espresamente autorizado para organizar tropas, no podrá formarse mas que un batallon ligero hasta la determinacion del gobierno. Los regimientos, tanto los de infantería como de caballería, conservarán por ahora el nombre que los han dado los generales en jefe ó comandante; y si hubiese dos ó mas de un mismo nombre, se distinguirán por el número. Si para esta organizacion los capitanes generales no tuviesen los suficientes números de oficiales, los pedirán al gobierno. Si se construye vestuario por algun cuerpe por disposicion del capitan general, ó de otra manera, deberá ser sencillo, sin permitir bordado, galon ni trencilla, ni cerrar contrata sin que preceda la aprobacion del gobierno. La organizacion y formacion de los cuerpos, será progresiva, y así no se formará la segunda compañía sin que esté completa la primera. Formadas las seis compañías de fusileros, y embebida en ellos la fuerza de soldados para las de granaderos y cazadores, se hará la saca para estas, con lo que quedará el batallon formado. La infantería tendrá una bandera en los mismos términos que la usaban en 1.º de enero de 1820. Ningun cuerpo tendrá música hasta que se mande lo contrario. Los comandantes generales ó jefes encargados de organizar los cuerpos del ejército, darán cuenta al gobierno cada quince dias del estado y progreso de la organizacion.

»Los cuerpos de artillería, el de ingenieros, y los de milicias provinciales, no estan comprendidos en este reglamento, para cuyo arreglo se pasarán las correspondientes órdenes á sus respectivos inspectores.»

Las autoridades militares de las provincias á quienes se dirigian estas instrucciones, secundaron las miras de dicha junta, y principió la reconstitucion del ejército sobre las bases establecidas; mas hubo de tropezar con mas de una dificultad, porque el cambio político ocurrido el año 20 habia causado una lamentable division entre los elementos constitutivos de la fuerza pública.

En real cédula de 9 de agosto se dispuso que se sometiesen á un juicio de justificacion todos los militares de servicio activo y retirados. Para los generales, brigadieres y coroneles se nombró una comision compuesta de cinco ministros, tres militares, uno político y un togado, y para los demas jefes y oficiales se crearon en las provincias juntas de cinco individuos nombrados por el gobierno á propuesta de los capitanes generales y presididos por estos.

De este juicio de justificacion solo se esceptuarón los jefes y oficiales que al tiempo de entrar el ejército realista organizado en Francia, servian en las filas de aquellas tropas.

Como estos cuerpos sirvieran de base para la organizacion que tuvo lugar el año siguiente, creemos de algun interés el dar de ellos una idea en el siguiente estado, incluyendo en él todos los que se formaron desde el año 21.

CUERPOS REALISTAS.

	NOMBRES.	CORONELES Ó PRIMEROS JEFES.
	Guias leales del Rey	D. Joaquin Lopez.
	Defensores del Rey	D. Tomás Cubero.
	Provisional del Rey	Conde de Negri.
	Cazadores del Rey	D. Mariano Rodriguez.
	Provisional de la Reina	D. Francisco de Paula Travessi.
	Príncipe	D. Pedro Roselli.
	Princesa	D. Tulio O-Neyll.
	Fernando VII	D. José Puértola.
1.°	Reina Amalia	D. Mariano Novoa.
2.°	Reina Amalia	D. Juan Bautista de Mora.
	Infante D. Cárlos	D. José Segarra.
	Infante D. Francisco de Paula	D. José Maní.
	Altar y Trono	D. Antonio Sampere.
	Regencia	D. Antonio Ronda.
	Inmortal Elío	D. Francisco Samper y Puigmoltó.
	Provisional de Valencia	D. José Arnauda.
	Reunion Murciana	D. Tomás Pavía y Millares.
	Leales de Sagunto	D. Vicente Casares.
	Lealtad	D. Fernando Capacete.
	Leales de Córdoba	D. Benito Armiñan.
1.°	Voluntarios de Navarra	D. Juan Villanueva.
2.°	Voluntarios de Navarra	D. Tomás de Zumalacárregui.

3.°	Voluntarios de Navarra.	D. José María Pauso.
4.°	Voluntarios de Navarra..	D. José Solecio Castelar.
5.°	Voluntarios de Navarra.	D. Joaquin de Mélida.
1.°	Voluntarios de Guipúzcoa.	D. Francisco María de Gorostidi.
2.°	Voluntarios de Guipúzcoa.	D. Miguel Serra y Perea.
1.°	Voluntarios de Alava.	D. Ramon Gomez de la Torre.
2.°	Voluntarios de Alava.	D. Miguel Gomez.
1.°	Voluntarios de Vizcaya.	D. Francisco Altalarrea.
2.°	Voluntarios de Vizcaya...	D.
3.°	Voluntarios de Vizcaya.	D. Cárlos Andechaga.
1.°	Voluntarios de Cataluña..	D. Manuel Vicente Jorge.
2.°	Voluntarios de Cataluña..	D. Joaquin de Quevedo.
3.°	Voluntarios de Cataluña..	D. José Benito Valonga.
4.°	Voluntarios de Cataluña..	D. Benito Plandolit.
5.°	Voluntarios de Cataluña.	D. José Auguet.
6.°	Voluntarios de Cataluña	D. Antonio Coll.
7.°	Voluntarios de Cataluña..	D. Rafi Vidal.
8.°	Voluntarios de Cataluña..	D. Antonio Andreu.
9.°	Voluntarios de Cataluña	D. Vicente Montagut.
10.	Voluntarios de Cataluña..	D. Pedro Nolasco Bassa.
11.	Voluntarios de Cataluña..	D. Antonio Utrilla.
12.	Voluntarios de Cataluña..	D. Antonio Fuster.
	Guias de Quesada..	D. José Darguinez.
	Tiradores de Bessieres.	D. José Cebergh.
	Voluntarios de Rioja.	D. Hilario Alonso Cuevillas.
	Guias del Priorato..	D. Cayetano Ferrer.
	Real de Borbon..	D. Juan de Mora.
	Voluntarios de Cariñena..	D. Francisco Miralles.
	Voluntarios de Huesca.	D. José Jover.
	Voluntarios de Cariñena..	D. Blas Pradell.
	Provisional de Navarra.	D. Juan Sandoval.
1.°	Tiradores del General.	D. José María Arévalo.
2.°	Tiradores del General.	D. Manuel Safosas.

Al recobrar Fernando VII la libertad de que algun tiempo se vió privado, dispuso (20 de enero de 1824) que se reorganizasen los regimientos de Milicias provinciales con sujecion al reglamento de los de línea. Creia ver S. M. en la realizacion de este pensamiento un medio seguro para sustituir en pocos dias con una fuerza respetable á los cuerpos que á impulsos de las pasiones políticas se habian alejado de la senda seguida hasta 1820. Pero el inspector consideró muy difícil el que pudiera llevarse á cabo el pensamiento del monarca en los términos prescritos, y á resultas de una consulta en que se hicieron patentes las dificultades que ocurrian, se acordó que

se pusiera en vigor el reglamento de 18 de noviembre de 1766, y que conforme á sus prescripciones se organizaran las Milicias, constando el batallon de ocho compañías, de las cuales una habia de ser de granaderos, otra de cazadores y seis de fusileros.

Mas esta medida no ponia la fuerza pública al nivel de las circunstancias en que se hallaba el pais: ya que los cuerpos permanentes que á la sazon existian, no inspiraban confianza al gobierno por haber defendido los principios liberales, era preciso reconstituirlos ó crear otros nuevos. Penetrado de esta necesidad, el gobierno dió instrucciones reservadas (23 de abril) á los inspectores generales para la inmediata formacion de seis regimientos de infantería de línea y tres de ligeros.

«Quiere S. M. el Rey, decíase entre otras cosas en la soberana disposicion á que nos referimos, que su ejército vuelva á adquirir el lustre y consideracion con que por tanto tiempo ha sostenido en todas partes el esplendor de las armas españolas; se ha servido resolver su gradual y pronta organizacion, fundándola en las bases mas sólidas, y aprovechándose con este fin de los resultados de la esperiencia, adquiridos no solamente en las campañas de la Península, sino tambien en las muchas guerras que en estos últimos años han sostenido los diversos estados europeos. Con este fin ha dispuesto que el Supremo Consejo de la Guerra espida las órdenes competentes para un reemplazo de treinta y seis mil hombres para empezar á formar el citado ejército. Tambien se ha dignado determinar que se dispongan varios reglamentos con el fin de que los cuerpos de tropas que se formen sucesivamente, puedan verificarlo, estableciendo en ellos desde un principio la mas rígida disciplina, que asegure su utilidad y aptitud para el servicio. Y mientras se obtienen los resultados de estas sus Reales determinaciones, quiere S. M. que los inspectores y directores de las diferentes armas de su ejército, así como el de Milicias provinciales, cumplan escrupulosamente, cada uno en la parte que le toque, con lo que se previene en las siguientes disposiciones. Para los cuerpos que han de servir de base para la formacion sucesiva del ejército, elegirán con la mayor escrupulosidad jefes y oficiales que, al decidido amor á la augusta persona de S. M. y á la adhesion sincera á los derechos imprescripti-

bles de su soberanía, reunan, especialmente los jefes, inteligencia, disposicion y firmeza, y concepto distinguido; y los oficiales lo mismo, si fuese posible; bien que en las clases de subalternos puede suplirse la falta de conocimientos con la buena disposicion para adquirirlos, siempre que una buena conducta y costumbres irreprensibles salgan garantes de que estos oficiales tengan la disposicion que para esta colocacion se necesita. Los inspectores y directores dispondrán, cada uno en la parte que les toca, la formacion de modelos en dibujo de los uniformes para las diferentes armas ó institutos del ejército, en el concepto de que S. M., al paso que desea que sus tropas vistan del modo mas airoso y militar posible, quiere tambien que todo se subordine á la comodidad de los mismos y á la estricta economía que es indispensable introducir en el ejército. Por lo tanto, los inspectores y directores de las armas, señalando uniformes generales para cada una de estas, indicarán las pequeñas diferencias que puedan tener entre sí los uniformes en los cuerpos; determinarán la forma y dimension de cada una de las prendas, señalando el número que de cada una de estas se deben entregar, así como las épocas; y reuniéndose los inspectores para los fines espresados, pueden al mismo tiempo esponer su opinion acerca de lo mas conveniente en punto á divisas militares desde la clase de coronel inclusive abajo. Los mismos inspectores pasarán á la mayor brevedad á la secretaría de la Guerra los estados correspondientes para manifestar del modo mas detallado las existencias que tengan de todos los objetos de armamento, equipo y montura, así como de los caballos útiles ó inútiles, ya sea en los cuerpos que dependen de su inspeccion ó direccion, ya sea en depósito, almacenes ú otros puntos, haciendo de tal manera la esposicion de su utilidad y estado de su uso, que S. M. pueda venir en conocimiento de lo que exista ó falte para los cuerpos que ha dispuesto se formen desde luego. Igualmente determinarán los inspectores de las armas los puntos de la Península que consideren mas á propósito para señalarlos como cuartel de asamblea á los cuerpos que se deben formar inmediatamente, y serán seis regimientos de infantería de línea y tres idem de infantería ligera. Un regimiento de infantería de línea constará de tres batallones, y cada uno de estos de ocho compañías. Un regimiento de infantería li-

gera de dos batallones, y cada uno de estos de ocho compañías.»

Segun lo dispuesto en esta Real órden, la compañía debia constar de un capitan, dos tenientes, un subteniente, un sargento primero, tres segundos, un cabo furriel, cinco cabos primeros, seis segundos, tres tambores ó cornetas y setenta y un soldados.

La plana mayor del batallon, la habian de constituir un comandante, un ayudante mayor capitan, un ayudante, teniente, un abanderado, capellan, cirujano, maestro armero, cabo de tambores y dos pífanos; y la del regimiento el coronel, teniente coronel mayor, un capitan de vestuario, un teniente habilitado, el tambor mayor, y un corneta maestro.

De las ocho compañías de que habia de constar cada uno de los dos batallones de los regimientos de infantería ligera, una habia de ser de carabineros, otra de tiradores, y las seis restantes de cazadores. Por lo demas, la organizacion de los batallones y compañías debia ser la misma que en la infantería de línea, asi como la plana mayor del regimiento.

En 10 de agosto se ordenó bajo el mismo concepto, la formacion de ocho regimientos de línea y la de cinco ligeros, y en cumplimiento de esta Real órden comunicada por el ministro de la Guerra D. José Aymerich, al inspector de infantería que era á la vez este mismo Aymerich, dió en oficio circular del mes de agosto del espresado año, las reglas que habian de servir de norte á los jefes encargados de la organizacion de los mencionados cuerpos.

En este escrito se designaba á cada uno de los jefes el cuerpo que habia de considerar como base, y los batallones realistas que en él se habian de refundir, eligiéndose de la masa total los oficiales que por su instruccion, buena conducta, conocida adhesion al rey y aventajadas circunstancias fuesen mas á propósito para el desempeño de sus respectivas funciones, en la inteligencia de que esta colocacion era provisional, si bien la exactitud con que los elegidos cumpliesen con sus deberes, habia de servirles de recomendacion y de título para la confirmacion de estas elecciones.

Los sargentos primeros se habian de tomar de los que hubiesen tenido ingreso en las filas realistas antes del 26 de junio de 1823, teniendo estos nombramientos el mismo carácter de interinidad hasta



que los elegidos justificasen esta disposicion por su capacidad y buena conducta.

Caso de no haber suficiente número de oficiales y sargentos que reuniesen todas las circunstancias que se requerian, se reservaba el gobierno cubrir las vacantes con los que sobrasen èn otros cuerpos.

Despues de formar y llenar los cuadros de los respectivos cuerpos, debian licenciarse todos los cabos y soldados que por cumplidos lo solicitasen, haciéndose lo propio con aquellos que pidieran continuar en el servicio, y no tuviesen la estatura y robustez necesarias para ello, con los que habiéndose fugado de las filas constitucionales despues de la entrada del ejército aliado en la Península, no inspirasen la debida confianza, y con todos aquellos que por su conducta relajada y viciosa pudiesen corromper la moral del soldado.

Para tambores y cornetas se debian elegir los mas robustos é instruidos entre los existentes en los cuerpos amalgamados, evitando que fuesen niños, en cuanto fuera dable.

En virtud de estas instrucciones se formaron los regimientos que espresa el estado siguiente, entrando en su constitucion los elementos que en el mismo figuran.

INFANTERIA DE LINEA.

Regimientos nuevos.	Cuerpos que sirvieron de base	Bós que se amalgamaron en cada uno de ellos.	Puntos de organizacion.	CORONELES.
1.°	Fernando VII	1.° Provisional del Rey. Provisional de la Reina. 2.° Cántabro. 3.° Cántabro. 2.° Guipúzcoa.	Valladolid.	Conde de Negri.
2.°	Infante D. Cárlos	4.° Cataluña. 9.° Cataluña.	Tarragona.	D. Judas Tadeo Rojo.
3.°	1.° Reina Amalia	Cazadores del Rey. 1.° Cántabro.	Santander.	D. Juan José de Sanllorente
4.°	Príncipe	Leales de Córdoba. 2.° Reina Amalia.	Málaga.	D. José Boureau.
5.°	Princesa	1.° Alava. 2.° Alava.	Sevilla.	D. Francisco Llamas.
6.°	Lealtad	Tiradores de Bessieres. Voluntarios de Rioja	Ceuta.	D. Fernando Capacete.

7.º	Guias leales del Rey.	Priorato (guias)	Valencia.	D. Antonio Solá.
8.º	Real de Borbon.	Infante D. Francisco de Paula.	Málaga.	D. Manuel Nava.

INFANTERIA LIGERA.

1.º	2.º Voluntarios de Aragon	Voluntarios de Aragon	Huesca.	D. Francisco Fernandez Espada.
2.º	Provisional de Navarra.		Coruña.	D. Juan Sandoval.
3.º	7.º de Cataluña		Gerona.	D. Antonio del Hierro y Oliver.
4.º	6.º Cataluña.		Reus.	D. Joaquin Gayon.
5.º	7.º Cataluña.	Valencia.	Alicante.	D. José Segarra.

A estos cuerpos se les señaló el uniforme siguiente:

Regimientos de línea. Casaca sin solapa, cartera á la walona, barras, vueltas, golpe al cuello, y pantalon azul turquí: botin corto, negro; boton dorado con una flor de lís, y el número del regimiento: encima de los golpes del cuello, dos flores de lís de metal amarillo: schakó cilíndrico de fieltro negro, visera orizontal, carrilleras, escudo y presilla de laton; galon en el borde de la imperial, y pompon con flama encarnada y amarilla para las compañías de granaderos y cazadores, charreteras encarnadas y amarillas, capote grís sin esclavina; y en verano pantalon y botin de lienzo.

Para las divisas en cuello, dragonas, portezuela de la boca-manga y vivos, se admitieron los colores siguientes:

Números 1.º y 2.º. . . .	Carmesí.
Idem 3.º y 4.º.	Celeste.
Idem 5.º y 6.º.	Amarillo.
Idem 7.º y 8.º.	Melocoton.

Ligeros. Las mismas prendas como los de línea, con solo la diferencia de que en lugar del color azul turquí era verde oscuro y las lises del cuello y boton de cabeza de turco, de metal blanco con las charreteras de color carmesí.

Para las divisas se prescribieron los siguientes colores:

	CUELLO.	GOLPES.	PORTEZUELA.	VIVOS.
Números 1.º y 2.º. . . .	Verde.	Carmesí.	Carmesí.	Carmesí.
Idem 3.º.	Idem.	Idem.	Idem.	Idem.
Idem 4.º y 5.º.	Carmesí.	Verde.	Idem.	Idem.

Por Real órden de 3 de marzo de 1823 se crearon otros tres cuerpos en esta forma:

REGIMIENTOS DE LINEA.

Regimientos nuevos.	Cuerpos que sirvieron de base.	Los que se amalgamaron en cada uno de ellos.	Puntos de organizacion.	CORONELES.
9.°	Provisional de Valencia..	Altar y Trono. . . . Inmortal Elío. . . .	Palma de Mallorca	D. José Barradas.
10.	10. de Cataluña..	Quintos.	Villafranca de Panadés. .	D. José de Torres.

REGIMIENTO LIGERO.

6.°	Guias de Quesada.	Quintos.	Granada. .	Baron de Fuente Quinto.

En 16 de agosto del espresado año el servicio de los soldados de Milicias, que por su ordenanza debia ser de diez años, se redujo á ocho, y en mayo del siguiente se prescribió que, no obstante lo prevenido en disposiciones anteriores, se obligase á los tambores y pífanos á servir seis años, despues de cumplir los diez y seis de edad, en los regimientos en que hubiesen recibido su instruccion.

Por este tiempo se igualaron los haberes de los cuerpos de línea y ligeros, reduciéndose á la mitad en unos y otros la gratificacion de armas.

Hemos visto que en la organizacion dada á la infantería en 1824, se omitieron los nombres que hasta entonces habian llevado nuestros regimientos, no admitiéndose otro distintivo que una simple numeracion. Natural era que esta omision diese lugar á muchas reclamaciones. Nuestro peonaje no podia despojarse, sin sentirlo profundamente, de esa brillante auréola que rodeaba unos nombres que cien veces habia inmortalizado en ambos emisferios. Perder sus antiguas denominaciones era perder un patrimonio de gloria adquirido y enriquecido con su sangre.

El Gobierno no podia menos de comprender lo que habia de fundado en estas quejas, y así es que por Real órden de 7 de junio de 1826 dió á los cuerpos reorganizados los nombres siguientes:



DE LINEA.

Número 1.º	Rey.
Número 2.º	Reina.
Número 3.º	Príncipe.
Número 4.º	Infante.
Número 5.º	Saboya.
Número 6.º	Africa.
Número 7.º	Zaragoza.
Número 8.º	Estremadura.
Número 9.º	Almansa.
Número 10.	San Fernando.

LIGEROS.

Número 1.º	Cazadores del Rey.
Número 2.º	Aragon.
Número 3.º	Gerona.
Número 4.º	Valencia.
Número 5.º	Bailen.
Número 6.º	Navarra.

Por resolucion del mismo 7 de junio se creó el regimiento número 7.º con el nombre de Albuhera, dándole por divisa el color de limon.

En 23 de enero de 1827 se concedió á la infantería el aumento de un subteniente por compañía, y poco tiempo despues (24 de mayo) volvió á crearse el regimiento fijo de Ceuta bajo el pié del reglamento de 2 de marzo de 1815, señalándosele la divisa anteada y dándose su mando al coronel D. Mateo Ramirez.

El año siguiente (29 de marzo) recibió la infantería un nuevo aumento. Se reorganizaron bajo el mismo pié que los demas, los cuerpos antiguos que á continuacion se espresan:

Divisa.	Núm.	Nombre.	Puntos de organizacion.	CORONELES.
Color de fuego.	11.	Zaragoza...	San Sebastian. . .	D. Francisco de Paula Figueras.
	12.	Mallorca...	Zaragoza.	D. Isidro de Diego.
Carmesí. . . .	13.	América...	Santoña.	D. Juan Sandoval.
	14.	Estremadura.	Alcalá de Henares.	D. Joaquin Cos Cayon.
Amarillo. . . .	15.	Castilla.. . .	Lugo.	D. Francisco Sanjuanena.
	16.	Borbon... .	Granada.	D. José Barradas.
Blanco.	17.	Almansa. . .	Valencia.	D. Juan Antonio Pardo.

Despues de tantas alteraciones como habia sufrido esta arma desde pocos años á esta parte, hacíase sentir la necesidad de un reglamento general que abrazara todos los estremos de organizacion, y estableciera reglas fijas en todos ellos, á fin de que no hubiese oscilaciones y que conservaran todo su vigor los principios en que se funda la fuerza y el poder de un ejército. Esta necesidad fué palpada por los inspectores; lo fué tambien por el ministro de la Guerra, y en 31 de mayo del citado año vino á satisfacerla un Real decreto, que por muchos conceptos es muy digno de estudio y de meditacion.

Por este reglamento la infantería debia constar de seis regimientos de la Guardia, de los cuales dos habian de ser de provinciales; de diez y siete regimientos de línea, seis de ligeros y el fijo de Ceuta; de cuarenta y tres regimientos provinciales; de los cuadros y tropa existente de tres regimientos de suizos, y de catorce compañías de veteranos.

La Guardia, de la cual se habia declarado el rey coronel general, formó un cuerpo de ejército bajo sus inmediatas órdenes.

Constaba este ejército de dos divisiones.

La primera, la constituian el 1.°, 2.°, 3.° y 4.° regimientos de granaderos, divididos en dos brigadas.

La fuerza total de la division era de tres generales, trescientos sesenta y dos jefes y oficiales, diez y seis capellanes y cirujanos y ocho mil cuarenta individuos de tropa.

La segunda se componia de los granaderos y cazadores provinciales, divididos tambien en dos brigadas, una de granaderos, y otra de cazadores provinciales que alternaban entre sí, estando la una sobre las armas y la otra en provincias.

La fuerza total de esta division era de tres generales, trescientos noventa y dos jefes y oficiales, veinte y cuatro capellanes y cirujanos y ocho mil doscientos sesenta y ocho individuos de tropa.

Los diez y siete regimientos de infantería de línea tomaron la denominacion y número siguientes:

Rey, 1.° de línea.	Zamora 7.°	Mallorca 12.
Reina 2.°	Soria 8.°	América 13.
Príncipe 3.°	Córdoba 9.°	Estremadura 14.
Infante 4.°	San Fernando 10, (por privilegio.)	Castilla 15.
Saboya 5.°	Zaragoza 11.	Borbon 16.
Africa 6.°		Almansa, 17.

A los seis regimientos de infantería ligera se les dieron la denominacion y número siguientes:

Cazadores del Rey, 1.° ligero.	Voluntarios de Gerona 3.°	Bailen 5.°
Voluntarios de Aragon 2.°	Voluntarios de Valencia 4.°	Voluntarios de Navarra 6.°

Los diez primeros regimientos de infantería de línea, conservaron organizados sus terceros batallones. Los demas de línea, y los regimientos ligeros se componian de dos batallones.

Cada batallon constaba de una compañía de granaderos, otra de cazadores, y seis de fusileros.

La plana mayor de un regimiento, se componia de un coronel, un teniente coronel mayor, un tambor mayor, doce músicos, incluso el músico mayor, un maestro sastre, y un maestro zapatero.

La de un batallon, de un comandante, un ayudante primero de la clase de capitan, un ayudante segundo de la de tenientes, un abanderado de la de subteniente, un capellan, un cirujano, un cabo de tambores, y un maestro armero.

La organizacion de las compañías era uniforme, y su cuadro en tiempo de paz se componia de un capitan, un teniente, un subtenien-



te, un sargento primero, tres segundos, ocho cabos, cinco de primera clase incluso el furriel, y tres de segunda, y dos tambores.

La fuerza de soldados de una compañía podia variar. El menor término de la fuerza efectiva en tiempo de paz, era de cincuenta y dos hombres. Siempre que llegase á recibirse el aumento de treinta soldados, el cuadro de la compañía debia aumentarse tambien en un oficial, un sargento y dos cabos.

Cada uno de los regimientos de infantería de línea, mantenia un número de cuadros de compañías de depósito igual al de sus batallones, cuya organizacion en tiempo de paz era la siguiente: Un teniente, dos subtenientes, dos sargentos, tres cabos de primera clase incluso el furriel, dos de segunda y seis tambores.

Por consiguiente la meyor fuerza del pié efectivo en tiempo de paz debia ser la siguiente:

	Gefes y oficiales.	Capellanes y cirujanos.	TROPA.
De un batallon de infantería de línea con la compañía de depósito.	31	2	538
De un regimiento de dos batallones, incluyendo las compañías de depósito.	64	4	1091
De un regimiento de tres batallones con las compañías de depósito.	93	6	1629
De un regimiento ligero.	38	4	1073

Habia ademas ocho cuadros de oficiales de residencia fija, correspondientes á otros tantos regimientos de infantería de línea.

Estos cuadros estaban destinados á reemplazar las vacantes de los cuadros organizados, y á dar al arma la estension conveniente en los casos necesarios ó estraordinarios.

Se conservaron los tres cuadros y tropa existente de los regimientos suizos de Wimpffen, vacante de Kaiser, y vacante de Zey, sin perjuicio del definitivo arreglo que conviniere en esta materia.

El regimiento fijo de Ceuta, se organizó de un modo uniforme á los regimientos de infantería de línea de tres batallones, sin las compañías de depósito.

Ademas del objeto militar de su servicio de residencia fija, estaba tambien destinado á recibir la tropa de otros cuerpos para correccion ó para afianzar su disciplina.

Las dos compañías fijas de infantería de Ceuta, quedaron reformadas, refundiéndose su fuerza en las del regimiento fijo.

Los cuarenta y tres regimientos provinciales, conservaron la organizacion que tenian.

La octava parte de estos cuerpos, alternando entre sí las compañías de preferencia, estaba de continuo servicio, de modo que al cabo de dos años, la cuarta parte de dichos regimientos se hallaba perfeccionada en instruccion y práctica del servicio.

Permanecian en las capitales de los regimientos provinciales, en contínuo servicio, la tercera parte de los sargentos y cabos primeros, y los tambores de las compañías que no se hallaban sobre las armas.

Un regimiento provincial sobre las armas, no tenia mas que dos jefes presentes. El teniente coronel quedaba en provincia, considerándosele como jefe de depósito.

De los cuerpos y compañías de inválidos, y de las compañías fijas se conservaron las siguientes:

1. El cuerpo de veteranos de Madrid y sitios reales.
2. La compañía de Sevilla.
3. La compañía de la Alhambra en Granada.
4. La compañía de Marvella.
5. La compañía de Motril.
6. La compañía de Almería.
7. La compañía fija de los presidios menores.
8. La compañía de San Lucar.
9. La compañía de Alcántara.

Los sueldos de los jefes y oficiales en activo servicio de sus empleos en los regimientos, y los haberes de tropa no sufrieron alteracion, si bien se impuso en favor del Monte pio militar el descuento de diez por ciento desde la clase de capitan general hasta la de capitan inclusive, y el de seis por ciento á los tenientes y subtenientes.

La suma de estos descuentos debia ponerse á disposicion de la junta gubernativa de dicho Monte para su esclusiva aplicacion á las viudas y huérfanos militares, ademas de los socorros que el rey tuviese á bien dedicar á tan sagradas atenciones.



A las plazas de prest y á todos los individuos de tropa se les impuso igualmente el descuento de dos maravedís en sus haberes, premios y abonos de cualquiera especie con el mismo objeto.

En el sueldo de los coroneles se deducia la cantidad que se les señalaba por gratificacion de gastos de mando, por no ser parte del sueldo propiamente dicho.

Suprimiéronse las gratificaciones de hombres y armas que hasta entonces se habian abonado á los cuerpos de tropa, por no reemplazarse ya estos por el sistema de enganchamientos y por recibirse las armas de las reales fábricas.

La gratificacion de gran masa cesó de ser mensual ó pagadera en cada mes, debiendo recibir los cuerpos á cuenta de esta gratificacion los fondos y efectos necesarios para vestir los hombres que entrasen en el servicio, y para renovar las prendas á proporcion que fuese espirando el plazo señalado á cada una.

Para gastos de conservacion, recomposicion y otras de legítimo abono, se les asignó una sola gratificacion denominada de *entretenimiento* y pagadera al pié de su completo al mismo tiempo que el sueldo. Esta gratificacion y la masita debian ser administradas por ellos, bajo la precisa direccion de los respectivos inspectores. Debia tambien abonárseles para el sostenimiento de la música una cantidad mensual, reducida á justas proporciones y al mínimum de gastos.

Por consideraciones de economía para el tesoro y de conveniencia para la oficialidad, se estableció un órden de licencias semestrales, segun el cual podia ausentarse de las filas con medio sueldo y por seis meses, un oficial por compañía en la Guardia Real y cuatro por batallon en los regimientos de infantería, un capitan y tres subalternos.

Concedíanse tambien licencias eventuales con sueldo entero á los jefes y oficiales que las solicitasen por enfermedades justificadas; fuera de este caso se daban con medio sueldo, el cual cesaba en las prórogas.

Los oficiales é individuos de tropa que pasasen á los hospitales militares para su curacion y existencia, solo tenian derecho, des-



pues de su regreso y presentacion en los cuerpos, á una parte del sueldo, siendo esta para los primeros, la tercera parte, para los sargentos veinte maravedís diarios, y para los demas individuos de tropa, doce.

Las vacantes de oficiales que ocurrian en los cuerpos organizados, debian proveerse del modo siguiente:

1.° Las dos terceras partes por reemplazo de los oficiales escedentes á quienes se conservaba esta calidad en el decreto sobre oficiales escedentes; y la otra tercera parte por ascenso entre los oficiales que se hallasen ejerciendo sus empleos en los cuerpos organizados.

2.° Cuando se tuviese reemplazado la sesta parte de los oficiales escedentes con opcion á reemplazo, la mitad de las vacantes habia de proveerse por reemplazo; y la otra mitad por ascenso de los oficiales de los cuerpos.

3.° En reemplazándose las dos sestas partes de los oficiales escedentes con opcion á reemplazo, la tercera parte de las vacantes, debia proveerse por reemplazo; y las dos terceras partes restantes por ascenso entre los oficiales de los cuerpos.

Para optar al ascenso inmediato, se requeria la antigüedad de cuatro años al menos en el que se obtenia.

Todos los años hácia el mes de octubre, los inspectores generales permanentes, y los que el rey tuviese á bien nombrar en comision, debian pasar las revistas generales de inspeccion, á los cuerpos de tropa del arma.

En los regimientos de la Guardia Real, las revistas anuales y definitivas de inspeccion, se habian de pasar por los respectivos comandantes generales.

La administracion militar quedó radicada en el ministerio de la Guerra; siendo los empleados en este ramo enteramente subordinados al mismo ministerio.

Preveníase tambien en el reglamento que nos ocupa, la forma en que debia componerse el ejército de Indias.

Habia de estar de guarnicion en las Islas Canarias, un regimiento de infantería peninsular, ademas de la fuerza provincial de Milicias disciplinadas de las islas.

El ejército de la Isla de Cuba, debian componerlo las fuerzas siguientes:

1.° Doce cuerpos de infantería veterana, de los cuales nueve eran peninsulares, con las denominaciones siguientes: Regimiento de Leon, de la Habana, de Cuba, 1.° de Cataluña, Tarragona, España, Barcelona, 2.° de Cataluña, Galicia, 1.° y 2.° provisional.

2.° Los voluntarios de mérito de la Habana.

3.° La fuerza de infantería provincial ó milicias disciplinadas compuestas del regimiento de la Habana, batallon de voluntarios de Cuba y Bayamo, otro de Puerto Príncipe, otro de las Cuatro Villas, batallon de pardos leales de la Habana: otro de pardos de Cuba y Bayamo, y otro de morenos leales de la Habana.

4.° Finalmente, los batallones voluntarios de Fernando VII, y las compañías de blancos, pardos y de morenos que formaban las milicias urbanas y rurales regularizadas.

El pié actual de las fuerzas militares de la Isla de Cuba, incluso todas las armas, era entonces de diez y ocho mil trescientos hombres. Dichas fuerzas al pié de su completo, componian veinte y dos mil; y el total de las organizadas, incluyendo las urbanas, era de treinta mil.

En la Isla de Puerto Rico debia haber á lo menos un regimiento peninsular de infantería, ademas de las milicias disciplinadas.

La fuerza de las Islas Filipinas, ademas de las compañías de alabarderos de la Guardia Real del sello, la constituian los cuerpos siguientes:

1.° De infantería veterana, los regimientos de línea, Reina, Fernando VII 2.° y 3.°, y del 1.° ligero.

2.° La fuerza provincial, compuesta de los cuerpos de infantería de granaderos de Luzon, infantería de Pangasinan, de la Pampanga, de Batanga, granaderos de marina, cazadores de Ilocos, y ligeros de flecheros, ademas de la compañía de inválidos y milicias urbanas de Manila.

La organizacion de los regimientos del ejército de Indias, era apropiada á las condiciones especiales del servicio en aquellos paises.

Cada regimiento de infantería, constaba de un solo batallon con

mil plazas lo menos, distribuidas en ocho compañías, de las cuales era una de granaderos y otra de cazadores, teniendo ademas cada regimiento una compañía de depósito.

La plana mayor de un regimiento se componia de un primer comandante de la clase de teniente coronel con el sueldo en España de un coronel de infantería ligera, un segundo jefe de la de comandante, un mayor comandante, un ayudante mayor de la clase de capitan segundo, y otro segundo de la clase de teniente, un abanderado de la de subteniente, un sargento primero de brigada ó subayudante, un tambor mayor, un cabo de tambores, doce músicos, incluso el mayor, dos maestros armeros, un maestro sastre y un maestro zapatero. En todo tres jefes, tres oficiales, un sub-ayudante sargento, y diez y ocho hombres de tropa.

Era declarado coronel de infantería el primer comandante de un regimiento al cabo de cinco años de mando en el servicio de Indias.

La organizacion de las compañías era uniforme, y consistia en un capitan de primera clase con el sueldo en España de capitan, otro de segunda clase con el de seiscientos reales mensuales, dos tenientes y dos subtenientes, un sargento primero, cinco segundos, ocho cabos de primera clase, incluso el furriel, seis de segunda, ciento dos soldados lo menos y tres tambores. En todo seis oficiales y ciento veinte y cinco hombres de tropa.

El gran completo de un regimiento se fijó en mil doscientas plazas, teniendo en este caso cada compañía seis oficiales y ciento cincuenta hombres de tropa.

El cuadro de la compañía de depósito de cada regimiento debia componerse del modo siguiente: un capitan, dos tenientes y un subteniente, un sargento primero, cuatro segundos, ocho cabos de primera clase, incluso el furriel, ocho de segunda y un tambor. En todo cuatro oficiales y veinte y dos hombres de tropa.

Se prescribió que los capitanes de segunda clase, al volver al ejército de la Península, si tuviesen cinco años de ejercicio en dicho empleo en el servicio de Indias, fuesen incorporados en la escala de capitanes, pero si tuviesen menos tiempo de ejercicio, eran considerados como capitanes graduados.

Cuando la fuerza de las compañías no llegase á lo menos á ciento

veinte y cinco hombres, no habia de proveerse el empleo de capitan de segunda clase.

Para nutrir las filas de los cuerpos de Ultramar se conservó el antiguo sistema de banderas ó recluta, y al efecto se mandó que cada regimiento de los peninsulares tuviese en España su compañía de depósito, la cual, bajo la direccion del inspector general respectivo, habia de establecer sus partidas de bandera ó de recluta en los puntos convenientes.

En tiempo de paz correspondian al ascenso del ejército de la Península las vacantes siguientes de las que ocurrieran en los regimientos peninsulares de infantería, estando de guarnicion en los espresados dominios.

1.° La mitad de las vacantes de mayor comandante.

2.° La tercera parte de los empleos de capitanes y tenientes.

3.° La mitad de los empleos de subtenientes.

Estos últimos se proveia por partes iguales entre los cadetes y sargentos primeros, dando una á un cadete y otra á un sargento primero.

Para que en el ejército de Indias pudiese optarse al ascenso inmediato, era necesaria á lo menos la antigüedad de tres años en el empleo inferior.

En virtud del decreto á que nos referimos, los regimientos denominados Zaragoza, Estremadura y Almansa, tomaron los nombres de Zamora, Soria y Córdoba, reorganizándose este último en Palma de Mallorca.

Se hicieron tambien variaciones en el uniforme.

Para los cuerpos de línea, se adoptó la casaca azul turquí sin solapa; cuello, portezuela de la manga, y vivo blanco, con sobrepuesto en el cuello azul turquí; cartera á la walona, boton dorado llano, con solo un filete al canto, y en el centro el número del regimiento; pantalon ancho de paño azul turquí, con botines negros; y de lienzo blanco con botines de lo mismo; schakó con escudo y carrilleras de laton; pompon y galon encarnado en las compañías de granaderos, verde en las de cazadores, y amarillo en las de fusileros. El de la infantería ligera, se compuso de casaca verde oscuro sin solopa; cuello, portezuela de la manga, y vivo amarillo, con sobre-



puesto en el cuello verde oscuro; cartera á la walona; boton blanco convexo, con solo un filete al canto, y en el centro el número del regimiento; pantalon ancho de paño verde oscuro con botin negro, y de lienzo blanco con botin de lo mismo; schakó con escudo y carrilleras de laton; pompon y galon encarnado en las compañías de carabineros, verde en las de tiradores, y amarillo en las de cazadores.

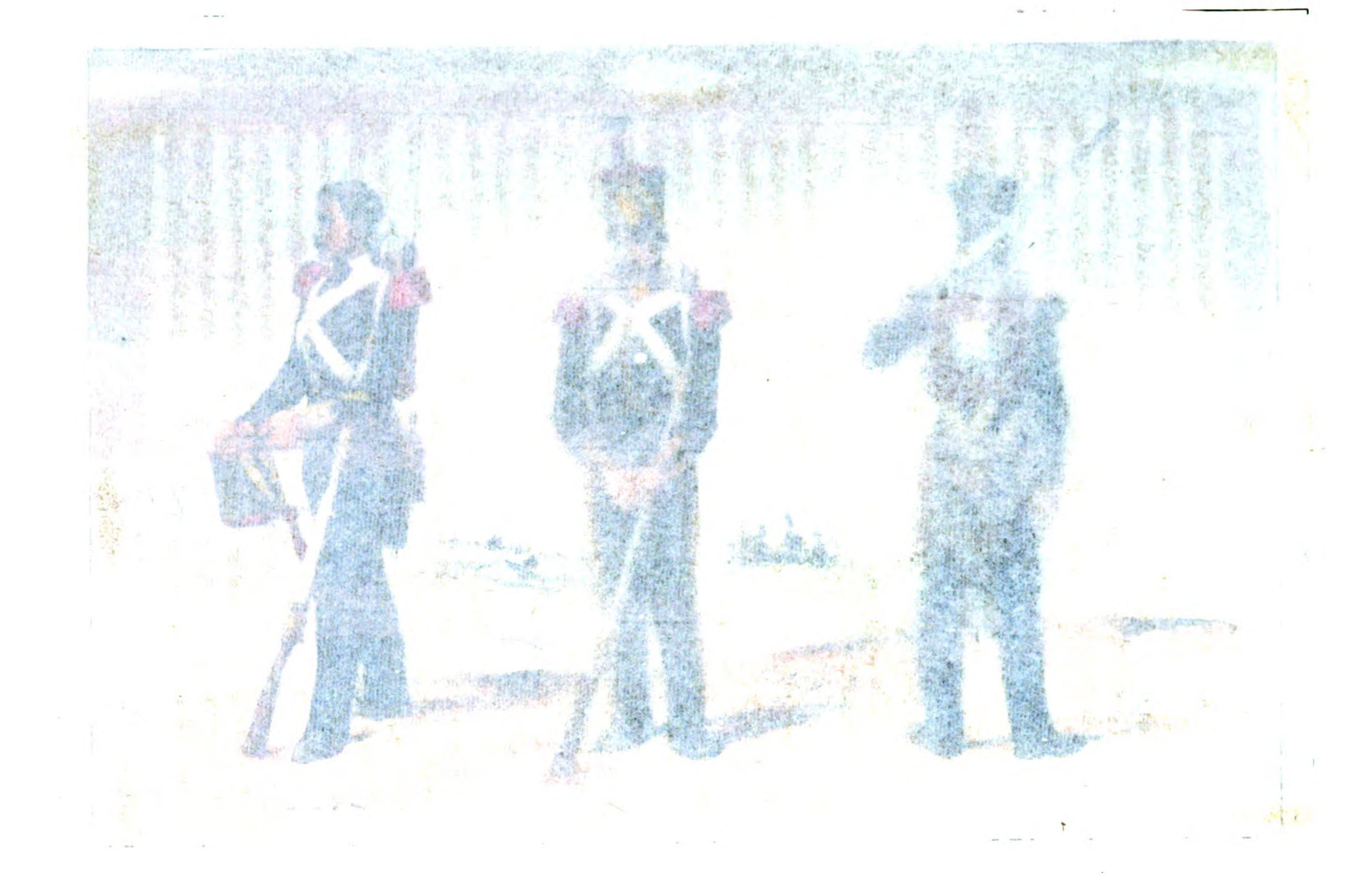
Véase la adjunta lámina: El número 1 representa un granadero, el número 2 un soldado ligero, y el número 3 un cazador.

Habiendo acudido á S. M. en 1827 el primer comandante del batallon de España en Ultramar, en reclamacion de preferente antigüedad de este cuerpo al de la Union, pasó esta esposicion á informe del inspector general de infantería. Este estudió la cuestion con el detenimiento que merecia, y en un escrito lleno de muy justas apreciaciones, manifestó la necesidad de que se determinasen de un modo invariable los títulos ó nombres de cada uno de los cuerpos del arma para fundar el derecho de antigüedad y órden de preferencia en los actos de servicio, y pidió á S. M. que se restableciesen los antiguos nombres, y la antigüedad de primitiva creacion de los regimientos.

El gobierno tomó en cuenta las razones emitidas por el inspector, que fueron apoyadas por el supremo consejo de la Guerra, y en 8 de mayo de 1829, comunicó sobre este particular al capitan general de la Isla de Cuba la Real órden que sigue:

«El rey nuestro señor se ha enterado de cuanto contiene el oficio de V. E. de 13 de marzo de 1827, dando cuenta documentalmente de la reclamacion que el comandante del batallon de España hacia sobre la antigüedad de este cuerpo con preferencia al de la Union. Tambien se ha instruido S. M. del oficio del inspector general de infantería de 18 de diciembre del mismo año, informando sobre el propio asunto, y acerca de la antigüedad en general de los regimientos de su cargo. Igualmente se ha impuesto S. M. de lo que el supremo consejo de la Guerra en el pleno celebrado en 19 de febrero de este año, con presencia de los antecedentes que para ilustracion de la materia habia estimado reunir al espediente, acordó proponer á S. M.: y conformándose con el dictámen de dicho su-

1828.



1828.



1 2 3

Gimenez del   Imp Lemercier, Paris   V Adam lith.

premo tribunal, se ha dignado conceder, tanto á los regimientos existentes en la Península, como á los peninsulares que guarnecen las islas de Cuba y Puerto-Rico, la antigüedad de su primitiva creacion y prerogativas que antes disfrutaban, supriméndose en estos el epíteto de espedicionarios con que se han distinguido los cuerpos de Ultramar, debiéndose las guarniciones de América considerar como otra cualquiera de los dominios de S. M. que deben cubrir las tropas de su ejército.»

Para llevar á cabo lo dispuesto en este decreto, la inspeccion comunicó á los cuerpos del arma una circular, que por su importancia merece que la consignemos aquí.

«El Excmo. señor secretario de Estado y del Despacho de la Guerra en 8 del actual traslada á V. S. (dice este documento), la Real órden de la propia fecha, por la que S. M. se ha dignado conceder, tanto á los regimientos existentes en la Península, como á los peninsulares que guarnecen las islas de Cuba y Puerto-Rico, la antigüedad de su primitiva creacion y prerogativas que antes disfrutaban, supriméndose en estos el epíteto de *espedicionarios* con que se han distinguido los cuerpos de Ultramar, debiéndose considerar las guarniciones de América como otra cualquiera de los dominios de S. M.

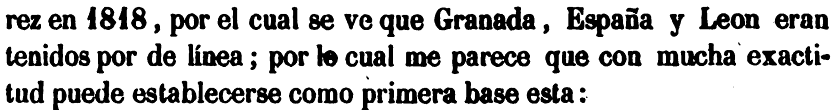
En vista de la Real órden que antecede, S. M. se ha dignado equiparar el servicio de Ultramar con el de la Península en cuanto á la unidad de escala y numeracion.

Por consiguiente, despues del número quinto de la actual escala, que es Saboya, creado en 1537, entran Galicia y Corona, creados en igual fecha de 1537, los cuales guarnecen la isla de Cuba desde 1825 y 28.

Despues del regimiento de Córdoba debe intercalarse el de Granada, que se halla en Puerto-Rico; á este sigue el de España, que se halla en Cuba.

Todo esto en la suposicion de que Galicia, Corona, Granada, España y Leon son de línea; pues con respecto á este punto nada se ha decidido. Jamás se ha tratado esencialmente de esta division despues de 1823; y lo último que queda para solventar con alguna legalidad y fundamento esta duda, es el arreglo que hizo el Sr. Pi-

rez en 1818, por el cual se ve que Granada, España y Leon eran tenidos por de línea; por lo cual me parece que con mucha exactitud puede establecerse como primera base esta:



1.ª Los regimientos de Galicia, Granada España y Leon serán reputados de línea, porque se han formado de aquellos cuerpos que llevaban estos nombres en el arreglo de 1818. Y el provisional de Galicia, que ahora se denomina Galicia por Real órden de 7 de diciembre de 1827, se formó por otra Real órden de 29 de enero de 1825, debió organizarse con los restos de los regimientos espedicionarios de España y Union, antes Valencey, que ambos eran de línea.

2.ª Por las mismas razones serán considerados como ligeros: 1.° y 2.° de Cataluña, Tarragona, Barcelona y Albuhera, porque todos estos lo eran en 1818.

3.ª Que la brigada de la Corona no puede tener número; pues seria una complicacion dar lugar á una brigada en una numeracion de regimientos; pero que por los términos espresos de la Real órden de 22 de junio de 1827 se considere como cuerpo ligero, y que cuando uno de los batallones de esta brigada concurra en formacion con otros de su instituto, tome el último lugar, porque como de línea es de 1537, pero como ligero es de 1827.

Segun estas bases se estableceria la numeracion siguiente:

	LINEA.	Epoca de la creacion.	Ejército.	Número actual.
1.°	Rey.	Inmemorial: Privilegio. . .	Europa. . . .	1
2.°	Reina.	1537.	Id.	2
3.°	Príncipe. . . .	1537.	Id.	3
4.°	Infante.	Por privilegio.	Id.	4
5.°	Saboya.	1537.	Id.	5
6.°	Galicia.	1537.	Ultramar. . .	6
7.°	Africa.	1559.	Europa. . .	7
8.°	Zamora. . . .	1590.	Id.	8
9.°	Soria.	1591.	Id.	9
10.	San Fernando.	Por privilegio.	Id.	10
11.	Córdoba. . . .	1650.	Id.	11
12.	Granada. . . .	1657.	Ultramar. .	12

13.	España..	1660..	Ultramar. .	»
14.	Zaragoza.. . .	1660	Europa. . .	11
15.	Mallorca. . . .	1662..	Idem. . . .	12
16.	Leon.	1694..	Ultramar. .	»
17.	América. . . .	1764..	Europa. . .	13
18.	Estremadura. .	1766..	Idem. . . .	14
19.	Castilla. . . .	1793..	Idem. . . .	15
20.	Borbon. . . .	1796..	Idem. . . .	16
21.	Almansa.. . .	1824..	Idem. . . .	17
	Ceuta.	1703 (fijo).	Idem. . . .	»

Resultando 22 regimientos de línea.

LIGEROS.

1.°	Cazadores del Rey.	Por privilegio.	Europa. . .	1
2.°	Voluntarios de Aragon.. . .	1762..	Idem. . . .	2
3.°	1.° de Cataluña.	1762..	Ultramar. .	»
4.°	2.° de idem. . .	1762..	Idem. . . .	»
5.°	Tarragona.. . .	1792..	Idem. . . .	»
6.°	Gerona... . . .	1792..	Europa. . .	3
7.°	Barcelona. . . .	1794..	Ultramar. .	»
8.°	Voluntarios de Valencia. . .	1794..	Europa. . .	4
9.°	Voluntarios de Navarra. . .	1802..	Idem. . . .	6
10.	Voluntarios de Bailen. . . .	1808..	Idem. . . .	5
11.	Albuhera. . . .	1815..	Ultramar. .	7
12.	Corona. . . .	1827..	Idem. . . .	8

»Para no alterar los números en los botones y chapas con frecuencia, me parece que convendria sustituir los nombres á los números, como se ha ejecutado en el de Ceuta; y así llevando el boton, la chapa y el sello la denominacion del regimiento, el número se podrá alterar siempre que se formen nuevos cuerpos sin necesidad de trastornarlo todo. Por ahora bastaria pasar los números y botones de un regimiento á otro, por manera que esten en correspondencia exacta.»

»Antes de circular esta nueva numeracion embebiendo en ella el ejército de Indias, tal vez convendria elevarlo á la superioridad para que recaiga la Real aprobacion correspondiente; pero desde luego puede comunicarse la órden al primero de línea para que tome el título de *Inmemorial del Rey*, y entre en el goce de las prerogativas que le estaban concedidas como el cuerpo preferente del arma.»

»Conviene igualmente comunicar al subinspector de Cuba la aclaracion necesaria para que se restablezcan los institutos de línea y ligeros con arreglo á los antiguos cuerpos de Ultramar y su procedencia, denominándose de línea los de *Galicia* (formado de Valencey y España), *Granada*, *España* y *Leon*, formados de los de estos títulos: y ligeros, los de *Cataluña* 1.° y 2.°, *Tarragona*, *Barcelona*, *Albuhera* y *Corona*, y previniendo que con arreglo á este órden se establezca la procedencia de los cuerpos en la formacion.»

Determinóse en Real órden de 19 de julio, que en cada compañía de cazadores de los cuerpos de línea hubiera solo dos cornetas, quedando uno suprimido; que en las compañías de carabineros y tiradores de los ligeros, se verificara lo mismo, quedando reformado el tambor; y en las de cazadores, hubiese solo un corneta y un tambor; de manera que resultaban catorce tambores y dos cornetas en cada batallon de línea; y en cada uno de los ligeros diez cornetas y seis tambores.

Tambien se recordó en 17 de setiembre el cumplimiento de las reales órdenes de 1.° de mayo de 1723, y 18 de enero acerca del saludo que debian hacer las banderas al Santísimo Sacramento.

La urgencia de proveer de tropa europea el archipiélago Filipino, produjo la real órden de 28 de noviembre de 1829, por la cual se creó en Cádiz el regimiento infantería de Asia, que se embarcó tan pronto como terminó su organizacion.

El vestuario de la infantería quedó determinado en este mismo año de 1829, admitiéndose uniforme para los respectivos institutos, á saber: para el de línea la divisa blanca con los cabos dorados; y para el ligero divisa amarilla y cabos blancos.

En 1828 el gobierno habia dispuesto que la gratificacion de gran masa no fuese mensual ó pagadera en cada mes á los cuerpos al mis-

mo tiempo que el sueldo y el prest. Esta medida habia sido motivada por la circunstancia de no haberse pagado dicha gratificacion antes de 1.° de julio de dicho año, segun la total asignacion de los reglamentos, requiriéndose por lo mismo un método provisional que reparando las necesidades mas urgentes, y nivelando la situacion de este servicio, hiciese posible la aplicacion de un sistema normal y constante, á la administracion general del arma.

Efectivamente, á los dos años, por medio de los crecidos créditos destinados al vestuario, y de los arbitrios especiales consignados á los cuerpos, se llegó á llenar en gran parte el gran vacío que habia dejado la administracion de los catorce años anteriores.

De suerte que en 1830 estaba ya la administracion en el caso de poder normalizarse, cesando desde luego las medidas escepcionales á que habia tenido que recurrir, por no ser suficientes las ordinarias. Esta consideracion dió lugar á la real órden de 14 de junio del espresado año, por la cual se dividió en dos partes el servicio del vestuario y equipo del ejército, que estaba á cargo de la administracion general del ministerio de la Guerra. La una comprendia la primera puesta de todas las prendas de vestuario y equipo de los quintos ó voluntarios en su primera entrada en el servicio; y la segunda, la renovacion periódica de las prendas principales ó de mayor coste y duracion y de todas aquellas á cuyo reemplazo no alcanzaran los medios económicos de la administracion particular ó interior de los cuerpos.

Las prendas que constituian la primera, eran las siguientes:

Camisas.	3
Pares de pantalones de lienzo.	2
Pares de botines de lienzo.	2
Pares de zapatos.	2
Gorros de cuartel.	1
Corbatines.	2
Funda de cartuchera.	1
Pares de botines negros.	1
Pompon ó plumero.	1

Pares de tirantes de pantalones.	1
Pañuelos de bolsillo.	2
Morral.	1
Bolsa de aseo con peine, escarpidor, cepillos de ropa y calzado, alfileteros, tijeras, avíos de limpieza y coser, y algunos botones de uniforme.	1
Agujeta con su escobilla.	1
Número de prendas por plaza segun las armas.	21
Suma de precios de la anterior nomenclatura.	174
Prenda de paño que en la primera puesta de este año se dió en dinero, por no estar aun celebradas las contratas con las fábricas.	
Casaquilla ó chaqueta de paño segun los institutos.	48
Suma general de esta primera puesta de vestuario por plaza segun las armas.	222

Esta primera puesta debia abonarse á los nuevos soldados á razon de tanto por plaza en los estractos de revista, siendo de rigurosa condicion al efecto, que la fuerza de los cuerpos no escediese de la determinada para cada uno, y que ante los comisarios encargados de las revistas, se verificase la presentacion personal de aquellos con su filiacion personal.

Las demas prendas hasta el completo de uniforme de los nuevos soldados, debian costearse por los fondos generales del artículo *Vestuario* del presupuesto, prévias las contratas directas con las fábricas ó fabricantes que oportunamente se habian de publicar.

Las disposiciones de que acabamos de hacer mencion dieron muy buenos resultados. Merced al buen sistema por ellas establecido, al año y medio la infantería se hallaba completamente vestida y equipada; no faltaba ya mas que dar alguna ampliacion á las prescripciones que habian producido tan ventajoso resultado, determinando de un modo estable y definitivo todos los detalles del servicio general de vestuario y equipo; y este vacio, lo llenó completa-

mente la instruccion reglamentaria que por decreto de 31 de mayo de 1832 dió S. M. á los cuerpos del arma, mejorando la condicion de las tropas y aventajando la de los sargentos, por medio de entendidas combinaciones administrativas, sin alterar en nada los principios de economía consignados en el presupuesto general.

En este reglamento se prescribió la parte del prest que debia destinarse al rancho con arreglo á los datos suministrados por la esperiencia, debiendo emplearse en la alternacion de los comestibles, la mejoria de su calidad y condimento, las ventajas que resultasen de las modificaciones de precios á que en diferentes parages podia haber lugar, y se dispuso que la porcion del haber conocido con el nombre de *sobras*, nunca fuese de menos de tres cuartos ó doce maravedís diarios, en los soldados de última clase.

Los premios por tiempos de servicios y altas pagas ó ventajas por clases de preferencia ó de ascenso ó por servicios particulares fueron considerados como sobras, debiendo distribuirse en la tercera decena del mes.

La nueva masita, considerada como un fondo individual y propiedad del soldado, debia componerse: 1.° del abono en metálico dado de una sola vez al tiempo del primer ingreso en los cuerpos y bajo el título de primera puesta al soldado nuevo, para la totalidad de su servicio; 2.° de la parte de prest líquido mensual, deducida la correspondiente al rancho y las sobras, y 3.° de un suplemento trimestral en metálico abonable segun revistas.

Estos abonos ascendian á 313 rs. por primera puesta, y 9 reales, 9 mrs. por suplemento trimestral, en la infantería de la Guardia, y en la de línea á 210 rs. por el primer concepto, y 6 rs., 18 maravedís por el segundo.

Las prendas á cuyo entretenimiento y renovacion estaba destinada la masita, eran las mismas que detalló el reglamento de 1830 (1), sin mas diferencia que el haberse añadido los pantalones de paño en lugar de la chaqueta ó casaquilla, la cual con las demas prendas principales de vestuario y equipo, quedó á cargo de la administracion general.

Los individuos de tropa de línea que pasasen de unos cuerpos á

(1) Véanse en la página 475.

otros, de arma ó instituto diferente, tenian derecho á suplementos de masita en este órden.

Los que de cualquiera de las armas del ejército pasaran á la Guardia Real de infantería, á ciento.

Los que pasasen á la caballería de la Guardia Real, á ciento sesenta.

Los que en la misma Guardia pasasen de infantería á caballería, á ciento veinte.

Y los que de los institutos montados, pasasen á los de infantería, á cuarenta.

Los sargentos primeros y tambores mayores, gozaban para la renovacion y entretenimiento de las prendas de masita, un aumento de quince reales mensuales, sobre su sueldo, pagaderos trimestralmente.

Para los sargentos segundos y trompetas maestros, este aumento era de siete reales.

Las composturas de las prendas principales se verificaban por los recursos de almacen de los cuerpos, auxiliados en lo necesario por la respectiva gratificacion general de entretenimiento, esceptuándose las que procediesen de actos voluntarios, pues estas así como los demas cargos de voluntaria ó maliciosa procedencia, debian gravar la masita del causante ó culpable.

La primera puesta de las charreteras de sargentos para los cabos primeros ascendidos y de las de soldados de las compañías de preferencia, era cargo á la gratificacion general de entretenimiento, auxiliada por los recursos de almacen; pero la renovacion y entretenimiento de las mismas prendas, quedaban á cuenta de la nueva masita de los interesados.

Los remanentes y valores de las prendas de masita que dejasen los individuos de tropa dados de baja por muerte, acaecida antes del sesto año de servicio, por desercion, ausencia indefinida, condena ó sentencia á presidio, eran aplicados á la gratificacion general de entretenimiento de los cuerpos, en compensacion de la obligacion que tenia dicha gratificacion de reembolsar las deudas de masita que dejara la tropa al tiempo de verificarse su baja por los espresados motivos.

Los alcances de masita pertenecientes á los que fallecieran despues de haber cumplido cinco años, correspondian á sus herederos ó parientes, despues de satisfacer por razon de sufragio, al párroco castrense la cuarta parte de valor.

La gratificacion general de los cuerpos, denominada de entretenimiento, fué destinada á cubrir los gastos generales autorizados ó aprobados que fueren de legítimo abono, como la conservacion y recomposicion del armamento, de las prendas principales de vestuario y equipo, entretenimiento de la capilla, papel, libros, escuelas regimentarias, conduccion de efectos, equipo especial del tambor mayor, cabo de tambores, tambor, corneta, trompeta, gastador, etc.

La gratificacion de música, que se fijó por Real órden de 21 de julio de 1828, se aumentó posteriormente por el haber de plazas de fusileros, que se acordó al número de músicos señalado en la plana mayor de los cuerpos; con este auxilio unido á lo que pudiese suministrar la gratificacion de entretenimiento, habia lo preciso para sostener una música regular, sin recurrir á los antiguos descuentos de sueldos. Esto no obstante, prescribióse en el referido reglamento, como medio muy conducente para lograr un resultado económico, el que se disminuyera el número de músicos de contrata, reemplazándolos con soldados músicos ó de plaza, á quienes se daria una moderada gratificacion.

Las prendas principales de vestuario y equipo, cuya provision debia quedar á cargo de la administracion general, son las siguientes:

VESTUARIO.

La casaca de paño para todas las clases.

El peti ó frac militar para los sargentos, tambor mayor y músicos.

La casaquilla en la Guardia Real, y la chaqueta en los demas regimientos para las clases restantes de tropa.

La levita en los institutos de infantería para los sargentos, tambor mayor y músicos.

El capote para las demas clases.

La gorra de pelo de granaderos de infantería de la Guardia Real.

El morrion.

EQUIPO.

La mochila en los regimientos é institutos de infantería.

El tahalí para las clases, cuerpos ó compañías que usan de sable en los institutos de infantería.

La cartuchera

Y el porta cartuchera.

La provision de dichas prendas habia de verificarse en paños y efectos suministrados segun las formalidades y condiciones de contrata contenidas en el pliego general publicado sobre este servicio, ó en los que en adelante se publicasen, y en abonos en dinero para la construccion de prendas, cuando se suministraran paños ó materias, ó para el total precio de cada una en los casos particulares en que se autorizara su compra por los cuerpos; todo en proporcion de sus necesidades efectivas, segun la incorporacion de soldados nuevos, y á medida que espirara el término legal de duracion señalado á cada prenda para reemplazarla con otra nueva.

Pertenecian por consiguiente al sistema de dùraciones fijas ó legales las espresadas prendas de ropa que habian de ser renovadas por trimestres, las de vestuario, y por años las de equipo, en el inmediato siguiente al del respectivo vencimiento de cada una segun el tiempo de su duracion, que era el siguiente:

PRENDAS NUEVAS.	Tiempo de duracion asignado á cada una.
La casaca de todas clases y peti de sargentos.	45 meses.
La casaquilla y la chaqueta de la infantería de la Guardia Real, y los institutos de infantería del ejército.	53 id.
La levita de sargentos y el capote de los institutos de infantería.	4 años.
La gorra de pelo.	6 id.
La mochila.	8 id.

Y la renovacion de las demas prendas de equipo, se habia de

verificar conforme á su estado de servicio, y á las providencias de la reforma determidas en revista de inspeccion despues de doce años de servicio.

Por soberana disposicion de 10 de febrero del mismo año, renació del olvido el regimiento de la Princesa, en atencion á los eminentes servicios que habia prestado y á la circunstancia de ser su denominacion un justo tributo á la memoria de las herederas del trono.

Con este motivo, los regimientos de línea desde el del Infante inclusive hasta el de Almansa, bajaron un número en la escala general.

Una de las últimas disposiciones de Fernando VII respecto de la infantería, fué la que encierra la reorganizacion de los cuerpos provinciales.

Habiéndose mandado por Real órden de 8 de marzo la formacion de la compañía de preferencia que debia aumentarse en todos y cada uno de los regimientos provinciales á consecuencia del Real decreto de 30 de mayo de 1832, que declaró permanente la Guardia Real Provincial, no debiendo causar esta resolucion gravámen alguno en el presupuesto de guerra, habian de variar naturalmente las bases orgánicas. En efecto, oido sobre este particular el inspector del arma, el gobierno decretó para las compañías de que constaba cada cuerpo la organizacion siguiente:

COMPAÑÍAS.	Capitanes.	Tenientes.	Subtenientes.	Sargentos. 1.os	Sargentos. 2.os	Cabos. 1.os	Cabos. 2.os	Tambores y trompetas.	Soldados.	Total de tropa.
Granaderos.	1	1	1	1	3	5	5	2	75	91
Cazadores.	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
1.ª de fusileros.	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
2.ª	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
3.ª	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
4.ª	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
5.ª	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
6.ª	1	1	1	1	3	5	5	2	74	90
Totales.	8	8	8	8	24	40	40	16	593	721



El cuadro del regimiento quedó constituido como á continuacion se espresa:

Número de individuos.	CLASES.	Haber mensual individual.	Su importe al mes.	Idem al año.
2	Sargentos primeros de preferencia.	115	230	2760
6	Idem de fusileros.	110	660	7920
6	Idem segundos de preferencia.	107	642	7704
18	Idem idem de fusileros.	102	1836	22032
1	Tambor mayor.	110	110	1320
4	Idem de preferencia.	65	260	3120
12	Idem de fusileros.	60	720	8640
10	Cabos primeros de preferencia.	75	750	9000
30	Idem de fusileros.	70	2100	25200
89		814	7308	87696

FIN DEL TOMO VI.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.



LIBRO III.

SUCESOS QUE TUVIERON LUGAR EN EL REINADO DE LOS BORBONES.

CAPITULO IX.

1552.—1808.

Táctica.

	Pag.
Consideraciones generales.—Táctica del siglo XVI.—Manejo de las armas.—Maniobras.—Diversas clases de escuadrones.—Cuadros de gente y de terreno.—Táctica del siglo XVII.—Manejo de las armas.—Ejercicio de los granaderos.—Idem de la caballería y dragones.—Táctica del siglo XVIII.	5

CAPITULO X.

1760.—1808.

Organizacion.

Variaciones en el uniforme y peinado.—Nuevo proyecto de organizacion.—Reglamento.—Formacion de nuevos cuerpos.—Trabantes.—Aumento de los terceros batallones.—Vestuario nuevo.—Campos volantes.—Variaciones en el uniforme.—Reglamento orgánico.—Sueldos, prest y gratificaciones.—Nuevo uniforme.—Consideraciones generales.	41

CAPITULO XI.

1807.—1808.

Napoleon.—Sus miras sobre la Península.—Invasion del Portugal y de España. —Alzamiento general contra el usurpador.—Marcha la familia Real á Francia. —La España entera se apresta á vencer ó morir.—Himno guerrero.—Catecismo político y nacional.—Dos de Mayo.—Invasion de Andalucía.—Desastre de Alcolea.—Movimientos de ambos ejércitos beligerantes.—Batalla de Bailen.—Consecuencias de esta batalla.—El francés abandona Madrid y se replega sobre Búrgos. 86

CAPITULO XII.

1806.—1808.

Napoleon obtiene del príncipe de la Paz que marchen á defender su causa en Italia y en el norte de Europa algunas tropas españolas.—Cuerpos que constituyen estas fuerzas y jefes que las mandan.—Efecto que produce en el estranjero la vista de nuestras tropas.—Su presencia contribuye á la rendicion de Stralsunt. —La conducta de Napoleon en España despierta su despecho.—Se niegan á reconocer por su rey á José Bonaparte.—Sacuden el yugo estranjero y vuelan á la defensa de su patria.—Estado de la fuerza de los cuerpos espedicionarios á su llegada á España. 131

CAPITULO XIII.

1808.

Accion de Cabezon.—Reflexiones generales.—Los imperiales ocupan á Santander.—Batalla de Rioseco.—Accion del Bruch.—Escesos de Chabran.—Segunda accion del Bruch.—Consideraciones sobre las guerrillas catalanas.—Espedicion de Duhesme contra Gerona.—Resistencia de Mongat.—Saqueo de Mataró.—Heróica defensa de Gerona.—Espedicion de Moncey contra Valencia.—Refriegas del puerto Pajazo, las Cabrillas y Cuarte.—Defensa de Valencia.—Primer sitio de Zaragoza.—Resolucion magnánima de los zaragozanos.—Rasgos heróicos.—Los franceses se ven precisados á levantar el sitio. 153

CAPITULO XIV.

1808.—1809.

Situacion de los ejércitos españoles.—Fuerza del francés.—Accion de Lerin y de Zornoza.—Entrada de Napoleon en España.—Accion de Búrgos.—La discordia en el cuartel general español.—Diversos planes.—Batalla de Tudela.—Napoleon delante de Madrid.—Situacion del ejército auxiliar inglés en la parte

occidental.—Napoleon marcha á su encuentro.—Retirada de los ingleses.—Batalla de la Coruña.—Embárcanse los ingleses.—Segundo sitio de Zaragoza.—Movimiento del ejército español del centro.—Ataque de Tarancon.—Soult invade el Portugal. 198

CAPITULO XV.

1808.—1814.

Organizacion.

Ejército español en 1808.—Cuerpos de nueva creacion.—Tribunal de honor.—Reglamento orgánico de 1810.—Instrucciones para su cumplimiento.—Cajas de guerra y cornetas.—Se manda que cada cuerpo lleve un diario para escribir oportunamente su historia.—Vestuario.—Reglamento de 1812.—Cuerpos que constituian el arma de infantería en 1814.—Cuadro general de los improvisados durante la guerra de la independencia. 254

CAPITULO XVI.

1787.—1814.

Disposiciones relativas á la caballería.

Reforma de 1787.—Fuerza de caballería existente á la muerte de Cárlos III.—Vestuario en 1792.—Reforma en el cuerpo de dragones.—Nuevo uniforme.—Supresion de los dragones.—Nueva organizacion.—Se restablecen los dragones.—Su vestuario.—Reforma de 1811.—Cuadro general de los cuerpos creados durante la guerra de la independencia. 297

CAPITULO XVII.

1809.

Reding.—Estado de la guerra en Cataluña.—Sucesos de Aragon.—Batalla de Alcañiz. —Desastres de Zaragoza y Belchite.—Batalla de Talavera.—Severidad de Cuesta.—Retirada de los franceses á diversos puntos.—Batalla de Tamames.—Idem de Ocaña.—Sitio de Gerona.—Descripcion de esta plaza.—Entusiasmo de los gerundenses.—Admirable defensa de Gerona.—Se agolpan contra ella todo género de males.—Capitulacion. 313

CAPITULO XVIII.

1810.—1823.

Sucesos de Cataluña.—Sitio de Lérida.—Idem de Tortosa.—Combate del Abisbal.—Invasion de Andalucía.—Sitio de Cádiz.—Asturias.—Ataque de Astorga.

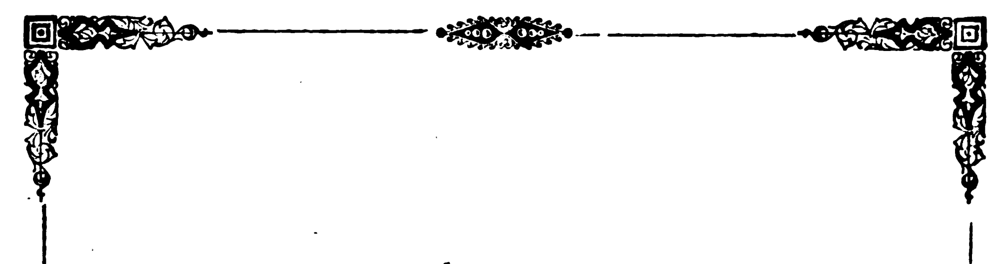
—Invasion de Portugal.—Líneas de Torresvedras.—Retirada del francés.—Cataluña.—Sitio de Tarragona.—Idem de Murviedro.—Batalla de Santi Spíritus.—Sitio de Badajoz.—Batalla de la Albuhera.—Pérdida de Valencia.—Reconquista de Ciudad-Rodrigo y Valencia.—Arapiles.—Sitio del castillo de Búrgos.—Batallas de Vitoria, San Marcial y Tolosa.—Sucesos del año 20 al 23. . . 353

CAPITULO XIX.

1814.—1833.

Organizacion.

Se reorganiza la infantería sobre la base de los antiguos cuerpos.—Uniforme.—Nuevas reformas.—Reduccion de la infantería.—Milicias provinciales.—Reglamento de 1818.—Uso del baston.—Aumento de sueldo á los subalternos.—La infantería sufre nuevas modificaciones.—Reglamento de 1821.—Se reemplazan las banderas con una nueva insignia.—Creacion de escuelas en los cuerpos.—Organizacion de la infantería por batallones sueltos.—Cuerpos realistas.—Se reconstituye con ellos la infantería.—Reglamento de 1828.—Antigüedad de los cuerpos.—Disposiciones sobre el vestuario y masita.—Reglamento de 1852. 417



LÁMINAS.

	Pág.
Diversas formaciones tácticas..	16
Escuadron cuadrado.—Id. de cuatro frentes.	24
Escuadron triangular.—Id. de cuatro frentes.	28
Coronel.—Granadero.—Fusilero.	42
Coronel.—Granadero.—Sargento.	44
Coronel.—Fusilero.—Granadero..	45
Tambor y pífano.—Sargento.—Soldado	46
Soldado ligero.—Granadero.—Fusilero.	65
Soldados de línea.—Soldado ligero.	66
Coronel.—Granadero.—Fusilero.	76
Cazador.—Tambor.—Sargento.	77
Tambor.—Soldados.	80
Granadero.—Fusilero.—Cazador..	272
Sargento.—Capitan.—Cazador.	375
Soldado de caballería de línea.—Húsar.	299
Soldado de caballería de línea.—Húsar.	300
Soldado de caballería de línea.—Cazador.	308
Soldado de caballería de línea.—Húsar..	309
Fernando VII.	316
Plano del sitio de Gerona.	349
Granadero.—Fusilero.—Sargento.—Cazador.	419
Gastador.—Abanderado.—Granadero.—Cazador..	442
Granadero.—Soldado ligero.—Cazador..	470





HISTORIA ORGÁNICA

DE LAS

ARMAS DE INFANTERÍA Y CABALLERÍA.

Se publica por entregas de 160 á 200 páginas.

Tres entregas forman un tomo. Sale una cada mes.

Acompañan el testo unas 300 láminas que representan la Antigua tormentaria, la Neuro-balística, Armas manuables, Pirotécnia, Uniformes, Escudos, órdenes de marcha, campamentos, batallas, sitios, etc.

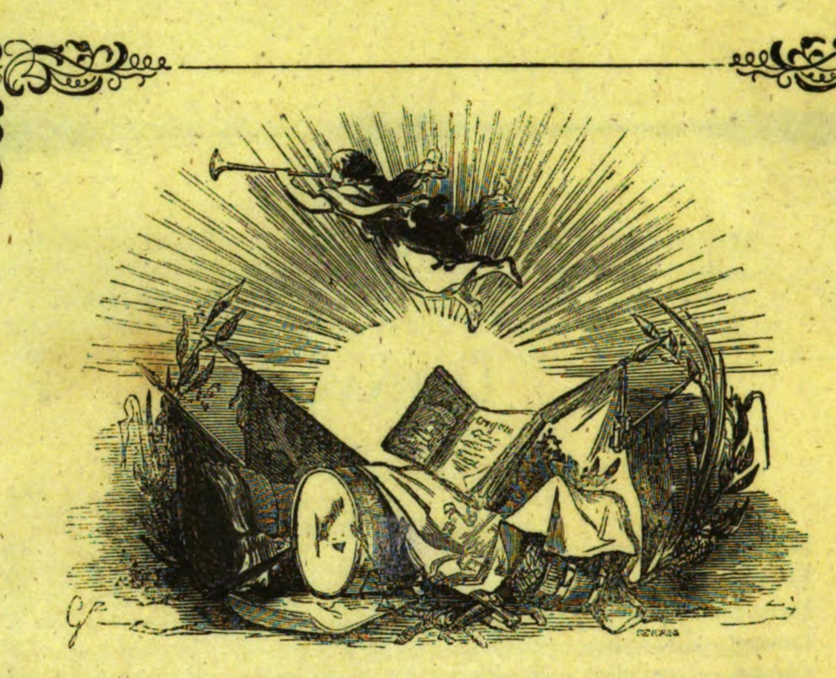
Las que representan los uniformes que han usado nuestras tropas desde la creacion del ejército permanente hasta el dia, y que ascienden á 62 con 186 figuras para la infantería y á unas 30 con 60 figuras para la caballería, estan dibujadas é iluminadas con todo esmero y perfeccion.

Las que son relativas á los escudos ó armas de los regimientos, son igualmente de todo lujo.

El precio de suscricion es 22 rs. entrega en Madrid. En provincias 2 rs. mas por razon de portes.

CALLE DE MARIA CRISTINA, N.° 25, CUARTO BAJO DE LA IZQUIERDA.

Madrid 185[illegible].—Imprenta á cargo de Castillo.



HISTORIA ORGÁNICA

DE LAS

ARMAS DE INFANTERIA Y CABALLERIA.

Se publica por entregas de 160 á 200 páginas.

Tres entregas forman un tomo. Sale una cada mes.

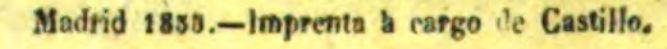
Acompañan el testo unas 300 láminas que representan la Antigua tormentaria, la Neuro-balística Armas manuables, Pirotécnia Uniformes, Escudos, órdenes de marcha campamentos, batallas, sitios, etc.

Las que representan los uniformes que han usado nuestras tropas desde la creacion del ejército permanente hasta el dia, y que ascienden á 62 con 186 figuras para la infantería y á unas 30 con 60 figuras para la caballería, estan dibujadas é iluminadas con todo esmero y perfeccion.

Las que son relativas á los escudos ó armas de los regimientos, son igualmente de todo lujo.

El precio de suscricion es 22 rs. entrega en Madrid. En provincias 2 rs. mas por razon de portes.

CALLE DE MARIA CRISTINA, N.° 25, CUARTO BAJO DE LA IZQUIERDA.


Madrid 1853.—Imprenta á cargo de Castillo.

